

Magdalena D. de [illegible]
á
Hugo Leiva
Set. 21/922.

MEMORIAS PÓSTUMAS

DEL

GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ



MEMORIAS PÓSTUMAS

DEL

GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ

SEGUNDA EDICIÓN

TOMO SEGUNDO



LA PLATA
Imprenta «La Discusión» calle 9 y 47
1892



MEMORIAS PÓSTUMAS

CAPÍTULO XIII

CAMPAÑA DE CÓRDOBA

El general La Madrid.—En lo que consistía su popularidad.—Las críticas que hace al general Lavalle. — Refutación á las Memorias del general La Madrid.—Diario de la marcha desde San Nicolás hasta Córdoba.—Bustos abandona esta ciudad.—Estado de la campaña.—El general Paz inicia transacciones con Bustos.—Marcha del general Paz hacia San Roque.—Entrevista de los dos generales.—Bustos no procede de buena fé.—Conducta del coronel Deheza.—Aptitudes militares de este jefe.—Combate de San Roque.—Excitación en la ciudad.—La señora de Bustos.—El gobernador de Santiago.—Organización militar de la provincia de Córdoba.

El 1º de Enero de 1829 llegué á Buenos Aires con la segunda división del Ejército Nacional, por orden que recibí para ello, del Gobierno que había reemplazado al del señor Dorrego.

El entonces coronel don Gregorio A. de La Madrid no tenía mando alguno en el ejército, y permanecía agregado.

Tampoco gozaba de las buenas gracias del general Lavalle, siendo tan pronunciada esta desfavorable disposición, que su padre político, el ministro general en todos los ramos de la administración, doctor don José Miguel Diaz Velez, no había podido vencerla.

El coronel La Madrid no tomó parte, acaso porque no se la dieron, en el movimiento del 1º de Diciembre, y sea por esta razón, sea porque conservaba un resto de afición á sus compadres, Dorrego y Rosas, sea, en fin, por sus ningunas relaciones con los jefes de dicha revolución, la miraba con despego y hasta con cierta antipatía. El mismo nos lo dice con su inimitable candor, cuando refiriendo la conversación que tuvo con su suegro, expresa terminantemente que solo por no quedar *anulado y arrumbado,* se prestó á la invitación del general Lavalle. Quería, por lo menos, ver primero más claro, pero las circunstancias no se lo permitieron, y tuvo que comprometerse; por eso es que de cuando en cuando se arrepiente, y exhala un doloroso gemido.

Puesto ya en campaña, no se nos muestra en sus Memorias como un jefe *emprendedor y valiente hasta la temeridad*, que abogaba siempre por las operaciones atrevidas, y por llevar la ofensiva á todo trance. Muy al contrario, se retrata un hombre en extremo prudente, conciliador, calmoso, moderado, lleno de horror al derramamiento de sangre humana. Al comparar al señor La Madrid de la provincia de Buenos Aires, á las órdenes del general Lavalle, con el La Madrid del interior, á las mias, parecen dos hombres distintos, sin más punto de contacto que su incorregible manía de aconsejar y preveerlo todo.

Poco puedo decir con respecto á esa crítica minuciosa que hace del general Lavalle, porque no he presenciado los hechos. No obstante, me creo bastante instruido para asegurar que la crítica es demasiado severa. Verdad es que el general Lavalle llevaba siempre consigo una aguja de

marear, pero me cuesta mucho persuadirme, que con su solo auxilio y prescindiendo de los conocimientos prácticos de los baqueanos, quisiera dirijir los movimientos de sus divisiones. Si alguna vez cometió algún error en este sentido, no quiere eso decir que fuese una costumbre habitual. Y de no, ¿para qué buscaba y llevaba baqueanos? Tengo fundamento para decir que es falso que desatendiese la opinión de estos en su marcha al Carcarañá, en busca de Lopez, y que al contrario, fueron ellos quienes causaron el extravío y demora de la columna.

Luego que se trató de mi expedición al interior, el doctor Diaz Velez me habló de que emplease en ella á su hijo político, que no tenía destino en el ejército de Buenos Aires. Consentí en ello, y acordamos que formase un cuerpo, poniendo bandera de reclutas y ofreciendo un buén enganche. Ofrecía reunir el Coronel muchos hombres, principalmente provincianos de las tropas de carretas, y demás que viajaban á la capital de la República. Agregando al aliciente de un buén enganche, su proverbial popularidad, nos pareció esta una operación infalible, que debía darnos un buén cuerpo de caballería.

Nos engañamos cumplidamente; pués, si pasaron de veinte, no llegaron á treinta los hombres que reunió por ese medio. Para completar sus ochenta voluntarios, fué preciso darle presidiarios de no mucho delito, y prisioneros de las Palmitas. No es el único chasco que ha dado el general La Madrid, á los que se han fiado en su popularidad, como tendremos ocasión de demostrarlo; ya que tratamos sobre esto, diré dos palabras en el particular.

La plebe, con quién se roza por demás el general La Madrid, le profesa afecto, pero no ese sentimiento de estimación y respeto que atrae y subyuga al mismo tiempo, que solo puede inspirar un gran carácter. El populacho lo quiere, ó quiere al general La Madrid de un modo algo pa-

recido al que se quiere á un niño gastador y desbarajustado, á quién á veces se tiene cierta compasión por el mal empleo que hace de sus recursos, sin que por eso los destine á su propia conveniencia. Solía muy frecuentemente emplear su dinero en dulces, panales y caramelos, que partía fraternalmente con sus soldados (1). Ellos gustaban, sin duda, por el momento, de su generosidad, pero no puede menos de que la reflexión les hiciese conocer que no se había llenado con un gusto, una necesidad.

Habiendo despachado por agua, á San Nicolás, la mayor parte de las tropas expedicionarias, yo me dirijí por tierra, ordenando al coronel La Madrid que lo hiciera con su pequeño cuerpo, escoltando algunos carros, ó algún otro bagaje. Allí nos reunimos con el general Lavalle, que se preparaba á abrir su campaña sobre Santa Fé.

Este, desprendiéndose del coronel Rauch, con el regimiento de Húsares, además del núm. 4, y dos escuadrones de coraceros, á las órdenes de los dos Medinas, sin contar aún la fuerza de Estombar, creía haber provisto á la seguridad interior de la provincia. Fuera de eso, él no la abandonaba, porque solo pensaba en una invasión pasajera, que no era otra cosa, que un golpe de mano sobre el cuerpo que tenía Lopez en observación.

Si se dejó de hacer algo en el sentido de asegurar más la tranquilidad interior, no entra en el objeto que me propongo; más, no dejaré de decir, que la derrota y muerte de Rauch y la demencia de Estombar, eran sucesos que esta-

---

(1) A principios del año 26 estuve de paso en Tucumán, estando el señor La Madrid en el gobierno que acababa de quitar al señor Lopez, por una revolución. Fuí una mañana á visitarlo, y lo hallé con una gran bandeja de panales, de los que ofrecía á los soldados que pasaban por la puerta de su sala, y adviértase que eran muchos, porque la casa no era sinó el cuartel; me consta que llevaba ya consumidos alguna cantidad de ellos. Me lo decía para recomendarse. Como este, citaría mil ejemplos.

ban fuera de la previsión del general Lavalle, y cuya responsabilidad no se le puede cargar. Sin ellos, las cosas hubieran tomado otro curso, y no lo veríamos al general La Madrid entonar el canto de triunfo por los desaciertos del que era su jefe.

El confiesa que había más que sobradas fuerzas para ir sobre Lopez, y no puede negar, que las que quedaban con Rauch, Estombar, los dos Medinas, y las que podía poner en acción el pueblo de Buenos Aires, eran muy respetables. Los gauchos del sud, no valian más que los santafesinos. Y ¿en dónde están entonces esa imprudencia, y esa temeridad?

Me causa risa oir decir al general La Madrid, que él batió á Lopez en la Herradura, con trescientos hombres, sin que entrasen todos en acción. En otra parte he detallado este combate: ahora solo diré, que el general La Madrid abusa de las palabras. Lopez no fué própiamente batido en la Herradura, y sí rechazado por una división de setecientos hombres, de los cuales, cuatrocientos infantes, con dos cañones. No es menos risible verlo personificar en sí mismo la victoria, como si él hubiese mandado en jefe, sin depender de otro. El coronel entonces, don Juan Bautista Bustos, fué quién comandó nuestras fuerzas en esa acción, y el coronel La Madrid ni aún cargó con los escuadrones de caballería, que operaron activamente, porque no tuvo precisión de hacerlo, que, á haberlo hecho, no dudo que lo hubiese practicado con bizarría. No es esta la única vez que se atribuye *muy modestamente*, la gloria de una batalla, en que solo desempeñó un rol subalterno; en varias partes de sus Memorias dice, pura y simplemente, que *él derrotó á Quiroga en Oncativo y la Tablada*, con lo que cualquiera que no conozca esos sucesos, creería que él era general en jefe. Con la misma propiedad podría decir, que batió á Tristán en Salta, y otro cualquier subalterno que

se haya encontrado en Maypú, Ayacucho, ó Ituzaingó, puede levantar la voz para declarar que *él* derrotó á los ejércitos brasilero y español, sin más explicación.

Es muy injusta la queja del general La Madrid, al menos en los términos en que la expone, por no haberle hecho presenciar el general Lavalle el licenciamiento de los soldados cumplidos, para que, á acto contínuo, pudiese reengancharlos para su cuerpo. Se esperaba que muchos de esos soldados, mediante una gratificación proporcionada, se conformarian en continuar sirviendo; más, era conveniente y útil que en tal caso lo hiciesen en los mismos cuerpos á que habian pertenecido. Era también justo, que el general Lavalle condescendiese con los jefes de dichos cuerpos, que solicitaron ser preferidos para hacer la primer propuesta, á los licenciados.

El general Lavalle debió temer, que dejando la iniciativa al coronel La Madrid, se llevaría muchos soldados de los que podian reengancharse en sus propios cuerpos, porque era seductora la idea de ir á sus provincias, y la perspectiva de servir en un cuerpo, en que se les exigiría quizá menos disciplina. Visto está que esto es lo único que se propuso el General, pués que luego que los jefes de cuerpo hubieron reenganchado á los soldados que quisieron hacerlo, le permitió al Coronel hacer la misma diligencia. Si hubo alguna demora en avisárselo, lo ignoro, porque esto sucedió en la campaña, no estando yo presente.

Me permitiré ahora una ligera reflexión que mostrará la inconsecuencia con que generalmente se conduce el general La Madrid. Si es cierto que se interesaba tanto en la defensa de la provincia de Buenos Aires, si censura al general Lavalle por haberse desprendido de una parte de sus fuerzas, ¿cómo es que reprueba que quisiese con preferencia aumentar los cuerpos que lo acompañaban? ¿Có-

mo es que se queja por no haberle permitido, con perjuicio de estos, aumentar el suyo, que era destinado al interior?

¿Comprende, y se ha hecho cargo de todo esto el general La Madrid? Si lo primero, no queda en buén punto de vista de sinceridad y buena fé; si lo segundo, es una falta de inteligencia que no se qué nombre asignarle. . . . Más, volvamos á expresar donde quedamos ya reunidos.

Cuando el general Lavalle marchó sobre Lopez, de Santa Fé, ignoraba absolutamente el desastre de Rauch; tan lejos de temerlo, manifestaba la mayor confianza. Así, fué, que al emprender su momentánea campaña, no creyó aventurar la suerte de Buenos Aires.

Aunque Lopez no había salido de su provincia, había reunido sus fuerzas sobre la frontera, y tomado una aptitud amenazante. Por otra parte, á nadie se le ocultaba, que las montoneras de Buenos Aires eran promovidas, dirijidas y fomentadas por Lopez y Rosas, que se les había reunido. Era evidente que ellas continuarian, mientras existiese un foco de acción, y no era ni extravagante, ni imprudente marchar á sofocarlo. Es, lo que hizo el general Lavalle teniendo, como lo confiesa el señor La Madrid, más que sobrados medios. Estos consistian, en una numerosa y brillante caballería, dotada además de una superior movilidad, que la hacía sumamente apropiada para el golpe de mano que se proponía.

Si el general Lavalle no hizo el uso conveniente de los árbitros de la política para desarmar al caudillo santafesino, y si al contrario, se cometieron algunas imprudencias capaces de irritarlo, son incidentes de otro género, de que no me propongo tratar. Sin embargo, diré brevemente, que no los desatendió el general Lavalle, pero cuando no era tiempo. Fué solo después de malogrado el golpe, que le dirijió una comunicación amistosa: Lopez creyó ver una

confesión de debilidad, la recibió con desdén, y la contestó con altanería.

Cinco ó seis dias después de haber emprendido su movimiento el general Lavalle, hice yo el mío, en los últimos dias de Marzo. Habíamos convenido en que el día 3 de Abril nos reuniríamos en el Desmochado, y fuimos exactos á la cita. Allí fué que el general Lavalle supo la derrota y muerte de Rauch, y la conflagración de la campaña. Allí fué que hicimos nuestros últimos acuerdos, y nos despedimos el mismo día, al anochecer.

Todo lo que dice el general La Madrid del hombre conductor de la noticia del desastre de Rauch, que se la confió en reserva, y todo lo que refiere que se siguió, es enteramente inexacto, es un delirio, es un sueño de un hombre despierto. Tengo la más íntima convicción, que nada supo el general La Madrid hasta que lo supieron los demás del ejército, que fué dos meses después. Era un secreto que me convenía guardar, y que guardé efectivamente, con la más escrupulosa fidelidad. Lo más cierto es, que evocando sus recuerdos el general La Madrid, al tiempo de escribir sus Memorias, se le han presentado ideas confusas, y sobre ellas ha compuesto su indigesta relación. Esta vez, como siempre, deja percibir el deseo que lo domina, de aparecer previéndolo todo, y aconsejando lo mejor.

Es falso que yo me moviese por solo la razón de recibir el parte de la derrota de Rauch, como lo es que estuviésemos campados por la noche. Ni una sola vez lo hicimos, y cuando más, se hacian *altos* momentáneos, sin levantar tiendas, ni desensillar los caballos, ni descargar los bagajes.

Es también inexacto, que fuese en marcha cuando se supo la aproximación del general Lavalle. Serian las ocho de la mañana del 3 de Abril, hora en que acabábamos de campar á la costa del rio del Desmochado, cuando apareció la

columna de aquel, y como era consiguiente, tomé las precauciones debidas, hasta que fué reconocida. Muy luego campó ella misma á alguna distancia, pero sin haber río, ni arroyo intermedio. Ambos cuerpos estaban sobre la márgen derecha del río, sin que antes ni después lo pasasen.

Otro sueño, ó más bién, una comedia, es todo lo que dice el autor de las Memorias, sobre las reflexiones que me hizo para disuadir al general Lavalle y á mí, de nuestra separación. No necesito esforzarme para probar que tengo por apócrifa toda la relación, desde que he negado el fundamento de que supiese el desastre de Rauch. Cuando más, podía haber llegado á la noticia del coronel La Madrid, algunos movimientos de la campaña de Buenos Aires, independientes de aquel, y aún puede ser, que no lo recuerdo, que tuviese alguna conversación con él á este respecto. Pero es una fábula mi condescendencia, y mi vuelta, á representar al general Lavalle la inconveniencia de nuestra separación.

Ocurre aquí una singular contradicción con lo que han dicho otros no menos equivocados que el señor La Madrid, que pondrá en conflicto al futuro historiador de nuestras guerras civiles. Han asegurado que yo marché al interior, no solo contra los deseos del general Lavalle, sinó contraviniendo expresamente sus órdenes. Unos y otros se han separado de la verdad, porque ni resistió á representaciones mias, para que se emprendiese la expedición, ni se opuso á que se hiciese.

Graves inconvenientes había para suspenderla, y sin hablar de otros que omito, me limitaré á indicar, que yo había anticipado aviso y tenía inteligencias en el interior, donde era esperado en un tiempo dado. Que los soldados provincianos, de mi división, casi en su totalidad, hubieran desertado muchos, cuando se viesen defraudados de la esperanza de ir pronto á su país. Que la fuerza de mil hombres esca-

sos, de los que cerca de dos tercios eran de infantería ó artillería, no eran de un peso decisivo en la balanza. Y, finalmente, que desvelando, ó por lo menos, dando ocupación á Bustos, Quiroga, Aldao y demás caudillos, no éramos indiferentes á la cuestión que se ventilaba en Buenos Aires, pués que privábamos á Rosas y Lopez, de refuerzos numerosos, y de poderosos auxiliares.

Reunida en fin, la división, compuesta de una batería de cuatro piezas de á cuatro, con ochenta artilleros, al mando del mayor don Juan Arengrin;

Del batallón núm. 2 de Cazadores, al del coronel don José Videla Castillo; su fuerza próximamente, trescientas plazas;

Del batallón núm. 5, al del coronel don Isidoro Larraya; su fuerza próximamente, doscientas cincuenta;

Del regimiento núm. 2 de caballería, al del coronel don Juan Pedernera; su fuerza idem, doscientas cincuenta;

Del escuadrón de voluntarios, de nueva creación, al mando del coronel don Gregorio Araoz de La Madrid, con noventa reclutas sin instrucción alguna, nos pusimos en movimiento en los últimos dias de Marzo de 1829, con destino á Córdoba, y en marcha sin novedad hasta el Desmochado, donde llegamos en la mañana del 3 de Abril; estando campados sobre la márgen derecha del río, se avistó una fuerte columna en la misma dirección, la que luego se creyó ser la división del general Lavalle, la que después de haber malogrado el golpe que pensó dar á Lopez, se dirijió sobre el Desmochado, para reunirse con la mía. Allí supo Lavalle la desgracia de Rauch y su división, y por la tarde nos separamos en distintas direcciones. Gelli, que debía seguir conmigo, regresó, habiéndose mudado de parecer con respecto á él. Desde entonces yo no me ocupé sinó de los medios de asegurar el éxito de la campaña sobre Córdoba.

La completa destrucción de la división que mandaba Rauch, y la muerte de este, impidió que Lavalle se desprendiese de un hombre de caballería; así es que no aumenté mi fuerza con uno solo de tropa, y tuve que continuar mi movimiento con la única que había sacado de Buenos Aires, y cuyo estado se ha puesto de manifiesto. El teniente coronel don Pascual Pringles, y el capitán don Rafael Correa, pasaron únicamente en ese día á continuar sus servicios en mi división.

La subversión de toda la campaña había sido consiguiente á la pérdida de Rauch, de modo que cuando me separé de Lavalle, ya era crítica la situación de Buenos Aires, y la mía misma, porque ya no podía contar con cooperación ni auxilio de ninguna clase. Pero tampoco me era posible retroceder; pués, desde que esto se hubiera entendido en mi división, compuesta de provincianos, hubiera peligrado su conservación, y por lo menos, tenido una gran deserción; lo único, pués, que pudo hacerse, fué reservar cuidadosamente el desastre de Rauch, y se hizo de un modo tan completo, que nadie lo traslució, y como trás mis pasos, quedó enteramente cerrada la comunicación, se ignoró durante tres meses este descalabro; lo que valió infinito para mis primeras operaciones.

El 3 de Abril, á puestas del sol, me puse en movimiento al interior, al mismo tiempo que Lavalle lo hizo con dirección opuesta (1); en esa misma noche destaqué al coman-

---

(1) " Después de esta separación ¿qué suerte cupo al ejér-
" cito del general Lavalle obrando sobre Santa Fé? A poco
" tiempo había desaparecido después de muchas victorias, más
" ruinosas para él, que las derrotas mismas. El general Lavalle,
" despreciando más de lo que convenía á sus enemigos, y gene-
" ral de caballería, brillante y audaz, para echarse con sus
" coraceros sobre bardas de bayonetas, había procedido con

dante Echeverría con sesenta coraceros, con la orden que hiciese una diversión sobre la frontera del sud de Córdoba, sacando todo el partido que le fuese posible de la sorpresa. Su marcha se hizo por los desiertos que quedan al sud del camino de posta, y aunque no logré enteramente lo que me había propuesto, siempre produjo el buén resultado de obligar á Bustos á tener dividida su fuerza.

El 4 llegué á la Esquina de la Guardia, último punto de la jurisdicción de Santa Fé. Habiendo allí campado para que comiese la tropa, me trajo un oficial (Brusend) unas cuantas tercerolas y sables que había hallado en una casa. Hice llamar al que la habitaba y se las mandé entregar, mandando un recado atento al comandante Acevedo, de aquel punto, que se había retirado á mi aproximación. Debe advertirse, que cuando pisé la jurisdicción de Santa Fé, hallé todas las casas abandonadas; pero, internándome más por el camino recto de la posta, fuí hallando algunos habitantes, los que, siendo perfectamente respetados en sus personas é intereses, pasaron sin duda la voz á los demás, de modo que mientras más andaba, más quieta encontraba la campaña; pasé, pués, todo el territorio de Santa Fé, sin disparar un fusilazo. Al anochecer del mismo día, me moví de la Esquina, y á eso de media noche se levantó la más terrible borrasca: relámpagos, aterradores truenos, viento furioso, agua copiosa y cuanto tiene de imponente una tempestad, nos impidió continuar la marcha. Las ca-

---

" menos cautela y acierto, que el general Paz. Había tenido,
" además, que medirse con un caudillo hábil, astuto y dotado de
" una constancia á toda prueba como Lopez, de Santa Fé, el
" sucesor y discípulo de Artigas en aquella guerra original
" cuya estratégia suprema consiste, en evitar los combates; dis-
" persarse como el humo; reunirse en un punto dado; robar al
" enemigo los caballos; molestarlo diariamente y debilitarlo,

balladas dispararon varias veces, y para impedir un desastre, fué preciso hacer pasar la noche á caballo, toda la tropa.

El 5, luego que amaneció, me hallé muy inmediato á la Cruz-Alta; allí estaban los vecinos alarmados, pero no costó mucho el calmarlos, con seguridades que se les dieron de nuestras miras benéficas; continuó la marcha hasta la *Cabeza del Tigre,* donde comió la tropa. Por la noche se levantó el campo.

El 6, muy temprano, hice adelantar una partida de coraceros al mando de mi ayudante de campo don Rafael Correa, para que sorprendiese la partida de Dragones que tenía el gobierno de Córdoba en el Saladillo, encargándole que no hiciese uso de las armas, sinó en caso extremo. Correa, cumpliendo con mis órdenes, se presentó, y á su vista, la partida se dipersó; pero gritándoles que no venía como enemigo, unos no hicieron caso, y continuaron en fuga sin ser molestados, otros hicieron alto y aguardaron á Correa; de este número fué el oficial que la mandaba,

---

" cayendo sobre los destacamentos, los rezagados y los que
" duermen. Dos desastres, además, habian contribuido á debilitar el ejército. La destrucción de la división del coronel
" Rauch, un valiente alemán que guarnecía la frontera del sud
" contra los salvajes, y que pereció con todos los suyos en un
" combate que sostuvo contra esos mismos salvajes, llamados
" por Rosas y Lopez en su apoyo. Otra división del ejército de
" Lavalle obraba bajo las órdenes del coronel Estombar, el cual,
" sin motivo aparente, empezó á hacer marchas y contramarchas, que destruian el material del ejército, y fatigaban á los
" soldados de infantería. Sus oficiales y jefes subalternos, empezaban á creerlo, obrando con miras traidoras, cuando, subiendo de punto la inexplicable estravagancia de sus operaciones militares, y de su conducta particular, descubrieron
" que se había enloquecido, llegando á tal punto de demencia,
" que fué necesario amarrarlo y conducirlo á la casa de locos

á quién incorporé al ejército y siguió hasta el fin, en él. La división, á que llamaré yo ejército, porque tomó este nombre, campó en el Saladillo, para moverse en la noche, como lo hizo.

El 7 llegamos al Fraile-Muerto, en donde estaba todo tranquilo, á excepción de un capitán de milicias llamado don Juan Paz, que hacía de comandante, quién había fugado á Córdoba ese día antes. El 8 llegué á la Herradura, donde empezé á formar idea del estado de Córdoba, por algunos vecinos con quienes me comuniqué. En estas inmediaciones se me reunió el comandante Echevarría, que aunque no logró dar el golpe premeditado en la frontera del río Cuarto, porque fué sentido cuando estaba ya sobre la Carlota, pero les causó una alarma que obligó al Gobierno á mantener una fuerza considerable, para no desguarnecer aquel punto importante. Al anochecer de este día marché, según costumbre, y tuve que demorarme casi toda la noche, mientras se componía el paso del río Tercero para que pudiese atravesarlo la artillería y carruages. Mientras esto, me

---

" de Buenos Aires, donde murió dos meses después, sin reco-
" brar la razón.

" Por estos incidentes y muchos otros que no es del caso " referir, Lopez de Santa Fé, que había sido invadido en su " provincia, invadió á su vez á Buenos Aires; y con el auxilio " del *gauchaje* sublevado, pudo encerrar el ejército en la ciudad, " ponerle sitio á esta, y hacer que por un tratado de concilia- " ción, se permitiese entrar á Rosas en ella con siete mil gau- " chos, y elegir un nuevo gobierno, que pronto fué dominado " por Rosas, que le sucedió en el mando.

" Así, pués, la tarea impuesta al ejército por la revolución del " 1º de Diciembre, había fallado en el punto principal, y solo " quedaba por entonces el general Paz con las armas en la " mano, dispuesto á llevar por sí solo á cabo la empresa, aislado " en el centro de la república, como quedaba, y rodeado de " caudillos victoriosos donde quiera que estuviese él. " —Domingo Faustino Sarmiento.

ocupé en escribir algunas cartas á la campaña, y mandé al teniente coronel Barcala con un soldado, que fuese á casa del comandante del Departamento, don Manuel Lopez (actual Gobernador de Córdoba), á llamarlo de mi parte. Lopez obedeció, y á la media noche estuvo en mi campo, donde me dijo que aunque había recibido órdenes del Gobierno para retirar las caballadas, reunir las milicias, y hostilizarme, nada había hecho, ni pensaba hacer; pero, que para salvar la apariencias y no presentarse en mi campo como un tránsfuga, simulase tenerlo arrestado al día siguiente, lo que se verificó, no de otro modo que andando en la marcha y campo constantemente junto á mí, afectando timidez.

El 9 campamos en Tropugio; desde allí marché al anochecer, y al tiempo de moverse la fuerza, se despidió Lopez ofreciéndome tener su Departamento en sosiego y obediencia. Le hice el presente de un buén sable, que aceptó muy gustoso. Antes de media noche llegué al corral del Maestro, y allí encontré las primeras apariencias de hostilidad. Se había retirado ese mismo día el coronel Quevedo que había traido la comisión de hacer retirar las caballadas, y mover el paisanaje; pero, esta comisión la había desempeñado á medias, dejándome un recado con el maestro de posta, Moyano, sobre sus disposiciones favorables á la causa que yo sostenía, é intención de seguirla; más, este recado no me fué trasmitido, por más que le interrogué á Moyano, lo que más tarde le costó el que se le quitase la administración de la posta de la ciudad de Córdoba, porque, habiéndoseme presentado Quevedo y hecho mención de él, confesó paladinamente, Moyano, que me había engañado. Quevedo se me presentó después de la acción de San Roque, y antes de esto, su mujer me había visto con el mismo mensaje de que había sido encargado Moyano, que fué contestado por mí, admitiendo su proposición; pero no lo verificó sinó muy á

destiempo, cuando había sido desecho el general Bustos, y juntamente con otros jefes que habian sido sus más acérrimos partidarios, aunque, por otra parte, medió muy poco tiempo.

El 10 me tomó en las inmediaciones del *Ojo de Agua;* más, como aquí había poca comodidad para campar, y por otra parte, interesaba acelerar la marcha, para no dar tiempo al Gobierno de prepararse, resolví continuar hasta Impira, de modo que la jornada iba á ser de quince leguas buenas. Los hombres y caballos se fatigaron mucho, sobre todo con la sed, pero más todavía los bueyes, que arrastraban la artillería y carros; llegados á Impira, no se halló tampoco agua, y fué necesario continuar legua y media más, á una laguna de fango, cuya turbia y cenagosa agua, solo podía hacer potable la necesidad. Campamos á las 4 de la tarde, después de tan penosa y forzada marcha. Sin embargo, convenía no perder momentos, porque ya empecé á tener noticias más circunstanciadas de las medidas defensivas del gobernador Bustos, que había salido á campaña con un cuerpo de tropa, y se había situado en el Pilar, sobre el río Segundo, cuatro leguas más adelante de donde yo estaba. Dejando, pués, que descansase unas horas más el cuerpo principal del ejército, á cargo del jefe de Estado Mayor, coronel don Ramón Deheza, tomé una división ligera de las dos armas, y me dirijí sobre el Pilar. En el camino supe que el general Bustos había decampado esa misma tarde á puestas de sol, replegándose en dirección á la ciudad, pero que á corta distancia había variado de rumbo, tomando la costa del mismo río Segundo, y remontándolo hacia la capilla de Pedernera. Estas noticias no eran aún positivas, y era muy difícil tenerlas exactas por la falta de prácticos en el país, y por la decisión del paisanaje, que parecía estar resuelto á sostener el Gobierno existente. Por mucho que se me había asegurado, la gran oposición

que había á este, y por más que desde el mismo Buenos Aires había anticipado prevenciones, para que me comunicasen las operaciones del Gobierno, no recibí aviso de ninguna clase, ni se me reunió persona de confianza, hasta que entré en Córdoba. A fuerza de dinero, es que pude conseguir algunas noticias imperfectas de algunos paisanos, y segun ellas, fué indispensable dirijir mis movimientos.

En la madrugada del 11 llegué al Pilar, donde había estado campado Bustos el día antes; cuando aclaró bién, hice reconocer las huellas de su fuerza, y se halló que la dirección era al noroeste, según me lo habian indicado; pero luego variaba de rumbo, y se perdía en los bosques de la izquierda. Serian las diez de la mañana cuando se me reunió el resto del ejército, y campó en el mismo lugar. Hasta entonces no se había presentado el enemigo, ni se había disparado un fusilazo, pero, como á la una de la tarde, se avistó muy lejos una partida de cincuenta hombres, que fué luego reforzada. Inmediatamente salió el capitán don Juan Balmaceda con otra de coraceros, con orden de no hacerles fuego, sin que ellos disparasen primero. A su vista, se puso en fuga, disparando algunos tiros que fueron el preludio de la lid que sostuvo por algunos dias el general Bustos, hasta su total derrota en San Roque. Volvamos á los sucesos de la tarde.

Balmaceda persiguió con circunspección al enemigo, que se reforzaba por momentos, hasta que á eso de las tres se puso en movimiento todo el ejército. Después de haber andado como dos leguas en la dirección de Córdoba, la retirada del enemigo se pronunció en dirección á la capilla de Pedernera, dejando descubierto el camino de la ciudad. Dispuse que el coronel Deheza marchase á ocuparla con el cuerpo principal, y yo, con la vanguardia, seguí la persecución del cuerpo enemigo, que á favor de sus excelentes y

descansados caballos, mientras los nuestros eran los mismos que habíamos sacado de San Nicolás, se ponía, siempre que quería, á una grande distancia. Sin embargo, se empeñó un tiroteo, que hacía el enemigo siempre en retirada, hasta muy tarde, y cuando cerraba la noche picaron sus caballos y desaparecieron. Según todas las probabilidades, el Cuartel General del general Bustos, estaba situado por las inmediaciones de la capilla de Pedernera, pero estas no eran las bastantes para resolverme á una larga marcha, que podía ser luego infructuosa, por lo que me contenté con enviar varias partidas que dieron la alarma en distintas direcciones, y la vanguardia pasó la noche en los campos intermedios.

A la mañana del 12, todos los indicios anunciaron que Bustos había continuado su retirada, y nos fué imposible saber en que dirección, por lo que resolví marchar sobre la ciudad de Córdoba, reunirme al ejército, organizar el Gobierno y explorar las disposiciones del vecindario.

En consecuencia, marché á la posta de Morura donde campé al medio día. Los semblantes todos de los pocos habitantes que encontrábamos, nos manifestaban bién á las claras, que no acogian bién nuestra llegada, y su taciturnidad parecía el presagio de una sublevación en masa, á que se dirigian todos los conatos del Gobierno. Era, pués, preciso obrar en el sentido conveniente para conjurarlo, y á este fin se dirigieron mis atenciones. En este día llegó el coronel Deheza á Córdoba, adonde entró sin la menor oposición, por haber sido completamente abandonada por las fuerzas del general Bustos. Era muy claro advertir, que los principales ciudadanos no eran afectos á la administración que allí había desaparecido; pero sus deseos estaban comprimidos por el miedo, y no se notaba síntoma alguno que manifestase disposiciones positivas de sacudir su yugo.

Al anochecer se preparó á marchar la vanguardia, y advertí que la tropa y oficiales estaban sorprendidos de la apatía y quizá mala voluntad de los habitantes, cuando habian creido que correrian con los brazos abiertos á abrazar á sus libertadores. Había pasado cerca de un día que estábamos cerca de la capital y que el camino estaba libre, y un solo hombre, una sola carta, una noticia de cualquiera clase, no se había aproximado á nosotros. Me pareció conveniente hablarles, y lo hice en pocas pero enérgicas palabras, y luego conocí el buén efecto que había producido mi discurso. Pasaba de media noche cuando llegué al bajo de los *Mataderos* que está en los suburbios de Córdoba, y haciendo descansar la división, entré con una pequeña escolta, dirigiéndome á casa del coronel Deheza, que reposaba después de haber acuartelado la tropa. Allí no tenian mejores noticias sobre el paradero de Bustos, que las que yo traía. Lo que únicamente adelanté, fué saber que el parque de artillería y bagajes, habian salido al oeste, es decir, hácia la sierra; más, todo había sido en carretas, y estas no pueden transitar en aquellas asperezas, de modo que, ó habian variado de dirección al sud, ó estaban á pocas leguas de distancia; entre estas suposiciones, la segunda parecía la más probable, por cuanto Bustos tenía á todos alucinados con la amistad de los salvajes del sud, y era su plan favorito unirse con ellos, para resistir á sus enemigos.

Con el designio de cruzar la sublevación de la campaña, hice marchar en esa misma noche varios vecinos, á distintos puntos de ella. Don Faustino Allende lo había hecho poco antes á Yschilin, con este objeto. Don José María Martinez se dirigió al río Segundo y fuerte del Tío, á verse con don Nazario Sosa, comandante de aquella frontera y otros varios puntos. En proporción que se vieron apoyados, empezó á disiparse el miedo, y se fué restituyendo

al vecindario la facultad de obrar. El juez de policía, don Felipe Gomez, había quedado encargado por Bustos, del Gobierno, y lo entregó inmediatamente al ciudadano don Pedro Juan Gonzalez, que había sido provisoriamente nombrado por el coronel Deheza, y después ratificado por mí.

El 13 por la mañana entró la división de vanguardia que había dejado en los suburbios, y atravesando el pueblo, fué á campar en los altos del pueblito, como á una legua de Córdoba. El cuerpo del ejército que había entrado el día antes, tuvo orden de salir á reunirse á la vanguardia, como lo verificó luego. En seguida regresé á la ciudad con una pequeña escolta, me alojé en casa de mi hermano, que se había ausentado, á virtud de las amenazas de Bustos, donde recibí las autoridades y otros sujetos, que vinieron á cumplimentarme. En las conversaciones que tuve con ellos, se me insinuó por algunos, que no sería imposible una transacción con el general Bustos, y por más que el partido exaltado, que ya empezó á asomar, repugnase toda reconciliación, me incliné á ella, y en el mismo día marcharon tres comisionados, que lo fueron: don Gaspar del Corro, don Narciso Moyano y don José Roque Savide, llevando mis proposiciones que se reducian á decir al señor Bustos, que no era la ambición de mandar la que me había traido, sinó el deseo de hacer respetar las leyes constitucionales de la provincia, según las cuales, habiendo concluido los dos períodos de mando que únicamente podía obtener, debía dejar á los Representantes la libre elección de la persona que debía subrogarle, sin que se creyese que deseaba ser yo el elegido; pués, desde luego me comprometía á no admitirlo, siempre que esto se creyese necesario á la tranquilidad pública.

Los comisionados no sabian donde encontrarian al señor Bustos; más, luego que se hallaron fuera de la ciudad, empezaron á tomar noticias, y después de un largo rodeo

dieron con él al fin, en San Roque, que es una hacienda de los señores Fragueiros, situada al pié de la sierra, distancia de nueve leguas de Córdoba, al oeste. Entre tanto no se descansaba en Córdoba, y todos mis conatos se dirijian á atraer los ánimos, llamar á todos á la concordia y á preparar la cooperación de la campaña, y cuando menos, su neutralidad en la lucha que probablemente iba á tener lugar, y que por mejor decir, estaba ya empezada. En nuestro país la campaña es lo más, y las ciudades lo menos, en las cuestiones en que es preciso llegar á las manos. Buenos Aires es un comprobante de tan extraña verdad; sin embargo de su gran población, de su riqueza, de su ilustración, vemos que ha sucumbido y que en el día está dependiente de las influencias de afuera de su recinto: ¡cuanto más sucederá lo mismo, en poblaciones pequeñas, que carecen de aquellos recursos! Esto es ahora muy sabido de todos, pero entonces no lo era, y me costó trabajo dirijir á este objeto la atención de mis amigos políticos. En el curato de Calamuchita, se había hecho un movimiento á favor mío, pero lo que más prueba que la campaña resistía el cambio, fué, que sin embargo de ser el jefe destituido en aquel partido, un hombre cargado de crímenes y del odio público, el que lo encabezó tuvo que refugiarse al ejército con unos cuantos hombres, trayendo preso á don José M. Acosta, que era el comandante caido. Sin embargo, fué muy útil el paso audaz de los Torres, y les conservo gratitud.

El 14 por la tarde regresaron los comisionados trayendo la contestación del señor Bustos, redactada en un corto número de proposiciones, que poco más ó menos, según conservo en la memoria, se reducian á lo siguiente: Que se convocaría la provincia para que libremente eligiesen sus Representantes. Concedido por mi parte. Que se reuniría la Sala para elegir la persona que había de ejercer el

Poder Ejecutivo, debiendo las fuerzas suyas y mias retirarse á una distancia de la población, para que obrasen libres de toda influencia. Concedido. Que ni él, ni yo, ni ninguno de los jefes que venian conmigo, sería electo gobernador. Concedido con respecto á mí; y respecto á los jefes, prometía emplear mi influencia personal para que renunciasen el cargo si recaía en ellos la elección, y que me persuadía que lo harian. Que entre tanto, ambas fuerzas se conservarian en el mismo estado sin aumentarse, ni se buscarian auxiliares, ni conmoverse la campaña. Concedido; como que había sido propuesto anteriormente por mí.

Estas fueron, en suma, las proposiciones que, aceptadas por mí, le devolvieron dos de los comisionados (Corro se había quedado en Córdoba), y al efecto se dirigieron segunda vez á su campo de San Roque, el 15. Puedo asegurar que nada de esencial omito en esta relación, pero puede muy bién ser que olvide algunas circunstancias, ó cláusulas accidentales, porque mis papeles privados fueron destruidos cuando caí prisionero, y de los de otra clase no tengo uno solo á la vista: todo lo que escribo es conservado en la memoria, y, por lo mismo, deberá tenerse en consideración si alguna cosa pequeña se me escapa; pero, repito, que respondo de la exacta verdad de lo que digo, y de que lo que va consignado, es lo más sustancial de los procedimientos.

Entre tanto, se agitaban los partidos en Córdoba, y tuve desde entonces que luchar con la exaltación de mis amigos, y la tenáz oposición de los contrarios. Los unos ponderaban la nulidad del poder de Bustos, y de la secta política á que pertenecía; los otros le daban un valor gigantesco ante el cual desapareciera como el polvo, mi pequeño ejército. El nombre del general Quiroga figuraba ya al lado del de Bustos, y se creía al primero en movimien-

to, y con su vanguardia, reunido al segundo. Uno y otro era exagerado, y trabajé no poco en comprimir el celo demasiado ardiente de unos, y la conocida malevolencia de los otros.

Los comisionados regresaron el 16, sin haber podido arribar al convenio deseado: Bustos había añadido nuevos artículos, y á los ya acordados, varias cláusulas tendentes á prolongar las negociaciones, ganar tiempo, é inutilizar toda transacción. Resolví, pués, en el acto moverme con mi ejército en dirección á San Roque, y lo efectué en la madrugada del 17 llevando conmigo á uno de los comisionados, el doctor Savide, y otro ciudadano, el señor don José Isaía, que se ofrecieron á ir para tentar aún algun medio de transacción. A propuesta del primero me presté á una entrevista con el señor Bustos, si él consentía en ella. A bastante distancia, se adelantó el señor Savide á hacérselo saber, y volvió á encontrarme para decirme que consentía en ella, mediando las seguridades de estilo. Sobre esto hubo particularidades que comprueban la nimia suspicacia del señor Bustos, y quizá comprometen su buena fé.

Mi ejército hizo alto á una legua de distancia de San Roque, y en la mitad de la distancia nos reunimos, según lo convenido, acompañados de un ayudante y un soldado cada uno: yo llevé conmigo al capitán don Rafael Correa; él trajo al coronel Navarro (europeo). Nos habíamos dado mútuamente rehenes, para lo que exigía nombrase á los dos principales jefes de mi ejército, Deheza y La Madrid, mientras él nombraba dos de los suyos arbitrariamente. Consentí en cuanto á Deheza, pero no en cuanto á La Madrid, que era preciso quedase á la cabeza del ejército; fué el coronel Plaza, en su lugar. De parte de él vinieron los jefes, don José Argüello y don N. Mieres. Estando ya reunidos y después de un buén rato que conferenciábamos, apareció repentinamente á nuestra inmediación y por entre el bos-

que, una partida enemiga, lo que, reclamado por mí, como una infracción de lo 'pactado, la mandó retirar disculpándose muy socarronamente, con que les habian hecho entender que se tramaba contra su vida; la partida no obedeció sinó á medias, retirándose á alguna distancia. Ya la noche se aproximaba, y veía en mi rededor síntomás alarmantes; procuré, pués, terminar la conferencia en que nada más se acordó, que una suspensión de armas hasta el día siguiente en que volveríamos á reunirnos. Además, le hice entender, que siéndome imposible permanecer aquella noche en el lugar en que había hecho alto el ejército, por falta de agua, iba á aproximarme hasta la márgen del río de San Roque. Esta indicación descompuso de nuevo su semblante, y casi fué causa de que la conferencia tuviese una conclusión menos pacífica. No obstante, era indispensable mantenerme en mi propósito, y consintió bién á su despecho.

Efectivamente, continuó el ejército su movimiento hasta la márgen izquierda del río, y campamos ya de noche á pocas cuadras de la posición de Bustos, en San Roque. Estábamos, pués, al frente y muy inmediatos, de modo que los soldados que bajaban por agua, de los campos, se ponian á la habla: aún se valió de esta facilidad para entablar la seducción de mi tropa, pero sin más efecto que darme cada vez más armas, para convencerlo de lo poco que deseaba, un avenimiento que terminase su reinado. La noche se pasó con la mayor vigilancia.

El viérnes santo, 18 de Abril, nos reunimos entre los dos campos, pero no ya en el lugar montuoso como la tarde antes, sinó en un lugar despejado, con la misma comitiva que estaba convenido. Entonces le hice cargos de lo que había sucedido la tarde precedente, de las mil tergiversaciones con que había querido enredarme durante las negociaciones, y de la prolongación indefinida que quería dar á

este negocio. Se defendió lo menos mal que pudo, y después de una larga conferencia convenimos en que delegaría el mando en mí, como se hizo, extendiendo en el acto tan importante documento, que firmó á presencia del comisionado y mediador, doctor don José Roque Savide, quién lo redactó, habiendo sido antes préviamente acordados *in voce* los artículos siguientes: Mi ejército se retiraría á diez leguas de la ciudad de Córdoba, y el de él se conservaría en la posición que ocupaba, que con poca diferencia estaría á la misma distancia. Yo, como gobernador, debía convocar inmediatamente los departamentos de campaña y ciudad, para que eligiesen sus Representantes. En seguida procedería la Sala del modo más libre á la elección de gobernador, siendo del cargo de ambos, sostener y hacer respetar su elección. Los jefes y oficiales del señor Bustos, serian conservados en sus grados militares, lo mismo que él, cuya graduación y rango eran garantidos. Ni él ni yo podíamos aceptar ni reclamar la cooperación de otra provincia, ni podíamos reunir más fuerzas que las que actualmente teníamos, ni él debía hacer movimiento alguno con las que tenía situadas en el río Cuarto ú otros puntos.

Cuando propuse que estos artículos se redactasen sobre el papel, para que fuesen suscriptos por ambos, me fué sobre manera sorprendente el ver que rehusaba, alegando que no era necesario y que bastaba nuestra buena fé. Hube de pasar por ello, pero, dejándome esta singular resistencia, las más vivas sospechas; el suceso las justificó después. Se convino también, en que por la santidad del día (era viérnes santo) no se publicaría hasta el siguiente, la delegación que hacía, ni me haría reconocer en su campo como tal gobernador, hasta el sábado; pero insistía con el mayor empeño en que, para aquietar los ánimos y no dejar la menor sombra de coacción, me retirase cuanto antes con mi ejército, lo que ofrecí hacer la misma tarde, y lo verifiqué situándo-

me á dos leguas de distancia, en donde, aunque no había agua bastante, una mansa y benéfica lluvia, suplió esta falta.

En esta situación se pasó la noche, y me halló el día 19 combatido de las más crueles ansiedades: la buena fé de Bustos era muy dudosa, y más que probable, que solo trataba de evitar por el momento un combate, para el que no se creía preparado; por otra parte, yo debía ser muy circunspecto para dejar encarnizar la guerra civil, porque un solo paso indiscreto podía sublevar la campaña, demasiado dispuesta á la guerra de montoneras, y una sola gota de sangre derramada á destiempo, produciría torrentes, y la más completa conflagración. Me era conveniente ostentar moderación, y poner la razón, la justicia y la más acrisolada buena fé de mi parte, y precaverme al mismo tiempo de los astutos manejos de mi rival. Para seguir esta línea de conducta tuve que luchar con las exigencias del partido exaltado (se entiende que nunca las hizo oir, sinó del modo más respetuoso), que ya asomaba en el Gobierno. Convenía también cuidar que no se entibiase el ardor y entusiasmo de mis tropas, que podía muy bién resentirse de estas marchas y contramarchas, y de tener que considerar como amigos, á los que se les había hecho entender que eran enemigos, para tener últimamente que combatir con ellos. Pero me hago un grato deber en atestiguar que jamás se desmintieron aquellos excelentes soldados: tan valientes como virtuosos, tan patriotas como obedientes y moderados, jamás desconocieron mi voz, ni me negaron su confianza; y cuando parecian desalentados con el peso de semejantes consideraciones (según estaban á su alcance), bastaba presentarme, para que en sus semblantes brillase el entusiasmo y una seguridad que á su vez aumentaba la mía.

Pasó toda la mañana del 19 sin tener noticia de que se hubiese hecho saber oficialmente en el campo del general

Bustos, la delegación del Gobierno, que era lo único que esperaba para continuar mi marcha á Córdoba. Llegó á tal grado mi impaciencia con esta tardanza, que por otra parte era un nuevo comprobante de su mala fé, que hice ya contramarchar la cabeza de la columna para volver sobre San Roque; más, en esta actitud suspendí el movimiento y le dirigí una nota reclamando el cumplimiento de lo pactado, la que fué remitida con un ayudante, al mismo tiempo que el coronel Deheza se me ofreció á ir personalmente al Cuartel General enemigo, para entenderse personalmente (según decía) y precaver los efectos de un rompimiento. Consentí en ello, y después de una ó dos horas tuve contestación, en que se me hacía saber que quedaba reconocido como tal gobernador delegado, y en que se disculpaba la tardanza con la frívola causa de que el mal tiempo había impedido que se formasen las tropas para tan solemne acto. Continué, pués, mi marcha hasta *Lloccina*, en la misma tarde, pero resuelto á no perder de vista las insidiosas maniobras de mi adversario, y á lanzarme sobre él, y decidir la cuestión en un combate, así que pudiera convencerlo de su intención de traicionarme.

En la misma noche se supo oficialmente, que había sido publicada en la capital, la delegación, y que las demás autoridades habian reconocido el nuevo Gobierno, que en consecuencia, se le saludó con la salva de estilo, después de lo cual, en la mañana del 20 continuó su marcha el ejército, y se acampó en las inmediaciones de la ciudad.

El coronel Deheza, mi segundo en el mando, era por lo común el más exaltado en el consejo, y el más violento en sus opiniones; pero, después que estuvo en el campo enemigo, había declinado al más completo moderantismo; así, pués, que en los momentos en que se acumulaban comprobantes de la infidelidad de Bustos, me maravillaba de ver en mi *jefe de E. M.* tan pocas disposiciones para secundar-

me, si teníamos que llegar á las manos. Tanto por lo que acabo de referir, como por algunos otros antecedentes, era muy fácil percibir, que algo que se había tratado en el campo enemigo, había producido tan súbita mudanza. Además, cuando me propuso Bustos que ninguno de los jefes del ejército pudiese ser nombrado gobernador, Deheza me había declarado, muy francamente, que por cualquier evento ó combinación que dejase yo de serlo, él quería precisamente ocupar este puesto. Era, pués, muy claro que habian halagado su ambición, haciéndole ver la posibilidad de obtenerlo, esperando entre tanto de él, que contribuyese á prolongar el estado incierto de las cosas, y tomarse el tiempo de aumentar sus fuerzas, y preparar la conflagración de la campaña, para lo que tomaban sus providencias.

Había también otro objeto no menos esencial en esta intriga (que era concluida en gran parte, por el edecan del señor Bustos, don José Argüello), y era el de sembrar los celos y desconfianzas entre los jefes del ejército, y muy particularmente, entre Deheza y yo. A este respecto se me habian hecho algunas indicaciones, que había apreciado como merecian; pero, lo que pensó Bustos que iba á dar la última mano á sus manejos, fué lo que contribuyó más eficazmente á desbaratarlos.

El 21 ya no era posible dudar, por datos repetidos y fidedignos, de las miras hostiles de Bustos. Sabía, á no dudarlo, que el coronel Navarro había marchado precipitadamente á acelerar el auxilio de tropa que mandaba el gobierno de San Luis; que la mayor parte de las fuerzas que guarnecian el río Cuarto, estaba en marcha á San Roque; que el capitán don Juan Paz, había regresado al Fraile-Muerto y río Tercero, á promover la sublevación. Don Bailón Galan se había dirijido á poner en conflagración la Sierra, y desde allí pasar á los Llanos, cerca de Quiroga. Desde la Sierra escribió al señor Bustos una carta que

fué interceptada, en la que hablaba en estos términos, poco más ó menos: *Ya quedan Güemes, Campero y los demás oficiales de la Sierra, advertidos de que la delegación del Gobierno es una estratagema, para dar tiempo á que se reunan nuestras fuerzas; quedando ya esto arreglado y los jefes prontos á obrar, sigo mi marcha á Llanos, á desempeñar la comision que me está encargada.* Posteriormente tuve noticias positivas, de que las comunicaciones dirijidas al general Quiroga estaban en el mismo sentido, añadiendo, *que aunque se consideraba con bastantes fuerzas para contrarestarme, sería conveniente, sin embargo, para mayor seguridad, que le remitiese á la mayor brevedad, una división de quinientos hombres con un jefe de confianza.* Esto revela que ya entonces temía Bustos al general Quiroga, y que si en el conflicto ocurría á él, quería disimularlo, y no deseaba que viniese en persona á la provincia. La fuerza pedida al río Cuarto estaba en camino cuando supo la derrota de San Roque, y se dispersó completamente, sin embargo de ser veterana. La que venía de San Luis al mando del comandante don José Rodriguez, pernoctó el 21 á diez leguas del Cuartel General de Bustos, y estaba en marcha el 22, para llegar ese mismo día, cuando tuvo su jefe la noticia del indicado desastre, y regresó más aceleradamente de lo que había venido. Al capitán Paz me lo trajeron preso los vecinos del Fraile-Muerto, como promotor de montoneras. Después de un arresto de pocos dias, le dí libertad.

Era, pués, preciso atacarlo y acabar de un golpe con tan detestables maniobras; pero mi jefe de E. M. no solo mostraba la mayor tibieza, sinó que se empeñaba en disculpar á Bustos, y en proponer datos que debilitasen la certidumbre de tan multiplicadas noticias. En estas circunstancias llegó un hombre que me traía carta de la misma persona que era el objeto de nuestra conversación; en ella, después de algunas frases insignificantes, trataba el

señor Bustos de alarmarme contra algunos de mis jefes, sin nombrarlos, diciéndome que sabía que aspiraban á subplantarme. Leida que fué por mí la carta, sin que me hiciese la menor sensación desagradable, se la pasé á Deheza, quién, impuesto de su contenido, estalló en la más viva indignación; y del papel de conciliador que tan mal desempeñaba, pasó á instarme, con todo el calor de que era capaz, para que en el acto marchásemos á castigar al perjuro. A mi vez tuve que calmarlo para insinuarle que tenía resuelto mover el ejército esa misma tarde.

El coronel Deheza tendría cerca de cuarenta años de edad, es natural de Córdoba, pertenece á una familia decente, y cuenta una numerosa parentela. Era de pocos alcances y ninguna instrucción. No tenía mucha delicadeza, pero disimula á veces este defecto, con ciertos ribetes de caballero. Es absolutamente incapaz de organizar un batallón, ni de educarlo según los principios de la disciplina, tan importante para el éxito de las operaciones marciales. Era aún menos apto para el empleo de jefe de E. M. que ejercía, y sin embargo, lo había traido y lo conservaba en él, por razones particulares que no es del caso detallar, por consideraciones políticas, y por otras cualidades militares que lo recomiendan en sumo grado. Era valiente y aún bizarro en el conflicto de una batalla; en tales ocasiones, ha prestado servicios distinguidos, y yo le he debido avisos importantes, mejor diré, inspiraciones de genio, que me han sido muy útiles y que me complazco en recordar; pero, desgraciadamente estas no se extendian ni una pulgada más del campo del combate, y ni aún allí era generalmente conducido por impulsos nobles y desinteresados, pués se mezclaban muy á menudo cálculos de ambición ú otras pequeñas pasiones, de tal modo, que sabian modificar su carácter propenso á la crueldad, y disponerlo para alguna acción generosa. Conocía bién la arma de la infantería, y

no tenía igual en el ejército, para conducir en la pelea un reducido número de batallones. En una palabra, tenía más brío que cabeza, ó según la expresión de Napoleón, no era cuadrado, pués tenía más base que altura.

Como una de las medidas tomadas, el general Bustos, para reforzar su campo, era desguarnecer la frontera del río Cuarto. Creí oportuno el momento para mandar al comandante don Juan Gualberto Echevarría, con una partida, para que haciendo saber al jefe de aquella, la delegación que había hecho del mando el antiguo gobernador, se sirviese de su influjo y de la indefensión de aquellos puntos, para apoderarse de ellos, cuyo mando le confería. El objeto se logró completamente, porque el coronel Maure, que no estaba impuesto sin duda á fondo (al menos no encuentro otro modo de explicar la conducta de este jefe) del fin que llevaban las maniobras de su hermano político (lo era el señor Bustos), no podía conciliar la renuncia del poder con los medios de recuperarlo, que adoptaba en el instante, ni la debilidad que había manifestado su caduco gobernador con los subsiguientes actos de vigor y resistencia. El comandante Echevarría se aprovechó hábilmente de su embarazo, que se había hecho trascendental á sus subalternos, y habiendo entrado en contestaciones, supo de tal modo imponer á Maure, que se vió tan enredado y aturdido, que entregó el mando, quedando él mismo á disposición del primero. Entonces había ya tenido lugar la fuga del coronel don Anselmo Acosta, á quién Maure clasificaba de desertor.

Al anochecer se puso en movimiento el ejército con el mayor silencio, y al amanecer del 22, estábamos sobre los puestos avanzados del señor Bustos. Fácil me hubiera sido aprovechar las ventajas de una sorpresa, marchando rápidamente sobre su campo; pero, no quise dar ni aún esta ocasión á la maledicencia, y me propuse darle el tiempo

bastante para que se preparase. Una guardia avanzada fué sorprendida por orden mía, sin efusión de sangre, y tomados dos Dragones de los que la componian: les mandé devolver sus armas, y dándoles una gratificación de algunos pesos, les entregué un pliego para que lo pusieran en manos de su General. Recuerdo hasta ahora la integridad de aquellos honrados soldados, que temiendo que se sospechara que habian traicionado sus deberes, rehusaron recibir el dinero; y para que lo aceptasen, fué preciso decirles que era la justa remuneración del servicio que me hacian, llevando aquella comunicación, y aún así lo recibieron con la mayor repugnancia.

El pliego se reducía á hacer saber al señor Bustos, que sus manejos estaban descubiertos, é intimarle que disolviese en el acto su ejército, ó que en caso contrario, sería luego atacado. Antes de una hora, que se invirtió en mudar caballos y en otras preparaciones, que á haberse querido se hubieran hecho antes de darle la alarma, se presentó su ayudante de campo, don Manuel Arredondo, quién, además de lo que decía la contestación escrita, venía encargado de satisfacerme de palabra, y asegurarme que eran falsos los cargos que se le hacian. Entre tanto, nada era más cierto; pués, es fuera de toda duda que ese mismo día se le debian reunir ya más fuerzas, y que á no ser atacado, entonces hubiera costado más cara la victoria. No dí más contestación á Arredondo, que referirme á mi última comunicación, y trás él me moví hasta desembocar con el ejército en la playa inmediata al río de San Roque, á cuyo opuesto lado se hallaba el enemigo formado en batalla, y á cuya sazon era quizá proclamado, como se infería de los repetidos vivas y aclamaciones que resonaban en toda su línea.

La hacienda de San Roque pertenece á los señores Fragueiros, y el edificio está situado en la márgen izquierda del río, que es el mismo de Córdoba: mira al camino de la ciu-

dad, y de consiguiente, al oriente. Tiene delante una frondosa y espaciosa huerta, cuyo cercado exterior cae sobre la barranca que forma el cauce, y que solo deja al lado del sud (de la huerta) un callejón de algunas varas de ancho que sirve de entrada hasta el patio. Al norte de la misma, se prolonga una serie de chacras por muchas cuadras sin interrupción, cuyos cercados exteriores bordean igualmente la barranca. El espacio que ocupan la huerta y chacras, se halla ceñido de una parte, por el río, y por la otra, por una sierra baja pero muy áspera, que corre á espaldas de la casa y paralelamente al río, dejando solamente entre ella y el cercado de las chacras, opuesto al río, un camino muy desigual y pedregoso.

Muy inmediato al edificio se elevan dos montecillos, en que el enemigo tenía colocadas dos baterias, constando ambas, de ocho piezas de á cuatro, y un obús. La una barría completamente el callejón principal que desemboca al patio; la otra dominaba las riberas del río, todo el terreno de las chacras del frente, y estaba en actitud de dirigir sus fuegos hacia la izquierda, siempre que fuese necesario. La poca infantería que tenía Bustos, había sido colocada en el frente del edificio para sostener ambas baterias, y su caballería, que era la más numerosa, se prolongaba á su izquierda, dejando á su espalda la serrezuela, y á su frente, las mencionadas chacras. En tal situación, poco fruto podía sacar de ella; pero, persuadido que haciendo consistir su mayor fuerza en la fuerte posición que ocupaba, esperaba que los fuegos de su artillería nos hiciesen retroceder y desordenasen, para emplearla con suceso. Más á la izquierda (se entiende del enemigo) y á distancia de algunas cuadras, se dejaba ver un cuerpo aislado, que desde luego se conoció ser de malas milicias, y contra el cual, destacando un pequeño escuadrón, se evaporó con la mayor facilidad. Pero, volvamos á las disposiciones del ataque que

se dirigió sobre la marcha, sobre las posiciones enemigas.

Luego qne el ejército salió del bosque por donde transita el camino, á la playa del río opuesta á la que ocupaba el enemigo, nos hallamos á su vista. Sin demorarnos se dividió en dos columnas de ataque, de las que la de mi izquierda, á las órdenes del coronel Deheza, se componía del batallón núm. 5, del escuadrón de voluntarios Argentinos y las cuatro piezas de artillería. Debía atacar la posición enemiga por el frente, dirigiéndose al callejón principal, pero con orden expresa de no precipitar el ataque y de detenerse en el cauce del río, donde quedaban á cubierto de los fuegos enemigos, entreteniendo el combate con la artillería que debía quedar sobre la barranca, mientras la otra columna tomase por el flanco, las posiciones enemigas.

La otra columna, compuesta del batallón núm. 2 de caballería, á mis inmediatas órdenes, se dirigió sobre el extremo izquierdo de la línea enemiga, pero, para llegar á ella, fué preciso romper los cercos de las chacras que nos dividian, lo que, conseguido después de un fuego poco considerable, nos apoderamos del camino, que según indiqué, corre por entre la sierra y los cercados de las chacras hasta la misma casa de San Roque. Desde entonces aquella fuerza no se presentó, sinó en grupos informes, que oponian muy débil resistencia, y que sucesivamente iban ganando las asperezas de la sierra. Destaqué al coronel Videla con parte de su batallón, á que los fuese desalojando, lo que hizo hasta dispersarlos, mientras yo con el núm. 2 de caballería, dando conversión á la izquierda, flanqueaba enteramente al enemigo (el mismo movimiento había hecho Videla en su persecución, de modo que todas las fuerzas iban á concurrir simultáneamente en el punto decisivo, que eran las inmediaciones del edificio donde estaban situadas las baterias y el mismo Cuartel General de Bustos, situado en el edificio principal, como también el gran Parque).

Continuando por el mismo camino, y bajo los fuegos de las baterias, destiné al teniente coronel Pringles, con un escuadrón que, lanzándose á la carga, y siguiéndolo con el resto de la columna, fué á salir á la misma casa de San Roque, arrollándolo todo, casi al mismo tiempo, que la columna del coronel Deheza penetraba por el callejón, de modo que se logró completamente el suceso de ambos ataques.

De estas resultas, quedaron en nuestro poder más de doscientos prisioneros, ocho piezas de artillería y un inmenso parque, que era el que Bustos tenía en Córdoba, y que había sido trasportado en aquellos dias hasta San Roque. Esta circunstancia explicará una duda que se habrá ocurrido mil veces al que lea estos renglones: y es, por qué no se retiraba Bustos cuando se veía amagado por mi ejército; para explicar tan extraña inmovilidad, es preciso saber que San Roque está situado á la falda de la sierra, que más allá no pueden transitar carretas; que su voluminoso parque, había sido retirado allí en los dias de conflictos, sin duda con la esperanza que yo me entretendría en Córdoba y no lo buscaría, y también con la intención de aproximarse á los Llanos de la Rioja, donde pensaría apoyarse en el general Quiroga. Pero todo ello estaba muy mal calculado, y me es forzoso decir, que tan fácil triunfo se debió en mucha parte á su genial inercia y su inexplicable imprevisión.

Del enemigo, según recuerdo, murieron el teniente coronel Aparicio, el comandante de artillería, Navarro (no es el coronel de que se ha hablado antes), y unos treinta ó cuarenta hombres más. Por nuestra parte, perdimos al capitán Bengolea, y ocho ó diez soldados muertos; además, hubo algunos heridos, entre ellos el teniente Goyena, de artillería. La caballería enemiga toda se dispersó, y las partidas que la perseguian llevaban orden de no ofenderla, asegurándoles que no se les haría mal. Esto no dejó

de producir efecto, pués habiendo yo en persona seguido la persecución con el cuerpo principal destinado á ella, logré que se presentase el comandante Pino, del río Seco, con más de treinta hombres, á quienes agasajé y dí libertad en el acto para que se fueran á sus hogares, como lo verificaron sin hacerse de rogar. Después de haber andado algunas leguas internándome, regresé á San Roque ya muy entrada la noche, donde estaba la infantería con todo lo tomado al enemigo.

Sin embargo, no había descuidado mandar gruesas partidas en diferentes direcciones, con el fin de no dar lugar á que se formaran reuniones, y con el de aquietar el país. Esta medida produjo buenos resultados; pués, no solo se logró tranquilizar la Sierra, sinó que las fuerzas que no se hallaron en San Roque, se dispersaron ó se pasaron á otras provincias. El general Bustos, después de su derrota, se dirigió á Pocho, hizo algunos débiles ensayos para sostenerse en la de Córdoba; pero, ya fuese porque temió ser atacado con prontitud, ya por su natural inercia, se dejó de todo, licenció varios jefes que lo acompañaban, que se me presentaron luego en Córdoba, y se retiró á los Llanos de la Rioja, donde el general Quiroga reunía su ejército.

Me permitiré hacer mención de varios incidentes que aunque no sustanciales, no dejarán de interesar al que leyese, al mismo tiempo que dán una idea de lo deplorable que son las guerras civiles. El mayor del batallón 5º, don N. Aparicio, era hijo del teniente coronel del mismo apelativo, que, perteneciendo á Bustos, murió en la acción de San Roque. La primera vez que marché (el 15) estaba por acaso el Mayor, en no se qué comisión momentánea, y sabiendo nuestro movimiento, vino á verme para interesarse en que absolutamente no le dejase, porque hallándose su padre en las filas enemigas, quizá se le presentaría la ocasión de serle útil y salvarlo. Se lo prometí efectivamen-

te, y estuvo hasta la noche del 21 (que fué la del segundo movimiento) en el punto que le correspondía en su batallón, en que vino á promover la solicitud diametralmente contraria: se reducía á rogarme le permitiese no marchar contra un enemigo entre cuyas filas se hallaba su padre; protestando entre tanto, que no motivaba este deseo ningún impulso innoble ó deshonroso, y sí solo el respeto filial. Pero ¿este mismo amor no fué el que la primera vez le hizo desear ir precisamente en el ejército y encontrarse en el combate que pudiera tener lugar? A mi juicio, en una ó dos entrevistas que tuvo con el padre durante el armisticio, no pudiendo contrastar su fidelidad, se limitó á exigirle que no esgrimiese las armas contra su partido, haciendo valer para esto, la paternal influencia y los sentimientos de la naturaleza. Sin embargo, respeté sus motivos sin exigirle la menor confidencia á este respecto; le otorgué su solicitud, en virtud de la cual, se quedó en Córdoba, y ni se halló en la batalla, ni pudo contribuir á salvar á su padre que quizá le hubiera sido posible. Inmediatamente, después del duelo que tributó á su memoria, volvió á desempeñar las funciones de su empleo, las que llenó honradamente hasta que perdió la vida en la acción de la Ciudadela de Tucumán, en 1831.

En los momentos de mi aparición en las inmediaciones de Córdoba, una partida de cuarenta hombres, milicianos, que mandaba en persona el ministro secretario del gobernador Bustos, don Juan Pablo Bulnes, había sido sublevada por un tal Peñaloza, quién lo condujo preso á mi disposición, á dicho Bulnes y al oficial don Manuel Bárcena, (hoy Coronel en Buenos Aires). Ambos quedaron en simple arresto en el cuartel de la calle ancha, donde solo había quedado, cuando íbamos á San Roque, un piquete de soldados estropeados ó levemente enfermos, á cargo del capitán don José Mercado. Cuando en la ciudad empezó á

oirse el estruendo de la artillería, y por él se vino en conocimiento que las fuerzas contendentes habian llegado á las manos, reinaba en los ánimos la más terrible ansiedad, y todos hacian cálculos, según su modo de ver ó seguir las afecciones de partido. Yo, como antes he dicho, había marchado en persecución del enemigo, y no tuve tiempo ni oportunidad de avisar en aquellos momentos, el resultado favorable de la acción, á la autoridad que presidía en Córdoba; y mi segundo, el coronel Deheza, que estaba tranquilo en el campo de batalla, no tuvo la advertencia de hacerlo hasta la tarde. En tal estado de incertidumbre, y en medio de la multitud de falsas y alarmantes noticias, que se propagaban por momentos, era muy de temer que se perturbase la tranquilidad de la población, y que á favor del desorden, se cometiesen excesos por la plebe, que era, en lo general, partidaria entusiasta de Bustos. Las personas principales en toda la parte sana y respetable del pueblo, empezaban á temblar al aspecto amenazador de la muchedumbre, cuando vino á hacer este estado de cosas más aflictivo, la evasión de los dos presos, Bulnes y Bárcena, quienes, quebrantando su arresto, montaron á caballo, y recorrieron algunas calles, gritando: *Victoria por Bustos; muera Paz!* Más, como ellos mismos no participaban de la seguridad que querian infundir, se contentaron con vocingleras aclamaciones, y sin detenerse, ganaron los campos para ir á reunirse con sus derrotados amigos. El pueblo de Córdoba debe siempre hacerles un cargo, no por su evasión, sinó por el peligro á que lo expusieron, tan inútil como innecesariamente.

Por el pronto, se contuvo la explosión por el patriotismo y presencia de espíritu de algunos vecinos; pero hubiera sido inevitable un desastre, principalmente por la noche, si en aquellas circunstancias no hubiese llegado el parte del coronel Deheza, comunicando el triunfo obtenido y la

completa destrucción del enemigo. Desde entonces dejó de temerse por la tranquilidad pública, y los buenos ciudadanos de todos los partidos, respiraron libres de un peso abrumador.

Mientras todo esto, la esposa, hija, y yerno del general Bustos, se hallaban en San Antonio, hacienda de la familia del último, á dos ó tres leguas de distancia de San Roque. Hasta allí llegó el coronel La Madrid, persiguiendo los dispersos; pero, fueron respetadas las personas y las propiedades con una escrupulosidad suma. El comandante Pringles, había ido con un escuadrón en otra dirección y con el mismo objeto, y había llegado hasta un puesto, dependiente de la hacienda principal de San Antonio, á algunas leguas de ella. Allí hizo alto y campó para dar descanso á hombres y caballos, á la inmediación de un bosque, en el cual, internándose algunos soldados, hallaron un depósito de algunos baules, cajones y petacas, en que había ropa de uso, papeles y plata labrada; cuando llegó á noticia de Pringles este hallazgo, ya habian forzado las cerraduras ó tapas de tres ó cuatro bultos, y extraido de ellos algunas piezas; las recogió, y las hizo acomodar otra vez, lo mejor que se pudo, conservando intactos los que no habian sido violentados, y con todo ello regresó al Cuartel General, al día siguiente de la batalla, por la noche. En la mañana inmediata, se me presentó doña Juliana Maure de Bustos, esposa del General, á reclamar aquellos efectos de su propiedad. Yo ni los había visto, ni tenía más que un conocimiento vago, hasta entonces, de lo sucedido; pero, con este motivo hice llamar á Pringles, y en su presencia me informé de lo sucedido, y ordené se le entregasen; ella pasó una prolija revista de los baules y demás, y expuso nuevamente, que le faltaba una ú otra pieza. Previne de nuevo se hicieran indagaciones para encontrarlas, de las que, no resultando cosa alguna, le insinué que se ha-

bía practicado por mí cuanto era posible hacerse en aquellas circunstancias, y que si faltaba alguna miserable friolera (que tampoco era más, lo que ella decía), era preciso se conformase, atribuyendo la culpa, á su propia indiscreción.

Y se creerá que esta señora, considerada en su persona, en su familia y en sus intereses hasta tal punto, propalase altamente y hasta en público, que había sido robada y saqueada, el día de la acción de San Roque? Nótese que esto sucedió en un día de batalla, en que por más disciplina que haya, la licencia militar (si me es permitido expresarme así), reclama sus derechos; que los efectos estaban en un desierto, sin custodia alguna, que según probabilidades, pertenecian al enemigo, como luego se vió evidentemente, pués la banda de brigadier del señor Bustos, era una de las piezas que se devolvió; nótese, en fin, la delicada conducta del comandante Pringles, y mi anheloso empeño porque en nada se le defraudase, y agregando á esto la imprudencia de mandar á un bosque aquella parte de su equipaje, cuando hubiera estado seguro en su misma casa de San Antonio, que había sido respetada con escrupulosidad; dígaseme si la vocinglería de esta señora no era injusta y agena de gratitud.

El día 20 se empleó en tomar razón de los artículos de parque, artillería y armamento, tomados al enemigo, y disponer su traslación á la capital, de donde pocos dias antes había salido. A los prisioneros, reunidos al efecto, les hablé con bondad, y fuera de algunos, que voluntariamente se engancharon en los cuerpos del ejército, fueron, sin excepción, puestos en libertad. De este modo, al día siguiente de la victoria, no había en toda la extensión de la provincia, un solo hombre que padeciese por causas políticas, y me complazco en asegurar, que siempre miré como el más dulce fruto del triunfo, la facultad de perdonar y

enjugar las lágrimas de mil familias, sin detrimento de la causa que estaba obligado á sostener. Si esto la ha perjudicado, en un sentido, como creen hasta ahora muchos, no puede dudarse, que en otro, ha producido bienes más durables, y cuya extensión no se conoce todavía; por lo pronto preparó esa decisión, con que los cívicos de Córdoba, que eran esos mismos prisioneros libertados, brillaron después en los dos años siguientes, que duró la lucha, y cuando la guerra se hacía en una escala más extensa.

Al anochecer me moví con el ejército, y pasando el río, campé en la márgen derecha. Allí me hallé el 24, y en esta mañana fué que se me presentó la señora del general Bustos á hacer las reclamaciones que he mencionado. Se reunieron muchas partidas de las destacadas, dejando la campaña tranquila, pero al mismo tiempo, y cuando recibía noticia de quedar asegurada la frontera del río Cuarto, por el comandante Echevarría, tuve aviso del mismo, de una invasión de indios pampas que la amenazaba. En consecuencia, hice marchar al coronel Pedernera con el núm. 2 de caballería, para que reunidos, la rechazasen; pero el primero se apresuró á combatirlos con las solas milicias que pudo reunir, y sufrió un parcial descalabro. Pedernera creía que el motivo principal de la conducta de Echevarría, había sido el de evitar la necesidad en que se veía de cederle el mando en jefe de la division, por ser de más graduación. No obstante, no produjo este pequeño desastre, consecuencias de gravedad; los indios robaron algo, y se retiraron, según su costumbre, y tan solo me causó el movimiento, vivas inquietudes en los dias posteriores, en que penetrando ya en la provincia el general Quiroga, por el oeste, y siendo urgente concentrar mis fuerzas, se hallaba Pedernera y su cuerpo, á una distancia no pequeña.

Al ponerse el sol levanté el campo para regresar á Córdoba, y á eso de media noche, y de la mitad del camino,

me encontré con una comunicación del gobernador de Santiago del Estero, don Felipe Ibarra; el conductor era un soldado llamado Eustaquio, su hombre de confianza, y conocido mío, cuando años antes estuve en Santiago. El tono era el más manso y amistoso; el objeto era explorar mis disposiciones á su persona, y gobierno, y mis fuerzas; la materia sobre que se versaba la comunicación, era darme parte que una partidilla de doce á diez y seis hombres, capitaneada por un tal Neirot, se había introducido en su provincia, y aún en la capital, obligándolo á abandonarla momentáneamente; que dicho Neirot, daba á entender que obraba por mis órdenes, sin embargo, que él no lo creía, y concluía rogándome lo mandase retirar, en atención á nuestra amistad y á otras consideraciones de utilidad pública.

El tal Neirot no tenía misión alguna mía, y tan solo se había conducido por enemistad con Ibarra, y quizá había sido impulsado por otros desafectos, que á la sombra de las turbulencias de que era teatro la provincia de Córdoba, creyeron poderlas introducir en la de Santiago. Mi contestación fué, pués, cual este deseaba, y además incluí una orden terminante á aquel para que saliese del territorio de Santiago, la que sinó era obedecida porque no dependía absolutamente de mí, serviría al menos para desmentir la idea de que obraba con mi consentimiento, que era en lo que consistía toda su fuerza. El resultado no fué dudoso, porque quitada la máscara á Neirot, y convencido por mis comunicaciones, que Ibarra tuvo buén cuidado de hacer circular, que su movimiento era una empresa personal y aislada, no fué apoyado, y después de vagar unos dias, tuvo que asilarse en la provincia de Tucumán.

Pero, se me dirá ¿qué gobiernos, qué gobernantes y qué provincia es esta de Santiago, que invadida por una fuerza tan insignificante, no le opone resistencia, deja pasearse

por donde quieren á los invasores, huye el jefe y les abandona la capital? La explicación de todo, se hallará en el carácter del señor Ibarra, y en las peculiares circunstancias de su posición de entonces. Ella se hará más clara en el curso sucesivo de estas memorias.

En la mañana del 25 llegué á las inmediaciones de Córdoba y campó el ejército en la márgen izquierda del río, en el bajo de Galan. Habiendo yo entrado á la capital, me ocupé luego de la organización del gobierno que había sido hasta entonces desempeñado en la ciudad y sus suburbios, por el juez de policía don Pedro Juan Gonzalez. Fué nombrado de ministro general en todos los ramos de la administración, el ciudadano don José Isara. Se decretó en seguida la formación de un cuerpo de infantería, denominado *Guardia Republicana*, al mando del teniente coronel retirado, don Agustín Diaz Colodreno, y otro de *lanceros republicanos* (caballería) al del ciudadano don José M. Martinez. Aquel se formó de la parte más acomodada de la población, como comerciantes, tenderos, pulperos, etc., y este, de los carniceros é indios del pueblito. Se encomendó al teniente coronel Barcala (mendocino) la reorganización del batallón cívico, con la denominación de *cazadores de la libertad;* en este cuerpo entraban los hombres libres de color y toda la gente menos acomodada de la ciudad y suburbios. Como que habian sido partidarios de la administración anterior, al mismo tiempo que era el más numeroso, y el más á propósito para la acción y para un movilizado, debió llamar este cuerpo la general atención del Gobierno, y es debido en gran parte al comandante Barcala, su instrucción, su arreglo, y ese entusiasmo que después tanto lo distinguió.

En Córdoba es conocido con el nombre de *Anejos*, un territorio que circuye la ciudad, y cuyo radio es de pocas leguas con corta diferencia. Es un curato distinto del de la

ciudad, y de la gente útil contenida en él, se formó un numeroso regimiento de caballería, cuyo mando fué confiado al general don Francisco Antonio Ortíz de Ocampo. Sobre las mismas bases fué concebido el plan de la organización militar de la campaña, que fué desarrollándose y plantificándose en el tiempo posterior, según lo permitian las circunstancias de la guerra, y la obediencia de los diversos departamentos. De consiguiente, para tratar de aquella era preciso adelantar algo los sucesos, pero de este modo se hará más clara su explicación.

La campaña de Córdoba cuenta doce curatos, fuera de los Anejos, y en cada uno de ellos se formó un regimiento de caballería, que llevaba el nombre del mismo curato. Preferí este método, creyendo promover una noble emulación entre los diversos curatos, y para no alarmar á los milicianos con las denominaciones numéricas, que eran exclusivas de las tropas de línea. La fuerza de los regimientos era mayor ó menor, según la población de los partidos, pero tomando un término medio, excedía de quinientos hombres cada uno, y había algunos, como los de Pocho y Punilla, que pasaban de ochocientos. Cada dos curatos formaban un departamento militar, resultando seis de estos al mando de otros tantos coroneles de milicias. Los regimientos eran mandados por tenientes coroneles. El estado que sigue demuestra con claridad, cuanto se ha dicho. (1)

Fuera de estos cuerpos había un escuadrón veterano en la villa del río Cuarto, y una compañía de la misma clase, en el Tío, frontera del Chaco. Un medio batallón de infantería denominado *Guardia Argentina*, en el primero de estos dos puntos, y compañias sueltas de la misma en la

---

(1) Véase el estado al frente.—(*Nota del Editor*).

Villa de la Carlota, en la del Rosario (Ranchos) y otros pueblitos. El total de estas fuerzas pasaba de ocho mil hombres sobre el papel, pero sin mucho esfuerzo hubieran podido reunirse las tres cuartas partes cuando menos, si la decisión de los milicianos y la eficacia de los jefes, hubiera correspondido á los deseos del Gobierno. Sin embargo de lo mucho que se había adelantado en este sentido, no tuve tiempo ni desahogo para cimentar estos arreglos, y más que todo, para formar ese espíritu militar y entusiasmo, que es el principal resorte en los cuerpos de milicias.

Curatos	Regimientos	Jefes		Departamentos	Jefes de ellos	
Río Tercero Abajo	1	T'te. coronel	1	Departamento del Este.......	Coronel	1
Río Tercero Arriba	1	Idem	1			
Río Primero....	1	Idem	1	Idem de la frontera del Chaco..	Idem	1
Río Segundo....	1	Idem	1			
Río Seco......	1	Idem	1	Idem del Norte..	Idem	1
Tulumba......	1	Idem	1			
Yschilin.......	1	Idem	1	Idem del Noroeste	Idem	1
Punilla.......	1	Idem	1			
Pocho........	1	Idem	1	Idem del Oeste..	Idem	1
San Javier.....	1	Idem	1			
Calamuchita....	1	Idem	1	Idem del Sud...	Idem	1
Río Cuarto.....	1	Idem	1			
	12		12			6

CAPÍTULO XIV

LA TABLADA

Estado de las relaciones del gobierno de Córdoba con los de San Luís, Mendoza y el general Quiroga.—La iglesia en Córdoba.—Movimiento de las fuerzas de Quiroga.—Paz se resuelve por la defensa de la provincia, solicitando el concurso de Tucumán y Salta.—Sublevación en la campaña.—Crueldades de Quiroga. El general Paz toma la ofensiva.—Fuerzas de los beligerantes.—Movimientos de los ejércitos.—El general Quiroga se apodera de la plaza de Córdoba.—Plan del general Paz.—Descripción del teatro de operaciones.—Batalla de la Tablada.—Quiroga se retira deshecho del campo de batalla.—Reflexiones sobre las batallas y la conducta del coronel Deheza.—Atrevida operación del general Quiroga. — Grave falta del coronel La Madrid.—Los prisioneros de la Tablada.—Muerte del capitán don Dionisio Tejedor.—Chasco del deán de Córdoba.—Efectos que producen los dispersos en la Tablada.

Estas memorias que hasta ahora han sido redactadas en forma de diario, no llevarán en adelante este carácter, porque me sería imposible recordar las fechas, y porque carecerian de interés si se tratasen pormenores que no tienen relación con las operaciones de la campaña, ni con la política del Gobierno. No obstante, seguiré un orden rigurosamente cronológico en cuanto me lo permita la más fácil explanación de los sucesos, y según me acuerde, citaré también los dias en que acaecieron; no me olvidaré tampoco de las personas que han figurado en ellos, á las que procuraré hacer conocer tales cuales las he visto, tales cuales las he conocido, sin distinción de partido, y sin que ninguna pasión mezquina se mezcle en estos detalles.

Después de la victoria de San Roque, uno de mis primeros cuidados fué hacer entender á los gobernadores de las provincias que debía reputar en oposición, que no me mezclaría en sus negocios domésticos, y que deseaba conservar con ellas las mismas relaciones de amistad que mi predecesor. Este voto era sincero, y no puede dudarse de ello, desde que se considere que los negocios de Buenos Aires eran ya desesperados después del desastre de Rauch, y que no podía esperar cooperación la menor, por aquella parte, y sí todo lo contrario. Es verdad que el tal desastre era un misterio para el público, pero basta que no fuese ignorado de mí para que produzca una prueba clara de mi aserción. A una sola persona me ví obligado á revelarlo (al doctor Bedoya) para persuadirlo á que en el periódico que redactaba, se explicase en términos menos irritantes contra los jefes de los otros gobiernos, principalmente contra el general don Estanislao Lopez; algo conseguí, pero no lo bastante para que escribiese del modo que yo quería, y que era conveniente.

En el sentido que he indicado, se redactaron comunicaciones á mi nombre, pero suscriptas por el ministro de gobierno, para los de Mendoza y San Luís, y para el general Quiroga. Este no era gobernador de la Rioja, sinó comandante de armas de la provincia, pero en este carácter, por una anomalía singular, reunía todos los poderes y todas las facultades, de las autoridades supremas, en términos, que las que tenian el nombre eran dependientes de él, y enteramente nulas. Dirigirse, pués, á ellas hubiera sido un ataque á sus atribuciones de hecho, y un justo motivo, para que estallase la guerra. En la remisión de las dirigidas á los gobiernos de Mendoza y San Luís, no hubo dificultad, y un correo marchó para hacerlas llegar á sus destinos; pero sobre quién se atrevería á ser el conductor de la destinada al general Quiroga, había los más graves

embarazos, porque era casi seguro que haría fusilar sobre la marcha al que se le presentase, fuese quién fuese. En tales circunstancias, pensé mandar un comisionado que, garantido por el carácter público y sagrado de su misión, le hiciese entender mis disposiciones pacíficas; al efecto, puse la mira en el respetable eclesiástico, paisano y conocido suyo, doctor don Pedro Ignacio Castro, pero este lo rehusó resueltamente representándome que se exponía á los últimos ultrajes sin la menor esperanza del suceso. Fué preciso volver á la comunicación del ministro de gobierno, que no quiso personalmente suscribir, por no experimentar un desaire que dificultaría todo acomodo en lo sucesivo, y para que llegase á sus manos la dirigí al coronel Allende, que con una partida de coraceros y alguna milicia, observaba sus movimientos en la *Cerranula*, para que de cualquier modo la hiciese pasar. Veamos ahora el resultado de estas conciliatorias diligencias.

El ministro de gobierno de San Luís, don Calixto María Gonzalez, contestó á nombre del suyo comprometiéndose á conservar la paz entre ambas provincias, y muy luego unió sus armas á las de la Rioja sin provocación alguna, para venir á buscarme en la Tablada. El de Mendoza nada contestó, ni aún avisó el recibo de la nota, y después, cuando por la suerte de las armas se arrepintieron los que allí manejaban los negocios, de no haber aprovechado esta ocasión, daban la frívola excusa que el señor Isara (el ministro que á mi nombre suscribía la nota) les era desconocido, y que una comunicación mía hubiera tenido el efecto deseado. Vana excusa, vuelvo á decir; pués, además que como nadie ignora, un ministro es una persona bastantemente caracterizada, hubiera servido por lo menos este paso de aventura, si el gobierno de Mendoza hubiera abrigado disposiciones pacíficas, para ponerse en contacto con el de Córdoba.

El coronel Allende para llenar mi encargo, eligió al capitán de milicias, don Nicolás Arce, que se prestó á ello por serle muy conocido, para conducir la comunicación destinada al general Quiroga. Apenas llegó á su Cuartel General de los Llanos, donde hacía la asamblea de su ejército para abrir la campaña, le intimó sentencia de muerte, y lo hizo poner en capilla. Arce se confesó, é hizo testamento, y cuando estaba dispuesto á salir al suplicio, una orden tan pronta y arbitraria como la primera, lo libertó de tan terrible lance, y quedó sin guardias pero confinado á los alrededores de la casa donde estaba el Cuartel General; en este estado permaneció unos dias hasta que llegó el general Bustos, que, como hemos dicho, después de algunas tentativas inútiles para sostenerse trás la sierra, se asiló en el campo del ejército riojano. Al día siguiente de su arribo quiso entretenerse conversando con Arce, y al efecto lo llamó, y se fueron paseando por la inmediación de la casa, lo que, visto por el general Quiroga, mandó otra vez intimarle sentencia de muerte, y ponerlo inmediatamente en capilla. Otra vez se dispuso á morir cristianamente, pero vino una segunda orden á arrancarlo de las garras de la muerte, para ordenarle que regresase, dándole al efecto un pasaporte concebido en estos precisos términos, escrito todo de su letra: *Regresa el bombero don Nicolás Arce, á dar cuenta á su amo don Faustino Allende que se halla en la Zerrezuela con los mocosos vencedores de San Roque.—Juan Facundo Quiroga.*

Desde que se le clasificaba de bombero, ó espía, Arce se guardó muy bién de aprovecharse del pasaporte otorgado, y lejos de regresar, se manifestó resuelto á permanecer allí, lo que sin duda agradó al otorgante, porque no se le incomodó más, y cuando se movió el ejército él quedó allí sin prevención ninguna, pero sin duda recomendado y observado; más, él entonces logró evadirse, y vino á presen-

társeme trayendo el pasaporte que he copiado. Desde entonces desapareció toda esperanza de conciliación, y era evidente que la cuestión se decidiría por las armas. Fué, pués, preciso prepararse al combate, y ambos partidos se agitaron para poner la victoria de su lado.

La reforma eclesiástica, acaso inoportunamente promovida en algunas provincias, había alarmado los ánimos preocupados y aún los espíritus timoratos. La oposición al Gobierno Nacional, en la época precedente, había hecho valer esta tendencia que llamaban anti-católica para concitar el odio de la multitud contra sus enemigos. El gobierno de Bustos, como uno de los principales corifeos de esta misma oposición, y en un país tan religioso como Córdoba, se apoyaba fuertemente en las preocupaciones populares, y procuraba hacer mirar á sus adversarios como ateos declarados, ó cuando menos, como peligrosos innovadores. Desde mi llegada se había puesto en juego esta arma, y para darle más actividad, se hacian correr las más crasas necedades y las más absurdas mentiras. En la campaña se decía y aún se creía, que había prohibido el bautismo de los niños; que los templos estaban cerrados ó convertidos en caballerizas de mis soldados; que los sacerdotes eran perseguidos, con otras mil sandeces de esta naturaleza. Venía á acrecentar el mal, la circunstancia de haber emigrado el provisor y gobernador del obispado, el deán doctor don Benito Lazcano, acérrimo partidario de mi antecesor, á la provincia de San Luís, en la cual, y en los confines de la de Córdoba, que le son limítrofes, atizaba la guerra por los medios que estaban á su alcance. Resultaba, también, que la diócesis estaba, en cierto modo, en acefalía, por el violento abandono que había hecho de la capital, y por el extraño carácter que imprimía á sus actos, su conducta política.

Era urgente tomar alguna medida, y la que se presenta-

ba de elegir un otro Provisor, llevaba el peligro, de que desconociendo Lazcano su autoridad, le desobedeciese, y se viese el Obispado envuelto en un cisma; nueva calamidad que solo podía precaverse por las cualidades personales del nombrado. Era, pués, de necesidad que reuniese á una grande opinión de virtud y de saber, un gran séquito religioso, y adecuadas opiniones políticas. Felizmente, todas estas circunstancias se encontraron en el doctor don Pedro Ignacio de Castro, quién, desde el momento que se recibió de su nuevo destino, se propuso, con todo el ardor de su celo, tanto desde el púlpito, como desde su bufete, tanto con sus palabras, como en sus comunicaciones escritas, desimpresionar al paisanaje, y rebatir las groseras calumnias con que lo alarmaban contra la administración. Más, esta misma elección, que fué utilísima á todas luces, y de que siempre tuve motivos de estar contento, como también el público, desagradó á algunos de mis amigos políticos. Ellos se obstinaban en ver en el doctor Castro, un fanático entusiasta, y un instrumento de que podría servirme, para fanatizar á mi vez, la muchedumbre. Acaso en otros obraban celos ridículos, y la ignorancia de la verdadera situación del país; pero, sea lo que fuese, la enérgica decisión del Provisor, su ilustrado gobierno, y la armonía en que constantemente se mantuvo con la autoridad civil, acallaron sus émulos y obtuvo la general aceptación.

Contra lo que se temía, el señor Lazcano obedeció al llamamiento que se le hizo, y se presentó en la capital á mediados de Mayo, pero inmediatamente llamó la atención del Gobierno interino (estaba yo ausente), con las noticias alarmantes que propagó, y otros actos que lo hicieron sospechoso; recibió, pués, la orden de marchar á presentárseme en el lugar del *Ojo de agua*, donde me hallaba, y donde recuerdo que lo mandé quedar, bajo su palabra, juntamente con don Guillermo Reinafé, cuyos her-

manos andaban á monte, y con intención, según se creía, de fomentar reuniones ó montoneras. En los dias posteriores solicitó el señor Lazcano trasladarse, por su comodidad, á la hacienda de Chinosacata, donde permaneció hasta después de la batalla de la Tablada, y entonces se verá como se comportó.

Ya entrado Mayo, se movió de los Llanos de la Rioja con su ejército, el general Quiroga, y entró en el territorio de Córdoba, por el lugar de la Zerrezuela. Aquí se hallaba el coronel de milicias, don Faustino Allende, con alguna milicia y una partida de coraceros, de quince ó veinte hombres, en observación de los movimientos del primero; no tomó bién sus medidas, fué improvisamente atacado, y sufrió un descalabro, escapando él trabajosamente, á uña de caballo; lo sensible fué la pérdida de ocho ó diez coraceros, que el enemigo hizo propalar como un gran triunfo, y que circuló por las provincias de su devoción, como un preludio de sus ulteriores victorias.

Ya estaba, pués, en campaña mi formidable adversario. Ya se halla en el teatro de la guerra, el hombre singular, que desplegó en lo sucesivo, tanto genio como audacia, tanto valor como actividad, y que, precedido del terror que inspiraban sus sangrientas ejecuciones, era mirado como inspirado é invencible, por la insensata muchedumbre. La Zerrezuela, que fué el primer punto de la jurisdicción de Córdoba, donde tocó, queda al noroeste de la capital, pero para venir directamente, tenía que cruzar parte de la sierra, lo que hubiera infaliblemente inutilizado sus caballadas. Era, pués, más que probable, que inclinándose al norte, vendría á tomar el camino que viene de fuera, más á la altura de Macho, para buscarme. En consecuencia, me moví de la capital con el ejército para encontrarlo, y se hubiera muy pronto decidido la cuestión en una batalla, á no haber cambiado repentinamente de dirección, por un

cuarto de conversión á la derecha. Después de esto, se dirigió costeando la falda occidental de la sierra de Córdoba, y atravesando los curatos de Pocho y San Javier, siempre en dirección al sud, entró en la provincia de San Luís, pero dejando á su devoción ambos curatos, en que hervian las partidas de montonera, que ya se habian distinguido por los más atroces atentados. Su movimiento indicaba muy á las claras, que obraba en combinación con las provincias de Cuyo, y que penetraba momentáneamente en una de ellas, para recibir los contingentes con que debía ser reforzado su ejército. Esto era generalizar la guerra, y yo debía, en consecuencia, obrar en idéntico sentido, para repeler tan formidable invasión.

Las provincias de Salta y Tucumán, inspiradas por sus afecciones políticas, estaban resueltas á cooperar activamente al triunfo del partido que yo sostenía, y me habian hecho ofrecimientos tan formales como sinceros, de auxiliarme con gruesas divisiones; sin rehusarlos, había diferido el admitirlas: primero contra Bustos, porque no lo necesitaba, y después contra Quiroga, cuando este solo me atacaba con las fuerzas de la Rioja y Catamarca, las que creía poder contrarestar con mi ejército; porque, ha de abvertirse, que las de Córdoba, poco suponian ya, porque era y aún quizá es una población poco aguerrida, y porque estaba contaminada del espíritu de montonera, y de consiguiente enemiga mía, cuanto porque el partido del general Bustos, que venía en compañía de Quiroga, se agitaba en todas direcciones, y ya movía la campaña por diversos puntos.

Además, no quería generalizar la guerra, haciendo intervenir la mayor parte de las provincias de la República, porque desde que esto sucediese, la combustión sería universal como al fin se verificó, y porque desde que Buenos Aires obraba en sentido contrario, como lo debía suponer yo, que sabía el descalabro de Rauch y la conflagración de

toda su campaña, la lucha debía ser muy prolongada y el éxito muy dudoso. Es, pués, evidente que en aquella época quise únicamente limitarme á la provincia de Córdoba, y que si no me hubiesen atacado, tampoco lo hubieran sido por mí los otros gobiernos, contrayéndome á mejorar el de Córdoba, si era llamado á él, á procurar la prosperidad de la provincia y á hacer triunfar las ideas liberales por la adopción de sus mismos principios, hasta que reunida la Nación por sus representantes (para lo que no fijaba época) se diese su constitución política, bajo cualquier forma.

La dificultad que ofrecía de pronto este sistema de aislamiento, era el entretenimiento de las tropas, y más de los oficiales y jefes del ejército, y el proporcionar los recursos precisos para su mantenimiento y decencia; más, á esto me proponía ocurrir de dos modos: primero, licenciar alguna tropa y formar con el resto dos cantones ó colonias militares en las fronteras del sud y del Chaco, las que al paso que resguardaban la provincia de Córdoba, y aún la de Santa Fé y San Luís, de las incursiones de los bárbaros, facilitaban avanzar la línea de fronteras, y la adquisición de terrenos en que esos mismos jefes y oficiales, pudiesen plantear establecimientos de campo, que les sirviesen de una especie de reforma; segundo, negociar con el gobierno de Buenos Aires algún subsidio para este mismo fin. Nada era más justo, pués habiendo servido con tanto honor como patriotismo en la guerra del Brasil, y muchos en la de la Independencia, no era ni político ni equitativo, dejarlos en el abandono y la indigencia.

Desde que el repentino cambio de dirección que hizo el general Quiroga, después de haber entrado en la provincia de Córdoba, me reveló la inteligencia en que estaba con las de Cuyo, despaché comisionados á la de Tucumán, y comunicaciones á la de Salta, exigiendo la cooperación

ofrecida, é instando porque se moviesen cuanto antes las fuerzas, que de la primera de ellas debian reunírseme, y las de la segunda, que habian de obrar sobre otra línea de operaciones. Yo, con el ejército, regresé á Córdoba, y lo campé á sus inmediaciones. Algunos creian que debía dar más movilidad al ejército, el que debía volar de la sierra al llano, del sud al norte, y de una provincia á otra.

Más, para juzgar, debe tenerse presente que después de la derrota de Bustos, la guerra era defensiva, y que no solo tenía que repeler la invasión del general Quiroga, sinó también contener la sublevación que amagaba por todas partes, y tener en respeto á las provincias de Santa Fé, Santiago, Catamarca, Rioja y San Luís, que circunvalan la de Córdoba, que eran enemigas, y que la promovian más ó menos abiertamente. Mi posición era la de uno que estuviese situado sobre una mina accesible por todas partes, á la que se propusiesen muchos aplicar la mecha, y que al mismo tiempo se viese acometido de una fiera. Cualquiera de los dos peligros que desatendiese, bastaría para hacerlo perecer, y el valor y la prudencia le aconsejarian, que mientras con una mano procurase ahuyentar á los importunos incendiarios, con la otra, esgrimiese las armas para libertarse de la bestia feróz.

Para conseguir ambos objetos, era preferible la posición central de Córdoba, y ni aún así pude impedir que estallase en el río Segundo, un movimiento revolucionario. Era encabezado por un tal José Antonio Guevara, célebre por su mala conducta y atentados. El movimiento consistía, en haber reunido una partida de treinta ó cuarenta hombres parecidos á él, y haberse internado á los bosques, negando la obediencia al Gobierno. El jefe de la frontera del Chaco, coronel (cuyo grado había recibido de mí) don Nazario Sosa, hombre faláz y de una política doble, á cuya vista casi se había verificado esta insubordinación, hacía

el papel de no poder contenerla, y viendo al Gobierno ocupado de tan graves atenciones; por otro lado, creía que se le encomendaría la pacificación del distrito que empezaba también á conmoverse, alargándole recursos pecuniarios, y acaso poniendo otras fuerzas á su disposición. Esto hubiera sido evidentemente darle la ocasión de ejecutar su traición en escala mayor, y me propuse más bién entenderme directamente con Guevara. Mandé sucesivamente dos comisionados que le ofreciesen garantias y aún premio si disolvía su naciente reunión, y se avino á ella pidiendo una corta cantidad de dinero para gratificar su partida (decía) y para que se retirasen á sus casas sin cometer desórdenes. Regresó uno de los comisionados que fué don Macario Torres, llevándole doscientos fuertes, los que, recibidos que fueron, apresó al conductor y lo robó hasta privarlo de su ropa. Sosa entonces aparentando siempre no poder sofocar la insurrección (que era obra de él, porque Guevara es su cuñado) se evadió para Santa Fé, en vez de hacerlo para Córdoba. El objeto de su fuga era dejar el campo libre al cabeza del motín, para que completase la sublevación del gauchaje, y se entregase á actos que siempre repugnan á un hombre de medianos principios como él. Así sucedió, y esta reunión que había principiado por tan débiles fundamentos, llegó á contar más de ochocientos hombres, y extenderse la conflagración por los curatos de los rios Primero y Segundo. Ya á esta sazón penetraba otra vez el general Quiroga en la provincia de Córdoba por la parte del sud, y el general Bustos que lo acompañaba, destacó á su sobrino don Mariano Bustos, para que diese dirección á los sublevados de quienes voy hablando. Este se puso á su frente, pero no impidió que se cometiesen robos y saqueos, y otros mil desórdenes. En la Villa del Rosario (Ranchos) hasta incendiaron la barraca con todo el cuerambre, que tenía acopiado uno de los Ramallos, y en Santa Rosa, des-

pués de haber saqueado al pacífico y honrado negociante don José M. Sabide, lo llevaron preso, y en la estación más rigurosa, desnudo, de cuyas resultas murió á los muy pocos dias. Yo no pude tomar en aquellos momentos otra providencia que destacar una partida de treinta coraceros, cincuenta tucumanos, y alguna milicia que los observase y contuviesen en lo posible, mientras me desembarazaba del ataque principal que contra mí se dirigía. El mayor Aycando, comandante de la pequeña fuerza de observación, no correspondió esta vez á la reputación de que gozaba en el ejército.

El general Quiroga, deseando imprimir el terror en los ánimos de los habitantes de Córdoba, fusiló cuatro vecinos de la campaña, luego que puso el pié la primera vez en ella. Uno fué el capitán Ortega de la compañía de milicias de Soto; otro fué un juez pedáneo, Vazquez Novoa: de los otros dos, no me acuerdo. No podía argüírseles otro crimen que haber obedecido al Gobierno, á pesar que habian tomado armas. El mismo general Bustos desaprobaba estas crueldades, y por su intercesión y la del gobernador de Catamarca, Figueroa, salvaron algunos, entre ellos, el honrado y patriota comandante don Antonino Moreno, el que, sin embargo de esto, fué el año siguiente víctima de su ferocidad. Bustos publicó también un bando imponiendo pena capital y confiscación de bienes, al que prestase obediencia á las órdenes del Gobierno, que él llamaba usurpador, lo que puso en la más terrible tortura á los hombres pacíficos, que por lo común, se limitan á obedecer la autoridad de hecho, sin averiguar mucho su origen. Una medida tan ejecutiva y terminante, produjo por parte del Gobierno otras que, aunque no le igualaban, tendian al menos á hacerle sentir los efectos de su imprudencia; se le embargaron sus bienes y se pusieron en depósito, los que, después de asegurada la

tranquilidad, le fueron escrupulosamente devueltos á su familia.

En estos dias fuí acometido de un mal de garganta, que me retuvo algunos pocos dias, á pesar mío. La primera vez que salí convaleciente de mi casa, fué á principios de Junio, para recibir la división tucumana que venía en mi ayuda, trayendo á su cabeza al coronel don Javier Lopez, gobernador de aquella provincia; entró á la capital y pasó sin detenerse á acamparse con el ejército que se alistaba para salir á recibir al general Quiroga, cuya vanguardia asomaba ya por el río Cuarto.

Esta población, ni había objeto en defenderla, ni tenía fuerzas bastantes para dividirlas. Casi todos sus habitantes se retiraron á su aproximación, y él por entonces halló libre el camino para internarse.

El 7 de Junio salió el ejército de Córdoba, y con este motivo tuvo lugar una singular escena. Había agregado al ejército un piquete de ciento veintey cinco Cazadores de la Libertad, al mando del teniente coronel Barcala, con el triple objeto de aumentar mi fuerza, de comprometerlos en el sostén de la causa que yo defendía, y de sacarlos de la plaza que quedaba fortificándose, en donde no convenía estuviesen, por su dudosa decisión. Como es natural creer, estaban muy relacionados en el país, y no es extraño que un gran número de mujeres de la ínfima clase, se agolpasen á los costados de la columna para decir *adios* á sus deudos ó conocidos; pero, al llegar á los arrabales, y cuando la columna rebalsaba el *Calicanto* para tomar el camino de Anisacate, fué tal el llanto, la gritería, los deliquios, y las demostraciones exageradas de dolor y desesperación, con que estas miserables atronaban el aire y los oidos de todos, que temí sériamente influyese en la moral del ejército. Para impedir que siguiesen sobre los flancos y á retaguardia de él, en esta aptitud cómica, fué indispensable mandar que

un piquete de tropa las detuviese, con los debidos miramientos, con lo que, y acelerando la marcha, nos libertamos de su importuna presencia. Por el momento no me fijé en el orígen de esta aventura, pero después he tenido motivos para persuadirme que fué preparaba de intento para desalentar á mis soldados, principalmente á los cívicos y milicianos de Córdoba, pués llegué á descubrir por persona sensata y fidedigna, que una señora de categoría (¡qué señora! doña Y. J.!!!!) había organizado una sociedad de las más despreciables prostitutas, valiéndose del ascendiente de una parda del mismo oficio, á quién me hizo conocer personalmente, para que, relacionándose con los soldados, influyesen en la deserción y pervirtiesen la opinión y la disciplina. Los manejos, intrigas y conducta política anterior de esta señora, eran bién conocidos, al mismo tiempo que sus relaciones con esa clase de gentes, hacian muy creible, cuanto por tan buén conducto se me informó; cuando lo supe ya había pasado el peligro, y su ominiosa influencia, se había debilitado mucho, contrapesada por más nobles agentes; no hice averiguación alguna, pero vino á corroborar mi pensamiento, la consideración que en otras mil veces que marcharon las tropas, con motivos igualmente peligrosos, no volvieron á oirse llantos, ni desesperación, y cuando más, votos sinceros por la suerte felíz de los guerreros.

El 8 de Junio llegamos á Anisacate, y campamos sobre la márgen izquierda del río de este nombre, en el mejor orden. En los dias posteriores se incorporaron algunas milicias, y con ellas y los cuerpos veteranos, se organizaron las divisiones, en la forma siguiente:

La primera división, y al mismo tiempo de vanguardia, al mando del coronel La Madrid, reuniendo á sus órdenes á los coroneles don Julian Martinez y Allende, los comandantes don José María

Martinez, Pino, César, Trontera, Ocampo, etc., se componía del escuadrón de Voluntarios Argentinos y piquetes de milicias, de lanceros republicanos, del regimiento de los anexos, y del río Seco, río Primero é Ischilin; era toda caballería y fuerza de más de novecientos hombres. . 900

La segunda división, al mando del coronel Videla Castillo, se componía de los batallones 2º y 5º y del piquete de Cazadores de la Libertad, con dos baterias de artillería ligera; á sus órdenes estaban el coronel Larraya, y los tenientes coroneles Barcala, Aparicio, Arengrin, de artillería; fuerza de 800

La tercera división, al mando del señor general de Tucumán, coronel don Javier Lopez, y á sus órdenes los coroneles Roca, Paz (don Gregorio), Lobo, Lugones, Murga, etc., se formaba del escuadrón de Granaderos á caballo y mis levas, venidas todas de Tucumán; su fuerza escasa . . . 400

La cuarta división, que era destinada á la reserva, á las órdenes del coronel Pedernera, y con él, el teniente coronel Pringles, comandante Albarracín y mayor Chenaut, se componía del núm. 2 de caballería; su fuerza aproximadamente 250

Total. 2350

Después de este arreglo, se hizo un día ejercicio de fuego, en seguida de haber sido revistadas por mí las tropas, y aún se hizo un simulacro de ataque. Me pareció bueno el espíritu del ejército, y quedé contento de sus disposiciones. Entre tanto, el general Quiroga había hecho alto en las inmediaciones del río Cuarto, sin duda para recibir los últimos refuerzos que esperaba, y sus tropas se entretuvieron en devastar esa parte de la campaña. La

pingüe hacienda de la Piedra Blanca, de propiedad del coronel Martinez, las de los señores Echenique y otras, fueron barridas y arrasadas.

El ejército del general Quiroga tendría aproximadamente cinco mil hombres, entre riojanos, catamarqueños, puntanos, mendocinos y cordobeses, entre ellos setecientos á ochocientos infantes; el resto de caballería. Los jefes generales después de él que lo mandaba en jefe, eran el general Bustos, el gobernador Figueroa, de Catamarca, el coronel don Félix Aldao, de Mendoza, Bargas, que mandaba la infantería, Brizuela (otro que el Zarco), Navarro, Acosta (Anselmo), todos coroneles, y otros muchos. El contingente de San Juan venía en marcha á reunirse á estas fuerzas, pero en el camino se amotinó la tropa acaudillada por algunos sargentos y oficiales, y regresó á su provincia; el general Quiroga, que sin duda se había demorado esperando este refuerzo, no vaciló más en vista de lo sucedido, y abrió segunda vez la campaña, encomendando al comandante general de Mendoza, don José Aldao, el castigo de los sediciosos; este marchó á San Juan, y ahogó en arroyos de sangre la resistencia de los sanjuaninos. Yo había tenido noticia vaga, pero fidedigna, de la reacción que se proyectaba en aquel desgraciado país; me fué comunicada por el no menos desgraciado doctor don Narciso de la Prida, y aún me pedía instrucciones; más, fué de tan efímera duración y consistencia, que sucumbieron los revolucionarios antes que yo pudiese desembarazarme de mi principal adversario, ni recibir sus instrucciones.

En la noche del 17 al 18, tuve el parte de que el ejército enemigo había llegado al Salto, en el río Tercero, y que ese día había tenido lugar una fuerte y bién sostenida escaramuza, que dió una fuerte lección á los contrarios. El comandante Echevarría con alguna milicia del río Cuarto y una partida de treinta coraceros, al mando del capitan Bal-

maceda, que obedecía al primero, tenian orden de observar los movimientos del enemigo y de retirarse en proporción que avanzase. A medio día llegó al Salto, y destacó una división cuádruple de la de Echevarría que la persiguiese con tesón. Este se puso en retirada á gran galope, y al mismo paso había sido perseguido, pero sin desordenarse, algunas leguas, cuando, improvisamente volvió cara, y cayó como un rayo sobre sus confiados perseguidores: los desordenó, les impuso, y les mató algunos hombres. Tan pequeño resultado no debió apreciarse por la pérdida física de los enemigos, sinó por el asombro que les causó ver á un puñado de valientes, que creian ver huir despavoridos (toda la gloria de ese día perteneció exclusivamente á los coraceros), volver improvisamente á la carga y castigar su insensata confianza. En unas tropas de entusiasmo vale algo un primer ensayo, generalmente cuando está cerca una batalla; el general Quiroga lo conoció, y por las prolijas averiguaciones que hizo para saber quién había sido causa del desorden de los cuerpos, se deduce la importancia que le daba. Se había tomado el desquite de la pequeña jornada de la Zerrezuela, é íbanos á jugar el resto.

El coronel Echevarría se me reunió en la madrugada del 18, y no quedaron más que unos pocos hombres de milicias, interpuestos entre ambos ejércitos, para observar al enemigo. Más, no me inspiraba confianza ninguna el paisanaje de Córdoba, para este servicio: no por miedo, no porque la opinión de los hombres del campo no favorecía mi causa; no podía contar sinó con las noticias que me facilitasen las mismas partidas del ejército, con pocas excepciones. La distancia que mediaba entre las fuerzas contendentes era de solo doce leguas, distancia que podía franquear con la mayor rapidez un ejército como el enemigo, que no traía artillería, cuya infantería venía montada, y que estaba provisto de excelentes caballadas. No debía, pués, per-

der un momento para aprestarme á un combate que podía tener lugar de un instante á otro; me moví de Anisacate, y pasando el río, tomé posiciones en el ameno y pintoresco lugar que queda entre este y el río de los Reantes, inmediato al sitio donde, reuniéndose ambos, forman el río Segundo. Hasta entonces, mis operaciones eran puramente defensivas, y aún hacía apariencias de no moverme y esperar allí al enemigo; pero en la tarde del mismo día, levanté repentinamente el campo, y marchamos en su busca. Mi intención había sido tomar, en las circunstancias que fuesen aparentes, la iniciativa, y así lo verifiqué, calculando estar en la mañana siguiente sobre el Salto, y si el enemigo se había movido, encontrarlo en el camino, y decidir la cuestión; pero ni uno ni otro sucedió.

La noche fué terrible por lo fría, y por un viento sud que nos calaba y entorpecía los miembros; era un furioso temporal que descargaba en las sierras, que al día siguiente aparecieron cubiertas de nieve hasta las faldas. Además, el camino era más fragoso de lo que había pensado, y cubierto de una arena, que movida por las pisadas de los primeros caballos, era impelida con la mayor violencia contra los rostros de los que seguian, de modo que era preciso cubrirse la cara. Mi ejército tenía menos movilidad que el de mi adversario, tanto por la artillería y carros de municiones que arrastraba, cuanto porque el piquete de Cazadores de la Libertad, venía desmontado por falta de monturas; lo único que se hacía era hacerlo alternar, montando en los caballos de otros infantes, pero siempre resultaba el mismo número de hombres á pié, y esto se hacía para que descansasen, y no para acelerar la marcha, que no salía del paso de buey.

Contrariado por tantas dificultades, y más que todo, por la falta de una buena vanguardia que me aclarase bién el camino, que á cada paso podía estar ocupado por el

enemigo, me tomó el 19 en las inmediaciones de Soconcho, que dista cuatro ó cinco leguas del Salto; resolví pasar allí el día, dejando para el siguiente la misma operación; al efecto, oculté mi campo en un bajío montuoso y no se dejaron salir de él más hombres, que los indispensables para el servicio. El enemigo permanecía quieto en el Salto, y hubiera ignorado nuestro movimiento, sin el oportuno aviso de unos dos paisanos de la posta de Yamchira (está media legua de Soconcho), mandados ó aconsejados por el doctor don Domingo Baigorri, según se me informó; él lo negó después, pero el aviso fué positivo. Aquí tuve noticias, de que la insurrección del río Segundo progresaba rápidamente, y que ya amenazaba por ese lado la misma capital; era tanto más urgente, que un combate pronto decidiese un estado tal de cosas.

Buscándolo me moví en la noche, que aunque continuó lluviosa, no fué tan mala como la anterior; al amanecer del 20, me hallé sobre el paso del Salto, en el río Tercero.

La razón por qué el lugar lleva el nombre de Salto, es porque á distancia de cerca de una legua de la población en que está la posta, rumbo al oeste, se desprende el río de una altura considerable, por entre jigantescos pedrones, para caer en un abismo, formando una imponente catarata; la rapidez del agua y el ruido que hace en su descenso, es espantoso, pero poco después vá siendo más tranquilo su curso, y aquí es donde está el paso, casi enfrente de la población. El primer parte que tuve del jefe de vanguardia, fué, que no se notaba en la banda opuesta indicio alguno de enemigos; posteriormente, y con muy corto intervalo, me anunció que el enemigo permanecía oculto entre las lomas del frente, hasta que llegando yo personalmente á la ribera, me cercioré de que nada había que indicase la presencia de los enemigos, y de que el segundo parte era enteramente infundado; sin embargo, como podía haber

en esto una estratagema, y el terreno del otro lado presentase las mejores comodidades para una emboscada, fué preciso atenerse á un reconocimiento más prolijo; á mi vista vadeó el río una partida, sin obstáculo alguno, y recorriendo todas las inmediaciones, nada halló sinó los vestigios de un campo militar que había sido levantado con precipitación. Yo mismo pasé el río en persona, y me cercioré de su retirada, pero no era fácil atinar con la dirección que había tomado, hasta que se supo, que descendiendo por la márgen derecha, había ido á pasar el río tres leguas más abajo del Salto, lo que indicaba claramente, ó que iba sobre Córdoba, ó que buscaba la reunión de los insurrectos del río Segundo.

No trepidé entonces, y dando el tiempo necesario para que el ejército comiese y reposase, de que necesitaba mucho, marché á las dos de la tarde de vuelta á Córdoba, pero no ya por el mismo camino que fuí, sinó aproximándome al que el enemigo llevaba, hasta tomar al fin sus mismas huellas. El terreno es aquí más llano y despejado, de modo que en la tarde y noche se franqueó la distancia que hay hasta el río Segundo, que pasé al aclarar el 23, frente de la capilla de Pedernera. Por los datos que fuí sucesivamente adquiriendo, no me quedó duda que las miras del general Quiroga, eran caer de improviso sobre la capital y tomarla por sorpresa; pero esto no me inquietaba mucho, porque aunque la guarnición no era numerosa, estaba reducida al recinto de la plaza, cuyas bocas-calles se hallaban cortadas con foso y parapeto y guarnecidas de artillería, y por mediana que fuese su resistencia, y atendidos los inadecuados medios del ataque, era probable que se sostuviese el tiempo bastante para dar lugar á ser socorrida. Continuó la marcha durante el día, sin más interrupción que un alto de dos horas en unos puntos de muy poca agua, para dar algún descanso á las bestias, de modo que

á las siete de la noche nos hallamos en los arrabales de Córdoba, junto á los Mataderos.

¿Se creerá que me hallaba á pocas cuadras de la plaza después de haber descendido de los altos que la circuyen (desde los que se distinguía una muy extensa línea de fogones en el campo de la Tablada que indicaban el campo enemigo), y al mismo nivel de ella, sin saber si se había ó no rendido? Pués, nada más cierto, como también que hacía más de treinta horas que no recibía comunicación de ella, ni ella de mí, porque habiéndose interpuesto el cuerpo enemigo, los mandados recíprocamente no habian podido ó querido aventurarse á pasar. Las únicas nociones que había adquirido del modo más imperfecto, eran que había habido la noche anterior (la del 20) fuerte cañoneo; un viejo achacoso que se encontró en un rancho cerca del pueblo, añadía que había oido á uno que pasó, que en esa tarde (la del 21) habia tomado el enemigo posesión de la plaza con bandera de paz, según su expresión. Lo último me era increible, porque lo único que podía temerse, era una sorpresa, la que no había tenido lugar desde que se rechazaron los primeros ataques, además de que esto bastaba para que el bisoño vecindario conociese lo fuerte de su posición, y la ineficacia de los medios de atacar una fortificación, de que podía disponer el general Quiroga. Venía á robustecer mi juicio, la situación del ejército enemigo, cuyas inmensas fogatas se divisaban á la parte opuesta del pueblo, y á distancia de una legua, en la Tablada, lo que hacía muy probable, que cansado de sus infructuosos ataques, había replegado sus fuerzas á mi aproximación para librar el éxito á una batalla, ó fomentar la guerra de partidas, conservando su superior movilidad. En cualquier caso era preciso tratar de aumentar la mía, y buscarlo sin tardanza.

Mi pensamiento era meter víveres en la plaza, á cuyo efecto traía una buena tropa de ganado, reforzarla con

igual número de infantes, al que traía desmontado, con una de las dos baterias de artillería que me acompañaban. Aligerado de este modo el ejército, pensaba buscarlo con tesón hasta comprometerlo á un combate que parecía querer evitar. Para acordar estos planes con el Gobierno interino de Córdoba, mandé desde una distancia proporcionada, al comandante Echevarría con una partida de coraceros, que penetrase en la ciudad por la bajada de los altos de San Francisco, mientras yo lo hacía por la del Pucorá, y que ordenase á mi nombre, que saliese el Gobernador ó el Ministro á verse conmigo. Como esto tardase, y aún el parte de Echevarría, mandé á mi ayudante de campo, don Rafael Correa, que con una partidilla penetrase en la población, y me trajese noticias ciertas; muy pronto las tuve por este y por Echevarría, que haciendo un rodeo, se me reunió; ellas contestemente atestiguaban que el enemigo había entrado esa misma tarde por capitulación, y que había guarnecido con fuerzas suyas, la plaza. Dos ó tres cañonazos que dispararon de la trinchera, me hizo creer que era señal convenida para avisar al general Quiroga, que me tenía á su frente.

La pérdida de la capital, que luego se generalizó, hizo una desfavorable impresión en el ejército; ella poco le quitaba de su fuerza real, pero esta, que parecía una defección de los principales habitantes de la provincia, revelaba la gratitud y consecuencia que sus generosos auxiliares podian esperar del resto. Porque, á la verdad, una fortificación que se había sostenido durante veinte y cuatro horas contra los ataques del enemigo, y que los rechazó victoriosamente, aún en los primeros momentos de sorpresa, ¿qué motivo podía tener para rendirse cuando íbamos á llegar en su auxilio? Lo que sigue disculpará á los defensores, y aclarará los acontecimientos.

Las entradas á la plaza estaban cortadas con parapetos

á prueba de fusíl y de artillería de campaña, y con sus fosos correspondientes, corridos de esquina á esquina, de las ocho principales que quedan en los cuatro ángulos del cuadro. En cada uno había una pieza de cañón, y la guarnición ascendía á doscientos hombres, con los artilleros. La fuerza, fuera de un piquete de treinta veteranos, era la de la guardia republicana, algunos Cazadores de la Libertad, que eran de confianza, y podía contarse con algún número muy corto más de vecinos, que no estuviesen enrolados, porque por patriotismo se prestasen á defender sus hogares. Todos tenian sus puestos destinados en la trinchera, y se hacía el servicio con la bastante vigilancia para estar á cubierto de un golpe de mano. Por las tardes, regularmente se hacía ejercicio, y muchas veces de fuego, lo que fué causa que los primeros tiros del enemigo, no alarmasen al vecindario ni aún la guarnición. Todos estaban persuadidos que iba á decidirse en una batalla campal, á mucha distancia de la ciudad, y su estado era de tan perfecto reposo, que la catedral (estábamos en el Octovario de Corpus) se hallaba llena de señoras vestidas de gala, que habian asistido á la solemnidad de la reserva. Por de contado no pudieron salir las que vivian fuera de la plaza, y pasaron la más cruel noche entre las ansiedades que les causaba la suerte de su país, la de sus casas y familias, de que no podian adquirir noticias, y el frío de la estación, que las obligaba á apiñarse, tapándose sin embargo, de sus ricos vestidos, con los chuses y alfombras de la iglesia; hubo también uno ú otro hombre que por cobardía fué á hacer compañía á las señoras, pero en lo general, se condujeron bizarramente; y entre estas, hubo una que, habiendo entrado su marido á saludarla en la iglesia, le instó para que se volviese inmediatamente adonde lo llamaba su honor y su deber. Fué la señora doña Marcelina Allende de Zúñiga, sin embargo que el señor don Martín Zúñiga, su esposo, no necesitaba

de sus insinuaciones, porque en tan tremenda noche y en el día que le siguió, dió las más relevantes pruebas de valor y patriotismo; pero esto no hace disminuir el noble entusiasmo de su compañera, y, como tal, lo consigno en estas memorias. Muchas otras pudiera mencionar, pero sería hacerlas muy difusas.

El general Quiroga habiendo, como hemos dicho, pasado el río Tercero, tres leguas abajo del Salto, se dirigió con tal rapidez sobre Córdoba, que en menos de veinte y cuatro horas había andado otras tantas leguas. El 20, á las cuatro de la tarde, poco más ó menos, estuvo en el arrabal de San Francisco, y coronó las alturas que dominan la ciudad por la parte del sud. Inmediatamente se hizo un ataque brusco por la calle que pasa por aquel convento, pero, efectuado con tal imprevisión, que llegados los primeros hombres al foso, se detuvieron por falta de medios para pasarlo, y hallaron al fin, una muerte inevitable; cuando esto sucedía, las trincheras estaban casi solas, y apenas tuvieron tiempo los hombres más inmediatos, de ocurrir á la defensa, de la que era acometida; pero, rechazado el primer ataque, ya toda la guarnición se puso bajo las armas, y se preparó mejor á la resistencia. Otras trincheras fueron asaltadas en seguida con igual suceso, é igual pérdida del enemigo que se mostraba obstinado en tomar la plaza á todo trance; en una de estas tentativas quedó un soldado enemigo gravemente herido, al que lograron los de la plaza introducir en ella; ya era muy avanzada la noche, y por él fué que supieron que las fuerzas asaltantes, eran las del ejército del general Quiroga; hasta entonces habian estado en la persuasión que eran acometidos por la montonera del río Segundo, y esta falta de inteligencia contribuyó mucho al valor que esa noche desplegaron los defensores, que se creian más que suficientes para resistir trás de sus parapetos, todas las montoneras de la provincia, pero no al ejér-

cito invasor (sin embargo que de hecho lo habian rechazado), capitaneado por tan formidable caudillo. La noticia heló la sangre de los que la supieron, tanto más cuanto no tenian ninguna de mi ejército; pero felizmente no se propagó de pronto, porque el Gobierno interino tuvo el buén sentido de ocultarla, el tiempo que le fué posible.

Desesperado el enemigo, de no poder penetrar por las calles, se propuso escalar por los fondos de las casas, é introducirse por entre ellas hasta la plaza; más, tampoco fué más felíz, porque en la última tentativa de esta clase, que fué á la una y media de la noche, perdió el valiente mayor Pucheta, que dirigía el ataque, después de lo cual, ya no hubo más que tiroteos de poca consideración, hasta el día siguiente. La pérdida del enemigo debió ser considerable, pero no pudo graduarse con exactitud, porque los muertos y los heridos suyos, quedaban en su poder, y era de su interés de ocultarlos. Por nuestra parte hubo la muy sensible pérdida del teniente coronel retirado, don Agustín Diaz Colodrero, que fué mortalmente herido, recorriendo á caballo las trincheras, de cuyas resultas murió á los tres dias. Colodrero era el jefe de la guarnición y comandante de la plaza. La pérdida de tropa fué poco considerable.

En toda la mañana del 21, se contentó el enemigo con vanas demostraciones y amenazas de ataque, que ninguna se verificó, y sin embargo, en estas tentativas, murió uno de los más acreditados oficiales enemigos, Sanchez Osorio; fué herido don Juan Pablo Buhers, el ex-secretario de Bustos.

El general Quiroga quiso entonces tentar el camino de las negociaciones, por medio de un jóven hijo del Gobernador delegado, que había hecho prisionero, á quién hizo penetrar en la plaza para que dijese á su padre, que estaba dispuesto á oir proposiciones. Ya entonces era pú-

blico, que la fuerza sitiadora, era el ejército de Quiroga, y las opiniones empezaron á dividirse, sobre aprovecharse ó no de la coyuntura que se ofrecía, de una transacción. Para dar más peso á su intimación, el general enemigo, trajo á eso de medio día, su ejército, y lo formó en la calle ancha de la ciudad, que corre de sud á norte, á dos cuadras de la plaza, por el lado del poniente; desde allí despachó de parlamentario, al teniente coronel Ruiz Huidobro (hoy General en Buenos Aires) con la misión de hacer entender á la guarnición, que mi ejército estaba lejos y no podía darle protección; que en el caso de rendirse, le otorgaría condiciones favorables y humanas, que de lo contrario, iba á atacar sobre la marcha con todo su poder, y que aunque perdiese quinientos ó mil hombres, tomaría la plaza, y lo llevaría todo á filo de la espada. Como el que lo decía era muy capaz de cumplirlo, se intimidaron los defensores, y aunque entretuvieron cuanto fué posible, esperando noticias, al declinar la tarde no les fué posible prolongar la negociación, y mediante una capitulación, que burló Quiroga, en el momento lo dejaron penetrar en los atrincheramientos. A pesar de las amenazas de atacar esa misma tarde, es probable que el General enemigo no lo hubiese hecho, no estando lejos el principal ejército que tenía que combatir. Sea lo que fuere, su intimación le produjo de inmediato buén efecto, pero le fué después muy perjudicial, como veremos luego.

Así que se apoderó de la plaza, introdujo en ala toda su infantería, y con la caballería se situó en la Tablada, cuyos fogones veíamos desde el alto de Córdoba.

Cerciorado de que el enemigo ocupaba la ciudad, no pensé más que en franquear el paso del río y tomar posición en los Altos del frente, para estar pronto la mañana siguiente, para buscarle en la Tablada, ó caer sobre la ciudad; más, hubiera sido muy imprudente y peligroso, atra-

vesando el río, dar mi flanco izquierdo al enemigo, cuyo número, clase é intenciones ignoraba, (hablo del que guarnecía la ciudad). Fué, pués, preciso descender, costeando el río por el bajo de la chacra de Arisa, para buscar un paso á propósito. Hallado que fué, se emprendió inmediatamente la operación; más, en medio río se rompió un carro de municiones, cuya compostura, en una noche cruel y en una tal situación, produjo la más penosa demora. Al fin, ya no muy lejos de la aurora, pude trepar las alturas que quedan al norte del río, y situarme convenientemente. Allí se me reunió mi ayudante de campo, el capitán Correa, á quién había mandado que se internase con disfraz, en la ciudad, hasta adquirir noticias más circunstanciadas de lo ocurrido. Lo verificó á mi satisfacción, y se condujo con tanto celo como valor.

En tal disposición me halló la mañana del 22, en que recibí á los jefes principales del ejército, para oir sus pareceres sobre lo que convenía hacer. Fueron estos tan insignificantes y vagos, que poco ilustraron mi juicio, aunque no percibí flaqueza en ninguno de ellos, y esto sirvió para asegurarme.

Dos partidos se presentaban que tomar: primero, atacar la plaza; segundo, buscar la fuerza enemiga que se hallaba en la Tablada. El primero, tenía el inconveniente, de que empeñado el ataque por mi frente, caería Quiroga sobre mi espalda, y tendría que sostener dos combates á la vez. El segundo, envolvía la probabilidad que el general Quiroga rehusase el combate, corriéndose por un flanco ó por las asperezas del río Lomas, donde no pudiese maniobrar mi artillería, quedando nosotros en el mismo caso.

En tan graves dudas, me pareció lo más conveniente subir, costeando el río por la márgen opuesta que lo había hecho la noche antes, siempre marchando por los altos, y aproximándome al campo de la Tablada y al pueblo, has-

ta enfrentarlo. Entonces me detuve para hacer demostraciones de ataque sobre él, con lo que conseguía, que la fuerza enemiga de fuera no se alejase, pués debía pensar en socorrerlo; al mismo tiempo tenía en Xaqui la guarnición, que era numerosa. Mientras todo esto, se fué una gran parte del día, que se empleó también en dar agua á las caballadas y hacerlas pastar un poco. La tropa no comió, porque el ganado se había ido la noche antes, y las circunstancias no permitian proporcionarlo. Iba, pués, á empeñar el combate por la tarde, pero con el presentimiento de que si lograba al anochecer desorganizar las masas de caballería enemiga, le sería imposible al general Quiroga, cuya influencia personal era mucho, el reunirlas, y aún contenerlas; pienso que esta circunstancia contribuyó poderosamente á su espantosa dispersión.

Sería la una de la tarde, cuando nos hallamos únicamente separados del campo enemigo (salvo que se descendiese al bajo para tomar el camino carretero que conduce á la Tablada), por el potrero de la posesión de don Pedro Juan Gonzalez; inmediatamente mandé abrir tres grandes puertas en la parte oriental del cerco, por las que penetraron las tres columnas que formaban las tres primeras divisiones de derecha á izquierda, según su órden numerario; la de reserva ó cuarta, seguía la del centro. Uno de los principales jefes, el coronel La Madrid, puso alguna dificultad en la operación de romper el cerco, pareciéndole sin duda peligroso encerrarse de aquel modo en el cercado, pero le hablé con firmeza, y obedeció (1). Atravesado que hubimos

(1) No atribuiré esta repugnancia de La Madrid á falta de espíritu, pués que demasiadas pruebas tiene dadas en su larga carrera, de audacia y de un valor no común. Es en otra parte que debe buscarse la explicación del anómalo proceder.

Es un grave defecto en un jefe, tener un carácter suspicaz y caviloso. Si se le emplea en una comisión que á su juicio envuelva peligros, luego

el potrero, nos hallamos por el interior con el cerco del lado de occidente, que fué también preciso romper, formando otras tres grandes aberturas á distancias proporcionadas, bajo los fuegos ya de las guerrillas enemigas. Todo fué obra de un instante, como el desembocar las columnas á la planicie de la Tablada.

La Tablada es un llano que queda al noroeste de Córdoba, en la banda opuesta del río, á distancia de una legua, y que tendrá otro tanto de extensión cuadrada. Está en gran elevación, y el camino que conduce del pueblo para llegar á dichas llanuras, está bordeado de cercos que lo dejan en forma de callejones. Tiene, además, una cuesta de bastante declive, al salir á ella. Por el sud está limitada por los bajios por donde corre el río, que ofrecen poco acceso, y en parte, asperezas intransitables, y aún precipicios. Por el oriente la bordea el cerco del potrero de Gonzalez, que se extiende por más de una legua; por el norte y poniente la circuyen, á más ó menos distancia, bosques de árboles no muy altos, que siendo ralos á la entrada, van sucesivamente haciéndose más tupidos. Esta explicación me ha parecido conveniente, para que se comprenda por qué preferí romper la cerca del potrero para llegar al enemigo, á rodearlo por mi derecha, ó tomar el camino carretero, que dejaba á mi izquierda. Si lo primero, me hubiera

---

se persuade que se le quiere exponer intencionalmente, y acaso sacrificar, como lo deja entrever muchas veces el coronel La Madrid, en el curso de sus Memorias. Si por el contrario, se le destina á otro servicio, luego se figura que se le quiere tener inactivo, para defraudarlo de la parte de gloria que debe corresponderle, como tan gratuitamente se lo sospechó en la acción de San Roque. Si á esto se añade, que el jefe en cuestión, abriga la idea, de que el General está poseido de celos por su importancia, como desgraciadamente sucedía al coronel La Madrid, se verá que es natural y justísima mi observación: ¡Ah! Mal conoce el señor La Madrid mi corazón y mi carácter; estaba reservado á él, hacerme un agravio de que otros, sin decirse mis amigos, no me han creido merecedor.

costado una marcha larga y molesta, haciéndome perder un tiempo precioso, y fatigando mi ejército; si lo segundo, tenía que encajonarme en un camino estrecho, debiendo arriesgar demasiado, al vencer la altura que conduce á la Tablada, cuya eminencia estaba defendida por el enemigo. Sirva también esta explicación, para inteligencia del encarnizado combate del día siguiente.

Por la simple lectura de lo dicho, se habrá venido en conocimiento, que mi ala derecha era mandada por el coronel La Madrid; el centro por el coronel Videla Castillo; más, en el acto del combate, dirigió sus movimientos el jefe de E. M. Deheza. La izquierda, compuesta de trescientos tucumanos (una parte de estos estaba en comisión ó enfermos), á las órdenes de su gobernador don Javier Lopez. La reserva, formada del núm. 2 de caballería, á las del coronel Pedernera.

Nuestras columnas, luego que desembocaron en el llano, por las tres antedichas aberturas, apenas tuvieron tiempo de desplegar. Hasta entonces solo se habian dejado ver los tiradores enemigos, que incomodándonos con sus fuegos, ocupaban una lomada muy suave que teníamos al frente, y que ocultaba su línea; pero, muy luego se hizo percibir esta, y se notó que se prolongaba rápidamente sobre nuestra derecha, con el fin de desbordarla y envolverla. Nuestra izquierda se apoyaba en las asperezas que caian al bajío del río, lo mismo que su derecha enemiga. Era en el otro extremo de la línea, donde había de ser lo reñido del combate, y se había de fijar la victoria.

El movimiento del enemigo para prolongar su izquierda, fué practicado en columna por mitades, al gran galope, la que dando un cuarto de conversión á la derecha, formaron en batalla sin disminuir su velocidad; con la misma, se lanzó el enemigo á la carga sobre la división del coronel La Madrid, que apenas pudo dar una media conversión.

para no ser completamente flanqueado. En esta situación se adelantó á recibir al enemigo, que ya tenía encima, y se trabó un tremendo y bién sostenido choque, por ambas partes. Más, la desigualdad del número triunfó, por un movimiento, y mi derecha, después de extraordinarios esfuerzos, fué completamente arrollada; finalmente, casi envuelta con los enemigos y vivamente perseguida, se replegó en desorden sobre la cerca del Potrero y sobre la infantería del centro. Todos los milicianos que acertaron á entrar por las aberturas de aquella, ganaron la campaña, y se dispersaron en todas direcciones, propagando en la provincia la noticia de mi derrota.

Para sostener esta ala comprometida, mandé adelantar la reserva, previniéndole costease el cerco del Potrero, para precaver que les envolviesen los dispersos, y al mismo tiempo me propuse contenerlos, considerando que mi presencia contribuiría eficazmente; pero venian mezclados con los enemigos, y llegué á verme personalmente comprometido; mis ayudantes casi me arrastraron para hacerme seguir el movimiento general, hasta que habiéndonos aproximado á la infantería, mandé con todas mis fuerzas, que hiciese fuego sobre los fugitivos. La orden no se cumplió, pero la amenaza tuvo efecto, y los que no lograron entrar al Potrero, que fueron los menos, se reunieron, y los mandé á su vez que apoyasen el movimiento de la reserva.

El coronel Pedernera, habiéndose adelantado convenientemente sobre el flanco enemigo, lanzó al comandante Pringles con un escuadrón del núm. 2 de caballería, y esta carga tan oportuna como brillante, sostenida por el resto de la reserva, restableció no solo el combate, sinó que hizo inclinar la victoria de nuestro lado. Después de choques encarnizados y de cargas vigorosas y recíprocas que se sucedieron con la rapidez del relámpago, el enemigo fué arrollado, pero no vencido del todo; cedió terreno, se replegó

en confusión sobre sus últimas reservas, pero sin huir decididamente. En esta parte formaba un compacto grupo de más de mil hombres, que su terrible jefe (era allí donde estaba Quiroga) hacía esfuerzos sobrehumanos para reorganizar y traer otra vez al combate. Los momentos eran preciosos y era preciso aprovecharlos para no darle tiempo, y consumar su derrota. Quiroga era el alma y el nervio de su ejército, y era allí donde él estaba, el punto esencial y decisivo del combate; me dediqué, pués, á él, dejando lo demás, que ni con mucho tenía igual importancia, al coronel Deheza y otros jefes.

Mi primer cuidado fué reorganizar algunos escuadrones, que ni formaron trecientos hombres, y ya que con tan limitados medios no podía intentar golpes decisivos sobre un enemigo cuatro veces más numeroso, y que se reforzaba por momentos con partidas que se le reunian, maniobré para impedir á que se rehiciese, y obligarlo á continuar su retirada. Nuestros escuadrones eran sencillos, es decir, formaban en una sola fila para suplir la escasez del personal (así sucedió en toda la campaña), y pude medio arreglar cuatro ó seis; formando escalones ya por la derecha, ya por la izquierda, amagaba uno ú otro costado del enemigo, logrando que aquel que amenazaba cargar, volvía caras, y se ponía lentamente en retirada. Entonces se hacía la maniobra de un modo inverso, y se conseguía hacer retroceder los que habian quedado firmes. Era facil conocer el punto que personalmente ocupaba Quiroga, pués allí se contenian los que iban en retirada, y daban el frente á los que los perseguian, pero mientras acudía á otro punto, mediante los continuos amagos de nuestros escuadrones, volvian á continuar la retirada. Allí fué, donde aquel caudillo atravesó con su terrible lanza, á algunos que fueron menos dóciles á sus mandatos. En cuanto á mí, era seguro que si yo me desorganizaba, aunque no fuese enteramente, ó si

permitía que el enemigo volviese sobre sí, era peligrosísima mi situación.

Así continuó esta lucha muda que se verificaba sin tiroteo, sin gritos, y en el más profundo silencio, por más de dos horas, durante las cuales, nos habíamos alejado más de una legua del campo de batalla. Ya tocábamos la orilla del bosque de que hice mención, en la descripción del llano de la Tablada; era probable que el enemigo allí se rehiciese, y procurase renovar el combate con probabilidades de suceso. Su fuerza ascendía á más de mil quinientos hombres, con los grupos que había ido reuniendo, mientras la mía se conservaba en su primitivo estado. Mi situación era crítica y era muy probable que sin un esfuerzo cualquiera, por lo menos hubiera tenido que abandonar la persecución y dejar al enemigo en estado de tentar otra vez la suerte de los combates.

Durante el tiempo que había transcurrido, no había cesado de mandar venir este refuerzo, ordenando por todos mis expedientes al jefe de E. M., que me lo remitiese de cualquiera arma; aunque tardío, al fin llegó, consistiendo en el batallón núm. 5º de algo más de doscientas plazas, y dos piezas de campaña. Esto sucedió al ponerse el sol, y cuando el enemigo iba ya á entrar en el bosque de que he hablado. Su fuerza hacía alto y empezaba á darnos el frente; la mía conocía la desventaja de nuestra situación. El refuerzo, aunque tardío, fué de la mayor importancia.

Luego que llegó el batallón, y sin que cesase su marcha, lo coloqué al centro, escalonando la caballería sobre ambos costados. La formación del batallón era en columna central de ataque, trayendo, además, una guerrilla desplegada, que solo le precedía de algunos pasos, y se extendía sobre los flancos, pronta á replegarse, si la caballería enemiga se proponía cargar. El capitán Ares, que mandaba dicha guerrilla, no carecía de valor, pero al recibir la or-

den que le dí personalmente, de romper sus fuegos y marchar decididamente sobre el enemigo, trepidó en cumplirla, no comprendiendo sin duda aquel nuevo método de cargar caballería, y quizás juzgándola equivocada. Fué preciso que se la repitiese en un tono imperioso, y aún lo medio atropellé con el caballo, para evitar réplicas y no perder un momento precioso. El entonces marchó decididamente, y se condujo con bravura. La artillería recibió orden de hacer sus disparos con alguna elevación, orden que también sorprendió al oficial que la mandaba, hasta que conocieron que mi objeto era producir un mayor efecto moral, hiriendo con preferencia las copas ramosas de los árboles, y produciendo gran ruido. Piénsese lo que se quiera de estas disposiciones, lo cierto es que ellas produjeron el más cumplido efecto. Excusado es decir que en esta disposición, se movieron de frente nuestras fuerzas, obligando al enemigo á que se internase en la mayor confusión y desorden, en lo más fragoso del bosque.

Entonces todos los esfuerzos del general Quiroga, fueron inútiles; todo se desbandó, todo se deshizo, todo se dispersó, pudiendo solo á distancia, reunir una quinta ó sexta parte de la fuerza que acababa de tener. Con ella, haciendo un gran rodeo, para ocultarnos su movimiento, se dirigió á la plaza, para ligar sus nuevas operaciones á la infantería que se conservaba allí encerrada. Debo decir, que no presumí que ni aún hubiera podido hacer esto, tal era la confusión en que había visto los últimos restos de su caballería. Confusión que aumentaba la noche, que era ya entrada, cuando yo suspendí mi movimiento, para volver al campo de batalla, donde me llamaban otras atenciones no menos serias.

Hablaré algo de nuestro centro é izquierda, donde tenía lugar un menos importante episodio de este sangriento drama. Digo menos importante, porque ya se habrá cono-

cido, que su acción principal estaba en mi derecha, cuyas operaciones acabo de describir, sin que se crea por eso, que en aquellos puntos dejase de combatirse con tenacidad y bravura. El Gobernador de Tucumán, que mandaba la izquierda, había dado y recibido, con su pequeña división, varias cargas, con éxito vario, más, al fin había logrado sobreponerse al enemigo, y arrojarlo fuera del campo de batalla. Nuestro centro fué también audazmente acometido, mientras nuestra derecha disputaba valerosamente la victoria; más, rechazó la impetuosidad de los escuadrones enemigos, y los escarmentó. Sin embargo, hubo períodos críticos en que algunos cañones fueron momentáneamente tomados, y los artilleros sableados al lado de las piezas (1). Poco duró este conflicto, pués los cañones fueron represados, al mismo tiempo que la numerosa caballería que los había atacado, era obligada á retirarse. Conveniente es repetirlo, que estos felices esfuerzos no dieron completo resultado, sinó cuando se declaró por nuestra parte la victoria en nuestra derecha, que era el punto importante del combate. Allí se encontraron los afamados Llaniros de la Rioja, los Auxiliares de los Andes, y lo selecto de las tropas de Quiroga. Allí había cifrado este todas sus esperanzas, y en consecuencia, fué donde hizo prodigiosos esfuerzos. Desde que estos no bastaron, desde que se quebró ante nuestros valientes coraceros, el ímpetu de sus mejores tropas, todo lo demás cedió á menos costa. El terreno en que había combatido el coronel La Madrid, y en que después renovaron la pelea Pringles y Pedernera, era de corta ex-

(1) Pocos dias antes, cuando la llegada de los tucumanos, su jefe el gobernador Lopez, me representó que muchos oficiales carecian de sables, y no tuve otro arbitrio para remediar esta falta, que la de quitar los suyos á los soldados de artillería. Cuando la acción que he referido, fué una terrible queja, (sin que por eso se resintiese su disciplina) porque no habian tenido como defenderse, estando con las manos vacias

tensión, pero estaba cubierto de cadáveres, el pasto estaba molido, y la tierra removida, por efecto de tantas cargas de caballería, que se habian sucedido casi en un mismo lugar. Durante ellas, el coronel enemigo Aldao (fraile apóstata), había recibido una herida de bala en el pecho, que aunque no mortal, lo obligó á retirarse; lo hizo con algunos pocos cientos de hombres, tomando el camino de la provincia de San Luís, adonde fué á curarse y á preparar sucesos de que haremos después mención.

Volvamos al lugar donde dejamos á Quiroga con su fuerza dispersa, y enmarañado en un espeso bosque, del que solo pudo sacar por caminos extraviados, una quinta ó sexta parte de los que lo habian acompañado, para buscar el contacto de su infantería, que guarnecía la plaza. No teniendo ya objeto mi permanencia, y llamando mi atención otros graves objetos, resolví volver al campo de batalla, y en el momento nos pusimos en marcha. Es inútil decir, que durante ella, la música del batallón 5º, los clarines de la caballería y las festivas aclamaciones del soldado, celebraron nuestra victoria. Llegados al campo y reunidos con el resto del ejército, se repitieron las mútuas felicitaciones y los cánticos de triunfo; allí tuvieron lugar esos entretenimientos indescribibles, en que, después de una gran batalla, se entregan los vencedores á unas emociones exclusivamente propias de una tal situación; allí es donde se ocupan en referirse unos á otros, con la mayor cordialidad, los peligros que corrieron, las acciones de los vivos, las virtudes marciales de los que perecieron en el combate; se hace mención de las disposiciones de los jefes y de los lances individuales en que se hallaron comprometidos. Se forman innumerables corrillos según las diversas categorias militares, sin que la hambre, la fatiga, la falta de sueño, sean parte á interrumpirlos. Mientras que el General medita profunda y quizá silenciosamente, el fruto que

puede sacar de las ventajas obtenidas, los jefes disertan con tal cual reposo, los oficiales jóvenes charlan á más no poder, y los soldados discurren y refieren á su modo, las aventuras de aquel día. Parece que por algún tiempo durase la confusión de la pelea, y que las cabezas exaltadas se rehusasen al reposo ó á un sentimiento más tranquilo. A excepción de algunos charlatanes, que procuran recomendarse por hazañas exageradas ó supuestas, á quienes no es difícil designar, se puede conocer á los que han llenado cumplidamente sus deberes, por el aire de sus semblantes, en que manifiestan estar satisfechos de sí mismos.

Una gran batalla abre una nueva era para un ejército recientemente formado; por mucho tiempo, ella es el objeto de las conversaciones; es el punto de partida, y también el fin de todos los discursos; en ella se crean grandes reputaciones, y desaparecen otras que no estaban decididamente establecidas, ó que habian sido usurpadas; se ven reclutas, que por un valor extraordinario, desplegado en el combate, han corrido en un día una larga carrera, y se igualan á los más acreditados veteranos. En la clase de oficiales empiezan á percibirse esos destellos de genio y tino militar, que algún día harán á algunos capaces de optar á los grados superiores. Los primeros momentos son todos por lo común, de la patria, del honor, de la gloria; no es sinó después, que la envidia, la ambición inmoderada, la calumnia y otras pasiones innobles, suelen asomar su horrible cabeza, con raras excepciones.

Sin embargo, preciso es convenir en que la severa disciplina se resiente, y que sus resortes pierden algo de su elasticidad y fuerza, después de una batalla, aunque el resultado sea próspero (puede inferirse lo que sucederá cuando es adverso); de modo que el general no debe perder de vista el empeño de restablecerla. Un general inteligente, después de permitir una racional expansión á

aquellos sentimientos tumultuosos, ha de procurar con la mayor destreza, traer los ánimos á su estado normal y restaurar el orden, que naturalmente se habrá conmovido. Esta operación presenta mayores dificultades en una guerra civil ó de partido, y aún más, en las circunstancias especiales en que me encontraba, en que vencido un enemigo, era preciso correr en pós de otro, que se presentaba inmediatamente.

La conducta del jefe de E. M., coronel Deheza, no cumpliendo mis órdenes para reforzarme con la brevedad que yo exigía y que el caso requería, mereció mi completa desaprobacion y la del ejército; cuando le hice cargo, sus excusas se redujeron á decir, que no creyó tan urgente mi situación, mientras la suya no estaba exenta de peligro, porque se conservaban fuerzas enemigas en su inmediación, y que pensó que podía sin inconveniente, retardar el cumplimiento de las órdenes que le había impartido, negando entre tanto, haber recibido todas las que yo decía haberle mandado. Para no complicar más nuestros negocios, y para no defraudar á nadie del placer de una tan singular victoria, resolví sobreseer en este asunto, pero quedando siempre con la duda de si la falta provino de rudeza, por no comprender en aquel momento la situación de las cosas, ó si procedió de otra causa más deplorable, como celos, ó el deseo de que la fuerza que yo mandaba en persona, no consiguiese grandes ventajas, para tener él, el principal honor de la victoria. De cualquier modo había mucho de torpeza, pués en el segundo caso, debía conocer que todo se hubiera perdido, y él mismo, si hubiese yo sido sacrificado. El debió conocer su culpa y sentir sus remordimientos, porque á la mañana siguiente quiso hacérmela olvidar, y lo consiguió, comportándose bizarramente.

El ejército se encontró reunido á prima noche sobre el mismo terreno, con corta diferencia que había principiado

la batalla, pero muy disminuido en su fuerza, menos por la pérdida en el combate, que por la dispersión de las milicias de Córdoba y parte de los tucumanos. La caballería enemiga había sido batida y dispersa en todas direcciones; más, no era imposible que el tenáz Quiroga reuniese alguna. Su infantería ocupaba la ciudad, é intacta y provista de artillería, era un objeto grave de atención. No obstante, pensé sacar partido de los primeros momentos de estupor, que debió causarles la derrota de su caballería, haciéndole una fulminante intimación; ya la había escrito á la luz de una hoguera, y se preparaba uno de mis ayudantes á conducirla, cuando varié de resolución, considerando los peligros á que iba á exponerlo, y dejé la intimación para el día siguiente. Tan lejos estaban ellos de sospechar esos peligros, que mientras yo escribía, se disputaban amistosamente el honor de ser parlamentario, y como después lo conocí, nada es más cierto que hubiera perecido el que hubiera sido encargado de esa comisión. Recuerdo que el capitán Correa cortó la amistosa disputa, diciendo á los otros: *Señores, cuando se trate de intimar rendición á un enemigo que ocupe Buenos Aires, Mendoza ó Salta, le corresponderá á los señores Plaza, Tejedor ó Campero que pertenecen á dichas provincias, pero hoy me pertenece á mí, que soy cordobés.* Todo esto era en voz baja, y sin faltar á las conveniencias, y cuando yo no había aún designado la persona del que había elegido. Al día siguiente, Correa y Tejedor fueron víctimas en el honroso desempeño de esta semejante comisión.

La noche (22 de Junio) era de las más crueles, por el frío; no comíamos desde tres dias, y tampoco había como hacerlo entonces; aún, más noches habian pasado, sin que el oficial, ni el general, ni el soldado, cerrase los ojos; los dias anteriores, y principalmente el último, habian sido consagrados á una incesante fatiga; estábamos, pués, ex-

haustos de hambre, sueño, cansancio y frío; me ví precisado á tolerar que se hiciesen fogones, lo que se practicó con profusión, gracias á la abundancia de combustible. Aquellos, al paso que nos calentaban, daban un resplandor imponente á aquel campo de carnicería y de muerte. A las once de la noche, mandando que quedasen encendidas las hogueras, mudé de posición, haciendo que entrase el ejército al potrero de que había salido la misma tarde, y habiéndonos internado algunas cuadras, permití que el soldado se entregase por dos horas al descanso, de que tanto necesitaba.

Por más exquisitas diligencias que había hecho en la noche, por adquirir noticias de lo que pasaba en la ciudad, de la que solo me separaba una legua, no había podido obtenerlas de ninguna clase; tal era la falta de hombres del país, que me las suministrasen, y la inseguridad que había en separarse del campo, por la decisión de la plebe y el paisanaje, por la causa que combatíamos. Me había sido forzoso resignarme y esperar á conseguirlas, por medio de los movimientos que practicase con mi ejército.

Aún no se insinuaba el crepúsculo del día siguiente (23), cuando ya estaba en marcha el ejército, formando la vuelta de la ciudad. El terreno no permitía marchar más que en una columna. No se apercibian bién los objetos, y ya había descendido la cabeza, de vuelta, la pendiente que de la Tablada conduce al bajo de la ribera del río. El núm. 2 de caballería llevaba la vanguardia, y yo me hallaba colocado en ella. Seguía la infantería y artillería, y cerraba la marcha el cuerpo tucumano, con los restos de la milicia de Córdoba. De este modo se hallará, que la parte delantera de la columna había descendido al bajo, y la posterior se encontraba en la cuesta ó sobre el alto, que aún no había empezado á descender.

En esta disposición marchábamos silenciosamente, cuan-

do un tiro de cañón, disparado hacia la retaguardia de la columna, llamó nuestra atención; mi primer pensamiento fué, que el disparo provenía de nuestra artillería, que haría fuego á algún grupo que se le había presentado; pero un segundo tiro, cuya bala ya oimos silbar, nos persuadió que eran fuegos enemigos. Era indudable, que la cola de la columna había sido atacada, y era de temer, que envuelta y puesta en desorden, se precipitase sobre el resto de la columna y la arrastrase en la derrota, principalmente si era vivamente perseguida por el enemigo. Esto era tanto más factible, cuanto el camino, estando bordeado de cercos por ambos lados, era un verdadero callejón que no dejaba otra escapatoria, á los que quisiesen huir del enemigo.

Para precaver este resultado, ordené al coronel Pedernera, que siguiese con su regimiento hasta salir de lo más estrecho del desfiladero, y encontrar un lugar dondé pudiese medianamente maniobrar, y esperar allí; y á los batallones de infantería, 2º y 5º, que rompiendo el cerco de la izquierda, entrasen en el cercado, desmontasen y formasen, dejando expedito el camino; lo que tenía el doble objeto de sacarla de la dirección que debía traer el tropel de los fugitivos, si, como era probable, los había, y de tomar su flanco al enemigo, si llegaba á precipitarse desde la altura en su seguimiento. Ya entonces la claridad del crepúsculo permitía ver los objetos, y el día se avanzaba á pasos rápidos.

El enemigo, contra lo que se temía, hizo alto en la cresta de la altura, después de haber dispersado y puesto en desorden nuestra retaguardia, sin que nuestra artillería, que se hallaba al pié de la pendiente, pudiese hacer fuego desde esta desventajosa posición. El comandante de ella, la creyó en tanto peligro, que llegó á mandar clavar algunas piezas, que creyó á punto de perderse. La demora del enemigo nos dió tiempo á combinar mejor nuestros medios.

Hasta ahora me es difícil explicarme, por qué el arrojo sin igual con que el general Quiroga había conducido su atrevida operación, le faltó en aquel preciso momento. Sea que no quisiese dejar la posición, sea que esperase que fuese más claro el día, él suspendió el ataque, sin lo cual, hubiera sido nuestra situación más crítica de lo que era ya. Hubo momentos en que creí que se escapaba la victoria de nuestras manos; tan inesperado había sido el ataque y tan atrevido su movimiento. No trepido en decir, que es la operación militar más arrojada, de que he sido testigo ó actor en mi larga carrera. (1)

Para apreciarla debidamente, ha de suponerse un ejército completamente batido pocas horas antes, al que solo había quedado una fracción, que no ha participado de la derrota. Cualquiera creería, y yo mismo participé de esta opinion, que no sería capaz de tomar la ofensiva y buscar

---

(1) El parte de esta batalla, dice así:

" Campamento General en el Río Carnero, Junio 29 de 1829.
" El 18 se movió el ejército desde el Segundo, á buscar decididamente al enemigo, que había llegado el día antes al Salto; más, al hacerlo, no se ocultó al general que firma que, habiendo varios caminos y campos que se atraviesan sin obstáculo, le era fácil al enemigo evadir el combate y dirigirse sobre el pueblo, que para tal caso, precisamente había sido fortificado. Al moverse, lo anunció nuevamente al Gobierno sustituto, para que se estuviesen en vigilancia.
" Esto mismo fué lo que hizo el enemigo: pués, sintiendo nuestra aproximación bajo la márgen derecha del río Tercero, lo pasó dos leguas más abajo, y se dirigió rápidamente por los campos, dejando el camino muy á su izquierda hasta la capilla de Cosme, desde donde siguió á la ciudad, y llegó en la tarde del 20.
" En la madrugada de este día, estuvo nuestro ejército en el Salto, donde solo encontró los vestigios de la marcha precipitada del enemigo. De los dispersos que había dejado, se to-

al vencedor en el mismo campo de su gloria, para arrebatarle el triunfo por una acción desesperada. Más, fué al contrario, y el general Quiroga tuvo bastante audacia y bastante ascendiente sobre sus soldados, para traerlos á buscar nuevos peligros y un sacrificio completo. Efectivamente, la situación en que los colocó, no podía ser más decisiva, y era necesario que venciesen ó que quedasen todos á discreción de sus enemigos.

Luego que nuestra infantería había despejado el camino, y que pudo conocerse que el enemigo no proseguía rápidamente su primera ventaja, era conveniente buscarlo, y fué lo que se hizo. El coronel Deheza con el batallón 5º de cazadores, y secundado de cerca por el 2º, á cargo del coronel Videla Castillo, fué destinado á trepar la altura, más, no por el desfiladero ó camino, ni por el frente del enemigo, sinó rodeando su izquierda y venciendo una

---

" maron más de veinte prisioneros y algunas cargas de víveres. " El ejército tuvo un rato de descanso, y contramarchó por el " camino más inmediato á la ruta del enemigo. El 21, á pocas " leguas de Córdoba, se supo que la plaza había rechazado bi- " zarramente los primeros ataques, y que aún se sostenía.

" Esta noticia inflamó al ejército, que continuó su marcha " con el más vivo deseo de dar un pronto auxilio á los sitiados. " En esta persuación, llegó por la noche á las goteras de la ciu- " dad: pero muy pronto se supo que la plaza se había rendido " por capitulación, y fué preciso retirarse, dejando para des- " pués su salvación, para maniobrar sobre el ejército enemigo, " cuyos fogones se avistaban en una inmensa línea, sobre los " altos de la Tablada.

" El ejército pasó el río en la misma noche, y se situó sobre " los altos del frente. En la mañana del 22 se movió por sobre " los mismos. en dirección al enemigo, quedando la infantería " frente del pueblo, y siguiendo con la caballería á observar su " posición. El enemigo, sin duda, pensó engañar con varios " polvos que se retiraban en dirección á la sierra, aparentando " con esto. que desprendía divisiones á retaguardia, para des-

escabrosa subida que por aquel lado se presentaba. Verificado felizmente el movimiento, que sin duda no percibió el enemigo, y colocadas las fuerzas en un terreno igual, se trabó el más reñido combate. El fuego fué vigorosamente sostenido por ambas partes, en términos, que puedo asegurar que es uno de los más bién alimentados que he presenciado, atendido el número de los contendores.

En aquellos momentos tan críticos como solemnes, en que la menor vacilación de un cuerpo puede traer pérdidas irreparables, me presenté al batallón 2º en el acto que iba á romper sus fuegos (debo advertir, que siempre los batallones de negros me merecieron menos confianza), y con el fin de alentarlos y asegurarme de sus disposiciones, les pregunté con toda la fuerza de mi voz: *¿Soldados, puedo hoy contar con vosotros?* y uno de ellos, de color renegrido, avanzando un paso y poniendo la mano derecha en el pe-

---

" truir alguna parte de nuestro ejército, que se atreviese á apro-
" ximarse.

" A las dos de la tarde se puso en movimiento la infantería
" que había quedado frente del pueblo, y se incorporó á la ca-
" ballería, que ya había marchado por el potrero de la hacien-
" da de don Pedro Juan Gonzalez, que para el efecto fué preciso
" romper. Desde que llegamos á la cerca opuesta, ya se percibió
" que estaba allí toda la fuerza enemiga, menos la que guarne-
" cía la plaza. Con esta cerca se hizo la misma operación que
" con la primera, abriendo tres grandes puertas para las tres
" columnas en que estaba formado el ejército.

" La de la derecha, al mando del señor coronel La Madrid,
" se componía del escuadrón de voluntarios, de la división del
" señor coronel Martinez, que la formaban los lanceros de la
" Unión y milicia de Santa Rosa, y la del señor coronel Allen-
" de, que la componian los escuadrones de Ischilin y río Seco.

" La del centro se batió á las inmediatas órdenes del señor
" coronel Deheza, jefe del Estado Mayor, que se componía del
" batallón 2º de Cazadores, que mandaba el señor coronel Vi-
" dela; del 5º de la misma arma, que encabezaba el teniente

cho, me hizo una señal afirmativa con la cabeza y la parte superior del cuerpo, llena de dignidad, de elegancia y de firmeza. La acción y el gesto de este negro, fueron tan elocuentes, y tan expresivo el tácito consentimiento de sus compañeros, que yo quedé muy satisfecho, y ellos correspondieron plenamente á mi confianza. Conservo hasta ahora un recuerdo agradable de esta bella acción, sin que pudiese después conocer al que la practicó, aunque hice algunas diligencias. Así quedan sepultados en el olvido, hechos dignos, ejecutados por simples soldados, que merecian una clase superior.

Empeñado, según he dicho, el fuego del modo más terrible, empezó al fin á flaquear por parte del enemigo, y á triunfar la pericia, ya que no la bravura de nuestros soldados, porque, sea dicho en honor de la verdad, que los de Quiroga se condujeron del modo más bizarro. Vencidos,

---

" Larraya; de una parte del de cazadores de la Libertad, á las " órdenes del mayor Barcala, y de la artillería ligera, á las ór- " denes del mayor Arengren.

" La izquierda fué mandada por el gobernador de Tucumán, " general don Javier Lopez, que se componía de las fuerzas de " dicha provincia, cuyos cuerpos eran dirigidos por los coro- " neles Paz, Lobo, y teniente coronel Murga. La reserva la " formaba el regimiento núm. 2 de caballería, que encabezaba " el coronel Pedernera.

" El enemigo se movió con la mayor rapidez, manifestando " de un golpe la superioridad numérica de sus fuerzas, y des- " plegando su línea que envolvía, por su extensión, ambos cos- " tados de la nuestra.

" El coronel La Madrid tuvo orden de formar en escalones, " y apenas pudo verificarlo para recibir la impetuosa carga del " enemigo. La milicia de Córdoba cargó bién, pero es preciso " decir que cedió al número; fué arrollada y vivamente perse- " guida, hasta sobre nuestra artillería é infantería.

" El enemigo creyó por un instante, que el triunfo era suyo, " pero bién pronto tuvo motivo de desengañarse. El núm. 2 de

perseguidos, acosados por todas partes, arrinconados en las quiebras del terreno, se defendian con la rabia de la desesperación; hubo hombres, que inutilizadas sus armas, las arrojaban y tomaron piedras para defenderse individualmente; y uno de nuestros jefes, experimentado en las guerras de la Independencia, me dijo, con este motivo: *Me he batido con tropas más aguerridas, más disciplinadas, más instruidas, pero más valientes, jamás.*

La victoria fué completa. La artillería fué tomada, como también toda la infantería que no murió con las armas en la mano. En el campo quedaban más de mil cadáveres enemigos (inclusos los de la tarde anterior), que eran la cuarta parte de su fuerza. Mortandad enorme, en proporción al número de los combatientes. Además, teníamos como quinientos prisioneros, entre ellos, varios jefes y oficiales.

" caballería, marchó oportunamente en auxilio del ala derecha, " que se veía comprometida, sin embargo de la intrépida carga " que dió el escuadrón de voluntarios, al mando del coronel " La Madrid. No obstante las primeras ventajas que el enemigo " había conseguido sobre este costado, el choque se renovó " con encarnizamiento, y se vió muy pronto obligado á retroceder, " concurriendo á esto muy eficazmente, la brillante carga " del coronel Pringles con un escuadrón del núm. 2, y la de " la escolta del general que suscribe, conducida por sus ayudantes " de campo Plaza y Paunero.

" Desde este momento el arrojo del enemigo se enfrenó, y " sin cesar de perder terreno, ya no se le vió hacer sinó amagos " insignificantes y esfuerzos vanos por reorganizar una fuerza " que era triple ó cuádruple de la que se le oponía.

" El señor general Lopez, después de varias cargas dadas y " recibidas con intrepidez por el cuerpo de tucumanos, arrolló el " ala derecha enemiga, arrojando de su frente á los que se atre- " vieron á buscar ó esperar el choque de sus fuerzas.

" El centro del enemigo cargó también hasta lograr penetrar " por el intervalo de los batallones, algunos soldados, en tér-

Quiroga al fin, despechado, huyó con un grupo de caballería, siempre perseguido por los mismos. Yo, siguiendo sus movimientos, fuí á encontrarme con el coronel La Madrid á dos leguas del campo de batalla, en un terreno sumamente escabroso y cubierto de ese bosque bajo y espinoso que tanto abunda en los alrededores de Córdoba. Era incierta la senda que había seguido el General enemigo, pero era del todo probable que llevaba la direccion de la sierra, que lo conducía también á la Rioja.

El coronel La Madrid recibió la orden de reunir las partidas nuestras, que se empleaban en la persecución, organizarlas, y esperar cien infantes y cien Granaderos á caballo, de la división tucumana que él mismo indicó, y con toda esta fuerza continuar la persecución; debía seguir todo ese día, hasta la mañana siguiente, y esperar órdenes nuevas. Si estas le llegaban, ellas le indicarian la línea de

---

" minos, que uno de aquellos tuvo que dirigir sus fuegos á re-
" taguardia. Con esto huyeron bién escarmentados de un
" arrojo más bién debido á su ignorancia que á su intrepidez.
" Entonces se manifestó el empeño del enemigo, de concen-
" trar sus fuerzas sobre su izquierda, y me obligó á hacer lo
" mismo sobre el costado inverso, relativamente á nosotros. El
" batallón 5º reforzó nuestra derecha, y el fuego de sus tirado-
" res bastó para hacer más pronunciada la retirada del enemi-
" go, que continuó verificándola en la más espantosa confusión,
" hasta cerrar la noche. El general Lopez, con algunos escua-
" drones de Tucumán, logró todavía dar una carga á un cuerpo
" de los que se retiraban, y hacerles muchos muertos y heridos.
" El enemigo fué perseguido hasta que la noche no permitía
" ver los objetos, y la dispersión fué casi completa. El ejército
" se había alejado más de dos leguas, en la persecución, y fué
" preciso volver al campo de batalla, donde había quedado par-
" te de la artillería é infantería, con las caballadas y otros en-
" seres. El ejército cantó la victoria, y sus individuos se
" felicitaron mútuamente, de haber correspondido á sus com-
" promisos y á las esperanzas de sus compatriotas.

conducta que debía seguir; si no las recibía, debería regresar, porque eso probaría que el camino estaba interceptado, ó que nos hallábamos en nuevos conflictos. Para abreviar, diré que el coronel La Madrid nada hizo, y que en la tarde del mismo día me sorprendí extrañamente, cuando lo ví de regreso, excusándose de no haber continuado, por la falta de caballos y otros frívolos prestextos. La falta de este jefe fué enorme, y contribuyó á que Quiroga hiciese tranquilamente su retirada. Para comprender mejor, él me obligó á darle órdenes condicionales; debe tenerse presente, que la montonera de los rios Primero y Segundo, crecía extraordinariamente, y que todo inducía á creer, que era apoyada por la provincia de Santa Fé. Era, pués, probable que tuviésemos aún que combatir esos nuevos enemigos, y muy pronto. Podian presentarse de un momento á otro; en prueba de ello agregaré, que la tarde del 22, cuando prin-

---

" Pero estaba todavía reservada otra gloria. El General ene-
" migo apenas pudo reunir un número corto, respectivamente
" al que había tenido su caballería, más, contaba con la infan-
" tería que guarnecía la plaza. En su desesperación concibió
" el proyecto aventurado, de tentar otra vez fortuna en un se-
" gundo combate, y lo verificó en la madrugada del 23, cuan-
" do nuestro ejército se ponía en movimiento, para venir á la
" plaza. Todo formaba una sola columna, porque el terreno no
" permitía más, y el ataque se hizo por la retaguardia, en que
" necesariamente hubo alguna confusión.

" El ruido del cañón que había sacado de las trincheras, nos
" avisó á todos, de su proximidad. Los batallones habian des-
" cendido al bajo, pero muy pronto fueron conducidos por el
" señor jefe del Estado Mayor, en persona, el 5º de Cazadores y
" los cazadores de la Libertad, á las alturas de donde habian
" descendido; no ya por el mismo camino, sinó por las esca-
" brosidades que quedaban á la izquierda de la columna, pero
" después fué mandado el 2º, de la misma arma, en apoyo de
" los primeros. Este movimiento de la infantería, decidió del
" combate. Sin embargo, él se hubiera prolongado, sin la bra-

cipiaba la batalla, se vió á nuestra espalda una inmensa polvareda, y creimos que era la fuerza sublevada que nos atacaba por la espalda, en combinación con Quiroga. Era solamente una gruesa caballada que me traía el famoso guerrillero, Luna, de quién luego haré mención.

Antes de separarme del coronel La Madrid despaché á mi ayudante de campo, capitán Correa, con una mitad de coraceros, para que aproximándose á la ciudad, obtuviese noticias de lo que allí pasaba y me las trasmitiese, pero con la orden expresa de no penetrar en ella, ni exponerse imprudentemente. Hizo todo lo contrario: entró por las calles, por donde cruzaban aún gruesas partidas del enemigo; una ó varias de ellas, lo cargaron con fuerzas cuádruples, lo mataron y dispersaron su tropa. Algunos de los dispersos me anunciaron esta desgracia, y llegué á persuadirme que la plaza se resistía aún.

" vura de estos batallones. El 5º se cubrió de gloria: arrolló y " quitó una bandera á la infantería enemiga, que es la que se " remite, á disposición del Exmo. Gobierno sustituto.

" El señor coronel, jefe del Estado Mayor, don Ramón De- " heza, prestó importantes servicios el día 22, pero el 23, los " hizo muy distinguidos. El condujo los batallones, y bajo su " dirección triunfaron del enemigo.

" El coronel Pringles, dió una carga, con que arrolló otra " vez la caballería enemiga, y el cuerpo de tucumanos hizo lo " mismo, con la que se presentaba por la derecha. El coronel " La Madrid es recomendable por la serenidad con que contu- " vo los primeros ataques del día 23.

" El enemigo se desbandó entonces, y la derrota fué declara- " da. Sus infantes perecieron casi todos. Su caballería se dis- " persó completamente, y mi ayudante de campo, teniente " coronel Plaza, con algunos soldados de esta arma, la persi- " guió con tenacidad.

" El campo, que con corta diferencia, había sido el mismo " en los dos combates, ha quedado cubierto de cadáveres; el

Vuelvo al campo de batalla, donde estaba el ejército, á cargo del jefe de E. M., para disponer su marcha de la fuerza que había ofrecido al coronel La Madrid, y arreglar la mía con el resto, sobre la ciudad; se me presentó el coronel Deheza á darme parte de las providencias que había tomado, que no tuve embarazo en aprobar, menos una, de que voy á ocuparme, porque ha metido gran ruido y ha servido de pretexto á los llamados federales, para motivar muchas crueldades.

Dándome cuenta de los prisioneros que se habian reunido, á quienes había hecho colocar en un depósito, añadió: *He mandado separar dos oficiales, á quienes he dispuesto se fusilen.* Preguntándole, por qué razón había dado semejante orden, me contestó, que había creido que no debian tratarse como oficiales, sinó como unos facinerosos, de quienes se había apoderado la justicia; que además,

---

" número de prisioneros es considerable; el armamento, su ar-
" tillería, todo está en nuestro poder.

" Nuestra pérdida, proporcionalmente, es moderada. Luego
" que se tengan las relaciones detalladas de los cuerpos, se le
" pasarán á V. E.

" Después de destruido el último resto de enemigos, fué des-
" tinado el señor coronel La Madrid, con una buena división, á
" perseguirlos, y el resto del ejército contramarchó sobre la
" plaza, donde había dejado el enemigo una pequeña guarni-
" ción y varias partidas de caballería, que cruzaban las calles.
" A su aproximación, desaparecieron las últimas, y á la plaza
" se le intimó rendición, en la jornada establecida. El reco-
" mendable capitán, ayudante de campo del general que sus-
" cribe, don Dionisio Tejedor, fué encargado de aquella opera-
" ción, la que desempeñó, volviendo con la contestación de
" que solo pedía las vidas, la guarnición, y que la plaza estaba
" pronta á entregarse. Se le hizo regresar, otorgando lo que se
" pedía, y llevando el signo sagrado de parlamentario; pero una
" partida de malvados, que ocupaban una azotea, hizo fuego
" sobre él, y privó á la patria de este jóven benemérito.

algunos de ellos eran de los sargentos que sublevaron el núm. 1º de los Andes, en San Juan, añadiendo otras razones de la misma naturaleza. Por más irregular y arbitrario que fuese el proceder del coronel Deheza, y aún su razonamiento, era bién acogido de la generalidad, que reprobaba mi moderación. Para que en la actualidad fuese más pronunciado ese sentimiento de venganza, había ocurrido una circunstancia especial.

En la plaza, cuando entró Quiroga, dos dias antes, había tomado cuatro oficiales del ejército, y aunque por un capítulo expreso de la capitulación debian habérseme restituido, los conservó prisioneros. La noche antes, al salir para buscarme en la Tablada, los entregó á una partida con orden de fusilarlos; orden que ellos mismos oyeron dar, y que si no se ejecutó fué, ó por humanidad del oficial que los conducía, ó porque no dió tiempo su segunda derrota.

" El bravo capitán Correa, tambièn ayudante de campo, del " que suscribe, tuvo igual suerte; pués, habiendo sido mandado " á hacer un reconocimiento sobre el pueblo, antes de la aproxi- " mación del ejército, se precipitó con una mitad sobre un nú- " mero mucho mayor de enemigos, y murió gloriosamente. A " vista de todo, creyó que la plaza se defendería, y se enco- " mendó el asalto al señor coronel Deheza, con los batallones " de Cazadores, mientras la caballería recorría la circunferen- " cia, para purgarla de algunas partidas de caballería, que po- " dian conservarse; y ya se penetraba por algunas calles inme- " diatas á la plaza, cuando se supo que la muerte del capitán " Tejedor había sido efecto de la perversidad de algunos solda- " dos, y nó de la mala fé de los que mandaban la guarnición.

" Efectivamente, esta había dejado ya las armas; y el je- " fe, que lo era el español Antonio Navarro, había fugado " abandonando á sus compañeros. El ejército penetró sin resis- " tencia en la plaza, donde recibió las enhorabuenas de los ciu- " dadanos, que poco antes se creian víctimas de la tiranía más " feróz, y que por encanto se veian restituidos á la libertad.

" El señor general don Javier Lopez con su división, ha

Con la oscuridad de la noche logró escaparse uno, que se arrojó á un barranco y se salvó, y este se había presentado en el ejército, contando su salvación y el fatal destino de sus compañeros. Estos se presentaron también después, porque la partida que los custodiaba, cuando llegó el caso de la última derrota, más pensó en huir que en cuidar presos; pero sucedió esto, mucho después que el oficial arriba mencionado, que era de la división tucumana, cuyo nombre no me acuerdo.

Este incidente había hecho subir de punto la irritación de nuestros oficiales, y á la verdad que no era infundada, pués ya se le había visto al poner el pié en la provincia de Córdoba, hacer ejecuciones sangrientas con los prisioneros de que había logrado apoderarse. Todo anunciaba que negaría cuartel á la clase de oficiales, (como lo

---

" cooperado eficazmente al éxito de la campaña. El y su pro-
" vincia han prestado un servicio, á que debe quedar eterna-
" mente reconocida la de Córdoba. Los señores coroneles don
" José Julián Martinez, don José Videla Castellano, don Juan
" Pedernera, don Segundo Roca, ayudante del señor general
" Lopez, teniente coronel don Lorenzo Lugones, y jefe del Es-
" tado Mayor divisionario, teniente coronel don Isidoro Larra-
" ya, comandante Mendivil y otros, son dignos de recomen-
" darse á la consideración pública.

" Después de los que llevo nombrados, son dignos de una
" particular mención, el capitán del 5º de Cazadores, don Satur-
" nino Navarro, que mandaba la valiente compañía de volteado-
" res de este cuerpo, y el cabo Manuel Arrieta, del mismo, que
" tomó la bandera de que se ha hecho referencia. El capitán de
" la división de Tucumán, don Dionisio Mendivil, pereció com-
" batiendo esforzadamente.

" Mis ayudantes de campo, mayor don Casimiro Rodriguez, y
" capitán don Ramón Campero, han llenado su deber muy sa-
" tisfactoriamente.

" El señor coronel Allende, recibió en la primera carga una

hizo exactamente después), y entonces era tarea difícil exigir una moderación que tan mal se correspondía.

Después de haber improbado fuertemente su procedimiento al coronel Deheza, y de haberle hecho una seria reconvención, le pregunté donde habian llevado los oficiales en cuestión; y señalándome uno de los pliegues del terreno que se presentaba á pocas cuadras, me contestó que á una quebrada que allí había. Sin detenerme (todo esto había sido sin apearme del caballo) llamé un oficial de E. M. que lo fué el teniente coronel don Francisco Borja Moyano, y le ordené que volase al lugar de la ejecución para impedirla, y disponer que los supuestos reos fuesen trasladados al depósito de prisioneros, de donde acababan de salir.

" herida leve en la cara; y el comandante de lanceros, don José María Martinez, otra en un hombro.

" Sería muy prolijo nombrar á todos los jefes y oficiales que merecen una particular mención. Todos, á porfía, han mostrado cuánta superioridad tienen los soldados de la libertad sobre los esclavos de la tiranía. Todos han manifestado el mismo entusiasmo, todos, el mismo valor.

"Algunas pequeñas diferencias acaso no provienen sinó de la diversidad de lances que se presentan en el curso de una batalla. La gloria es suya, es de todos.

" El ejército no comió, no durmió, no cesó de caminar en tres dias; sin embargo, el deseo de batirse fué general; el entusiasmo en todos, se aumentaba en proporción que crecian las privaciones. Los veteranos y los milicianos manifestaron igual ardor. Entre estos últimos, se han distinguido los del río Seco con su comandante César.

" El general que suscribe, saluda al señor Gobernador sustituto, á quién se dirige, ofreciéndole sus más altas consideraciones.» José María Paz.

(*Nota del Editor*).

Tranquilo ya sobre este punto, me dirigí adonde estaba el gobernador de Tucumán, para ordenarle que mandase al coronel La Madrid, la fuerza tucumana que le había ofrecido para el desempeño de su comisión. Esta diligencia merecía ser practicada con discreción, por cuanto Lopez y La Madrid eran enemigos declarados. Pocos años antes había sido el primero derribado del gobierno de su provincia, por una revolución que capitaneó el último. En una palabra, eran rivales, y solo con la más grande repugnancia, consentía Lopez que La Madrid mandase á sus comprovincianos. Más tarde, cuando la acción de la Ciudadela contra Quiroga, se vieron prácticamente los funestos efectos de esta rivalidad (ya estaba yo prisionero), pués nadie ignora que fué la causa de aquel último desastre.

Hablaba todavía con Lopez, cuando oí algunos tiros, sin que pudiese figurarme que procedian de la ejecución de aquellos desgraciados; los atribuía á que se hubiesen mandado descargar algunas armas, pero muy luego se me presentó Moyano, con su cara muy compungida, tono misterioso, usando medias palabras, y hablando más bién por señas, para hacerme entender que los prisioneros habian sido ejecutados. Mi primera idea fué, que este oficial, equivocando por una errada inteligencia mi orden, había ido á contar, y acaso acelerar la ejecución, en vez de impedirla; y poseido de un vehemente acceso de cólera, prorumpí en acres é infamosas reconvenciones. Moyano, estupefacto, apenas pudo balbucear algunas palabras, para decirme que yo le había entendido mal, pués lo que había querido significarme, era que llegó tarde, pués á su arribo, ya habian sido fusilados. Esto me desanimó contra él, y le dí una especie de satisfacción, cual podía ser en semejante caso. Sin embargo, reflexionando después, y comparando el tiempo y la distancia, y considerando la extraor-

dinaria excitación de los ánimos, llegué á sospechar que Moyano no se apresuró mucho, y que mi terrible reprimenda, no fué enteramente injusta.

Este es el hecho que tanto han abultado mis enemigos, y que han querido echar enteramente á mi cuenta. El ha servido de tema, para disculpar las bárbaras atrocidades con que han manchado los campos de batalla. Aún cuando el hecho que he mencionado, no hubiese sido más bién el resultado de una fatalidad, que hijo de una resolución deliberada, podría considerarse como una consecuencia, ó una verdadera represalía de las ejecuciones que hizo Quiroga en la Sierra, del capitán Ortega, del juez pedáneo Sanchez Novoa, y otros que cayeron en su poder, sin más motivo, que haber obedecido las órdenes del Gobierno de su país; de un Gobierno que había reconocido el mismo Bustos, pués había delegado el mando en mi persona.

Cuando lo dicho no bastase para probar que la ejecución de aquellos oficiales solo provino de una combinación fatal de circunstancias, ocurridas en los momentos de un combate, cuando la exaltacióu de las cabezas ha llegado á su mayor ardor, sería una prueba irrefragable, la perfecta seguridad y excelente trato que se concedió á otros jefes y oficiales prisioneros en la misma acción. El coronel Brizuela (no es el conocido por el Zarco, que despues murió en 1841 defendiendo nuestra causa) que habiendo sido herido se le permitió curarse en casa de un amigo suyo (don José María Moyano), y después de sano, no tuvo mas prisión que la ciudad y su palabra; el comandante don Juan Pablo Bulnes (1), secretario de Bustos, también herido, y que

(1) Este es el mismo Bulnes que había sido hecho prisionero antes de la batalla de San Roque, y que se escapó con Bárcena, el mismo día de dicho combate, aprovechándose del descuido de la guardia, y que corrió

cuando estuvo sano, se le permitió ir á Buenos Aires, dando palabra que no tomaría las armas contra nosotros; palabra que no guardó, pués el 31 vino sirviendo en el ejército invasor de Buenos Aires, con un teniente Paredes y otros que no recuerdo. Lo que posteriormente ha sucedido en otras batallas en que he hecho innumerables prisioneros, viene á confirmar las observaciones que acabo de hacer; pero, ¿para qué cansarse? Solo un ciego puede no ver lo que es más claro que la luz. Sigamos adelante.

Era ya tiempo de marchar sobre Córdoba, cuya situación ignoraba aún, sin que me hubiese sido posible otra cosa. Lo hice por el mismo camino del que había retrocedido en la madrugada, para contestar al desesperado ataque que he referido. Estábamos en los arrabales de la pequeña ciudad, y ni una persona de quién informarse, ni un solo amigo que pudiera decirnos lo que pasaba á pocas cuadras. El aspecto era de una resistencia declarada. En

---

las calles gritando: *Muera Paz,* según hemos referido en su lugar. Su compañero Bárcena, volvió también después á mi poder, como luego veremos, y fué tratado generosamente.

Me era evidente que Paredes no podía tener fondos para estas erogaciones, ni relaciones para proporcionarse conductores; era, pués, muy claro que solo era un instrumento de los federales pudientes de la provincia, y que solo le hacian dar su firma porque sin duda le era muy conocida á Quiroga y por evitar el compromiso. Hice venir á Paredes, le hice cargos, no pudo negarlos porque vió que estaba bién informado, y me confesó de plano que él había sido el autor de la correspondencia que se me había denunciado. Cuando le hablé de los cómplices que debía haber tenido, quienes le habrian subministrado noticias, dinero, y conductores, me denunció uno, al antiguo comisario del ejército de Bustos, don Diego La Riva, peruano, que hacía uno ó dos meses que se había ido para su país; después de esta inútil revelación, pués no se hallaba en la República el comprendido en ella, se negó absolutamente á decir más. ¿Se creerá que me agradó esta especie de nobleza, mezclada de pillería, pués diciendo solo una parte de la verdad á nadie comprometía, por cuanto el ausente estaba fuera del alcance de la autoridad? Pués, nada es más cierto; de modo que me contenté con mandarlo muy recomendado á una prisión, donde por lo menos no pudiese hacer de las suyas. A los pocos dias se me presentó una mujer jóven, bién parecida, de más que mediano porte, y

la entrada de una calle escribí una intimación fulminante, y despaché con ella á mi ayudante, capitán don Dionisio Tejedor, que partió, acompañado de una pequeña escolta, un trompeta y su bandera parlamentaria. La intimación solo dejaba un cuarto de hora para resolver, tiempo que aprovechábamos, distribuyendo municiones, y haciendo otros preparativos para el caso de resistencia. El término se había concluido, y yo empezaba á inquietarme, cuando apareció Tejedor, diciendo que la guarnición estaba pronta á rendirse, con tal que se les asegurasen las vidas. Mi contestación fué otorgando la garantía que deseaban, y Tejedor, que me aseguró positivamente que podía volver sin el menor peligro, lo hizo, observando las mismas formalidades. Según su relación, el jefe de la plaza, coronel Navarro, español, había fugado, á virtud de lo cual, había recaido el mando en el coronel Maure, hermano político de Bustos, que era quién daba la contestación. Advertiré

---

vestida con elegancia, á interceder por Paredes. La pregunté si era parienta, y me contestó que no tenía relación con él, y que solo la movía un sentimiento de humanidad. A virtud de mi negativa, se retiró aflijida, pero no desanimada, pués tuvo el más constante empeño en repetir sus visitas, pero sin pretender hablarme, ni importunarme con nuevas solicitudes. Se contentaba con presentarse á mi paso, en lugar donde pudiera verla, triste, melancólica, apesadumbrada. Cuando alguna vez le hice preguntar qué era lo que quería, contestó que ya una vez me lo había dicho. Esta muda elocuencia hizo su efecto, y mitigué el rigor de la prisión de Paredes. Concebí que esta linda mujer alimentaba una pasión vehemente por aquel hombre feísimo, ya de alguna edad, pequeño y contrahecho de cuerpo, cojo y de maneras y expresión las más desagradables; me admiré de tan singular capricho, sin saber más por entonces. A los diez años, habiendo salido de mi prisión de Luján, se presentó en mi casa un oficial de Rosas á hora intempestiva (era muy temprano), preguntando por mí con interés. Mi familia se alarmó extraordinariamente, y yo mismo no estaba libre de inquietud. Cuando le pregunté lo que se ofrecía, me dijo que venía á darme las gracias de un gran servicio que le había hecho; y cuando le manifesté que ignoraba de qué se trataba, y aún quién era él, me contestó: *Yo soy Paredes, por mal nombre Alajita: vengo á agradecerle el que no me fusilase en Córdoba, teniendo demasiada razón para hacerlo. Vea usted que le soy reconocido.* Le pregunté por su protectora, y me dijo: *Conservo conmigo un hijo de ella, aunque desde entonces acabó nuestra relación.*

de paso, que este coronel Navarro cayó en mi poder meses después, y que se le concedió la vida y la libertad, para que después volviese á hacernos la guerra con el ejército de Buenos Aires. Es el mismo que después murió en Pago-Largo, defendiendo nuestra causa.

Se podría ya esperar que estuviese cerrado el círculo de este terrible día. Se creerá acaso, al leer estas memorias, que ya no se derramase más sangre; más, no fué así, y aún debíamos presenciar sucesos desastrosos, que amargasen el placer de la victoria. Se habian precipitado con espantosa rapidez, que cuesta hallar el tiempo suficiente para acomodarlos y el método para referirlos. Sin embargo de ser el día más corto del año, apenas declinaba el sol del medio día, cuando tuvo lugar lo siguiente: Ahora mismo se conmueve dolorosamente mi corazón, al recordar la súbita desaparición, por un modo tan extraño, de un oficial inteligente, pundonoroso, y único amigo mío, como era el jóven Tejedor. En él y en Correa hizo la patria y yo, dos pérdidas bién sensibles.

Pocos momentos pasaron desde que se separó aquel de mí, y se perdió de vista en las vueltas de las calles, cuando se oyeron algunos tiros, é inmediatamente se vió regresar á escape la escolta y el trompeta, con la noticia de que el oficial acababa de ser asesinado desde una azotea ocupada por el enemigo. Las calles estaban desiertas, todas las puertas cuidadosamente cerradas, reinaba un profundo silencio, y la ciudad parecía un pueblo sin habitantes. Todo inducía á creer que la guarnición se preparaba á una resistencia desesperada, y que su conformidad á mi intimación, había sido una refinada perfidia. En consecuencia, todo se preparó para el ataque, y la columna destinada, penetraba por la calle derecha de Santo Domingo, cuando se me presentó el teniente coronel don José Argüello (1), muy

(1) Este jefe era ayudante del general Bustos: después de la batalla

sorprendido de los preparativos hostiles que veía, y pidiendo con ansia que se suspendiesen. Cuando le hablé de Tejedor, me contestó, que la guarnición era extrangera á aquel atentado; que él había sido efecto de la voluntad particular de unos cuantos malvados, que lo habian perpetrado por su cuenta, á quienes la misma guarnición había aprehendido y tenía asegurados para presentármelos. Esta explicación me calmó, y no se trató sinó de penetrar en el recinto amurallado de la plaza. Para verificarlo, me dirigí con la columna que me seguía, á la callejuela, que cortando en dos partes la manzana del oeste, separa la Catedral de la Casa de Justicia. A la entrada fué indispensable hacer alto, porque un hondo foso estorbaba el paso, y era preciso esperar á que acabasen de terraplenarlo, en parte, para que pudiese pasarlo; la columna se había tomado este expediente, sin duda, por falta de maderas prontas para formar un puente.

Efectivamente, Argüello había dicho verdad, pués en la parte exterior del foso estaban cinco hombres con los brazos fuertemente ligados, y tendidos en el suelo, con el pecho en tierra, y custodiados por dos ó tres centinelas del vecindario. Señalándolos, Argüello dijo en voz alta, que eran los asesinos de Tejedor. Un grito casi general de *mueran*, se dejó oir, y á no ser mi presencia, se hubiera pasado á las obras. Me fué preciso mandar que no se tocaran aquellos hombres, añadiendo, que me proponía tomar al-

---

de San Roque, se me presentó, y tomó servicio en mi ejército. Cuando avanzó Quiroga, se quedó en la plaza con pretexto de enfermedad; cuando la tomó, se estrechó nuevamente con Bustos y Quiroga; cuando fueron batidos, se quedó otra vez con nosotros, tratando de sincerarse de su ambiguo manejo. Se vió precisado á separarse del ejército, por las vivas recriminaciones que le dirigió el teniente Carrel (ahora recuerdo), que fué uno de los cuatro oficiales prisioneros en la plaza, no solo por sus inteligencias con el enemigo, sinó como uno de los que más lo habian perseguido. Acabó por ser despreciado de todos los partidos.

gunas indagaciones, logrado lo cual, haría severa justicia. En el momento se contuvo la efervescencia, y yo lo creía todo apaciguado, cuando después de media hora que estábamos quietos, esperando siempre que se rellenara una parte del foso, apareció el colegio de Loreto, por la esquina inmediata, con su superior á la cabeza, dando vivas y aclamando nuestra victoria. Sin preveer, ni remotamente, lo que iba á suceder, piqué mi caballo y me fuí á recibirlos, y mientras recibía sus felicitaciones, me avisaron varios tiros de fusíl, que aquellos miserables eran sacrificados en el mismo lugar que ocupaban, á la saña de los vencedores. Ya no era tiempo de salvarlos, y solo se consiguió que quedase uno con vida, aunque herido, el que habiendo ido al hospital, curó, y nunca se habló de él, ni lo ví más.

El coronel Deheza, según entiendo, fué el promotor, así de este como de los otros actos de crueldad que he referido; era el continuo atizador de esas vulgares venganzas; pero como se apercibió al fin, que se despopularizaba, en lo sucesivo varió enteramente, y más bién se presentaba apadrinando á los prisioneros; infiero que esto puede servir de colorido al retrato que bosquejé de él en otra ocasión; era cruel por carácter, y humano por cálculo; pero esto nada favorecía sus miras ambiciosas, como hijas de una muy pobre cabeza.

A la verdad, la irritación del ejército era justa contra aquellos malvados, pero no debía ser un jefe de él, quién procurase enconarla más, sin otro fin ni objeto que derramar un poco más de sangre; demasiada había corrido en este día, y era sangre de argentinos. Yo no me había propuesto dejar impune, tamaño atentado; nadie ignora que, en la guerra es el último exceso ofender un parlamentario, pero pensaba descubrir, mediante una ligera indagación, el autor ó autores principales del delito, castigarlos debidamente y economizar á los demás, por no descargar

ciegamente la venganza sobre todos, entre los que quizá habría algunos que no habrian tenido parte en él, ó lo habrian resistido. Me he detenido también sobre esto, porque ha sido otro de los hechos con que se ha procurado denigrar mi conducta y la del ejército, desfigurándolo. Alguno me criticará tanta minuciosidad en estos hechos particulares que desaparecen á presencia de los grandes negocios políticos que se ventilaban; por única respuesta, diré: Primero, porque se interesa en ello la gloria del ejército y la mía propia. Segundo, que desgraciado el país donde los que mandan con una extensión de facultades tal, como las circunstancias me conferian, paren en tan poco las vidas de los hombres, que desdeñen dar cuenta sobre los actos que las afectan. Yo he creido deberlo hacer, y si está demás, me habré satisfecho á mí mismo.

Posesionado de la plaza, mandé tratar con la mayor humanidad á los prisioneros, principalmente á los heridos. El coronel Maure, el de la misma clase, Acosta, quedaron en sus casas. El coronel Brizuela, herido, quedó curándose de sus heridas en una casa bajo la fianza de un vecino; otros pasaron al hospital, donde fueron cuidadosamente asistidos. Por lo demás, me ocupé esa misma tarde de proveer la plaza de víveres, artillería, municiones, etc., y dejando una competente guarnición, salí como á las cuatro á acamparme sobre los altos de la otra parte del río. Allí fué donde se me incorporó el coronel La Madrid, que tan indebidamente había dejado de perseguir los restos fugitivos del enemigo.

Así terminó este sangriento drama, que había durado cuatro dias desde el primer ataque de la plaza, ocurrido en la tarde del 20. Los jefes enemigos que dirigieron la campaña, fueron los generales Quiroga y Bustos; este sufrió mucho, por el humor atrabiliario de aquel, y por las chanzonetas insultantes con que lo abrumaba. Estaba

también en su ejército el gobernador de Catamarca, Figueroa, el coronel don Félix Aldao, que tenía una gran influencia en los consejos y las operaciones, el de la misma clase, Bargas y otros. Las fuerzas se componian de contingentes de Catamarca, San Luís, Mendoza, y las de la Rioja, que eran las principales. A Bustos se reunieron también un gran número de cordobeses, tanto de sus antiguos Dragones, como de milicias de campaña, en especial, de la Sierra, que se conservaba en insurrección.

El ejército de mi mando constaba, además, de la tropa de línea que había traido de Buenos Aires, y cuyos cuerpos no habian sufrido alteración sensible, de la división tucumana fehaciente de cuatrocientos hombres de caballería, al mando de su gobernador don Javier Lopez, que tuvo también el de la ala izquierda; la ala derecha, al mando del coronel La Madrid, se componía de su escuadrón de voluntarios; y otros varios de las milicias de Córdoba, á las órdenes de los coroneles de ella, don Julián Martinez, don Faustino Allende y comandante don José María Martinez; la reserva, también de caballería, constaba del núm. 2 de la misma arma, á las del coronel Pedernera; el centro, en que estaban los batallones 2º y 5º, y un piquete del batallón de Cazadores cívicos de Córdoba, con la artillería, á las del coronel Videla Castillo; pero siempre dirigió sus operaciones el jefe de E. M. Deheza.

Después de la relación de tan sangrientos sucesos que fatigan la imaginación, y conmueven al hombre menos sensible, séanos permitido recordar otro de muy distinto carácter que mitigue las impresiones dolorosas que hayan dejado los primeros, y sirva de pasatiempo. El deán, ex-provisor y gobernador del Obispado (posteriormente Obispo titular de Comaren), doctor don Benito Lazcano, que renunciando á su voluntaria emigración se había presentado en Córdoba, después de la acción de San Roque,

había sido destinado, por razones políticas, á residir momentáneamente en la hacienda de Chinsacate, catorce leguas al norte de Córdoba, sin poder separarse de ella sin especial permiso del Gobierno. En la noche del 22, algunos milicianos prófugos, llevaron por allí, como por otras partes, la noticia falsa de mi derrota. Chinsacate, es un lugarejo donde hay multitud de casas más ó menos reunidas al edificio principal, que tiene también iglesia y campanario. El venerable prelado, tan afecto al general Quiroga, como políticamente desafecto á mí, se creyó en el deber de celebrar los triunfos del primero, y contraer méritos con su patrono; al efecto agitó el lugarejo, que no estaba sinó muy bién dispuesto á secundarlo, é hizo que se pronunciasen del modo más ruidoso en festivas aclamaciones, al presunto vencedor, y con repiques, iluminación y regocijos, por mi supuesta derrota. Aún hizo más: montó á caballo inmediatamente, y se dirigió á Córdoba á presentar personalmente sus respetuosos homenages, al jefe de su predilección; más, después de haber andado la mayor parte del camino, supo la realidad de los hechos; tuvo á bién volverse muy en silencio, al mismo lugar de donde había salido horas antes con muy diversos sentimientos, y seguramente, con muy distintos proyectos. Se redujo entonces á guardar religiosamente su confinación, procurando disfrazar lo que era indisfrazable, y queriendo hacer entender, sin que nadie se lo preguntase, que los festejos, iluminación, etc., habian sido dedicados á la próxima festividad de San Juan. El chasco le hubiera costado caro, sin duda, si el general Quiroga hubiera estado en mi lugar, pero no tuvo otro resultado, que la risa que causó á todos su equivocación. Pocos dias después volvió á Córdoba á ocupar su silla deanal, sin que se le hiciese el menor cargo por su imprudencia.

Los milicianos, dispersos en la tarde del 22, que, como he

dicho, fueron la mayor parte de los de Córdoba, y una menor, de los tucumanos, con un mayor Palma, llevaron por toda la provincia, y aún por las demás, la falsa noticia de nuestra derrota, solo porque ellos habian huido, y juzgaban que todos hubieran hecho lo mismo. No pocos fueron los males que causaron con su cobarde, aunque quizá involuntaria mentira. Uno de ellos fué el coronel de milicias y comandante de los departamentos del norte, don Gaspar Corro, que tenía reunida una gran parte de su fuerza, tanto para conservar el orden, cuanto para estar al cabo y espera de los acontecimientos; habiendo llegado á entender los expresados rumores y dádoles crédito, dispersó su fuerza y se escondió en lo más enmarañado de un bosque, de donde salió después que supo la realidad, á paliar su pusilánime conducta. Lo que había en esto de más notable, fué que los puntos que él ocupaba, eran los precisamente indicados para que el ejército ó sus restos, se retirasen en caso de un contraste, y desde que él lo presumía, era de su deber apoyarlo ó auxiliarlo de cualquier modo. Sin embargo, obró en sentido inverso, y según las apariencias, sus intenciones eran negociar desde su escondite, la absolución del vencedor, pasando por toda clase de humillaciones. Por otra parte, este departamento era el más adicto á la administración, y esta contaba con su fuerza para contener ó para pacificar los otros; en virtud de su dispersión, no prestó el servicio que se esperaba, y presentó un muy mal ejemplo. Todo revelaba que el menor contraste sufrido por nuestra parte, sería la señal de una conflagración universal.

Mucho mayor mal produjeron las falsas noticias esparcidas por los milicianos fugados, en la parte del río Segundo. Como se ha dicho antes, este partido y el del río Primero ó Santa Rosa, estaban en insurrección, y una gran montonera, encabezada por el famoso Vicente Guevara, cometía

toda clase de desórdenes y hostilizaba, por todos los medios posibles, al ejército, á las autoridades y á los que les prestaban obediencia. Se había formado una pequeña división al mando del mayor del ejército, Aycando, el que tenía á sus órdenes una buena partida de coraceros que mandaba inmediatamente el capitán Velazco (el que capitaneó después la revolución de la Sierra), cincuenta tucumanos y un competente número de milicianos fieles; su encargo no era otro que observar al enemigo por la parte de la villa del Rosario, donde estaba situado, y contener en lo posible que avanzasen sus partidas y se pusiesen en contacto con el ejército del general Quiroga, debiendo replegarse sobre nuestras fuerzas en proporción, que á otras mayores lo cargasen. Al saber Aycando las alarmantes noticias de nuestra derrota, perdió la cabeza, y dando á sus subalternos la orden de *sálvese quién pueda*, dióles el ejemplo, procurando ponerse en seguridad personalmente, por medio de una fuga precipitada, á las provincias del norte de la República. Velazco le imitó perdiendo por una inepcia inconcebible, toda su selecta partida. La tropa era la mejor; pertenecía á su regimiento y era conocido de ella; era oriunda de Salta, y no podía temer que se desertasen mientras llevasen esa dirección; su disciplina, su valor y subordinación, eran á toda prueba. Por otra parte, era mucho más seguro para hacer su retirada con felicidad, llevar su fuerza reunida; ¿qué objeto, pués, tuvo en permitir su dispersión? No lo comprendo, y solo puede explicarlo un pánico terror que lo cegó hasta el punto de hacerlo obrar, no solo contra la disciplina, sinó contra la misma seguridad.

Aycando avergonzado con esta brecha, abierta á su reputación militar, pidió separarse del ejército y marchar al sud á continuar sirviendo en aquella frontera como aventurero; sin duda un sentimiento de honor le aconsejó hacer algo de espectable que restableciese su crédito; en esta

plausible demanda, pereció víctima de algunos malvados que lo traicionaron. Velazco, á quién me contenté con hacer reconvenciones justas pero moderadas, se dió por enfermo, y estuvo algunos meses separado de su regimiento. Al cabo de ellos, se me presentó una noche á decirme que ya estaba bueno y que deseaba reunirse á su cuerpo; no se que ví en su semblante y maneras forzadas, que no me agradó; sin embargo, como él hubiese merecido el concepto de valiente, y creyese que su falta había sido efecto de un error momentáneo, accedí y marchó: ya entonces llevaba el proyecto de revolucionar la división de la Sierra que había sido concebido entre él, un paisano, el peruano La Riva y otros.

CAPÍTULO XV

TRABAJOS POLÍTICOS Y MILITARES

Se disuelven las montoneras al este de Córdoba.—El fuerte del Tío.—Perniciosas dilaciones de los gobernadores de Tucumán y Salta.—Crímenes de Quiroga en la Rioja.—Se inician relaciones por parte de los gobiernos de Córdoba y Santa Fé.—El doctor Bedoya no responde á los deseos de Paz.—Festejos en la ciudad de Córdoba, á la entrada del ejército.—Estado de la Sierra.—Retiro de los comisionados por Santa Fé.—El general Paz, gobernador de Córdoba.—Movimiento desgraciado en Mendoza.—Horribles ejecuciones ordenadas por el coronel Aldao.—Política del gobierno de Buenos Aires.—Peligros de la situación por la parte del litoral.—Sublevación de la Sierra.—Digna actitud de la tropa.—Se sofoca la sublevación del Tío.—Dificultades para mantener el efectivo del ejército.—Disciplina en el soldado.—Empréstitos forzosos.—Manejos de las provincias de Buenos Aires y Santa Fé, respecto á la insurrección de Córdoba.—Batida á las montoneras de la Sierra.—El guerrillero Luna.—Cualidades del jefe de una partida.—Utilidad de estas.—Campaña de la Sierra.—Su importancia.

Ya desembarazado del general Quiroga, era urgente pensar en restablecer la tranquilidad en los departamentos insurreccionados, atacando las fuerzas sublevadas. No perdí un momento, y el 24 por la noche, después de haber providenciado todo lo conveniente con respecto á la capital y dejando en el gobierno delegado al coronel de milicias, don Faustino Allende, me moví con el ejército en dirección al norte, donde había de proveerme de caballos para la nueva

campaña. El 25 estuve en Santo Domingo, hacienda que está seis leguas de Córdoba, y marchando esa noche, amanecí sobre el río Carnero en la mañana del 26.

Allí me detuve dos ó tres dias mientras hacía mis preparativos y adquiría nociones más exactas sobre el carácter y extensión del movimiento revolucionario. Saliendo de Córdoba había marchado al norte; más, repentinamente dí un cuarto de conversión y marché al este, dirigiéndome rápidamente sobre los lugares que les servian de madriguera. Al mismo tiempo despaché á recorrer los departamentos de la Sierra, una división poca numerosa á cargo del ya coronel don Pascual Pringles (1), el cual, á pesar de sus esfuerzos y capacidad, no pudo obtener gran resultado, ni podía ser de otro modo, ni yo me había propuesto otra cosa que impedir que el mal se agravase y aumentase, mientras desocupándonos por otro lado, me ponía á aplicar los remedios convenientes, es decir, mandando fuerza en número suficiente, lo que en ese momento me era imposible.

Era del todo probable, que los revoltosos obrasen de acuerdo y por instigación de don Estanislao Lopez, gobernador de Santa Fé, con cuya provincia estaban en contacto los departamentos sublevados. Se creería también muy posible que les hubiese mandado alguna fuerza auxiliar, como lo hacian entender nuestros enemigos. Además, ya no era el gaucho Guevara quién capitaneaba la insurrección, pués había tenido por sucesor, primero, á don Mariano Bustos, y después, al mismo general Bustos en persona,

---

(1) Un olvido me ha hecho omitir, que la misma tarde de la acción de la Tablada y sobre el campo de batalla, lo saludé dándole el dictado de coronel. Esta fué su promoción; luego fué el reconocimiento y demás formalidades de estilo.

que después de la acción de la Tablada, había tomado esa dirección y reunídose á la montonera. La fuerza se hacía subir á mil hombres, con que se proponian hacer la interminable y destructora guerra de partidas. A ella se prestaban admirablemente las localidades y la disposición del paisanaje, teniendo además, la inapreciable ventaja de la insurrección de Santa Fé, donde se replegaban cuando les convenía, para rehacerse y volver á sus correrias. Todo ello hacía un conjunto que no era de despreciarse y que reclamaba suma atención, hasta descubrir, por lo menos, las intenciones del Gobierno santafesino, y la clase de cooperación que prestaba á los sublevados. Abreviaré para decir, que en este concepto, me moví en los últimos dias de Junio, desde Caroya para ir sobre el fuerte del Tío, y que caí al camino que desde dicho punto conduce á Córdoba, pocas leguas al este de la villa del Rosario (Ranchos), flanqueando con este movimiento, los puntos que servian de Cuartel General á la insurrección.

Con la precipitada y desastrosa retirada de Aycando, y los rumores de mi derrota, había tomado aquella un vuelo extraordinario. En esos dias habian los montoneros entrado á dicha villa del Rosario, y cometido toda clase de desórdenes; con las noticias contrarias y mi aproximación, se habian replegado á sus antiguas posesiones. Mediante algunas negociaciones logré separar al comandante don Camilo Isleño con la fuerza del río Primero, que ascendía á más de cuatrocientos hombres. Este hombre suspicaz y equívoco, aunque había disuelto su reunión, tardó mucho en presentárseme personalmente. Después de tiempo lo hizo, y vió exactamente observadas las promesas de seguridad que se le habian hecho. ¿Se creerá que tuve que conservarlo en el mando del departamento? Era indispensable, porque no había otro que pudiese desempeñarlo. El astuto viejo, ayudado por una mujer no menos astuta, ha ganado

una popularidad que, añadida á un hábito inveterado de obedecerle, lo hace necesario en tiempos de revuelta para restablecer la tranquilidad, y poder contar con aquellas gentes. Debido á esto es, que habiendo servido hasta el último con mi antecesor Bustos, seguro en su mismo destino, se lo conservé aún después de sus prevaricaciones; cuando la última invasión ya estaba entregado con Lopez, el de Santa Fé, de modo que cuando yo fuí subrogado por los Reinafés, tuvieron estos que conservarlo. Lo mismo ha sucedido después que estos cayeron, y probablemente terminará su larga carrera de comandante de Santa Rosa, ó río Primero, que es lo mismo. Aquella no es ascendente, sinó estacionaria, pero segura á toda prueba.

La población había huido á los bosques; las casas, con excepciones, estaban cerradas; marchábamos por un desierto; el paisanaje y tropa del Fuerte, convertidos en enemigos, nos hostilizaban y combatian nuestras partidas, siempre que se les presentaba ocasión. No obstante, después de algunos encuentros parciales, llegamos al Tío, donde solo había unas cuantas mujeres. Puse en práctica todos los medios suaves imaginables, para atraer la población á sus ocupaciones habituales, pero con muy poco fruto; era indispensable un acto de vigor, y no desperdicié la ocasión que se me presentó.

El general Bustos con su E. M. se había retirado al Sauce, provincia de Santa Fé, y solo Guevara sostenía la campaña. En la noche del 9 de Julio, destaqué al coronel La Madrid con una división fraccionada en tres fuertes partidas, que marchando por diferentes caminos, fuesen á caer simultáneamente sobre aquel caudillo. En la mañana siguiente se logró cumplidamente el objeto, llegando á sorprenderlo, con la particularidad, que habiendo sentido una de las partidas y queriendo desviarse de ella, fué á caer en las otras, que lo batieron y acuchillaron. De los fu-

gitivos, los más obstinados se fueron á Santa Fé, y otros se presentaron, aprovechándose del indulto que promulgué. De los últimos fué el mismo Guevara, que se retiró pacíficamente á su casa; allí permaneció muchos meses, hasta que pretextando temores, pero realmente instigado por Lopez, de Santa Fé, se trasladó á aquella provincia, para volver después á los primeros extravios.

Don Estanislao Lopez no había auxiliado á las claras el movimiento de los revoltosos, pero gustaba de él, y lo excitaba secretamente. No es que quisiese por entonces la caida de mi poder, pués se proponía debilitarlo, para que necesitase del suyo. Más, este es asunto que trataré más extensamente. Por ahora solo añadiré, que la guerra estaba terminada por esa parte. Bustos había ido á refugiarse á Santa Fé, y la fuerza rebelde, dispersa completamente, había desaparecido.

Mi Cuartel General estaba situado á dos leguas al este del Tío, en un lugar muy pastoso llamado la *Isla*. Allí fué que tuve la satisfacción de ver concluida la resistencia armada de aquellos departamentos. Allí, que recibí la solemne diputación que enviaba el gobierno de Santa Fé. De allí, que partieron mis comisionados para la misma provincia y la de Buenos Aires. Allí, donde prestaron sumisión al Gobierno, tantos que se negaban á hacerlo. Pués, allí mismo, fué donde antes de cumplirse dos años fuí traido prisionero, y en una situación bién diferente. Advirtiendo, que fuí hecho prisionero, por esos mismos que había vencido y perdonado; por aquellos mismos, cuyo país merecía todos mis desvelos. Estaban engañados; ellos lo conocerán y deplorarán sus errores.

El gobierno de Salta, como se ha indicado, estaba en consonancia, y había preparado desde mucho antes una fuerte división, para que concurriese en mi favor, al punto que le señalase; desde que el general Quiroga abrió su

campaña, le ordené que cayese rápidamente sobre Catamarca y la Rioja, amagando igualmente las provincias de Cuyo; este movimiento bién y prontamente ejecutado, hubiese sido decisivo, pero el jefe de ella, el general paisano, don José Ignacio Gorriti, perdió un tiempo precioso en inútiles paradas y en impertinentes discusiones, de modo que cuando tuvo lugar la acción de la Tablada, apenas había tocado la primera de aquellas provincias.

En tal estado se hallaban las cosas, por aquella parte, cuando terminada la campaña en Córdoba y cerciorado de las intenciones pacíficas del gobierno de Santa Fé, ordené al gobernador de Tucumán, que replegándose con su división sobre Catamarca y engrosando la de Gorriti y tomando el mando en jefe de ambas, tomase posesión de la Rioja y diese el último golpe al poder espirante del general Quiroga. Es verdad que la ocasión no era ya tan oportuna como cuando este se hallaba empeñado en la provincia de Córdoba, ó en los primeros momentos de su derrota; más, sin embargo, no había aún podido reorganizar los restos de su poder, y toda su defensa se redujo á compeler al vecindario á emigrar universalmente, valiéndose de las medidas más atroces. Era, pués, tiempo todavía de obrar por aquella parte, con la seguridad de un resultado completo, si se hubiera hecho con la actividad, energía y discernimiento necesarios; pero nada de esto sucedió. Lopez tuvo á bién pasar primero á Tucumán, con el fin de preparar mejor la expedición, sin advertir que la mejor preparación era la celeridad, y Gorriti, aunque no se quejó abiertamente, se resfrió mucho, con el mando en jefe que daba al primero, y que creía pertenecerle. Sin embargo, sufrió sus quejas ó las exhaló en desahogos particulares y privados, y marchó, cuando llegó el caso, á las órdenes del gobernador de Tucumán.

El general Quiroga, luego que llegó á los Llanos, que

era su domicilio, y como el Cuartel General de su influencia y poder, trató de reanimar el espíritu abatido de sus partidarios, y restablecer esa disciplina férrea en que tenía á toda la provincia. Para lograr lo primero, dijo públicamente que estaba satisfecho del valor y servicios de sus soldados, y que sus desastres debian atribuirse solamente á sus propios errores. ¡Extraño camino el que tomó, y que no obstante, produjo el mejor efecto! Para lo segundo, mandó ejecuciones sangrientas, sin causa, ni aún pretexto, pero reclamadas (según me han asegurado que se expresaba él mismo) por las circunstancias políticas. ¡Fatales circunstancias, horrible política, la que exigía tan bárbaro como injusto sacrificio! Este sería un excelente medio para justificar los más horrendos crímenes, y hacer de la política un semillero de repugnantes maldades. El cielo preserve á nuestro país de que semejantes principios prevalezcan, pués bastarian para desesperarnos, de alcanzar algún día, esa libertad, trás de la cual, como si fuese una sombra, hemos corrido tantos años. Que la *razón de estado* signifique algo entre los añejos y despóticos gobiernos de la Europa, se puede comprender; que allí se le sacrifique alguna cosa por no comprometer un orden de siglos, y unas instituciones cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos, y cuya alteración traería males de trascendencia, ya lo entiendo sin aprobarlo; pero en nuestro país y en las circunstancias de que me ocupo, es cosa que no se puede comprender ni explicar.

El mismo día que el general Quiroga hacía fusilar una considerable porción de los más selectos vecinos de la Rioja, por su probidad, riquezas y respetabilidad, con el frívolo pretexto de que se habian alegrado de su derrota, y cuando sus humeantes cadáveres yacian aún tendidos en la plaza, publicó un bando imponiendo pena capital, á cualquiera persona sin distinción de edad, condición ni

sexo, que no abandonase la ciudad en el término de tres dias, inutilizando ó destruyendo las propiedades muebles que no pudiesen trasportar. Esto era tanto más tirano, cuanto por su orden habian sido llamados á las armas todos los hombres capaces de llevarlas, y tomados todos los caballos y otros medios de conducción. Se vieron, pués, las familias privadas de los brazos útiles, y de toda movilidad, obligadas á emprender un largo viaje por caminos ingratos, que carecen de agua y víveres. Así fué, que salieron procesiones de mujeres desoladas, marchando á pié con sus hijuelos por aquellas yermas travesias, en las que muchas perecieron. No obstante, la orden tuvo el más cumplido efecto, y cuando después de las perniciosas dilaciones, primero de Gorriti y luego de Lopez, avanzaron ambos y ocuparon la Rioja, hallaron la ciudad sin un habitante, y no pudieron dar un paso más. Pero volvamos al fuerte del Tío, ó sus inmediaciones, donde quedó el ejército cuando se separó de la división tucumana.

Ignoraba completamente los sucesos de Buenos Aires, y aunque me presumía que no podría tener aquello un resultado favorable á los revolucionarios de Diciembre, no pasaba esto de conjetura, porque nada absolutamente se traspiraba, al través de la incomunicación en que nos tenía la provincia de Santa Fé. Lo único que hasta entonces se había podido adelantar era, que Lopez, de Santa Fé, había regresado á su provincia, y este había sido uno de los motivos de nuestra alarma, pués no podía vislumbrarse otra causa, no habiendo sufrido un contraste, sinó la combinación en que se le suponía, de concurrir con las fuerzas que retiraba, contra mí. Verdaderamente, hubiera sido una nueva y grave dificultad, la en que me hubiera puesto su invasión; pero no tuvo lugar, y sus operaciones no se extendieron á más que desear, y á algunos manejos ocultos, para promover y alentar la insurrección de los departa-

mentos del este y nordeste de Córdoba. Esta se hallaba terminada, y era preciso fijar nuestras relaciones con este jefe y el de Buenos Aires. Al efecto había dispuesto viniesen de Córdoba, don José Joaquín de la Torre y el doctor don José María Bedoya, que debian marchar con el carácter de enviados cerca de aquellos gobiernos, después de recibir mis instrucciones, á cuyo fin llegaron á mi Cuartel General á mediados de Julio.

Casi en los mismos momentos y sin tener la menor prévia noticia, arribó también otra diputación del gobierno de Santa Fé, compuesta de los señores doctor don José Amenabar y don Domingo Oro con el carácter de mediadora, con el objeto de intervenir amistosamente y transar la guerra civil; verdaderamente era extemporánea, ó por lo menos, no puede desconocerse que hubiera sido mucho más oportuna, antes que dos sangrientas batallas hubiesen inclinado la balanza á un lado, y exaltado hasta lo sumo, las aspiraciones del partido vencedor. Sin embargo, los comisionados protestaron que su misión había estado resuelta antes de saberse el resultado de la acción de la Tablada, y que después de sabido, no había querido omitirse esta operación conciliadora. Este era el objeto ostensible de la negociación, pero traía otro que era el más interesante, y se reducía, á que reconociese la convención nacional instalada en Santa Fé y mandase diputados á ella. Tal era entonces el grande interés que tenía el Gobierno de dicha provincia, pués creía sin duda aclimatar allí la representación nacional, y dar mayor ensanche á sus aspiraciones personales.

Pero era ya imposible dar vida á ese cuerpo exánime. Veía colectivamente sus miradas; sus individuos en particular, estaban enteramente desconsiderados; el mismo general Bustos no lo había desconocido, y había retirado sus diputados; el de la misma clase, Quiroga, no quería ni ver

un papel que viniese de Santa Fé (1). En Buenos Aires mismo no se hacía cuenta alguna de la convención, ni del General nombrado por ella, para dirigir la guerra contra los revolucionarios de Diciembre. Buena prueba es el tratado que se hizo el 24 de Junio entre los jefes contendientes, en que ni mención se hacía de la convención, ni de Lopez, y de que ni aún aviso se dió á este, cuanto más exigir su ratificación. Además, el partido vencedor en Córdoba, exaltado hasta lo sumo, según he indicado, con nuestros triunfos, y contándose enteramente seguro, no quería ni aún oir cosa alguna que tendiese á la conservación de un cuerpo formado bajo otra influencia, é identificado en intereses con el partido contrario. En cuanto á mí, que me creo con derecho á decir y ser creido, de que siempre procuré preservarme de las exorbitantes exigencias de los partidos, y mantener una posición, en cuanto me era posible, independiente de las facciones, puedo asegurar, que prescindiendo absolutamente de prevenciones, animosidades y todo cálculo ambicioso, obré en el único sentido que me permitía hacerlo mi situación, contestando á la comisión, que admitía la mediación, pero que no reconocería la convención, mientras no se pronunciase la Sala de Representantes, y revocase la disposición, por la que en tiempo de mi antecesor había desechado ese mismo reconocimiento que se me exigía. La comisión siguió su camino á Córdoba cuando yo lo hacía de regreso, habiendo antes marchado á su

---

(1) Al tomar la plaza de Córdoba, el ex-ministro don José Ysasa le presentó una carta cerrada venida de Santa Fé, que se creía ser del general Lopez; Quiroga la tiró ó dejó sobre una mesa, sin abrirla, diciendo que no quería ver cosa alguna de esa parte; después ví que la carta era del general Mansilla, diputado á la convención. Posteriormente, la comisión mediadora de que vamos hablando, se dirigió á él ofreciendo los servicios amistosos de su gobierno, y haciendo saber su carácter y llegada á Córdoba, como también que la mediación había sido aceptada por mí. El más completo silencio fué toda la contestación.

destino, la que yo despachaba á Santa Fé y Buenos Aires.

Su objeto era asegurar á sus gobiernos sobre las intenciones pacíficas del mío, celebrando tratados de amistad y buena inteligencia, y acordar con el primero, los medios de preservar las fronteras de las incursiones de los salvajes del norte, prestándose mútuos auxilios y recíprocos avisos, para su mejor defensa. Llevaba también otro encargo reservado, reducido á recibir un subsidio pecuniario, para sostener el ejército, ya fuese del gobierno de Buenos Aires, ya de los particulares, por empréstito, ó por un contrato de venta del cuerambre del ganado que consumía el ejército, ó de otro modo. Por supuesto que se le prohibía terminantemente adherirse imprudentemente á partido alguno, ni promover motivos, ni aún pretextos, de celos y desconfianza; en una palabra, la misión era sincera y esencialmente pacífica; de consiguiente, era dirigida á los gobernantes que de hecho existiesen en las provincias indicadas, cualquiera que fuese el partido que obtuviese la preponderancia. Además de una sana y patriótica política, la conveniencia misma aconsejaba obrar así; una parte de la provincia de Córdoba, la Sierra, se conservaba en insurrección; otra, solo ofrecía una aparente tranquilidad, y en la mayor parte de ella, se ocultaban gérmenes de conflagración, que encontrando una ocasión favorable, podian desarrollar su confusión. Era más que probable, que el general Quiroga, en la tenacidad de su carácter, querría vengar los desastres de la Tablada, y renovaría la guerra, para lo que hallaría suficientes recursos, en las provincias de Cuyo, en las de la Rioja y Catamarca, que estaban bajo su influencia, empleando esos tremendos medios de que él solo nos ha dejado el ejemplo.

Para hacerle, pués, frente, y para contener al gobernador Ibarra, de Santiago, en su simulada neutralidad, era á todas luces conveniente conservar relaciones amigables con

los de Buenos Aires y Santa Fé, é impedir que todos obrasen simultáneamente en mi destrucción. Y es la verdad. ¿No hubiera sido el colmo de la demencia, cuando me hallaba completamente circundado de enemigos declarados, ó encubiertos, excitarlos á que arrojasen estos la máscara, empeñasen las armas y las dirigiesen contra mí? Pero si contra lo que debía temerse, el general Quiroga aceptaba la mediación, y arribábamos á un avenimiento, lo digo francamente, mi objeto hubiera sido restablecer la más perfecta tranquilidad en la de Córdoba, organizar un gobierno regular bajo formas racionalmente liberales, desplegar toda la capacidad de que fuese capáz, en favor de su progreso y prosperidad, y dejar el triunfo de la causa que sostenía, á la influencia moral de esos mismos principios, que en todo tiempo trataría de conservar ilesos, el poder de mis armas y el de las provincias de Salta y Tucumán, que marchaban en idéntico sentido. Hubiera quedado la República como en el año 20, después de la separación de las provincias, pero con la indecible ventaja de que la de Córdoba, que presentó Ibarra tan grande obstáculo á su organización, hubiera cooperado activamente á ella.

Y ¿se creerá que esta política, tan sana como patriótica, tan moderada como previsora de los males que habian de afligirnos, halló opositores exaltados? Nada es más cierto, como el que uno de ellos, era el que estaba más expresamente encargado de promoverla y consolidarla. Hablo del doctor Bedoya, que era uno de los comisionados del gobierno de Córdoba. El otro, don José Joaquín de la Torre, hombre de medianos principios y honrado, tenía poca capacidad política, y cuando se creía que contribuiría á templar el ardor de su colega, se dejó absolutamente dominar por él, ó apareció más bién extrangero á los negocios; es verdad también que lo ocupaban demasiado los suyos particulares, pués recuerdo que en Buenos Aires se dedicó

á especulaciones mercantiles, que si no tuvieron todo su efecto, no fué por falta de voluntad ni diligencia. Bedoya, al contrario, dotado de talentos no comunes, de actividad infatigable, de conocimientos extensos, de imaginación ardiente y de un espíritu faccioso, lo subyugó completamente, y fué el arbitrio exclusivo de la negociación. La mala elección de estas personas fué un error fatal, cuyos resultados, después de diez años, no han acabado aún de desenvolverse. La elección no fué mía; resuelta la misión en lo más crítico de la campaña contra los insurrectos del río Segundo, no hice sinó suscribir á lo que me propuso el Gobierno delegado. Sin embargo, no trato de descargarme enteramente, porque debí considerar que era el mismo hombre que á mi llegada á Córdoba, cuando empezó á redactar el periódico *Córdoba Libre,* se había resistido tan tenazmente, á prescindir de la marcha política del general Lopez, gobernador de Santa Fé, y evitar los ataques contra su administración. Debí también considerar, que no debía serme personalmente afecto, no obstante, que por una conducta tan franca como generosa, había procurado hacerle olvidar miserables resentimientos anteriores. Un proceder tan noble, lo obligaría, en mi opinión, á corresponder á la ilimitada confianza que depositaba en él, y además, contribuiría á amalgamar dos antiguas facciones, que los diversos giros de la revolución habian colocado bajo un mismo estandarte, pero que se acechaban siempre y que estaban prontos, á poco esfuerzo, á despedazarse. En cuanto á lo primero, me equivoqué completamente.

La comisión marchó á Santa Fé, y desde las primeras entrevistas con el Gobierno, chocó extraordinariamente á Lopez el tono altanero y exaltado de Bedoya, como lo expresó á los representantes en Córdoba, Amenabar y Oro, y aunque celebró un tratado de amistad y defensa de fronteras, incapaz como era de respetar la fé pública, ni dar

valor á un documento de esta clase, lo miro únicamente como un medio de adormecerme; no me deslumbró, y desde entonces nos observamos mútuamente con el mayor cuidado. Pero lo que acabó de colmar el disgusto y aversión á Lopez y su círculo, fué lo siguiente:

Los tratados que habian puesto fin á la lucha en Buenos Aires, se habian hecho sin su participación; tampoco se le habian mandado á su aprobación, como General en Jefe, y ni aún se le había pasado un simple aviso de lo sucedido. Este manejo misterioso, lo tenía sumamente indispuesto con el partido vencedor, de modo que la comisión llegó en las circunstancias más oportunas para ser perfectamente acogida, pero Bedoya, ni supo ni quiso sacar las ventajas que le ofrecía tan brillante ocasión. Sin embargo del desabrimiento en que había puesto á Lopez, la exaltación y tirantez de Bedoya, resolvió mandar él por su parte un comisionado que contribuyese á la pacificación general; este era don Domingo Cullen, que después ha hecho tan gran papel en los últimos tiempos, y que entonces no era más que consejero privado del Gobernador, el cual propuso asociarse á nuestros comisionados en el camino, y un compañero de viaje; Bedoya rechazó su solicitud con desdén, y he comprendido después, á no dudarlo, que desde este momento juraron en su corazón, Lopez y Cullen, sofocar sus resentimientos con la administración de Buenos Aires, y vengar el desaire empleando todos sus esfuerzos en nuestra ruina. Desde entonces ya no se les vió obrar sinó como enemigos más ó menos encubiertos, pero siempre como enemigos. Los sucesos posteriores aclararon completamente este negocio, y más que todo en mi prisión, en la que mil veces se me ha reconvenido con el insensato orgullo de mi torpe Diputado.

Bedoya y su amilanado colega, siguieron su camino á Buenos Aires, y Cullen lo verificó separadamente, pero

llegado allí, se ocupó menos de la pacificación de la República que de promover y concertar planes para destruir mi obra y la causa que sostenía.

Después adquirí comprobantes, que pondrán en evidencia este juicio; por lo pronto, baste decir, que habiendo en esa época solicitado el general Lavalle, pasaporte para pasar á Mendoza, y hallándose dispuesto el general Viamont, gobernador de Buenos Aires, á la sazón, á otorgárselo, se opuso Cullen á nombre de su Gobierno, protestando que sería capturado en la provincia de Santa Fé, si se atrevía á pisar su territorio; paso atrevido, que haciendo declinar á su poderdante del rol de mediador, á que antes se había constituido, y de los principios moderados que profesaba el mismo Viamont, lo adhería á los exaltados al partido federal, á los que al mismo tiempo, estaba excitando. Sería preciso cerrar los ojos, para no percibir el cambio de política originado en el gabinete santafesino, por la presuntuosa impericia, rudeza (1) ó malicia de nuestro Diputado.

Dejaremos nuestra comisión en Buenos Aires para volver á Córdoba, donde llegamos en los últimos dias de Julio, quedando solamente en el Tío, el coronel La Madrid con su pequeño cuerpo para conservar la tranquilidad. La capital de la provincia nos recibió con fiestas y demostraciones del más vivo júbilo. Dos expléndidos arcos decoraban la entrada fuera de otros oportunamente distribuidos en otros lugares. En el medio de la plaza principal, se había construido un templete de primorosa arquitectura, al que se subía por cuatro graderias, que correspondian á otras tantas entradas, colocadas en los cuatro lados del

(1) Bién puede ser alguno, buén teólogo, matemático, jurisconsulto y un mal político y ciudadano faccioso.

edificio. Luego que entró y formó el ejército, eché pié á tierra, y seguido de los jefes de los cuerpos, gran número de oficiales, y acompañado de los ciudadanos más notables y las autoridades, subí al templete donde nos aguardaban nueve bellísimas doncellas con el traje y atributos de las Musas, las que hablaron sucesivamente en loor del ejército, de los jefes y oficiales; ya se deja entender que me cabría no pequeña parte de sus elogios, á los que contesté convenientemente á nombre mío y de mis compañeros. Siguieron después las fiestas, y aún se hubieran prolongado, á no haberlo repugnado, porque veía que no era tiempo de entregarnos al descanso, ni á una inmoderada alegría, sin embargo de lo fatigado que estaba mi disminuido ejército.

A primera vista resalta el contraste que hacian las festivas aclamaciones del pueblo de Córdoba, con la mala voluntad de la campaña; todo se explica con decir, que la parte pensadora, ilustrada y sensata, era afecta á mi administración, mientras la ignorante multitud, era todo lo contrario. El señor Bustos, mi antecesor, había trabajado en dividir estas dos clases de la sociedad, y en ello fundaba su poder; así es que la oposición que me hacía principalmente en los últimos tiempos de mi gobierno, era más que personal, dirigida contra la clase que reputaba enemiga, y en la que creía que me apoyaba.

Entre tanto, el horizonte no estaba despejado. La misma provincia de Córdoba está muy lejos de gozar perfecta tranquilidad. Los emigrados, distribuidos por las circunvecinas, se agitaban, promoviendo reacciones; y los departamentos de la Sierra, se conservaban en completa insurrección. Sin haber allí una fuerza militar enemiga, própiamente dicho, hormigueaban partidas, que cometian diariamente los más chocantes desafueros, y que se retiraban á la espesura de los bosques y de la sierra, si eran perseguidos, ó se refugiaban en los territorios limítrofes de la

Rioja y de San Luís. Dichas partidas de guerrilla, si tales pueden llamarse esas reuniones de ladrones y asesinos, eran reforzadas por otras semejantes, formadas en dichas provincias, que por su parte contribuian también á la devastación general. El coronel Pringles, que como dije antes, había sido destinado con una pequeña división á aquellos lugares, los había recorrido pasajeramente, y se había situado finalmente, al extremo sud de la Sierra, en los confines de San Luís, donde era constantemente hostilizado, y donde no se extendía su influencia más allá del terreno que materialmente pisaba.

En tales circunstancias, ordené al coronel Pedernera que saliese con una división, compuesta de su regimiento y un piquete de infantería, á obrar en la Sierra, en diversa dirección de la que ocupaba Pringles; lo verificó, y muy luego partí á visitar personalmente dichos lugares. Cuando llegué advertí que nada se había hecho para pacificarlos y atraer la población; que todos los hombres útiles para las armas, habian fugado á los bosques, y aún de la gente inútil, era rarísima la que existía en las habitaciones; que las partidas de malvados de que hemos hecho mención, sacrificaban sin misericordia y á veces cometiendo crueldades que estremecen la humanidad, al que se manifestaba de cualquier modo afecto al Gobierno y al orden. Entre la multitud de víctimas recordaré solamente por ahora á los interesantes jóvenes García y Moreno de aquel vecindario, de los cuales el primero espiró entre prolongados tormentos. Entre los caudillos que capitaneaban esas reuniones, adquirió una horrible celebridad, un tal Nolasco, cuyos inauditos atentados no pudo tolerar el mismo general Quiroga, y lo hizo fusilar.

El campo de Pedernera, situado en las inmediaciones de Pocho, sin embargo de ocupar uno de los más poblados departamentos, estaba como en un desierto; no se veía en

él un hombre del país, no se comunicaba con autoridad alguna local, porque tampoco la había, ni aún tenía á quién emplear para mandar una correspondencia; no contaba, pués, sinó con sus propios soldados, y hasta estos me parecieron tristes y sombrios, mientras los oficiales estaban pensativos. Entre tanto no había enemigos á quienes combatir, porque no se presentaban, ni eran conocidos sinó por sus estragos en el país, y por algún soldado ú oficial que degollasen, si lo encontraban solo y sin protección.

Era urgente salir de este estado que puede compararse á una fiebre lenta, y que debilitando por grados la fuerza moral de un ejército, acaba siempre por extinguirla enteramente. Además, era preciso no permitir que ese espíritu general de oposición se radicase y enconase hasta hacerse irreducible, como ha sucedido tantas veces, en tantas partes. Al efecto, desde el instante que llegué, procuré por los medios más eficaces, hacer venir á mi presencia una persona del vecindario; el primero de quién lo conseguí, fué ese mismo jóven Moreno, á quién dias después sacrificaron los asesinos por esta deferencia. A este, encargué que solicitase otro que siguiese su ejemplo; á este, dí la misma comisión, y así sucesivamente, hasta conseguir atraer algunos individuos, más ó menos influyentes, y contar con el auxilio que ofrecian sus conocimientos locales, y relaciones. Antes de dos dias moví el campo, y recorriendo los lugares más señalados, y empleando más ó menos los mismos medios, y alternando con la dulzura algunos actos de severidad, logré que antes de diez dias, presentase aquel territorio un aspecto muy diferente. No puede decirse con propiedad, que la obra de la pacificación de aquella parte estuviese concluida, ni esto acaso era posible, mientras el germen del desorden existiese en las provincias inmediatas, pero á lo menos, mucho se había adelantado; pués, el vecindario empezaba

á aparecer en sus casas; el terror que inspiraba el vandalismo, había disminuido, se habian nombrado jueces y comisionados de policía, las partidas enemigas se habian ahuyentado y los hombres principiaban á tomar sus ocupaciones habituales. Era de esperar, que con algo de perseverancia y habilidad por parte de Pedernera, hubiese aumentado el efecto de tan buenos principios, pero no sucedió así, como luego se verá.

Me he detenido acaso demasiado en detallar los sucesos de esta enfadosa expedición, para indicar de una vez los medios de que me valí en otras semejantes ocasiones, que se presentaron con frecuencia: felíz si todos los jefes que debian secundarme en estas difíciles tareas, se hubiesen penetrado de cuanta habilidad y firmeza necesitaban emplear, para vencer la obstinación de un populacho encaprichado y decidido, contra sus mismos intereses, y los de la libertad é igualdad legal, que proclamaban sin entenderla, al mismo tiempo que hacian retroceder nuestra patria en tan noble carrera.

Antes de completar quince dias en la Sierra, tuve que regresar á Córdoba, donde me llamaban asuntos de la mayor gravedad. Uno de ellos era convocar la provincia para la elección de representantes, hecho lo cual, se reunió la Sala y procedió á la elección de Gobernador en propiedad, pués hasta entonces, aunque investía este carácter, no tenía otro título legal que la delegación del señor Bustos. La elección fué canónica en mi persona, y no haría mérito de esta circunstancia, si en ello hubiera intervenido alguno de aquellos manejos subterráneos, ó intrigas que frecuentemente tienen lugar en tales casos. La uniformidad resultó, de que me acompañaba sin contradicción el voto de la parte principal, y porque en el estado actual de las cosas, no podía hacerse de otro modo; persuadido de esto mismo, ni interpuse renuncias de fórmula, ni manifesté repugnan-

cia, sinó que francamente acepté el gobierno, cargando una responsabilidad inmensa con la provincia, con el ejército, y con la República entera.

La diputación de Santa Fé existía siempre en Córdoba esperando el pronunciamiento de la Sala de Representantes, sobre el reconocimiento de la convención nacional, que fué por la negativa, y la contestación del general Quiroga (1) á las comunicaciones que le dirigió desde su llegada, ofreciendo la mediación de su Gobierno, para terminar la guerra; aquellas nunca llegaron, y su obstinado silencio fué el más clásico comprobante de sus intenciones hostiles. A vista de tal desengaño, la comisión regresó á Santa Fé, dejándome, por la frialdad con que se despidió, indeciso de la mala voluntad de su Gobierno.

Aún antes de marchar la comisión, ya se supo en Córdoba la revolución ocurrida en Mendoza, por la que, derro-

---

(1) " El general Paz, que conocía los recursos que el arte " militar proporciona, cuando una administración ordenada y " cuidadosa de los intereses y preocupaciones de los pueblos, le " sirve de apoyo y de objeto, sabía también como vencer, apre- " ciar las resistencias que se oponian á la constitución de la " República, y lejos de desechar, como se había hecho en Bue- " nos Aires, las propuestas de conciliación, hechas al princi- " pio por los caudillos, se manifestaba dispuesto á admitirlas, " con tal que no hiciesen imposible una organización regular " de la República, bajo cualquier sistema racional de gobierno. " Un hombre perteneciente en el fondo á los hombres ilustra- " dos, pero que había desaprobado altamente la revolución mi- " litar de Lavalle, persuadido de la impotencia de las armas " para someter á los caudillos, se había reunido á Lopez, de " Santa Fé, desde los principios de la lucha, á fin de prestarle " su consejo, y disminuir los horrores de la guerra civil, que " los caudillos habian hecho siempre, por medio del terror y " las violencias. Cuando el general Paz hubo triunfado de Qui- " roga, Domingo Oro indujo á Lopez, de quién era secretario, " á entenderse con el general Paz, y enviado él mismo á Cór-

cada la administración enemiga, había entrado otra, presidida por el general Alvarado. Este cambio fué celebrado en Córdoba con el mayor entusiasmo, pero fué de tàn corta duración, como sangrientos sus resultados.

El coronel Aldao, que como hemos dicho, se hallaba en San Luís convaleciendo de su herida, apenas lo supo, se puso en marcha con una corta fuerza que fué sucesivamente engrosando. Sus hermanos, don José y don Francisco, que se hallaban mandando las fuerzas de Mendoza al tiempo de la revolución, habian sido depuestos y arrestados por el desgraciado comandante Moyano, que la encabezó. El general Alvarado, que juntamente con mi hermano Julián Paz, se hallaba confinado y bajo una escolta á cierta distancia de la capital, fué llamado al Gobierno. No bién se recibió de él, cuando desplegó un sistema de moderación (diré mejor, de debilidad) muy ageno de las circuns-

---

" doba con este objeto, concluyó un arreglo, por el que de-
" bian mantenerse en paz ambas provincias, hasta arribar á la
" pacificación general.

" Facundo, entre tanto, apuraba en el interior los últimos
" recursos de los pueblos, en hombres y dinero, para volver so-
" bre Córdoba á recuperar los laureles perdidos en la Tablada;
" y un año después de aquella jornada, abrió de nuevo su cam-
" paña, arrastrando en pós de sí, las poblaciones casi en masa
" de Mendoza, San Juan, San Luís, la Rioja y Catamarca, que
" tenía sometidas á su poder. El general Paz envió á su en-
" cuentro uno de sus más distinguidos jefes, á fin de arribar á
" un convenio, si era posible. Pero Quiroga contaba esta vez
" con el resultado de nuevas y más extensas combinaciones,
" para asegurar el resultado de su tentativa, y se negó absolu-
" tamente á oir proposición alguna, que no tuviese por base la
" entrega absoluta y completa de la ciudad de Córdoba.

" Su ejército avanzaba en dos divisiones; la una, por el norte
" al mando de uno de sus caudillejos; la otra, á sus órdenes in-
" mediatas, por el camino real de las provincias de Cuyo, al
" sud de Córdoba. Tenía por objeto esta división de sus fuer-

tancias. Entre otras medidas tan increibles como indisculpables, fué una, la de dejar en libertad á los Aldao para reunirse con el hermano. Reforzado este con su auxilio y el de otros muchos de su partido, se aproximó á la población amenazando exterminar el partido contrario. Alvarado abandonó entonces las riendas del Gobierno, por medio de una capitulación, que dejaba el partido que lo había elegido, al arbitrio de don Felix Aldao y hermanos. En tal estado, el batallón cívico y algunos otros de los más comprometidos, mandados por un Soloaga, trataron de continuar la resistencia, y se situaron en el Pilar, á corta distancia de Mendoza.

Los Aldao se pusieron al frente con sus fuerzas, pero nuevas negociaciones volvieron á suspender momentáneamente las hostilidades. Mientras la suspensión, don Francisco Aldao pasa al campo de Soloaga, donde es amisto-

---

" zas, favorecer con las del norte la insurrección en masa de la " sierra de Córdoba, que vendría á echarse por la retaguardia " del general Paz, mientras que haría frente al cuerpo principal " del ejército mandado por Quiroga. La situación del general " Paz se hizo alarmante en efecto, desde el momento en que la " insurrección de la Sierra estalló en toda su extensión. Es la " sierra de Córdoba, una grande cadena de montañas, que " se eleva al nordeste de la ciudad; cubierta está su cima " de pastos exquisitos, y que alimentan numerosísimos reba- " ños, fuente de riqueza y ocupación para sus numerosos habi- " tantes. La sierra de Córdoba, gracias á la abundancia de las " aguas que manan de todos sus costados, está cubierta de " población pastoríl hasta sus cimas, y sirve de baluarte para " las resistencias semi-bárbaras, que los montañeses oponen " siempre al gobierno regular de las ciudades y poblaciones de " los serranos bajos. Bastaría esta circunstancia sola, para ex- " plicar la animadversión de estos *highlanders*, contra el Go- " bierno que se empeñaba en someterlos, buscando sus afines " en la Escocia, en el Tirol, y cuantos pueblos viven sobre " montañas.

samente recibido; pero en el momento que menos se esperaba, por disposición de don Felix, rómpese un vivo fuego de cañón sobre el descuidado batallón, y en este momento de estupor y efervescencia, fué fusilado don Francisco, y se trabó la refriega. El éxito no podía ser dudoso; muy luego fueron completamente deshechos los cívicos, y quedaron triunfantes los Aldao: la muerte del hermano sirvió de pretexto á horribles ejecuciones, que hacen caer la pluma de la mano, pero de que, sin embargo, daremos un ligero bosquejo.

Soloaga, con algunos pocos vecinos ú oficiales, logró escapar, y llegó á Córdoba; pero los restantes, como también los sargentos y cabos, fueron fusilados en el acto. En los dias posteriores se siguieron ejecuciones que llenan de horror al menos sensible. El interesante joven don José María Salinas, sin más delito que haber redactado un perió-

---

" El general Paz, punto menos que á la vista de Quiroga, " abrió sobre la Sierra una campaña de quince dias, que trajo " por resultado, disolver las montoneras reunidas, cruzarla en " todas direcciones con su ejército, y privar á Quiroga, no solo " del auxilio que de las montoneras se había prometido, sinó " también de la división que habia desprendido por el norte, " que no pudo penetrar en el territorio de Córdoba, ni ir á " reunirse al ejército principal, de que quedaba separada por " enormes é intransitables distancias. Los jefes que han servi- " do á las órdenes del general Paz, creen que aquella batida de " la sierra de Córdoba á la víspera de una batalla decisiva, es " la operación militar más osada, más estratégica y más com- " plicada, que se haya ejecutado hasta hoy en las guerras ame- " ricanas, tan sencillas por lo general, en su plán y detalles. " Hemos observado al principio, cuan difícil es en aquellas ex- " tensiones casi vírgenes, subordinar las marchas de diversas " divisiones á un plán único, á fin de auxiliarse y reconcentrar " sus fuerzas en una hora y en un punto dado, por la falta de " mapas que determinen las distancias. Esto que en los llanos " es difícil, parece del todo imposible en una cadena de monta-

dico, fué sacado de la prisión á media noche, mutilado, castrado, y después de hacerlo espirar entre tormentos, se dejaron sus restos á la espectación pública. El cadáver del doctor Laprida, cuyo nombre figura honrosamente de presidente del Congreso que declaró la Independencia Nacional, fué hallado después de tiempo en un oscuro calabozo, donde sin duda, fué enterrado vivo. El desgraciado comandante Moyano, tuvo un fin no menos trágico, y hasta su familia sufrió vejaciones é insultos que no es dado á la pluma el explicar. Muchas más fueron las víctimas sacrificadas, pero sería preciso un largo catálogo, para enumerarlas, lo que es muy ageno de mi objeto, que no se reduce sinó á dar una idea del furor que dominaba al partido contrario, lo que me parece he conseguido.

El general Quiroga no intervino personalmente en el desenlace de este sangriento drama, pero lo hizo por medio

---

" ñas que abrazan una grande extensión del país, cortado " por gargantas, desfiladeros, valles y torrentes. El general " Paz, empero, no se dejó arredrar por este cúmulo de dificul- " tades, y haciéndose informar personalmente por los prácticos " de la Sierra, pudo trazarse un plan de operaciones á la eu- " ropea, en el que, como en las campañas de Napoleón en Italia, " una división debía hallarse tal día y á tal hora en tal punto, " para marchar de allí, después de vencido el enemigo, que " encontraría, á incorporarse á otra división que le aguardaba " en lugar señalado, para rechazar los enemigos que otra divi- " sión vendría persiguiendo de un rumbo opuesto. Conforme " á este plan, el ejército subdividido en quince divisiones, que " debian obrar sobre una extensión de cincuenta leguas, des- " apareció de las inmediaciones de Córdoba, y cada jefe se in- " ternó en la Sierra, por el boquete, camino ó quebrada que se " le había designado, y dirigiendo sus marchas y acantona- " mientos, según las instrucciones escritas, que cada uno había " recibido. El resultado correspondió á las previsiones del Ge- " neral, y después de treinta combates parciales, dados en la " Sierra, no quedó un solo grupo de montoneros reunidos, pu-

de su segundo, el general Villafañe, que se incorporó á los Aldaos con una división, y que empezó por este tiempo á figurar en la escena política, desplegando no menos crueldad que sus socios y compañeros. El primero se ocupaba entre tanto en reunir todo lo que había en las provincias de la Rioja y San Juan, capaz de llevar armas para formar el segundo ejército con que debía atacarme; esto le fué más fácil, desde que el triunfo de los Aldaos puso en su mano la población y recursos de la de Mendoza; no perdió tiempo, y se dedicó con el ardor que era propio, á engrosar, disciplinar y equipar sus fuerzas, mientras que yo en la de Córdoba, era fatigado incesantemente con las montoneras de la Sierra, otras que se promovían por otros puntos, y con defecciones mucho más sensibles; pero daremos su lugar á los sucesos.

El primer acto del general Alvarado, luego que se reci-

" diendo el ejército volver á reconcentrar sus fuerzas en el " campamento general, la víspera de la llegada de Facundo " Quiroga, á las inmediaciones de Córdoba. El general Paz sa- " lió á su encuentro, y después de algunas evoluciones de pa- " rada, con las que separó la inmensa caballería de Quiroga, de " su infantería inmovilizada por un parapeto de carretas, ter- " minó la batalla, con derramamiento insignificante de sangre, " quedando en su poder toda la infantería enemiga, formada en " línea su artillería, bagajes, etc.; debiendo Facundo Quiroga " su salvación, á la circunstancia inesperada de haber fugado " para Buenos Aires, dirección opuesta á las provincias de don- " de había venido.

" Esta vez el general Paz se hallaba en estado de asegurar " todos los resultados de la victoria; algunas divisiones de su " ejército fueron á tomar posesión de las provincias abandona- " das por Quiroga, y dos meses después, la mitad de la Repú- " blica estaba libre de caudillos, volviendo á las formas legales " y representativas, por qué tanto anhelaban los hombres ilus- " trados.

" Pero el general Paz cometió entonces un grave error en

bió de su gobierno, fué dirigir una nota oficial al gobierno de Córdoba, es decir, á mí, diciendo que *aunque la provincia de Mendoza estaba en guerra con la que yo presidía, pero que estaba dispuesto á transar y no mezclarse en la contienda, siempre que no se le diesen motivos de queja,* no dejando de hacer alarde de sus recursos, para el caso que se desatendiese su pacífica indicación. Debe notarse que á esta comunicación oficial, no la acompañaba ni una confidencial, que medio explicase lo que era inexplicable. ¿Como podía creer por un momento, que los Aldaos renunciasen á su supremacia en Mendoza, sin que aumentase su poder con la alianza y la cooperación del mío? ¿Cómo podía persuadirse que el general Quiroga consentiría en privarse de los abundantes recursos de la misma provincia, mediante una efímera promesa de aparente neutralidad? ¿Cómo podría lisonjearse que se sostendría de otro modo, que por la

---

" política, que solo pueden justificar las ideas dominantes de " la época, y la pureza de intención, entre hombres que no " querian atraerse el reproche de desalojar á los caudillos, para " sustituirlos ellos mismos, en la dominación que hasta entonces habian ejercido. Para aprovechar los recursos de nueve " provincias que militaban ya por la organización nacional de " la República, la política aconsejaba una concentración general del poder, á fin de hacer concurrir los recursos de todas, bajo un solo impulso, á la terminación de la guerra, y la " libertad de las otras que quedaban aún sometidas á los caudillos. El general Paz no quiso tomar el carácter de conquistador, y las divisiones que destacó sobre las provincias, llevaban órdenes de someterse á los gobiernos creados nuevamente " en ellas; admitiendo él tan solo el título de Director de la " Guerra, y reuniendo en Córdoba una asamblea de diputados " enviados por cada provincia, para proporcionar auxilios, pero " sin que el Director pudiese vigilar, por medio de hombres " sometidos directamente á su poder, á la ejecución de las disposiciones de los agentes. Resultó de aquí lo que naturalmente debía esperarse; en unas provincias, el partido ven-

franca y sincera reunión de nuestros esfuerzos? Que hubiera hecho semejante indicación á un enemigo con el fin de neutralizarlo, ó á un amigo equívoco con el de tranquilizarlo, ya lo entiendo; pero hacérsela á su mejor amigo, á su aliado natural, es fuera de todo cálculo, y del todo inconcebible.

Así fué, que no pasaron ocho dias sin que mudase de tono, ni otros tantos sin que pidiese con toda la exigencia que aconseja un inminente peligro, el auxilio de una división de buena tropa que lo sostuviese en su vacilante posición. En consecuencia, hice marchar al coronel Videla Castillo con una fuerza competente, pero no tuvo tiempo para llenar enteramente su comisión, porque solo tuvo el de

---

" cedor, dirigido por hombres sin penetración y de miras " estrechas, se ocuparon más bién de dictar leyes de persecu- " ción y de venganza, que de proveer de medios para la vigo- " rosa continuación de la guerra; en otras, obtenida la libertad, " el egoismo de los pueblos les hizo mantenerse inactivos, como " si nada quedase aún para asegurar su situación; en otras, es- " tallaron diferencias entre los jefes del ejército y las autorida- " des locales, y en otras, en fin, obrando todas estas causas reu- " nidas, algunos jefes del ejército se abandonaron á exacciones " y violencias, que no tenian otro objeto, que preparar nuevos " elementos de guerra. El general Paz, sin tratar de centralizar " la administración de las provincias, se contentaba con acon- " sejar á los gobiernos, exponerles las necesidades á que debian " atender, é interponer su influencia, donde el caso lo exigía, " en favor de los individuos del partido vencido, que eran el " blanco de las persecuciones de los nuevos gobiernos. Así, pués, " se malograron casi todos los elementos de acción de estos pue- " blos, quedando siempre la provincia de Córdoba, encargada " casi por sí sola, de hacer frente à las necesidades del ejército, " puesto que pocos contingentes del interior pudieron incorpo- " rársele antes que las hostilidades comenzasen." Domingo Faustino Sarmiento.

(*Nota del Editor*).

llegar á San Luís, cuando el suceso del Pilar puso fin á los cálculos y al gobierno del general Alvarado. Si desde el momento de su elección hubiera hablado con franqueza, y conocido su situacióu, quizá hubiera tenido lugar de hacer llegar á tiempo auxilios bastantes que hubiesen salvado al pueblo mendocino, de la horrible suerte que le estaba destinada. Pero no fué así, y yo no debía darle un apoyo, no solo que no pedía, sinó que afectaba desdeñar positivamente, y que podía inspirar graves recelos sobre mis intenciones ulteriores.

Hubo entonces una singular coincidencia entre la política del general Alvarado y un anuncio respetable que se me hizo por persona fidedigna. El gobierno de Buenos Aires, presidido á la sazón por el general Viamont, estaba muy lejos de llegar á ese grado de tirantéz que después lo hemos visto adoptar; su política se reducía á contemporizar con los gobiernos del interior, aparentando prescindir de las cuestiones que los dividian, pero influyendo al mismo tiempo, por medios indirectos, para que no se erigiese un poder capáz de hacerles sombra, mucho menos si la persona que lo ejerciese pertenecía por sus relaciones al partido destronado de Diciembre. Era claro que no entraba en su cálculo hacerme la guerra, pero sí emplear los manejos de la intriga para limitar mi poder ó anularlo. El anuncio, pués, de que me ocupo, me advertía que el general Guido, encargado de uno de los ministerios, escribía á Alvarado, manifestándole las simpatias de su gobierno con el que él presidía, y previniéndole que si él convocaba un congreso, la provincia de Buenos Aires accedería á su invitación, lo que no sucedería, si yo lo hacía. Como el desenlace de Mendoza fué tan rápido, no pudo saberse el efecto que produjo esta comunicación, ni aún si ella existió; bién pudo ser que los sucesos no diesen lugar á que se verificase, pero me parece muy probable, que cuando menos, el pensamien-

to fué efectivo, y que habiendo sido acordado en el Gobierno, pudo traslucirse y llegar á mi noticia. Es también presumible, que si la situación del general Alvarado hubiera sido tan desahogada como pudo pensarse, habría sido acogida la insinuación, y hubiera tenido éxito la intriga; ¡ojalá hubiera sido así! si esto podía conducirnos á un arreglo nacional, lo que sin embargo no era de esperar.

En el momento que tuve noticia en Córdoba del desastre de Mendoza, despaché un aviso en toda diligencia, á nuestra comisión que estaba en Buenos Aires, anunciándoselo reservadamente, por si podía antes que llegase al conocimiento de aquel Gobierno, obtener alguna concesión, que hubiera sido difícil, después de calcular cuanto desmejoraba nuestra posición con aquel fatal descalabro, ó al contrario, si algo era preciso ceder, hacerlo cuando sin aquel desgraciado incidente tuviese mucho de meritorio. La comisión debía, pués, aprovechar los diez ó más dias que debía estar ignorado el suceso en Buenos Aires, para acelerar la negociación; pero nada hizo, y lo que es más raro, no pareció apreciar ni apercibirse de la inestimable ventaja de saber con tanta anticipación una noticia de tanto bulto. Al fin sus trabajos solo dieron por resultado, un tratado de fórmula, calculado, poco más ó menos, sobre el celebrado en Santa Fé, que llevaba aparejados los mismos efectos de insolidéz é insubsistencia. Los acontecimientos posteriores acreditaron demasiado esta verdad, para que nos detengamos en demostrarla. La comisión regresó á Córdoba habiendo originado crecidos gastos y causado males positivos.

Mi hermano Julián, cuando en tiempo de Bustos me aproximaba á Córdoba, amenazado por este, tuvo que huir á Mendoza, donde se conservaba cuando la acción de la Tablada. Entonces aquel Gobierno lo confinó á una hacienda de campo juntamente con el general Alvarado, bajo

la custodia de un oficial á quién obedecía una pequeña partida; luego que aconteció la revolución, fueron puestos en libertad, y se trasladaron á la capital, donde el último se recibió del Gobierno. Mi hermano trató de venir á Córdoba á cualquier costa, y después de no pocos trabajos y peligros, lo consiguió, pudiendo evitar el encontrarse con las fuerzas de Aldao que ocupaban el camino. Una noche, que llegaba á Córdoba de regreso de los rios Primero y Segundo, que había ido á visitar, tuve el placer de encontrarme impensadamente con él; tuve entonces noticias más circunstanciadas sobre el estado precario de Mendoza. Sus temores se verificaron como se ha visto.

Cuando mi elección al gobierno de Córdoba en propiedad, había dejado el ministerio don José Iraro y habian sido encargados de subrogarle, don José María Fragueiro y el doctor don Juan Antonio Sarachaga; el primero, tuvo á su cargo los ramos de gobierno y hacienda; y el segundo, el de guerra y las relaciones con los demás gobiernos de la República. En esta elección tuve que consultar no solo la idoneidad de las personas, sinó la fusión que quería hacer de dos antiguos partidos, cuyo ódio inveterado había causado mucho mal en tiempos pasados á la provincia; hasta cierto punto lo conseguí, pero siempre produjo esta medida, el inconveniente de que la acción del Gobierno no fuese perfectamente uniforme, y que siempre reinasen celos entre ambos ministerios. Como yo salía frecuentemente á la campaña, tenía que dejar un delegado, que lo era el coronel de milicias don Julián Martinez. Este hombre tan valiente y honrado como limitado en sus talentos, no era capáz de comprenderme, y teniendo los mejores deseos y la mejor intención del mundo, no podía secundar ni auxiliar mi marcha. Bién puede haber sido un error tal elección, pero no puedo arrepentirme de ella, porque hasta ahora encuentro quién hubiera podido desempeñar con

menos inconvenientes este destino. Tal era la complicación de circunstancias y lo difícil de la situación general de los negocios.

Después de la retirada de la comisión, habian sido nombrados agentes del gobierno de Córdoba cerca del de Buenos Aires, los señores, doctor don Eusebio Agüero y don Mariano Fragueiro, y reconocidos como tales, desempeñaban algunas funciones de poca importancia, limitadas á conservar la buena armonía. También habian sido encargados de la compra de doscientas tercerolas y algunos otros artículos de guerra. Obrando ellos en este sentido y deseando no dar el menor motivo de desconfianza, solicitaron y obtuvieron las guias y permisos competentes, á virtud de los cuales marcharon en una tropa de carretas, los artículos indicados. A cierta distancia de Buenos Aires, fué inesperadamente detenida la tropa por una partida armada, y las armas y demás artículos, fueron sustraidos á virtud de orden.

Los agentes reclamaron, como era natural, y el Gobierno contestó, que el embargo de las armas se había hecho sin su orden y sin su conocimiento. Después de no pocas dificultades, se consiguió el reintegro del dinero que habian costado; pero se expidió un decreto prohibiendo la introducción de artículos de guerra á las provincias, fundándolo en que, hallándose algunas de estas en guerra, podría entenderse que se violaba la neutralidad, siempre que se permitiese á cualquiera, proveerse de tan esenciales especies. Debe tenerse esto presente, porque después tendremos ocasión de recordar el decreto y las causales que lo motivaban.

Estos eran ya más que suficientes indicios de la mala voluntad de los gobiernos litorales, que por entonces volvian á estrechar sus relaciones, pero no eran sinó el preludio de los que dieron muy luego, fomentando la anarquía

en la provincia de Córdoba, y permitiendo que en sus territorios se armasen partidas de emigrados, que introduciéndose furtivamente, hostilizasen los departamentos limítrofes, y promoviesen montoneras. Tenian aún una idea equivocada del poder del Gobierno, y creian por este medio distraer su atención, debilitarlo, y hacer un juego favorable al general Quiroga, que, como se ha dicho, reorganizaba á toda prisa su ejército para una segunda campaña. Quizá ni creian necesitar de él, y se lisonjeaban que esa guerra de partidas en que el paisanaje tomaría tanta parte, bastaría para derrocar la administración, á cuyo frente me hallaba; me inclino tanto más á esto último, cuanto el plan de montoneras fué concebido y puesto en planta en escala mayor, y si algo le faltó para ser más peligroso, fué la simultaneidad con que debía esperarse se moviese el general Quiroga, para hacer mi posición más desesperada.

En un mismo día, con diferencia de una ó dos horas, supe que la división de línea que estaba en la Sierra, á las órdenes de Pedernera, se había sublevado, capitaneada por ese mismo Velazco de quién hablé poco antes, habiendo sido preso Pedernera y el mayor Chenaut; y de que en el Tío, había aparecido una montonera acaudillada por el mayor Luque (don Ramón), yerno del coronel don Nazario Sosa, que se hallaba en Santa Fé. El plantel, el jefe y los oficiales de la reunión, provenian de dicha provincia, donde habian sido provistos de armas y municiones.

Los revoltosos de la Sierra, luego que apresaron á los mencionados jefes, despacharon al teniente Carril (sanjuanino), á hacer saber al general Quiroga lo sucedido, y que habiéndose sustraido de la obediencia del gobierno de Córdoba, estaban enteramente dispuestos á recibir sus órdenes. Dicho General dió tal importancia al suceso, que habiéndose propuesto no quitarse la barba (que por consiguiente tenía muy crecida), hasta haber vengado el desas-

tre de la Tablada, lo dió ya por hecho, y se mandó afeitar.

Sin embargo que los oficiales todos, de la división Pedernera, se habian prestado á la sublevación, como autores ó como cómplices, la tropa no participaba de los mismos sentimientos, y veía con dolor que sus oficiales desertaban de la causa por qué habian combatido, y abandonaban á unos jefes que los habian conducido á la victoria. Se empezó, pués, á desertar, y muchos se me presentaron en la capital, donde se trabajaba cuanto se podía para remediar el mal. Sin esta circunstancia, Velazco y sus secuaces hubieran movido la división para reunirse al ejército enemigo, pero recelando de los soldados, no se atrevieron á dar un paso, y conservándose en las mismas posiciones, esperaban el apoyo de una fuerza contraria, para hacerse seguir de los valientes, á quienes no merecian mandar.

Este estado no duró mucho tiempo; la irritación de la tropa crecía en proporción que le eran más conocidas las pérfidas miras de los oficiales. El 13 de Noviembre á la madrugada, estalló la contra-revolución capitaneada por el sargento Gaitán del núm. 2 de caballería, y un cabo del 5º de cazadores, después de menos de quince dias que había durado la insurrección; Velazco, con siete ú ocho oficiales, logró escapar con la oscuridad, llevando herida una mano, que según me aseguran, conserva hasta ahora, inútil; ocho oficiales restantes fueron aprisionados y puestos á disposición del Coronel, que fué puesto inmediatamente en libertad y en el mando. Este tuvo orden de replegarse á la capital, y lo hizo trayendo los criminales capturados, y solo sargentos y cabos á la cabeza de las compañias. El recibimiento fué de los más patéticos: las miradas del vecindario y de sus compañeros de armas, eran dirigidas con la más profunda emoción sobre aquellos valientes, que con tanto honor habian resistido á las arterias de la traición, y á las halagüeñas sugestiones de la licencia y del desorden;

por el contrario, los oficiales refractarios eran mirados con una especie de estupor, como si la imaginación no pudiese abarcar el tamaño de su prevaricación; mejor diré, se pintaba en los ojos de todos un furor concentrado, que nada, sin embargo, pudo sacar de los límites de la más rigorosa moderación. Yo mismo, al presentármelos, no les dirigí una sola palabra, ni creo que fuese fácil describir lo que indicaban mis facciones, como me es imposible expresar los sentimientos que en aquel momento me animaban.

Los sargentos, cabos y soldados que se habian distinguido en la contra-revolución, fueron premiados con ascensos militares y con recompensas pecuniarias; á la tropa en general, se le dió una regular buena cuenta, para lo que contribuyó el vecindario con una voluntaria suscrición. La orden del ejército de aquel día, es un monùmento que perpetuaba la gloria de aquellos beneméritos soldados. El destino de los oficiales presos debía fijarse en un consejo de guerra, el que sentenció siete de ellos á muerte. Solo murieron cuatro; los tres restantes fueron indultados por mí, poco antes de la ejecución. De los primeros, fueron el capitán con grado de mayor, San Martín, chileno; el teniente Hervas, boliviano; otro capitán español, y uno más, que no recuerdo.

Las providencias que había tomado para sofocar la revolución de la división Pedernera, se habian reducido á enviar algunos oficiales bién quistos de la tropa, que se aproximasen cautelosamente con dinero, que protegiesen la deserción que experimentaban los sublevados, impidiendo que se desbandasen los que se les separaban, y se aprovechasen de cualquiera oportunidad para promover la contra-revolución; las que adopté para sofocar la montonera del Tío, fueron de distinto género: hice marchar en el acto al coronel La Madrid con su cuerpo, quién, al mismo tiempo que estorbó que la insurrección tomase cuerpo, hi-

zo retirar las fuerzas agresoras al territorio de Santa Fé, de donde habian salido. En esta expedición hizo el coronel La Madrid fusilar al comandante de milicias Luque y al teniente Ramirez, cuyos crímenes eran más debilidad que traición, y cuya muerte, mirada únicamente bajo un punto de conveniencia política, es de difícil clasificación, porque si por el momento fué un motivo de represión, dejó sinsabores muy desagradables, principalmente en Santa Fé, de donde era oriundo el segundo (1). El coronel La Madrid regresó dejando en el Tío una corta guarnición, pero quedando aquella frontera muy lejos de quedar curada de sus políticas dolencias: muy luego veremos reaparecer el desorden.

La retirada del coronel Pedernera había dejado entregada la Sierra á las furias del infierno. La anarquía y los crímenes que siguen siempre sus ensangrentadas huellas, parecian haberse radicado en aquellas desgraciadas comarcas. Los comandantes Leal, Moreno (don Antonio), Castro y otros muchos, fueron bárbaramente asesinados. De las provincias de la Rioja y San Luís, entraban con más frecuencia que nunca, partidas de bandoleros, que no res-

---

(1) Recuerdo que los diputados ó enviados, que yo había dirigido á Buenos Aires y Santa Fé, que eran don José Joaquín de Latorre y el doctor don José María Bedoya, que regresaron poco después, me aseguraron el malísimo efecto que habian producido en nuestra campaña y en la provincia de Santa Fé, las sobre-dichas ejecuciones. Me confirmé en esto, cuando caí prisionero, y pude presenciar la irritación del paisanaje, con el recuerdo de dichos fusilamientos. Puedo asegurar, que el coronel La Madrid y el comandante Plaza, eran los dos jefes contra quienes conservaban las más fuertes prevenciones, y que si hubiesen caido en poder de los enemigos, se hubieran entregado, sin duda, á actos de la más chocante crueldad.

Si se consideran aquellas ejecuciones, por el lado de su legalidad, ahora, á sangre fría, á la distancia, no dudo que merecerán una general reprobación; más, téngase presente, que además de ir revestidas de las formas más esenciales, esos oficiales habian faltado á sus deberes, y traicionado al Gobierno de quién dependian. Fuera de eso, cuantos oficiales ó jefes nuestros, caian en poder de los enemigos, eran en el acto sacrifi-

petaban ni la vida, ni la fortuna, ni el honor de las familias. Más, ¿á qué serviría bosquejar el cuadro de semejantes horrores? Nos desviaría de nuestro objeto, que no es otro que presentar los sucesos en sus relaciones políticas y militares. Nos abstendremos, pués, de disgustantes pormenores, y nos limitaremos á decir que reinaba el desorden más completo.

El coronel Plaza había sido mandado con una pequeña división á reemplazar á Pedernera, pero sobre ser su fuerza insuficiente, la insurrección había tomado tal vuelo, que era necesario emplear mayores medios para contenerla. Era indispensable desplegar un aparato imponente de fuerza, y distribuirla convenientemente, para escarmentar á los indómitos serranos. Debe tenerse presente que ellos no eran sinó la vanguardia del general Quiroga, y que podian de un día á otro ser apoyados por gruesas divisiones, ó por todo su ejército. Esta circunstancia debía hacernos circunspectos en nuestros movimientos, y reservados en nuestras operaciones. Por otra parte, internándome demasiado en la dirección del oeste, dejaba á Córdoba descubierta por el camino de posta, de Mendoza y San Luís, el

---

cados, y aún cuando yo no hubiese declarado una rigorosa represalía, mal podía oponerme á actos de rigor, que eran exigidos por las circunstancias, y provocados por ellos mismos.

Quién quiera consultar los documentos oficiales, y las publicaciones periódicas de ese tiempo, y aún las tradiciones, hallará más que sobrados conocimientos para convencerse de la exactitud de lo que he dicho; advirtiendo, que siendo yo personalmente el que menos me entregué á esos actos de rigor, podrá creerme, el menos interesado en justificarlos.

Nadie ignora que fuí entonces, y soy hasta ahora, censurado por muchos, porque no empleaba castigos rigorosos, y por mi excesiva moderación, con los prisioneros y demás enemigos políticos. Me bastaría apuntar, que la conservación del fraile, general Aldao, es un cargo que no han dejado, ni cesan de hacerme, los amigos de la causa; tampoco falta quién atribuya á ella, y á mi sistema benigno en general, los desastres que después hicieron perder el fruto de tantos trabajos y victorias.

Sin embargo de esto, cuando viene la oleada de *filantropía*, porque tanto esta, como el sentimiento contrario, suele venir por oleadas, vemos á mu-

que no debía perder de vista, como lo justificó luego el suceso, pués fué el mismo por donde muy poco después fué invadida segunda vez la provincia en la próxima campaña. Nuestro ejército, fatigado hasta lo sumo, dividido notablemente, principalmente en caballería, y disminuido en muchos puntos que era necesario atender, era el objeto de mis más graves cuidados.

A quién reflexione sobre la materia, no le costará gran esfuerzo concebir cuanto padece la disciplina (sin hablar de la instrucción táctica), en esas fracciones que era preciso separar á grandes distancias bajo las órdenes de oficiales, que lejos de la vista de los jefes no tienen acaso la capacidad ó la voluntad de radicar en el soldado estos principios de orden y patriotismo, que constituyen la fuerza moral. Tal era nuestro caso, á lo que debe añadirse que nuestros soldados tenian siempre delante, la seducción de una licencia absoluta con que los brindaban nuestros enemigos, mientras eran muy pocos los medios de recompensar su fidelidad. Sin embargo, me hago un deber en repetir en honor de ese sin igual ejército, que con raras excepciones, fueron todos fieles á sus compromisos y al orden. Más,

---

chos reprobar esos actos de rigor que ellos mismos provocaban, y evaporarse en declamaciones contra el poder militar y sus abusos. El hombre verdaderamente sensato, deplorará esos males con todas las fuerzas de su alma, pero no dejará de conocer, que hay situaciones y circunstancias en que son unos males indispensables y necesarios.

La pacificación de la frontera del Tío, mediante las operaciones del coronel La Madrid, fué momentánea, pués, muy luego retoñaron las montoneras y las incursiones del lado de Santa Fé. Fué el entonces mayor, don José Wenceslao Paunero, quién tuvo la gloria de terminarla, derrotando bizarramente á los caudillos Molina, Luque, José Ramón (del mismo apellido del que fué fusilado; el cual fué prisionero segunda vez, y creo que vive hasta ahora) y Rodriguez (el Pollo), quedando prisionero el primero. El hábil y valiente Paunero, supo no solo vencer, sinó atraer á los vencidos, quedando generalmente estimado. Recuerdo que él fué el más ardoroso abogado que tuvo su prisionero Luque, cerca de mí, y que tuve la complacencia de dispensarle consideraciones y franquicias muy especiales, que no supo (Luque) agradecer.

estas mismas virtudes, de que deben envanecerse en cualquier tiempo y lugar, y cualquiera que sea el partido que predomine en la República, hacian más irreparable la pérdida de uno de ellos; y esto era lo que frecuentemente sucedía en esas expediciones aisladas aunque pequeñas, en que los combates, los asesinatos, y otras concausas, ligaban lo selecto de mis tropas, sin poder reemplazarlas, ni con reclutas traidos á la fuerza, á los que no había tiempo de inculcar los principios de orden, ni aún de instrucción. A vista de esto, se puede considerar cuanto celo y perseverancia hemos debido dedicar, á fin de que no se extiguiesen las semillas de moralidad y de gloria que los habian hecho invencibles. La falta de recursos tampoco permitía tener depósitos de reclutas, ni aumentar indefinidamente la fuerza de los cuerpos, ó crear otros (1), de modo que luego que un recluta era destinado á una compañía, salía á campaña á hacer el servicio que no entendía, como si fuere un soldado de mucho tiempo.

Ya que hemos tocado la falta de recursos, es forzoso decir algo sobre tan importante materia, que tanto ha dado que criticar á mis enemigos. Ha sido, sinó la mayor, una de las más graves dificultades que me han rodeado, la penuria de la hacienda pública. Es bién sabido el monto de las rentas en la provincia de Córdoba, que es una de la más pingües de las del interior. En un orden tranquilo y

---

(1) Cuando tuvo lugar la revolución de la Sierra contra Pedernera, los soldados que huian de las filas de los sublevados, y se presentaban al Gobierno, eran agregados á un piquete del mismo cuerpo, que me servía de escolta, y que de consiguiente, no se halló presente á aquel escándalo. Sobre esta base, que desde entonces dejó de pertenecer al núm. 2 de caballería, se formó un escuadrón, que posteriormente fué regimiento de dos escuadrones, con el título de Coraceros de la Guardia. Fué nombrado jefe de él, el mayor don Santiago Albarracín, que ascendió luego á teniente coronel, y mayor, mi ayudante de campo, el capitán don Wenceslao Paunero. Sin embargo, la insuficiencia de medios, hizo que este cuerpo nunca tuviese su dotación completa.

regular, no tiene duda que bastan á llenar con superabundancia las necesidades domésticas; pero en el caso presente, no solo habian disminuido considerablemente los ingresos por la guerra interior y exterior, sinó que los gastos habian ascendido inmensamente, tanto por los que demandaba el sostén del ejército, cuanto por los que eran necesarios para esos diarios movimientos. Fué, pués, preciso ocurrir á arbitrios extraordinarios, y despnés de mil deliberaciones, las más prolijas, no se halló otro, que el de los empréstitos forzosos. Medio ruinoso á la verdad, reprobado, y mucho más terrible, cuando para hacerlos efectivos, es preciso echar mano de la violencia. No obstante, la más imperiosa necesidad me obligó á adoptarlo, y no es sinó con la mayor repugnancia y el más vivo dolor, que hice uso de él. Pero, ¿como podía negarme cuando no tenía otro, para resistir á mi adversario, que para hacerme la guerra lo empleaba de tal modo, y llevaba las cosas á tal extremo, que mi pluma se resiste á describirlo? Dejo al cuidado de algún otro, que quiera ocuparse de estos asuntos, el de referir lo que por este tiempo y en este mismo sentido, se practicaba en los Llanos de la Rioja, San Juan y Mendoza. Entonces, por una simple comparación, se me hará la justicia que merezco, y se cubrirán de vergüenza mis detractores, que eran los mismos panegiristas de mi rival.

Por otra parte, era evidente que si el general Quiroga hubiera sido vencedor, las contribuciones hubieran sido infinitamente más cuantiosas, y que después de anegar en sangre la población de Córdoba, la hubiera despojado de sus fortunas, como sucedió en otras provincias que pudo subyugar; además, que sus exacciones hubiesen sido más ruinosas, por cuanto su producto debía extraerse fuera de su territorio. Está, pués, demostrado, que aún el más preocupado no podrá ver en dichas medidas, sinó la elección de uno menor, entre dos males indispensables. Des-

pués tendré ocasión de volver sobre la misma materia y explanar más estas reflexiones que, á mi juicio, son incontestables.

La multitud de partidas, más ó menos fuertes, que obraban diseminadas en una gran extensión del territorio, tuvieron innumerables choques con los enemigos, que sería muy prolijo referir, y de los que muchos, ni aún conservo en la memoria. No hablaré sinó de los más notables, para evitar una molesta difusión, y porque tampoco me sería posible hacerlo de otro modo; con esta ocasión, debo advertir, que escribo diez años después de los sucesos, que han pasado por mí vicisitudes extraordinarias, que parece un milagro la conservación de mi existencia, y que no tengo á la vista un solo papel ni documento, de aquella época. De consiguiente, cuanto vá consignado en estas memorias, es exclusivamente recuerdo de la mía, pero con la seguridad, que aunque quizá haya pasado por alto algunos hechos poco importantes, los que ván referidos, son enteramente exactos. Si el tiempo y circunstancias posteriores me lo permiten, me propongo recitarlas y aumentarlas con lo que me suministren los periódicos de entonces, y las conversaciones con las personas que figuraron, que actualmente no me es posible obtener.

El mayor Cuevas, fué destinado con una partida del núm. 2 de caballería, á hacer frente á la del mayor Luques, en que venía también el comandante Rodriguez (el Pollo), la que penetrando otra vez desde Santa Fé, por la frontera del Tío, promovía la insurrección de aquellos partidos. Cuevas, dotado de un gran celo, desplegó un rigor impolítico, y no tuvo habilidad para captar la voluntad de los paisanos; así fué, que disgustado el vecindario, exasperada la poca milicia que podía reunir, y hasta los veteranos, picados del contagio, me fué preciso retirarlo, reemplazándolo por el mayor Paunero, el cual, en pocos dias, restable-

ció la disciplina, hizo renacer la confianza, y se puso en estado de resistir y escarmentar á los invasores, como después lo verificó; las impresiones de odio contra Cuevas, fueron tan profundas, que le costó bién caro, cuando tiempo después, los sucesos lo pusieron en manos de sus enemigos.

Otra partida, presidida por el comandante Castillo, que había sido de la frontera del río Cuarto, en tiempo de mi antecesor, en que figuraban muy principalmente los hermanos Lira, se internó también por la parte del río Tercero, con el mismo fin de promover la insurrección; fué destinado contra ella, el capitán Ferrer, de voluntarios argentinos, con una fuerza proporcionada, que debía aumentar con la milicia que se conservase fiél. En otros puntos de la campaña se dejaban sentir igualmente síntomas alarmantes, principalmente en el poblado partido de la Punilla, donde, con diferencia de pocos dias, estalló el movimiento revolucionario, presidido por el célebre don Diego Cáceres, quién, no habiendo sido hasta entonces sinó un juez civil de campaña, desplegó una audacia, una actividad y un genio, dignos de un célebre caudillo.

Todos estos detalles, en que intencionalmente me he detenido, y la coincidencia que reina entre ellos, nos revelan la conducta que se habian propuesto seguir los gobiernos enemigos, y los puntos en que diferian. Los de Buenos Aires y Santa Fé, puestos ya en completo acuerdo, libraban el éxito de sus deseos, á maniobras secretas (1) con los des-

---

(1) Cuando en 1831 caí prisionero, el coronel don Francisco Reinafé, que fué el primer jefe á quién me presentaron, me dijo en conversación: que muchas veces había sido invitado, mientras estaba en la provincia de Córdoba, á promover y dirigir una montonera, por los gobiernos de orden de la República; pero que jamás se prestó á una insinuación contraria á sus principios; que en su caracter actual, no podía conside-

contentos de Córdoba, y al auxilio que más ó menos clandestinamente prestaban á los emigrados, para que penetrasen á mano armada, y promoviesen insurrecciones parciales, ó montoneras. El general Quiroga, sin dejar de emplear los mismos medios, no los creía suficientes, y se disponía á una nueva invasión con un numeroso ejército. Este era el punto en que discordaban, á lo que debe agregarse las dificultades que rodeaban al gobierno de Buenos Aires, y los celos de Santa Fé; en último resultado, el general Quiroga quedó solo en la palestra obrando á cara descubierta, y los otros limitaron sus hostilidades á los indicados manejos, y á la reunión de una comisión que se decía mediadora, de que nos ocuparemos á su tiempo.

Estábamos á fin del año, y el estado de las cosas era tal, en el interior, que demandaba un remedio tan pronto como vigoroso, que nos dejase en aptitud de poder repeler la agresión exterior. Los movimientos de la Sierra, de esa *Vendée* pequeña, llamaban principalmente mi atención, tanto por los progresos que haría la insurrección, cuanto por el poderoso auxilio que serian á la invasión del general Quiroga, que estaba próxima á verificarse. Fué preciso ocuparse sériamente de ellos, y se combinó un movimiento general, adecuado á las localidades, y á la clase de enemigos que debía combatirse.

La sierra de Córdoba, es una cadena de montañas, que de sur á norte, atraviesa una gran parte de la provincia. Su extremo meridional, toca en la de San Luís; desde cier-

---

rarse como un súbdito rebelado contra la autoridad legal, sinó como un oficial, que habiendo tomado servicio en Buenos Aires, hacía la guerra por orden de su Gobierno. La disculpa era enteramente inutil, pués yo estaba muy lejos de poderle reconvenir; pero, además de conducir á mi propósito, que es poner en claro los manejos que se empleaban, prueban que traía bién estudiada la lección, si la suerte de las armas lo destinaba á caer en mis manos, como había estado otras veces.

ta distancia vá deprimiéndose, y divagando en ásperas lomadas, hasta confinar con las travesias de la Rioja y Catamarca. Los valles situados al oeste de dicha serranía, eran el teatro de la insurrección, y de los desórdenes que hemos indicado; poco ó nada se hubiera conseguido con atacar un solo punto, ó por lo menos, hubiera sido preciso emplear más tiempo del que podía disponer, para que un cuerpo de tropas fuese recorriendo, despejando, y pacificando los lugares que ocupase; preferí, pués, mover una masa considerable de fuerzas distribuida en varias divisiones, y pasando la Sierra por otros tantos caminos, caer simultáneamente sobre los valles, abarcando una gran extensión de territorio. En consecuencia de este plán, el coronel Echevarría con una división, casi despuntando el extremo sur de la Sierra, tocó en la provincia de San Luís, y dando conversión sobre la derecha, flanqueó las reuniones enemigas, que bordeaban su pendiente occidental; el coronel La Madrid con otra, atravesó la misma con su división, enfrente de San Javier; otra división, á mis inmediatas órdenes, hizo lo mismo en dirección á Nono; una cuarta, aunque más pequeña división, á las órdenes del mayor Luna, atravesó la Sierra más á mi derecha; y finalmente, el coronel Plaza con la última (1), hizo otro tanto para caer sobre Pocho, donde, por un movimiento contrario al del coronel Echevarría, se aproximó lo conveniente á las divisiones del centro.

El 1° de Enero de 1830, fué el día destinado para este inopinado ataque, que se verificó con la mayor simultaneidad, sin embargo de la dificultad que opuso un terrible

---

(1) Debo advertir, que siendo la izquierda de esta gran línea de divisiones, la más importante por la proximidad del general Quiroga, he empezado á numerarla por este costado, contra lo que regularmente se acostumbra.

temporal, que nos acometió en las cumbres. El soldado padeció mucho por la violencia de los vientos, el frío, la agua, y esas densas nieblas que casi pueden palparse, oscureciendo enteramente la atmósfera. La noche del 31 de Diciembre fué principalmente horrible, dando lugar á que se acreditase el error vulgar, de que aquellos inanimados y gigantescos moles, se resienten de verse hollados por plantas de hombres desconocidos, y explican á su modo, su irritación, produciendo feroces tempestades. Por unos momentos temí que este fenómeno tan natural, fuese de mal agüero para nuestra tropa, pero con la claridad del siguiente día, me desengañaron los semblantes, tranquilizándome cumplidamente.

Vencidas al fin aquellas escabrosas cimas, que el temporal había hecho más difíciles, descendieron las divisiones á los puntos que les estaban indicados. Hubo muchos encuentros; más, en todos fueron arrollados con pérdida los enemigos, y perseguidos sin descanso. Lo que acabó de completar su confusión y derrota, fué que cada una de las divisiones batidas, pensaba no haber penetrado más fuerza mayor que la que tenía al frente, y buscaba, naturalmente, el apoyo de la suya que le estaba más inmediata; de modo, que el desengaño era terrible, cuando la hallaba en igual ó peor estado que el que ella tenía.

Ocupados que fueron, y despejados de enemigos los valles del oeste de la Sierra, quedó en nuestro poder la gran faja de terreno que corre desde Pocho, por Nono y San Javier, hasta el territorio de San Luís. Las poblaciones, estaban yermas; las familias, en los bosques; los hombres de armas se habian dispersado, ó seguido á sus caudillos á las provincias limítrofes; el escarmiento no era aún completo, ni terminado mi objeto.

Después, que por un movimiento concéntrico se aproximaron algo las divisiones, para facilitar sus comunicacio-

nes recíprocas, que se habian interrumpido durante el paso de la Sierra, se avanzaron hacia los territorios de la Rioja, San Juan, y San Luís, haciéndose preceder de partidas confiadas á diestros guerrilleros, que llevaron el terror por aquellas campañas, y la alarma, hasta las mismas capitales. Entre estos, se distinguió el célebre Luna, sobre el que me permitiré dar una ligera noticia.

Era natural de Santiago del Estero, como de 35 años de edad, de poca ó ninguna educación, y su instrucción estaba reducida á leer trabajosamente. Antes de la acción de la Tablada, se me presentó pidiendo el permiso de levantar una partida de voluntarios, para hacer la guerra como partidario; se lo otorgué, pero no pudo reunir sinó muy pocos hombres; notando ya sus buenas aptitudes, le aumenté su número hasta diez y ocho ó veinte, con los que lo destiné á traerme caballadas; se desempeñó tan bién, que llegó al ejército el 22 de Junio por la tarde, en los momentos en que se empeñaba la batalla; él mismo tuvo que combatir encarnizadamente con partidas que lo atacaron á la vista nuestra. Tanto este pequeño tiroteo, como la gran polvareda que levantaba la caballada desde que asomó por la bajada del Pucará, me hizo creer que me atacaba por la espalda la montonera de Guevara, y me obligó en estos instantes críticos, á destacar alguna fuerza selecta para observarlo y contenerlo; me ví también precisado de ella en el lance decisivo. Luna se condujo perfectamente, y se sostuvo hasta que fué protegido, y salvó la caballada.

Continué empleándolo del mismo modo, y su desempeño correspondió siempre á mis deseos; en esta campaña de la Sierra, se distinguió principalmente en excursiones parciales, pero lejanas y peligrosas, que siempre coronó el más cumplido éxito. Cuando el terreno que había de recorrer era montuoso, toda su partida se prevenía de guardamontes, con cuyo medio podía penetrar por los más enmarañados

bosques, para perseguir y aniquilar los afamados caudillos del vandalismo, y las bandas que los seguian. La sorpresa era su arma favorita, y aunque desconocía absolutamente la táctica, y los resortes de la disciplina militar, sabía sin embargo, imponerla á su modo, lo bastante para que no se malograsen sus empresas. Ocurrió una circunstancia digna de notarse, que acabará de dar á conocer su carácter y disposiciones.

En proporción que iba conociendo su capacidad, iba aumentando la partida de su mando; una vez la hice llegar á ochenta hombres, y el resultado de su empresa, sin ser desgraciado, no correspondió á lo que él y yo esperábamos. A su vuelta me dijo expresamente, que conocía no poder mandar más de cincuenta hombres, y que con este número lo mandase á cualesquiera parte, pero con mayor fuerza no podía desenvolverse; la razón era muy clara, pero no era tiempo de procurarle una instrucción táctica, á que tampoco se manifestaba inclinado; desde entonces nunca salió á campaña con más número que el que había prefijado. Con el mismo fin de darlo á conocer, anticiparé otra ocurrencia que tuvo lugar al otro día de la acción de Oncativo (Laguna Larga.) Como hubiese aumentado su partida habitual (que no llegaba al número indicado, sinó en los casos que requerian más fuerza), con algunos prisioneros que voluntariamente quisieron seguirlo, le dije que sería conveniente que tuviese un oficial subalterno, á cuyo efecto me propusiese al que le pareciese más apto. Su contestación fué, que ya lo tenía, porque acababa de nombrar un teniente de entre los individuos de su dependencia para que le ayudase, y fuera el segundo en el mando. Me dió esto mucho que reir, pero no mereció mi reprobación, su ignorante franqueza.

El entonces se titulaba, y lo titulaba yo mismo, capitán, pero en su concepto, el grado no tenía un carácter perma-

nente; así es que, cuando después de alguna campaña felíz, parecía deberse esperar una larga tranquilidad, me pedía permiso para disolver su partida, é irse á trabajar, quedando él y ella aplazados para cuando los volviese á llamar, porque ocurrieran nuevos peligros. Tuve también empleados, otros guerrilleros, como Castellanos, Peñaloza, etc.; pero ninguno igualó, ni aún se aproximó á Luna, que además de su valor, actividad y celo, tenía la cualidad de honrado en cuanto puede serlo un hombre de su profesión. Al fin, después de haber salvado de los riesgos de su peligrosa carrera, y cuando después de mi prisión estuvo terminada la guerra, y reposaba tranquilo en la provincia de Tucumán, en medio de la más profunda paz, fué víctima de un cobarde asesinato, preparado por un jefe de la más alta categoría, á quién habian dado muy buenos sustos. Tendré en el curso de estas memorias ocasión de hablar otra vez de él, pero me ha parecido anticipar la relación de su trágico destino.

Es tan importante el servicio que prestan estas partidas sueltas, en las guerras de nuestro país, finalmente, en aquellas en que tomando parte la masa de la población de campaña, se han convertido en soldados todos sus habitantes, que he juzgado útil detenerme algo sobre el particular.

Es raro hallarse hombres que reunan las cualidades necesarias para un buén guerrillero. Facinerosos audaces que hacen del robo y el asesinato su carrera, los hay en abundancia, pero no hombres dotados de las prendas que deben adornar á un oficial que se dedica á este servicio. Debe ser intrépido y á la vez audáz, vigilante, infatigable, robusto, práctico de los caminos y lugares, y conocedor de los usos y del carácter de los habitantes; finalmente, debe ser honrado, tanto más, que está en mayor aptitud que otro alguno, de abusar de esa posición y cometer crímenes casi

con impunidad. Sobre todo, debe poseer ese tacto, esa habilidad, esa destreza para mantener en su tropa una disciplina, tal cual la requiere ese servicio, sin valerse de los medios ordinarios de establecerla; pués, si peca por rigidez, acabará con la expontaneidad que es indispensable; y si se obra en sentido contrario, se vendrá á parar en una lucha desenfrenada. Por esta razón, es necesario que el influjo personal entre por remedio, y que el oficial partidario, sea un semi-caudillejo, que haga obrar á sus subordinados por medio de unos resortes especiales. Cuando una guerra es popular, como fué la nuestra de la Independencia, ó como la de España contra Napoleón, se concibe muy bién la facilidad de hallar hombres dispuestos á seguir al oficial guerrillero; pero cuando no sucede así, es preciso que todo lo busque y lo encuentre en los recursos de su genio.

Es excusado, decía, la utilidad de estas partidas en la guerra de nuestro país; ellas descubren el terreno á largas distancias; ellas ejecutan importantes sorpresas al enemigo; ellas dan la alarma cuando conviene; ellas encubren los movimientos del cuerpo principal; ellas, en fin, economizan infinitas fatigas, con que serian abrumadas las tropas regulares de que se pueda disponer, en unos espacios indefinidos, y en unos lugares abiertos en todas direcciones. Otra ventaja que hallaba en estas partidas, es que nunca me incomodaron con ese continuo petitorio de caballos, con que las otras tropas molestan al general. Ellas, se los procuraban, tomándolos del campo, y siempre andaban bien montados; y lo que es singular, que la de Luna jamás dió motivo á queja, ni reclamación del vecindario. Pero, téngase cuidado en no multiplicarlas al exceso, porque entonces se incurriría en otro mal quizá peor, cual sería la relajación de la disciplina y el descrédito del ejército. Preciso es que se guarde una justa proporción al número de fuerza que se manda, á la clase de guerra que se tiene que sostener, y al país que

sirve de teatro, sin olvidar tampoco, otras circunstancias que han de tenerse presente.

Cuando llega el caso de una batalla, esas partidas de nada sirven; así es, que ningún servicio prestaron en un combate, própiamente dicho. Cuando más, la destiné á inquietar un flanco del enemigo, y ni así hicieron cosa de provecho. Desde que se forman líneas, desde que los principios de la táctica van á ser empleados, ya ellas están fuera de su elemento: ellas mismas se confiesan nulas é impotentes. Se les ha comparado mal, á la caballería ligera de los europeos, porque hay poca semejanza; más bién las equiparé á las tropas irregulares que han traido los rusos en sus últimas campañas al mediodía de la Europa; por ejemplo, los cosacos, que no están regimentados, pero no obran en grandes masas, sinó en partidas, de un modo peculiar, y hasta cierto punto, regularizadas.

La campaña de la Sierra, sin que se empeñase un combate en forma, pués no doy este nombre á innumerables pequeños encuentros, en que fueron escarmentados en todas direcciones los insurrectos (montoneros), fué de la más grande importancia. Una gran extensión de territorio, quedó pacificada; los habitantes laboriosos y pacíficos á quienes se brindó con la más completa seguridad, volvieron á sus casas, y aún á sus faenas; las autoridades que se establecieron, pudieron ejercer sus funciones; la del Gobierno, fué respetada y obedecida. El vandalismo, deshecho y aterrado, dejó respirar aquellas comarcas, huyendo á otras guaridas lejanas; y lo que es más, que todo abatió el ánimo de los anarquistas internos que se preparaban á promover una conflagración de mayores dimensiones, cuando Quiroga tocase nuestras puertas, con el nuevo ejército que formaba en Mendoza. El felíz y rápido resultado de la campaña de la Sierra, rompió las combinaciones de los enemigos internos, pués aniquilado el foco de la insurrección,

no pudieron, por entonces, propagarla, quedándome lugar para ocuparme, con algún desahogo, de los preparativos necesarios para recibir convenientemente la nueva invasión de aquel caudillo.

Ya he indicado, que fraccionadas nuestras fuerzas á distancias considerables, é internadas en la Sierra, me exponía, si mis movimientos no eran conducidos con la mayor circunspección, á que Quiroga se avanzase rápidamente con su ejército por el camino de Mendoza, que dejaba descubierto, y cuando no llegase á cortar enteramente mi línea de operaciones y me tomase de revés, al menos, en una actitud muy poco favorable para mí; pués, no hubiera tenido tiempo bastante para dar á los cuerpos que reuniese á toda prisa, la tal cual organización, que era indispensable. Por otra parte, alejándome indefinidamente de la frontera de Santa Fé, como sucedía internándome demasiado hacia el oeste, podía Lopez haber intentado hacer algo más que lo que hasta entonces había hecho, fomentando á los cordobeses refugiados en su provincia, para que formándose en fuertes partidas, penetrasen en el territorio de Córdoba, con el doble fin de batir las nuestras, é insurreccionar la campaña. Podía, pués, haber dado más extensión á estas operaciones á favor de la ausencia de nuestras principales fuerzas, y haber puesto en conflicto la misma capital.

Todas estas consideraciones me obligaron á obrar con la mayor cautela, y para el efecto, tomé un expediente que tuvo el más cumplido efecto.

Como mis partes debian publicarse sin demora, para satisfacer la curiosidad pública, harto impaciente, y harto acostumbrada á que nada se le dejase ignorar, tomé el arbitrio de no designar por sus nombres los lugares que ocupaba, ni los que eran teatro de los parciales encuentros que tuvieron lugar, sinó por las letras del alfabeto. De este modo pasaba una nota datada desde mi Cuartel General si-

tuado en A, para avisar los sucesos ocurridos en los lugares B, C, D, etc. Este arbitrio produjo un extraordinario efecto en amigos y enemigos. Estos creian que era una especie de burla para desconocerlos, y que solo me proponía alucinarlos, haciendo entender que ganaba combates y pacificaba territorios imaginarios; por el contrario, los amigos de la causa se exaltaron hasta el extremo de formar en su fantasía castillos aéreos; había hombre que me suponía ya trepando los Andes, con otras mil sandeces de este género.

CAPITULO XVI

ONCATIVO

Paz promueve la supresión de algunos dias festivos.—Recursos del gobierno de Córdoba.—Medidas que se toman.—La convención de Santa Fé.—Moderación y errores del general Paz.—Creencias populares respecto de Quiroga.—Este caudillo invade nuevamente á Córdoba.—El general Lavalle y el gobierno de Buenos Aires.—Esta provincia envía una comisión mediadora.—Desairado é incorrecto papel de los comisionados.—Batalla de Oncativo.—La izquierda de Quiroga es puesta en derrota.—Fuga de Quiroga.—Aldao es hecho prisionero.—Las gobernaciones de Mendoza, San Juan, San Luís, Rioja y Santiago.—Disgustos del coronel La Madrid.—Ocho provincias confieren al general Paz el título de *Jefe Supremo Militar*.—Los partidos y la Constitución Nacional.—Disposiciones favorables en Buenos Aires y en el interior, para con el ejército.—Espíritu de los oficiales y soldados.—Necesidad de descanso.

Expulsado completamente el vandalismo del territorio de Córdoba, y de una gran parte de los de la Rioja y San Luís, traté de volver el cuerpo principal de nuestras fuerzas, á su posición natural, dejando solamente en la Sierra lo preciso para conservar el órden, y á fé que ya era tiempo, porque bién fuese que Quiroga había terminado sus preparativos, á que quiso aprovecharse de mis ocupaciones en la Sierra, se movía ya por el camino de Mendoza á marchas rápidas. Estos movimientos prepararon la acción célebre de Oncativo, ó Laguna Larga, para la que me dis-

puse, retirando á toda prisa las fuerzas que había dejado en la Sierra, la que no se movió, sin embargo dela ausencia de aquellas, por causa del terror que les había impuesto nuestra anterior campaña.

Más, antes de ocuparme de esta batalla y de algunos incidentes que la precedieron, preciso es ocuparme algo de la política, debiendo para ello tomar las cosas desde más atrás. Pienso que la narración que haga, aunque refiera hechos que estuviesen mezclados con los que he referido, como son de distinta naturaleza, en nada perjudicará á la inteligencia de esta memoria.

Bién sabido es, que el gobierno de la Presidencia halló una oposición invencible en casi todos los gobernantes de las provincias interiores. Nadie ignora tampoco que estos se apoyaban en las masas populares, y que con excepción de la parte más culta de las poblaciones, la muchedumbre, y otras personas del que se llama partido federal, seguian decididamente sus banderas. Ya indiqué ligeramente, que la reforma religiosa que se promovió en Buenos Aires, había servido de pretexto á los corifeos de dicho partido federal, para fanatizar la multitud, y decidirla á que nos hiciesen una guerra religiosa.

Me hago un placer en repetir, que el doctor don Pedro Ignacio de Castro Barros, mal que les pese á sus émulos, hizo servicios importantes á la causa, sin manifestar ese ánimo preocupado, esos principios ultramontanos, ese espíritu de intolerancia que se le había atribuido. No se presentó como reformador, lo que en esas circunstancias hubiera sido el colmo de la demencia, pero tampoco se mostró enemigo de un racional progreso; ministro celoso, orador infatigable, atleta valeroso, combatió el fanatismo que quería hacer de nosotros unos impios, incrédulos y perseguidores de la religión de Jesucristo. Nada tengo que reprocharle á este respecto, y antes por el contrario, dió

pruebas de una liberalidad ilustrada, como se verá por el hecho siguiente:

La faenas rurales, como es de presumirse, habian sido desatendidas por causa de la guerra, y el Gobierno se interesaba en que el tiempo limitado de quietud que ofrecian las circunstancias, se aprovechase en las siembras y demás labores agrícolas. La multitud de dias festivos que en Córdoba son guardados religiosamente, era un verdadero embarazo, que el Gobierno deseaba por lo menos disminuir.

¿Qué hice entonces? Llamar al Provisor y decirle: *Cuando un particular tiene un trabajo urgente y de cuya suspensión se le sigue un perjuicio grave, ocurre á la autoridad eclesiástica, para que dispensando uno ó muchos dias festivos, puedan trabajar sus domésticos y asalariados. En idéntico caso se halla la clase productora de la provincia, y el Gobierno se dirige á la misma autoridad, para que por un tiempo dado, se dispensen algunos dias festivos, para que las gentes del campo, puedan emplearlos en sus cosechas y labranzas.* No desaprobó mi pensamiento, pero me pidió algunos dias para meditarlo. Pasados estos, se me presentó el mismo Provisor dando mucha mayor amplitud al pensamiento, pués no se reducía á una simple dispensa, sinó á la supresión absoluta de muchos dias festivos, cuya observancia perjudica á la industria, y favorece la holgazanería y los vicios (1), para lo que se creía facultado. Sin embargo de su opinión á este respecto, me dijo que iba á proponerlo en consulta al Capítulo de Dignidades y Canónigos, que es lo que allí se llama Cabildo Eclesiástico.

Así lo hizo ¿y se creerá que aquella corporación, sea por fanatismo, sea por ignorancia, ya por hacer oposición al Gobierno, ya por envidia al mismo doctor Castro, se pro-

(1) Los mismos exactamente que han sido después suprimidos en la provincia de Buenos Aires, y tal vez en otras.

nunció, no sobre la conveniencia de la medida, pués sobre eso no se le había consultado, sinó sobre la insuficiencia de facultades del Provisor para acordarla? Entonces, no queriendo Castro enconar la oposición de un cuerpo que no carecía de respetabilidad, se dirigió con mi beneplácito al Nuncio Apostólico, residente en el Janeiro, cuyas contestaciones no llegaron, porque los sucesos se precipitaron, la guerra se encendió con nuevo furor, las vias de comunicación se interceptaron, y faltó tiempo y oportunidad para las gestiones consiguientes en esta clase de asuntos. Esto sucedía en los últimos tiempos de mi residencia en Córdoba, y solo lo he anticipado para no volver sobre ello. Tampoco he querido dejar en silencio los esfuerzos del Gobierno político y del eclesiástico de Córdoba, que fueron los primeros (que yo sepa) en promover la reforma de los dias festivos que después han obtenido en la provincia de Buenos Aires.

La voz propagada por nuestros enemigos políticos de que yo pretendía dar un curso forzado al papel moneda de Buenos Aires, es otra de las armas que manejaron para dañarnos, y el medio de que se valieron para sublevar la ignorante multitud. En vano veian que ni el ejército, ni el Gobierno, hacian uso de semejante moneda; los corifeos de la oposición hacian entender, que solo duraría esa reserva mientras tardase en afianzarse mi poder.

La caja militar del ejército, solo conservaba unos cuantos cientos de pesos en papel moneda, restos de un poco que se había traido para los gastos precisos en la campaña de Buenos Aires. Estos se vendieron á algún comerciante casi al mismo cambio que corría en aquella capital, lo que me hizo ver que si hubiera traido una buena cantidad, hubiera sido un recurso para llenar las necesidades del ejército, sin necesidad de emitirla á la circulación. Esto pudo haber sido, pero la mezquindad del gobierno de Buenos

Aires, en proveer la expedición, me había hecho renunciar á este pensamiento. Para formar la caja militar del ejército, tan solo se dieron doce mil pesos fuertes, y de estos se sacaron aún quinientos para prestar á don Juan Andrés Gelli, en el Desmochado, que fué mandado en comisión por el general Lavalle.

Desde que pisamos el territorio de Santa Fé, fué preciso pagar los víveres en metálico, lo mismo que en Córdoba, y á buén precio, para atraer al paisanaje; cualquier ligero servicio, era generosamente recompensado. Cuando hubo que emplear espias ó bichadores, como se les llama vulgarmente, se les retribuía de un modo que jamás habian visto, ni esperado. A los jefes, oficiales y tropa, se les dió una buena cuenta en dinero sonante, luego que pasamos de la frontera de Buenos Aires, para que llenasen sus pequeñas necesidades, y ordenando que no se hiciese absolutamente uso del papel. Con esto se consiguió mucho, pero no del todo, calmar los temores de aquellas gentes que creian ver á nuestra espalda una irrupción de papel moneda que iba á despreciar sus efectos.

Cuando he hablado de la mezquindad del gobierno de Buenos Aires, lo he hecho, porque la hubo efectivamente. Parece que no hubo otro objeto que desprenderse de mí, y de los provincianos que me acompañaban. Muchos juzgaban que en el estado de paz, tantos militares llenos de méritos, servicios y derechos á los premios nacionales, eran una verdadera carga para la provincia de Buenos Aires, que harto tenía que hacer, en recompensar á sus hijos. Si alguna vez se me quería retener, era cuando el peligro asomaba su hórrida cabeza, es decir, cuando la revolución bamboleaba; pero desde que algún suceso próspero parecía afianzarla, los semblantes de todos me decian ¿qué hace usted aquí? Ya es tiempo que vaya al interior, á buscarse un lugar que aquí no podemos darle. Esto era muy con-

forme á mis deseos, no por un motivo personal, sinó por facilitar la organización nacional, que fué el objeto constante de mis esfuerzos.

Los limitados medios de mi caja militar, se habian agotado á los pocos dias de estar en Córdoba, y tampoco los tenía el tesoro provincial; fué preciso ocurrir á un empréstito que el comercio franqueó espontáneamente. Como el comercio estaba enteramente paralizado, como los cofres públicos habian sido barridos por mi antecesor, como las rentas estaban, por efecto de las circunstancias, en completa nulidad, como en lo sucesivo, aún cuando llegaron á cobrarse, eran insuficientes para sufragar los gastos de mi estado de guerra y excepcional, fué preciso ocurrir varias veces á ese terrible recurso, haciendo forzosos esos mismos empréstitos, y oprimiendo á los que los resistian, pero jamás cometiéndose las chocantes crueldades y ejecuciones bárbaras con que Quiroga hacía efectivos, los que imponía. Alguien tuvo por esta razón algunos dias de prisión, pero nunca pasó de ahí. Sin embargo, es un terrible arbitrio que solo puede disculparle el empeño de las circunstancias: siempre lo repugné, y me costó mucho adoptarlo.

Un día se me presentó el provisor y gobernador del obispado doctor Castro, acompañado de otro eclesiástico de ejemplar virtud y doctrina. Su objeto era proporcionarme, que para las urgencias del Estado, que sin la menor duda eran primeras y graves, se tomase la plata labrada de los templos que no fuese enteramente necesaria al culto. Para apoyar su insinuación, me citó muchos ejemplares en que monarcas y otros jefes seculares muy católicos, de acuerdo con los Santos Obispos que regian entonces las iglesias, habian echado mano de las riquezas de los templos para los gastos de guerras justas, como la que entonces sosteníamos, cuidando después de reponerlas, mejorada que fuese su

situación. A todo esto añadió, que el Gobierno nada tenía que hacer sinó manifestar su voluntad, pués la autoridad eclesiástica se encargaba de todo lo demás.

Este acto de patriotismo, esta ardiente decisión por la causa de la libertad, de la humanidad y de la civilización, esta acción de desinterés y de liberalismo, en un hombre que tanto se había sindicado como preocupado y fanático, me obligó mucho, y no dudé en expresarle mi agradecimiento. Sin embargo, conocí lo que tenía de grave la medida, y me propuse no arrostrar su odiosidad sinó por un interés proporcionado. Pregunté, pués, en cuanto podía valuarse el producto de la operación que se me proponía, y me contestó, que dejando á las iglesias los vasos sagrados y algunas otras alhajas indispensables, calculaba que montaría á cuarenta mil pesos el valor de las extraidas. Esta cantidad me pareció proporcionada en unión de algunos otros recursos, para dar una impulsión á las operaciones que meditaba, que podian habernos dado grandes resultados, y en esa inteligencia acepté la propuesta que se hizo en debida forma.

Fuese errada de cálculo, fuese que los administradores de las iglesias cometieron el piadoso fraude de ocultar la mayor parte de los metales preciosos que poseian, sea en fin, que los comisionados en la resolución se excedieron en la clasificación de alhajas indispensables para el culto, ó sea todo cierto, el resultado fué, que la cantidad prometida se redujo á la décima parte, y cuando se me vino á avisar que estaba ya recibido el valor de cuatro mil pesos que solo importaba la plata labrada recaudada, mandé que sin tocarla, se devolviese á las iglesias de donde se había extraido. En vano fué que me digeran, que el golpe estaba dado; que lo que él tenía de odioso, ya había pasado; que semejante cantidad venía á ser como un regalo, pués, aquel pequeño caudal estaba ya enagenado. Fuí incontras-

table en mi opinión, y las piezas de plata fueron intactas, devueltas á los templos. El motivo que tuve para obrar así, fué que aquella cantidad no me sacaba de ahogos, ni me permitía dar una impulsión vigorosa á las operaciones de la guerra, mientras que la odiosidad de la medida en paises como el de Córdoba, sería de gran peso. Por otra parte, para *continuar viviendo como se podía*, no eran absolutamente necesarios cuatro mil pesos, y pienso hasta ahora, que con ellos hubiéramos hecho lo mismo. Después, cuando he visto los papeles públicos referir el hecho de que yo desnudé y saqueé los templos, me he alegrado de mi determinación, y me he reido de una impostura, que es notoria á un pueblo entero.

He dicho antes, *ir viviendo como se podía*, pero no se crea por esto que dejasen de procurarse recursos aún en aquellos intervalos de descanso que nos dejaban las ocurrencias de la guerra. En estos intervalos se licenciaban las milicias, salvo en las fronteras, y solo quedaban las tropas de línea. Estas se atendian por varias cuentas mensuales, en la forma siguiente:

Coronel.	$	50
Teniente coronel	"	40
Mayor.	"	30
Capitán	"	25
Teniente	"	17
Ayudante.	"	15

La tropa recibía semanalmente:

Sargento.	$	1
Trompeta	"	3/4 ó 6 reales
Cabo.	"	3/4 idem
Soldado	"	1/2 ó 4 idem

Además, se distribuian semanalmente raciones de tabaco, papel, jabón y yerba, y se daba con regularidad el ves-

tuario correspondiente. Cuando se reunía y era llamada al servicio la milicia, se le asistía con las raciones, con algún vestuario y con dinero, según los casos, aunque esto último no era lo regular, sinó cuando el servicio se prolongaba. No es necesario decir, que en todas circunstancias se daba el rancho con igualdad á veteranos y milicianos sin distinción.

Fuera de esto, el Gobierno veía gravitar sobre el exhausto tesoro de la provincia, otros gastos ocasionados por las fuerzas de otras provincias que concurrieron á la guerra, en misiones diplomáticas, en compra de armas, en el establecimiento de una hermosa maestranza, y en otras mil necesidades extraordinarias, que en tiempos tan críticos, rodeaban al Gobierno. Diré ahora y siempre, que en este sentido se hicieron prodigios, y quién compare lo que entonces se hizo, con lo que ha hecho después Córdoba, y lo que ofrece hacer, no podrá dejar de conocerlo y de decirlo.

Don Pedro Juan Gonzalez, sugeto honrado y patriota sincero, fué nombrado jefe de policía en propiedad, y en las frecuentes rápidas salidas que hacía, quedaba interinamente encargado del Gobierno, asociado de don José Isasa, que había sido investido con el cargo de ministro en todos los ramos de la administración. En cuanto á este, podría decir como Napoleón, de uno de sus generales: *El señor Isasa, fué uno de mis errores.* Falto de conocimientos, con una capacidad muy vulgar, sin ninguna de esas cualidades que constituyen un nombre público, prestó muy pocos servicios.

En los dias siguientes á la batalla de la Tablada, cuando me dirigía sobre la frontera del Chaco, contra las montoneras, creí conveniente dar una forma más regular al Gobierno sustituto, que quedaba en la capital, y destiné para desempeñarlo, al coronel de milicias don Faustino Allen-

de; se puso efectivamente al frente de él, pero á pesar de sus buenos deseos é intenciones, no pudo llenarlo á satisfacción pública. Cuando regresé, era general el clamor por su remoción, que se verificó, reasumiendo yo el Gobierno.

Era tiempo de convocar la Representación Provincial, procediendo, según la ley, á la elección de los que debian formarla. El asunto principal que debía tratarse, era el nombramiento de Gobernador, pués hasta entonces yo ejercía el cargo por la delegación de Bustos, ó si se quiere, por efecto de las circunstancias. Le insinué mi pensamiento al ministro Isasa, quién, sin que yo pueda atinar con la causa, no lo acogió bién, bajo el frívolo pretexto de que no era aún tiempo. Quizá mediaba alguna intriguilla ridícula, que desprecié de todo punto, y que no tuvo la menor consecuencia. Habiendo insinuado al señor Isasa, mi firme resolución de que el Gobierno convocase los comicios, y que en caso de no estar de acuerdo con ella, dejase el ministerio, expidió las circulares de costumbre. La separación del señor Isasa, era también una exigencia de la opinión pública, pero se esperó á que se nombrase el Gobernador en propiedad.

Ya creo que expresé en el curso de esta memoria, que la elección fué canónica en mi persona, sin que por eso hubiese sido menos libre: tampoco podía ser de otro modo; las circunstancias eran de tal naturaleza, que era indispensable investir del mando político al jefe que había de dirigir las operaciones militares, en la guerra que de próximo debía envolverse el país. Así fué, que la elección se hizo sin la menor contradicción, y mi admisión no fué menos franca, porque ni hubo renuncias, ni hipócrita resistencia. Entonces fué, que renunciando el señor Isasa el ministerio, se dividió este por ramos, encargándose de los de gobierno y hacienda, el señor don José María Fragueiro; y de los de

guerra y relaciones exteriores, el señor don Juan Antonio Sarrachaga (1).

Como tenía que salir con frecuencia á la campaña, era indispensable, que quedase en mi ausencia un gobierno regularizado, y para subrogarme en clase de delegado, nombróse al coronel don José Julián Martinez, anciano honrado, valiente y leal. Este continuó hasta el fin, haciendo mis veces, aunque en algunas no faltasen tropiezos, á causa de la discordancia de los ministros; ambos habian pertenecido á las dos facciones que antes habian dividido la provincia de Córdoba, y que yo me había propuesto amalgamar; á pesar de mis esfuerzos, los asuntos, ó mejor diré, la expedición de ellos se resentía de aquellas disposiciones, y como el señor Martinez era inclinado al señor Sarrachaga, de quién era antiguo amigo y cofrade, el señor Fragueiro, no obstante su moderación y educación exquisita, se creía á veces poco atendido y escuchado. Esto me obligó varias veces á tomar el gobierno antes de lo que pensaba, hasta reconciliar los ánimos y traerlos á mejores disposiciones, para volver luego al señor Martinez, que por muchos otros títulos, era el más indicado para el destino á que lo llamaba.

Por este mismo tiempo, es decir, cuando la acción de la Tablada y después, se conservaba reunida la convención nacional de Santa Fé, pero sin crédito, sin respetabilidad, sin prestigio alguno. Muchas provincias habian retirado sus diputados, y las demás los conservaban sin ningún objeto. Ellos mismos no sabian que hacerse, y me pienso que tenian sobrados motivos para reirse, cuando se encontraban unos con otros, de su mala é inútil misión. Tan solo el in-

(1) El señor Fragueiro murió emigrado el año 40, precipitado casualmente en la profundidad de una mina de plata, que quiso reconocer. El señor Sarrachaga fué bárbaramente asesinado en Buenos Aires, cuando los degüellos de orden.

trigante Cullen, que era diputado de Santa Fé, hacía grandes esfuerzos, y el gobierno de Buenos Aires lo dejaba hacer para aprovecharse cuando le conviniese. Bién sabido es que el partido unitario desconocía esta corporación, y le contestaba su legalidad. Sin necesidad de esto era ya un cuerpo exánime, no solo por la divergencia de los gobiernos federales que habian concurrido á formarla, sinó por su propio descrédito. Sin embargo, el célebre general don Lucio Mansilla, que era uno de sus miembros, quiso hacer una pequeña especulación, ofreciendo una cosa que sin inconveniente estaba conseguida. Suponiéndome muy empeñado en la disolución de la Convención, me hizo proponer que él la prepararía y obtendría, corriendo de su cuenta todos los pasos relativos al asunto, con tal que le mandase cuatro mil fuertes, y aún algo menos, que juzgaba indispensables para el efecto. Aquel cuerpo, vuelvo á decir, estaba agonizante, y no necesitó medios que acelerasen sus últimos momentos. No quise, pués, pagarlo, y concluyó su carrera por su propia virtud.

Mi política, desde que entré en Córdoba, fué la de la moderación. Los empleados partidarios del Gobierno caido, fueron conservados, con muy rara excepción, en aquellos empleos que exigen plena confianza. Nadie ignora la influencia que ejerce en Córdoba el clero, y que por razón de ser cabeza de un antiguo obispado, los empleos eclesiásticos son los de más consideración; estos se hallaban en la mayor parte distribuidos á criaturas de Bustos, hombres conocidos como enemigos decididos de la administración; no obstante, fueron conservados en sus empleos sin que hubiera una sola destitución. Todos ellos correspondieron muy mal, y no tengo embarazo en decir, que mi generosidad fué un error de que me he arrepentido después. Mientras estuve en el poder, no dejaron de conspirar, y después fueron mis más encarnizados perseguidores. Haré una ex-

cepción en cuanto á la última parte, del obispo Lazcano, de quién supe que dió algún paso en mi favor; no así el estúpido canónigo Marin, cuyas cartas publicó después Quiroga, poniéndolo en un punto de vista tan despreciable y ridículo, que lo ha seguido hasta la sepultura.

Es verdad que en ciertos casos como los de invasión, ó la explosión de algún movimiento anárquico, promovido por los mismos enemigos interiores, fueron estos, puestos en arresto para impedir que pudiesen continuar dando dirección al movimiento, ó dar sus avisos al interior; pero inmediatamente después de pasado el peligro, fueron restituidos á su libertad, á sus casas y empleos. Hubo también algunos embargos momentáneos de bienes (no recuerdo sinó los de Bustos), más luego fueron devueltos. Esta había sido más bién una represalía para contener y asustar, que una resolución del Gobierno. Se comprenderá mejor recordando, que Busto saliendo de Córdoba la primera vez para reunirse con Quiroga en los Llanos de la Rioja, cuando volvió acompañado de este caudillo, lo primero que hizo, fué mandar pregonar en la campaña la pena de la vida, y confiscación de bienes al que obedeciese al Gobierno existente, que era el mismo en quién había delegado él la autoridad que investía (ya se recordará el tratado de San Roque). ¿Y qué razones podian hacerse para contener á un enemigo vencido, y que amenazaba tan cruelmente? ¿Y son sus partidarios los que nos han echado en cara, confiscaciones y otros excesos? Afortunadamente para este objeto, es bién conocida la historia de esta guerra, y el espíritu que ha guiado al que se dice partido federal, antes, después y ahora mismo, para que necesite detenerme en este punto. El se parece á las crueldades que me han atribuido, que hacía ejecutar con los prisioneros. Por de contado, que no hablan de buena fé, y que entre ellos tienen un muy distinto lenguaje, concediéndome lo que les es imposible negarme.

A veces ocurren al arbitrio de decir, que no era yo de quién se quejaban, sinó de mis subalternos, que no cumplian mis órdenes; pero es un pretexto como otro cualquiera.

Como una prueba de la moderación que quise establecer en todos los actos de mi gobierno, citaré la de haber quitado el ceremonial, casi regio, con que mi antecesor se hacía rodear en las funciones de iglesia. Cuando anuncié mi deseo al provisor Castro, me rogó del modo más urbano, y al mismo tiempo exigente, que suspendiera el decreto hasta después de una solemne función de iglesia, que preparaba en acción de gracias por nuestros triunfos, en que debía predicar él, de modo que una sola vez asistiese yo con la pompa que lo hacía Bustos habitualmente. Accedí, y por una vez fuí al templo con el fastuoso ceremonial de los príncipes, el cual, para lo sucesivo, quedó reducido al muy modesto de los antiguos gobernadores de provincia. Ignoro si esta disposición mía, ha sido revocada por los que me han sucedido; es probable que así sea, y que en unos pueblos religiosos, republicanos, pequeños y pobres, había la triple profanación, ó cuando menos, ridiculez, de ver en el templo un cuitado paisano, venerado como un semi-Dios, y honrado como un príncipe poderoso.

En las creencias populares, con respecto á Quiroga, hallé también un enemigo fuerte á quién combatir; cuando digo populares, hablo de la campaña, donde esas creencias habian echado raices en algunas partes, y no solo afectaban á la última clase de la sociedad. Quiroga era tenido por un hombre inspirado; tenía espíritus familiares que penetraban en todas partes, y obedecian sus mandatos; tenía un célebre *caballo moro* (así llaman al caballo de un color grís), que á semejanza de la sierva de Lertorio, le revelaba las cosas más ocultas, y le daba los más saludables consejos; tenía escuadrones de hombres, que cuando los ordenaba se convertian en fieras, y otros mil absurdos de este gé-

nero. Citaré algunos hechos ligeramente, que prueban lo que he indicado.

Conversando un día con un paisano de la campaña, y queriendo disuadiarlo de su error, me dijo: *Señor, piense usted lo que quiera, pero la experiencia de años nos enseña, que el señor Quiroga es invencible en la guerra, en el juego,* y bajando la voz, añadió, *en el amor. Así es que, no hay ejemplar de batalla, que no haya ganado; partida de juego, que haya perdido;* y volviendo á bajar la voz, *ni mujer que haya solicitado, á quién no haya vencido.* Como era consiguiente, me eché á reir con muy buenas ganas; pero el paisano ni perdió su seriedad, ni cedió un punto de su creencia.

Cuando me preparaba para esperar á Quiroga, antes de la Tablada, ordené al comandante don Camilio Isleño, de quién ya he hecho mención, que tragese un escuadrón á reunirse al ejército, que se hallaba á la sazón en el Ojo de

---

"PAZ Y QUIROGA"

"CIVILIZACIÓN Y BARBARIE"

. . . .

" Facundo estaba en su elemento. Una campaña debía abrir-
" se, los *chusques* se cruzan por todas partes, el aislamiento
" feudal vá á convertirse en confederación guerrera; todo es
" puesto en requisición para la próxima campaña; y no es que
" sea necesario ir hasta las orillas del Plata para encontrar un
" buén campo de batalla; nó: el general Paz con ochocientos
" veteranos á venido á Córdoba, batido y destrozado á Bustos
" y apoderádose de la ciudad, que está á un paso de los de
" Llanos, y que ya asedian é importunan con su algazara las
" montoneras de la sierra de Córdoba.

" Facundo apresura sus preparativos; arde por llegar á las

Agua, porque por esa parte amagaba el enemigo. A muy corta distancia, y la noche antes de incorporárseme, se desertaron ciento veinte hombres de él, quedando solamente treinta, con los que se me incorporó al otro día. Cuando le pregunté la causa de un proceder tan extraño, lo atribuyó á miedo de los milicianos, á las tropas de Quiroga. Habiéndole dicho que de qué provenía ese miedo, siendo así que los cordobeses tenian dos brazos y un corazón como los riojanos, balbuceó algunas expresiones, cuya explicación quería absolutamente saber. Me contestó que habian hecho concebir á los paisanos, que Quiroga traía entre sus tropas cuatrocientos *Capiangos*, lo que no podía menos que hacer temblar á aquellos. Nuevo asombro por mi parte, nuevo embarazo por la suya, otra vez exigencia por la mía, y finalmente, la explicación que le pedía. Los *Capiangos*, según él, ó según lo entendian los milicianos, eran unos hombres

---

" manos con un General manco, que no puede manejar una lan-
" za, ni hacer describir círculos al sable.

" Ha vencido á La Madrid; ¡qué podrá hacer Paz!

" De Mendoza debe reunírsele don Felix Aldao con un regi-
" miento de auxiliares perfectamente equipados *de colorado*, y
" disciplinados; y no estando aún en línea, una fuerza de sete-
" cientos hombres de San Juan, Facundo se dirige á Córdoba
" con cuatro mil hombres, ansiosos de medir sus armas con los
" coraceros del 2 y los altaneros jefes de línea.

' La batalla de la Tablada es tan conocida, que sus porme-
" nores no interesan ya. En la *Revista de Ambos Mundos* se
" encuentra brillantemente descrita; pero hay algo que debe no-
" tarse. Facundo acomete la ciudad con todo su ejército, y es
" rechazado durante un día y una noche de tentativas de asalto,
" por cién jóvenes dependientes de comercio, treinta artesanos
" artilleros, diez y ocho soldados retirados, seis coraceros en-
" fermos, parapetados detrás de zanjas hechas á la ligera, y
" defendidas por solo cuatro piezas de artillería.

" Solo cuando anuncia su designio de incendiar la hermosa
" ciudad, puede obtener que le entreguen la plaza pública, que

que tenian la sobre-humana facultad de convertirse, cuando lo querian, en ferocísimos tigres, y *ya vé usted,* añadía el candoroso comandante, *que cuatrocientas fieras lanzadas de noche á un campamento, acabarán con él irremediablemente.* Tan solemne y grosero desatino no tenía más contestación que el desprecio, ó el ridículo; ambas cosas empleé, pero Isleño conservó su impasibilidad, sin que pudiese conjeturar si él participaba de la creencia de sus soldados, ó si solo manifestaba dar algún valor á la especie, para disimular la participación que pudo haber tenido en su deserción: todo pudo ser.

Un sugeto de los principales de la Sierra, comandante de milicias, Güemes Campero, había hecho toda la campaña que precedió á la acción de la Tablada, con Bustos y Quiroga; vencidos estos, se había retirado á su departamento, y después de algún tiempo que se conservó en rebel-

---

" es lo único que no está en su poder. Sabiendo que Paz se " acerca, deja como inútil la infantería, y marcha á su encuen- " tro con las fuerzas de caballería que eran, sin embargo, de " triple número que el ejército enemigo. Allí dá repetidas car- " gas de caballería; ¡pero todo es inútil!

" Aquellas enormes masas de ginetes que ván á revolcarse " sobre los ochocientos veteranos, tienen que volver atrás " á cada minuto, y volver á cargar, para ser rechazadas de nue- " vo. En vano la terrible lanza de Quiroga hace en la retaguar- " dia de los suyos, tanto estrago, como el cañón y la espada de " Ituzaingó, hacen al frente. ¡Inútil! son las olas de una mar " embravecida que vienen á estrellarse en vano contra la inmo- " vil y áspera roca; á veces queda sepultada en el torbellino que " en su derredor levanta el choque; pero un momento después, " sus crestas negras, inmóviles, tranquilas, reaparecen burlando " la rabia del agitado elemento.

" De cuatrocientos auxiliares, solo quedan sesenta; de seis- " cientos *Colorados,* no sobrevive un tercio; y los demás cuer- " pos sin nombre, se han deshecho y convertídose en un una " masa informe é indisciplinada, que se disipa por los campos.

día, fué hecho prisionero y cayó en mi poder. No tuvo más prisión que mi casa, donde se le dió alojamiento, sin más restricción, que no salir á la calle; por lo demás, asistía á mi mesa, y comunicaba con todo el mundo. Un día estando comiendo, algunos oficiales tocaron el punto de la pretendida inteligencia de Quiroga con séres sobre-humanos, que le revelaban las cosas secretas, y vaticinaban lo futuro. Todos se reian, tanto más, cuanto Güemes Campero, callaba, evitando decir su modo de pensar. Rodando la conversación, en que yo también tomé parte, vino á caer en el célebre *caballo moro*, confidente, consejero, y adivino de dicho General. Entonces fué general la carcajada y la mofa, en términos, que picó á Güemes Campero, que ya no pudo continuar con su estudiada reserva; se revistió, pués, de toda la formalidad de que era capaz, y tomando el tono más solemne, dijo: *Señores, digan ustedes lo que quieran, rian*

" Facundo vuela á la ciudad, y al amanecer del día siguiente, " estaba como el tigre en acecho, con sus cañones é infantes; " todo, empero, quedó muy en breve terminado, y mil quinien- " tos cádaveres, acusaron la rabia de los vencidos y la firmeza " de los vencedores.

" Sucedieron en estos dias de sangre, dos hechos que siguen " después repitiéndose. Las tropas de Facundo mataron en la " ciudad al mayor Tejedor, que llevaba en la mano una bandera " parlamentaria; en la batalla del segundo día, un coronel de " de Paz, fusiló nueve oficiales prisioneros.

" Ya veremos las consecuencias.

" En la Tablada de Córdoba se midieron las fuerzas de la " campaña y de la ciudad, bajo sus más altas inspiraciones, " Facundo y Paz, dignas personificaciones de las dos tenden- " cias que ván á disputarse el dominio de la República.

" Facundo, ignorante, bárbaro, que ha llevado por largos " años una vida errante, que solo alumbran de vez en cuando " los reflejos siniestros del puñal que gira en torno suyo; va- " liente hasta la temeridad, dotado de fuerzas hercúleas, gau- " cho de á caballo como el primero, dominándolo todo por la

cuanto se les antoje, pero lo que yo puedo asegurar, es que el CABALLO MORO *se indispuso terriblemente con su amo, el día de la acción de la Tablada, porque no siguió el consejo que le dió, de evitar la batalla ese día; y en prueba de ello, soy testigo ocular, que habiendo querido poco después del combate, mudar caballo y montarlo (el general Quiroga no cabalgó el moro en esa batalla), no permitió que lo enfrenasen por más esfuerzos que se hicieron, siendo yo mismo uno de los que procuré hacerlo, y todo esto, era para manifestar su irritación por el desprecio que el General hizo de sus avisos.* Traté de aumentar algunas palabras para desengañar aquel buén hombre, pero estaba tan preocupado, que me persuadí que era por entonces imposible.

A vista de lo que acabo de decir, y de mucho más que pudiera añadir, facil es comprender cuanto se hubiera robuste-

---

" violencia y el terror, no conoce más poder que el de la fuerza
" brutal, no tiene fé, sinó en el caballo; todo lo espera del valor,
" de la pujanza de la lanza, del empuje terrible de sus cargas
" de caballería. ¿Dónde encontrareis en la República Argenti-
" na, un tipo más acabado del ideal del *gaucho malo*? ¿Creeis
" que es torpeza dejar en la *ciudad* su infantería y artillería?
" No; es instinto, es gala de gaucho: la infantería deshonra el
" triunfo, cuyos laureles debe coger desde á caballo.

" Paz es, por el contrario, el hijo legítimo de la ciudad, el
" representante más cumplido del poder de los pueblos civili-
" zados. Lavalle, La Madrid, y tantos otros argentinos, son
" siempre soldados de caballería, brillantes como Murat, si se
" quiere; pero el instinto gaucho se abre paso por entre la co-
" raza y las charreteras. Paz es militar á la europea; no cree
" en el valor si no se subordina á la táctica, á la estratégia y á
" la disciplina; apenas podría manejar una lanza. La ostenta-
" ción de fuerzas numerosas, le incomoda; pocos soldados, pero
" bién instruidos.

" Dejadle formar un ejército; esperad que os diga: ya está
" en estado, y concededle que escoja el terreno en que ha de

cido el prestigio de este hombre no común, si hubiese sido vencedor en la Tablada. Las creencias vulgares se hubieran fortificado hasta tal punto, que hubiera podido erigirse en un sectario, ser un nuevo Mahoma, y en unos paises tan católicos, ser el fundador de una nueva religion, ó abolir la que profesamos. A tanto sin duda hubiera llegado su poder, poder ya fundado con el terror, cimentado sobre la ignorancia crasa de las masas, y robustecido con la superstición, una ó dos victorias más, y ese poder era omnipotente, irresistible. Adviértase que esa victoria que no obtuvo, le hubiera dado una gran extensión á su influencia, y que si antes, además de la Rioja, la ejercía en algunas provincias solamente, entonces hubiera sido general en todo el interior de la República.

La derrota de la Tablada quebró de un modo muy notable ese prestigio, que le daba la más bárbara supersti-

---

" dar la batalla, y podeis fiarle entonces la suerte de la República. Es el espíritu guerrero de la Europa, hasta en el arma " en que ha servido; es artillero, y por tanto, matemático, científico, calculador. Una batalla es un problema que resolverá " por ecuaciones, hasta daros la incógnita, que es la victoria.

" El general Paz no es un genio, como el artillero de Tolón, " y me alegro de que no lo sea; la libertad pocas veces tiene " mucho que agradecer á los génios: es un militar hábil, y un " administrador honrado, que ha sabido conservar las tradiciones europeas y civiles, y que espera de la ciencia, lo que otros " aguardan de la fuerza brutal; es, en una palabra, el representante legítimo de las *ciudades,* de la civilización europea, " que estamos amenazados de ver interrumpida en nuestra patria. ¡Pobre general Paz! Gloriaos en medio de repetidos " contratiempos.

" Con vos andan los penates de la República Argentina. Todavía el destino no ha decidido entre vos y Rosas, entre la " *ciudad* y la Pampa, entre la banda celeste y la cinta *colorada*. Teneis la única cualidad de espíritu, que vence al fin la " resistencia de la materia bruta, la que hizo el poder de los

ción. Cuando volvió para ser otra vez derrotado en Oncativo, ya no se habló más del *caballo moro*, ni de espíritus familiares; pienso también que los jugadores y el bello sexo, pudieron creerse á cubierto de su irresistible poder. Por estas razones, he creido siempre, que la victoria de la Tablada fué de una importancia política, que jamás se ha apreciado bastante. Mediante ella, dieron aquellos pueblos un paso muy avanzado hacia la civilización, cuando sin ella hubieran retrocedido á la más estúpida barbarie, y al despotismo más tenebroso. Después, quizá, me ocuparé de algunas reflexiones á este respecto.

En el mismo Quiroga había ocurrido un cambio: antes no había querido oir proposiciones de transacción, ni aún recibir parlamentarios. Ya se ha referido lo que hizo con el capitán Arce, y que no quiso ni contestar los pliegos de que fué conductor; otro tanto hizo con la oferta de media-

---

" mártires. Teneis fé. Nunca habeis dudado. La fé os salvará, " y en vos, la civilización.

" Algo debe haber de predestinado en este hombre. Des- " prendido del seno de una revolución mal aconsejada, como " la del 1° de Diciembre, él es el único que sabe justificarla " con la victoria; arrebatado de la cabeza de su ejército por el " poder sublime del gaucho, anda de prisión en prisión diez " años, y Rosas mismo, no se atreve á matarlo, como si un an- " gel tutelar velara sobre la conservación de sus dias. Escapa- " do como por milagro, en medio de una noche tempestuosa, " las olas agitadas del Plata, le dejan al fin tocar la ribera " oriental: rechazado aquí, desairado allá, le entregan al fin " las fuerzas extenuadas de una provincia, que ha visto sucum- " bir ya dos ejércitos.

" De estas migajas que recoge con paciencia y proligidad, " forma sus medios de resistencia, y cuando los ejércitos de " Rosas han triunfado por todas partes y llevado el terror y " las matanzas á todos los confines de la República, ¡vive aún!

" Despojado de sus laureles, boleado, grita desde los panta- " nos de Caaguazú: ¡La República vive aún! Despojado de sus

ción, que hizo el gobierno de Santa Fé; los comisionados, Amenabar y Oro, regresaron sin obtener respuesta. Pués, ahora hizo lo contrario; al moverse de Mendoza, despachó comunicaciones para mí, por medio de un oficial Tablada, cordobés, á quién acompañaba otro oficial mendocino. Fueron recibidos por mí con civilidad, y tratados con decencia. En las comunicaciones, es verdad que hablaba de paz, pero eran más bién una recapitulación de agravios verdaderos ó supuestos, traidos muy mal, á propósito para indicar intenciones verdaderamente pacíficas. Mi contestación fué decirle, que si queríamos arribar á un arreglo y terminar la guerra, era indispensable no ocuparnos de recriminaciones; recriminaciones que podía yo destruir por mi parte, y alegar extensamente de la suya, lo que sería entrar en una interminable polémica. Que sobre esta base, estaba pronto á entenderme, y aún á celebrar un armisticio,

---

" laureles por la mano de los mismos á quienes ha salvado, y " arrojado indignamente de la cabeza de su ejército, se salva " de sus enemigos en el Entre Rios, porque el cielo desencade- " na sus elementos para protegerlo, y porque el gaucho del " bosque Montiel, no se atreve á matar al buén manco, que no " mata á nadie. Llegado á Montevideo, sabe que Rivera ha sido " derrotado, acaso porque él no estuvo para enredar al enemi- " go con sus propias maniobras. Toda la *ciudad* consternada, " se agolpaba á su humilde morada de fugitivo, á pedirle una " palabra de consuelo, una vislumbre de esperanza. *Si me " dieran veinte dias, no toman la plaza*, es la única respuesta " que dá sin entusiasmo, pero con la seguridad del matemá- " tico.

" Dále Oribe lo que Paz le pide, y tres años van corriendo " desde aquel día de consternación para Montevideo.

" Cuando ha afirmado bién la plaza, y habituado á la guar- " nición improvisada á pelear diariamente, como si fuese esta " una ocupación como cualquiera otra de la vida, váse al Bra- " sil, se detiene en la corte más tiempo que el que sus parciales " desearan, y cuando Rosas esperaba verlo bajo la vigilancia

y mandar comisionados, como iba á hacerlo, pero á condición que no pisase la provincia de Córdoba hasta después que se hubiesen roto las negociaciones, si no tenía lugar la deseada transacción.

Los parlamentarios regresaron, y yo me ocupé de elegir los comisionados, que fueron don Eduardo Bulnes y el comandante don Wenceslao Paunero, que marcharon efectivamente, al encuentro de Quiroga. Este, luego que recibió mis comunicaciones, tan lejos de suspender sus marchas, para no internarse en la provincia de Córdoba, las precipitó, para que cuando llegasen mis comisionados, lo encontrasen casi en el centro de ella. Así sucedió, que los señores Bulnes y Paunero, que creían tener que andar más distancia para llegar á su Cuartel General, se hallaron sorprendidos de encontrarlo en el Salto, del río Tercero, á veinte y dos ó veinte y cuatro leguas de Córdoba, donde acababa de llegar.

" de la policía imperial, sabe que está en Corrientes, disciplinando seis mil hombres, que ha celebrado una alianza con el Paraguay, y más tarde llega á sus oidos que el Brasil ha invitado á la Francia y á la Inglaterra, para tomar parte en la lucha; de manera, que la cuestión entre la *campaña* pastora y las *ciudades*, se ha convertido, al fin, en cuestión entre el manco matemático, científico Paz, y el gaucho bárbaro Rosas; entre la Pampa por un lado, y Corrientes, el Paraguay, el Uruguay, el Brasil, la Inglaterra y la Francia por otro.

" Lo que más honra á este General, es que los enemigos á quienes ha combatido, no le tienen ni rencor ni miedo.

" La *Gaceta* de Rosas, tan pródiga en calumnias y difamaciones, no acierta á injuriarlo con provecho, descubriendo á cada paso el respeto que á sus detractores inspira; llámale manco boleado, castrado, porque siempre ha de haber una brutalidad y una torpeza, mezclada con los gritos sangrientos del Caribe. Si fuese á penetrarse en lo íntimo del corazón de los que sirven á Rosas, se descubriría la afección que todos tienen al general Paz, y los antiguos federales no han olvi-

Quiroga declaró que estaba pronto á entrar en negociaciones, y que se prestaba á una suspensión de armas; más, los comisionados, viendo que estaba dentro del territorio de la provincia, creyeron que nada debian otorgar, protestaron su falta de instrucciones y se remitieron á lo que yo resolviese.

Sabiendo ya los movimientos de Quiroga, maniobraba con mi ejército por la margen izquierda del río Segundo, de modo que la consulta de los comisionados me encontró en la capilla de Pedernera, situada sobre la margen de este río. Mi contestación fué decir á los comisionados: *que solo concedería el armisticio si el general Quiroga retrocedía inmediatamente para salir del territorio de la provincia; que mientras lo pisase, no podian cesar las hostilidades; que si á pesar de esto, quería negociar, podría neutralizarse un punto, y mandar á él nuestros respectivos comisionados.*

" dado, que él era el que estaba siempre protegiéndolos contra
" el encono de los antiguos unitarios.

" Quién sabe si la Providencia, que tiene en sus manos la
" suerte de los Estados, ha querido guardar ese hombre, que
" tantas veces ha escapado à la destrucción, para volver á re-
" construir la República bajo el imperio de las leyes que per-
' miten la libertad sin la licencia, y que hacen inútiles el terror
" y las violencias, que los estúpidos necesitan para mandar.
" Paz es provinciano, y como tal, tiene ya una garantía de que
" no sacrificaría las provincias á Buenos Aires y al puerto, co-
" mo lo hace hoy Rosas, para tener millones con qué empobre-
" cer y barbarizar á los pueblos del interior, como los federales
" de las *ciudades* acusaban al congreso de 1826.

" El triunfo de la Tablada abría una nueva época para la
" ciudad de Córdoba, que hasta entonces, según el mensaje pa-
" sado á la Representación Provincial por el general Paz, «ha-
« bía ocupado el último lugar entre los pueblos argentinos».
« Recordad que ha sido, continúa el mensaje, donde se han
« cruzado las medidas y puesto obstáculos á todo lo que ha
« tenido tendencia á constituir la nación, ó esta misma pro-

El conocimiento que se le dió de mi contestación, fué la señal para despedir cortesmente á los señores Bulnes y Paunero, y levantar su campo para aproximarse á la capital, no por un camino recto, sinó tomando una diagonal para caer al camino carretero de Buenos Aires. Entre tanto, no dejó de costarme trabajo ese partido unitario por excelencia, que era representado en Córdoba por los Bedoya; más, luego me ocuparé de estos pormenores; ahora quiero dar cuenta de la célebre misión del gobierno de Buenos Aires, que había llegado en Enero, mientras yo estaba en la Sierra, y que permanecía aún en Córdoba.

Forzoso me es retroceder un poco para decir algo de Buenos Aires y del estado de nuestras relaciones con aquel Gobierno, hasta la célebre misión de que voy á ocuparme.

Después de mi separación del general Lavalle, nuestras comunicaciones habian quedado perfectamente intercep-

---

« vincia, ya sea bajo el sistema federal, ya bajo el unitario ».

" Córdoba, como todas las ciudades argentinas, tenía su ele-
" mento liberal, ahogado hasta entonces, por un gobierno ab-
" soluto é inquietista, como el de Bustos.

" Desde la entrada de Paz, este elemento oprimido se ma-
" nifiesta á la superficie, mostrando cuanto se ha robustecido
" durante los nueve años de aquel gobierno español.

" He pintado antes en Córdoba, la antagonista en ideas á
" Buenos Aires; pero, hay una circunstancia que la recomien-
" da poderosamente para el porvenir. La ciencia es el mayor
" de los títulos para el cordobés: dos siglos de Universidad,
" han dejado en las conciencias esta civilizadora preocupación,
" que no existe tan hondamente arraigada en las otras provin-
" cias del interior; de manera, que no bién cambia la dirección
" y materia de los estudios, pudo Córdoba contar ya con un
" mayor número de sostenedores de la civilización, que tiene
" por causa y efecto, el dominio y cultivo de la inteligencia.

" Ese respeto á las luces, ese valor tradicional concedido á
" los títulos universitarios, desciende en Córdoba hasta en las
" clases inferiores de la sociedad, y no de otro modo puede

tadas. La provincia intermedia de Santa Fé, y la campaña sublevada de la de Buenos Aires, eran una barrera casi insalvable. Sin embargo, mandando una correspondencia por agua, á San Nicolás, y de allí, á cargo de dos gauchos prácticos y resueltos, se logró hacerla llegar á mis manos. En ella me decía Lavalle los apuros en que lo había dejado la acción del Puente de Marques, por falta de caballos, y me indicaba que marchase sobre Santa Fé, para llamar la atención de Lopez, y quitarle por lo menos, á los santafecinos de sobre los brazos. Esto era ya cuando Quiroga había entrado en la provincia la primera vez, y cuando me disponía á rechazar su formidable poder. Era también, cuando por muchos títulos me convenía neutralizar por lo menos á Lopez, para ahorrar un enemigo poderoso

---

" explicarse, cómo las masas *cívicas* de Cordoba, abrazaron la " revolución civil que traía Paz, con un ardor que no es desmentido diez años después, y que ha preparado millares de " víctimas de entre las clases artesana y proletaria de la ciudad, á la ordenada y fría rabia del mazorquero. Paz traía " consigo un intérprete para entenderse con las masas cordobesas de la ciudad: Barcala, el coronel negro, que tan gloriosamente se ha ilustrado en el Brasil, y que se paseaba del " brazo con los jefes del ejército.

" Barcala, el liberto consagrado durante tantos años á mostrar á los artesanos el buén camino, y á hacerles amar una " revolución que no distinguía ni color ni clase, para condecorar el mérito, Barcala fué el encargado de popularizar el " cambio de ideas y miras obrado en la ciudad, y lo consiguió " más allá de lo que se creía deber esperarse. Los cívicos de " Córdoba pertenecen desde entonces á la *ciudad*, al orden civil, á la civilización.

" La juventud cordobesa se ha distinguido en la actual " guerra por la abnegación y constancia que ha desplegado, " siendo infinito el número de los que han sucumbido en los " campos de batalla, en las matanzas de la mazorca, y mayor " aún, el de los que sufren los males de la expatriación.

por su prestigio, con el gauchaje de Córdoba, y era también cuando aquel movimiento de nada podía servir, porque sobre ser á destiempo, no era necesario para que Lopez se retirase, como lo hizo, sin que por eso mejorase la situación del general Lavalle; bién que este General se había persuadido, cuando me separé de él para ir al interior, que mi tarea era muy facil. Supe después, que había dicho: *El general Paz vá á pasearse á su tierra con trescientos coraceros.* Bién que no son extrañas estas equivocaciones en un jefe, por otra parte de tanto mérito, y de cualidades tan distinguidas. Recuerdo que en la Banda Oriental me había sostenido con calor, que con una mitad de coraceros (25 hombres) sugetaría todo el sud de Buenos Aires, usando de la expresión, *que metería á todos sus gauchos en un zapato*

" En los combates de San Juan, quedaron las calles sembra-
" das de esos doctores cordobeses, que barrian los cañones que
" intentaban arrebatar al enemigo.

" Por otra parte, el clero, que tanto había fomentado la
" oposición al congreso y á la constitución, había tenido sobra-
" do tiempo para medir el abismo á que conducian la civiliza-
" ción los defensores del *culto exclusivo* de la clase de Facundo,
" Lopez y demás, y no vaciló en prestar adhesión decidida al
" general Paz.

" Así, pués, los doctores como los jóvenes, el clero como las
" masas, aparecieron desde luego unidos bajo un solo senti-
" miento, dispuestos á sostener los principios proclamados por
" el nuevo orden de cosas. Paz pudo contraerse ya á reorgani-
" zar la provincia, y á anudar relaciones de amistad con las
" otras. Celebróse un tratado con Lopez de Santa Fé, á quién
" don Domingo de Oro inducía á aliarse con el general Paz;
" Salta y Tucumán lo estaban ya antes de la Tablada, quedan-
" do solo las provincias occidentales, en estado de hostili-
" dad. " DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

(*Nota del Editor*).

y los taparía con otro. Otra vez me decía, en Buenos Aires: *Quisiera que se reunieran todos los caudillos de la República, con sus bandas de gauchos en un solo cuerpo, para deshacerlos con solo quinientos coraceros.* Todo esto lo decía de muy buena fé, y se explica perfectamente, por ese valor caballeresco que dominaba á este apreciable General; pero en la práctica, dieron terribles resultados semejantes ideas. Todo el país los ha sentido, y el mismo General mejor que nadie.

El general Lavalle transó con Rosas, casi en los mismos momentos que yo vencía á Quiroga en la Tablada, y entonces fué cuando expidió aquella célebre proclama, en que más ó menos decía: *No he encontrado sinó porteños en los que eran mis enemigos. Unámonos, y tiemble el que de fuera venga á hollar el suelo de la provincia.* ¡Y este era el hombre que poco antes había invocado mi auxilio! No pude mirar esta producción, sinó como un reto que se hacía á cualquiera que quisiera intervenir en las cuestiones de Buenos Aires, sea como auxiliar, sea en cualquiera otra forma. Sin embargo, poco después me escribió que quería ir á Córdoba solo, sin advertir que no hubiera puesto el pié fuera de las calles de la ciudad de Buenos Aires, sin ser muerto ó preso; pero, si se creía que pensaba ir de incógnito, añadiré, que me pedía le mandase un carruaje, que yo había traido de Buenos Aires. Cuando en mi contestación le hice ver los peligros que corría, si se resolvía á hacer su viaje, para el que encargué á don Pedro Garmendia le franquease su coche si lo deseaba, el general Lavalle vió, ó quiso ver una repulsa, y se resfriaron nuestras relaciones hasta el fin.

Al general Lavalle había sucedido el señor Viamont, y nuestras relaciones con el gobierno de Buenos Aires, tomaron un carácter dudoso. Tanto Viamont como sus ministros García y Guido, eran inclinados á la conciliación, pero ya descollaba una tercera entidad que amenazaba dominar

y absorber todas las otras. Era el general Rosas, comante general de campaña; dado este antecedente, se comprende muy bién, que ni las protestas de amistad, ni las seguridades que diese el gobierno de Buenos Aires, importaban mucho si no llevaban el sello de la aprobación de Rosas. No obstante, recuerdo que el general Lavalle, en las últimas comunicaciones que me dirigió, después de su caida del Gobierno, me decía que Viamont no me era favorable, pués en una conferencia con él, le había dicho: *Que no se piense que el general Paz nos supone mucho, pués si queremos, lo hemos de embromar;* añadiendo otras expresiones groseras, que no son dignas de este lugar. No creo que el general Lavalle me engañase, pero el empeño de hacérmelo saber, prueba el que ya tomaban los caidos de Buenos Aires, en que de ningún modo me entendiese con la nueva administración, ni con ninguno de los gobiernos del interior que tenian relación con ella; empeño que era secundado por el partido que encabezaba ostensiblemente Bedoya en Córdoba, sin que tuviese más resultado que incomodarme y dividir los ánimos, pués por lo demás, estaba muy distante de entenderme con hombres que no me inspiraban la menor confianza. Después volveré sobre este punto.

Sin embargo, algo debía hacer el gobierno de Buenos Aires, pués no podía permanecer frío espectador de la gran cuestión que se discutía en el interior. Al fin, después de excitaciones y dudas, resolvió mandar una misión que llevaba el título de *mediadora.* Era compuesta de don Pedro Feliciano Cabia, y del doctor don Juan José Cernada. El primero llevaba la voz, y parecía ser el exclusivo director de las negociaciones; el segundo, aventajando mucho á Cabia, en decencia y honradez, aparecía poco menos que un ente nulo, ó como dijo uno: un *ser-nada.* Por el solo hecho de partir de Buenos Aires esta misión, debía sernos muy sospechosa, pués los hombres que allí gobernaban, nada

eran, menos que amigos nuestros; pero muy luego lo que era una sospecha, vino á ser una realidad.

Cuando llegaron á Córdoba me encontraba yo en la Sierra, y en los pocos dias que trascurrieron hasta mi regreso, se pusieron en trasparencia. Tan lejos de procurar la reconciliación de los partidos, se proponian muy á las claras alentar el de oposición al Gobierno, haciéndole entender que el gobierno de Buenos Aires los protegía, y que á su tiempo daría la cara. Ellos llevaron el uso de divisa punzó, tan célebre después, con el nombre de divisa federal, procurando generalizarla, ellos excitaban los ódios y predicaban la anarquía. Ignoro si estas prevenciones habian recibido del Gobierno su comitente; pero si no fué el señor Viamont ó sus ministros, quién los instruyó, fué Rosas, con quién estuvieron en la campaña, después que salieron de Buenos Aires. Lo más probable es que el Gobierno los despachó, y que les previno que de paso se viesen con Rosas, quién daría la última mano á sus instrucciones. Ya Rosas que no era más que comandante general de campaña, pesaba sobre el Gobierno.

Aunque el gobierno delegado de Córdoba había notado la irregularidad con que se conducía la comisión mediadora, se había abstenido de dar paso alguno hasta que llegase; cuando lo verifiqué, aunque me informaron minuciosamente de todo, no hice novedad, y los recibí muy urbanamente. Luego empezaron las conferencias.

Me digeron que el gobierno de Buenos Aires deseaba la paz general y que venian á proponerla á los beligerantes. Cuando se les preguntaba qué bases creian que podrian proponerse para un arreglo, se encogian de hombros; cuando se les decía que el gobierno de Córdoba había manifestado constantes deseos de terminar la guerra, y que en prueba de ello, había aceptado la mediación de Santa Fé, y ahora aceptada esta, pero que la dificultad no con-

sistía en él, sinó en Quiroga, que resistía toda conciliación (1) y que ni aún había acusado recibo á las notas que le pasó, anunciándose la comisión de Santa Fé, sin adelantar una palabra, un concepto, para el caso que Quiroga no quisiese tratar; se limitaban á manifestar su deseo de trasladarse á su Cuartel General. Cuando, suponiendo el caso de que arribásemos á un arreglo con Quiroga, se les proponía que el gobierno de Buenos Aires saliese garante de lo que se estipulase, se disculpaban para negarse con la falta de instrucciones, añadiendo que no podian ofrecer más que una *garantía moral;* finalmente, después de varias conferencias y de haber reunido algunos datos, venía á sacar en consecuencia, que la misión Cabia y Cernadas tan lejos de proponerme sériamente una conciliación, venía á atizar la discordia, y á promover el triunfo decisivo de un partido, que era el contrario al que yo sostenía. Después adquirí pruebas irrefragables de esto, como luego diré.

Me negué absolutamente á que pasasen los mediadores al campo del general Quiroga, que á esta sazón se movía de Mendoza sobre Córdoba, pero les permití que mandasen sus comunicaciones. Esto lo hice, no porque esperase entenderme con Quiroga, lo que era muy difícil, sinó para evitar que se combinasen algunos planes que pudieran dañarnos; peligro que no me pareció tan probable en la remisión de una correspondencia que había de ir por mi mano. Esta fué respetada religiosamente, y si me impuse después de ella, fué cuando derrotado Quiroga en Oncativo, vino á

(1) Cuando estas conferencias, no habian llegado el oficial Tablada y su compañero, parlamentarios de Quiroga; fué poco después que estos llegaron, pero estando aún en Córdoba la comisión de Buenos Aires; más, como ya estaba perfectamente conocido su plan, tendencia y objeto, que era atizar la guerra, más que procurar la paz, quise más bién entenderme directamente con Quiroga. En el mismo sentido fué la misión Bulnes y Paunero.

mis manos su archivo. Allí encontré original la célebre carta de Rosas que condujo la comisión mediadora, que revelaba todo el misterio de la pretendida negociación (1). Si se necesitase justificación, ella sola sería la más completa de todos los actos del Gobierno, de que tanto se quejaron los señores Cabia y Cernadas.

Quiroga no pienso que hizo gran caso de la comisión mediadora, y sin desairarla, como á la de Santa Fé, contestó urbanamente y siguió sus operaciones. Entre tanto, los diputados de Buenos Aires, desesperados de verse comprendidos y de no podernos hacer mayores males, se agitaban de un modo extraordinario. Yo había vuelto á campaña, y abrumaban al Gobierno delegado con una rutinada exposición de agravios y quejas, los más infundados y absurdos. Su tono participaba de exaltación, su lenguaje de virulencia. Era evidente que su objeto era preparar una ruptura, ó por lo menos, eran antecedentes para alegar nuevos agravios. Como uno de ellos, era el que les hubiese negado el pasaporte para ir al campo del general Quiroga, y como ya no podía dañarme que fuesen á irritarlo y á precipitarlo, porque yo había terminado mis preparati-

---

(1) Era una larguísima y pesada carta, en que Rosas exponía á su modo la situación de la República, para probar con eso, que no era tiempo ni oportunidad de pensar en constitución. Difícil sería aún, inmediatamente después de leída, copiar lo cansado de sus conceptos, lo chabacano de sus frases, lo vario en la mayor parte de su sentido: mucho más difícil me será después que ha transcurrido tanto tiempo, pero no dejaré por eso de dar una idea de ella, lo mejor que pueda. Después de comparar la República á una estancia, decía: «Así como cuando queremos fundar un establecimiento de campo, lo primero son los trabajos preparativos de cercados, corrales, desmontes, rasar, etc.; así también para pensar en constituir la República, ha de pensarse antes en preparar los pueblos acostumbrándolos á la obediencia y al respeto de los gobiernos», etc. Terminaba la carta aconsejando al general Quiroga que no transase conmigo, sinó á condición que yo y todos mis jefes saliesen del territorio de la República. Esta carta debió perecer con mis papeles, pero pienso que se conserva una copia.

vos y porque las cosas habian llegado á su perfecta sazón, les mandé ofrecer el pasaporte y auxilios para que marchasen àl campo enemigo, lo que ellos rehusaron á su vez; entonces, declarando que era inútil su permanencia, pidieron sus pasaportes para regresar á Buenos Aires, los que les fueron concedidos.

Al efectuarlo, supieron la marcha oblícua de Quiroga, mediante la cual, se había colocado sobre el camino carretero de Buenos Aires, de modo que los diputados iban casi forzosamente á verse con él. Al pasar el día 24 de Febrero, víspera de la jornada de Oncativo, por las inmediaciones de mi campo, me escribieron aparentando aún grandes deseos de la paz, y ofreciéndome sus últimos esfuerzos para una transacción, si era posible. Mi contestación fué, que jamás había rehusado la paz, y que la acogería, aún entonces, si me la ofrecian honrosa y sincera; pero que en el estado á que habian llegado las cosas, no podía perder el tiempo que me era precioso, en negociaciones estériles. Que me ratificaba en la condición que había exigido antes (la salida de la provincia de los ejércitos invasores) para que principiásemos á entendernos. Que si sobre este antecedente podian hacer algo, me lo avisasen inmediatamente, sin que pasasen más de dos horas después que estuviesen en el Cuartel General enemigo, y que de no hacerlo, daría por rota la negociación. Diré de paso, que la comisión mediadora llegó al campo enemigo en la tarde del 24, y que habiéndome presentado el 25 á las once de la mañana, todavía no se había pensado en decirme una palabra. Yo por mi parte, guardé el mismo silencio.

Cabia y Cernadas habiendo llegado el 24, se entretuvieron en dar á Quiroga nociones falsas de mi ejército: lo suponian debil y fuera de estado de presentar una batalla. Mecido Quiroga, en estas esperanzas, en nada pensó menos que en contestar satisfactoriamente á mis justas exigencias,

para un arreglo si es que podía tener lugar, y tan lejos de eso, se ocupaba en una parada militar, para obsequiar á sus huéspedes, cuando le vino el parte de que se presentaba mi ejército. Ni aún entonces se mandó un parlamentario, ni persona alguna pensó en otra cosa que preparar las armas y decidir por ellas la cuestión. Para los diputados todo fué confusión, y trataron solo de ponerse en marcha, y lo verificaron hasta la posta que estaba á legua y media de distancia. Allí no encontraron ni caballos, ni maestro de posta, ni postillón, ni cosa que se pareciese, y se vieron precisados á permanecer con su comitiva, y esperar el resultado del combate.

Serian las dos de la tarde cuando pasaba con buén cuerpo de caballería persiguiendo á Quiroga, por las inmediaciones de la posta, que solo quedaba á mi izquierda cinco ó seis cuadras, cuando algunos de mis flanqueadores me presentaron una nota de los mediadores, interponiendo aún sus buenos oficios y protestando de las buenas disposiciones del general Quiroga, para hacer cesar la guerra. El expediente era torpe, inútil, embustero, y hasta ridículo; sin embargo, les mandé decir que luego contestaría, sin suspender mi marcha ni por un momento; cuando por la noche regresaba de la persecución, mandé á mi ayudante Cuevas colocar una guardia en la posta, para seguridad de aquellos señores, lo que no tuvo efecto, porque el ayudante se extravió con la oscuridad. A la mañana siguiente (26), recibí una nota en que me pedian caballos para continuar su viaje, á virtud de que la posta no los tenía, y ese mismo día seguir á Buenos Aires (1). Fué á los dos ó tres dias que

(1) Después me han asegurado que la noche del 25 se preparaban algunos jefes y oficiales para ir á la posta donde estaban los diputados Cabia y Cernadas para darles una manteada, ó quizá algo peor, y que dejó de verificarse por algún accidente que ocurrió, ó más probable-

se reunieron con el general Quiroga, á quién tomaron en su coche. Desde la Esquina, jurisdicción de Santa Fé, pasaron una nota desvergonzada al gobierno de Córdoba, lo que motivó una queja muy formal de este al de Buenos Aires, quién terminó la cuestión apelando á la opinión pública. Estos documentos vieron la luz, y me refiero á ellos.

El mismo día y en el mismo instante que Quiroga despedía mis enviados Bulnes y Paunero, haciéndome renunciar á toda esperanza de acomodamiento, levantaba su campo que estaba situado en el Salto del río Tercero, y dejando la direccion de Córdoba tomó una diagonal inclinándose á su derecha, para buscar el camino de posta de Buenos Aires. Su objeto, según comprendí, era buscar la comunicación con el cuerpo del general Villafañe, que al mismo tiempo penetraba por la parte del norte con un cuerpo de más de mil quinientos hombres. Tanto cuanto mayor era el empeño del enemigo en abrir sus comunicaciones, era mío estorbarlo, y además debía precaver las insurrecciones parciales de la campaña que tendrian lugar si lo dejaba estacionarse, y mover á sus numerosos partidarios. Con el simple movimiento que había practicado, ya se había puesto en contacto con el comandante don Manuel Lopez (actual Gobernador de Córdoba), que acababa de sublevarse. Este jefe venía en marcha el mismo día de la batalla, á reunirse, cuando supo la derrota de su patrono.

Para mí había venido á ser urgente, vital quizá, una batalla decisiva; la buscaba, pués, con ansia, y todavía se retardó de algunas horas por la noticia maliciosa ó equivocada que me trajeron unos paisanos, á los que acompañaba una jóven, que se decía extraviada de su madre en la

---

mente, porque consideraron mi desaprobación y su responsabilidad. Si el acto era irregular é ilegal, no puede decirse lo mismo de su justicia, porque los tales diputados, lo tenian bién merecido.

confusión de la fuga que habian tenido que emprender, á consecuencia de llegar á su casa, que distaba cuatro leguas, el ejército de Quiroga. A ser cierto este movimiento, mi dirección sobre Oncativo hubiera sido errada, y tuve de consiguiente que esperar noticias más seguras, las que no llegaron hasta la media noche. Entonces fué que marché, habiendo perdido cuatro ó cinco horas, sin lo que, la batalla del día siguiente, hubiera comenzado al amanecer.

Serian las diez de la mañana del 25 de Febrero, cuando nuestro ejército avistó al enemigo, que se afanaba en tomar su orden de batalla. Para describirlo, principiaré por dar una idea del campo que iba á servir de teatro.

Es una hermosa planicie que se prolonga por muchas leguas en la dirección del sud y del este, en medio de la cual hay lo que llaman los paisanos, una isleta de bosque de muy poca extensión; es decir, un bosquecillo de figura circular, cuya circunferencia (á lo que recuerdo) puede alcanzar á setecientas ú ochocientas varas. Este bosquecillo estaba rodeado de cien carretas que traía el ejército de Quiroga, colocadas del modo más conveniente para defenderlo, y contener la infantería, que con ocho piezas de artillería, se encontraba fortificada. Esta pequeña é improvisada fortaleza, quedaba al centro de su línea de batalla, y en una posición saliente, quedando á ambos costados poco más atrás y como formando escalón, sus dos alas, que se componian de pura caballería.

Nuestra formación era de tres columnas paralelas y una de reserva, con más una pequeña vanguardia que mandaba el comandante Echevarría. La columna de la derecha, era dirigida por el entonces coronel La Madrid, y se componía de solo caballería; en la del centro, estaban dos batallones y seis piezas de artillería; la de la izquierda, tenía un batallón y varios escuadrones de caballería, salteños, á las órdenes del coronel don Manuel Puch; y la de reserva,

compuesta del núm. 2 de caballería y escuadrón escolta con alguna milicia, á las del coronel Pedernera.

Desde que percibí la disposición del ejército enemigo, mi plan fué atacar su izquierda, aproximando mi derecha y rehusar, de consiguiente, mi izquierda. Para esto me corrí sobre mi flanco derecho, lo que, visto por el enemigo, quiso prolongar su izquierda para no dejarla desbordar, y para ello empezó á hacer pasar toda la caballería que había dejado sobre la derecha; de este modo, el que había sido su centro fortificado, vino á ser su costado derecho, á quién tenía en jaque, pero sin atacar mi centro é izquierda, sinó es con el fuego de artillería.

La izquierda enemiga fué, pués, la que sufrió por el movimiento, todo el empuje de nuestra caballería, la que fué muy valerosamente recibida, y hasta cierto punto, rechazada. Efectivamente, lo había sido la división del coronel La Madrid que había atacado de frente, y la pequeña del comandante Echevarría, que había atacado por el flanco, cuando se presentó nuestra reserva, la que no solo restableció el combate, sinó que obtuvo la victoria, arrollando completamente la izquierda enemiga, que se puso en precipitada fuga.

Nuestra columna del centro se movió casi simultáneamente, pero siempre en escalón, y marchó de frente despreciando el fuego que sobre su flanco izquierdo hacía la artillería é infantería enemiga, hasta que logró cortar la línea, quedando de este modo separada toda la caballería de Quiroga, que desde luego se puso en retirada.

Mi objeto fué entonces, sin dejar de proseguir las ventajas obtenidas, concentrar en lo posible mis fuerzas, y con este fin ordené al coronel Puch, que con la columna de la izquierda se me reuniese, corriéndose un poco sobre su derecha para evitar el campo atrincherado enemigo, y para seguir el mismo camino que había traido la del centro.

El coronel Puch, sin desobedecer abiertamente, vaciló en practicar el movimiento que se le ordenaba, pretestando no sé qué razones frívolas, que ni atendí, ni recuerdo. El caso era urgente, y yo tomé una resolución fuerte, según convenía. Ordené á mi primer ayudante de campo, coronel don Juan Francisco Zamudio, que diese nuevamente la orden al coronel Puch, y que si rehusaba obedecerla le diese un pistoletazo; que hablase á la tropa que obraba por mi orden, y trajese la columna adonde había prevenido. Zamudio hizo saber á Puch la clase de orden de que era conductor, y obedeció sin trepidar. ¿Se creerá que nunca hice cargo á Puch, de su terrible falta, y que afecté haberme olvidado enteramente de este incidente? Así me lo aconsejaron la política y otras mil consideraciones. Puch mandaba los salteños, á quienes convenía no desagradar; Puch era cuñado del famoso y popular gobernador Güemes, cuyo partido se puede decir representaba; era también yerno del general Gorriti, que tanta influencia tenía en los negocios de aquella provincia. Creo, pués, hasta ahora, que mi tolerante reserva fué muy acertada, sin dejar por eso de probar los inconvenientes que opone á la buena disciplina, la misma naturaleza de la guerra civil: el General se vé forzado á pesar suyo, á hacer concesiones fatales muchas veces al orden militar, y al éxito de las operaciones del mismo género.

El ejército enemigo había sido dividido en dos. Su infantería y artillería se conservaba intacta en su campo atrincherado, sin más hostilidad que algún fuego de cañón que se alimentaba de una y otra parte. Su caballería, parte derrotada y dispersa, parte reunida, pero en confusión y agrupada, había dejado el campo de batalla. Quiroga y Aldao habian seguido con ella, y era casi seguro que no abandonarian la partida sin hacer un nuevo esfuerzo por ligarse con su infantería. En cuanto á nosotros, la victoria

estaba decidida, pero era necesario fijarla del todo, y sacar todas las ventajas posibles.

Dejando en observación del campo enemigo, las columnas de mi centro é izquierda, á las órdenes del coronel Deheza jefe de E. M., con orden de que cuando fuese tiempo intimase rendición, y de no conseguirlo lo batiese, me dirigí con la caballería de mi derecha y de la reserva, en busca de los restos de la caballería enemiga, que habian desaparecido en un pliegue del terreno. Después de haber mandado exploradores en varias direcciones, y de haber andado una legua, dimos con un cuerpo de ochocientos ó mil hombres, que ocultos en un bajío, procuraban sus jefes reorganizarlos para traerlos otra vez á la pelea. Era evidente que allí estaba Quiroga, y que era también el punto interesante, que debía con preferencia llamar mi atención. Mientras nos preparábamos para atacar, se oyeron unos pocos tiros en el grupo enemigo. Y ¿qué se creerá que era? Era un sargento que hacía fusilar el General enemigo, porque había vertido una expresión que podía desalentar á sus compañeros.

Desplegados nuestros escuadrones, principió nuestro movimiento ofensivo, que fué poco resistido por el enemigo, que se puso en una precipitada retirada. Entonces principió la más terrible persecución de que hubiese ejemplar hasta entonces, y que duró por más de seis leguas. Durante esta distancia, aunque no había senda ni camino, podía irse sin peligro de extraviarse, porque servian de una serie no interrumpida de señales, los cadáveres, los caballos cansados, las lanzas clavadas en el suelo, y las tercerolas y sables igualmente puestos de punta (1). Más, no se crea

(1) Para que pudiesen recogerse después y no se perdiesen en el pasto, había mandado que las armas que se tomasen, se dejasen en esta forma.

por esto, que el grupo enemigo aunque disminuido enormemente, había sido pulverizado y deshecho; aunque reducido á la mitad, á un tercio, á un quinto y á un décimo, siempre huía compacto y reunido. Estoy persuadido que si nuestra tropa se hubiese dispersado imprudentemente en la persecución, como pudo haber sucedido, si no voy en persona, hubiera Quiroga aprovechado una circunstancia favorable, para aventurar una carga sobre sus perseguidores, los que se disminuian en la misma proporción, á causa de los hombres que se quedaban por falta de sus caballos, que no podian seguir el aire violento de la persecución.

Esta se hacía del modo siguiente: Colocados nuestros escuadrones en línea, eran apoyados por otros de reserva, á los que nunca permití lanzarse á toda carrera sobre el enemigo, para tener siempre alguna tropa organizada de que disponer. De tiempo en tiempo se arrojaban uno ó dos escuadrones apoyados de cerca, sobre el enemigo, que por lo general, después de alguna resistencia con sus fuegos, precipitaba su retirada; entonces dejaba muchos hombres, ya porque rodaban, ya por faltarles los caballos, ya porque perecian queriendo ensayar una inútil resistencia. Cuando los caballos del cuerpo lanzado á penetrar al enemigo se agotaban, ó el cuerpo mismo se había desordenado, disminuía su velocidad para rehacerse después de haber quitado muchos hombres al enemigo. Muchas veces quiso este aprovecharse de esta circunstancia, pero la presencia de otros escuadrones nuestros, que seguian de inmediato, determinaba otra vez su fuga. En uno de estos enviones fué que cayó prisionero el segundo general del ejército enemigo, el fraile apóstata, el asesino del Pilar, el sanguinario Aldao. Me sería imposible describir la sensación que experimenté á su vista, y los impulsos de que se vió combatido mi corazón. Triunfaron, como siempre, las ideas generosas, y concluí por decirle algo de consolante, y entregarlo á mi

ayudante Campero, para que lo condujese, tratándolo con consideración. Estaríamos ya á cuatro leguas del campo de batalla cuando esto sucedió.

Al ponerse el sol, hombres y caballadas, vencedores, y vencidos, perseguidores y perseguidos, estaban exhaustos de fatiga. Las fuerzas respectivas estaban reducidas á un octavo ó un décimo de lo que habian sido cuando empezó la persecución. Como si hubiese mediado un convenio, ambas hicieron alto y echaron pié á tierra para descansar á distancia de pocas cuadras entre sí. Yo no podía alejarme más, pués me importaba volver al campo de batalla. Nada sabía de la infantería y artillería enemiga, y aunque esto no me inspiraba el menor cuidado y tenía la certidumbre de que debía estar en nuestro poder, había graves providencias que tomar, y más que todo, había que volar al encuentro del general Villafañe, que como dige antes, se había introducido por el norte, con un buen cuerpo de tropas.

En esta situación se encontraban las cosas, cuando me separé de la persecución para regresar al campo de batalla. Dejé encargado de continuarla, al comandante Echevarría, oficial activo, práctico de los lugares y de la guerra, asignándole un suficiente número de tropas. Le previne que solo tomase el descanso absolutamente preciso, y que no abandonase al enemigo, ó cuando menos, sus huellas, ni en la noche que iba á seguirse. Así me lo prometió, y así creí que iba á hacerse; pero contra mi esperanza, en esa misma noche, dejando Quiroga la dirección de la frontera del sud, tomó la de Buenos Aires, mientras Echevarría siguiendo en la primera, perdió la pista, y fué á dar á su querida mansión del río Cuarto, de donde era jefe militar. Este es otro incidente que no pude profundizar, persuadiéndome que primero quiso Echevarría dormir esa noche, y que después, parte engañado, parte por inclinación de su departamento, se dejó conducir por otra vía que la que llevaba Quiroga.

Fué entonces que este se reunió por las inmediaciones del Saladillo, á los diputados Cabia y Cernadas (1).

Vencido otra vez Quiroga en Oncativo, se replegaron los restos que pudieron, de su ejército, sobre sus provincias, cuyos gobiernos se preparaban á continuar la guerra. En Cuyo se armaban nuevamente los Aldao, hermanos del prisionero; en la Rioja quedaban los caudillos Villafañe, que se retiró con su división de más de mil hombres y Brizuela; en Catamarca Eslabes Figuera, y en San Juan y San Luís, otros caudillejos subalternos.

¿Debía yo renunciar á los frutos de la victoria, dejarles tiempo de rehacerse, para que volvieran otra vez sobre nosotros?

Hubiera sido una estupidez, en que estuve bién lejos de incurrir, y muy al contrario, destaqué varias fracciones del ejército, en las direcciones que convenía. Si para

---

(1) Los partes de la batalla dicen así:

" Cuartel General en Impira, Febrero 25 de 1830.

" *Al Exmo. señor Gobernador y Capitán General Delegado* " *de la Provincia.*

" Exmo. señor:

" Son las once de la noche, hora en que acabo de llegar de " perseguir al enemigo, que ha sido completamente batido y " deshecho en la jornada de hoy.

" Ocho piezas de artillería bién dotadas, mucho armamento, " más de seiscientos prisioneros, inmenso número de caballadas, " y boyada, con cerca de cién carretas, son el fruto de esta " memorable victoria. Don Felix Aldao, el coronel Vargas, " otros varios jefes y más de treinta oficiales, quedan en nues- " tro poder.

" El enemigo ha tenido un considerable número de muertos. " Por nuestra parte ha habido la muy sensible pérdida del te- " niente coronel de los Lanceros Argentinos, don José León

darles más fuerza moral las denominé vanguardias, era un arbitrio legal, que no pasaba de un ardíd militar permitido y usado para engañar al enemigo.

Adoptada esta resolución, era muy natural que me fijase en la elección de los que habian de mandar esos cuerpos destacados, y que esta recayese en los jefes que por sus relaciones y origen mereciesen más confianza á los pueblos á que iban destinados. El coronel Videla Castillo, mendocino, fué mandado á Mendoza; el comandante Albarracín, sanjuanino, á San Juan.

El primero fué nombrado gobernador de Mendoza con general aclamación, y conservó hasta el último la estimación de sus comprovincianos. El segundo no mereció igual sufragio de los suyos, y aunque la provincia de San Juan, se enredó en esa deplorable anarquía que nos pinta el general La Madrid, Albarracín se guardó muy bién de

---

" Ocampo, del capitán don Rafael Rodriguez, del mismo cuer-
" po, y del capitán don Domingo Arias, del número 2 de ca-
" ballería.

" La bravura de nuestros soldados es digna del mayor elo-
" gio. Los milicianos han combatido á la par de los veteranos.
" Luego que las primeras atenciones me lo permitan, daré el
" parte circunstanciado de este combate memorable.

" El General enemigo ha huido con un pequeño resto de sus
" tropas, después de perseguido por más de seis leguas, en que
" ha perdido tres cuartas partes de la fuerza que sacó del cam-
" po de batalla.

" Sigue acosado á la vista, por una división al mando del
" coronel Echevarría.

" Dios guarde á V. E. muchos años.

José María Paz."

« Cuartel General, Febrero 28 de 1830.

" El General enemigo había abierto su campaña manifestan-
" do intenciones pacíficas: más, sin embargo, se avanzaba rápi-
" damente al corazón de la provincia. Se hicieron reclamacio-

intervenir á mano armada. Cuando llegó á mi noticia esa situación, lo mandé retirar en el acto, con toda la fuerza que tenía del ejército, prefiriendo cualquier desorden que pudiera ocurrir, á la coacción que resultaría de la presencia de un jefe militar, con soldados que le obedeciesen. El comandante Albarracín cumplió mis órdenes sin trepidar, y el pueblo de San Juan fué perfectamente libre.

Entre los jefes del ejército, había dos puntanos muy dignos, que lo eran los coroneles Pedernera y Pringles, y ninguno de ellos fué empleado, porque estaban conmigo los hermanos Videla, sugetos respetables de San Luís, quienes se pusieron á la cabeza de la fuerza que marchó á su provincia. Jamás aquellos honrados jefes manifestaron sentimiento de no haber sido escogidos para ir á su país, lo que no hubiera sucedido si hubiese precedido esa *distribución* de provincias que supone el general La Madrid,

---

" nes á este respecto, más él las despreció, y continuó sin " interrupción sus marchas hostiles.

" Nuestro ejército, entre tanto, que obraba en distintos pun- " tos, se había reunido en Anisacate, y se procedió sin demora, " á organizar sus divisiones en la forma siguiente:

" La primera, compuesta del escuadrón de voluntarios, de los " lanceros argentinos y milicias del río Segundo, fué puesta á " las órdenes del señor coronel La Madrid. El escuadrón de " coraceros, los lanceros de Salta, milicianos de Santa Rosa y " del río Seco, formaban la segunda, á las órdenes del señor " coronel Puch. Los batallones 2º y 5º de cazadores con una ba- " tería de seis piezas, hacian la tercera, á las órdenes del señor " coronel Videla Castillo. La división de reserva se formó del " batallón de Cazadores de la Libertad, regimiento número 2 " de caballería, y escuadrón de lanceros republicanos, al man- " do del señor coronel Pedernera.

" La de vanguardia se encomendó al señor coronel Eche- " varría, y era compuesta de los lanceros del sud, un escua- " drón de los lanceros de Salta, y las milicias de río Cuarto y " Calamuchita.

quién, además, alega (en sus Memorias) un agravio por la parte que le tocó en ella.

Si hubiera habido un jefe riojano del ejército ó de fuera de él, que reuniese vigor y capacidad, seguramente no hubiera elegido al coronel La Madrid para que marchase sobre esa provincia. Desgraciadamente no lo tenía, pués, el viejo general don Francisco Antonio Ocampo, muy adicto á nuestra causa, por su edad y otras consideraciones, no era adecuado para dicha empresa. Ni él mismo se atrevió á dirigirla, limitándose á importunarme para que mandase á su provincia un jefe del ejército, experimentado, y con la fuerza conveniente. Esta es la razón por qué elegí al coronel La Madrid.

Cualquiera que lea los párrafos de la Memoria del general La Madrid sobre esta época, podrá creer que mis prevenciones, ó sea instrucciones que debió llevar dicho

---

" El escuadrón de puntanos, que manda el señor coronel " don Luís Videla, se agregó á esta división.

" En esta forma se movió nuestro ejército el 18, bajando por " la margen izquierda del río Segundo, al mismo tiempo que el " enemigo maniobraba por la derecha del Tercero. El traía el " camino principal que viene de San Luís; más, á poca distancia " del Salto, varió á la derecha, y bajando igualmente, vino á si- " tuarse en la Capilla de Rodriguez, donde efectuó el paso de " este río. Este movimiento obligó al infrascripto á seguir el que " había principiado, descendiendo hasta la Capilla de Cosme.

" Allí se perdieron tres dias, porque estando pendientes las " negociaciones, fué preciso esperar su desenlace. Al fin ellas " fueron rotas por el General enemigo, quién despidió á los " comisionados del gobierno de Córdoba, con expresiones y " tono amenazantes.

" Los comisionados llegaron al campo del infrascripto en la " madrugada del 23, y poco después se supo que el ejército " invasor, atravesando la campaña que media entre ambos rios, " se dirigía al norte hasta colocarse en el camino que conduce á " Buenos Aires, en las inmediaciones de Oncativo.

jefe, cuando lo destiné á la Rioja, debian afectar la libertad de ese pueblo, y autorizarlo para expresarse en el modo que lo ha hecho. Si fuese así, el señor La Madrid no hubiera dejado de decirlo; pués, quién inventa hechos para satisfacer su empeño de deprimirme, no ocultaría los que fuesen ciertos para salvarme de una merecida censura.

Me parece tan conveniente la reflexión que acabo de hacer, que me persuado que no necesito mucho esfuerzo para probar que las órdenes que llevó el coronel La Madrid, eran en perfecta consonancia con la libertad del pueblo riojano, con los derechos de los ciudadanos, y con el sistema que sinceramente promovía.

Como si se necesitasen más comprobantes, el mismo general La Madrid viene á subministrarnos uno muy poderoso, que se deduce de los párrafos citados. De ellos debe inferirse, que la fuerza que fué á las provincias, y la

---

" En este día el ejército de Córdoba continuó sus marchas " hasta las cercanias del Pilar, y por la noche siguió cinco le- " guas más abajo hasta situarse en el paso de los Tesera. Es- " ta posición le facilitaba buscar al enemigo, y obligarle á un " combate, ya permaneciese en quietud, ya tomase cualquiera " otra dirección.

" El 24 se supo que el ejército agresor se conservaba inmo- " vil, y resolvió el general que suscribe, no diferir por más " tiempo una batalla, que las circunstancias hacian ya inevi- " table.

" La comisión mediadora del Exmo. Gobierno de Buenos " Aires, había obtenido desde el 22 el accesit del gobierno de " Córdoba, para trasladarse al campo enemigo, y después de " allanadas algunas dificultades, lo verificó en este día. El in- " frascripto, ansioso de dar el último testimonio de sus deseos " por la paz, la invitó nuevamente á que ejercitase sus nobles " oficios, y mandó un oficial bastante autorizado, que los ex- " presase, juntamente con las proposiciones que le parecieron " más razonables; pero exigía un término perentorio, pasado " el cual, sería preciso decidir por las armas la cuestión que

supuesta *instrucción* coartó su libertad, llevándoles gobernadores *predestinados*, de los cuales él fué uno de ellos.

¿Y cómo se puede conciliar esto, con la expontaneidad con que dice que lo aclamaron en la Rioja y después en San Juan, con las instancias que se hicieron á pesar de su resistencia, y con la casi forzada aceptación que se vió obligado á prestar?

Yo podría ahora mismo preguntar al general La Madrid, ¿cree ó no que hubo coacción, en la elección que se hizo en su persona para gobernador de la Rioja? Si no la hubo, no debió condenar la medida que lo destinó á ocupar dicha provincia, pués que arrojando de ella los enemigos, dejó á sus habitantes en plena libertad y en el goce de sus derechos.

Si hubo coacción, la culpa es suya, pués que no lo mandé á que se hiciera elegir Gobernador, y mucho menos le

---

" desgraciadamente no había podido terminarse de otro modo.
" El oficial regresó con una contestación verbal que manifes-
" taba el interés que los honorables mediadores tomaban por
" la pacífica transacción de este negocio.

" El ejército pasó el río Segundo, en la tarde del 24, y es-
" tuvo allí la mayor parte de la noche hasta la madrugada del
" 25, que emprendió su marcha en dirección al enemigo, á cuyo
" frente estuvo á las diez y media de la mañana. El infras-
" cripto esperó en vano que un parlamentario le anunciase el
" resultado de los últimos esfuerzos de la comisión mediadora:
" su silencio se tuvo, como era natural, por una negativa for-
" mal, y se procedió á los preparativos de un ataque, que tuvo
" lugar pocos momentos después.

" El enemigo estaba acampado en un montecillo circular,
" que caprichosamente se eleva en medio de una dilatada lla-
" nura.

" El crecido número de carretas en que había conducido su
" artillería, infantería y bagajes, lo rodeaban en dos pilas que
" guarnecian sus cazadores, y ocho piezas de artillería. Por
" una de ellas fué disparado el tiro que dió principio al comba-

ordené que aceptase. Si hubo algo de lo último, mejor era *señor general La Madrid,* que usted nos lo digese francamente y dejase de empalagar al que tenga la paciencia de leer sus Memorias, con la fastidiosa relación de tantas aclamaciones, de tantos cariños y abrazos, de tantas niñerias y ridículas inepcias.

Hasta que he leido las Memorias del general La Madrid, no solo ignoraba que él hubiese hecho *ascos* á su misión á la Rioja, sinó que estaba persuadido que estuviese muy satisfecho, tanto en el sentido militar como en el político, pués que en ambos le era muy honroso.

En el primero, porque existian allí caudillos no despreciables como Villafañe y Brizuela, á quienes podía llegar el caso de tener que combatir. En el segundo, porque mediante la influencia preponderante que le había dado Qui-

---

" te. Su caballería se prolongaba á nuestra derecha, algo atra-
" sada de aquella fortaleza movible.

" Nuestro ejército hizo entonces un movimiento de flanco
" por la derecha, con el que obligó al enemigo á un cambio de
" frente, atrasando su ala izquierda mientras se sostuvo un ca-
" ñoneo por ambas partes, y nuestra artillería disparó algunas
" granadas con buén suceso. La enemiga flanqueaba perfecta-
" mente los ataques de nuestra caballería, y sin embargo, era
" preciso hacerlos, porque la contraria parecía decidida á con-
" servar la defensiva.

" Se resolvió, pués, atacar su izquierda, á cuyo efecto, la di-
" visión del señor coronel La Madrid, que ocupaba la derecha
" de nuestra línea, fué reforzada con algunos escuadrones. El
" coronel Echevarría, con parte de la suya, tuvo orden de flan-
" quear al enemigo, y el señor coronel Pedernera, con la caba-
" llería de la reserva, la de sostener ambos ataques. La división
" del señor coronel La Madrid, verificó la carga con la mayor
" bravura, y arrolló la caballería que se le opuso, lo mismo que
" el señor coronel Echevarría por el flanco. Más, el enemigo mo-
" vió todas las masas de esta arma sobre la misma dirección,

roga á dichas provincias, era de gran peso en los destinos de la República.

Para acabar de quitar al general La Madrid los *ascos* que hace á la provincia de la Rioja, podría recordarle que había allí intereses de no pequeña importancia; por ejemplo, los entierros de dinero de Quiroga (tapados), que le llamaron eficazmente su atención. Dígalo el papelillo aquel confidencial que escribió al mayor Carballo, que fué hallado en su bolsillo, cuando su primer patrón lo fusiló.

Es digno de notarse, que tiempo después, cuando el general La Madrid podría considerarse en una posición más elevada, ha hecho varias expediciones á la Rioja desde Tucumán, con motivos menos graves, y hasta una vez, con el fin de traer algunos odres de vino, sin que haya creido que por ello sufría su alta categoría.

Si se medita un poco, no es difícil hallar la explicación

" y renovó el combate encarnizadamente. Un sinnúmero de " cargas sucesivas, tuvieron lugar por instantes; se lidió por " ambas partes con desesperación, pero, al fin, la carga del re- " gimiento núm. 2 de caballería, apoyado en los Lanceros Re- " publicanos al mando de los coroneles Pedernera y Pringles, " fijó la victoria en nuestras filas, y la enemiga fué contenida " y envuelta.

" Entre tanto, el batallón 5º de cazadores y en pós de él, el 2 " de la misma arma, á las órdenes del señor coronel Videla, jun- " tamente con el escuadrón de coraceros, al mando del señor ma- " yor Paunero, penetraban por el centro de la línea enemiga, y " despreciando el fuego de su batería y cazadores que los flan- " queaban. Este movimiento concurrió eficazmente á asegurar " las ventajas obtenidas por nuestra caballería, y lo que es más, " privó á la contraria del apoyo de su artillería é infantería, " que por él quedaron separadas de su ala izquierda.

" El general enemigo procuró en vano hacer un movimiento " de flanco para volver á ligar sus líneas, dando un gran rodeo; " esto era ya imposible por la posición respectiva de las fuer- " zas, por el tumultuoso desorden en que había quedado su ca-

de tan singular inconsecuencia, y en prueba de ello, voy á darla en pocas palabras.

La misión del general La Madrid á la Rioja, era honrosa á todas luces, y nadie la miró bajo otro aspecto, más lo que se la hacía mirar con tedio, era la distancia que se ponía de su muy querido pueblo (Tucumán), en el cual podría hacer alguna intentona como la de marras, aunque fuese preciso entrar á la Sala de RR. con espada en mano. Entonces hubiera hallado ocasión de dar ensanche á sus ódios personales respecto de Lopez, cuya influencia predominaba en su amado pueblo.

Más, en esta parte estábamos tan disconformes, y pensaba de un modo tan distinto, que no solo alejé todo pretexto para que pudiera ir á Tucumán, sinó que ni quería destinarlo á alguna de las provincias fronterizas, de donde pudiera escurrirse para hacer de las suyas. Esto sí que

---

" ballería, y últimamente, por la persecución incesante de la " nuestra.

" La división del señor coronel Puch, y el batallón de Caza- " dores de la Libertad, que habian quedado á nuestra izquier- " da amenazando la fortificación enemiga, siguieron el movi- " miento de los primeros batallones, de modo que nuestro " ejército reunido, quedó interpuesto entre las dos alas del " enemigo. Desde entonces su derrota fué declarada, á pesar de " los inútiles esfuerzos que hizo por reorganizar lo que le res- " taba de caballería. Ella fué perseguida por la nuestra, y el ba- " tallón 5º siguió á una buena distancia con tres piezas de ar- " tillería, al cargo del ayudante Paz. El señor coronel Videla " Castillo recibió orden de volver con el batallón 2º á reforzar la " división del señor coronel Puch; y el batallón de Cazadores " de la Libertad, que había quedado observando y conteniendo " la derecha enemiga, la recibió también para intimar rendi- " ción, ó batir la infantería atrincherada en las carretas. Dicho " jefe lo verificó, y esta fuerza aislada y sin recurso alguno " para sostenerse, depuso las armas y quedó prisionera; con ella, " su artillería, parque y demás.

era por mi parte respetar la libertad de los pueblos, mantener ilesos los derechos del ciudadano, acatar su soberanía, y practicar los principios de que á cada paso hace una vana ostentación el señor La Madrid, sin advertir que luego se contradice.

Por más que pondere el general La Madrid las adoraciones de que era objeto en su pueblo, debió tener presente que en esa época ya no hubiera sido electo Gobernador (salvo alguna coacción como la de presentarse con la espada desnuda en el santuario de las leyes), si se consultaba la opinión general de la parte sana, honrada y sensata. La mejor prueba de esto es, que no lo fué en ese tiempo, pués dejando el mando el señor Lopez, por haber cumplido su tiempo legal, fué reemplazado por el señor don José Frias, simple ciudadano que se ocupaba en el comercio. Pero, aún hay más, que á nadie se le ocurrió nombrar al señor

---

" La caballería continuó la persecución á una gran distancia, " dejando el camino marcado por los trofeos que se iban consi- " guiendo. Entre ellos, es de notarse la captura del mayor gene- " ral coronel don Felix Aldao. A las 6 de la tarde, el General " enemigo llevaba más de cién hombres, y nuestros escuadro- " nes lo tenian á la vista; pero los caballos se habian agotado. " Los nuestros, que sin duda habian trabajado más, estaban en " peor estado que los suyos. El señor coronel Echevarría conti- " nuó, sin embargo, la persecución, cuyos resultados hasta ahora " se ignoran. El resto del ejército volvió al campo de batalla.

" Es difícil explicar el ardor que ha manifestado el ejército " en esta memorable jornada. Todos los jefes y oficiales, la " tropa misma, parecian penetrados de la necesidad de vencer.

" El entusiasmo fué tan general, y llegó á tal punto en todas " las clases, que aún en los simples soldados se hacía sentir en " aquellos momentos críticos, el efecto de sus esfuerzos indivi- " duales, bién para reunirse, cuando habian perdido la forma- " ción, bién para volver á la carga, cuando lo exigía la inútil " tenecidad del enemigo.

" El General contrario, que se lisonjeaba de no contar entre

La Madrid, lo que también servirá de contestación, á aquello de la diputación que recibí, pidiéndomelo, y que yo maliciosamente le oculté.

Lo mismo sucedió cuando años después fué mandado por el dictador argentino, á quién había doblado la rodilla, y en cuyas aras quemaba inciensos. Cuando su interés se lo aconsejó, volvió la espalda á sus nuevos compromisos, pero su pueblo estuvo muy lejos de confiarle sus destinos. Puede asegurarse que lo mismo acontecerá después, si hubiese ocasión, aunque viva mil años, salvo siempre la reserva de la maniobra consabida.

Me permitiré ahora emitir mi juicio, conforme con el que formé entonces, fundándome en que las circunstancias son indispensables, para apreciar los actos de cualquier naturaleza que sean.

Aquellos desgraciados pueblos que se veian de un gol-

" sus soldados, sinó voluntarios y decididos, no ha tenido un " solo pasado de los nuestros, mientras nosotros contamos con " muchos de los suyos.

" El señor coronel Deheza, jefe del Estado Mayor, prestó " servicios importantes, ya en dar dirección á las columnas, ya " en presidir la ejecución de sus movimientos. Los oficiales " del Estado Mayor, tenientes coroneles Espejo, Arrascaeta y " demás, se comportaron satisfactoriamente.

" Los ayudantes de campo del general que firma, coronel " Zamudio, teniente coronel Rodriguez, mayores Campero, " Cuevas y Cuello, llenaron sus deberes con el honor que los ca- " racteriza. De igual recomendación es digno el secretario mi- " litar del que suscribe, don Felix María Olmedo.

" El coronel La Madrid, con el escuadrón de Voluntarios y " demás cuerpos que formaban su división, se condujo con la " mayor bizarría.

" Los coroneles Pedernera y Pringles, son acreedores á igual " distinción. Los escuadrones que ellos mandaban, y la primera " división, fueron los que sostuvieron lo más rudo del combate.

pe libres de sus terribles opresores, apenas podian persuadirse que estaban en aptitud de ejercer sus derechos, y aún esto lo hacian con la desconfianza de nuestro poder, que tendía á afianzárselos. El *terror*, esa planta maléfica que hecha tan profundas raices, ocupaba aún los ánimos, y como creian comprometerse optando á unos empleos que sus opresores habian considerado como una propiedad, temian su vuelta, y que entonces les pidiesen cuenta de su usurpación. Difícil hubiera sido hallar hombres que se resignasen á tan duro sacrificio, razón porque no había ni candidatos ni pretendientes á las primeras sillas de la magistratura (1).

Estos temores no podian provenir de los jefes del ejército, que no siendo de la misma, no podian prometerse permanecer mucho tiempo, ó si lo eran, apenas los conocian.

Cuando el general La Madrid aceptó el gobierno de la Rioja, no mereció mi desaprobación, pués que no creí ni

---

" Allí fué, donde perecieron gloriosamente los bravos Ocampo, " Arias y Rodriguez.

" Los valientes salteños, no han desmentido la reputación " que adquirieron en la guerra de la Independencia. Han ma- " nifestado el valor que distingue á los habitantes de aquella " heróica provincia.

" Sería muy prolijo nombrar á todos los que la han mereci- " do; pero sería también injusto, no hacer una particular men- " ción de los coroneles Larraya, Albarracín y Videla (don Luís); " y de los tenientes coroneles Correa, Melian, Aresti, Virto, " Barcala, Leiva, Chenaut, Aparicio, Martinez (don José Ma- " ría), Isleño, Argüello, Moyano, Martinez (don Segundo), " Ocampo (don Juan Bautista), Balmaceda y don Eufrasio Vi- " dela.

---

(1) Años después en Buenos Aires hubo tiempo en que nadie quería ser Gobernador, y que los electos huian de tan elevado puesto, como se huye de un incendio.

creo hasta ahora, que hubo coacción, y por el contrario, miraba su nuevo destino como de circunstancias, dirigido más que todo á preparar y utilizar los elementos militares que nos eran necesarios, para consolidar la obra que teníamos entre manos.

Por lo demás, el nombramiento del general La Madrid en nada perjudicaba á la independencia en que se hallaban las provincias, pués que desde que él ú otros jefes optaron á los gobiernos de algunas, fueron completamente independientes, y no se podrá citar un solo acto que pruebe que yo me mezclase en lo administrativo, económico, ó gubernativo de ellos. Bién lo manifiesta el general La Madrid, pués que en su expedición á San Juan para ir á auxiliar á la provincia de Mendoza, que se hallaba amenazada por José Aldao, Corbalan y otros, en nada nombra ni cuenta con mi consentimiento.

Fuera de los coroneles Videla y La Madrid, que obtuvieron los gobiernos de Mendoza y Rioja, ningún otro jefe del ejército fué nombrado Gobernador de provincia. Si el coronel Deheza lo fué de Santiago, fué mucho después, y hé aquí lo que motivó su nombramiento:

" La artillería, al mando del comandante Arengren, ha obra-
" do con valor é inteligencia.

" Es muy justo recomendar las milicias de la provincia: ellas
" han rivalizado en valor á los veteranos; sus jefes les han dado
" el ejemplo de decisión y bravura.

" El territorio de Córdoba, Exmo. señor, no será más holla-
" do impunemente. Sus hijos saben sentir bién cuanto valen la
" libertad y la gloria de su país. No serán esclavizados.

" Nuestra pérdida, es imposible detallarla por ahora; no se
" han recibido aún las relaciones de los cuerpos. Muchos de los
" jefes están aún fuera del ejército, y algunos, del campo de ba-
" talla.

" Sin embargo, se puede asegurar que es muy pequeña. La
" del enemigo, es considerable; pasan ya de novecientos pri-

La provincia de Santiago, mandada por Ibarra, no nos había hecho guerra declarada, pero era constante su acuerdo con nuestros enemigos, y aún tuve datos positivos de que solo esperaba algunos auxilios para pronunciarse. Sin embargo, nadie lo incomodó, ni turbó la pacífica posesión de su *soberanía*, hasta mucho después.

Pasada la acción de Oncativo, llovian las solicitudes de los enemigos de Ibarra para que yo obrase contra él. Pusieron en juego todos los resortes imaginables, y recuerdo que hasta recibí una ardiente excitación del recomendable y juicioso canónigo Gorriti, gobernador de Salta. Sin embargo, no quise tomar ingerencia en el asunto, y me limité á dejar correr las cosas y ser enteramente indiferente.

Fueron exclusivamente los enemigos privados de Ibarra, los que armaron una partida en la jurisdicción de Catamarca, á cargo del mayor de milicias Luna, quién cayó de improviso sobre Santiago, y hubo de sorprender á Ibarra. Luego vino una fuerza de Tucumán, que decidió la emigración de este á Santa Fé.

La provincia de Santiago nombró para suceder á Ibarra al señor Alcorta, de opinión equívoca y de una irresolu-

---

" sioneros, los que hay en nuestro poder. Oportunamente se " darán las relaciones que las expresen; este número crece con " los que vienen á cada instante de todos los puntos de la cam- " paña. Los milicianos, y aún los simples vecinos del campo, se " esfuerzan indeciblemente, en perseguir y aglomerar trofeos " de victoria, tomando y presentando á algunos dispersos de " la batalla, que se han diseminado en todas direcciones, ma- " nifestando con ese interés y diligencia, las virtudes de un " singular patriotismo.

" El general que suscribe, saluda al Exmo. Gobierno Dele- " gado, á quién se dirige, con las protestas más sinceras de su " particular estimación." José María Paz.

(*Nota del Editor*).

ción ó timidez extraordinaria. Cuando se le preguntaba si se hallaba en estado de garantirnos de un ataque de Ibarra, contestaba que él no podía hacer cosa alguna en ese sentido, y concluyó con pedir que se mandase una fuerza para que pudiese asegurar la provincia.

Fué entonces, es decir, después de meses de la acción de Oncativo, que marchó el coronel Deheza, como auxiliar del gobierno de Santiago, al tiempo que asomaban las montoneras capitaneadas por el hermano de Ibarra (Pancho), que había guardado con este designio en la provincia. La conflagración fué instantánea, y la guerra fué su resultado inmediato.

Alcorta dejó el Gobierno, sin que hubiera poder humano que lo hiciera continuar. El señor Palacios, no quiso admitir el Gobierno, y el señor don Pedro Frias, que pudo desempeñarlo, tuvo un fuerte partido de oposición, que brindó á Deheza el Gobierno.

Estoy casi seguro que pasarian allí más ó menos las mismas escenas que nos describe el general La Madrid, como sucedidas en San Juan, en donde los partidos, á trueque de no ceder el triunfo á sus adversarios, se conformaban con un gobernante extraño, que calculaban libre de las pasiones del momento y de poca duración.

Si el coronel Deheza hizo mal (y lo mismo digo del coronel La Madrid) en admitir el mando, si ellos no se condujeron como convenía, no puede atribuírseme, ni puedo ser responsable. Ellos eran desde entonces independientes, sin que me quedase más influencia que la moral que me daba el prestigio de la victoria, y el aprecio que quisieran dispensarme esos pueblos.

Antes de ir á Santiago el coronel Deheza, la provincia de Santiago, temerosa de Tucumán, con quién tenía antiguas é inextinguibles rivalidades, me confirió por medio de sus RR., sin solicitarlo, ni aún preveerlo, el título de protector,

el cuál ni rechacé ni admití, pués que jamás hice uso de él. El único objeto de esta distinción, fué que los salvase de las invasiones de los tucumanos, interponiendo mis respetos entre ambas provincias.

Ninguna otra me confirió semejante título; sin embargo, no dejaron los enemigos de suponer, que yo me lo había adjudicado en toda la extensión de la República. El general La Madrid parece que participase de la misma aberración.

La autoridad que me fué conferida del modo más legal, por las provincias todas, fué la militar, con el título de *jefe supremo militar*. Hé aquí como se hizo:

Se reunieron en Córdoba comisarios ó representantes de todos los gobiernos, suficientemente autorizados para tratar los asuntos generales, con conocimiento y sanción de los cuerpos representativos. Estos convinieron en un tratado que fué ratificado por todos, y un artículo de ese tratado, me confería el mando de la fuerza armada de todas las provincias.

Los comisarios ó representantes de los gobiernos, eran sugetos respetables, por sus luces, su patriotismo y su posición social. La simple enunciación de sus nombres, conocidos en nuestros Congresos y otros puntos importantes, bastará para recomendar su misión.

Por Córdoba: el canónigo dignidad, doctor don J. Gregorio Baigorri.

Por Salta: el ex-congresal, don Manuel Tesemos Pintos.

Por Tucumán: el ministro de gobierno, doctor don Manuel Berdia.

Por Mendoza: el ex-diputado, doctor don Francisco Delgado.

Por San Juan: el ex-diputado, don Rudecindo Rojo.

Por San Luís: el doctor don José María Bedoya.

Por Santiago: el ex-congresal canónigo, Miguel Calixto del Corro.

Por la Rioja: el doctor don Ventura Ocampo ; y por Catamarca: . . . .

Habiendo dicho ya algo sobre mi administración, quiero consagrar algunas líneas, para destruir las groseras calumnias de nuestros enemigos; ellos me imputaron, como también á mis compañeros, miras puramente dominadoras, y se empeñaron en dar á todos nuestros actos, el colorido y la forma de una conquista militar. Pero es de notar, que aún entonces, no pudieron negarnos que teníamos en vista la constitución de la República.

La prensa de Buenos Aires, y muy particularmente, *El Lucero*, del señor Angelis, que desempeñaba entonces las funciones que ahora hace la *Gaceta Mercantil*, nos acusaba todos los dias, de que pretendíamos *constituir la República á palos*, con lo que confesaba nuestro intento, si bién negaba el acierto de los medios que empleábamos para ello. Solo ha sido después, que Rosas ha querido desnudar á nuestro partido de toda mira y caracter político.

Prescindiendo de que nos apoyábamos en la gran fracción de la República, que constituía el partido unitario, y de que era el más liberal, el más honorable, el más ilustrado, bastará presentar el programa de nuestros trabajos, para desmentir la calumnia.

Sabido es, que la última Constitución de la República halló una resistencia invencible, no en la parte sana y pensadora de los pueblos, sinó en los caudillos que extraviaron la multitud. Sabido es también, que esos caudillos se conservaron en los mandos que habian obtenido, ó usurpado, por medio de violencias y de crímenes, y que era un servicio y hasta un deber, separarlos de sus puestos, para que el país se diese sus leyes y entrase en la carrera constitucional. En cuanto á mí, estoy perfectamente seguro que todo el interior, allanados esos obstáculos, hubiera aceptado con entusiasmo la Constitución, tal cual la sancionó el último Congreso.

Es una torpe inexactitud lo que dice el general La Madrid, que los pueblos del interior deseaban que se sacase la capital de Buenos Aires. Es una idea tan peregrina, atribuida á esa época, que no creo que haya tenido lugar en ninguna cabeza, ni aún en la del mismo general La Madrid. El confunde las quejas de las provincias de otro tiempo, con lo que pasaba entonces, y que seguramente no comprendía, ó ha olvidado. Protexto por mi honor, que no he oido á persona alguna anunciar semejante pensamiento, y que pienso que á nadie se le ha ocurrido. Es precisamente en ese período de nuestra revolución, que desaparecieron (hablo en el interior) los celos provinciales, y que no se tenía en mira, sinó la gran cuestión nacional, en toda su fuerza.

¡Pero, ni que más podian desear los pueblos del interior, cuando la cuestión de la capitalización había sido tan felizmente resuelta con la nacionalización de Buenos Aires! Esta grande idea del señor Rivadavia, que adoptó el Congreso, y que solo resistió el partido de oposición que tenía en la misma capital, le es de un eterno honor, y lo hace acreedor á la gratitud de todos los argentinos.

No es posible comprender por qué los enemigos de Rosas han hecho un estudio tenáz y constante en no encarar la cuestión después de la caida de la Presidencia, bajo un aspecto nacional, sin que hayan dejado por eso de hacer lo posible por sublevar la Nación, sin perdonar los celos provinciales, que han querido en vano hacer revivir.

No se puede comprender, vuelvo á decir, como hombres dotados de incuestionables talentos y que profesan el positivismo, se han persuadido que podian conmover una Nación con declamaciones vagas, en que predican amor á la libertad y horror al despotismo. Preciso era presentarles una idea, un principio, un sistema que les diese esperanzas de ver realizados sus votos, y que los sacase del terrible círculo de anarquía y desorden en que giran hace cuarenta años.

Si la Constitución del año 27, era buena y adaptable al país, ellos no debieron abandonar tan pronto su obra. Si es mala, porque no es adaptable, confiesen su error, y canten la palinodia. Ofrezcan también hacer algo que reemplace aquello, levantando una punta del velo que cubre su impenetrable misterio. Lo demás, es pensar en realizar quimeras, es querer levantar el mando sin tener punto de apoyo.

Volviendo á los militares que combatian en el interior, observaré, que si no eran los indicados para deliberar, éranlo al menos para allanar los obstáculos, y preparar el camino á los verdaderos legisladores. Esto mismo parecía desear el país, incluso Buenos Aires, pués que en 1º de Diciembre del 29, hizo una apelación al ejército, que acababa de llegar de la Banda Oriental.

Mírese como se quiera ese suceso, yo lo consideraré siempre como un movimiento popular, que si fué presidido por el general Lavalle, fué sirviendo de instrumento á un gran partido político, que lo impulsó á derrocar la administración del señor Dorrego. La numerosa reunión de San Roque, la aprobación del pueblo de Buenos Aires, su armamento y expontánea organización en cuerpos militares para defender la obra de Diciembre, todo inducía creer, que la población de la ciudad tuvo la parte principal en aquel movimiento, que después han hecho gravitar sin piedad, sobre la exclusiva responsabilidad de su infortunado jefe.

Lo mismo que en Buenos Aires, sucedía en las provincias, donde la parte más adelantada de la sociedad nos era sinceramente adicta, y recibió al ejército, no solo con demostraciones de la más viva simpatía, sinó de positivo entusiasmo. Aún debo decir más: el ejército debió creerse llamado, solicitado, rogado por esos mismos pueblos que iba á libertar. Así nos lo hacian entender los infinitos provincianos que estaban en Buenos Aires, los que venian

del interior, y los mismos que se conservaban en sus casas, siempre que hallaban medios de hacer conocer su pensamiento.

Estas disposiciones favorables de la parte más conspícua de los pueblos, no variaron después de dos años de trabajos y gloria para el ejército, de sacrificios indispensables para ellos. Cuando más, pudo notarse algún cansancio, cuyas causas luego aclararé, como también lo que impidió que se aplicase el remedio.

Por su parte, el ejército correspondió dignamente á su misión, conduciéndose de una manera tan honrosa, que jamás serán allá olvidados esos soldados tan temibles en la pelea, como moderados después que había pasado. No me queda la menor duda, de que las relaciones de mútua estimación entre el pueblo y ejército, se fortalecian cada día, y que un poco más de tiempo, hubiera inutilizado los esfuerzos de los caudillos, para sublevar las masas, contra los verdaderos defensores del orden, de la libertad y de las leyes.

Si alguna vez se reprocharon á algunos jefes, actos de demasiada severidad, en circunstancias especiales, me bastaría contestar, que la conducta individual, en algún caso excepcional, de determinadas personas, no podía responsabilizar á todo el ejército, ni aún al General en Jefe, tanto por la especialidad de las mismas circunstancias, cuanto porque obrando aquellos á grandes distancias (1), y en pro-

---

(1) Fué en la Rioja y Santiago del Estero, donde principalmente se dijo que se habian ejercido actos arbitrarios y de excesiva severidad. En esas provincias mandaban los coroneles La Madrid y Deheza, quienes debieron responder al cargo. Entre tanto, no deja de ser extraño que el primero, que lleva escritas cerca de mil páginas de á pliego, empleando muchas de ellas en frivolidades pueriles, nada diga de estos hechos, sea para negarlos si no existen, sea para justificarlos. Por lo demás, bastantes pruebas nos dá el señor La Madrid de que con un corazón *sumamente humano*, es muy capáz de mandar matar prisioneros vencidos, como cuenta candorosamente que lo hizo en Oncativo, y aún otras cosas más.

vincias independientes que los habian elegido, la acción de la primera autoridad del ejército, era menos efectiva.

Considérese que desde las Pampas del sud hasta las Fronteras de Bolivia, y desde la cercanias del Paraná hasta el pié de los Andes, en una extensión de cerca de doscientas mil leguas cuadradas, se sostenía una guerra popular, más ó menos viva, que me obligaba á destacar cuerpos á inmensas distancias. Considérese también, que el conjunto de estas operaciones traía al General en Jefe un recargo de atenciones, que le haría muy difícil descender á los pormenores. Por más que yo me hubiese esforzado en conservar una perfecta regularidad, y que se hubiese conseguido hasta donde era posible, en lo humano, mi acción no podía dejar de ser menos eficáz, que cuando se ejercía á mi inmediación.

Ya indiqué otra vez, pero me es forzoso repetirlo, que la barbarie de nuestros enemigos era tal, que cuando no permitiese una rigorosa represalía, me era indispensable dejar algún ensanche á las pasiones, cuya entera represión hubiera hecho desbordarlas. Por todas partes, no solo en el ejército, sinó en el pueblo, se levantaban quejas contra mi moderación (1) y clemencia, atribuyendo la osadía y sevicia de nuestros enemigos, á esas cualidades que otros se han empeñado vanamente en negarme.

Esto no desmiente el concepto que antes dige que merecía en todas partes ese ejército tan valiente como virtuoso, tan rico de honor como de laureles. Para dar una muestra y no alargar demasiado estas observaciones, me limitaré al

(1) Hasta ahora no falta quién declame contra mí porque salvé al general Aldao; porque dí libertad al general don Santos Ortíz; porque dejé con vida y libres á los Reinafé, á los Bárcena, á los Bulnes, á los Sosa, á los Bargas, á los Figueroa, etc., y más tarde á los Galan, á los Lamas, etc., etc.

pueblo de Córdoba, cuyas antiguas antipatias por las tropas de línea, aún en tiempo del general Belgrano, habian desaparecido. Lo que digo de Córdoba sucedía más ó menos en los demás pueblos, con pocas excepciones (1), y eso por causas que algún día se conocerán distintamente.

La entrada de un cuerpo del ejército en Córdoba, era siempre una verdadera ovación: grandes y pequeños lo recibian con palpables muestras de estimación, y claramente se veía asomar la alegría á todos los semblantes. En vano he evocado mis recuerdos; no hallo en mi memoria un hecho de desorden, ni aún de desatención, cometido por esos inimitables soldados. Si lo hubo, debió ser tan raro, ó de tan pequeña importancia, que no dejó sinó una impresión fugáz. Así sucedía, que desde el jefe hasta el soldado eran mirados como un defensor, como un amigo, como un huésped distinguido.

No solo los jefes, sinó también los oficiales subalternos, eran recibidos en las principales casas, con distinción y aprecio. Las preocupaciones aristocráticas, que no dejan de tener en Córdoba profundas raices, habian desaparecido para hacer lugar á la más franca cordialidad. Varios de aquellos se enlazaron con familias respetables, y es seguro que con algún más tiempo y un poco de tranquilidad, una gran parte de la oficialidad del ejército, hubiera hecho lo mismo. No se persuada alguno que en el cultivo de estas relaciones, había favor de quién quiera que sea, porque si el

(1) Para entender bién esto, preciso es distinguir la ploblación de las ciudades, de la de campaña, y aún esta última en dos clases: los propietarios y los hombres sin arraigo, própiamente dicho, *gauchos*. Estos últimos eran generalmente nuestros enemigos, tanto porque nuestro sistema no era de licencia y desorden, cuanto porque estaban más inmediatamente bajo la influencia de los caudillos. En la Rioja y Santiago, donde todo casi es campaña, era más fuerte ese pronunciamiento hostil. Los jefes que allí obraron, fueron muy afortunados para vencerlo.

mérito y la gloria de que estaban ricos los jefes y oficiales de ese ejército, sin segundo, eran relevantes las sobresalientes prendas que adornan el bello sexo de Córdoba, sinó le dan el primer lugar entre lo que yo he conocido, tampoco se lo dejan ceder á otro alguno.

Las fuertes prevenciones que habian existido en otras clases de la sociedad, iban desapareciendo rápidamente. El clero, que tanta influencia tiene en esas provincias, y que al principio creyó ver en nosotros unos peligrosos novadores, empezaba á sernos adicto. El célebre é ilustre doctor Castro, á la cabeza del de Córdoba, trabajaba con apostólico empeño por la causa de la civilización, del orden y de la libertad (1). La plebe misma empezaba á reconciliarse con nosotros, pués que principiaba á comprender los verdaderos intereses del país y los suyos propios, bajo un régimen legal y constitucional, que era el blanco de nuestros esfuerzos.

Díganlo esos Cazadores de la Libertad, que dos años antes nos habian combatido en San Roque, y que luego abrazaron nuestra causa con un ardor, que solo puede producir la más fuerte convicción. De otro modo, sería inexplicable esa constancia heróica que desplegaron uniformemente los jefes, los oficiales y los soldados; ellos, simples artesanos, abandonaron sus oficios, sus hogares y sus fami-

---

(1) Cuando caí prisionero y entraron en Córdoba los federales, fué sumergida en los calabozos la parte más selecta del vecindario. Comerciantes de primer órden, dignidades de la iglesia, los hombres más eminentes del foro, fueron arrastrados y amontonados en la cárcel, sin dejar de cometer otras barbaridades, según es costumbre de nuestros enemigos. Esto fué lo que motivó el célebre dicho, de un clérigo anciano y respetable, el doctor Echenique, cuyas opiniones politicas no nos habian sido favorables. Cnando vió presas á las personas mas distinguidas, iba á la cárcel diariamente y permanecía todo el tiempo que le permitian. Alguno extrañó esta conducta, y él contestó: *Quiero estar en la cárcel porque es un lugar de honor, desde que están en ella, lo mejor y más principal de mis conciudadanos.*

lias, para empuñar el fusíl, regar con su sangre todo el territorio de la República, y dar el más patente testimonio de la justicia de la causa á que se habian consagrado.

Nuestro sistema se afianzaba, pués que progresivamente avanzaba en la opinión de aquellos pueblos. Se notaba algún cansancio de la guerra, pero esto, lejos de destruir mi primera aserción, la corrobora, porque no por ello desistieron de su empeño.

Dos años de combates, de agitación y de sacrificios, en que no había sido posible hacerles gustar todas las mejoras que tenian derecho á esperar, ni aún los goces que ofrece una tal cual tranquilidad, no fueron bastante á desanimarlos, y en lo general, siempre estuvieron prontos, por más que sufriesen, á prestar nuevos servicios (1).

Aún mirada nuestra situación bajo este punto de vista, convenía hacer una tregua á la guerra, ó por lo menos, á las hostilidades, para dar un descanso temporario á dichos pueblos y al ejército, que según la frase de un sugeto juicioso y amigo mio, (2) *no se había en dos años, apeado del caballo*, sin contar las campañas de la Banda Oriental y Buenos Aires. Este reposo era tanto más ventajoso, cuanto él me proporcionaba tiempo para regularizar mejor las milicias, y preparar los contingentes de otras provincias, á cuya organización se había dado principio.

---

(1) Sin embargo de un orden de cosas tan extraordinario, las rentas públicas se duplicaron en Córdoba, sin otro esfuerzo, que haber provisto á la fiél recaudación y manejo de ellas. El establecimiento de escuelas en la campaña, llamó muy particularmente la atención del Gobierno, y trabajaba en ello, á pesar de las urgencias de la guerra. La población de las fronteras con los bárbaros del sud y norte, fué otro punto á que contrajo sus cuidados. Propuso á la asamblea provincial, y obtuvo la sanción de una ley, librando del diezmo á los pobladores, etc., etc. No es de este lugar ocuparse de esto.

(2) El señor don Pedro Frias.

CAPITULO XVII

LAS MEMORIAS DEL GENERAL LA MADRID

Los enemigos del orden.—Fanfarronadas del coronel La Madrid—El encuentro en Calchines.—Situación militar del general Paz.—Torpezas del coronel La Madrid.—La muerte del coronel Pringles.—Inexactitudes del coronel La Madrid.—Circunstancias de los beligerantes.—Causas de descontento.—El coronel La Madrid marcha á Córdoba, donde es nombrado Gobernador delegado.—Empréstito forzoso.

Estoy persuadido que demorando un año la explosión de la guerra decisiva que iba á empeñarse, y para la que el partido contrario iba á echar el resto, se hubieran llenado estos objetos, y que nuestra patria no tendría que deplorar tantos sacrificios estériles y tantas víctimas inútiles.

¿Por qué no sucedió así? Porque ciertos hombres constituidos en unos verdaderos agitadores, nada menos querian que ese descanso necesario; ellos miraban con los celos de la desesperación, las mejoras sociales, y la consolidación del orden legal y constitucional en nuestro país, si no venía (hago esta suposición, porque no puedo dejar de considerarlos amigos sinceros de la causa y enemigos de la tiranía) por manos de ellos. Varias veces he estado tentado en creer que deseaban con menos ardor, la caida de Rosas, que la disminución de un poder que les aumentaba su fantasía,

y que temian se apoyase en mejores bases, por cuanto promovería los verdaderos intereses nacionales.

No se contentaron con emplear toda clase de excitaciones respecto de mí, y de los jefes de él, sinó que pusieron en juego todos sus medios para irritar á Rosas, Lopez y demás caudillos, con el fin que no me dejasen tiempo de reposo. Lo consiguieron para desgracia de nuestro país.

Bién sabido es, que el primero de aquellos caudillos estaba resuelto á conservarse sobre la defensiva, y que solo á fuerza de instancias y aún amenazas del segundo, hechas por medio de Cullen, se decidió á tomar la iniciativa.

Cullen se apercibió de que ganábamos terreno en el interior de la República, y de que á más andar, desaparecería pronto la influencia del caudillo Lopez, á quién servía. Además, su orgullo y su amor propio, habian sido intencionalmente heridos contra mi voluntad, de modo que sus pasiones individuales, se encontraron de acuerdo con sus convicciones políticas. En una misión que fué á desempeñar á Buenos Aires, y en la que, para darle un carácter más decisivo, no quiso llegar á la ciudad, persuadió á Rosas que principiase la guerra, que Lopez no era capáz de hacernos, por sí solo.

Algunos patriotas de buena fé obraban en el mismo sentido de los agitadores, porque se les hizo entender que el poder de los enemigos era nulo, y que me sobraban fuerzas para anonadarlo de un golpe. Hasta pretendieron persuadir que yo hacía intencionalmente la guerra para crear un poder dominador que oprimiese la República. Al general San Martín, le hicieron en Lima igual imputación cuando la de la Independencia, sin haber recogido los díscolos otro fruto, que retardar la obra, aumentar víctimas, y privarnos de la gloria de afianzar la libertad política de ambos Perú. El destino, y ellos, la reservaban al ejército de Colombia y al general Bolivar.

Mucho daño hicieron entonces las ridículas fanfarronadas del general La Madrid, que ofrecía con su escuadrón de voluntarios y algunos cientos de riojanos, marchar á Buenos Aires á derribar á Rosas, y á todos los caudillos que lo apoyaban. Después de haber estrujado la Rioja, sin haber hecho mucho para convertir á nuestra causa á sus habitantes, quería á todo trance salir de esa provincia para correr otras aventuras. Recuerdo que lo reconvine por las cartas que distribuía con profusión, exagerando un poder que no tenía, y repitiendo ofrecimientos que estaban muy lejos de poder y aún de querer cumplir. Luego se verá la exactitud de lo que digo.

Era consiguiente que los agitadores procurasen apoyarse en él, y quizá algún otro jefe, para moverme (decian) á obrar más activamente; más, como siempre, me encontraban fiél al plan que me había propuesto, y que era el único que podía salvarnos, se veian reducidos á la impotencia, y se contentaban con evaporarse en vanas declamaciones.

No tengo duda, y la Memoria del general La Madrid me lo hace ahora ver hasta la evidencia, que él hubiera deseado explotar esas disposiciones inamistosas de unos pocos exaltados hacia á mí, en su propio provecho, pero cuando tanteaba la pequeñez de sus medios, se desalentaba y retrocedía. Es seguro que sin eso, hubiera repetido las escenas de Tucumán, con los gobernadores Lopez y Laguna. Al fin pensaría remediarlo con unas cuantas docenas de esas proclamas, que á su juicio son el *sánalo-todo*, de los más enormes desatinos. Debo la justicia al valiente ejército nacional, y al sensato pueblo de Córdoba, y á todos los demás del interior, que jamás le dieron ni la más remota esperanza de su apoyo. Dudo aún que los más inquietos en la mayor exaltación, pensasen confiar á la debilidad de su juicio, el éxito de una obra, que aunque clásicamente extraviados, deseaban con sinceridad ver felizmente terminada.

Permítame el General, que no lo acompañe en su expedición á San Juan, ni en las operaciones que practicó en su gobierno de la Rioja. Además, que ellas no me conciernen inmediatamente, no puedo descender á detalles, porque no los he presenciado. El que lea sus Memorias formará juicio de ellas, porque hay cosas que por sí mismas se recomiendan como merecen.

Sin embargo, no dejaré de detenerme un momento en un concepto que necesita una ligera explicación. Dice el general La Madrid: *Mandé al general Paz, no recuerdo si doce mil pesos, ó si más ó menos, para auxilio del ejército, del producto de los entierros descubiertos, de Quiroga;* lo que sobre no ser del todo exacto, está dicho de un modo tan vago, que me precisa á determinarlo.

Prescindiré de censurar la terrible irregularidad con que se manejó el negocio de los entierros de dinero (tapados) de Quiroga, y el desgreño con que se expendió un caudal que en aquellas circunstancias y en esas pobres provincias, era de cuantía(1). Prescindiré también, de extenderme en la consideración de que el general La Madrid tuvo mayores medios que ningún otro jefe, de levantar una buena división de tropas (lo que tampoco hizo), para ceñirme á decir en que consistió el auxilio de dinero que mandó á Córdoba, y las razones que tuvo para hacerlo.

En el tratado que habian celebrado las provincias, no solo habian convenido en mandar un cuerpo de tropas, sinó cierta cantidad de dinero, para formar la caja general del ejército. A la Rioja le correspondian siete mil pesos.

---

(1) Según se expresaba el general Quiroga, el dinero que él fué suministrando pasaba de noventa mil pesos fuertes, mientras que lo que se me notició por cartas particulares de los coroneles La Madrid y Plaza, apenas llegaba á treinta y dos mil. Hasta ahora no había dado crédito á lo primero; más, á vista de las revelaciones que nos hace la Memoria, creo cierta lo aserción del general Quiroga.

Pués bién, ni aún esa pequeña cantidad fué cubierta en el todo, no obstante que acababa el gobierno de la Rioja, de percibir una mucha mayor cantidad, del producto de los sobredichos depósitos.

Para concluir añadiré, que el gobierno de la Rioja mandó efectivamente una orden ó letra, para que un sugeto entregase al Gobierno, los siete mil pesos con que debía concurrir, pero al mismo tiempo que la orden, llegó á la misma persona, una contraorden retirando mil pesos de la primera, de los que había echado mano el general La Madrid; yo me ví precisado á mandar cuanto antes entrar en cajas, los seis mil restantes, antes que llegasen otras contraórdenes, que podian ya venir en camino.

Espero que disculpará mi desconfianza cualquiera que conozca al general La Madrid. Es el mismo en la administración de los caudales públicos, que en la de su fortuna particular, en lo que, sea llevado de su prodigalidad genial, sea de otro principio, parece que no hiciera la menor distinción.

Encendida nuevamente la guerra, por un ataque traidor, que el ejército de Buenos Aires y Santa Fé hizo sobre el Fraile-Muerto, improvisa declaración, y en medio de las seguridades que nos daban tratados existentes, se estacionaron los enemigos en una parte del territorio de Córdoba, menos con el fin de procurar una batalla, que con el de sublevar el país y hacer la guerra de partidas en una inmensa escala.

El general La Madrid, queriendo darse el tono y aire de salvador, que pretende asumir en todas partes, y que tan modestamente se adjudica en sus Memorias, me notició que se apresuraba á venir con sus fuerzas, á buscar mi incorporación. Antes apunté uno de los motivos que tenía para querer dejar cuanto antes la Rioja; ahora diré otro, quizá más poderoso que el primero. Tenía miedo, y

con justísima razón, á esos mismos riojanos, cuya benevolencia decía que había conquistado (la de los gauchos de la campaña), y quería cuanto antes dejar un territorio que temblaba bajo sus piés; más, en vez de decir esto francamente, se propuso alborotar, persuadiendo que era conveniente abrir la campaña, y que él estaba pronto y los riojanos ansiosos, de llevar la guerra á todas partes. Como vió que yo entendía su juego, empezó á dirigir cartas pomposas y estrafalarias, de que se aprovechaban los espíritus inquietos.

Muy poco satisfecho quedó cuando recibió mis órdenes, que le prevenian, no precipitarse, sinó al contrario, organizar muy bién el contingente de la Rioja, y no moverse sin dejar perfectamente asegurada la provincia. Dijo que todo estaba á satisfacción, y se puso en marcha con trescientos ó cuatrocientos hombres, inclusos sus famosos voluntarios (1).

Estaba tan lejos de quedar tranquila la provincia de la Rioja, que sobre sus pasos se fué insurreccionando todo el territorio de ella, en proporción que lo desocupaba. El mismo, hubo de caer en una celada (2), de que escapó por una felíz casualidad. Es muy probable que si se detiene en la Rioja, no hubiera podido escapar su persona, porque en esa provincia y la de Santiago, fué en las únicas que la

---

(1) Singular cosa es, que los regimientos que ha mandado el general La Madrid en el interior, aunque los Generales le hayan dispensando una protección especial, y sin embargo de su popularidad que decanta, nunca pasaron de doscientos hombres. Parece que fuese esta una medida justa de la que no le era posible pasar. Por lo demás, apelo al juicio de todos los militares que han servido en esos ejércitos, y al de los pueblos que los han visto; siempre esos cuerpos se distinguieron por cierto abandono, por cierto aire de indisciplina que los hacía desemejantes de los otros cuerpos de línea. Es verdad que el de voluntarios cantaba vidalitas, gritaba mucho, daba *vivas estruendosos*, sin són ni tón; más, esto era todo.

(2) Acostumbraba el general La Madrid salir con una pequeña escolta

decisión popular fué más tenáz é indomable. Las causas no son difíciles de asegurar.

Cuando supe esto, ya el coronel La Madrid con su impertérrita división, pisaba el territorio de Córdoba, y quise castigar su maliciosa arrogancia, mortificándolo un poco: le dije, *que no necesitando por el momento su fuerza para resistir al enemigo que tenía al frente, regresase á pacificar la Rioja.* Entonces fué lo bueno; quiso desesperarse, y empleó toda clase de argumentos y excusas para eludir la orden, y hacérmela revocar, la que, por otra parte, no era mi intención que se llevase á efecto. Era solo una lección, que duró pocos dias.

Al fin consentí que se reuniese al ejército, y lo hizo con cosa de trescientos hombres, que componian dos escuadrones de voluntarios y un resto de milicianos. Este fué todo el refuerzo que trajo el coronel La Madrid, cuando debía esperarse, que atendidas sus promesas y los recursos que tuvo, hubiese presentado una división numerosa, y perfectamente equipada; tan solo trajo de más, unas pocas armas en manos de sus soldados, y creo que algún vestuario ya raido. Lo que más le llamaba la atención, eran unas cornetas nuevas, que era el lujo de la división, sin duda venidas de Chile con las primeras.

A la verdad, con los recursos que siempre ofrece un país por pobre que sea, y con el hallazgo de los entierros de dinero de Quiroga, todos esperamos que el coronel

---

á recibir fuera de su campo, á los cuerpos de milicias que venian á reunirsele. No sé por qué accidente, dejó de hacerlo con uno, y esta omisión casual, lo salvó. El escuadrón que se aproximaba estaba sublevado, y su jefe se proponía matar ó apoderarse de la persona de La Madrid, luego que saliese á recibirlo y proclamarlo; más, como no sucedió, retrocedió de las inmediaciones del campo, haciendo pública su rebelión. El general La Madrid no esperó más, y marchó el mismo día con lo que se quedó, pero siempre muy entusiasta y diciendo que iba á salvarnos. Los riojanos, se fueron desertando, y antes de poco no quedó uno.

La Madrid hubiese levantado un cuerpo de tropas más numeroso y más formal. Nadie creía sus exageraciones, pero nadie tampoco se persuadió que estuviesen tan lejos de la realidad.

En desquite, trajo un repuesto de vidalitas, con que empalagó muy luego á todos. Recuerdo una, cuyo refrán era: *A la gran boleada*, entre otras composiciones de este género. Cuando llegó á mi Cuartel General, vino á obsequiarme con una banda de cantores, y luego hizo lo mismo con otros jefes: todos tuvimos que sufrir tan fastidioso obsequio.

Es increible el valor que dá á estos medios, el entonces coronel y hoy general La Madrid. Piensa, y cree candorosamente, que con unas cuantas vidalitas, algunas proclamas, y de cuando en cuando, *un viva atronador*, ha conmovido los pueblos, arrastrado las masas, y hecho invencibles los ejércitos. Es tanto más sorprendente esta aberración, cuanto parece que no han bastado á destruirla, tantos y tan crueles desengaños como ha sufrido. Si se pudo esperar alguna vez que la experiencia lo hubiese corregido, sus Memorias nos revelan que es una enfermedad incurable.

El encuentro en Calchines con las fuerzas de Santa Fé y Buenos Aires, no sucedió como refiere el general La Madrid. En esto, como en todo lo demás, adolece de insignes inexactitudes. Hé aquí lo que aconteció :

Sabiendo que las fuerzas de Lopez se hallaban á dos ó más leguas de distancia, y que había avanzado su vanguardia hasta los Calchines, me moví para buscarlo y dar una batalla, objeto constante de mis solicitudes. En la madrugada nos aproximamos efectivamente á esta, y se hizo el alto necesario para prepararnos á un combate en forma, pués que el cuerpo principal podía habérsele acercado.

Pudo improvisarse un ataque brusco, si se hubiera querido omitir toda clase de precauciones, pero, además del peligro que he indicado, poco ó nada avanzábamos, pués que

los santafecinos hubieran saltado en sus caballos y hubieran huido, sin que con la oscuridad pudiesen ser capturados, lo que no sucedería cuando el crepúsculo nos permitiese ver los objetos; si el enemigo se apercibió, por algún accidente de los que son inevitables en la guerra, no debe hacérsele cargo al General en Jefe, que no pudo ni prevenirlo ni preverlo. Más, había otra razón muy poderosa para que yo debiese obrar con circunspección.

La caballería que yo tenía, como de milicias, ó recién formada, era en sus siete octavas partes inexperta y de poquísima confianza. La misma tropa de línea acababa de sufrir un golpe en el Fraile Muerto, de modo que me era más urgente la consideración de precaver un revés que desmoralizase al mejor cuerpo de esta arma que teníamos. Por el contrario, debía en lo posible asegurar una victoria que restableciese á su primer estado las disposiciones morales de esos excelentes soldados.

Para un ataque como el que dice que quería el general La Madrid, yo debía aventurar solo mi caballería, dejando atrás las otras armas, y esto es precisamente lo que no entraba, ni en mis instrucciones, ni en mis cálculos. No solo era posible, sinó muy probable, que si en la persecución de los cuatrocientos ó quinientos hombres, que era la vanguardia enemiga, hubiera lanzado imprudentemente la mía, se desorganizase, y en tal caso era evidente, que hubiera sido irremisiblemente batida, cuando se hubiese presentado el grueso del ejército de Lopez. Bién sé que esto, no lo comprende ni lo comprenderá el general La Madrid, como no comprende actualmente la causa de sus infinitas derrotas, *sin que hasta ahora haya conseguido una victoria con los ejércitos que ha mandado ese jefe* (1). No digo, pués, esto para

(1) No puede llamarse ejército, la división con que ese mismo año nos cuenta que se avanzó desde Tucumán sobre la Rioja, ni bastaría

convencerlo á él, sinó para que lo entienda el que leyere estos apuntes, y particularmente nuestros militares jóvenes.

He hablado de persecución imprudente, porque para hacerla á todo trance á un cuerpo de tropas irregular, cabalgado en superiores caballos, que no guarda una formación rigorosa, y en que cada hombre obra casi individualmente, necesitaba lanzar á escape mi caballería, fuese la que persiguiese de cerca, fuese la que la había de apoyar, pués que debía conservarse á una distancia proporcionada.

En esta carrera, que podía ser de dos, tres ó cuatro leguas, hubiera agotado mis caballos; de modo, que cuando hubiésemos encontrado de refresco al cuerpo principal enemigo, no hubiéramos estado en situación de combatirlo.

Sin embargo, no dejó de perseguirse al enemigo, pués que marchamos sobre él, siempre en orden y siempre escopeteándolo. El hecho justificó mi previsión, porque á las tres ó cuatro leguas de haber marchado en este orden, apareció todo el ejército de Lopez, que aunque no pasase de dos mil hombres, era superior, por la cantidad de sus tropas, á la caballería del mío. Hé aquí la explicación de mi conducta en este día, sin hacer mención de otro incidente grave que no concierne al general La Madrid, pero que no debió ignorar, el cual me aconsejó también obrar según lo hice.

Cuando Lopez se presentó y se reunió á su vanguardia, hice *alto*, para prepararme á un empeño serio que podía tener lugar; proceder tanto más necesario cuanto una marcha acelerada, había naturalmente prolongado las columnas. Le presenté la batalla, que el enemigo tuvo al fin á bién no aceptar, sin que por eso en el intervalo

---

el combate de Miraflores en que derroté la división de Quiroga que mandaba Bargas. Es esta, cosa bién digna de notarse y que debe fijar la atención de cualquiera, y la del mismo General, si es que es capáz de reflexión.

de tiempo que nos observamos mútuamente, á algunas cuadras de distancia, estuviésemos ociosos.

Se empeñaron fuertes guerrillas, en que la superioridad de los santafecinos sobre nuestros milicianos, fué puesta en la mayor evidencia. Hice más; pués mandé cargar al general La Madrid con la derecha, para provocar el combate, en el modo que yo quería empeñarlo. Diga lo que quiera el general La Madrid, su división fué arrollada, y arrollada por una fuerza triple menor que la suya, y solo á cañonazos se contuvo á los enemigos que lo perseguian. Esto es lo real y positivo, por más que quiera paliarlo con detalles oscuros é incoherentes.

Si antes había rehusado separar la caballería de las otras armas, lo que he referido, y más, el otro incidente que sucedía á mi izquierda y que no especificaré, me confirmaron en mi propósito; así es que, cuando me moví sobre Lopez, lo hice con todo mi ejército, visto lo cuál, el enemigo, emprendió su retirada.

La persecución se hizo en el mismo orden por cuatro ó cinco leguas, hasta llegar á los Zorros, colmados de cansancio y de fatiga, así hombres como caballos. Debe advertirse, que en la noche anterior y en ese dia, habíamos caminado más de quince leguas, mientras el cuerpo principal del enemigo no había andado la tercera parte. Agréguese que era un ejército sin bagajes, perfectamente provisto de caballadas, todo compuesto de gauchos, y de consiguiente, infinitamente más ligero que el mío. Atendidas estas circunstancias, se apreciará debidamente *esa facilidad de perseguirlo, que supone el general La Madrid.*

Esa noche hubo una gran tempestad, y es fuera de duda que Lopez, que continuó marchando en retirada, sufrió dispersión en sus caballadas, y aún desorden en sus cuerpos; más, nosotros aunque pasamos campados, no dejamos de sufrir, y lo que más me impresionó, fué la deserción de una

parte de la milicia. Si esta, como hice notar antes, empezaba á reconciliarse con nosotros, no había tiempo para que su adhesión fuese tan firme, que la llevase á sacrificarse por una causa que empezaba á conocer, y por unos hombres hacia quienes sus hábitos de obediencia, no estaban bastante arraigados. Así sucedía que se desertaban, no para engrosar las filas enemigas, sinó para irse á sus casas, hasta que nuevas circunstancias los obligaron á seguir al más fuerte.

Al día siguiente no era tan sencillo ponerse en seguimiento del ejército enemigo, por cuanto no sabíamos que dirección había tomado, habiéndole servido la tempestad, para borrar hasta sus huellas. En un campo inmenso y desierto es tan facil variar de dirección, que era una verdadera cuestión, si Lopez había tomado la ruta de Buenos Aires, ó si ladeando sobre su izquierda, se aproximaba al Tío, para ponerse sobre el camino más directo de Santa Fé. Recuerdo que hice cuanto estuvo en mi mano para saber positivamente su dirección, y que todas mis diligencias no me dieron sinó noticias muy vagas y aún erróneas. Pero aún cuando hubiese tenido las más exactas, en el estado que estaban las cosas, y habiéndose alejado algunas leguas, no hubiera obrado de otro modo.

Recuerdo también, que el coronel La Madrid me dijo su opinión de marchar sobre Buenos Aires, esforzándola con cuantos argumentos le sugirió su alegre imaginación; pero hasta ahora me cuesta persuadirme que me lo dijera con plena convicción, pués que un desatino semejante, no podía emanar de una cabeza medianamente organizada.

El ejército se componía de milicias, y aún lo que se decía tropa de línea, en su mayor parte era poco ménos, porque era recientemente reclutado. Lo que nos ha dicho el mismo La Madrid, de lo que hicieron sus milicianos en la carga del día antes, quienes la convirtieron en fuga y la

llevaron hasta sus casas, es una muestra de lo que podría temerse, no solo en un día de conflicto, sinó en el momento que diésemos un paso adelante. Es seguro que á haber continuado la marcha, se nos desertan las milicias con pocas excepciones.

Nuestras caballadas habian sufrido bastante, y sin eso no teníamos ni con mucho, las bastantes, para emprender una campaña tan dilatada. Hubiera sido, no solo imprudencia, sinó una imbecilidad, el emprender desde allí una invasión que podía llevarnos á más de cién leguas, perdiendo nuestra línea de operaciones, nuestras comunicaciones con todas las provincias, y dejando al enemigo en el territorio que nos habíamos propuesto, y que estábamos comprometidos á defender.

Desde el momento que esto hubiese sucedido, las provincias todas del interior, caian en poder del enemigo, y debíamos contarlas á ellas mismas como enemigas. Si antes habíamos venido de Buenos Aires á libertarlas, abandonándolas ahora á sus caudillos, hubiéramos tenido después que emprender la misma tarea, de modo que aunque hubiésemos sido tan felices que triunfásemos de Rosas, la guerra no dejaba de ser interminable.

Pero, desengañémonos, no era tan facil libertar á Buenos Aires, como la fantástica imaginación del general La Madrid se lo persuade. En su frontera estaba el ejército de reserva del general Balcarce, y aún después de marchar este á Córdoba, quedó otro cuerpo de tropas á las órdenes inmediatas del mismo Rosas.

En cuanto á Santa Fé, no se necesita sinó echar una ojeada sobre la historia de las guerras de nuestro país y la de esa provincia, en vida de ese caudillo, don Estanislao Lopez, para convencerse, de que no era tan sencillo su sometimiento. Había olvidado el coronel La Madrid lo que sucedió á los generales Viamont, Diaz Velez, Dorrego

y Belgrano, y al mismo general Lavalle, que supusieron una empresa facil, someter esa provincia de *gauchi-soldados* dirigida por el caudillo *decano,* de la federación? Es notable el vértigo en que se constituyen las cabezas, cuando se dejan dominar por un falso entusiasmo que no es otra cosa que el desorden de sus ideas y también de sus pasiones.

No menos admira que el general La Madrid, que tanto censura al general Lavalle, porque permitió la expedición de Córdoba, dejando mal segura la provincia de Buenos Aires, alegando que *no debió ocuparse de la casa agena mientras la suya estaba amenazada de incendio.* Olvida ahora su máxima, pretendiendo que debí abandonar las provincias que estaban á nuestra devoción, para emprender una invasión descabellada, para la que no era llegado el tiempo, ni la ocasión, ni la oportunidad. Si hay alguna diferencia en los dos casos, no es favorable al general La Madrid, pués que en Buenos Aires quedaba con el general Lavalle un ejército fuerte, mientras yo dejaba las provincias enteramente indefensas.

Es de la más patente evidencia, que siguiendo su consejo, hubiera tenido muy pronto que retroceder después de haber concluido mis caballadas, y sufrido una enorme deserción, so pena de no hacerlo así, de llegar pronto á un estado en que no pudiera ni avanzar ni retirarme. Tal hubiera sido infaliblemente el resultado de una campaña ofensiva, emprendida sin base, sin movilidad, sin fuerzas adecuadas, y sin los recursos y elementos necesarios.

Creo había demostrado, que en la situación en que me encontraba no podía pensar sensatamente en una invasión á las provincias de Santa Fé y Buenos Aires, si es que por invasión se entiende una campaña ofensiva en forma, y no una invasión pasajera como las que practican los bárbaros del sud. Estoy seguro que el general La Madrid, ni entón-

ces ni ahora se ha hecho esta distinción, ni se ha dado cuenta exacta de lo que pensaba, y acaso de lo que quería.

Su imaginación inquieta y ambiciosa se avenía mal con una guerra metódica, y con un rol subalterno, después del independiente que había jugado en la Rioja y San Juan; quería á toda costa, procurarse otro más adoptado á su genio y que se asemejase más al que acababa de dejar; con este fin tenía la vista fija en cualquiera variación que diese una situación diversa. Deseaba ardientemente mudar de teatro, y sobre todo, trasladarse á Tucumán; sospecho que para conseguirlo, se proponía precipitar las operaciones, chapurrar la campaña, de modo que nos veríamos pronto precisados á retirarnos á dicha provincia, que era nuestro último recurso. Si se considera que él tenía su familia en Córdoba, y que no podía conformarse con dejarla en poder de los enemigos, adquiere mi sospecha un mayor grado de probabilidad. Puede que le parezca mi juicio temerario al que leyere estos renglones, pero le pido un poco de paciencia, para que se convenza que no es destituido de fundamento. El mismo general La Madrid se encargará de justificarlo.

Mi plan de campaña era una consecuencia de mi situación militar. El, como en las invasiones anteriores de Quiroga, era defensivo, pero sin renunciar á su ofensiva, toda vez que conviniese tomarla. Era própiamente lo que llaman algunos autores militares, *defensiva ofensiva*, y lo acababa de probar dirigiéndome sobre Lopez y buscándolo en su propio campo. Esto mismo había hecho con Quiroga, en las dos campañas anteriores, y lo repetí muchas veces buscando una batalla que el general Lopez evitaba cuidadosamente, pero que al fin debía verse precisado á aceptar. Así hubiese sucedido, sin la fatal casualidad que me hizo caer en sus manos.

Disculpo hasta cierto punto al general La Madrid, por-

que según advierto, no ha comprendido hasta ahora lo que yo me proponía, que era sin duda lo que me permitía la situación en que nos hallábamos. Si se admitiese como regla general, que una invasión se debe repeler con otra, abandonando el país que se defiende, podría hacerse cargo á todos los generales que se han visto en iguales circunstancias, ya sea en nuestro continente, ya sea en el otro emisferio. Puede ser que alguna vez sea esto conveniente y posible, pero será muy raro, y aún admitido esto, debe advertirse que en ninguna ocasión era menos practicable que en el caso en que nos hallábamos. Teníamos entonces la doble tarea de apagar las chispas de la rebelión interior, que saltaban por todas partes, y la de rechazar al enemigo exterior, que nos llamaba por el frente.

Si faltase algo para demostrar la exactitud de cuanto he dicho, vendrian los hechos á comprobarlo. Ni bién me había alejado de Córdoba algunas leguas para perseguir á Lopez hasta los Calchines y Zorros, cuando una fuerza enemiga se había pasado por mi izquierda, penetrando hasta los suburbios de la capital de la provincia. Para oponérsele, fué destacada por el Gobierno delegado, una parte de su guarnición, que consistía en las milicias de la misma ciudad, y fué entonces que se sufrió la sensible pérdida de los recomendables jóvenes don Juan Bautista Ocampo y don Juan de Dios Moscoso, muertos, recibiendo peligrosas heridas don Juan Correa, y otros no menos decididos patriotas. Entonces fueron también prisioneros, don Pastor Frias, don Francisco Isasa, con algunos más, que ahora no recuerdo. Al fin, el valiente oficial retirado, don N. Santivañes, salió de Córdoba con dos compañías de infantería, y logró rechazar los enemigos, pero sin causarles pérdida sensible, ni perseguirlos.

Á esta sazón me replegaba yo con el ejército desde los Zorros, sobre mi primera posición, que era sobre el río

Segundo, pero no sobre el Pilar, al que dejaba algunas leguas á mi espalda. Era más que probable, que la fuerza enemiga que se retiraba de Córdoba, pasase con su presa por determinados puntos, que me propuse tomar para escarmentarla.

Con este fin, dirigí á ellos tres divisiones, una de las cuales era mandada por el coronel La Madrid, yendo la del centro á mis órdenes inmediatas. Por la tarde se separaron las tres divisiones muy circunstanciadas para ocupar los puntos designados, y esperar la madrugada siguiente, hora en que según todas probabilidades, debía el enemigo procurar su escape.

Todo salió como estaba previsto, siendo el punto en que estaba situado el coronel La Madrid, el que eligió el enemigo para su tránsito. Veamos como se condujo.

No entraré en detallar el modo como distribuyó su fuerza para descubrir la avenida que le estaba encomendada, y no tengo motivo para suponer que no fuese el que convenía. Más, lo cierto es, que el Comandante, del que él llama regimiento de voluntarios, con una compañía de infantería, no solo sintió al enemigo después de entrado el día, sinó que se encontró con él. ¿Qué hizo entonces el famoso Comandante, con el no menos famoso regimiento? Se esquivó de los enemigos en vez de cargarlos, costeando un bosque que le ocultó á la vista una guerrilla de doce ó diez y seis infantes, que había desprendido por un flanco á cargo del teniente Refojos. El enemigo que vió solo á este oficial con su pequeña partida, volvió cara, y la acuchilló completamente, sin que el comandante Leiva, ni el famoso regimiento, hiciesen nada para socorrerla. El enemigo volvió á continuar aceleradamente su retirada, sin que ni Leiva, ni el coronel La Madrid, lo incomodasen sériamente. Don Pastor Frias, siendo uno de los prisioneros, es un testigo presencial del suceso.

Leiva fué juzgado y sentenciado á perder sus honores y empleo; el coronel La Madrid dió explicaciones (porque para nada faltan explicaciones para cualquier negocio), poco más ó menos, como las que suministra su Memoria. Como cualquiera puede juzgar de su mérito, me abstendré de decir mi modo de pensar, contentándome con indicar que así terminó el asunto por entonces, aunque dejando en mi ánimo impresiones muy desfavorables del ponderado entusiasmo de la división La Madrid, y que decía haber exaltado hasta las nubes con las vidalitas, y muy particularmente, con aquella de *la gran bolcada*. Sin embargo, me veo precisado á confesar, que por esta vez se condujo el señor La Madrid más sóbriamente en punto á proclamas, y arrogantes alocuciones, puesto que no nos regala con alguna, aunque el lance sin duda lo requería. El hecho es que trescientos montoneros santafecinos y cordobeses, al mando del capitán Pajón (Chula), acuchillaron á su vista casi, al valiente Refojos y su partida, sin que nadie lo protegiese, y lo que es más, ni aún lo vengase (1).

Es particular la importancia que dá el general La Madrid á la pérdida momentanea del río Cuarto, que no es más que un pueblecillo de campaña que encontró (porque quiso) Quiroga sobre su paso, y que estúpidamente se obstinó en atacar. Digo estúpidamente, porque su empeño pudo costarle muy caro sin un conjunto de circunstancias desgraciadas que no pendieron de mi voluntad, y entonces había perdido por un accesorio de poquísima importancia, el

(1) Con la ocasión de la excursión del capitán Pajón y del sustazo que les dió en Córdoba, muchos de los que clamaban, porque no abría una campaña ofensiva, cambiaron sus quejas en reclamos para que mandase, desmembrando el ejército, fuerzas que los defendiesen. Lo mismo sucedió en otros puntos, queriendo en cada uno, un ejército á sus órdenes.

gran objeto de su movimiento, que era penetrar en las provincias de Cuyo.

A la verdad, en una extensión inmensa por terrenos llanos y desiertos, es imposible impedir el tránsito rápido á una división ligera, que tiene la elección del punto por donde quiera penetrar. El del río Cuarto era sin duda, el más indicado, y de consiguiente, se habian tomado las prudentes precauciones; si estas no bastaron, sea porque faltaron las municiones, sea que no hubiese estado en mi mano privarlo, sea porque el comandante don Prudencio Torres se pasó al enemigo, no sé qué cargo fundado pueda deducirse, ni qué consecuencia quiera sacarse, para probar la inactividad con que se hacía por nuestra parte la guerra. Lo siento, pero á cada paso me veo forzado á descender á pormenores fastidiosos, para que se entiendan bién los sucesos.

El coronel Echevarría, cuya capacidad no puede ponerse en cuestión, estaba encargado de la frontera del sud, más el plán sobre que se había esta trazado, consistía en defender con los cívicos del lugar, el pueblecillo, de un golpe de mano, y hostilizar con las milicias al que intentase atacarlo, ó pasar por sus inmediaciones.

Tan lejos estaba de desatender esa parte de las fronteras, que desaprobé la remisión al ejército que hizo el coronel Echevarría, del escuadrón de lanceros del sud que tenía á sus órdenes, y solo consentí que quedase cuando insistió, asegurándome que no necesitaba su fuerza para la seguridad de la defensa que le estaba encomendada.

De municiones, tenía el pueblo un buén repuesto; más, en precaución se mandaba una cantidad mayor, cuando el oficial de milicias que las llevaba, supo que Quiroga lo circunvalaba, y sin más antecedentes retrocedió, sin lo cual no hubiera faltado tiempo y modo de introducirla.

Quiroga, como he dicho, pudo pasar á llenar el gran objeto de su misión, sin empeñarse en dominar por un día,

un puesto que no le era de la mayor importancia. Más, sea que se propuso por un golpe, primero dar una idea aventajada de su poder, sea (y lo es más cierto) por una ciega inspiración de su genio, que lo conducía á luchar con los obstáculos, aunque fuesen evitables, el hecho es que él se obstinó en tomar á viva fuerza la plaza, que solo estaba defendida por simples palizadas y por los cívicos y milicianos del lugar (1). La plaza se defendió bién, y no hubiera penetrado en ella Quiroga, sin la traición de Torres, quién le persuadió á renovar el ataque, revelándole la escasez de municiones. Así fué, que cuando Quiroga se disponía á dejar el pueblo en paz, y seguir su camino, se resolvió á una nueva tentativa que le produjo la deseada ocupación.

Lo que ella produjo al vencedor, fué poquísimo, y solo consistió en algunas armas y unos pocos prisioneros, pués que debe advertirse que los coroneles Echevarría y Pringles salieron de la plaza la noche antes con la mayor parte de la milicia, para volver á entrar el otro día, que ya se había marchado Quiroga.

En el tenáz empeño de censurar que se ha propuesto el general La Madrid, se enreda de un modo, que es difícil seguirlo, no solo para combatirlo, sinó para entenderlo. ¿Qué quiere significar cuando dice que: « el coronel Pringles, pu-
« do haber sido destinado en tiempo, á esperar á Quiroga
« en el río Cuarto, ya que no se quiso que él viniera, ó Vide-
« la Castillo»? Luego continúa: « Salió (Pringles) de San
« Luís á su encuentro, ó del río Quinto; no sé ciertamente
« de cual de estos puntos, pero sí que este último pereció
« como un valiente, no debiendo nosotros de ninguna ma-
« nera, haber perdido á tan distinguido jefe. Estas son las

(1) La milicia del río Cuarto, sobre ser la mejor mandada, pués el coronel Echevarría era un militar de mérito, era la más aguerrida, y la más adicta á nuestra causa. No sucedía lo mismo en otras partes.

« consecuencias que experimentó siempre todo general indeciso y vacilante! No fué esta la primera, pero tampoco « será la última ».

El coronel Pringles, gravemente enfermo en Córdoba, había obtenido licencia temporal para ir á San Luís á restablecerse. Cuando la invasión, hallándose muy mejorado, venía á Córdoba, y encontrándose con la invasión de Quiroga, se unió al coronel Echevarría para ayudarle á resistirlo. Luego que la Villa de río Cuarto cayó en poder de aquel, se dirigió á Mendoza, y en el camino se encontró con una pequeña división, que tenía cargo de observar al enemigo, y cuyo mando tomó, sin duda por orden del gobernador Videla Castillo. Por una imprudente confianza se obstinó en no creer que la fuerza que veian venir era contraria, y por un exceso de esa misma confianza, ó si se quiere, de valentía, despachó en retirada la fuerza, y se quedó con unos pocos hombres.

Estando ya muy cerca los enemigos, se puso en retirada, que tuvo que precipitar cuanto era posible, porque la persecución era tenáz, incesante y activa. Se cree que su caballo se fatigó; el valiente Pringles fué alcanzado, herido y muerto por los enemigos. Cuando lo supo Quiroga, manifestó sentimiento (1), y desaprobó débilmente su muerte que pudo haberse evitado, siendo falso todo lo que se ha dicho y escrito, el que mandó fusilar al matador.

El coronel Videla Castillo era gobernador de Mendoza, y aunque había mandado alguna fuerza de la que tenía, en tan importante provincia, le restaba otra considerable á la

---

(1) Quiroga, en los primeros pasos de esta campaña, manifestó sentimientos más humanos, mientras su poder no se consolidó con la victoria de Chacón. Inmediatamente que la obtuvo, desplegó la fiereza de su carácter, fusilando un día los oficiales prisioneros del río Cuarto y otros que había hecho en Mendoza, en número de 18, 20 ó más. La cabra tira siempre al monte.

que había reunido el contingente de San Juan, que venía á las órdenes del comandante don Indalecio Chenaut. Las órdenes que tenía aquel jefe, eran las de aumentar su poder militar cuanto le fuese posible, hacer frente á Quiroga, y estar pronto para los movimientos que nos indicase el curso de los sucesos. Si él fué batido con fuerzas muy superiores, y contra todo lo que debía esperar la previsión humana, ¿qué tiene que ver esto y la muerte de Pringles, con la supuesta vacilación é indecisión del General en Jefe.

Videla estaba en su puesto, y con fuerzas sobradas para llenar la misión que estaba á su cargo; Pringles obró según las circunstancias, y según se lo aconsejó su espíritu valeroso ¿y en qué forma, entonces, puede reponsabilizarse al General, de hechos que sucedieron á la distancia y fuera de su inmediata dirección? Tan torpes censuras muestran más que estupidez, porque prueba un ánimo dañado y devorado por la envidia, los celos y la malevolencia.

Estos pobres sentimientos que jamás sospeché en el general La Madrid, no los hubiera creido si no los viera estampados de su puño. En todo el curso de sus Memorias se dejan entrever, pero en ninguna parte los deja sentir como en el párrafo siguiente, que ensarta, sin que venga al caso, porque á la verdad, no se trataba de ninguna acción arriesgada que se le hubiese exigido.

« ¿Por qué, pregunto, á los que me acusan de temerario, « porque he cargado el primero al enemigo en los lances de « mayor peligro, para alentar á mis soldados y conducirlos « á la victoria, cuando en los casos desesperados se han « acordado de mí, para mandarme al sacrificio, puede de- « cirse, no solo no acusan esta imprudencia que nos ha « perdido siempre, sinó que la encomian » ?

Pasaré por alto toda observación sobre la hiél que destilan estas palabras, que demuestran, á no dudarlo, los sentimientos mezquinos, del señor La Madrid hacia mi persona,

para ocuparme del concepto que quiere arrojar sobre sus procedimientos militares, comparados con los de otros, y muy particularmente, con los mios.

¡Con qué usted, señor general La Madrid, con eso que llama su temeridad ó energía, ha llevado sus soldados á la victoria, mientras otros, y yo entre ellos, observaron una prudencia que siempre nos ha perdido! Es preciso, no solo la impavidez más desenfrenada, sinó toda la ceguera de las pasiones, para que se produzca así un General que ha perdido todos los ejércitos que ha mandado en jefe, sin ganar una sola batalla, y que lo haga dirigiéndose al General bajo cuyas órdenes ha visto únicamente la cara de la victoria, en batallas generales y campales (1). Si esto se dijera después de cién años, podía pasar el embuste; pero cuando existen tan frescas las tradiciones y tantos testigos presenciales, es el colmo de la impavidez, de la torpeza y de la demencia.

Facil es conjeturar que todas esas escenas ridículas que refiere el general La Madrid, acaecidas entre ambos, sinó son supuestas, son enteramente desfiguradas. Por punto general solo diré, que si las intenciones del general La Madrid eran dañadas con respecto á mí, su porte exterior siempre fué comedido, y cual corresponde á un jefe subalterno. De mi parte, jamás descendí de mi posición, conservando la que me asignaba mi destino. Esta advertencia bastará para contestar á esas estrafalarias relaciones de conferencias y discusiones, sobre operaciones militares,

---

(1) Por los años 23 ó 24, se sostuvo por la prensa una polémica entre el coronel Arévalo y La Madrid, de resultas de un encuentro con los indios de que hace mención su Memoria. La Madrid hizo una reseña de todos sus combates, más como casi todos eran desgraciados, dijo: *el centinela mio me engañó*, poco más ó menos. No puede dudarse que el coronel La Madrid ha combatido mucho, pero desgraciadamente, por lo cual merece el título de *famoso perdedor de combates*.

que se complace el autor de las Memorias, en multiplicar hasta el infinito, adornándolas con colores propios de su imaginación y de su pluma. Si algunas veces he conferenciado con el coronel La Madrid, como lo hacía con los demás jefes, ha sido apreciando siempre en su justo valor, las opiniones del que me las daba, sin despreverme de mi propio juicio.

Hecha esta advertencia, que servirá para ahorrarme otras explicaciones, siempre que el señor La Madrid incurra en esa clase de inexactitudes, diré algo sobre el proyecto de expedicion al sud de Buenos Aires, de que hace tanta ostentosa parodia.

Sin haber oido ni hablado una palabra todavía con el coronel La Madrid, tuve el pensamiento de mandar al coronel Echevarría sobre el sud de Buenos Aires, y efectivamente, hizo una excursión que dió poco resultado, para después repetir el mismo movimiento, reforzando á dicho jefe con la pequeña fuerza que mandaba el coronel Acha, y aún se preparó algo para la expedición de este; más, vinieron luego circunstancias que me obligaron á variar de resolución.

Rosas y Lopez, que al principio habian librado todo el éxito de la campaña, en la guerra de partidos y movimientos, ó hablando más própiamente, á la guerra que llamamos de montonera, no habiendo podido vencer, hicieron marchar el ejército de reserva á las órdenes del general don Juan Ramón Balcarce. Este llevaba mucha infantería, un gran tren de ligera y gruesa artillería y pesados bagajes, que ocupaban considerable número de carretas.

Desde que ambos ejércitos enemigos, es decir, el de operaciones y el de reserva, se hubiesen reunido, tenía Lopez que renunciar á su sistema de retiradas, y aceptar simplemente la batalla que le hubiera ofrecido. No se necesita ser militar para conocer que esa futura batalla era el punto

esencial y decisivo de la cuestión, y que ganarla ó perderla, importaba la solución de toda la campaña, y quizá de toda la guerra.

Sentado este antecedente, cualquiera comprenderá (menos el general La Madrid, que según se vé no conoció entonces ni ha conocido hasta ahora, á pesar de ser de la profesión) que debía tener reunidos todos mis medios, ó por lo menos, no dispersarlos á tan grandes distancias, que no pudiese contar con ellos en el solemne día del conflicto. ¿Qué podian aprovechar algunos sucesos parciales (si es que se obtenian, porque era muy dudoso) que tuviesen lugar en el Pergamino ó Rojas, si el ejército era batido en las inmediaciones de Córdoba? ¿Ese mismo cuerpo ó división que los había obtenido, no estaba completamente perdido? Nada de esto reflexiona el General (1), ó por lo menos sacrifica la razón y el buén sentido, al placer de darse el aire de *temerario* entre los necios que tengan la candidez de escucharlo. Así era antes, y no se ha corregido.

En las guerras populares de nuestro país, más que en ningunas otras, el principal talento del general consiste en saber á propósito extender una acción, fraccionando sus fuerzas, y á propósito reunirlas, porque ambas cosas llevadas al exceso, tendrian graves inconvenientes. En el primer caso, se expone á ser batido en detal; en el segundo, puede limitar su acción al terreno que pisa. Aún otra vez, nada

(1) Me han asegurado, que hace dos años proponía que le diesen en Montevideo, ciento cuarenta hombres para hacer un desembarco en las costas occidentales del Río de la Plata, y sublevar las poblaciones que las habitan, contra Rosas. Bién se echa de ver, que no se merecía el proyecto de que se le mire como otro don Quijote; pero, además había la intención de procurarse un punto de apoyo para principiar una cadena interminable de petitorios y exigencias. Se proporcionaba también un primer escalón para una nueva carrera, semejante, no lo dudo, á aquella anterior, de que lo habian hecho descender sus desaciertos y disparates sin cuento. *Todo está en empezar, salga lo que saliere.*

de esto comprende el general La Madrid, y por eso no puede darse cuenta de mis operaciones.

Yo debía determinarlas por las noticias que instantáneamente se tenian de los enemigos, y por las ocurrencias que de un momento á otro podian sobrevenir. El ejército de Lopez, que estaba más ó menos distante, pero siempre á nuestro frente, podía ser reforzado de un instante á otro, y aún hacer su reunión con el de reserva que estaba en marcha. La cuestión era, si estas contingencias nos daban tiempo para operaciones más ó menos lejanas, que nos dejasen esperanzas de reunir nuestras fuerzas cuando el caso lo requiriese. Mientras el general La Madrid no pruebe que ellas eran posibles sin faltar á esta condición esencial, no habrá hecho sinó charlar inutilmente.

Quién lea con reflexión las Memorias del general La Madrid, se convencerá de que desconoce enteramente estos principios. Buena prueba son de ello, sus campañas á la Rioja, á Santiago del Estero, y la muy estupenda última de Mendoza. No solo se echa menos en ellas la capacidad de un general, sinó hasta los recursos de una vulgar comprensión.

Lo que dice la Memoria, de un soldado santafecino pasado, que agregué á mi escolta y que luego desapareció, es un cuento despreciable, que no merece que me ocupe de él.

Por lo demás, no se crea que estábamos ociosos, pués se combatía sin cesar en todos los puntos de la provincia por donde penetraban los enemigos, ó donde se levantaban montoneras. El éxito era vario, pero el triunfo era seguro, para quién pudiera arrostrar por más tiempo esa clase de guerra particular de nuestro país. Nuestros soldados, y más que ellos, uno ú otro jefe como el coronel La Madrid, estaban algo cansados; pero los soldados de Santa Fé y Buenos Aires, no lo estaban menos, como lo probaba la lentitud de sus operaciones, y la deserción que sufrian, Ro-

sas y Lopez, iban á echar el resto, y yo iba á hacer lo mismo. Una gran batalla era ya inevitable, y su decisión, era la solución del problema.

El general La Madrid se contradice claramente; pués, después de decir que el ejército estaba quieto, sin hacer más que ir del pasto á la agua, y de la agua al pasto, agrega, que el soldado se aburría con marchas y contramarchas. ¿Cómo podian hacerse estas, si el ejército no se movía? Dice también, que el ejército no marchaba sobre el enemigo; sucedió así, que ni una sola vez que se presentó ocasión, dejó de hacerlo, pero siempre teniendo presente mi plán de no perder mis comunicaciones, ni empeñarme en una marcha dispendiosa de mis caballos, é inútil que era, á la que el enemigo me provocaba sin cesar. Alguna vez apeló el general La Madrid al testimonio de los enemigos, y yo acepto su apelación: que diga el proto-gaucho Lopez, el proto-caudillo Quiroga, y toda la turba de caciques que lo seguian, si alguna vez han tenido que emplear más esfuerzos, más trabajos, y más tesón, para combatir á sus enemigos.

Dos eran los jefes principales del ejército, cuyas esposas estaban en Córdoba: repentinamente, ambos vinieron á pedirme licencia para ir á visitar sus familias, y ambos la obtuvieron. Eran los coroneles La Madrid y Pedernera, que habian sido incitados por sus caras mitades á dar este paso á un mismo tiempo. No fué difícil ver que ellas mismas habian sido instigadas por alguno, con el objeto de tratar asuntos de grave trascendencia con sus maridos.

Ya se había notado desde dias antes, que al coronel La Madrid le llegaban uno que otro cajón de vino de Burdeos y de dulces, á que es tan afecto. Con estos adminículos preparó unos cuantos *medios convites,* que dió á varios jefes del ejército, procurando popularizarse y ganar prosélitos.

Sin penetrar yo en el fondo de estas maniobras, me ha-

bía apercibido, y estaba á la mira de sus operaciones. Otros jefes juiciosos se habian alarmado, y me comunicaron en reserva sus inquietudes, no de un cambio que no tenía medios de practicar, sinó de un escándalo que siempre desmoraliza y disgusta. Buén desengaño había sufrido el general La Madrid en sus mismos convites, cuando tanteando el vado, había encontrado los ánimos de los demás jefes, fieles á mi amistad y á la disciplina. Ya lo dije otra vez, y lo repito: pienso que jamás faltó al coronel La Madrid la voluntad y deseo de conspirar, aunque vistiéndose siempre de un ropaje hipócrita y de un falso patriotismo; pero jamás se le presentó ocasión de hacerlo con probabilidades de suceso, y en esta ocasión como en otras, retrocedió después de haber aventurado algunas preliminares diligencias.

Sus censuras y cantinelas hallaron más eco entre tres ó ó cuatro, quizá en uno solo del pueblo, que entre los valientes del ejército, y ese ó esos, fueron los que invitaron á las señoras mencionadas á que llamasen á sus maridos. El, sinó el único de estos agitadores, era el mismo don Elias Bedoya, á quién había expulsado un año antes del ejército, y que por supuesto, no se animaba á volver. Sin duda había algunos otros descontentos, fuera de este campeón de la anarquía, pero es indudable que en su intentona, si es que pensó sériamente en una asonada, estaba solo.

No es extraño que muchos, cansados de la duración de la guerra, deseasen su conclusión, y que cuando les decian que la inactividad del General era la causa de que se prolongase, uniesen sus quejas á las de los otros. Pero es enteramente falso que la opinión pública estuviese de acuerdo con los díscolos, y mucho ménos, que la Sala de RR. estuviese dispuesta á privarme del mando del ejército. Si se dijera del gobierno de la provincia, para que me había

elegido, podía ser creible, pero del mando del ejército nacional que había traido desde Buenos Aires, y que habian confirmado todas las del interior, es fuera de toda posibilidad. Además, quitarme el mando del ejército, dejándome el de la provincia, hubiera sido colocarme expresamente en una posición hostíl con la Sala de RR., y esto solo importaba una disolución. La revolución, en caso de hacerse, debía ser completa, y en ese caso, es extraordinariamente singular, que no lo diga el general La Madrid.

Por los dos personajes únicos con quienes habló, que fueron los señores Bedoya y Olmedo (el mismo que estuvo en Montevideo), ya se puede deducir la importancia de este negociado. Bién lejos estaban de ser órganos de la Sala de RR., ni de representar la opinión pública. Ignoro aún si ellos pensaban por su cuenta, como dice el general La Madrid que se lo expresaron, pero sin desmentirlo positivamente, me inclino á creer que ni Bedoya en toda su exaltación, pensaba que convenía practicar lo que decía.

Juzgo aún, que su objeto era empujarme, haciéndome miedo con una destitución, que no podía intentar, ó mejor diré, haciéndome vislumbrar un pronunciamiento de la opinión pública, que él pretendía interpretar. Al decírselo á La Madrid y á Pedernera, solo quería que ellos me diesen la alarma, y cuando esto no surtiese efecto, acaso desearía echar mano de algunos extremos. Diré en lo que me fundo, para pensar así.

La cuestión de recursos, era por de contado esencialísima y vital, y á nadie se le ocultaba que su deficiencia era uno de los grandes inconvenientes con que tenía que luchar. Un día, el doctor Olmedo, que era mi secretario, después de haber hecho un viaje á la ciudad, vino á decirme de algún proyecto que algunos patriotas tenian entre manos, para proporcionar al ejército ción mil pesos, con tal que abriese una campaña ofensiva. Luego advertí el

origen y la futilidad de este ofrecimiento, y lo recibí con el más soberano desprecio (1). La consideración solo del personaje que servía de órgano para la proposición, la hacía en extremo ridícula.

Sin embargo, coincidiendo el tiempo en que se me hacía, con el en que se le hizo, lo que dice el general La Madrid, puedo creer que ambas tenian un mismo origen y objeto. El señor Bedoya, arrastrado por las declamaciones del señor La Madrid, y por su propio genio, se persuadía que en mí consistía marchar á tambor batiente sobre Buenos Aires y Santa Fé, anonadar á los caudillos y plantear una nueva administración, según sus deseos. En el fondo me era desafecto, pero no creía que era llegado el tiempo de romper el instrumento.

El general La Madrid hace una exclamación muy sentida, por no haber aprovechado las disposiciones que le manifestó Bedoya, pués que aceptando el mando de que se pensaba destituirme, hubiera resultado un gran bién: es decir, puesto él á la cabeza de los negocios, hubiera hecho triunfar la causa y salvado la República de la opresión en que gemía.

Por fortuna mía, los hechos van inmediatamente á desmentirlo, y él mismo por su propia boca vá á confesarlo, sin que nos deje el más ligero género de duda. Pronto lo veremos.

Antes indiqué que el general La Madrid tenía fija su atención en la provincia de Tucumán, y á esta sazón empezó á manifestarlo sin rebozo. Me dijo que quería irse,

(1) Eran los mismos que se quejaban (según el general La Madrid) de que las montoneras se aproximasen á la ciudad, sin advertir que apenas me retirase, caerian sobre ella, la estrecharian, y la tomarian sin que pudiese remediarlo. ¡Qué inconsecuencia!

y consentí de plano en ello. No diré que era peligroso, porque jamás se desmintió el concepto que me dispensaron el pueblo y el ejército, pero era incómodo é inquieto, y no dejaba de hacer mal con sus eternas habladurias. Bastante lo manifiesta con sus ridículas desconfianzas y sus miedos absurdos, de que lo hiciese comprender por el enemigo, y de que lo llamase á mi Cuartel General para cometer una revolución. No necesitaba decírmelo para corregirlo, cuando hubiese deseado hacerlo. Por lo demás, no descenderé á contestar inepcias dignas del más profundo desprecio.

A los dos ó tres dias de haberse marchado á Córdoba el señor La Madrid, para seguir su viaje á Tucumán, con su familia, quise también trasladarme rápidamente á la capital de la provincia, para cerciorarme de ese clamor público que se trataba de exagerar. Me detuve efectivamente en una chacarilla inmediata, desde donde hice llamar á dos ó tres personas notables, pero es inexacto que una de ellas fuese el coronel La Madrid.

Por la noche entré á la ciudad, y tuve una conferencia con el Gobernador delegado y los Ministros, en que propuse dirigirme á la Sala de RR. para pedir recursos, si querian que se continuase la guerra. Se me aconsejó que reuniese, antes de dirigirme á la Sala, á las personas más notables de la población, y que les pidiese su parecer, incluyendo esas mismas que se suponian disconformes con la marcha de los negocios. A pesar de su oposición, don Elias Bedoya no fué incluido en ese número, pero sí su hermano, que por todos títulos merecía más atención y respetos.

Preferí este arbitrio, y á la mañana siguiente fueron citados á Casa de Gobierno, cosa de veinte personas de las más espectables y adictas á la causa. Recuerdo que cuando se había reunido más de la mitad de ellas, vi que se colaba

en la sala, muy calladito, el coronel La Madrid, y que sin más ceremonia se dirigía á tomar asiento. Preguntándole entonces si había sido llamado, ó si se le ofrecía alguna cosa del servicio, me contestó que no; oido lo cual, lo mandé retirarse, como lo hizo inmediatamente.

Pienso que él no había cesado en sus pobres intrigas con Bedoya, pero me daban tan poco cuidado, que ni se me ocurrió cruzarlas por otro medio, que por el muy digno, muy público, y muy patriótico, que adopté. Efectivamente, él bastó para desbaratarlas, en términos, que me convencí que podía servirme del mismo coronel La Madrid, sin el más pequeño peligro.

Después de reunidos los ciudadanos que se habian llamado, principié atacando las hablillas de los díscolos, que tan lejos de ayudar al Gobierno en la patriótica obra de salvar el país, cooperaban eficazmente á aumentar los embarazos con que tenía que luchar, haciendo positivos servicios al enemigo. Hice formales interpelaciones para que dedujesen esas quejas, que algunos por medios indirectos, se proponian hacerme entender que eran generales. Nadie dijo una palabra que pudiera fundarlas, aunque nada tuviesen que temer de mi parte, por la franqueza á que yo los provocaba con todas mis fuerzas. Si algunos pudieron hablar y callaron, no fué, estoy seguro, por miedo de mí, sinó por respeto á la verdadera opinión pública, de que ellos falsamente se habian querido constituir de órgano.

Pasé en seguida á detallar la situación del país y el estado de la guerra, alentando los ánimos, pero sin ocultar los peligros, procurando relevar el patriotismo, pero sin excitar un falso y fosfórico entusiasmo.

Finalmente dije, que para continuar defendiéndonos y aún para dar más nervio á la guerra, eran necesarios recursos; más, que no pudiendo conseguirse por medios ordinarios, era preciso tocar los extremos. Que si creian con

veniente llegar á ese paso, lo dijesen francamente, para pedir á la Sala de RR. una autorización al efecto.

Todos respondieron unánimes, acordándome un voto de ilimitada confianza, y ofreciéndome su cooperación para llevar adelante la obra de que estaba encargado. Quizá no todos fueron sinceros en la emisión de su dictamen, pero como dije antes, se vieron arrastrados por la irresistible fuerza de la razón y de la sana opinión pública.

Como casi todos los ciudadanos que se habian reunido eran los que componian la Sala de RR., la adopción de la medida no podía tener en ella el menor obstáculo; así fué, que la autorización que concedía al Gobierno la facultad de exigir un empréstito forzoso, apremiando á los remitentes, pasó inmediatamente.

Dado este paso, que chocó siempre á mis principios y á mi carácter, era forzoso buscar una persona adecuada que se encargase del Gobierno en delegación, para que lo llevase á efecto, y he aquí, que me acuerdo del coronel La Madrid, que tantas veces se había ofrecido para tan odiosa comisión. Lo llamo, se lo propongo, y no necesito mucho esfuerzo para persuadirlo que la acepte con la mejor voluntad del mundo. No es que desistiese de su viaje á Tucumán, pero era mejor hacerlo, sin llevar las manos vacias.

El honorable anciano, coronel don Julián Martinez, que había sido hasta entonces Gobernador delegado, cedió al punto su puesto con la más perfecta conformidad, y como los ministros señores Fragueiro y Sarrachaga, quisiesen también dejar los suyos, dejé para reemplazarlos, al doctor don Eusebio Agüero y don Julián Paz. Fué recién entonces que entró este á desempeñar el ministerio de la guerra. Ellos ofrecian una garantía de que la autorización concedida al Gobierno, no ultrapasaría los límites de la necesidad y de la conveniencia.

Fué en esta ocasión, que mandé extender los despachos

de generales, á los coroneles La Madrid (1) y Deheza, más tan no me acuerdo de su resistencia á aceptarlo, que me inclino á creerla enteramente falsa.

La razón que tuve para expedir estos despachos, fué mi condescendencia á las persuasiones de mis amigos, que siempre me han reprochado mi excesiva tirantez y economía de grados militares. Me decian que era preciso abrir un poco la mano para hacer revivir el entusiasmo. No es decir que los agraciados no fuesen dignos por sus servicios, pero antes me había propuesto no hacer grandes promociones mientras no existiese una autoridad nacional bién constituida. La tremenda crisis en que nos hallábamos, me persuadió á salir de la senda que me había trazado; hé aquí todo. En cuanto á mí, ni antes ni después quise grado alguno fuera del que tenía.

Dejemos al general La Madrid en Córdoba, desempeñando su nueva misión, con el tino y habilidad que pondera, para volver al ejército adonde me trasladé inmediatamente. Allí me esperaba un suceso extraordinario, de que no tardaré en dar cuenta.

---

(1) El año 39, cuando se abrieron las puertas de mi calabozo para residir en Buenos Aires, con la ciudad por cárcel, como se dice, el general La Madrid había abrazado el servicio de Rosas, y asistia á todas las funciones, tanto religiosas como gastronómicas. Se hallaba también á la sazón el flamante general don Gregorio Paz, que era otro de los asiduos concurrentes, el cual era infinitamente menos antiguo en servicio que La Madrid. Sin embargo, ocurría la dificultad de la antigüedad del último grado, porque si era nulo el que yo le había dado, debia precederlo Paz, siendo lo contrario si se consideraba válido. Muy buenas ganas tenía entonces el señor La Madrid de hacer valer el despacho que dice, rehusó, y al efecto, alegaba con las debidas precauciones, para que se tuviese por tal.

CAPÍTULO XVIII

EL GENERAL PAZ PRISIONERO

Situación de don Estanislao Lopez.—El general Paz es hecho prisionero. —Espíritu de los montoneros.—Los jefes de la partida.—Precauciones que toman.—El baqueano.—Tentativas de evasión.—Amenazas é insultos al general Paz.—Conducta de Echagüe.—Llegada al campamento del general Lopez.—Tratamiento que dan Lopez y otros, al general Paz.—Marcha á Santa Fé.—Digna conducta del capitán Pajón.—Estado de ánimo del general Paz.—Proyecto de evasión.—Papel de Larrachea, Cullen, Maciel y algunos otros, en el gobierno de Lopez.

Todas las noticias que recibía eran contestes en que el ejército de reserva de Buenos Aires se aproximaba, y que se aproximaba también la crisis que debía terminar en una batalla general y decisiva. Al efecto, reunía también yo elementos, y el general Deheza, no obstante su culpable demora, se acercaba con su división buscando el contacto del ejército.

Sin perder de vista el gran objeto de mis cuidados, me propuse tentar aún una vez más á Lopez, para empeñarlo á un combate, antes que se reuniese al general Balcarce. Más, como esto era difícil si no se le sorprendía, apareciendo repentinamente al frente de su campo, procuré ocultar mis marchas cuanto fuese posible.

El ya general Deheza hacía la suya por una línea convergente, que debía reunirse á la ruta que yo llevaba á

cierta altura, atacando de paso á los Reinafé que se hallaban en la dirección que traía.

Adviértase, que cuando emprendí este movimiento, combinado, tanto Lopez con el grueso de su fuerza, como los Reinafé, cuya división entre las que obraban separadamente, era la más respetable, habian tenido que salir del territorio poblado de la provincia que antes habian penetrado, para situarse en los despoblados que lo circuyen. Lopez estaba en un lugar llamado La Yila, dos leguas afuera del Tío, que es la última población por ese lado, y Reinafé aún más enmarañado en el desierto, sobre mi flanco izquierdo.

La guerra se hallaba reducida á partidas que introducian, para promover y protejer la insurreción de la campaña, y á montoneras poco importantes de la misma campaña de Córdoba, sin que por esto dejasen de incomodarnos.

Don Estanislao Lopez, el patriarca de la federación, el discípulo de Artigas, el proto-gaucho de la República, el omnipotente caudillo que tantas veces había humillado á Buenos Aires, con su horda santafecina, sin embargo de estar auxiliado por las tropas de Rosas, por otros muchos caudillejos subalternos, como los Ibarra de Santiago, los Latorre de Salta, los Reinafé de Córdoba, y finalmente, con el triunfo de Quiroga en Mendoza, había desesperado de vencernos con su acostumbrada táctica, y se había confesado impotente, reclamando la cooperación de la infantería y de los cañones del ejército de Balcarce, que estaban para llegar.

Este fué el gran revés que sufrió la importancia política y militar de este caudillo, siendo consiguiente el descrédito de su guerra irregular, y de su sistema vandálico con que hasta entonces había triunfado. Tanto más patente era esta revolución, cuanto yo, por la diferencia de caballería, me había visto precisado á emplear la infantería de un

modo hasta entonces desconocido en nuestro país. Repito lo que otras veces he apuntado; que en las campañas del interior, siempre fuí inferior en aquella arma, pués aunque tenía el insigne regimiento número 2, era de tan poca fuerza, que por su número estaba muy abajo de las necesidades que me rodeaban. Todos los militares conocen (excepto quizá el general La Madrid) que no es obra de un día, el formar buenos soldados de caballería.

Dando principio á la operación acordada, me moví en la tarde del 10 de Mayo con dirección al enemigo. Al emprender la marcha mandé que se colocase la caballería á vanguardia; más, habiéndome contestado el coronel Pedernera que aún no estaba pronta, hice que tomase la cabeza el 5º de cazadores, y ordené que la caballería alargase el paso, cuando estuviese pronta, hasta incorporarse á la columna. La hora que era, no me permitía diferir más tiempo el movimiento, y me ví precisado á invertir por ello el orden en que había pensado colocar las diferentes armas. Este fué uno de los incidentes que contribuyó á mi desgracia, como luego se verá.

Habríamos andado cerca de tres leguas por un camino sumamente estrecho, pués atravesaba un inmenso bosque, y la noche se acercaba, cuando se empezó á oir muy distintamente un tiroteo entre una partida, quizá de mis guerrillas, y otra enemiga de mayor fuerza, con cierta diferencia. Me era muy conveniente escarmentar á esta, tanto para reprimir el vandalismo que se propagaba en la provincia de Córdoba, como para que siendo enteramente dispersada, no se tuviese noticia en el Cuartel General de Lopez, del movimiento que sobre él se dirigía.

Para lograrlo de una manera completa, quise instruirme de la posición respectiva de ambas fuerzas, y con este objeto hice avanzar al comandante don Camilo Isleño, que iba á poca distancia de la columna, y en seguida á don Polonio

Ramallo, con el mismo fin. Entre tanto, despaché un ayudante al coronel Pedernera, para que á la mayor brevedad mandase una compañía de cazadores, que era lo que juzgaba bastante para terminar, según mi deseo, con aquella función. El ayudante me hizo avisar que Pedernera se había quedado muy atrás, y que seguía en su solicitud, para acelerar por sí mismo, la remisión de la fuerza pedida.

Entre tanto, la noche se aproximaba, y por falta de luz veía que iba á malograrse un golpe, que aunque pequeño, era por las circunstancias dichas, de la mayor importancia en aquella ocasión. Por otra parte, temía que aunque llegase la fuerza de caballería que había mandado venir, podía serme aún indispensable invertir algún tiempo en tomar informes sobre la fuerza y calidad del enemigo, y sobre su situación, y para que nada de esto retardase la operación, resolví aproximarme en persona al teatro del combate, y esperar allí la caballería; creía, como era natural, tocar con la fuerza mía, antes que con la enemiga, lo que fué al contrario.

Estaba casi solo, es decir, sin mis ayudantes, á la cabeza de la infantería que mandaba el coronel Larraya, y al separarme adelantándome, me siguió solamente un ayudante, que lo era de Estado Mayor, un ordenanza y un viejo paisano que guiaba el camino. A poco trecho me propuso el guía (baqueano) si quería acortar el camino siguiendo una senda que se separaba á la derecha; acepté, y nos dirigimos por ella: este pequeño incidente, fué el que decidió de mi destino.

Cuando á mi juicio me hallaba á una distancia proporcionada del teatro del combate, lo que podía calcular por la proximidad del fuego que le sostenía, mandé adelantar á mi ordenanza para que, haciendo saber al oficial que mandaba la guerrilla que yo me hallaba allí, viniese á darme los informes que deseaba. Creía, que por su orden natural, la

fuerza que me pertenecía, estaría en aquella dirección, pero era de otro modo. El Comandante de la guerrilla sabía que debía aparecer una fuerza que, cooperando con él, exterminase completamente á la enemiga, para lo cual le había dado orden que entretuviese el fuego mientras esto sucedía; él, para lograr mejor lo que se le había prevenido, había colocado su partida dentro de un cerco, cambiando el frente de su línea de guerrilla, avanzando su ala izquierda; el enemigo, por un movimiento contrario, había tomado una situación paralela, de modo que ambas fuerzas contendentes, presentaban un flanco á la dirección que yo traía; es decir, la fuerza que me pertenecía, el derecho, y la enemiga, el izquierdo, y apoyados ambos en el bosque; allí mismo terminaba para hacer lugar á un escampado que servía de teatro á la guerrilla; había, sin embargo, una diferencia, y era que el camino principal que yo había dejado por insinuación del guía, iba á tocar el flanco derecho de mi guerrilla, y la senda por donde iba, tocaba, sin pensarlo yo, con el izquierdo de la enemiga.

Debe también abvertirse, que el ejército federal tenía divisa punzó, y no sé hasta ahora por qué singularidad aquella partida enemiga, que sería de ochenta hombres y pertenecía á la división de Reinafé, había mudado en blanca, la misma que arbitrariamente se ponian las partidas de guerrilla mias, que eran en gran parte de paisanos armados. Es también de notar, que en el mismo día, habiendo empezado á arreciar el frío, había cambiado yo de ropa, poniéndome un gran chaquetón nuevo, con cuyo traje nunca me habian visto, lo que contribuyó después á hacerme creer que me desconocian á mí los mios, como yo los desconocía á ellos. Estas fueron las causas de las fatales equivocaciones que produjeron mi pérdida.

El ordenanza que mandé no volvió más, y la causa fué, que habiendo dado con los enemigos, fué perseguido de

estos y escapó, pero tomando otra dirección, de modo que nada supe. Mientras tanto seguía yo la senda, y viendo la tardanza del ordenanza y del oficial que había mandado buscar, é impaciente por otra parte, de que se aproximaba la noche y se me escapaba un golpe seguro á los enemigos, mandé al oficial que iba conmigo, que era el teniente Arana, con el mismo mensage que había llevado mi ordenanza, pero recuerdo que se lo encarecí más, y le recomendé la precaución. Se adelantó Arana y yo continué trás él mi camino: ya estábamos á la salida del bosque; ya los tiros estaban sobre mí; ya por bajo la copa de los últimos arbolillos distinguía á muy corta distancia los caballos, sin percibir aún los ginetes; ya en fin, los descubrí del todo, sin imaginar siquiera que fuesen enemigos, y dirigiéndome siempre á ellos.

En este estado, ví al teniente Arana que lo rodeaban muchos hombres, á quienes decía á voces: *allí está el general Paz, aquel es el general Paz,* señalándome con la mano; lo que robustecía la persuasión en que estaba, que aquella tropa era mía. Sin embargo, ví en aquellos momentos una acción que me hizo sospechar lo contrario, y fué que ví levantados, sobre la cabeza de Arana, uno ó dos sables, en acto de amenaza. Mil ideas confusas se agolparon á mi imaginación; ya se me ocurrió que podian haberlo desconocido los nuestros; ya que podía ser un juego ó chanza, común entre militares; pero, vino en fin, á dar vigor á mis primeras sospechas, las persuasiones del paisano que me servía de guia, para que huyese, porque creía firmemente que eran enemigos. Entre tanto, ya se dirigía á mí aquella turba, y casi me tocaba, cuando dudoso aún, volví las riendas á mi caballo y tomé un galope tendido. Entre multitud de voces que me gritaban que hiciera alto, oía con la mayor distinción una que gritaba á mi inmediación· *párese mi General; no le tiren que es mi General; no duden que es mi*

General; y otra vez, *párese mi General.* Este incidente volvió á hacer renacer en mí la primera persuasión, de que era gente mía la que me perseguía, desconociéndome quizá, por la mudanza de traje. En medio de esta confusión, de conceptos contrarios, y ruborizándome de aparecer fugitivo de los mios, delante de la columna que había quedado ocho ó diez cuadras atrás, tiré las riendas á mi caballo, y moderando en gran parte su escape, volví la cara para cerciorarme: en tal estado fué, que uno de los que me perseguian, con un acertado tiro de bolas, dirigido de muy cerca, inutilizó mi caballo de poder continuar mi retirada. Este se puso á dar terribles corcovos, con que mal de mi grado me hizo venir á tierra.

En el mismo momento me ví rodeado de doce ó catorce hombres que me apuntaban sus carabinas, y que me intimaban que me rindiese; y debo confesar que aún en este instante no había depuesto del todo mis dudas, sobre la clase de hombres que me atacaban, y les pregunté con repetición quienes eran, y á qué gente pertenecian; más, duró poco el desengaño, y luego supe que eran enemigos, y que había caido del modo más inaudito en su poder. No podía dar un paso, ninguna defensa me era posible, fuerza alguna de la que me pertenecía, se presentaba por allí; fué, pués, preciso resignarme, y someterme á mi cruel destino.

Me dijeron que montase á la grupa de uno de los soldados que me rodeaban, que era precisamente el que habiendo servido antes á mis órdenes, me había conocido y me gritaba que me parase, dándome el dictado de General; yo mostré alguna repugnancia, y él accediendo á mi muda insinuación, dijo resueltamente, que no lo consentiría; se le ordenó entonces que me diese su caballo, y que pués no quería que yo subiese á la grupa, que la ocupase él, en lo que convino, y se hizo al instante. Así dejamos aquel lugar, mientras dos ó tres se ocupaban en desenredar las bolas de

mi caballo, los que se nos reunieron luego con él, de diestro, y siguieron hasta cierta distancia, en que considerándose libres de una persecución inmediata, se ordenó la marcha de otro modo (1).

He empleado más tiempo en referir este lance, y se ocupará más en leerlo, que el que se invirtió en realizarse. Todo fué obra de pocos instantes; todo pasó con la rapidéz de un relámpago; el recuerdo que conservo de él, se asemeja al de un pasado y desagradable sueño: por lo pronto, era tal la multitud de consideraciones que se agolpaban á mi espíritu, tal la confusión de ideas, tal la diversidad de sensaciones, que si no era casi insensible, era menos desgraciado de lo que puede suponerse.

No obstante, pude admirar la decisión de aquellos paisanos que se habian armado para sostener una opinión política que no comprendian. ¡Qué actividad! ¡Qué brevedad

---

(1) El general La Madrid, que era ya gobernador delegado de Córdoba, me sucedió también en el mando del ejército.

Si algún extrangero, amigo de mi causa, que no conozca la historia de nuestro país, leyese por primera vez las Memorias del general La Madrid, al llegar á este punto, se felicitaría, pués debería esperar que hubiese sucedido un cambio favorable en los negocios, ya políticos, ya de la guerra, por el advenimiento al mando de un Jefe cuyas sublimes concepciones lo habian previsto todo con anticipación, cuya bravura hacía temblar á los enemigos, y cuya aura popular, lo elevaba al más alto grado del favor público.

Debería esperar ese extrangero, que los RR. del pueblo, que antes habian ofrecido al general La Madrid el gobierno de la provincia, sin correr los peligros y lo odioso de una destitución violenta del que lo obtenía, lo dejasen para ejercerlo, ahora que se les había allanado el camino por un suceso que estaba fuera de todo cálculo.

Debería también creer ese extrangero, que el pueblo, que tan disgustado estaba de la inacción del general Paz, y que silvaba al ejército por la misma razón, prodigaría sus recursos y su más cumplida cooperación al nuevo General, dotado en grado eminente de las cualidades contrarias á los defectos de aquel.

Debería persuadirse ese extrangero, que los jefes del ejército que tanto criticaban al antecesor del general La Madrid, por su irresolución, y que lo comisionaron á este para que representara á nombre de todos, le darian la más eficáz asistencia cuando estaba en aptitud de satisfacer por sí mismo sus bélicas aspiraciones.

y armonía en sus consejos y consultas, que se sucedian con frecuencia! ¡Qué rapidez en sus movimientos! ¡Qué precauciones para no dejar escapar su presa! ¡Qué sagacidad para evadir los peligros que podian sobrevenirles! Se creería que habian sido bandidos de profesión; sin embargo, como hasta ahora, que eran más bién impelidos por influencias personales que por otra consideración, advertí que cuando raciocinaban sobre aquella guerra y las causas que la habian producido, se entibiaba notablemente su ardor; además, estaban imbuidos en los errores más groseros sobre la administración que regía la provincia, y sus oficiales tenian un gran esmero en que no les desengañasen. En lo general fuí considerado, hasta cierto punto, y con pocas excepciones, no les merecí ni vejámenes, ni insultos. En el curso de esta narración se verá comprobado.

Lo que he dicho acaeció el 10 de Mayo de 1831 como

Debería prometerse ese extrangero, que el general La Madrid, dueño de sus acciones y dotado de una energía que toca en la temeridad, iba inmediatamente á poner en práctica esos planes ofensivos, cuyas ventajas había proclamado, y por cuya adopción había abogado con un tesón incansable.

Debería pensar que el nuevo General armado, de *su invencible resolución*, marcharía sin tardanza sobre Lopez, que destruiría su ejército en seguida, que penetraría en Santa Fé y Buenos Aires, y libertaría dichos pueblos. Debería, en fin, pensar que el general La Madrid, al menos por guardar consecuencia, haría algo de lo que había aconsejado y prometido.

Veremos como se realizaron estas esperanzas.

Luego que se supo que me hallaba prisionero, se ocupó la Sala de RR. de la persona que debía sucederme en el gobierno, y tan lejos estuvo de pensar en el general La Madrid, que se fijó la opinión unánimemente en el señor don Mariano Fragueiro, sin embargo que por esta vez, no hubo ese cómico desprendimiento, de que en otras ha hecho ostentación el señor La Madrid. Muy al contrario; se queja con la mayor amargura de que se debilitase su acción, separando el mando político del militar, que ya ejercía en el ejército. Para colmo de inconsecuencia, alega que hubo también despojo injusto, porque siendo Gobernador delegado en lugar mío, piensa que se me destituía indebidamente nombrándome un sucesor, lo que á su juicio no debía ser, aunque me hallase prisionero.

Dejando á un lado lo erróneo de esta doctrina, me detendré solo un momento para observar que causa asombro ver al hombre que ha condenado todos mis actos, al que se lamenta de no haber aprovechado una oferta se-

á las cinco de la tarde. Después de habernos alejado lo bastante del teatro de mi desgracia, en lo más enmarañado del bosque, cuando ya era casi de noche, hicieron alto repentinamente y con el mayor silencio. Se trató entonces de repartir mis despojos. Uno tomó las espuelas, otro el chaqueton, otro tenía mi florete desde antes, aquel se apoderó de mi gorra, dándome la suya, que era asquerosa; me preguntaron qué dinero traía, y aún me quitaron una bota, que en seguida me devolvieron, para buscar si había guardado dentro algunas onzas: á todo esto me conservaba yo á caballo en el del soldado, pero este había descendido de la grupa, y le dieron el del que hacía de jefe, habiendo este montado en el mío, que hasta entonces habian traido de diestro. Yo quedé en mangas de camisa, y tan solo me dejaron el reloj, por insinuación del que parecía mandar á los otros, porque dijo: *dejémosle el reloj á este hombre, porque*

---

diciosa que dice le hicieron para derribarme del poder, acogerse ahora por único expediente á la delegación mía, y quererse constituir en mi universal heredero. Si cuando yo estaba en el poder, se creia con el suficiente, para subplantarme, ¿cómo es que cuando yo dí su permiso, se vé precisado á mendigar una autoridad que tenía como derivada de la mía?

Además de lo que acabo de notar, resulta otra flagrante contradicción con lo que dijo en otra parte de sus Memorias. Ya se recordará que me criticó ágriamente por haber admitido el gobierno de la provincia de Córdoba, sosteniendo que mejor hubiera sido dejarlo en otras manos, limitándome al mando del ejército, y ¿cómo es que ahora considera como necesaria la concentración del mando, que antes juzgaba inconveniente? De nada de esto se hace cargo el autor de la Memoria, dándonos una prueba irrefragable de que ha escrito bajo las impresiones del momento.

Me permitiré aún hacer otra indicación que nos honra á todos los que en esa época tuvimos intervención en los negocios del interior, y es que, negando sus sufragios los RR. al general La Madrid, obraban ejerciendo un acto de plena libertad. Si esto pudieron hacer con un hombre que se nos recomienda tanto por su popularidad, mucho más pudieron hacer con el que según el mismo señor La Madrid, no la gozaba. Esto establece un principio que en varias partes aparenta desconocer: la plena libertad con que obró la provincia de Córdoba en mi elección.

El pueblo se sintió como herido de un rayo cuando supo mi prisión, y miró con la más grande indiferencia el advenimiento del general La Madrid al mando del ejército. El no supo reanimar el espíritu abatido de la población, ni captar su confianza. Sus insulsas proclamas, sus ridi-

puede hacerle falta; pero esto no era sinó para tomarlo él después, sin participación de los demás; lo conocí y se lo dí un rato despüés, con sigilo, al soldado que no permitió que montase en ancas, en agradecimiento de esta acción, de modo que el o tro cuando ocurrió por él, se halló chasqueado.

Mi caballo, por supuesto, era el más inutil de la partida; sin embargo, le pusieron una soga al pescuezo de la que tiraba uno, dejándome siempre las riendas; en este orden se continuó la marcha, después de esta muy corta detención, en un silencio admirable, y con gran celeridad, aunque ni antes ni después de mi prisión, habian sido perseguidos, ni yo había visto persona alguna de los mios. En esta marcha fué que les hice algunas proposiciones sobre mi escape, que desecharon en el fondo, pero que el caudillo de la partida quiso convertir en su provecho engañándome; pero él fué

---

culos ofrecimientos, fueron mirados con desprecio, y todos desconfiaron de su destino futuro. Muy luego se apoderó de los ánimos la desesperación, cuando comprendieron que el general La Madrid, lo que pretendía, era quitar los recursos que tenian, para irse á Tucumán.

Quizá á su pesar, se vé arrastrado el general La Madrid por la fuerza de los hechos, á confesar que el ejército dió muestras del más vivo dolor por la pérdida de su General. El nos lo dice, porque no puede ocultarlo; como también que para procurarse la simpatía de los jefes tomó un camino opuesto al general Deheza, que tuvo la imprudencia de atacar mis procedimientos. Más diestro La Madrid, supo acogerse á esos valientes y juiciosos jefes que me distinguian con su amistad, al mismo tiempo que se distinguian por su patriotismo.

Más, ¿cómo explicar el raro fenómeno de su instantaneo amilanamiento? Dias antes nos los ha pintado el general La Madrid como llenos de un bélico ardor, y descontentos por lo que él llama *mi irresolución*; ellos lo solicitaron para que á su nombre me presentase contra mi inactividad ante mí mismo, y cuando llegó el caso de ocupar él mi puesto, ya los siente acobardados é indecisos á ellos mismos.

Es evidente que mi ausencia desalentó al ejército, porque no llega á tanto mi humildad, que no conozca que tenia todo él, la más firme esperanza en que lo llevaria á la victoria; pero, á pesar de esto, no puede explicarse tan súbita mudanza, sin confesar que el general La Madrid no les inspiraba la misma confianza. En vano fué que les dijese que cién hombres le bastaban para acabar con Lopez, Rosas, y demás caudillos; ellos no le creyeron, porque no debian creerlo.

el engañado, pués nada utilizó, ni aún el reloj, que, como he dicho, ya lo había dado.

Después de unas dos horas de marcha, llegamos al lugar en que se hallaba reunida toda la partida, que constaba, como he dicho, de ochenta hombres, en donde fuí rodeado de todos ellos, con grande algazara. Los que según advertí mandaban, eran un Acosta de las inmediaciones de Santa Rosa, que le llamaban capitán; un Bartolo Benavides, de la Punilla, y un rubio (por apodo) el Chusacate. El que de todos se produjo con más vileza, fué un tal Panchillo, que me quitó el pañuelo, que me habian dejado en el pescuezo, y aún quiso quitarme la camisa, á lo que se opuso el rubio. Ya incorporados todos y sin detenernos, continuamos la marcha buscando la división de Pancho Reinafé, que estaba situada en las inmediaciones de la Mar Chiquita.

Yo les había suplicado que entrasen de noche al campo

No puedo pasar en silencio el sentimiento de gratitud que me agita, cuando recuerdo ese valiente ejército y á esos dignos jefes que tantas pruebas me dieron de confianza, de afección y de amistad. Después de pagar esta deuda de reconocimiento en general, quiero en particular consignar los nombres de Larraya, Paunero, Albarracin, Arengrin, Balmaceda, Organ, Aparicio, Canedo, etc., como muy dignos de mi especial aprecio.

Desde que el general La Madrid se colocó al frente del ejército, no solo no pensó en llevar adelante sus planes ofensivos, sinó que todo induce á creer que nada tuvo en vista, sinó su retirada á Tucumán. Esto, que para otros puede ser dudoso, es para mí de la más clara evidencia, no de ahora, sinó desde antes de caer prisionero. Obsérvense sus pasos, y no quedará la menor duda á este respecto.

Verdad es que yo le escribí á él y otros jefes desde el Cuartel General de Lopez, que este se hallaba dispuesto á entenderse amigablemente, porque así me lo hizo entender dicho caudillo, pero esto no puede servir de excusa al general La Madrid, para no haber obrado ofensivamente, si se creía en situación de hacerlo. Si las órdenes del General en Jefe, cuando yo me hallaba en la plenitud del poder, no eran bastantes á moderar su ardor guerrero, ¿cómo quiere hacernos creer, que lo contuvieron las insinuaciones del prisionero? Además, yo tenía un motivo poderoso para desear escribirles á los jefes del ejército, y no trepidé en aprovechar la única oportunidad que se me presentaba.

El modo extraordinario como había yo caido en poder de los enemigos, podía haber dejado dudas sobre la naturaleza de este acontecimiento, y

de Reinafé, pero fuese por orden de este, ó del oficial conductor, no quisieron hacerlo, y á corta distancia se pararon, desmontaron y encendieron un gran fuego, alrededor del cual nos colocamos todos. Aquí tuve que sufrir cuestiones las más impertinentes, y tuvo lugar la conversación que voy á referir. Durante la marcha se me había llegado Benavides, y dándose un aire de importancia, y de confianza al mismo tiempo, me dijo estas ó semejantes palabras: *Usted es ya un hombre perdido, de consiguiente, de nada puede servirle el caudal que ha atesorado, y como es indudable que usted lo tiene en metálico, y este está enterrado, nada pierde usted en revelarme el lugar del depósito, para extraerlo en oportunidad, y quizá después podré servirle con estos mismos recursos.* En vano fué que le dijese que se equivocaba, y que no tenía dinero alguno oculto, porque él me insistió muchas veces en lo mismo, y así se terminó por entonces la conversación. Estando ahora todos juntos alrededor del fogón, se tocó la misma, sobre mi pretendida riqueza, y yo ya aburrido de sus despropósitos, les dije: *Que otros gobernantes que pertenecian á su partido, habian mandado en épocas tranquilas y por largo tiempo, sin dar ni un cigarro á los mili-*

---

en el colmo de la desgracia, me angustiaba la idea de que pudiese sospecharse de mi lealtad. Era tanto más racional mi temor, cuanto mis aprehensores me aseguraban la muerte del ayudante Arana, único que había sido testigo de mi fatal equivocación. No es, pués, extraño que yo aprovechase el único medio que se me ofrecía, de hacer saber en mi ejército que yo me hallaba prisionero.

En todas mis cartas, tanto las que escribí al ejército, como la que escribí á mi madre, que estaba en Buenos Aires, fué mi primer objeto decir que estaba prisionero, porque quería que como tal se me considerase. No ha faltado alguno que extrañase, como en el conflicto no me dí por pasado; pero esta idea que rechaza todo hombre de honor, no se me ocurrió ni por un instante (el general don Frutuoso Rivera, prisionero del general Lavalle en 1825, tomó este arbitrio, y hasta ahora es una duda para algunos, el modo como dejó el servicio brasilero, por el de su país), y, por el contrario, inculqué con tenacidad en no declinar de mi triste destino.

Fuera de eso, diciendo yo á los jefes del ejército que había mandado, *soy prisionero del enemigo*, les decía muy claramente, *no deben ustedes*

cianos, sin que ellos les hiciesen esta inculpación; que yo que había estado un tan corto tiempo, sosteniendo un ejército, rodeado de atenciones inmensas, y de una guerra continua, y que además (como ellos mismos eran testigos), *les había distribuido á los milicianos, vestuario, raciones y aún dinero, la merecía menos.* Este discurso hizo profunda impresión en todos, y lo dieron á conocer muy claramente por su silencio, y aún por algunas expresiones. Lo que, visto por Benavides, se puso á decir á media voz á otro oficial, que *cómo se me consentía que hablase, y que era preciso estorbar las ocasiones de que sedujese la gente.* Sin embargo, del tono bajo en que hablaba, percibí sus expresiones, y más el espíritu de su conferencia, y entonces dirigiéndome á él, le dije, que no había yo iniciado la conversación, que los que me habian venido á examinar sobre depósitos ocultos de dinero, eran los que la habian promovido, que no había hecho sinó vindicarme. Con esto se terminó el asunto, muy á disgusto de dicho señor Benavides, y se siguió con otros propósitos igualmente desatinados, hasta que vino la claridad del día.

Me hicieron montar nuevamente á caballo, y á pocas

---

obedecer orden alguna mía, pués que aunque yo pensase resistir la emisión de alguna que pudiera dañar á la causa que había defendido, podía suponerse, falsificando mi firma, particularmente si se dirigia á divisiones que estuviesen á distancia del ejército. Después de esta expresa declaración, así nada importaba que se dijese al general La Madrid, que en Lopez había notado disposiciones pacíficas.

El general La Madrid, cuando se recibió del mando del ejército, se encontró con mayores recursos pecuniarios que los que yo tenía, pués que acababa de sacar una contribución en metálico y en efectos, de la que nada había venido aún al ejército.

Sin embargo de eso, no dió un paso adelante, y después de algunos dias que empleó en recoger cuanto pudo, se puso en retirada. Este General, que diez dias antes amenazaba marchar rápidamente á Santa Fé y Buenos Aires, al mes de mi prisión se encontraba á cerca de doscientas leguas á retaguardia. Así cumplió el general La Madrid sus promesas; así justificó sus fanfarronadas; así engañó al pueblo de Córdoba y á los demás del interior.

cuadras nos hallamos con la división de Pancho Reinafé, que formada y montada esperaba al prisionero; á mi aproximación retumbó el aire con dianas, vivas y gritos de toda clase. Allí me hicieron otra vez desmontar, y después de un rato se movió toda la fuerza, que sería como de doscientos hombres. Durante el camino, tuve que sufrir algo, pero cerca de medio día se terminó la marcha, y camparon; á mí me colocaron bajo un árbol con un centinela, algo retirado de todos. Los oficiales que allí conocí fueron, un Carranza, de San Pedro; un Samamé, europeo; también estaba un tal Salas, de Santa Rosa (1) y otros. Recuerdo que Samamé estuvo á preguntarme qué tal era mi reloj, porque quería comprarlo al soldado que lo tenía; con este motivo se me ofreció urbanamente, y yo le rogué que me proporcionase un poncho cualquiera, comprándolo sin reparar precio, que aunque yo no tenía dinero, le daría una letra para donde quisiese; me ofreció hacerlo, se separó de mí á ponerlo por obra, y no lo ví parecer después, sinó á distancia, evitando que yo le recordase su promesa.

Entre dos y tres de la tarde, se me hizo saber que iba á conducírseme al Cuartel General de Lopez, gobernador de Santa Fé y general en jefe del ejército confederado. Me insinué con Reinafé, para que si era posible, fuese el Carranza de que he hecho mención, el que mandase la escolta que me custodiaba, y me contestó que no le era posible desprenderse de él en aquel momento, pués acababa de tener parte de que se aproximaba el enemigo; debió ser

---

(1) Es el mismo coronel don José Manuel Salas, que sirvió distinguidamente con el general Lavalle, que vino en 41 á Corrientes, mandando la división que atravesó el Chaco, y que ha servido después á mis órdenes en varias ocasiones. Es curioso advertir, que casi todos los jefes y oficiales federales de entonces, mudaron de bandera y derramaron después su sangre por la causa á que entonces combatian. Acabamos de hacerlo notar con respecto á Salas, y ahora añadiremos, que Carranza y Samamé, han muerto ambos por el sistema que sostienen los que hacen la guerra á Rosas y los suyos. Como estos, pudiéramos citar innumerables.

la división de Deheza (el coronel) que tenía orden de obrar en esa dirección, mientras yo con el cuerpo principal, me dirigía al *Fuerte del Tío*, donde estaba Lopez; efectivamente, noté que montaba toda su gente y que observaba cuidadosamente un bosque que estaba á corta distancia. Me limité entonces á decirle que no se me insultara, cualquiera que fuera el destino que se me preparaba; á lo que contestó, ordenando al oficial de la escolta, que era el mismo capitán Acosta, que no permitiese se me insultase en manera alguna, reduciéndose á cumplir las órdenes que le había dado sobre mi seguridad.

Después de haber marchado más de dos horas, cuando el sol se acercaba al ocaso, íbamos cruzando el desierto que queda al sud de la Mar Chiquita, por un llano pintoresco, sembrado de árboles separados unos de los otros; á algunas cuadras quedaba una ceja de monte que caía al lado del sud, frente de la que hicieron alto repentinamente dos hombres que iban de batidores; se quedó uno en observación y vino el otro á decir al oficial, que le parecía haber rumor en el bosque. Inmediatamente me rodearon los más, y algunos avanzándose un poco y poniéndose de pié sobre sus caballos quedaron largo rato con la vista fija, y guardando el mayor silencio, en aquella dirección. No me pareció difícil que alguna partida de mi ejército, sabiendo mi desgracia, ó sin saberla, cayese por allí, en cuyo caso recuperaría mi libertad; el oficial debió temer lo mismo, pero creyó deber prevenirme que tenía orden terminante de su Jefe, para fusilarme á la primera aparición de cualquiera fuerza enemiga; al poco tiempo se desvanecieron sus temores, pués los observadores dijeron que nada veian que les hiciese creer que había novedad en el bosque, con lo que se siguió la marcha en el mismo orden, hasta que anocheció.

Cuando oscureció, creyó el oficial deber tomar algunas precauciones, como la de reunir más sus partidas y rodear-

me, la de poner un lazo bién atado al pescuezo de mi caballo, y atado por el otro extremo á la cincha de otro caballo, hacer que tirase el mío, y aún se conferenció sobre si me atarian los piés por bajo la barriga del caballo; más, resultó la negativa, y me libré de esta incomodidad, y de otra mayor que me hubiera sobrevenido, como vá á verse.

La marcha se hacía á pesar de la oscuridad, al trote largo, por un campo sembrado de unos pequeños promontorios piramidales que llaman *tacurusú*, los que no levantando de la superficie sinó un palmo, ó media vara, son de gran embarazo á los caballos, que tropiezan á cada paso. El que yo cabalgaba era sumamente defectuoso, y el peor en todo respecto; además, atado de corto por el cuello á la cincha del que le precedía, cada vez que este tropezaba iba á dar el uno con la frente en la anca de aquel, y detenía su movimiento, de modo que cuando el de adelante se reponía y principiaba de nuevo su trote, daba al mío un terrible tirón, con que además del peligro de que cayese, causaba un movimiento infernal. Al contrario, cuando el mío tropezaba, sufría luego el impulso del lazo que casi lo hacía caer del todo, pero que contenía al caballo delantero, y cuando aquel se reponía, iba á dar en este que estaba ya parado, resultando de todo un vaivén continuo. En uno de estos tropezones cayó mi caballo, y además, con el tirón que le dió el delantero, se tumbó del todo, arrojándome no sin peligro de tomarme debajo, pero es seguro que si hubiera ido atado por bajo la barriga, hubiera sufrido alguna grave lesión. Debo decir que mi caida los conmovió, sin embargo que en el momento me incorporé, asegurándoles que nada había sufrido, y aún empleando expresiones jocosas que disiparon aquella generosa impresión, pero que no disminuyeron la consideración con que siguieron tratándome el resto de la noche.

Faltaría poco para la madrugada, cuando se pusieron á

conferenciar para determinar el lugar en que estaban; después de emitir sus opiniones, convinieron en que se hallaban á las inmediaciones del *Fuerte del Tío,* y resolvieron pasar allí el resto de la noche. Hicieron fuego, desmontamos, y colocados en círculo alrededor del fogón, nos fuimos sentando sucesivamente. En dos noches ninguno de los que allí venian, había dormido, y se había caminado con pocas interrupciones, de consiguiente, estábamos desfallecidos de frío, sueño y cansancio, y podría añadir, hasta de hambre; en tales circunstancias, fué debilitándose la conversación poco á poco, y uno trás otro fueron quedándose dormidos, sentados como estaban en el pasto, inclinando solamente la cabeza sobre los brazos y estos sobre las rodillas. Los caballos pacian, algunos quitados los frenos, á corta distancia, y otros se conservaban enfrenados. De estos últimos, era el del oficial que estaba en el círculo, sentado á mi derecha, teniendo las riendas enredadas en su brazo, pero que á consecuencia de algunos movimientos del caballo, habian caido al suelo; á mi izquierda estaba el paisano que me servía de baqueano, cuando me tomaron prisionero. Con esta ocasión, diré lo que había pasado con este.

Era un hombre de alguna edad, que servía en las milicias, y que lo habian destinado sus oficiales para servir de guía en el ejército, y que tenía su casa por aquellas inmediaciones. En esta clase venía á la cabeza de la columna que yo mandaba, la tarde que me separé con él, como ya tengo dicho; cuando él me aseguró que los que tenía á la vista, eran enemigos, instándome para que fugase, lejos de hacer él lo mismo que me aconsejaba, hizo lo contrario, saliéndoles al encuentro, y solo inclinándose un poco á la izquierda, como para evitar su choque, y manifestarles sus miras inhostiles. Cuando esa noche nos reunimos con la partida grande, él estaba allí, y era considerado como prisionero, pero deseando yo favorecerlo, les aseguré que aquel hombre ha-

bía sido tomado de su casa, sin voluntad suya, para guiarme; que de consiguiente, no había llevado armas, ni arrastraba compromiso alguno, lo que fué muy bién acogido de ellos, por las simpatias que hay entre los de una misma clase. Sin embargo, que la conducta del mencionado guía puede parecer equívoca con respecto á mí, tengo seguridad que no hubo mala fé en él, y que si no fugó cuando me advertía que yo lo hiciese, fué por dos razones: primera, por la que he indicado ya, de las simpatias que hay entre la misma clase de hombres, que le hacía concebir pocos temores por su persona; segunda, porque le era difícil hacerlo, porque llevaba un caballo de diestro atado á la cincha, que necesariamente le hubiera estorbado. Desearía ver á este buén hombre, y recordar nuestra común desgracia.

También han sospechado algunos de mis amigos, que yo fuí víctima de alguna traición fraguada por los que venian á mi inmediación; este supuesto, es enteramente inexacto; mi desgracia fué únicamente efecto de mi excesiva imprecaución, de mi genio vehemente, que me hacía procurar con demasiado ardor, terminar aquella guerrilla, como me había propuesto, antes que la noche me lo impidiese; es decir, arrojando escarmentados muy lejos á los enemigos, para que diesen lugar á continuar ocultamente mi marcha con dirección al *Fuerte del Tío,* donde se hallaba el ejército federal. Ultimamente, provino de un concurso extraordinario de pequeños incidentes, tan casuales como imprevistos. Esto supuesto, vuelvo á mi narración, que suspendí cuando nos hallábamos en círculo alrededor del fogón, estando todos mis guardianes momentáneamente dormidos.

Me apercibí, pués, de la posibilidad de evadirme, y al momento se me ocurrieron dos modos: ó recordar al baqueano de que he hablado, para que me guiase, ofreciéndole una buena recompensa, ó tentar mi fuga yo solo, montando en el caballo del capitán, que tenía cerca de mí; lo pri-

mero, tenía el inconveniente de serme dudosa la fidelidad del paisano, y mucho más su resolución para una acción semejante, además del retardo que esto ocasionaría; lo segundo, tenía el gravísimo, de carecer yo enteramente de baquía en aquellos lugares, el de ser dotado de tan poco tino para andar al rumbo, mucho más por bosques espesos, como los que se atraviesan allí en todas direcciones; el ignorar aún el lugar en que me hallaba; la dificultad de escapar de la persecución prolija é incesante que me habrian hecho tanto mis custodios, como el resto del paisanaje que estaba sublevado; el ignorar qué movimiento habría hecho mi ejército, que, como luego supe, era retrógrado; la gran distancia á que me hallaba de él, y otras mil consideraciones que se ocurren á primera vista. Sin embargo, me resolví por este último modo de evadirme, y lo puse en práctica, levantándome muy despacio para que el roce de mi ropa no despertase al oficial que estaba sentado junto á mí; tomé las riendas de su caballo, y con la mayor precaución me puse á tirarlo á alguna distancia, para allí montar y marchar sin ser sentido.

Más, apenas me habría separado tres ó cuatro pasos, cuando el oficial que reposaba muy ligeramente, alzó la cabeza, y sin variar de posición me dijo: *¿Qué es lo que usted vá á hacer?* En este momento crítico creí ver el fallo irrevocable y fatal de mi estrella, y desistí de toda tentativa; volví, pués, á mi puesto, le entregué las riendas de su caballo sin hablar palabra, y él, ya repuesto de su sorpresa, principió á reconvenirme en estos términos: *¿ Qué iba usted á hacer? ¡Lucidos íbamos á quedar! ¡Qué buena cuenta íbamos á dar de nuestro prisionero! ¿Y así iba á dejarnos burlados, cuando habíamos, hasta cierto punto, hecho confianza de usted?* Yo, que hasta entonces había estado callado, le contesté al fin: *Omita usted reconvenciones, y haciéndome disparar un tiro, acabe con esta escena; pero vuelvo á encargarle*

que no me diga una palabra: entonces habló el tunante, que pérfidamente había querido apoderarse de mi reloj, la tarde que me tomaron, y dijo: *Ni lo piense usted, pués ni se le ha de tocar en un pelo: sanito se lo hemos de llevar al señor Lopez, para que él haga lo que le parezca.* Así terminó aquel lance desagradable, proponiéndose todos ocultarlo por su propio interés, según decian, pero que no lo hicieron, como después se vió.

Ya se anunciaba el crepúsculo y tardó poco en amanecer, y mis conductores en prepararse para continuar la marcha; en efecto, como á dos ó tres leguas de camino, avistamos la población del *Fuerte del Tío* y pasamos dejándola á dos ó tres cuadras á mano derecha, dirigiéndonos al campo del general Lopez que estaba dos leguas más adelante, hacia el desierto. ¡Que consideraciones se agolparon á mi espíritu, al pasar en aquella situación por aquella población á la que había manifestado una particular predilección! ¡Al ver el horno de quemar ladrillo que acababa de mandar construir, para edificar la iglesia, el cuartel y la escuela! ¡Al presenciar el alborozo y grita con que salian aquellos ilusos paisanos á celebrar mi desgracia, como un acontecimiento, el más fausto para su prosperidad y bienestar! Ello me confundiría y me haría detestar al género humano, si no lo explicase todo, la profunda ignorancia de los habitantes del campo, y las simpatias que ella produce á todo lo que dice relación á un estado semi-salvaje.

Desde ese punto se fué reuniendo gente que salía de la población, á la escolta que marchaba trás de mí y del oficial que venía á mi lado; no sé si de intento, ó por inadvertencia, se avanzó este á unos cuarenta pasos de la pequeña columna, y dió lugar con esto, á la escena que voy á describir.

Se había aumentado considerablemente el número de los que me seguian, mientras yo marchaba solo é impasible

al frente, oyendo las mil preguntas que hacian á mis aprehensores sobre las circunstancias del hecho; las felicitaciones al que hizo el tiro de bolas que enredó mi caballo, y otras mil cosas de este jaéz. Progresivamente iba siendo más viva la algarabía á mis espaldas, y más directas las alusiones chocantes que me dirigian; últimamente, un jóven que había sido tambor del batallón 5º de cazadores, y que se había pasado sin duda al ejército federal, empezó á insultarme del modo más torpe. Para que fuese más conocida de mí, la persona que me dirigía estos denuestos, marchaba fuera de la columna, hacia la derecha, y un poco más de la altura á que yo iba. Hablaba á gritos á mis aprehensores increpándolos porque no me habian muerto, excitándolos á que lo hiciesen aún, y acompañando sus interpelaciones con los dictados de *pícaro* y *malvado,* que me prodigaba. Por primera y segunda vez, lo miré con desprecio, y nada le contesté; pero viendo que seguía y recomendaba sus propósitos, llamé en voz alta al oficial, que como se ha dicho, se había ido adelante, sin duda para hacer la desecha, y en tono lo más solemne que pude, le dije: *Señor oficial, cumpla usted con sus órdenes; estas le previenen que no permita que se me falte en estos términos; hágalas usted respetar; este hombre me insulta con desenfreno, y usted debe impedirlo.* A lo que el jóven repuso: *¡Qué todavía se atreve este pícaro á levantar la voz, y hablar con este garbo!* A lo que solo contesté, dirigiéndome al oficial y diciéndole: *Hé aquí la prueba de lo que he dicho.* Entonces, el oficial le previno muy pacíficamente, que se moderase, con lo que se calmó aparentemente la tempestad.

Es de saberse, que el tambor era un fátuo, conocido en todo su batallón como tal; jamás había recibido de mí, ninguna clase de castigo ni agravio, ni tengo noticia que lo recibiese de ninguno de sus jefes; su fuga, pués, del ejército, debió ser efecto de su misma insensatez. Las in-

jurias que me prodigó, eran inspiradas por un grave personaje que venía á su lado cuando las decía, y que se inclinaba sobre él, y le hablaba al oido siempre que quería que las repitiese. El tambor fué después agregado á la partida que me condujo á Santa Fé, sin que recordase después lo que había hecho, ni aún se apercibiese que yo debía recordarlo: sus insultos fueron exclusivamente obra del personaje á que me he referido; era un viejo flaco, vestido de chaqueta y pantalón de buén paño azúl, que semejaba (si no era él) á un hermano que había visto alguna vez en el *Tío,* del coronel don Nazario Sosa. La elección de la persona que debía dirigírmelos, fué la más villana y torpe que podía hacerse; buscaron uno de mis subordinados, para que me fuesen más sensibles: pero no me engañé en su origen, y creo que algo dije de esto, para que ni aún entonces les quedase duda.

Luego que el oficial arregló aquello á su modo, y que salvó al menos las apariencias, ya no se oyeron voces descompasadas como las anteriores, pero seguía un murmullo sordo á mi espalda, de que siempre percibía algunas expresiones ofensivas, y aún amenazas; pero ni á esto ni á los repetidos actos de preparar tercerolas, que practicaban para mortificarme, no dí la más mínima señal de atención.

Entre tanto, la comitiva crecía rápidamente en proporción que nos acercábamos al Cuartel General del señor Lopez. A cada instante nos encontraban bandadas de soldados, sin orden ni concierto, que pasaban á incorporarse con los que me seguian; la algazara crecía, y mi situación iba á ser crítica con la venida de los indios, que ya se anunciaba, cuando apareció un jefe á quién conocí que respetaban, y que alguno me dijo ser el coronel don Pascual Echagüe; habiendo llegado hasta veinte pasos de mí, dió vuelta su caballo y siguió la misma dirección, de modo que vine á quedar detrás de él á alguna distancia. Así seguimos bastante espacio, hasta que un oficial vino á decirme que dicho

jefe me llamaba, á cuya insinuación, haciendo trotar con mucho trabajo mi pobre caballo, logré colocarme junto á él.

Me trató con la mayor urbanidad, y me insinuó que sentía verme tan mal parado. Es oportunidad de decir, cual era mi traje: un pantalón de brin, que era el que tenía puesto cuando caí prisionero, la camisa, y sobre esta, un ponchillo hecho hilachas que me había prestado uno de los soldados, y con el que había pasado dos noches de helada, y una gorrita de munición, en extremo vieja y sucia, y además, cubierta de insectos, que no dejaron de atormentarme, completaba mi atavío; el de mi caballo, era un lomillo que era enteramente inservible, no tenía faldas, ni caronas, con unas nudosas y toscas riendas; mi caballo era igual á su aderezo, y todo completaba el conjunto grotesco, que conmovió al señor Echagüe. A su urbana insinuación, recuerdo que le contesté, que á mí me hacía menos impresión que á él, considerando que era entonces el mismo hombre que cuando estuviera lleno de bordados, plumas y galones, en lo que él convino con facilidad. Luego hablamos de cosas indiferentes, y con ocasión de haberse presentado los indios, y lo que ahora referiré, le pregunté, qué tales soldados eran para la pelea; y me contestó: *Que acompañados de los cristianos, eran excelentes, sobre todo en la persecución, pero que solos, no valian nada.*

Desde que empezaron á presentarse las primeras partidas de indios, no hacian estas el mismo movimiento que los otros, es decir, no pasaban á nuestra retaguardia, sinó que á cierta distancia de nuestro frente, volvian los caballos con extraordinaria celeridad y seguian la misma dirección, haciendo mil y mil caracoles y cabriolas, ya lanzando los caballos de carrera, ya sujetándolos y haciéndolos volver sobre el cuarto trasero, para volver á emprender de nuevo la carrera, ostentando su consumada destreza; acompañaban estos extraordinarios movimientos con el grito mil ve-

ces repetido: *La Yapa la Paz, La Yapa la Paz,* en lo que yo creía ver y creo hasta ahora, una amenaza ó injuria, pero que el señor Echagüe, con su urbanidad acostumbrada, se empeñaba en traducir, *el amigo Paz,* para darme á entender que si no era un halago, era por lo menos una expresión de regocijo, por mi venida y mi captura. En medio de esta confusión, un indio que se presentaba por primera vez, cubierto todo su cuerpo con una piél de tigre, se lanzó á carrera tendida, y estaba ya á dos pasos de mí, cuando el señor Echagüe se interpuso, y le obligó á tomar otra dirección, lo que hizo con la mayor destreza, dando un descomunal alarido. Es seguro que la décima parte de la fuerza de violencia del caballo del indio, hubiera dado con el mío en tierra, tal era la debilidad y mal estado del que yo cabalgaba, y que hubiera sido así, á no ser la interposición del señor Echagüe, que fué acompañada de un dicho jocoso al insolente indio, porque según entiendo, este es el único medio que tienen estos jefes de manejarlos. En cuanto á mí estaba en un grado de insensibilidad, que aunque lo notaba todo, y todo lo veía, todo me era casi indiferente (1).

Mi comitiva se componía de más de quinientos hombres cuando llegamos al Cuartel General del señor Lopez: es-

---

(1) " Los que no alcancen á comprender como un General se " exponía así, á un golpe de mano, pueden recordar las veces " que Napoleón estuvo á punto de caer en manos de sus ene- " migos, y la multitud de incidentes imprevistos que pueden " traer tales riesgos.

" Tenía, además, el general Paz, la manía de inspeccionar " los menudos detalles en la ejecución de sus órdenes; manía " que si le servía á asegurarle siempre á la victoria, lo exponía " necesariamente á estos percances inseparables de la guerra.

" La captura del general Paz, cambiaba bruscamente la si- " tuación moral y la fuerza de los ejércitos beligerantes. El de " las provincias constitucionalistas, estaba decapitado; ninguno

te, solo se diferenciaba del resto del campamento, por un birlocho que estaba inmediato á un ranchillo, un poco más elevado que los de los demás del campo. A la puerta de él, me bajé del caballo, y allí mismo me presentaron al expresado General, que me recibió con atención, invitándome á que ocupase una de dos únicas sillas que había; rehusé tomar la mejor de ellas, porque tenía espaldar, pero insistió y la acepté, quedándose él con la sin respaldo. Se formaron en rededor nuestro y á corta distancia, muchos círculos sucesivos de hombres, unos detrás de los otros, quedando los jefes en el más inmediato, luego los oficiales, en seguida la tropa que estaba desmontada, y la que estaba montada, en lo último, hasta verse muchos hombres de pié sobre sus caballos, porque de otro modo no hubieran podido alcanzar á ver lo que sucedía en el centro de tan compacta circunferencia.

El señor Lopez me preguntó, cómo me había ido, á lo que le dije, poco más ó menos, lo siguiente: *Que de lo que había pasado, no debía hacerse cuenta, pero que esperaba que cualquiera que fuese la suerte que se me deparaba, no se me insultase en lo sucesivo.* No sé el sentido que dió á estas palabras mias, pero su contestación fué decirme, que *nada tenía que*

" de sus tenientes podía reemplazarlo, no ya para dar al soldado la seguridad de la victoria, sinó aún para mantener la subordinación de los otros jefes, sometidos hasta entonces, á la superioridad moral y científica del general Paz. Sobre todo, si el ejército podía escogerse un nuevo general, no era tan fácil proveerse á la ciudad de Córdoba, un administrador tan hábil y un jefe que supiese mantener los ciudadanos en la seguridad que habian hasta entonces disfrutado, subordinando á los partidos hostiles, por la imparcial ejecución de las leyes, y la equitativa distribución de las cargas públicas, sin atención á la opinión ni al pensamiento de los individuos. El ejército, pués, después de haber elegido para el mando su-

temer por mi suerte; á lo que repuse, que *veía claramente no haberme engañado al desear que me trajesen cuanto antes á su Cuartel General;* y era efectivo que lo había deseado y solicitado, porque quería salir de las manos de los ministriles subalternos y librarme de sus impertinencias. En cuanto á su contestación, fué una positiva seguridad que me quiso dar en cuanto á mi vida; pero no sé por qué capricho no la he recordado ni á él ni á nadie durante el triste período de ocho años, en que tantas veces he creido amagados mis dias, del modo más inminente.

Luego se habló de las circunstancias de mi prisión, y satisfice completamente á cuanto quisieron saber, pero sin dejar de observar los semblantes de todos los que me rodeaban, de los cuales, á los que no conocía me indicaron después quienes eran; hablo en clase de jefes. Uno de estos fué el coronel Ramos, en quién noté un aire seco y circuns-

---

" premo al general La Madrid, emprendió este su retirada hacia el interior, no sintiéndose en estado de hacer frente al enemigo, después del descalabro que acababa de experimentar. Este accidente solo, dió fin á la guerra; pués, un año más tarde, el ejército fué destruido por Facundo Quiroga, en la provincia de Tucumán.

" El general Paz había descendido de la cumbre del poder, á la cautividad más miserable ni más prolongada, que ha cabido á hombre ninguno, entre nosotros; y ya veremos en los sucesos posteriores, que no era esta la última de las bruscas transiciones que debía experimentar en su vida, influido por causas agenas de su propia conducta. Lopez de Santa Fé, fué, como jefe inmediato de la partida de montonera que lo había capturado, el poseedor y guardian de su persona. Rosas, hizo poco después todos los esfuerzos posibles para que su aliado Lopez le entregase el prisionero, lo que no pudo obtener, no obstante las seguridades que daba de respetar sus dias. Lopez temía, con sobrada razón, que el General fuese sacrificado, y él estaba muy lejos de consentirlo. Este temor no era infundado; de la provincia de Córdoba se ha-

pecto; en el coronel Quevedo, una mirada constante y piñona, que nunca se desmintió; en el coronel García, un aspecto de burlona complacencia, que luchaba con un sentimiento más generoso, el que al fin triunfó; en Latorre, la moderada sonrisa que le era habitual; en Navarro, también coronel, una especie de franqueza que me indicaba no tener motivo alguno de resentimiento conmigo; de los cordobeses, como Bustos, Arredondo, Bulnes, me parecía como que dudaban hasta qué punto debian odiarme, y que ni ellos mismos podian definir en este momento sus verdaderos sentimientos; más, luego percibí que los alarmaba la tal cual consideración que se me dispensaba, y sospecho que pondrian en juego su influencia, en desventaja mía.

Después de este entretenimiento, que debo llamar público, porque era escuchado de todos, fuí invitado á pasar al ranchillo del señor Lopez, donde quedamos solos; se

---

" bian hecho venir á San Nicolás de los Arroyos, jurisdicción " de Buenos Aires, treinta y tantos oficiales tomados prisio- " neros, de algunos destacamentos que el ejército había dejado " diseminados. Un jefe, enviado por Rosas desde la capital, " trajo la orden de fusilar todo este depósito de prisioneros, " sin perdonar uno solo. Puede juzgarse de lo perentorio de la " orden, por una escena horrible que tuvo lugar: Entre los pri- " sioneros se hallaba un niño de edad de catorce años. Era estu- " diante en la universidad de Buenos Aires, y durante las va- " caciones, iba á San Luís, su patria, á visitar á su familia. " Desgraciadamente, su padre se había comprometido, y el " hijo tuvo el sentimiento de encontrarlo en el camino, for- " mando parte del convoy de prisioneros que traian á Buenos " Aires. El niño pidió que se le permitiese reunirse á su padre, " y llegó con él á San Nicolás de los Arroyos, donde, en el mo- " mento de la ejecución, expuso lo sucedido, apoyándose en el " testimonio de sus conductores y de los prisioneros. El infelíz " padre, sobre todo, insistía llorando, sobre la inocencia de su " pobre hijo. Todo fué inutil; el jefe que traía la orden de eje- " cutarlos, llorando también, de compasión y de horror, mandó

habian colocado algunos centinelas, para que nadie entrase ni se aproximase demasiado; pero, sin embargo, á alguna distancia, había gente apiñada, mucha gente, y yo estaba colocado de modo que miraba necesariamente á la abertura que servía de puerta. Entre estos espectadores, estaba uno de facciones aindiadas y muy marcadas, mirar fuerte y aspecto siniestro; sospecho que alguno lo hizo situar allí, para que me perturbase en el curso de la conferencia que iba á tener lugar. Hacía con dirección á mí, las señas más violentas; me miraba de hito en hito; me amenazaba con furor, y concluía echando la mano al cuello, para indicarme que iba á ser degollado. Al principio ensayé no mirarlo, pero la posición que ocupaba, me lo hacía indispensable; después lo miré con firmeza, más siempre continuaba en sus ademanes y visages; últimamente procuré manifestarle desprecio, revistiéndome de impasibilidad, lo que hizo al fin cansarlo de tan inutil como miserable pantomima. Es de advertir, que el general Lopez no podía ver lo que pasaba fuera, y que los que rodeaban al mudo personaje que he descripto, ó hacian el papel de no verlo, ó lo aplaudian

---

" fusilar al niño: tan severas eran las órdenes que traía, y " de cuyo cumplimiento se le había hecho responsable con la " vida. Esta era la primera matanza, ordenada á sangre fría " por Rosas, y la primera revelación que Buenos Aires tuvo, de " la horrible sed de sangre que atormenta á aquel canibal. " Desde entonces, el gobierno culto, regular y ordenado de " Buenos Aires, adoptó el sistema de no dar cuartel á sus ene- " migos, ni respetar la vida de los prisioneros, que habian es- " tablecido los caudillos de las campañas, en sus respectivas " provincias, desde Artigas hasta Facundo Quiroga; desde en- " tonces, principia este sistema horrible de exterminio y de de- " güello, que ha ido aumentando en número de víctimas, y en " violencia. Facundo Quiroga, en Mendoza, en Tucumán, donde " quiera que tomó prisioneros, los exterminó igualmente; de " manera, que cuando no quedó en toda la extensión de la Re-

silenciosa y socarronamente. No recuerdo que estuviese por allí, ni jefe ni oficial conocido.

Quizá algún día me ocuparé de lo que se trató en esta conferencia, sin que se crea que tengo que hacer grandes revelaciones. Mi franco y delicado modo de pensar, hizo luego ver al general Lopez que no podía sacar otra ventaja de mi prisión, que el vacío que podía dejar mi ausencia del ejército; se limitó á decirme que podía escribir algunas cartas que llevaría un parlamentario, que se mandaría al efecto. Así lo hice, anunciando que el señor Lopez estaba dispuesto á entenderse con los jefes que me habian reemplazado, y pidiendo alguna ropa, de que carecía. Se me pidió una recomendación para que se permitiese al oficial parlamentario pasar hasta Córdoba, y lo hice en términos tan generales, que no agradó al señor Benitez, secretario de S. E., el que me dijo que estaba seguro que mi recomendación sería ineficáz, como lo fué efectivamente, pero tampoco podía ser de otro modo.

Se me sirvió en seguida un almuerzo frugal, y me invitaron á que descansase en el birlocho que ya he mencionado;

" pública un palmo de terreno dominado por el ejército, ó los " unitarios, el general Paz era el único prisionero que conservaba la vida, como si se reservase al jefe, para usar con él las " formas judiciales, que se habian creido por demás, con respecto á sus subalternos y adherentes, ó se esperasen recoger " de su boca, revelaciones sobre los cómplices y fautores de " aquel gran movimiento social. Pero Lopez, tenía, á más de un " caracter blando y disposiciones humanas, casi siempre raras " en los caudillos, mucha estimación personal por el general " Paz; y aunque en un cautiverio duro, y sujeto á incomodidades y privaciones, él mantuvo en su poder al general Paz, " hasta la época en que sus obligaciones para con Rosas, lo ponian en la imposibilidad de resistir á sus deseos. " DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

(*Nota del Editor*).

dormí un par de horas, y luego que me desperté recibí la visita de Latorre, que me trajo alguna friolera de ropa; lo mismo hizo el coronel García con una casaquilla vieja, pero que me puse inmediatamente, porque no tenía más; y Navarro, unos pantalones y una camisa listada. Con este nuevo atavío, bajé del birlocho; comí ya tarde con el señor Benitez, y supe por García, que marchaba á esta ciudad (Buenos Aires), con la noticia de mi captura; se me ofreció y acepté su oferta, escribiendo á mi madre una carta que se publicó en los periódicos antes que la recibiese. Recuerdo que García tenía puestas las espuelas que me habian quitado, cuando mi captura, y me dijo que le habian costado mucho más de lo que valian, pero las había comprado por llevar una prenda mía.

Al anochecer, me indicaron que podía retirarme á descansar al mismo birlocho en que había estado antes. Como yo hubiese oido que allí pasaba la noche el señor Lopez, dije que sentía privarlo de aquella comodidad, á lo que repuso inurbanamente, el señor Benitez: *También nuestro General está acostumbrado á dormir en el suelo.* Sucedió también en ese día, que haciendo mención del valiente coronel Pringles, muerto en el río Quinto, dije que sabía que el general Quiroga había sentido su muerte, á lo que calló el general Lopez; pero el señor Benitez, con igual inurbanidad, me repuso que *no era creible que el general Quiroga hubiese manifestado sentimiento por Pringles.* Aún más, cuando se iba á mandar el parlamentario y que iba á pedir ropa, propuse también que pediría un poco de dinero para mis gastos, pués no tenía ninguno; y para facilitar esta solicitud, yo mismo propuse, que conseguido, podría depositarse en quién dispusiese S. E. para solo tomar pequeñas cantidades; el señor Benitez convino en lo principal, pero añadió que la precaución que yo indicaba era inutil, porque todos los individuos del ejército, jefes, oficiales, soldados, etc.,

eran incorruptibles. ¡Qué petulancia! ¡Qué majadería! Fuera de esto, el señor Benitez me trató bién, y estoy lejos de confundir las incivilidades de su caracter, con cualidades de su corazón. Al irme al birlocho, le pedí algo que leer, y me dió las Docadas de Julio César en latín, y algunos periódicos, aunque con repugnancia, porque me trataban muy mal.

Colocado ya en mi nuevo alojamiento, me rodeó una guardia numerosa; los dos oficiales de ella, se llegaron á la puertecilla del birlocho y trabaron conversación conmigo; me dijeron que estaban indignados del modo como había sido tratado por mis aprehensores y de la manera como se me había presentado é introducido en el campo; me fueron sumamente consolatorias estas palabras; creí hallar por primera vez, después de mi desgracia, corazones argentinos; me proponía estar un buén rato con aquellos jóvenes, pero inmediatamente vino un ayudante, Maza, que andaba como mi sombra, á decirles que se retirasen, de orden superior, supongo, y me dejasen descansar.

A la mañana siguiente, bastante tarde, me dijeron que podía bajar, y lo hice; más, noté una frialdad grande en los mismos, que el día antes, acaso por caridad, se habian apresurado á rodearme. Se pasó la mañana sin novedad; volví á comer con el señor Benitez, é inmediatamente después, me dijo, que se me destinaba á Santa Fé, y que debía marchar esa misma tarde; le representé que necesitaba un lomillo, y me contestó que se me había preparado ya uno; le insinué lo mismo, sobre gorra ó sombrero, y él, tomando el suyo de paja, aunque muy viejo, me lo presentó; tenía el sombrero, oblicuamente atravesada, una cinta punzó con un letrero que decía: *federación;* yo rehusé tomarlo con aquel signo, lo que visto por él, tuvo á bién sacar un cortaplumas y despegar la cinta que estaba cosida, después de lo cual lo recibí, pero excusé mi resistencia, refiriéndole que la

noche que me tomaron, la gorra que me dieron llevaba, sin advertirlo yo, un penacho blanco que era la divisa que había adoptado la gente que dependía de Reinafé, lo que había dado lugar á mil sarcasmos, hasta que con disimulo, saqué el penacho y lo tiré. Y era así efectivamente, que había sucedido; no sé si él quedó satisfecho con mi explicación, pero á juzgarlo por su gesto y por lo que voy á decir, debo inferir que no. Al tiempo de darme la noticia de mi marcha á Santa Fé, me había dicho que en este pueblo se hallaba don José M. Rojas, como representante del gobierno de Buenos Aires, que me era muy afecto, y que además iba á escribirle recomendándome. Más, después de lo que he referido, se olvidó enteramente de la carta, y yo no quise recordárselo, porque su oferta había sido hecha sin insinuación ninguna mía. Hubiera sido también inutil, porque el señor Rojas se había marchado de Santa Fé (1).

Serian las cuatro de la tarde del 13 de Mayo, cuando nos pusimos en marcha para Santa Fé; la que me conducía, era una partida de veinticinco hombres, mandada por el capitán don Pedro Rodriguez, que llevaba por subalterno á un alferez Cazales; don Manuel Arredondo, me fué acompañando alguna distancia, y dándome excusas de no habérme podido servir en cosa alguna, principalmente con alguna ropa, porque dias antes había perdido su balija, y

(1) Cuando escribía yo esto en Buenos Aires, el año 1839, estaba lejos de pensar que el señor Benitez sería después prisionero mío. Fué tomado á consecuencia de la batalla de Caaguazú, con una partida de sesenta hombres, que se rindió completamente. Había formado una lista de todos los que lo acompañaban, sin omitir el *viva la federación*, lo que desagradó muchísimo á los vencedores. Al presentármelo, lo recibí cariñosamente y le estendí la mano, pero sin duda por efecto de torpeza, tuvo la sonsera de reclamar el derecho de gentes, lo que me desagradó en extremo, é hizo que se terminase más pronto la conversación. Después fué llevado á Corrientes, donde tuvo que sufrir del resentimiento de Torres, por haber escrito contra él en un periódico que se publicaba en la Bajada. Me han asegurado que corrieron positivo peligro sus dias.

estaba con lo encapillado. Era así efectivamente; le agradecí mucho su atención, y conservo hasta ahora su recuerdo. Que lejos estaba él y yo de pensar que no me sobreviviría, y que sería pronto sacrificado por sus mismos amigos políticos. Conservo también los más gratos recuerdos de don Pedro Rodriguez (hermano político del señor Lopez) y de Cazales; durante todo el viaje, me consideraron é hicieron lo menos aflictiva que les era posible, mi situación.

Caminamos la mayor parte de la noche, sin embargo que llovió poco; pero en la mañana del 14, el tiempo se puso espantoso: agua, viento, frío, todo contribuyó á hacernos penosa la marcha que no por esto dejó de continuarse; ni era posible hacerlo de otro modo en aquel desierto, en que no hay el menor abrigo, ni habian llevado cosa alguna que comer; la noche de este día, los soldados casi desfallecian; el mismo Rodriguez, estaba desalentado; Cazales, había quedado atrasado con los caballos arriados; apenas estaba con nosotros una tercera parte de la partida que había quedado en lo demás, cansada y dispersa. No obstante, era preciso continuar para llegar á Romero, lugar que aunque inhabitado y sin recurso alguno, había algunos arbolitos que nos darian leña; el oficial había hecho adelantar dos hombres que la preparasen; yo, en este estado, me hallé con bastante vigor para ponerme á la cabeza de la pequeña tropa, forzar el trote de mi caballo, habiéndolo consultado préviamente, y hacerme seguir de la desalentada compañía, hasta nuestro arribo á Romero.

No traíamos un hilo seco, ni cosa alguna que comer; se mató una yegua, que se saborearon los soldados; Rodriguez me cedió una perdicilla, que por casualidad había tomado esa tarde; á la mañana siguiente se encontraron unas pocas vacas, de las que se habian escapado de los grandes arreos que habian hecho de la provincia de Córdoba, y se mató una ternera, de que comimos á satisfacción.

A la noche llegamos al Sauce, primer lugar habitado de la provincia de Santa Fé, y á diez leguas de la capital. Es una población de indios Abipones, reducidos.

Allí mandaba el capitán don Domingo Pajón (Chula), quién me recibió del modo mas atento y obsequioso; me alojó en su propia habitación, y aún me cedió su lecho. Sin embargo, no faltó algo desagradable. Era día domingo, y la indiada del cantón estaba de fiesta y en una completa embriaguez. En este estado se presentaron á dicho jefe dos indios, al parecer, reclamando mi persona, por ser enemigo, á nombre de todos los demás, porque estaban alborotados, y pidiendo explicaciones de cómo era mi venida. Pajón tuvo un indecible trabajo para tranquilizarlos y satisfacerlos, y al fin, á fuerza de persuasiones y aún de caricias (ya he dicho que este es el modo de manejarlos) logró despedirlos, aconsejándoles fuesen á divertirse con toda seguridad. Después de esta escena, me invitó á tomar una tazá de té, y ocupé una silla junto á la mesita que estaba colocada cerca de la puerta, de modo que daba yo la espalda á esta. Repentinamente ábrese la puerta con gran estrépito, y veo entrar un formidable indio blandiando un gran cuchillo, que al parecer se dirigía á mí, á distancia ya de una vara; creí que era llegada mi hora, pero no hice movimiento alguno, ni aún creo que dí muestras sensibles de sorpresa, sinó que procuré conservar la misma actitud en que estaba, cuando con bastante admiración, ví que el indio después de traspasar el umbral y la puerta que ya estaba abierta, por un movimiento tan rápido como el de su entrada, volvió sobre su izquierda, y se dirigió á un manojo de velas que estaba colgado en la pared; trás de aquella, cortó una, y salió después sin hablar una palabra. Ignoro si esto fué cosa pensada; lo que puedo asegurar, es que sorprendió á los oficiales Pajón y Rodriguez, que estaban conmigo, y que hicieron un gesto de desaprobación; la

cosa era más bién de reir, y hasta ahora puedo acordarme del suceso, sin que se excite en mí esa sensación.

Al día siguiente al despedirnos de Pajón, me entregó un atado con un poncho y un poco de ropa, y al darme la mano por urbanidad, introdujo en la mía cuatro pesos fuertes; no puedo explicar los sentimientos que produjo en mí, esta generosa acción; me conmovió en extremo, aunque procuré disimularlo, y me reveló más que los insultos que había sufrido, mi acerbo destino. Continuamos nuestra marcha, y habiendo pasado en canoas el paso de Santo Tomé, en el Salado, que estaba extraordinariamente crecido, llegamos á las 4 de la tarde á Santa Fé, sin que nadie nos esperase, porque á mi solicitud, no se hizo anunciar con anticipación, el oficial conductor; lo que me sustrajo á la impertinente curiosidad de la multitud.

Fuí luego recibido por el ayudante Oroño, que regentaba en el edificio conocido por la Aduana, que está también la Casa de Gobierno, y que sirve al mismo tiempo de carcel, de cuartel, de depósito de indios é indias, de almacen, parque, proveduría, etc., etc. Al rato de estar allí, se presentó el gobernador delegado, don Pedro Larrachea, el cura doctor Amenabar y dos personas más, que no conocí al momento, pero que luego supe que una era don Domingo Cullen, que después ha representado, y representa aún, un papel tan extraordinario (1); y la otra, don Juan Maciel, oficial primero de la secretaría. De la pieza que habitaba el ayudante Oroño, pasamos á la Sala de Gobierno y de allí, ya entrada la noche, á la que me estaba destinada. Había en ella una cama, una mesita y tres ó cuatro malas sillas. Al día siguiente trajeron otros muebles mucho me-

(1) Vivía aún Cullen cuando escribía esto, pués no fué sinó después, que fué remitido por el gobernador de Santiago del Estero, su compadre, y fusilado en el Arroyo del Medio.

jores, que mandaba el señor Cullen, llevando los que había, que eran del señor Larrachea.

Después que cené, me cerraron la puerta por fuera, después de colocar centinelas, y me dejaron solo entregado á mis amargas reflexiones; no puede formarse una idea justa de lo que sufriría mi espíritu en aquella ocasión; cuando marchaba, cercado á cada instante, mudaba la escena por la variedad de personas, lugares y circunstancias; la misma diversidad de sensaciones, aunque desagradables, embota el alma, y se hacen más llevaderas las penas; por otra parte, los padecimientos físicos, que son consiguientes en un camino destituido de todas comodidades, contribuye también á distraer nuestra imaginación, y un sufrimiento debilita el otro, pero cuando me ví finalmente consignado á una sala, una cama donde indefinidamente debía esperar la decisión de mi destino, y que este se presentaba revestido de los tintes más siniestros, me acometía una intolerable congoja. ¡Qué mutación tan violenta la de mi estado! ¡Qué transición tan repentina del poder, á la dependencia más absoluta! Es preciso haber pasado por algo que se parezca á esto, para apreciar debidamente los padecimientos de un hombre constituido en tan tristes circunstancias; pero esto no era sinó la muestra de mis infortunios.

Al día siguiente, 17 de Mayo, permitió el Gobierno, á solicitud mía, que viniese á estar conmigo otro prisionero, y eligieron á un jóven Gonzalez, cordobés, á quién no conocía, el cual carecía enteramente de educación, y de una mediana elevación de sentimientos. Sin embargo, me acompañó, y por insignificante que fuese su sociedad, me sirvió de distracción; procuré atraer su atención á objetos útiles que pudieran instruirlo; quise aficionarlo á la lectura, pero todo fué imposible; y al fin se fastidió y tuvo la inconsecuencia de solicitar reservadamente que lo sacasen de mi lado, para volver con sus compañeros que estaban

en un buque anclado en el río; lo consiguió, y yo gané demasiado para sentirlo, porque vino en su reemplazo mi amigo el apreciable jóven Pastor Frias, que estaba también en clase de prisionero. Gonzalez ganó en otro sentido, porque supongo que en premio de su deslealtad, lo consideraron mucho, y obtuvo una especie de libertad anticipada. Esta mudanza acaeció el 21 de Junio siguiente, pero me es forzoso volver atrás.

Desde el día siguiente á mi llegada, me visitaron los señores Larrachea, Cullen, Maciel, y continuaron haciéndolo con frecuencia. Quizá me ocuparé algún día de lo que importaban sus conversaciones, principalmente las del segundo, á las que se les ha querido dar un interés mayor del que realmente tenian; por ahora no pueden ser objeto de este recuerdo, destinado á mi hijo, en que solo quiero consignar mis desgracias y los nombres de las personas que intervinieron en ellas, ó á quienes debo agradecimiento. Me visitaron también otras personas, por relación anterior, ó por curiosidad; las que recuerdo, son las siguientes: los Galisteo, Leiva, don Manuel Rodriguez, un hijo suyo, Fresno, el cura doctor Amenabar, el padre franciscano Barco, los capitanes Pajón, Rodriguez, Mendoza, y posteriormente, el coronel don Pascual Echagüé, y el secretario Benitez; en igual tiempo que estos dos últimos, que fué en Setiembre, después de la vuelta de Córdoba, del general Lopez, lo hicieron igualmente, el coronel Navarro, el mayor Alvarez Condarco, y el famoso cordobés Guevara, mandado expresamente por el señor Lopez, para que me trajera la lista impresa, de los jefes y oficiales prisioneros en la acción de la ciudadela de Tucumán, que tuvo lugar en Noviembre del mismo año.

Recibí obsequios y atenciones, en primer lugar del señor Cullen, que mandó ropa, que devolví después de unos dias; sobre todo su esposa, doña Joaquina Rodriguez de Cullen,

me colmó de atenciones, á la que conservo el más vivo reconocimiento: jamás se desmintió durante mi larga mansión en Santa Fé, ni olvidó cosa alguna, que pudiera mitigar mi desgracia. Me obsequiaron también de diversos modos, el capitán don Pedro Rodriguez, Pajón, Mendoza, que me hizo ofrecimientos muy expresivos y pienso que sinceros, Maciel, que mostró un verdadero interés por mi situación, y el Padre Barco.

A los pocos dias de mi llegada á Santa Fé, me fué entregada una correspondencia de varios jefes de mi ejército, en que me manifestaban su amistad y adhesión, al mismo tiempo que compadecian mi desgracia; se me entregaron doce onzas de oro que se me remitian, todo por el conducto del parlamentario que marchó cuando estaba yo en el campo del general Lopez; se me hablaba también de un poco de equipaje, y un sirviente, que llegó con corta diferencia de tiempo. Hasta entonces, se me había puesto por cuenta del Gobierno, muy buena mesa; más, teniendo ya dinero de que disponer, rehusé ocasionarle este gasto, y corrió de mi cuenta el de mi subsistencia; empecé, pués, á pagar cuarenta fuertes, á las mismas mujeres que me subministraban antes la comida, que eran unas Caro ó Cabrera, y más, cuatro duros para gratificar al que ayudaba á traer la comida, cada mes.

Creí oportuno escribir al general Rosas, y lo hice después por insinuación del señor Cullen, y le incluí las cartas que había recibido de los jefes del ejército; me contestó. Mi carta se publicó por la prensa. A mi ver, nada contenía que pudiese degradarme, y además, yo tenía mis razones para dar este paso, pero no tuvo efecto, y las cosas tomaron un rumbo muy distinto: las pasiones se exaltaron, ya no se escucharon los consejos de la razón, y lo que sucedió, prueba bién claramente, cuán difícil es usar moderadamente de la victoria. Ya fué seguro que al partido caido se le podría

aplicar el *Vœ victis* en toda su significación, y que la patria tendría que deplorar la pérdida de muchos de sus hijos, y desgracias prolongadas.

Sucesivamente fuí sabiendo la entrada del general Lopez con su ejército en Córdoba, y demás sucesos que se siguieron. Los movimientos del que me había pertenecido, y que se había retirado á Tucumán, no llegaban á mi noticia, sinó tarde y muy desfigurados. Posteriormente, á medida que se retiraban mis visitas, me fué más difícil adquirir alguna luz sobre los negocios del país, y mi situación se hacía cada vez más enfadosa.

El 9 de Agosto se le comunicó á Frias la orden de su libertad, y yo me ví combatido de dos sentimientos contrarios. Me era plausible que un amigo mío obtuviese tan apreciable dón, pero yo me iba á ver privado de su sociedad; mi situación iba á ser más penosa; la soledad iba á devorarme. La misma gracia se había extendido á todos los prisioneros que estaban en Santa Fé, excepto, por supuesto, á mí, sobre cuyo futuro destino, se acumulaban cada día, los presagios más siniestros. Yo deseaba á cualquier costa una persona que me acompañase, y hubo una; el capitán don Rejis Echenique que quiso hacerlo, sin embargo que se le hizo entender que participaría de mi prisión é incomunicación, tal cual la sufría yo; pero esta acción generosa hubo de costarle caro, según llegué á traslucir, porque se le amenazó, se le hizo temer por su seguridad, y finalmente, se le negó su deseo y el mío, de modo que si antes el Gobierno delegado había accedido, era en la inteligencia que nadie querría admitir mi proposición de acompañarme; más, como el señor Echenique hizo fallar su cálculo, se llenó de mal humor contra él, y hasta cierto punto lo desahogó. Conservo, pués, el más vivo reconocimiento al señor Echenique; su generosa amistad, no necesita comentarios: la acción por sí misma se recomienda, mucho más en un

país, y en una época en que no es común este sentimiento. En cuanto al señor Frias, conservo el más grato recuerdo: no se borrará de mi memoria el dolor que me causó su despedida.

Tenía desde muchos dias antes, un proyecto de evasión (1) entre manos, y para poderlo verificar, me había puesto de acuerdo con don Bernardino Alvarez, que era uno de los presos de Córdoba, pero que gozaba una casi completa libertad, y tenía relaciones que me parecieron aparentes; además, tenía resolución, que era lo que faltaba á los demás. En prosecución de dicho proyecto, me había provisto de una llave que abría la puerta de mi prisión, y estaba convenido con un soldado que hallándose de centinela, debía facilitar mi fuga. Pero no era esta la única dificultad, pués después de franqueado mi calabozo, debía bajar por una escalera de cuerda, y finalmente, debía tenerse pronta una lancha, bote ó canoa, para arrojarme al Paraná, y de allí pasar á la Banda Oriental. Todo me lo ofreció Alvarez, y me aseguró que un extrangero, comerciante, llamado don Carlos de N, se había ofrecido á proporcionarlo, y con este objeto había pasado á la capital de Entre Rios, que está á corta distancia de Santa Fé, para no dar allí sospechas.

---

(1) Esta memoria fué principiada en Buenos Aires cuando salí de la prisión de Luján. Allí necesitaba las mayores precauciones, porque este escrito tan sencillo como es, podía costarme caro. Cuando mi evasión, los pliegos que había escrito fueron guardados con otros muchos papeles, y casi del todo olvidados. En el Río Janeiro, en 1848, he dado con ellos, revolviendo mi archivo, y me he propuesto seguir. Esto explica la contradicción que pudiera notarse de hablar de algunas personas, como vivas, y después suponerlas muertas; porque en el intervalo que ha mediado, ellos han terminado su carrera. Habrá, además, por la misma razón algunas cosas oscuras, y otras que parezcan contradictorias, pero debe considerarse, además, que cuando después de muchos años me propuse continuar, ni aún tuve la paciencia de leer lo que había escrito antes. A pesar de todo, debo asegurar que lo que he estampado, es la verdad.

El tal don Carlos, mucho antes de mi relación con Alvarez (1), me había dirigido por medio de un jóven que me servía, un papelillo con signos masónicos, y un recado ofreciéndome los medios de escaparme; pero había rehusado entrar en relación con él, no mereciéndome confianza, ni por su persona, que no conocía, ni por su modo informal de insinuarse. Me causó, pués, una gran sorpresa el verlo ingerido en el proyecto, y en posesión de los enredos de Alvarez; pero no era tiempo de retroceder, ni de desperdiciar el único medio que se me presentaba de salvación; así es que continué comunicándome con Alvarez, y esperando que el tal don Carlos regresase con el bote consabido.

Sin embargo de las seguridades de Alvarez, me quedaban dudas, no sobre sus deseos, sinó sobre su capacidad para la empresa; muy luego tuve motivo para aumentar aquellas; le encargué al señor Frias, el día de su salida (9 de Agosto), que estrechándose con Alvarez, se impusiese del pormenor del negocio, y me informase mediante un medio convenido; su contestación fué, haciéndome entender, que encontraba poco adecuados los medios de Alvarez para la empresa que se proponía. Era el último servicio que podía hacerme el señor Frias, y no me quedó más esperanza que continuar entendiéndome con el señor Alvarez, cualquiera que fuese el resultado: este no tardó.

La noche del 19 de Agosto noté un gran movimiento en la guardia que me custodiaba; se aumentó su número, se

---

(1) Supe después, que Alvarez había dicho que no me había escapado porque no quise. Cuando lo ví en Montevideo le hice conversación, y lo negó; por lo demás, ni sabía darme ni darse él mismo cuenta de los pasos que sin duda con muy buena intención había empleado. No se acordaba de las particularidades que habian mediado; nada había sospechado de Cullen, ni del extrangero don Carlos, al menos así lo daba á entender. Casi llegué á concebir yo mismo, sospechas de él; al fin me aburrí y no le volví á hablar más, pareciéndome un semi-tonto, ó por lo menos, un hombre de no muy asentado juicio é inutil para el rol que debía desempeñar.

doblaron las centinelas, se puso otro oficial de guardia fuera del ayudante que habitualmente residía en la Aduana, y finalmente, por la mañana siguiente del 20, se presentó este acompañado de un herrero, que venía á reconocer la cerradura de la puerta, y á más, poner unos fuertes anillos fijos por la parte de afuera, donde se colocase un formidable candado; se tomaron otras precauciones que hicieron ya imposible mi evasión, y para colmo de dificultades, mi célebre protector Alvarez, cortó toda relación y prescindió enteramente de renovarla. Después he sabido que ha dicho que yo no escapé porque no quise; pero ó no obró de buena fé al asegurarlo, ó tiene una miserable cabeza.

Como era consiguiente, traté de indagar de las personas que aún me veian, el motivo de aquellas nuevas precauciones, y se me hizo entender que el gobernador delegado, don Pedro Larrachea (él mismo me lo indicó), había recibido un anónimo en que le avisaban de mi evasión, y que además, el señor Rosas había escrito desde el Arroyo del Medio, que había recibido carta de Entre Rios, en que le daban el mismo aviso. Cullen tuvo la cortesanía de decirme que el Gobierno no daba crédito á estos rumores, pués á ser así, hubiera tomado otras medidas. Daba á entender sin duda, que se me hubieran puesto prisiones. Mi contestación fué decirle, que á haberlo intentado me hubiera valido de él, pués debía esperar sus servicios después de las pruebas de confianza que había querido darme; efectivamente, este intrigante se había insinuado de un modo, que á creerlo más honrado, podía haberme fiado de él hasta tal punto; mi contestación lo embarazó, pero la vigilancia no aflojó un momento, ni las precauciones fueron menores.

Meditando y recogiendo los datos que me ha sido posible, para hallar la explicación de este negocio, me parece casi indudable que fué todo una intriga urdida por Cullen, de quién el extrangero don Carlos era un agente y un espía.

No habiendo podido ganar mi confianza con sus ofrecimientos, observaron los pasos de mi criado, sospecharon mi relación con Alvarez, y por este buén hombre se introdujo el malvado, y después nos traicionó á ambos. Sin embargo, Alvarez nada sufrió, antes al contrario, se estableció en el Rosario protejido al parecer por Cullen, de quién fué después partidario, y por cuya causa ha sido remitido preso á Buenos Aires en años posteriores, cuando aquel se declaró enemigo de Rosas.

Privado de los consuelos que ofrecía esta esperanza, aunque debil, de obtener libertad, mi situación se hizo insoportable, á lo que se agregaban las supercherias de unos, la interesada vileza de otros, y la malicia de casi todos. A la verdad, es difícil comprender la corrupción y mala fé de aquel gauchaje, á quienes estaba confiada mi custodia, y el admirable aprendizaje que habian hecho en la escuela de don Estanislao Lopez, gaucho solapado, rastrero é interesado. Entre los que han estado á mi inmediación, he conocido algunos cuyos sentimientos no se inclinaban á la crueldad, como el ayudante Oroño, pero no he visto en lo general, ni un pensamiento noble, ni una idea medianamente elevada, ni un tinte de lo que se llama honor. Miserables raterias, vicios arraigados, manejos despreciables, es cuanto he visto y notado. Más adelante haré mención de las personas que no merecian esta clasificación.

Un joven de 14 á 15 años, natural de atrás de la Sierra de Córdoba, me servía de criado; el mismo que me había sido remitido con permiso del general Lopez. Cuando la campaña de 1830 contra los montoneros de la Sierra, había sido tomado y traido entre los prisioneros; se hallaba en la carcel cuando lo saqué para mi servicio, y se conservó en él mucho tiempo; quiso venir á continuarlo, sin embargo de haber mudado mi situación, lo que me lo había hecho más querido; pero estaba reservado á otra prueba, á la que

no pudo resistir; esta era la víl seducción: se propusieron corromperlo, y lo consiguieron. Tenía yo dinero, y lo persuadieron que me robase, para robarle después á él mismo en el juego. Se hizo un jugador perdido, y al fin se entregó á todos los vicios, haciendo inútiles mis consejos y mis lecciones. Llegó á tal su depravación, que como yo le hubiese coartado algo sus gastos y dilapidaciones, concibió el proyecto de asesinarme cuando estuviese dormido, y robarme; uno de los consultores que buscó para tan grandioso proyecto, me dió aviso de él, y desde entonces me mereció la más completa indiferencia; posteriormente fué ya imposible soportar sus bellaquerias, y tuve que despedirlo, tomando á jornal otro muchacho que me sirviese. El se entró al servicio militar en los Dragones de Santa Fé, sin que haya sabido después de tan importante personaje.

Durante este tiempo, aunque con alternativas, según las noticias que se recibian del interior, era siempre visitado por Larrachea, Cullen y algunos otros. El primero, era ya anciano; ejercía por delegación, el Gobierno, no siendo en propiedad, más que secretario; las resoluciones gubernativas las autorizaba entonces don Juan Maciel, que era ministro interino, y el cual, no obstante de esta pomposa investidura, tenía que venir todas las mañanas bién temprano, á barrer personalmente la sala del despacho, que era la misma de la secretaría, fregar los candeleros que habian servido la noche anterior, y acomodar estos utensilios, para entrar en seguida en sus funciones ministeriales. Cullen era el alma de todo, y me expresó francamente, que él dirigía la política del Gobierno, y que influía en Lopez exclusivamente.

Esta declaración tenía por objeto darme una alta idea de su importancia política, y de hacerme ver que todo lo podía esperar ó temer de él, con el fin, sin duda, que me le humillase y me franquease en todo sentido. Me persuado

que creyó que podría hacerle grandes confidencias, y que sacaría gran partido de ellas. El, por su parte, aparentó benevolencia hacia mí, pués llegó hasta lisonjearme con la posibilidad del gobierno de Córdoba, lo que miré con el mayor despego, diciéndole que era absolutamente inadmisible la idea; otras veces, mostró fuerte prevención contra Rosas, á quién afectaba despreciar por cobarde, y á quién amenazaba con la guerra. Sin embargo del crédito que suponía tener con Lopez, no pudo disimular una vez sus celos con el secretario Benitez, á cuyos artificios atribuyó la falta de correspondencia del General.

Recuerdo que cuando me habló de la posibilidad de que yo volviese á mandar en Córdoba, cuya idea rechacé decididamente, como he dicho antes, le propuse mi opinión, que era de que don Pascual Echagüe fuese gobernador de aquella provincia, esforzando mis razones hasta donde fué posible; mi deseo era sincero, pués hallaba una gran ventaja para mis amigos, en que entrase al gobierno, un hombre que, aunque consagrado á la causa contraria, pertenecía á la clase civilizada (1).

Por Setiembre llegaron los presos de Córdoba; primeramente don Luís Videla, y Cuadra, á quienes ví pasar desde

---

(1) Tenía entonces mejor opinión de los sentimientos del señor Echagüe, que los que he debido después formar, á vista de sus actos posteriores. Ya he dicho como se condujo conmigo cuando me recibió en las inmediaciones del *Fuerte del Tío*, y de lo que sin duda contribuyó su presencia, para ahorrarme algunos insultos, que podian haberme hecho los indios, ú otros no menos bárbaros que ellos. Yo he apreciado debidamente su proceder, que sin duda le era prescripto por su jefe, pero jamás se me ocurrió que esto debiese hacerme renunciar á la causa de mi elección, y ligarme las manos para combatir por ella, cuando pudiese. Sin embargo, el señor Echagüe parece haberlo creido así, pués sé que en conversaciones privadas, ha hecho mérito de haberme salvado la vida, á que querian atentar los indios, sus amigos, y aún se ha quejado de mi ingratitud. Con este motivo, repetiré que muchos pretenden haberme hecho el mismo servicio, pudiendo, según esta cuenta, enumerar más de media docena de *salvadores*. Entre tanto, los más de ellos no alegan sinó el servicio negativo de no haberme asesinado vilmente.

mi ventana; y posteriormente, una gran partida en que venian mezclados clérigos, frailes, militares, abogados, comerciantes, campesinos, etc. Algunos vecinos de Santa Fé solicitaron del Gobierno se les permitiese proporcionar carruages á los eclesiásticos, y efectivamente entraron en ellos, mientras los demás que iban sin prisiones, prefirieron entrar á pié, y los engrillados en carretas; pero todos fueron conducidos al puerto, y de allí á bordo de la goleta «Uruguay», en que antes habian estado los prisioneros. Los eclesiásticos fueron destinados á la cámara, los demás fueron amontonados en la bodega, donde según he oido, hubieron de ser sofocados. Al día siguiente, permitieron á varios que pasasen la noche sobre cubierta, y á los dos dias se hizo una clasificación de presos, de que resultó que muchos salieron con la ciudad por cárcel, y otros fueron trasladados á la carcel pública, donde se les trató con el mayor rigor.

CAPÍTULO XIX

CASAMIENTO DEL GENERAL PAZ

Entrada triunfal del general Lopez en Santa Fé.—Su entrevista con Rosas.—Fusilamiento de presos en San Nicolás.—Sufrimientos del general Paz.—Sus carceleros.—Intrigas de Cullen.—Decadencia del poder militar de Lopez.—Aumentan los padecimientos del general Paz.—Los indios de Santa Fé.—Crueldades que con estos comete Lopez.—Conducta de este caudillo.—Sus procederes en materia de justicia.—El ayudante Echagüe.—El maestro Tadeo.—La madre y sobrina del general Paz lo visitan en la prisión.—Se concierta el casamiento.—Muerte de Quiroga.—Matanza de indios.—Casamiento de Paz.

En los primeros dias de Octubre llegó el señor Lopez de regreso de su campaña sobre Córdoba, y se le hizo un gran recibimiento. Su entrada fué triunfal, por debajo de arcos y trofeos, con músicas, aclamaciones, acompañamiento, etc. En esa noche y las siguientes, hubo reuniones que recorrieron las calles con músicas, cohetes, iluminaciones y vivas. En cuanto á mí, recuerdo que en ese día recibí el primer desaire que me quiso hacer el cabo de la guardia, á quién llamaban *compadrito;* á su ejemplo, un rato después el centinela hizo otro tanto, pero lo reprimí en el modo que me era posible, y sin duda el ayudante Oroño les prevendría algo á este respecto, porque no se repitió por entonces.

El señor Lopez no me visitó, ni hubo otra alteración sen-

sible en el modo de manejarse que tenian conmigo, que írseme retirando á su ejemplo, los que de vez en cuando me hacian una visita, con los requisitos necesarios. El señor Echagüe lo hizo una vez, como ya indiqué, y el señor Benitez me trajo veinte y cuatro onzas de oro que se me remitian de Córdoba, y había recibido doce más, que me mandaba mi madre desde Buenos Aires, de modo que tenía reunida esa corta cantidad. Uno de estos dias se me presentó el ayudante Oroño á decirme de orden de S. E., que si yo no tenía comodidad para guardar ese dinero, lo haría él depositar para que fuese yo tomando lo que necesitase. Era muy claro el espíritu de este comedimiento para que lo rehusase; lo entregué, pués, y se puso en poder del oficial de secretaría, don Juan Maciel, á quién pedía por pequeñas cantidades, lo que necesitaba.

Dias antes de recibir este auxilio, viéndome sin dinero, porque había gastado las primeras doce onzas, más cinco que se me habian proporcionado, y después de reiterados ofrecimientos del señor Cullen, le había pedido unos pesos (que le fueron cubiertos luego, de esta remesa), y para ello, le había escrito cuatro letras; no sé qué rumor llegó á mi noticia, de que un periódico había hablado de mi carta, que él había mandado, como un comprobante de mi existencia en Santa Fé; él lo negó, y yo nunca he visto el papel; así es que no puedo juzgar de lo que en esto hubo.

Aproximábase Octubre á su fin, cuando salió el general Lopez con su comitiva para el Rosario, donde debía tener su entrevista con el señor Rosas. El mismo día embarcaron en la goleta «Uruguay», á los presos que estaban en el Cabildo, en número de más de treinta. Era muy claro, que el destino de ellos, y mío, muy particularmente, iba á fijarse en esta conferencia. Yo había manifestado sinceramente mis deseos, de que me dejasen ir á un país extrangero, dándoles una fianza á su satisfacción, de no mezclarme en cosas po-

líticas, ni volver al territorio de la República, sin consentimiento del Gobierno. Aún más, me obligaba por este medio á residir en tal ó cual país, ó en la Europa misma, y pensaba en semejante caso ocurrir á mis amigos, que no dudo hubiesen suscripto por mí, una obligación de esta naturaleza, seguros como debian de estar, que ni era capaz de burlar su confianza, ni defraudarlos en sus intereses, que quedaban comprometidos (1). Esta propuesta mía, que conciliaba mi existencia con la seguridad y miras del Gobierno, á mi parecer, había sido hecha por mí al señor Cullen, quién me había prometido trasmitirla y apoyarla, pero no sé si por desconfianza que él lo verificase (como que ignoro hasta ahora si lo hizo), ó por otro motivo, quise valerme para esto mismo del señor Echagüe, y me tomé la confianza de mandarlo llamar antes de la partida, pero no quiso venir, sin embargo, que se me dijo que decía que lo haría, y me ví privado de este recurso.

El día 11 de Octubre, se había permitido á mi hermano Julián, que era uno de los presos que habian quedado con la ciudad por cárcel, que me visitase por una vez, como lo hizo en dicho día, acompañado del ayudante Oroño, que no se separó un momento de nuestro lado. Recuerdo aún la conversación que tuvimos, en que como es de congetu-

---

(1) Asi pensaba entonces; más, después he tenido motivos de dudar, al ver la ingratitud de mis amigos políticos; no solo nada hicieron que pudiese mitigar ó salvarme de mi desgracia, sinó que puedo decir que una gran parte de ellos se empeñó en reagravarla, haciendo correr especies que me denigraban, y tratando de sofocar el tal cual interés que aún podian tomar algunos. Pero, ¡juicios de Dios! Esa misma ingratitud, ese olvido, esa chocante injusticia, ha sido la que me ha salvado. Rosas, midiendo mi corazón por el suyo, creyó que á vista de tan indigno proceder, yo no pertenecería más á una causa, cuyos corifeos me desconocian, y quizá me abrumaban de cargos. Hasta hubo estúpido que aseguró que intencionalmente me había hecho tomar prisionero. ¡Qué brutalidad! después de estos conocimientos que he tomado, no extrañaría que me hubiese engañado, al pensar que hallaría algunos amigos que otorgaran la fianza que proponía.

rar, no pudimos hablarnos con confianza, ni aún entregarnos á los impulsos fraternales de nuestro corazón; después de una media hora, se retiró, dejándome sumergido en amargas reflexiones.

El domingo 30 de Octubre, por la mañana, entró á mi habitación el criado que me servía, para decirme que acababa de oir que muchos de los presos que habian ido en la goleta «Uruguay», habian sido fusilados en San Nicolás; efectivamente, así había sucedido, lo que debió sorprender generalmente, pués no se podía ni preveer ni esperar semejante cosa. Todos ellos habian sido arrestados en Córdoba, hacía cinco meses, habiendo sido conducidos desde allí á Santa Fé, y luego á San Nicolás, muchos con gruesas barras de grillos, y todos sufriendo las incomodidades de una rigurosa prisión; sus compañeros de infortunio que habian quedado en Santa Fé, gozaban libertad, y algunos se disponian ya á volver á sus hogares; habian pasado esos momentos de efervescencia y de exaltación, que podian hacer disculpable su ejecución, y además, debía suponerse satisfecha la animosidad de sus enemigos, con tan largo sufrimiento. Por otra parte, si se creía conveniente su suplicio, era natural creer que este se hubiese verificado en Córdoba mismo: en Córdoba, que había sido el teatro de sus supuestos crímenes políticos; más, no habiendo sucedido así, se les suponía garantidos en sus vidas, por lo menos. No fué así, y el 28 de Octubre fueron fusilados del modo más cruel, en la plaza de la ciudad de San Nicolás, diez jefes oficiales, ó ciudadanos distinguidos, y otros dos, conducidos al pueblo del Salto, sufrieron la misma pena. Uno de estos últimos era el capitán Tarragona, santafecino, relacionado por parentesco con el coronel don Pascual Echagüe, quién habiendo sabido el fatal destino de su pariente, se interesó vivamente con el señor Rosas, y logró que se revocase la orden de su ejecución. Hizo marchar un hombre con ex-

traordinaria celeridad, pero cuando llegó al Salto con la *gracia,* acababa de ejecutarse la sentencia, y se encontró con el ensangrentado cadáver de la víctima. Supe de positivo, que el señor Echagüe desaprobó altamente, á su regreso á Santa Fé, tan severa como arbitraria medida: pero esto fué todo lo que hizo, porque posteriormente se le ha visto no solo acérrimo partidario de ese mismo sistema, sinó también ejecutor y cooperador activo de esas mismas crueldades. Esta se perpetró sin forma alguna de juicio, sin que se oyese descargo á los acusados, y sin que ni sospechasen su sacrificio, hasta el momento de verificarse. Una simple orden reservada de Rosas al comandante Ravelo, de San Nicolás, los llevó al suplicio con cuatro horas de término (1).

Este era un terrible anuncio de la suerte que me esperaba. ¿Qué debía conjeturarse, cuando personas menos comprometidas, jefes y oficiales subalternos, y hasta simples paisanos, habian sido arrastrados al suplicio? Todos, y yo el

(1) Mientras más reflexiono sobre esto, menos puedo comprender este negocio, no siendo á costa de la moralidad y sentimientos de Lopez. ¿Qué se propuso este hombre, haciendo venir desde Córdoba á San Nicolás tantos hombres dignos de mejor suerte, y tenerlos por meses caminando y sufriendo cruelmente? ¿Por qué no los fusiló en Córdoba? No hallo otra explicación, sinó que quiso contraer mérito con Rosas, trayéndole víctimas, y lisongeando sus venganzas. A Rosas, que era su subalterno, por cuanto Lopez era General en Jefe de la dicha confederación, pero subalterno, que podía muy bién pagarle pecuniariamente su servicio. Ambos caudillos se separaron friamente de su entrevista, y sé de cierto, que Lopez hubo de cortar las conferencias bruscamente, retirándose sin despedirse. Hé aquí, á mi juicio, lo que me salvó á mí. Naturalmente, por mi debía pedirse un precio más alto; más, no habiéndose pagado bién las víctimas subalternas, se creyó que tampoco lo sería el jefe, y le convino, por entonces, continuar este detestable mercado. Cuando después de cuatro y medio años me mandó, siempre sacó la ventaja de recomendarse por este medio, para estrechar nuevamente sus relaciones con Rosas. Diré algo ahora sobre lo que pienso que ha influido, para que este no termine mis dias. Cuando mi madre fué á Santa Fé, me preguntó qué servicio había hecho yo á don León Rosas, padre del dictador, pués encontrándose casualmente en una casa de visita con doña Agustina de Rosas y una ó dos de sus hijas, estas le dijeron que don León me debía un servicio que nunca olvidaría,

primero, creyeron que muy pronto me llegaría el último momento, y aunque no me lo dijesen, era considerado como un cadáver, más bién que como un sér viviente, y me lo daban á entender los más compasivos, en sus melancólicas miradas. En cuanto á mí, solo procuré familiarizarme con esta idea, sin que pueda asegurar haberlo conseguido.

Parecía consiguiente que en la conferencia del Arroyo del Medio, entre los generales Rosas y Lopez, se hubiese acordado mi final destino; esperaba su decisión al regreso del último, que era esperado por momentos, atribuyendo la separación que se había hecho de mí, respecto de las otras víctimas (1) á que se le quería dar á la ejecución más solemnidad, variando de lugar y ceremonias. Después se me ha hecho entender que Rosas exigía que Lopez fuese el ejecutor de mi suplicio, como un gaje de su compromiso contra los unitarios, y que este lo rehusó, hasta que pasados años le hizo inútil una semejante crueldad. Sea lo que fuere,

---

y que deseaba vivamente las ocasiones de correspondérmelo. Con este motivo y algún otro indicio que me dió mi madre, registré mi memoria y recordé: Que en el año 29, á principios, cuando se trató de sacar de Buenos Aires á los federales peligrosos, se trató de clasificarlos en el consejo de ministros (yo lo era de la guerra) y habiendo propuesto á don León Rosas como uno de los que debian salir del país, me opuse, diciendo que yo no lo conocía, pero que me habian informado que era un anciano y hombre respetable, incapaz de conspirar, aún cuando su hijo estuviese tan altamente comprometido. Mi opinión prevaleció porque era justa, y don León quedó tranquilo en su casa. A nadie había yo referido este incidente y lo había olvidado; ni creo que los otros del consejo lo hiciesen, pero por lo que dijo á mi madre la misma doña Agustina y por otros antecedentes, la conferencia y deliberación del consejo llegó á noticia de los federales, por alguno de la secretaría, que oyó la discusión. Tengo otros datos para saber que había entre los emplea-

---

(1) Era tal la convicción general, á este respecto, que mi hermano me ha referido después, que cuando salian de Córdoba presos, preguntó al infortunado doctor Sarrachaga, qué pensaba de mí, y le contestó: *Ya estará en camino para Navarro*, indicándole el lugar en que fué ejecutado el señor Dorrego.

en esta amarga incertidumbre seguí muchos meses, hasta el 8 de Enero del año 1832, en que vino á verme muy de prisa don Juan Maciel, para decirme que mi suerte estaba decidida felizmente, y que se había acordado que saliese del territorio de la República, que solo faltaba el arreglo de ciertas formalidades, sobre las que se había consultado á Rosas, cuya contestación no tardaría más de veinte dias. Imagínese cualquiera el contento que me causaría semejante noticia, y la ansiedad con que esperaría al trascurso de esos veinte dias. Ellos pasaron, y más otros veinte, y otros cientos, sin que llegase la suspirada contestación. Mi impaciencia no tenía límites, y mis esperanzas se habian del todo aniquilado, cuando el mismo don Juan Maciel vino otra vez á mi prisión en Julio, para decirme, *que mi vida estaba salva,* habiéndose recién resuelto la cuestión que la había tenido en problema, pero que el término de mi prisión era indefinido. Le recordé con este motivo el aviso que me había dado en Enero, á lo que contestó enco-

---

dos en dichas secretarias quienes traicionaban la confianza del Gobierno y vendian los secretos más íntimos. Este fué uno de ellos, pero que á mí me ha sido grandemente útil, pués pienso que se le debe en gran parte mi conservación. Cuando salí de Luján y fuí á corresponder al general Mansilla su visita, me dijo: *Procure usted visitar á mi madre política, pués me consta que le debe usted mucho.* Ahora, pués, debo inferir que este incidente y el concepto de probidad que creo merecerle á Rosas, á pesar de lo que diga en público, detuvo su mano, y si dijo á Lopez que me fusilase, fué echando sobre él, la odiosidad de un tal asesinato. Porque si Rosas hubiera querido eficazmente mi muerte, no es Lopez ni el inmoral Cullen, quienes hubiesen resistido á la seducción de algunos regalos. Con otras vidas han comerciado. ¿Por qué no lo harian con la mía? Se agrega que Lopez con esas ventas de carne humana pensaba ganar en doble sentido, lucrando pecuniariamente, y ostentando cierta humanidad por cuanto no fusilaba él mismo. Aún cuando llegaba á hacerlo, era en las tinieblas y en secreto. Así es que me decía en Santa Fé, un jóven de las primeras familias (don Francisco Latorre), que me hacía centinela: *Nuestro Gobernador es muy bueno, pués jamás ha fusilado á nadie por criminal que haya sido, excepto el comandante Orando, que fué ejecutado en medio de este patio* (y me señalaba el lugar) *porque si otros han desaparecido, los ha hecho despachar ocultamente.* ¡Qué bondad la de Lopez! ¡Qué ideas las de su panegirista!

giéndose de hombros, que así se lo habian hecho entender. Mi situación se hizo insoportable; la incertidumbre hubo de hacerme presa de la desesperación, en términos, que puedo asegurar que ese estado de vaga oscuridad, es quizá tan penoso, como la perspectiva cierta de la última desgracia.

Ya por este tiempo, se me habian retirado todas mis visitas. Cullen mismo, que había hecho los mayores esfuerzos para persuadirme el más vivo interés, é inspirarme confianza, me había dado la espalda. La última vez que me visitó, en principios de Noviembre, fué un momento, de pié, y para decirme cuatro mentirosas palabras. Todos los demás siguieron su ejemplo, ó mejor diré, el del general Lopez, por cuyas acciones se modelaban las de todos los pobres santafecinos.

Ya he dicho antes, que la Aduana de Santa Fé, es un vasto edificio que servía á una multitud de usos, y ahora es preciso agregar, que el jefe á cuyo inmediato cargo corría, era un oficial que desempeñaba á la vez los deberes de mayor de plaza, comandante de armas, jefe de policía, oficial de guardia, guarda almacen, carcelero, etc. Ocupaba este empleo el teniente Oroño al tiempo de mi arribo, y lo continuó por cerca de un año. No se movía de la Aduana, sinó los domingos, que ensillaba por la mañana su caballo para ir á misa. Era sumamente ignorante, pero de buén corazón, y humano. Le merecí atención y buenos modos; le conservo reconocimiento. El año de 1834, cuando había vuelto á servir en su cuerpo de Dragones, fué muerto por los indios en una de sus incursiones.

Poco antes de la mitad del año en que voy, que es el de treinta y dos, hubo una extraordinaria y repetida mudanza de agentes. Después de Oroño, entró provisionalmente en este empleo, el teniente Freire (1), sobrino del Gobernador.

(1) Fusilado el año 40, por don Juan Pablo Lopez, por partidario de nuestra causa.

A los pocos dias le sucedió don José Manuel Echagüe(1), y al mes, el que había sido capitán del puerto, don Pancho Echagüe. Ignoro hasta ahora el motivo de la antipatía que contra mí mostró este hombre. Desde que entró en las funciones de ayudante de la Aduana y de mi carcelero, manifestó los mayores deseos de mortificarme. Todas las noches, y las mañanas, cuando el cabo de guardia abría ó cerraba mi puerta, debía por su órden, venir hasta mi cama para cerciorarse de mi presencia, y no solo había de verme, sinó que había de recordarme y hacer que le hablase. El mal modo con que lo hice algunas veces, lo irritaba más, y mi situación empeoraba. Cada día era más hostíl, y mi inflexibilidad lo hacía más intratable. No puedo calcular hasta donde bubieran llegado las cosas, sin el acontecimiento que produjo su separación y su muerte.

Resuelto el problema por lo pronto, sobre mi existencia, resolvió Lopez, en sus consejos, sujetarme á una prisión rigurosa é ilimitada. La sala que habitaba, tenía el desahogo de una ventana al campichuelo que está delante de la Aduana; aunque alta, le daba vista, y no estaba enteramente secuestrado de la perspectiva de seres humanos. Se acordó que me mudara de habitación, y se empezaron á hacer los preparativos con reserva. Se me eligió un cuarto de muy poca luz, situado en un ángulo del edificio, en el extremo del corredor, el cual estaba cerrado por una pared. Según el plan de Pancho Echagüe, esta debía prolongarse, de modo que mi habitación hubiera quedado en una completa oscuridad; si no se verificó, fué sin duda, debido al ayudante que le sucedió, que no quiso prestarse á esta crueldad inutil; sin embargo, se tapiaron algunas ventanas, se pusieron rejas á unas aberturas que daban luz á un

(1) Muerto en el combate que se trabó entre las fuerzas que sostenian á Cullen y las que acaudillaba don Juan Pablo Lopez, en el 38.

cuarto inmediato, se restablecieron las cerraduras dobles, candados, etc., y el 26 de Setiembre, fuí instalado en mi nueva habitación.

Pero volvamos un poco atrás, para referir la expulsión de don Pancho Echagüe. No sé por qué había incurrido este hombre, en la desgracia de Lopez, ni qué motivo hubo para que este estallase de pronto, mandándole secamente un recado, quince dias después de su recepción de la ayudantía, para que en el momento cesase, y se fuese á su casa. Fué repuesto en su lugar, don José Manuel Echagüe, que había estado poco antes. Don Pancho, con este desaire, cayó en una mortal tristeza, por no decir desesperación, y pidió su pasaporte para trasladarse al Paraná, que le fué concedido. Allí siguió en su profunda melancolía, y después de algunos meses, estaba ya en las puertas del sepulcro. Dias antes de morir, obtuvo licencia para venir á Santa Fé, á espirar en su país, como sucedió. Su sucesor siguió los preparativos para alistar mi nueva habitación, pero según he indicado, no llevó su solicitud á ese extremo de crueldad, que se había propuesto su antecesor, contentándose con las ordinarias precauciones.

Meditando en los motivos que pudieron causar la desgracia de don Pancho, he llegado á sospechar, que no fuí extrangero á ella; me explicaré: Mi hermano Julián, había hecho traer su familia, se había hecho un tal cual lugar en Santa Fé, y se proponía permanecer allí, entablando negocio de efectos de ultramar. Con este motivo, se proponía ir á Buenos Aires por uno ó dos meses, y se le permitió que me hiciera una segunda visita en los últimos dias de Agosto. El lo verificó con su señora, acompañado de un oficial, como la vez primera.

Los preparativos de mi nueva habitación se hacian con misterio, y nadie lo había traslucido en el público, pero por la indiscreción de don Pancho Echagüe, que se complacía

en saborearse de todo lo que pudiera dañarme, lo hizo entrever á algunos de sus subalternos, en términos, que yo vine á saberlo por uno de ellos. Cuando ví á mi hermano, le dije, delante del esbirro que lo acompañaba, que sabía que iban á darme un alojamiento mucho más incómodo, de lo que mi hermano se manifestó muy maravillado, pués estaba en contradicción con lo que le manifestaban desear las personas del Gobierno. El dió, según después he sabido, algunos pasos pero sin fruto. Entre tanto, he presumido, por algunos antecedentes, que Lopez, indignado por la poca reserva de Echagüe, á lo que ayudaría Cullen, tomó la medida que anonadó á este miserable. ¡Sí, miserable! pués, siendo tan cuitado, que no pudo resistir un tan pequeño revés, tenía la crueldad más refinada. Pero,¿cuándo el cobarde fué generoso, ni humano? La experiencia nos lo enseña todos los dias.

Tanto más motivo tengo de creer fundada mi sospecha, cuanto este pobre manejo, es conforme al que constantemente usaron conmigo. El era obra de Cullen más que de ningún otro, porque tal era su caracter, su mérito y su genio. Hacía correr continuamente voces diversas, y aún contradictorias con respecto á mí, y si alguna persona por motivos de humanidad ó generosidad reclamaba de fuera contra su barbarie, salía luego haciendo parada de las comodidades que se me proporcionaban, y la delicadeza con que era tratado; si por el contrario, algunos de mis enemigos se quejaban de que se me dispensaban indebidas consideraciones, ya estaba Cullen al frente para decirles lo que podía halagarles, sin perjuicio de no desperdiciar ocasión de hacerme entender, que por todas partes lo criticaban y atacaban por las atenciones que se me concedian, ó mejor diríamos, por las barbaridades que dejaban de hacerse.

De todos modos ganaba el intrigante Cullen con estas

maniobras, pués así satisfacía en parte su insensato deseo de figurar, y de hacerse conocer en el exterior. El mismo excitaba á mis deudos para que solicitasen recomendaciones de personajes con quienes quería entrar en relación, para de este modo aproximárseles; más de un ejemplo podría citar, de que quizá haré mencion en lo sucesivo, sin que tales recomendaciones produjesen efecto alguno. Pienso que no faltaron muy fuertes tentaciones en el gobierno de Santa Fé, de ceder á ellas, pero era preciso que hubiesen venido acompañadas de alguna cosa más sólida que los sentimientos generosos que se invocaban. Cullen era un negociante, y Lopez un gaucho interesado.

En mi nuevo alojamiento pasé muchos meses amargos; mi hermano regresó de Buenos Aires, y yo tenía entablada una correspondencia con él, por medios de libros que me proporcionaba para que leyese. La lectura era mi sola distracción, pero era dificilísima en un país en donde se carece de libros; es portentosa la falta que hay de ellos; solo puede explicarse por la universal desaplicación que reinaba en todas las clases. A imitación de don Estanislao Lopez, todos llevan una vida medio salvaje, y puramente material; todo lo que es raciocinio y entretenimiento intelectual, estaba desterrado de aquella ciudad. ¡Qué mucho es que mi hermano no hallase libros que mandarme! Más tarde tuvo que encargarlos á Buenos Aires, y de allí se le hicieron dos pequeñas remesas. Pero volviendo á los poquísimos que conseguía, y frecuentemente repitiendo unos mismos, seguía nuestra correspondencia, esta especie de resurrección para el mundo y la sociedad; agregando las esperanzas que me daba, de que mejorarian mis asuntos, me reanimó, é hizo llevaderos hasta cierto punto, mis padecimientos, en el otoño é invierno del año 33. Diré también que para hacer menos tediosa mi ociosa soledad, me propuse ocuparme en algún ejercicio mecánico, y me dediqué á hacer jaulas de

pájaros y á tenerlos por compañeros; efectivamente, llegué en este arte á una tal cual perfección, y logré tener una regular colección. Para mejorar las jaulas, debí mucho á las lecciones de un brasilero fabricante de ellas, que me hacía centinela, y que se complacía en dármelas. Siento no recordar el nombre de este honrado y excelente hombre. El no pertenecía al cuerpo cívico, pero tenía un hermano domiciliado en Santa Fé, y hacía su personería.

Por Abril se permitió á mi hermano que me hiciese su tercera visita, y esta vez se le dejó venir sin ser acompañado. Estuvo con su señora y chicos, y me repitió que los negocios tomaban un aspecto más favorable. Lopez se le manifestaba benévolo; Cullen le hacía fiestas; el vecindario le mostraba aprecio. Los oficiales militares lo visitaban y cultivaban muy buenas relaciones con él; en fin, todo manifestaba un aspecto consolante. Sin embargo, era de notar que los principales de estos, se le manifestaban quejosos y descontentos de Lopez, en términos, que llegó á manifestarme temores de que lo comprometiesen con sus conversaciones. Había otro motivo más poderoso que ningún otro, para explicar la benevolencia de Lopez y Cullen, y los cariños que empezaban á hacer á los que me pertenecian.

Quiroga era un enemigo declarado de Lopez, y este no podía menos de temer á un rival, tan digno de considerarse. Por ese tiempo estalló en Córdoba la revolución de Castillo y Arredondo contra los Reinafé, que todos creian y creen que era protegida por aquel caudillo; era seguro que si los Reinafé caian y se entronizaba un partido afecto á Quiroga, la situación de Lopez iba á ser muy peligrosa, y quizá desesperada. En tal caso, pensaban acordarse de mí, para hacer valer mi influencia en Córdoba, y oponerla al caudillo riojano. Esta es la explicación de esas continuas variaciones que hubo con respecto á mí, sin que fuesen tampoco extrangero á ellas el estado de sus relaciones con

Buenos Aires y demás provincias. En una palabra, cuando Cullen, que no poseía la virtud del valor, preveía peligros, procuraba lisongearme; cuando estos pasaban, volvía á recaer en la indiferencia, y aún en el rigorismo.

Durante el invierno, me hizo mi hermano tres visitas más, y recuerdo que en una de ellas me refirió la anécdota siguiente: *Ha estado,* me dijo, *á decirme el doctor Cabrera* (don Francisco Solano, fusilado más tarde bárbaramente en los Santos Lugares), *cuyas relaciones con Cullen son bastante estrechas, que este señor le ha hecho una visita que la cree dirigida á mí, porque palpablemente su objeto era que te trasmitiese sus expresiones. Después de los primeros cumplimientos, movió la conversación del estado de Córdoba, y la anarquía que amenazaba á aquella provincia. Diciendo yo,* (vá hablando el doctor Cabrera) *que no veía allí hombres que reuniesen opinión, me contestó: Se engaña usted, pués el general Paz tiene gran prestigio, y es el indicado para presidirla.* Era volver á lo que me había dicho al principio, pero era porque la atmósfera se presentaba turbia y cargada. En cuanto á mí, si saqué algunas consecuencias consolantes por cuanto podian facilitar mi libertad, miré lo demás, en el modo que merecía.

El 4 de Agosto, día de Cullen, fué en el que mi hermano me hizo su última visita. Nada había de nuevo que debiese inquietarnos, pero un temor vago que no podíamos explicarnos enteramente, se asomaba entre nosotros. Las cosas de Córdoba habian terminado por el triunfo de los Reinafé; y Cullen, al dar el permiso para que me visitase mi hermano (Lopez se hallaba accidentalmente en campaña, y Cullen ya ministro, tenía el mando en delegación), había dádole una especie de permiso, que no había dejado muy satisfecho á Julián. El disgusto de los principales oficiales militares, cuales eran Pajón (Chula) y Maldonado, que visitaban con frecuencia á mi hermano, había subido de punto,

en términos, que estaba alarmado y cuidadoso de un compromiso ó de una intriga. Censuraban á Lopez de que no atendía su mérito, ni premiaba sus servicios, de que no concedía ascensos militares, y que los estorbaba, en sus antiquísimas capitanias. Efectivamente, el sistema retrógrado, ó por lo menos, estacionario de Lopez, era uniforme, tanto en lo político como en lo militar. La organización de las fuerzas de la provincia era particular, pués no contaba más jefe que un mayor, Mendez, después que el coronel Echagüe había pasado á ser gobernador de Entre Rios, y que se había retirado del servicio, su hermano, el teniente coronel don Juan Pablo Lopez. El mismo cuerpo de Dragones, única fuerza veterana que había, estaba fraccionada en compañias, cuyos capitanes obraban aisladamente y con independencia del que se decía mayor, Mendez, que solo tenía el mando inmediato de un cantón, y de una de esas compañias que lo guarnecía. La contabilidad se manejaba en la misma forma, pués cada capitán recibía directamente de tesorería el prest de su compañía, y lo distribuía sin la menor intervención del único jefe, que como hemos dicho, era el que se decía Mayor, que no tenía sinó que hacer otro tanto con la que estaba á sus órdenes.

Por más aislada que se hubiese conservado la provincia de Santa Fé, era imposible que pudiese substraerse á la influencia del progreso que en las otras hacía la organización de nuestros ejércitos. La última campaña sobre Córdoba, había sido una lección práctica de la vetustéz y atraso de su sistema montonero, y empezaba á conocer la necesidad de regularizar sus bandas desordenadas. Allí, solo triunfó Lopez por los poderosos auxilios de Buenos Aires, y por la casualidad de mi prisión. Es muy probable que en otra guerra, las fuerzas de Santa Fé hubieran experimentado muy sérios reveses. Quizá Lopez lo prevecía, y por eso se propuso economizar á todo trance, una ruptura, ha-

ciendo inmensos sacrificios de su influencia y poder, en los negocios generales de la República.

El Sábado 17 de Agosto del año 33, me anunció mi hermano que al día siguiente iba á solicitar licencia para visitarme, y yo me dispuse á recibirlo con el vivo interés que me inspiraba su amistad, y el deseo de saber algo de lo que ocurría en el mundo. Llegó el Domingo 18, y noté con extrañeza, que contra lo acostumbrado en los dias festivos, estuvo el Gobernador desde muy temprano en la Aduana, pero no en la Sala de Gobierno, que se conservó cerrada, sinó en el cuarto del ayudante. Este se paseaba muy silencioso y pensativo en el corredor, y además, había tres ó cuatro soldados que se conservaron constantemente separados, y que alternativamente fueron entrando y saliendo al cuarto que ocupaba Lopez. Estos misteriosos movimientos, me tenian ya alarmado, aunque sin saber por qué, cuando ví entrar á mi hermano, que juzgué, como efectivamente era, que venía á solicitar la licencia para la visita prometida. En el acto mandé al muchacho que me servía, que fuese á esperarlo al pié de la escalera, para preguntarle si la había obtenido, y su respuesta fué negativa. Mi disgusto fué sumo, y aunque nada comprendía de lo que pasaba, no se me ocultaba que algo de adverso me esperaba.

Así pasó ese día y el siguiente, en que empezó á propagarse el rumor de que se había descubierto una revolución, que fraguaban los capitanes Pajón y Maldonado; que este último había hablado al efecto, á un cabo hermano suyo, que este lo contó á un pulpero, el cual dió parte á Lopez. El cabo y dos ó tres soldados, que se suponian cómplices, eran los mismos á quienes Lopez en persona había estado tomando declaración. Este rumor empezaba también á hacer sospechoso á mi hermano, por las relaciones que con él cultivaban dichos oficiales, y acaso yo mismo no estaba exento de los recelos de aquellas gentes. Sin

embargo, como el Gobernador no obraba, el juicio estaba suspenso, y solo esperaba cualquier demostración de la autoridad; esta llegó al fin, en la forma siguiente:

Los dias que transcurrieron hasta el 2 de Setiembre, fueron de una extrema aflicción; el tormento de la duda y de la incertidumbre, agregado á los que ya tanto tiempo sufría, hicieron sumamente penosa mi situación. En la noche de ese día, cuando el sirviente me introdujo la cena, me dijo, que venía de casa de mi hermano, y que creía que iba con la familia á hacer algún viaje, pués había visto hacer algunos acomodos, y aún había oido algo á sus niños. Nuevas inquietudes y zozobras. Al día siguiente, 3, recibí un recado por el mismo criado, que me avisaba que el Gobernador lo mandaba salir del territorio de la provincia en término de seis ú ocho dias, y que se disponía á partir á Buenos Aires. Por la siesta, hora en que quedaba sola la Aduana, hice llamar al ayudante Echagüe, para preguntarle, quién me confirmó la noticia, añadiendo que el doctor don José Roque Savide, emigrado también de Córdoba, había recibido igual intimación, pero que ignoraba enteramente las causas. Esto fué en el año de 1833.

Un abismo abierto bajo mis piés, no me hubiera parecido más horroroso, que la situación á que iba á quedar reducido. Sin relaciones, sin recursos, sin amigos, en un país para mí desconocido, no podía esperar una sola noticia, una sola confianza, una sola palabra sincera y amistosa. Esta consideración me devoraba, y mi imaginación ardiente, la vestía de colores tan sombrios, que acababa con todo mi sufrimiento. Además, la separación de mi hermano, debía ser la señal de nuevos padecimientos que me harian experimentar, y quizá de una muerte lenta y penosa, que era la idea que más me atormentaba, por su duración. Deseaba entonces, sériamente, que se abreviasen mis dias. ¡Qué no piensa un desgraciado! ¡Y yo lo era tanto! ¡Oh! sí; de-

masiado. Pero dejemos esto, para continuar mi narración.

Se permitió á mi hermano escribirme una corta despedida, en que me recordaba que el día siguiente, 9 de Setiembre, en que emprendía su marcha, era día de mi cumple años, y que me deseaba que en el año siguiente fuese más felíz. Me avisaba también, de algunas disposiciones que había tomado, para mi futura subsistencia. ¡Oh! qué terrible día fué aquel; no lo olvidaré mientras viva.

La misma noche del embarque de mi hermano, se presentó al anochecer el ayudante en mi cuarto, para decirme que el Gobierno había dispuesto, que en lo sucesivo, se cerrase desde aquella hora mi calabozo, é inmediatamente lo ejecutó, y así continuó ejecutándose por algún tiempo. Esto ya manifestaba un espíritu creciente de hostilidad, que no podía preveerse donde iría á parar. Los tales cuales miramientos que se habian tenido, fueron desapareciendo, y hasta la tropa me guardó menos consideraciones. Se acostumbra aplicar azotes á alguuos facinerosos, principalmente á los ladrones cuatreros ó de vacas, porque debe advertirse, que desde que Lopez, Cullen, Echagüe, etc., tenian estancias, se perseguía á esta clase de criminales, y la madrugada, era siempre la hora de estas ejecuciones. El modo consistía en amarrarlos á la reja de una ventana de muchas que tiene el edificio que se llama Aduana, y allí, al tiempo que el tambor tocaba diana, aplicarles dicho castigo. Hasta entonces se hacía, no sé si por consideración á mí, en las ventanas lejanas y exteriores; más, desde entonces, se dirigieron á aquellas, precisamente que cuadraban debajo de la habitación mía, de modo que yo participase, en cierto modo, del castigo que se infligía á los ladrones; y á la verdad que lo conseguian, porque en la situación de mi espíritu, y al recordarme generalmente, era horrible el tormento que me causaba el sufrimiento de otros, y el infernal ruido que hacian los golpes del látigo, los gritos del

paciente, las cajas y la algazara de los ejecutores. Más, esto no es nada, pués todavía veremos cosas más repugnantes.

Los indios del Chaco, á quienes para atraer, no había economizado Lopez sacrificio, de decirse de honor, ni de decencia, y que le habian acompañado en todas sus campañas á Buenos Aires y Córdoba, seguian haciendo incursiones en la provincia de Santa Fé, y depredándola sin misericordia. Toda persona, sin exceptuar las mujeres de edad, y niños que no podian llevar, era irremisiblemente inmolada. La explicación de esta conducta se tiene, advirtiendo, que Lopez, para llevarlos á la guerra, jamás tocó otros resortes, que el de excitar las propensiones al robo, al asesinato, á la violencia; y desde que les faltaba teatro en que ejercerla, venian sobre Santa Fé, en partidas más ó menos numerosas, y trataban á sus aliados, como si fuesen sus más inveterados enemigos.

En la mañana del 13 de Octubre, si no me engaño, del año en que vá mi relación, que es el 33, luego que quitaron los cerrojos de mi calabozo, el muchachillo que me servía, y á quién yo pagaba para ello, entró despavorido para decirme, que la indiada había acometido las quintas inmediatas, haciendo una mortandad horrorosa; que las gentes de los suburbios corrian en tropas, á refugiarse en el centro de la ciudad, y que el Gobernador había venido á la Aduana, y se preparaba á salir con fuerza para resistirles. Efectivamente, así era, y yo mismo alcancé á ver por una ventanilla de un cuarto inmediato al mío, que daba al campo, mujeres que corrian con sus atados en que llevaban lo más precioso que tenian, para salvarlo. La Aduana en estos momentos había salido de su habitual quietud; no se veian sinó hombres armados, que salian de los almacenes, que al efecto se habian abierto. Regularmente era esa la manera de expedicionar que tenía Lopez. Cuando era urgente preparar

una fuerza, ocurrian por armas los gauchos voluntarios, de que se hacía seguir, y se las daban sin cuenta ni razón. Al regreso de la expedición, las entregaba el que quería, quedándose la mayor parte con ellas, para después recibir otras. Supe que los troperos cuyanos, que venian con sus arrias, hacian un comercio muy lucrativo, comprándolas á víl precio.

Mediante este sistema de corrupción y de contemporización con los indios, la provincia de Santa Fé ha quedado reducida á un esqueleto; sus fronteras por el norte y oeste, no pasan de ser los suburbios de la capital, y estos mismos están amenazados, como se ha visto. Lopez, con el fin de procurarse un asilo, en un caso de desgracia, ha sacrificado la riqueza, el bienestar y la no mucha civilización de ese país. Su estado actual es poco menos que el de una completa barbarie, con algunas excepciones. Podría escribir volúmenes para demostrarlo; más, aunque esto me sea imposible, no dejaré de decir lo bastante para que se venga al conocimiento de la exactitud de mi observación.

Sin embargo, del ascendiente que ejerció Lopez en toda su población, esta empezó á murmurar porque no perseguía á los indios, y contenía sus depredaciones; en cierto modo se vió precisado á obrar, y empezó á hacer personalmente algunas incursiones en el Chaco, más ó menos como las que los indios hacen en los poblados. De allí resultó, que se trajeron algunas docenas de indias con muy pocos indios, porque los demás habian sido muertos. A dichas indias se las depositó en la Aduana, receptáculo, como se ha dicho, de cuanto hay de más opuesto. Allí tenian un salón bajo, sumamente inmundo, donde se las encerraba por la noche, dejándolas todo el día vagar por el patio; su vestido no era otro que una jerga, ó un pedazo de cuero envuelto, que les cubría desde la cintura hasta sus rodillas, presentando de este modo la Casa de Gobierno, el espectáculo

más asqueroso y chocante. Pero él servía algunas veces de recreo á S. E. el Gobernador. En varias ocasiones lo ví salir á la baranda del corredor alto (y esto era muestra de estar de un bellísimo humor), para presenciar una escena de pugilato que representaban las chinas, saliendo de dos en dos, como en un duelo, y dándose con el mayor encarnizamiento sendos golpes de puño, por el pecho y rostro, hasta cubrirse de sangre y quedar bién estropeadas; cuando esto sucedía, las contendentes acortaban su chiripá, de modo que solo ocultaba la parte del cuerpo que hay desde la cintura hasta más arriba de la rodilla; cuando S. E. había gozado del placer que le ofrecian estos gladiadores de nuevo género, tiraba una peseta á la india más vigorosa, y se retiraba muy satisfecho. La misma operación ví representar alguna vez con indios varones, pero no tenía para aquellas gentes el atractivo de las luchas femeninas, en las que alguna vez una contendente dejaba escapar el chiripá, porque con los golpes y contorsiones se reventaba la correa que lo sostenía, y quedaba completamente desnuda; entonces se dejaban oir los estruendosos aplausos, y subía de punto la alegría. He sido testigo ocular de estas y otras escenas semejantes, que por de poco gusto que fuesen, hacian un paréntesis á la insoportable monotonía de mi vida. Muy luego se sucedieron otras, que horrorizan y hacen extremecer la humanidad.

Aunque Lopez, como he insinuado, empezó por ese tiempo, á emplear las armas contra los indios, no por eso renunció á los artificios de su política tortuosa, sea maquiavélica, sea salvaje, sea todo á un tiempo. El Chaco, como nadie ignora, encierra un inmenso número de parcialidades ó tribus de indios, que si alguna vez se reunen momentáneamente para hacer una invasión, se dividen luego, se roban mútuamente lo que antes han robado en común, se dañan, y finalmente, llegan á hacerse la guerra. Lopez fo-

mentaba diestramente estos ódios, y alguna vez ha destruido indios de quienes quería deshacerse, por otros indios, á quienes no odiaba menos. Aún en sus campañas, cuando se hacía acompañar de esos mismos salvajes, á quienes ahora empezaba á perseguir, se valió de medios que repugnarian á un hombre de mejores principios. Por ejemplo: quería deshacerse de algún indio altanero ó peligroso, que arrastraba algún séquito; cualquiera persona que obrando como jefe militar, ó como un caudillo, lo mandaría ejecutar; nada de eso. Le suscitaba un rival, promoviéndole un enredo, por conducto de las chinas, con quienes Lopez se relacionaba íntimamente, ó por medio de algunos ministriles á propósito, y ya dispuestos los ánimos de los dos antagonistas, les hacía dar abundante licor, pero cuidando que el que había de morir en la pelea, se embriagase absolutamente, sin excluir algún fraude en las armas, siempre que pudiese hacerse con disimulo. Preparadas así las cosas, se les excitaba á la pelea, la que generalmente se terminaba por el sacrificio del que se había destinado para víctima. Esto lo sé por relaciones contestes de oficiales que servian con Lopez, y que lo referian, más bién como una prueba de la capacidad de su Jefe.

Era la semana santa, en el año 1834, y en el viernes por la noche, ya se supo que Lopez, que había salido á campaña, estaba de regreso, y acampado á las inmediaciones, con una gruesa partida de indios que había tomado, y su correspondiente chusma (nombre que se dá á las mujeres y niños). Al día siguiente, á la hora de la aleluya, debía hacer su triunfal entrada, en medio de los repiques y alegría que conmemora la resurrección del Salvador. Efectivamente, así fué, y en el mismo día se vió la Aduana poblada de estos nuevos huéspedes, que la constituian en una verdadera toldería. Muy luego se supo que esta presa no era fruto de un hecho de armas ó de una victoria, sinó el

resultado de una intriga. Estos indios eran los antiguos pobladores de la misión de San Javier, así es que casi todos llevaban nombres de santos y eran cristianos; por las noches tenian en común sus cánticos y rezos, últimos restos de la enseñanza jesuítica. Ya se comprenderá que los hábitos salvajes no eran entre ellos tan arraigados, y que era muy posible volverlos á la sociedad. Es lo que les había propuesto Lopez, y ellos que se veian amenazados sériamente de otra tribu, consintieron en volver á la vida social, y sin duda, á su antigua reducción. Lopez, faltando á la fé prometida, los trajo como verdaderos prisioneros, y aunque al principio se les trató con algunas consideraciones, después se usó de la más terrible crueldad. Más, antes quiero hablar de un hecho que excede á todos los que puedo decir que he presenciado, en barbarie y ferocidad.

El gobierno de Corrientes conservaba buenas relaciones con el de Santa Fé, y como una muestra de amistad, le remitió con una escolta, mandada por el teniente entonces, Llopas, tres indios principales, de una parcialidad enemiga, sin duda, de Santa Fé, y enemiga también de la de Abipones, que era la única que se conservaba reducida y establecida en el Sauce, á diez leguas de Santa Fé. De estos tres indios, uno era hijo de un cacique, el cual había muerto á otro cacique, padre de una india principal abipona, que residía en el Sauce, con los demás de su tribu. Lopez tenía interés en perpetuar los ódios de ambas parcialidades, y hé aquí como se condujo:

Un domingo por la mañana alcancé á ver un indio, con una gruesa barra de fierro, á quién encerraban en la Alcancía, que era un cuartito de algunos piés, que quedaba bajo la escalera principal, y cuya puerta alcanzaba á ver desde mi calabozo. Otros dos robustos salvajes, cuya fisonomía y ademanes manifestaban suma consternación, fueron conducidos sin prisiones al corredor alto, y luego sucesivamente al

cuarto del ayudante, adonde ví entrar al cura de la ciudad, doctor Amenabar. La venida de un sacerdote, la preparación de una gran fuente con agua, la compostura y solemnidad que daban á la ceremonia los pocos actores que intervenian, me hizo creer que se trataba de algún acto religioso. Efectivamente, era así; los indios fueron bautizados para ser entregados á la muerte ese mismo día.

Más, ¿qué privilegio tuvieron estos para que se les administrase tan santo sacramento, cuando innumerables otros, antes y después, fueron despachados sin ocuparse de la salud de sus almas? Lo ignoro, y solo por conjeturas me persuado que pudo haber una de dos causas, ó las dos á un tiempo: Primera, hacer saber á Terri, gobernador de Corrientes, que sus remitidos, habian muerto cristianamente. Segunda, fortificar los principios religiosos, que se quería acaso inculcar á los indios del Sauce, que fueron sus ejecutores.

Como á las cuatro de la tarde se presentó una partida de estos á la puerta de la Aduana, de los que yo mismo ví tres ó cuatro que entraron al patio, á la que fueron entregados los tres indios bautizados recientemente. La partida marchó, y luego que pasó el Salado, lanceó sin cumplimientos, á los dos indios que no llevaban prisiones, reservando el de los grillos, que fué conducido hasta el Sauce. Este fué allí entregado á las indias mujeres, y muy particularmente, á la venganza de la india, cuyo padre había muerto á manos del padre del que se iba á sacrificar. Ellas usaron de un modo terrible de la facultad que se les concedía; aseguraron al desgraciado fuertemente á un poste, lo hincaron primero con agujas y puntas de fierro, le cortaron vivo las orejas y las narices, lo castraron, y martirizaron sin piedad, hasta que murió en horribles tormentos. ¡Véase ahora si las distintas parcialidades á que pertenecian los verdugos y

la víctima, podian jamás reconciliarse! Esto es lo que Lopez se proponía.

Lo admirable es, que este hecho público, de entera notoriedad, no excitaba horror, ni produjo censura, ni el menor signo de reprobación, al menos entre la gente con quién yo trataba, que eran los militares. ¡Ah! Después he hablado de él con personas de ese mismo país, que pertenecian á una clase más distinguida, y he tenido motivos de creer que tampoco á ellos les hizo desagradable sensación. Este era el estado de aquella desgraciada provincia, bajo el régimen de su gobernador vitalicio, don Estanislao Lopez.

Este caudillo, era un gaucho en toda la extensión de la palabra. Taimado, silencioso, suspicáz, penetrante, indolente y desconfiado; no se mostró cruel, pero nada era menos que sensible; no se complacía en derramar sangre, pero la veía correr sin conmoverse; no excitaba desenfrenadamente la plebe, pero tampoco reprimía los desórdenes; tenía un modo particular de obrar, cuando se proponía corregirlos.

Estaba avecindado en Santa Fé, un viejo español, don Pelayo Gutierrez, soltero, sin servidumbre, á quién el vulgo le suponía dinero. Una mañana se encontró un agujero en una de las paredes de la casa, por donde era evidente que habian querido introducirse algunos malhechores. Sin duda les faltó tiempo en la noche, para concluir la abertura practicada en la pared, y tuvieron por entonces que abandonar el proyecto. Lopez tenía una sagacidad especial para discernir por conjetura, el autor ó autores de un crímen que se cometía, porque conociendo personal é intimamente á todos los gauchos como él, sabía perfectamente sus tendencias, capacidad é inclinaciones. Así fué ahora; se fijó en algunos que eran abonados para ese oficio, se insinuó con ellos por medio de sus agentes, y obtuvo por medio de la delación de un facineroso, conocido por el so-

bre-nombre de *Lechera,* un conocimiento del hecho. Entre los perpetradores, se hallaba un tal Verón, emigrado de Buenos Aires, después de la revolución de Octubre, y correntino de nacimiento, si no me engaño. Ellos no habian renunciado al proyecto, y solo convinieron en dejar olvidar la primera tentativa, para renovarla tomando mejor sus medidas, para que no se frustrase como la vez primera.

Un día ví desde mi cuarto, bastante movimiento en el del ayudante don José Manuel Echagüe. Ví que preparaban armas, y le trajeron una tremenda lanza, que supongo era de su uso. Era evidente que algo de extraordinario había, aunque entonces no lo comprendiese. A la mañana siguiente supe, que avisados por *Lechera*, que esa noche antes, era la destinada para la segunda tentativa de robo, se mandaron emboscar dos partidas en los sitios convenientes, de modo que no pudiesen escapar los ladrones, ó mejor diremos, Verón, que era el único á quién querian sacrificar, acaso porque era forastero. Viéndose este sentido, huyó, y dió con una de las partidas que mandaba el juez civil, don Urbano Yreondo, la que lo hirió, capturó y amarró fuertemente; en este estado se hallaba cuando llegó Echagüe, el cual, sacando entonces su espada, lo atravesó en varias partes, hasta concluirlo. Al día siguiente estaba el cadaver en los portales del Cabildo, á la espectación pública. Todos los demás escaparon, cerrando las autoridades y los perseguidores, los ojos para no verlo.

Me he detenido en este lance, para hacer ver el modo de proceder de Lopez en materias de justicia, y probar el estado de civilización de aquellas gentes, entre las que Echagüe ocupaba un lugar distinguido: pertenecía á una de las primeras familias, era de lo más adelantado en maneras y cultura, y era reputado como la niña (expresión con que me lo recomendaron), entre todos los oficiales santafecinos. Pués este mismo Echagüe, me refirió, sin el menor

empacho, y más bién con el tono de jactancia, el cobarde asesinato que había cometido, contentándose con añadir que lo había hecho, porque conoció que esa era la voluntad de Lopez. Otra vez me contó haber asesinado un indio, en la forma siguiente: No era aún militar, y tenía casa de negocio, la que tenía dos puertas de luz, que una pertenecía á la trastienda, y que de consiguiente, se conservaba cerrada. Un indio, en estado completo de embriaguez, fué á caer recostado en la puerta de dicha trastienda. Como hubiese entre las tablas de la puerta algunas aberturas, se aprovechó de ellas para dar desde la parte de adentro, fuertes estocadas con una espada, aunque el miserable que las sufría, no pudiese atinar en su enagenación, de donde le venía el golpe, hasta que espiró á pocos momentos. Era uno de esos indios aliados de Santa Fé, que cruzaban sus calles, y frecuentaban sus tabernas. Lopez no hacía cargo por esos asesinatos, ni aún se averiguaba quién era el autor.

En ese mismo tiempo, quiso Lopez deshacerse de un indio, llamado Eusebio, contra quién tenía sus prevenciones; mandó al desierto sus agentes que lo llamasen con muy buenas palabras, y le hiciesen ofertas; el indio cayó en el lazo, y concurrió al llamado de Lopez; este lo recibió muy bién en la Aduana, le dió nuevas seguridades, y lo despachó; antes de haber andado una cuadra, lo había tomado una partida y conducídolo en prisión. Se le puso una gruesa barra de grillos, y se le destinó á morir; pero antes quiso saborearse en los padecimientos de aquel desgraciado, y se hizo durar ocho dias, lo que llamamos *capilla;* tampoco esta la tuvo en un solo punto, pués se le sentenció en la cárcel del Cabildo; á los tres ó cuatro dias se le trasladó á la Aduana, donde lo veía todos los dias, cuando lo pasaban á alguna diligencia, para lo que tenía que atravesar el patio; finalmente, se le volvió á trasladar

al Cabildo y se le ejecutó en la madrugada del octavo día. Aún entonces se tuvo cuidado de colocar el suplicio muy cerca de la ventana de un gran calabozo, donde se habian encerrado los más de los indios de San Javier, de que ya hablé, para amedrentarlos con este espectáculo.

Se me pasaba hacer mérito de una ocurrencia que me dió mucho que pensar, y á cuya solución jamás pude llegar. Un hombre, un preso, por más desesperada que sea su suerte, siempre conserva alguna esperanza, y no deja de tocar algunos medios de mejorarla, ó vencerla. Considerada mi prisión superficialmente, creería cualquiera que no era difícil escapar; pero atendidas mis circunstancias, era imposible que yo lograse mi evasión sin el concurso de una persona del país; pués, esta no la tenía. Lopez había sojuzgado completamente las voluntades de todas las clases de la sociedad, si es que en aquella sociedad, puede decirse, que había clase. La parte que podría clasificarse de pensadora, vejetaba, sinó contenta, al menos resignada y tranquila; la plebe, seguía ciegamente la impulsión que le daba Lopez. Yo, jamás había estado en Santa Fé, y á nadie conocía; era seguro que hubiera sido traicionado por cualquiera de quién me hubiera valido. Solo dos santafecinos, me hablaron de escape, y estoy perfectamente seguro que lo hicieron en la persuación, falsa ó verdadera, de que Lopez, aburrido de guardar tanto tiempo un preso, vería con gusto su evasión.

Uno de estos santafecinos fué Echagüe, no porque precisa ni directamente me hablase, sinó porque me provocaba de un modo muy claro á que yo me abriese. Llegó hasta insinuarme que necesitaba una cierta cantidad, que no pasaba de mil pesos; la misma exigüidad de ella, me hacía entrar en penosas desconfianzas. Préviamente hacía alguna demostración ó aparato capáz de mortificarme, y cuando había subido de todo punto mi disgusto, ve-

nía á insinuarse, con medias palabras, que no decian mucho, pero que daban á entender demasiado. Luego que yo me esforzaba en aclarar el asunto y en entrar francamente en explicaciones, se replegaba otra vez, de un modo capaz de distraer las primeras impresiones que había producido. Entre tanto, recibía obsequios, y le hice los que pude, de ropa y otras frioleras, siendo de notar que no solo los recibía de muy buena voluntad, sinó que manifestaba una ansia que podía llamarse exigencia, para que se repitiesen. Tenía un asistente llamado Serna, que era zorro, cortado por la misma tijera; ya había sido conductor de muchos regalos, pero se le había antojado mi reloj, y me decía todos los dias con la más chocante impertinencia, que su ayudante necesitaba mucho de él. Mi reloj no valía gran cosa, pués era uno antiguo que se había conservado en casa, y que me había mandado mi madre, y aún cuando hubiese sido una preciosa alhaja, lo hubiese dado, para que no me mortificasen; pero me hacía una notable falta: me anunciaba las horas, marcaba el tiempo de mi martirio, y hasta el ruido monótono del volante, principalmente por las noches, me hacía compañía. Le dije á Serna todo esto, añadiendo que era un presente muy mezquino, un semejante reloj para su ayudante; que luego que yo saliese de la prisión, le haría obsequio de otro reloj más digno del ayudante; más, el socarrón del asistente, no se satisfacía con la promesa, y volvía continuamente y por muchos dias á la carga; sin embargo, yo me mantuve firme, y el reloj no salió de mi poder.

Era muy claro que se me había entregado al ayudante Echagüe, para que me esquilmase, y que no pudiendo sacar grandes ventajas, se contentaba con piltrafas; él se proponía algo más, ofreciéndome la perspectiva de mi libertad; pero, ¿era sincero su ofrecimiento? ¿No envolvía la dañada intención de sacrificarme? Un hombre como

Echagüe, que se manifestaba, no solo como un partidario decidido, sinó como un adorador de Lopez, que jamás dió á entender que pensase dejar su país, ¿podía creerse que se comprometiese en un asunto tan serio, como mi evasión, sin temer sus resultados? Todo me confundía, sin poder ni penetrar, ni comprender á este miserable malvado, y sentía una invencible repugnancia á fiarme de él. No fué sinó después, cuando ascendido á capitán, salió de la ayudantía y de la Aduana, que al despedirse me dió á entender que aquello lo había hecho con consentimiento tácito ó expreso de Lopez. Como le sucedería á cualquiera, me sucedió entonces, y me sucede hasta ahora, quedar en las más oscuras dudas. Si Lopez consentía en mi evasión, ¿no encontró otro medio de promoverla? Es todavía para mí un misterio, sin embargo, que no dejo de persuadirme que si hubiera habido quién tentase su codicia con algunos miles de pesos, las puertas de mi prisión, de cualquier modo se hubiesen abierto.

Por este mismo tiempo se franqueó conmigo, y yo con él, un soldado cívico, de los que me hacian guardia, llamado el maestro Tadeo, porque era carpintero de oficio. Este me habló de evasión, y yo, sin embargo, de no tener ni la centésima parte de los medios que el ayudante Echagüe, hice confianza en él.

Para mi evasión, era preciso: primero, abrir la puerta de mi calabozo; luego salir de la Aduana, saltando las paredes del patio, lo que no era difícil por un lado del edificio; en seguida, era preciso dirigirse á un embarcadero señalado, donde debía esperarme una canoa; finalmente, seguir en ella rápidamente, aguas abajo, hasta salvar las cerca de doscientas leguas que habrá por el río, hasta la Banda Oriental. El maestro Tadeo ofreció proporcionar todo; veremos luego como lo cumplió; entre tanto, le dí dinero para fabricar ó comprar una canoa, y algunos obsequios más.

Este hombre, á quién no supongo, hasta cierto punto, de mala fé, entraba sinceramente en mi proyecto (según vine á descubrir después), calculando que el general Lopez miraría con ojo indiferente mi evasión; más, siempre que se persuadía que tenía otras miras el General, y que acaso me esperaba un destino siniestro, sin desistir abiertamente, pretextaba demoras y embarazos que no había. El mismo, era un excelente bogador; tenía otro, hablado y comprometido, aunque no supe la clase de servicio que iba á hacer; el precio del suyo estaba convenido, la canoa estaba pronta, hasta fijada la noche de mi salida, cuando ese mismo día me avisó que era imposible, porque el arroyo Negro, que era el que habíamos de tomar para ir al Paraná, estaba sin agua, á causa de la seca. Según su opinión, forzoso era esperar un repunte, que es como designar las crecientes de poca importancia. Yo tuve que resignarme hasta que se le antojase al río henchirse, ó hasta que al maestro Tadeo le viniese la voluntad de cumplir su palabra. Más, no anticipemos los hechos, porque luego tendré, sin duda, que decir algo más de este.

Era domingo, 6 de Abril del 34, día de Pentecostes. Serian como las cuatro de la tarde, y el ayudante Echagüe, que acababa de entrar al patio de la Aduana, trayendo dos manos humanas frescas aún, de alguno que acababa de morir, y á quién se las habian cortado; estas manos eran de un indio á quién habian muerto ese día, y las traía con el fingido pretexto de preguntar á las indias, si conocian por las manos, al que las había llevado en vida; el verdadero objeto era mortificar á aquellas miserables, con la certidumbre de que había sido muerto uno de los suyos. Con el mismo fin, ví otra vez pasear por el patio de la Aduana, una cabeza, que acababa de ser cortada á otro indio, que traía un joven por los cabellos, al que seguía una larga comitiva de muchachos.

Alrededor del ayudante Echagüe, que lleno de satisfacción mostraba aquellos miembros inanimados, se habian agrupado quince ó veinte indias. Yo presenciaba la escena del piso alto en que estaba mi habitación, y colegía por los ademanes, que se hablaba, aunque no oía lo que se decía. Sin que por el movimiento me llamase la atención, ví entrar al patio una negra vestida con aseo, la que parecía forastera, pués se hizo indicar con alguno al ayudante, al que se dirigió inmediatamente. Debió interesarle lo que la negra le dijo, porque se separó un poco del grupo para contestarle, quizá avergonzado de que lo hubiesen sorprendido en tan víl ocupación, y noté también que se fijaba en mí, y aún me señalaba; la negra entonces se dirigió al ángulo del edificio que yo ocupaba, y levantando la voz me dijo, que mi madre, acompañada de mi sobrina Margarita, acababan de llegar; que ella (la negra Isabel, antigua criada de mi familia) las venía sirviendo, y que se le había mandado á saludarme. Contesté convenientemente, y me entregué á reflexiones innumerables.

Al anochecer se cerró mi calabozo como de costumbre, y yo estaba acostado, cuando á las ocho se abrió la puerta, y el ayudante me anunció que mi madre había obtenido el permiso de verme, y que iba á entrar; me vestí corriendo, y ya estaban en la puerta, mi madre, Margarita, la criada, y el ayudante que debía presenciar la visita. La primera que se me presentó fué Margarita, que al abrazarla dejó escapar un gemido, pero se contuvo inmediatamente, porque le dije en tono decidido, *nada de lloros, nada de lloros.* Margarita me comprendió perfectamente, y se esforzó en manifestar una firmeza, que seguramente estaba lejos de su corazón; mi madre no necesitaba mi advertencia, porque aquella señora, que no carecía por otra parte de sensibilidad, había perdido la facultad de llorar. Quería á sus hijos, era capaz de hacer cualquier sacrificio, como el que practicaba vinien-

do desde Buenos Aires, por acompañarme, pero no derramaba una lágrima; más bién, cuando una emoción dolorosa la dominaba, quedaba en un estado de estupor, parecido á la insensibilidad.

Pasado aquel primer momento, conversamos muy tranquilos durante media hora, hasta que se retiró mi familia, y mi puerta volvió á cerrarse. Así pasó esta escena sin dar el placer á Lopez, Cullen, y demás empleados del gobierno, que habian concurrido á la Aduana, ansiosos de presenciar, y oir una de llantos, lamentos y desesperación, como se lo habian prometido. Todos ellos atisbaban hasta los menores movimientos que pasaban en mi habitación, y hasta los soldados de guardia, según supe después, se habian agrupado lo más cerca posible, para no perder nada de la comedia. Todos quedaron chasqueados, y del mismo modo que el populacho, á quién se le ha anunciado un espectáculo interesante, se retira mohino y disgustado, cuando este, por algún accidente, no ha podido verificarse, así los empleados del gobierno y soldados de Santa Fé, quedaron desabridos, porque no habian podido gozarse en las manifestaciones de dolor, de una madre y de sus hijos. Al día siguiente, me expresaban mi guardianes su extrañeza en términos tan candorosos, que me hubieran hecho reir, si yo hubiera estado capaz de entregarme á este sentimiento.

Mi madre estuvo con Lopez después que salió de mi habitación, y nada agradable ó consolatorio le dijo. El gaucho hacía alarde de su incivilidad con las señoras, sin embargo que era uno de los hombres más disolutos que pueden darse, atendida su edad, su posición social, y su estado; pero en lo común, eran de la última plebe, y más que todo, indias, los ídolos ante quienes quemaba sus inciensos. Hasta en esto manifestaba la prevención que lo animaba contra lo que era civilizado. ¿Qué mucho era, que al solo oir hablar con cultura, al ver á un hombre ilustrado, á la

simple manifestación de una idea de progreso, se revelase su espíritu, y lo diese á conocer hasta en su semblante? Otro tanto y peor sucedía cuando llegaba á citársele una ley, ó un derecho. Hubo un sujeto de los presos de Córdoba, que habiendo obtenido ya libertad, se atrevió en una conversación á usar el derecho de gentes, lo que, sabido por Lopez, lo envió otra vez al calabozo, de donde lo había sacado pocos dias antes.

Conversando mucho después con don Manuel Leiva, que sirvió en su secretaría, que mereció su confianza, y que hasta ahora no le es desafecto, me refirió lo siguiente:

Se atrevió un día que lo vió de muy buén humor, á proponerle una mejora, cuya clase no recuerdo, pero que era evidentemente util á la provincia que mandaba; Lopez escuchó sin manifestar la menor emoción, pareció recapacitar algo, y terminó el entretenimiento por estas formales palabras: *No me hable usted de mejoras; prostituta encontré la provincia, y prostituta la he de dejar.* ¡Admirable contestación! que encierra su vida, su gobierno, su política y sus ideas. Efectivamente, la depravación moral de Santa Fé en lo general, era tal, que nada más exacto que compararla á una mujer prostituida, pero no creo que él la hubiese encontrado así. Aquella, era su obra.

A la mañana siguiente se le permitió volver á mi madre, pero acompañada de un personaje que presenciase nuestro entretenimiento. Este fué un joven, Zoilo de N., que manejaba la imprenta, que también tenía su asiento en la Aduana, por delegación del ayudante Echagüe. Ya es de inferir, que nuestra entrevista fué penosa, á presencia de un testigo importuno, que no nos permitía hablar en confianza. Mi madre me dijo, que de cualquier modo procuraría verme de continuo; y efectivamente, á la tarde volvió, pero la guardia le impidió la entrada, bajo el pretexto de que no estaba el ayudante Echagüe. Mi madre, dijo entonces:

pués lo esperaré; y se sentó pacientemente, en la primera grada de la escalera que conduce á los altos, y que está en el zaguán de la Aduana; en este estado la encontró el mayor Mendez, hombre honrado y bueno, y que de consiguiente, no entraba en las miras hostiles de Echagüe. Sabiendo la causa de la demora de mi madre, llamó al comandante de la guardia, y le dijo: *El Gobierno ha permitido á esta señora que visite á su hijo, y no hay motivo para incomodarla.* Mi madre entró sola, esta vez, y después continuó haciéndolo, sin otra novedad.

Era, pués, evidente que las trabas eran una superchería del ayudante Echagüe, que quería hacerse pagar cualquier condescendencia, aún aquellas que estaban ordenadas por la autoridad. Con este motivo observaré, que la venida de mi familia lo contrarió inmensamente. Por lo menos, era una persona interesada, un testigo de su manejo, cuyas voces no podía ahogar, como lo haría con las mias. El se proponía seguir con ese sistema lento de opresion que había adoptado, dándome siempre á entender que se interesaba mucho por mi comodidad. Después de más de un mes que me dejaba mi puerta abierta, hasta la hora de la cena, hacía tres ó cuatro dias que había empezado otra vez á cerrarla al anochecer, cuando llegó mi madre. Alternativamente, con alguna cosa graciosa hacía movimientos alarmantes, y daba órdenes hostiles que me sumian en una insoportable incertidumbre. Una vez ví por mi ventana, dirigirse á las nueve de la noche, hacia el ángulo del edificio que ocupaba mi habitación, y que como he dicho, era absolutamente solitario y lóbrego, una procesión de cuatro ó seis personas con luces; pasaron silenciosa y misteriosamente por mi puerta, y se dirigieron á una pieza contigua inhabitada, que registraron, reconocieron, é investigaron; de retirada, volvió á pasar la procesión con igual solemnidad. Al otro día me dijo que eran cosas de Cullen,

cuyo caracter desconfiado, le hacía tomar precauciones. Otra vez mandó con penas graves á los centinelas, que no conversasen conmigo, lo que era un tormento, pués no tenía otra comunicación. A veces se abría mi puerta más tarde; otras la cerraban más temprano; hubo vez que la dejaron abierta toda la noche, sin dejar por eso de espiar todas mis acciones. Se disponía, sin duda, á algunas maniobras de más consecuencia, cuando la llegada de mi madre. Creía haber encontrado una mina que se proponía explotar; mina que sin duda le había sido indicada y cedida por el mismo Lopez. Hasta el día que se fué, al despedirse quiso recomendarse dándome un disgusto.

La puerta de mi calabozo, como he dicho, tenía una cerradura muy segura, pero además se le habian puesto unos pernos con argollones fijos de fierro, en que se ponía un tremendo candado, cuyo ruido, al poner ó quitar, era capaz de romper una cabeza más descansada que la mía. Entre las calculadas alteraciones que hacía Echagüe, era una, la de poner en una temporada el candado, en otras, contentarse con solo la llave; cuando se despidió, me dijo, que no extrañase si el ayudante que le sucedía mandaba poner el candado, pués el haber suspendido su destino, era una cosa graciosa de él. El ayudante Velez, á quién se insinuó Echagüe, conoció el espíritu que lo animaba, y rechazó su insinuación; sin que yo le preguntase una palabra, me dijo: *El antecesor mío me ha dicho, que debía hacer colocar el candado en la puerta de su habitación, pero no lo haré, limitándome á lo que he encontrado establecido; no añadiré sufrimientos, al que ya ha sufrido demasiado.* Hacía cuatro años que duraba mi cautiverio.

Desde la ida de mi hermano, en Setiembre de 1833, hasta la venida de mi madre, en Abril del 34, pasé la vida más amarga, y el tiempo más penoso, de mi prisión. Solo una salud robusta, como llegó á ser la mía, el vigor de la edad,

pués había cumplido cuarenta años en mi prisión, pudieron conservarme. Sin embargo, si se hubiera prolongado más aquel estado, es seguro que hubiera sucumbido. La venida de mi madre fué providencial, y á ella, y más que todo, á Margarita, que quiso después compartir mi cautiverio, debo la prolongación de mis dias, que no por eso dejaron de ser penosos.

Mi madre continuó visitándome tarde y mañana, y aunque por su ancianidad, sus facultades habian padecido notablemente, me era una distracción, una compaña, un consuelo. Margarita la acompañaba con muy pocas excepciones, y por las tardes nos entreteníamos con un chaquete que me había proporcionado.

Desde que estuve en el ejército nacional, que hacía la guerra al Brasil, fué pensamiento de mi madre, mi casamiento con mi sobrina Margarita; cuando estuve en Córdoba, algo se habló para que se realizase; más, los sucesos se precipitaron, y las cosas se dispusieron de otro modo hasta terminar con mi prisión. En el estado en que me hallaba, hubiera sido una insensatéz hacer revivir aquel pensamiento, y en los primeros meses á nadie le ocurrió semejante cosa. Veremos como se realizó este acontecimiento inesperado.

Continuaba la incertidumbre sobre el destino que me preparaban, pero en esa época hubo vislumbres de esperanzas que nos hicieron contar por seguro que se me permitiría salir del país, á condición, y dando una fianza, de no volver á él, sinó con consentimiento del Gobierno. Por otra parte, los trabajos sobre mi evasión iban tan adelantados, que cuando no obtuviese el permiso deseado, contaba con mi libertad por el otro medio.

En vista de estas esperanzas, y aumentado progresivamente nuestro cariño, con el trato diario, se pensó sériamente en ajustar nuestro enlace, y de acuerdo con mi ma-

dre, le hablé el 3 de Agosto del 34, á Margarita, que no desechó mi proposición. Nuestro plan fué concebido en estos términos: Libre que yo fuese de la prisión, por cualquier medio, me dirigiría á la Banda Oriental, mientras mi madre y Margarita, irian á Buenos Aires; allá mandaría un poder, y efectuada la ceremonia, iría Margarita á reunirse conmigo. Nuestras esperanzas se avivaron notablemente en Setiembre, por una ocurrencia que voy á referir. Mi madre, desde el 7 de Mayo, día de Lopez, en que fué, por consejos que le dieron, á hacerle la súplica de mejorar mi situación, que no tuvo resultado alguno, no había vuelto á verlo. En los primeros dias de Setiembre, salía para retirarse, y casualmente se encontró en el corredor con el general Lopez. *Señor,* le dijo, *¿cuando pondrá término á nuestros trabajos?* Y le contestó: *Señora, un día de estos, el que menos se espera, antes de lo que usted piensa.* Con esta seguridad, mi madre dió por hecha mi salvación, y llevó su credulidad, hasta mandar preparar una pieza en la casa que ocupaba, para recibirme. Entonces estaba enteramente resuelto á mi evasión, con el maestro Tadeo, y se suspendió por algunos dias, por esa causa; más, pasando seis ú ocho dias, y viendo que las cosas seguian en el mismo pié, volví al primer pensamiento. Se prepararon los víveres secos ó fiambres que debía llevar, acomodados en una bolsa, y un poco de ropa; tenía ya una llave que abría corrientemente mi puerta, y todo estaba preparado, hasta el día, que era el 8 del mismo mes, cuando el célebre Tadeo, salió con que, *el arroyo Negro estaba bajo, y que debía esperarse la creciente.* Este pobre hombre se engañó y me engañó. Se engañó él, porque al principio creyó que tendría valor para la empresa, la que vista de más cerca, le causó miedo, y porque llegó á persuadirse que se comprometería demasiado con Lopez; y me engañó á mí, porque me fié de sus promesas. Después, algunas personas de más categoría,

de las que estaban allí, han afectado reprobar, que yo me valiese de un pobre hombre como el maestro Tadeo, como si ellas hubiesen sido capaces de dar un solo paso en este sentido. Baste, para prueba, lo que voy á decir: La única persona á quién se confió este secreto, fué al doctor don Solano Cabrera, que fué después fusilado por Rosas, pariente y sincero amigo mío, pero que estaba muy relacionado con Cullen, y bién visto de Lopez. Al saberlo, se asustó, y no tengo duda que se sintió oprimido, de una confidencia semejante. Por única cooperación, me dió el consejo, por medio de mi madre, de que hiciese una devota promesa por el buén éxito, sin aprobar por esto el proyecto, pués era de opinión que yo saldría de mi prisión, sin necesidad de saltar por la ventana. Sépase que Cabrera era sincero amigo mío, y que deseaba mi libertad, como hubiera podido desear la de un hermano; pero el terror, y el convencimiento de lo poco que debía uno fiarse de aquellas gentes, le ataban las manos. Y si esto hacía un amigo mío, ¿qué podría esperar de un indiferente?

En la Banda Oriental, formó también mi hermano, un proyecto para mi evasión, y lo confió al coronel don Polonio Ramallo, quién se encargó de prepararlo, recibiendo algún dinero, al efecto. Marchó á las Misiones del Uruguay, para desde allí mandar la persona que debía facilitar mi escape; allí promovió Ramallo una suscrición, con este mismo fin, en que debió reunir algún dinero, porque se me ha asegurado que el brigadier, al servicio brasilero, cordobés, don Bonifacio Calderón, le dió seis onzas de oro (1), pero jamás dió un paso ni mandó persona alguna, por más que falsa-

(1) Cuando en el año 40 estuve en Corrientes, se empeñaba mucho Ramallo en persuadirme, que don José Inocencio Marques, no era mi amigo, por datos que él tenía, y que siempre se excusaba de revelarme.

mente, quiso persuadir lo contrario. Entre tanto, mi hermano, engañado por Ramallo, previno á mi madre, que el hombre que se presentase con una carta, en tales ó cuales términos, debía merecer toda confianza. Esperé inútilmente: el hombre jamás vino, ni ¿como había de venir, si Ramallo jamás lo mandó? Así se desvanecieron los proyectos de evasión, que se formaron, y de que he hecho mención, porque en el empeño de algunos, que debian reputarse por amigos, de sacudirse del cargo de indiferencia, por no decir ingratitud, han supuesto, y hasta llegaron á decir, que yo no había querido escaparme, pudiendo hacerlo. Por mi madre supe que un francés, D. P. G., habló también algo en Buenos Aires, en este sentido, sin que pasase el asunto de un pensamiento. Sin embargo, alguno que lo supo, lo dió por hecho, y sé que me hizo cargo de no haberme aprovechado de los servicios de Gascogne. Pero volvamos á mi casamiento, cuya ejecución me hizo, naturalmente, desistir de aquel proyecto.

Acordado y ajustado mi enlace, para cuando saliese de mi prisión, la única persona que se puso en nuestra confidencia, fué el doctor Cabrera, amigo y pariente nuestro, como he dicho, quién lo aprobó cumplidamente. Pasados algunos meses, y cuando sin duda se debilitaron sus esperanzas, de que yo obtuviese de próximo mi libertad, manifestó su opinión, de que se verificase allí mismo. Yo, sin embargo del ardiente afecto que profesaba á Margarita, lo rehusaba, pero esta, ese ángel del cielo, que Dios me destinaba por compañía, se avenía á todo: quizá ella y Cabrera conocian que su compañía iba á salvar mi vida, conservando mi salud que había empezado á quebrantarse. Para apoyar su

---

Luego he sabido, que deseando ocultarme la suscrición que había promovido, nunca quiso decirme que Marques se había negado á contribuir. Este era el motivo de su queja, que quería hacer mía.

opinión, añadía Cabrera, que creía firmemente que mi casamiento contribuiría á mi libertad, y cuando menos, á que mi prisión fuese menos rigurosa. El mismo hizo los borradores del pedimento que debía hacerse al Obispo Diocesano, por la dispensa de parentesco, y quiso absolutamente, se pidiese también la autorización, para que él nos echase las bendiciones. Todo se hizo así.

Era el 23 de Febrero, cuya tarde la empleamos toda en poner en limpio los pedimentos, y en escribir á mi hermana Rosario, que iba á ser mi suegra, y cuyo consentimiento ya teníamos, para que ella misma hiciese correr las diligencias. Al ponerse el sol, hora en que siempre mi madre y Margarita se retiraban, acabado de hacerlo, yo había quedado solo en mi prisión, cuando vino muy alborozado el ordenanza ó asistente del ayudante Velez, que era generalmente el que cerraba y abría mi calabozo, á comunicarme una gran noticia, por la que me pedía *albricias*. Facil es congeturar que me apresuré á interrogarlo, creyendo algo favorable que me concerniese. Júzguese mi asombro cuando me dijo, que Quiroga había sido asesinado en Córdoba, y que siendo mi enemigo, debía yo celebrarlo. Este hombre hablaba con ansiedad, y por más que le dije, que para mí no era un motivo de alegría, estoy seguro que no me creyó, dándome ocasión de admirar esos instintos salvajes, que hacen de la venganza un inefable goce, y el candor con que me suponía animado de iguales sentimientos. En otra ocasión me había sucedido una cosa idéntica, cuando otro, que no recuerdo, me anunció la muerte de aquel famoso Zeballos, que boleó mi caballo, cuando fuí hecho prisionero, y á quién fusilaron los Reinafé.

En Santa Fé, fué universal el regocijo por este suceso, y poco faltó para que se celebrase públicamente: Quiroga era el hombre á quién más temía Lopez, y de quién sabía que era enemigo declarado. No abrigo ningún género de

duda, que tuvo conocimiento anticipado, y acaso participación en su muerte. Sus relaciones con los Reinafé eran íntimas. Francisco Reinafé había estado un mes antes, había habitado en su misma casa, y empleado muchos dias en conferencias misteriosas. Otros muchos datos podrian aglomerarse, pero no es lugar de tratar este asunto.

El que haya pasado por la situación en que yo me hallaba, recordará que un preso, si es por causas políticas, se devana los sesos por sacar consecuencias favorables. De los sucesos que tenian lugar en ese mismo orden, este lo era de gran magnitud, para que no debiese tener alguna influencia en mi destino. Veamos que sucedió.

Desde que el gobierno de Santa Fé se sacudió por la muerte de Quiroga, del miedo que le causaba un caudillo, cuya influencia era decisiva en el interior de la República, creyó que yo le importaba menos, pués ya no se necesitaba un contrapeso á la omnipotencia de aquel, que ya no existía. Agréguese á esto lo que entonces nadie pudo imaginar, y es que Rosas atribuyese el asesinato de dicho caudillo, á los unitarios que para nada habian entrado en él. Era, pués, de creer que en nada deponía el dictador futuro de la República, la saña que había mostrado contra sus enemigos políticos, y que perseveraba en sus miras de exterminarlos. Era un consiguiente, que sobre mí recayese una parte de ese anatema, cuyo presentimiento hacía sombría y más penosa mi situación. Fuera de eso, hubo otros incidentes que contribuyeron á hacerla más mortificante.

Algunos meses antes de mi casamiento, á eso de la media noche, que era bién oscura, en una pequeña azotea que quedaba en la ala opuesta del patio á la que yo habitaba, se oyeron unos quejidos tan penetrantes y tan dolorosos, acompañados de algunas expresiones suplicatorias, que no me quedó duda que eran de alguna persona á quién le daban la cuestión del tormento. Por el modo de expresar-

se, y por la familiaridad con que el doliente trataba al ayudante ejecutor, á quién tuteaba, inferí que era persona de distinción. Después de algunos minutos de tortura, cuando el paciente decía que ya iba á declarar, cesaba el tormento y los lamentos, á los que sucedía un murmullo que no podía entender; más, luego volvía á sufrir la víctima, y empezaba otra vez á quejarse amargamente. Duraría esta escena de horror tres cuartos de hora, pasados los cuales, todo quedó en silencio, y no oí más ruido que abrir y cerrar puertas, por varias veces, sin que por esa noche pudiese adelantar nada sobre el asunto. A la mañana siguiente, supe que la víctima había sido don Clemente Zañudo (más tarde asesinado en Buenos Aires por la *mazorca*), joven distinguido de Santa Fé, y la causa de su martirio, fué la siguiente:

Habiendo concluido el término legal del gobierno de Lopez, se trataba de la elección, ó mejor dicho, de la reelección, porque era sabido que ningún otro sería gobernador, sinó él: aquel año se le ocurrió renunciar el nombramiento después que fué reelecto; la Sala de RR. insistió, y él se empeñaba en rehusar, lo que causó alguna indecisión y embarazo. En estos momentos aparece un pasquín apostrofando á los RR., de hombres pusilánimes é irresolutos, y diciéndoles que eligiesen otro, pués había muchos santafecinos dignos y capaces de obtener el gobierno. Aquí fué Troya. El hipócrita mandón montó en furor, y en su frenético delirio, se le ocurrió que Zañudo debía por lo menos saber quién era el autor del pasquin. Se le llama, se le interroga, niega, se le amenaza, y no se tiene mejor resultado; entonces enlazando sus dos puños en una cuerda corrediza sobre una viga que está en lo alto, se le suspende hasta quedar su cuerpo en el aire, gravitando con todo su peso en los puños y en la cuerda. Cada vez más, se vá haciendo más intolerable esta posición, hasta que le causa acerbos dolores, y casi le disloca los brazos. Las interrupciones que yo notaba, provenian

de que en lo más agudo del sufrimiento, ofrecía hacer revelaciones de lo mismo que ignoraba, y entonces se aflojaba la cuerda, y se le permitía hacer pié; más, cerciorado Lopez, que en persona presidía la ejecución, de que nada adelantaba, volvía á empezar la tortura. Al día siguiente, el Zañudo, y don V. Francisco Benitez, tuvieron orden de salir de la provincia, y se fueron á Buenos Aires, donde el primero, seis años después, halló una muerte trágica.

Lopez admitió por fin el nombramiento del gobierno, que por supuesto, jamás pensó sériamente rehusar; pero sea que alguna enfermedad, que entonces empezaba á insinuarse, sea que viese que su influencia política, en los negocios de la República, empezaba á debilitarse en proporción que crecía la de Rosas, lo cierto es que su caracter se iba agriando sensiblemente. En una índole cachacienta como la suya, admiraba á sus allegados los raptos de mal humor en que entraba con frecuencia, y á un hombre á quién no se le había creido inclinado á la crueldad, se le vió ejecutar hechos, que hacen extremecer la humanidad, como vamos á verlo.

Debía darse por la noche un baile en el Cabildo, cuando poco antes de empezar, se supo que una partida de indios había atacado otra de soldados, á distancia de tres leguas de la ciudad, batiéndola y matando al oficial, que era el ayudante Oroño, que había sido mi carcelero, y cuatro ó seis hombres más. Lopez se irritó tanto, que mandó cerrar las puertas de la sala del baile, en términos, que algunas señoras que habian concurrido ya, tuvieron que retirarse más que de prisa. Pero no fué esto todo; se propuso hacer una matanza de indios, premeditada, sucesiva y á sangre fría. Ya vimos que de los indios de San Javier y otros, tenía armados en un gran calabozo de la carcel, de cién á doscientos indios, que guardaba, sin saber para qué. A la noche siguiente del suceso de Oroño, fué la partida de poli-

cía que mandaba un cabo Luna, que en esos dias y por esos méritos ascendió á sargento, y tomando dos indios los llevó la misma noche á la barranca que llaman del Remanso, porque cae efectivamente sobre uno, que forma el río, y que está á poca distancia de la ciudad, donde los hizo degollar; á la noche que subsiguió, hizo lo mismo con otros dos; á la tercera, cuando se abrió la puerta del calabozo (operación que se hacía con las mayores precauciones, temiendo la desesperación de los indios), rehusaron salir los dos que se llamaron, porque ya conocieron la suerte que les estaba deparada; en vano fué que se emplease las más groseras mentiras, y las más engañosas promesas, los indios persistieron en rehusar; al fin, no recuerdo si esa noche se logró sacar del calabozo las víctimas destinadas al sacrificio, en expiación de la muerte de Oroño y sus compañeros, pero de cualquier modo, era preciso variar de método, para continuar la operación en los dias sucesivos, y hé aquí lo que se practicaba para seguir la matanza en escala mayor:

Sacar del calabozo los indios que se quisiese, de día no tenía los peligros que de noche, en que con la oscuridad podian causar con una irrupción, una gran confusión, y además, había el arbitrio de sacarlos con el pretexto de destinarlos á algún trabajo, como lo hacian. Entonces se llevaban los seis, ocho ó diez sentenciados, para esa noche, á la Aduana, donde se les conservaba durante el día, hasta la noche, que venía el insigne Luna con su partida á caballo. Se procedía luego á asegurarlos, amarrándolos uno á uno, pero con un mismo cordel ó lazo, de modo que resultaba una especie de rosario cuyas cuentas formaban los infelices destinados al sacrificio, pero se tenía buén cuidado de que un extremo del lazo fuese atado á la cincha de un caballo, que guiaba la marcha, y el otro extremo á otro caballo que cerraba su retaguardia; los demás con Luna, se colocaban á los flancos. Así seguía la procesión sin más ruido que las

carcajadas de los ejecutores, que decian á uno: *Este me parece que vá á cocear mucho;* á otro: *este pienso que ha de ser mansito;* á un tercero: *este sí que ha de bellaquear como un redomon lo que sienta el filo del cuchillo por la garganta, etc.* Estoy al cabo de todo esto, porque el criado de casa que traía mi cena á las ocho dadas de la noche, hora en que también salía la procesión, me refería estos pormenores, y además, porque los oía á los soldados de la guardia que los presenciaban.

La procesión se dirigía en derechura al Remanso donde eran inmediatamente degollados los infelices, y arrojados de sobre la barranca al río. Como esta operación se repitió muchos dias, oí decir que el lugar de la ejecución estaba, y se conservó por algún tiempo matizado de sangre y con mechones de cabellos, de los que al dividir las cabezas de los cuerpos, cortaban de las grandes cabelleras de los indios. Es un hecho público, que durante algunos meses nadie quería comer pescado, porque suponian que se habian alimentado abundantemente de la carne humana que se les había prodigado. Para mí y mi familia era el espectáculo más afligente, los semblantes melancólicos de aquellos infelices salvajes, que muchas veces no llegaban á los diez y ocho años, que con una crueldad sistemática, se depositaban todas las mañanas en la Aduana, para llevarlos por la noche al matadero. La desgracia es un motivo de simpatía, y aunque hubiese sido posible prescindir de los sentimientos de humanidad, esa sola razón hubiera bastado para que nos interesasen; á ellos sin duda les sucedería otro tanto; pués, hasta ahora me acuerdo con viva emoción, de sus miradas amargas y penetrantes, único lenguaje que nos era permitido.

Estas emociones eran tanto más penosas para mi familia y para mí, cuanto nadie participaba de ellas. Hasta la gente más distinguida, más culta y más timorata de Santa

Fé, miraba con la mayor indiferencia estos horrores, que nos cuidábamos muy bién de desaprobar, ni aún con gestos. El país, á no dudarlo, estaba corrompido y embrutecido. Si se descendia á la plebe, esta hacía algo más, pués los aplaudía: sobre todo, el insigne Luna, que no satisfecho con las degollaciones de los indios, decía muchas veces refiriéndose á mí: *¡Qué háyamos de estar incomodándonos en guardar á este hombre, cuando era mejor sacarlo una noche de estas para llevarlo al Remanso!* Al fin, tres años después, al ir á practicar una de estas degollaciones en una isla del Paraná, los indios sentenciados, aconsejados por la desesperación, se arrojaron sobre los ejecutores, y con sus mismas armas acabaron con Luna, el mayor Pajón (Chula) y otros. Digno fin de este feróz malvado.

Por Marzo del 34 vinieron las dispensas del Obispo de Buenos Aires, para mi casamiento, y la autorización para que lo bendijese el doctor Cabrera. El dió los pasos necesarios, y se le permitió verme. El Gobierno no puso embarazo alguno; más, hubo ciertos incidentes que si no envolvian otras miras, no tenian más objeto que el de mortificarme. Cuando todo parecía allanado, y que se aproximaba su celebración, vino el ayudante á decirme que había antecedentes para temer una sublevación de algunos indios, que se conservaban aún en la Aduana, y que, como llegado este caso, tanto peligraría yo como cualquiera de ellos, se hacía preciso tomar algunas precauciones con respecto á mí. Una de ellas consistía en que al punto de las doce, hora en que se cerraban las oficinas, y él se iba á su casa á comer y dormir su siesta, se cerrase la puerta, no de mi calabozo, sinó la de la escalera que conducía al piso alto donde yo estaba. De este modo quedaba encerrado durante tres ó cuatro horas del día, cosa que naturalmente debía ser muy incómoda á mi familia. Además, el peligro de una sublevación que pudiese haber, aunque fuese por corto tiempo,

y una señora en poder de los salvajes, debía llamar sériamente nuestra atención. Felizmente, sin que yo insistiese en manera alguna, Margarita conoció la superchería, y despreció altamente tan miserable arbitrio. El casamiento se llevó adelante, y ellos, después de encerrarnos ocho ó diez dias, se cansaron en este sentido, que sería prolijo enumerar, y que por eso los omito, pero no dejaré de decir que en todos ellos veía la mano del intrigante Cullen, cuyas miras, planes y deseos, no puedo hasta ahora discernir bién.

Era prodigioso el empeño que tomaba en persuadir á las personas que se interesaban por mí, el anhelo que tenía de mejorar mi situación; les decía que por esta razón había merecido reproches de los federales de Buenos Aires, que lo acusaban de parcialidad; aseguraba que á él se le debía la conservación de mis dias, y que había hecho cuanto podía en mi obsequio. Entre tanto, él era el más vigilante centinela para guardarme, era un infatigable Argos. A veces, y esto era calculado, hacía correr y difundir hasta en Buenos Aires mismo, que yo estaba en secretas é íntimas relaciones con el gobierno de Santa Fé, y aún, que no estaban distantes de darme fuerzas á mandar. Quería *hacer cerco;* más, cuando sobre esto se hacian reclamaciones, trataba de hacer su negocio, haciendo ver la falsedad de esos rumores y propasándose hasta proferir expresiones que me denigraban. Al mismo tiempo que con este manejo sacaba su provecho, satisfacía un bajo sentimiento de venganza, que creo jamás lo abandonó, por no haberme entendido con él desde Córdoba. Al fin le sucedió lo que á todos los intrigantes, que pocos años después (el 39) se enredó en sus propias redes y pereció á manos del ídolo que él mismo había mimado, siendo sentido de muy pocos.

En el día 31 de Marzo de 1835, á las dos de la tarde me casé con Margarita, dándonos las bendiciones el doctor Cabrera, y siendo padrinos, su sobrino don Manuel, y mi

madre. Temiendo que algún estorbo repentino viniese á interponerse por las maniobras de Cullen, habíamos hecho entender que no se verificaría la ceremonia hasta después de algunos dias, y hasta la hora que se eligió fué la de más soledad en la Aduana. Para llevar adelante este inocente engaño, mi madre y Margarita se retiraron esa tarde á las horas de costumbre, y no fué sinó al otro día que se supo en la Aduana que yo estaba casado. Sin embargo, Margarita se retiró como de costumbre, y no fué sinó el 2 de Abril, que vino el buén ayudante Velez, á decirme muy maravillado, que había ignorado la celebración del casamiento, pero que estando hecho, podía mi esposa quedarse á vivir conmigo, como efectivamente sucedió desde entonces, quedando mi madre sola en su casa, lo que no era poca pena para todos.

Para dar una muestra de las inexplicables contradicciones de Cullen, referiré lo que pasó al doctor Cabrera, á quién manifestaba la mejor amistad, y aún le dispensaba protección. Cuando este, á virtud de estar autorizado para bendecir mi casamiento, le pidió licencia para verme, le alegó como una razón más, la relación de parentesco que nos unía; él le dijo entonces, que la había ignorado, pués, á saberla, siempre le hubiera estado mi puerta franca; con esto pensó el bueno de mi amigo, que ya le sería permitido visitarme, y al día siguiente de mi enlace, que fué la última vez que lo ví, me sostenía con calor esta opinión; en esta firme inteligencia se despidió de mí, cuando al bajar la escalera se le insinuó la orden del mismo Cullen, para que no volviese más. Solo me había visitado tres ó cuatro veces, y este pequeño consuelo, me fué privado sin motivo, sin razón, sin utilidad de ningun género. Cabrera, al hacerme anunciar con mi madre lo sucedido, confesaba paladinamente que se había engañado. Se me preguntará, ¿qué papel hacía Lopez? pués solo Cullen aparece en la relación que

voy haciendo, y yo responderé, que, según pienso, como antes me había entregado al ayudante don José Manuel Echagüe, para que me esquilmase, hacía lo mismo con Cullen, para que se divirtiese conmigo, después que había procurado negociar en escala mayor.

CAPÍTULO XX

CAUTIVERIO DEL GENERAL EN LUJÁN

El general Paz es sacado de Santa Fé.—Visitas que recibe en el Rosario. —Entrega del preso en el Arroyo del Medio.—La familia del General.—Paso del río Areco.—Llegada á Luján.—Los hermanos Reinafé. —Los caudillos Rosas y Lopez.—La esposa, madre, y hermana del general Paz, se unen á este en Luján.—Infortunios y padecimientos de familia.—Los delitos políticos y criminales, en el concepto de Rosas.—Como se hacian los fusilamientos.—Ejecución del teniente Montiel.—Escenas de horror y de pantomima.—Célebre entrevista de Rosas y Lopez.—La política santafecina.—Desprecio de Rosas hacia los pueblos.—Conducta de los jefes del piquete.—Locura del coronel Ramirez.—Muerte de la madre del general Paz.—Termina el cautiverio del general Paz.

Por Junio del mismo año, 1835, tomó la Aduana un aspecto aún más sombrío, con motivo del otro asesinato que tan fundadamente se atribuyó á don Bernardo Echagüe, perpetrado en la persona de un benefactor y huesped suyo. El 29 á las doce del día, fué traido, y toda la casa resonó con los golpes del martillo, que aseguraban los grillos que se le pusieron. Nada de esto nos concernía personalmente, pero es preciso haber pasado por estos lances, para apreciar la impresión desagradable que producía en unos ánimos lastimados, los padecimientos agenos. Acaso contribuía también á hacernos más sensibles, un temor vago, una in-

certidumbre penosa, que más que otras veces empezaba á pesar sobre nosotros.

Efectivamente, Rosas había subido al poder, usando de facultades omnímodas; Lopez, á su imitación, se las había hecho conceder, como si antes no las hubiese tenido; empezaba á representarse ese drama tenebroso, nombre que quiero darle al proceso de los asesinos de Quiroga. Se desplegaba en Buenos Aires, el rencor y la animosidad más encarnizada contra el partido unitario, y finalmente, se ponian los fundamentos de ese sistema de terror y de sangre, que después de trece años pesa todavía sobre toda la República Argentina. Todo anunciaba que para mí también se aproximaba la crisis, y nada veíamos en el horizonte, que pudiese consolarnos. Esta no tardó mucho.

El ayudante Velez, por indisposición de salud se había retirado por unos dias á su casa, y el oficial primero de secretaría, don Juan Moncillo, hacía sus veces en la Aduana. En la noche del 16 de Setiembre, extrañamos con Margarita, que él viniese en persona á cerrar nuestra puerta, cuando siempre lo hacía el ordenanza del ayudante, más no pasó de allí nuestra observación. Yo había estado afectado de un catarro que me había mortificado mucho, y Moncillo me halló en cama. A la mañana siguiente, sucedió lo mismo, es decir, vino también en persona á abrir la puerta, lo que era ya una novedad, mucho más si se considera el aire avispado que traía: me preguntó cómo me hallaba, y se retiró. Apenas había pasado media hora, cuando volvió á decirme que quería hablar á solas conmigo. Esta fué casi una señal de muerte para Margarita; se arrojó sobre la cama á llorar, pero sin que Moncillo pudiese notarlo. Este me dijo, luego que me hube vestido y salido fuera de la habitación, que yo debía marchar en el acto, siéndole prohibido decir para donde. Le pregunté si podría llevar mi familia, y contestó que nó; volví á preguntar si

podía llevar un criado, y contestó también negativamente. Por último, pregunté si podía llevar algún equipaje, y me dijo que podía llevar una muda ligera de ropa. Me apresuré á decirle que iba inmediatamente á hacer mis preparativos, y se retiró. Uno de ellos, era sacar la llave que debió servir para mi escape, y que estaba oculta en el mismo cuarto. Margarita se repuso un poco, para acomodarme en un pañuelo un poco de ropa blanca, y me propuso salir á dar algunos paseos para saber algo más, y si era posible, mitigar lo riguroso de mi destino. Conocía que eso era imposible; pero convine, calculando que de ese modo evitaba el terrible momento de mi despedida. Yo me puse á afeitar, y estando en la mitad de esta operación, volvió Moncillo á activar mi salida; con este motivo le dije algunas palabras algo duras, que él toleró cortesmente. Había consultado sobre mi demanda de llevar un criado, y al salir vino el permiso para que pudiese acompañarme.

Siempre acompañado de Moncillo, bajé la escalera, que hacía cuatro años, cuatro meses y un día que había subido, y sin la menor detención, me dirigió al puerto: entramos á la casilla del resguardo, y allí encontré á mi madre, á Margarita, acompañadas de las señoras de Torres. Cualquiera adivinará su situación, pero es preciso decir, que sin embargo de ser tan afligente, pudieron ellas y yo, dominarla, para no dar este motivo de entretenimiento, á nuestros atormentadores, y á una buena porción de curiosos que se habian reunido en la calle. Yo hubiera deseado evitar á mi familia este cruel momento, pero ella, en su desesperación nada calculó, y quiso darme el que creía último adios. Margarita y mi madre habian ido á lo de Lopez, quién se negó; lo mismo hizo Cullen; su solícito empeño consistía en que les permitiesen acompañarme, por lo menos á Margarita, ya que mi madre, por su edad, no hubiese podido soportar un viaje, si era que iba yo á hacerlo.

No quiso Lopez ni Cullen; ni aún quisieron escuchar esta súplica, y mucho menos concederla. Adviértase que Margarita estaba embarazada, y que su situación requería miramientos delicados; más, nada bastó, y se nos hizo agotar hasta las heces, la copa del dolor y de la amargura.

No admite duda que el objeto que se propuso el gobierno de Santa Fé, fué revestir aquel último acto que ejercía con su prisionero, de exterioridades alarmantes, que persuadieron á todos, y á mí el primero, que se trataba de poner término á mi existencia. En el puerto estaba una partida á cargo del capitán Diaz, que me recibió, y subimos á un lanchón que inmediatamente marchó con dirección á la boca del Paraná, que es camino para todas partes. Después que hubimos navegado un rato, me dijo el capitán Diaz, que mi dirección era á Buenos Aires, debiendo él entregarme en el Arroyo del Medio, límite de la jurisdicción de Santa Fé; que el general Lopez le había encargado me dijese, que aunque iba á poder de Rosas, pero que no era creible que se me fusilase después de una prisión tan dilatada; me hice repetir este mensage, que el Capitán traía perfectamente estudiado, porque en varias veces que lo repitió, fué con las mismas idénticas palabras, sin añadir ni quitar una sílaba. Navegamos todo el día con un calor fuerte; por la noche se amarró el bote á una isla, se me hizo dormir en él; la tropa, con pocas excepciones, estuvo en tierra; al día siguiente, 18, continuamos el camino, y á las dos de la tarde llegamos al Rosario, donde desembarcamos. Pero volveré á Santa Fé, para decir lo que hacía mi familia.

Cuando Margarita volvió á casa de las de Torres, de donde no salió ya, se encontró con el doctor Cabrera, á quién había hecho llamar Cullen, para recomendarle que fuese á consolarla; todo el consuelo se redujo á una nueva mentira increible, y por lo mismo ineficáz para el objeto. Decía

Cabrera, refiriéndose á Cullen, que no tuviesen cuidado alguno por mí, que mi destino era á la Banda Oriental, donde estaría muy pronto. La improbabilidad y torpeza con que se fraguaba esta especie, contribuía á aumentar los temores de los más, porque se persuadian que el empeño que tenian en ocultar la verdad, encerraba un terrible y decisivo destino. Margarita se limitó á decir, que no pretendía sinó salir cuanto antes de Santa Fé, y que en consecuencia, esperaba el pasaporte en el mismo día; sin perder un instante, se hicieron diligencias de buque, y se encontró uno que iba cargado de maderas, sobre las cuales y bajo la toldilla de un encerado, se acomodaron aquellas desoladas señoras, y salieron de Santa Fé en la mañana del 19. Las incomodidades de tan molesto viaje, agravaron las enfermedades de mi madre, y no tengo duda que contribuyeron á acelerar sus dias. En cuanto á Margarita, triunfó su juventud, pués aunque el día de mi salida (el 27) cayó en un estado de postración que no le permitía el menor movimiento, en la noche hubo una crisis favorable, de modo que al día siguiente se sintió mejor. Cullen, hasta el fin, ó sea doña Joaquina Rodriguez, su mujer, no dejó su conducta contradictoria: después que con la mayor crueldad había derramado sobre toda la familia el pesar y la desesperación, se empeñó en mandarle coche para que fueran hasta el puerto, y en hacer ridículas protestas de condolencia y amistad. Al fin, mi madre y Margarita salieron de Santa Fé el 19, con el corazón despedazado, y esperando á cada momento tener noticias de mi fatal destino. En el Rosario tuvieron la certeza de que se me había conducido á Buenos Aires, y no por eso fué menos su cuidado; nadie ignora lo que importaban é importan hasta ahora, esas remisiones de hombres que se hacen los gobernantes que rigen actualmente los destinos de nuestro país, y todos saben los centenares de presos que han desaparecido en los suplicios, á conse-

cuencia de esas bárbaras entregas. Pero yo las dejaré, para referir lo que sucedió en mi camino.

Un Esquivel, era comandante militar del Rosario, y en su ausencia desempeñaba sus funciones, un mayor Vayo, sujeto de muy buena educación y maneras obligantes, que fué quién me recibió. Me alojó en la comandancia, sin aparato de guardia ni otras precauciones incómodas; me visitó todo el que quiso, y se me permitió el desahogo que era compatible con mi situación. Entre otros, estuvo el apreciable cura don Nicasio Romero, el padre Lucero, no menos apreciable, el doctor Serrano, médico, y un Fernandez, hijo de aquel tan conocido, *viva la patria;* este último, al saber que me dirigian á Buenos Aires, manifestó la mayor admiración, y aproximándoseme, me dijo con repetición: *Señor, vá usted mal á Buenos Aires; allí las cosas toman un caracter terrible; de ningún modo haga usted tal cosa.* La confidencia no pudo seguir más adelante, porque el capitán Diaz, que estaba presente, y que debió oir algo, se interpuso, é interrumpió la conversación, teniéndola muy á mal, como luego me lo dijo, dejándome sumergido en las más terribles dudas. ¿Creía este pobre mozo, que yo hacía el viaje á Buenos Aires voluntariamente? No era posible semejante equivocación, pués veía que se me traía preso, y entonces, ¿qué medio me quedaba de evitarlo? Debí creer que él venía quizá de acuerdo con Serrano ó con otros, que podía decir amigos, de sustraerme á mi fatal destino, y que esto había querido darme á entender. Estos medios no podian ser otros que facilitar mi evasión, lo que allí era facil, siempre que se contase con alguna persona del país, capáz de arrostrar el compromiso. Luego que se fueron las visitas, llamé á mi criado, que era un muchacho de doce años, y traté de mandarlo á que buscase á dicho Fernandez, por ver si por su conducto me escribía ó me aclaraba lo que había dicho; el criado era un tontuelo, y nada pude conse-

guir; sin embargo, esperaba que si algunos tomaban algún interés por mi destino, me lo harian conocer de cualquier modo durante el curso de la noche, pero nada hubo; esta se pasó y nos acostamos, quedando yo agravado con mis dudas sobre Fernandez, fuera de lo que ya tenía en sí de desesperante mi situación. Era mucho más de media noche; el capitán dormía en la misma habitación, y la tropa se había colocado en la inmediata. Una puerta de la primera, daba á la calle. Repentinamente oí que refregaban algo en la puerta, y que decian algunas palabras bajas, inconexas y mal articuladas; parecian de un borracho. Luego creí que fuese una indicación de Fernandez ú otros, y estaba ya para levantarme, cuando el capitán despertó y gritó, y el ruido cesó enteramente. Me conservé despierto con el mayor cuidado, pero nada más volví á oir. Por años he conservado la duda de lo que significaban las expresiones de Fernandez, y deseaba vivamente encontrarme con él para que la aclarase. Al fin lo logré, ¿y se creerá que aquel mentecato nada quiso decirme, nada quiso significarme, y que ni él mismo había pesado el valor de sus expresiones? En cuanto á mí, no ha dejado de ser un consuelo este descubrimiento, porque me servía de una mortificación la idea de que habiendo podido evitar una gran parte de mis sufrimientos, no lo había hecho, quizá por falta de destreza.

En la mañana del 20 se me dijo que debíamos continuar el viaje á caballo hasta la estancia de don Francisco Javier Acevedo, en el Arroyo del Medio, donde debian recibirme las tropas de Buenos Aires. Cuando yo observé al Capitán, que no tenía montura, me contestó que Cullen había provisto á todo, mandando una completa, al efecto. Efectivamente, me presentaron un caballo aderezado con un recado de munición, sin uso, y que de consiguiente, tenía toda la dureza y desigualdades de esta clase de construcciones, un freno de la misma, unos estribitos de fierro, también de

munición, poco desiguales, y un pelloncito de cuero teñido de azúl; para mi joven criado, hice comprar el primero que se encontró. Subimos á caballo y echamos á correr la posta. El día era terriblemente caluroso, como que era precursor de una tempestad que vino esa misma noche; sin embargo, no cesamos de andar, y á la oración habíamos franqueado las diez y ocho leguas que median entre el Rosario y la estancia de Acevedo. El Capitán se admiraba de mi resistencia, después de cuatro años y medio de encierro, pero mi criado dió enteramente en tierra con la suya, en términos, que concluyó la jornada, más bién como un fardo que se acomoda sobre una bestia carguera, que como un ginete que dirige la que cabalga.

Era puesto ya el sol, cuando llegamos á la margen izquierda del Arroyo del Medio, á casa de un conocido del Capitán, donde se demoró un poco, aguardando sin duda que fuese bién entrada la noche. Pasamos luego el arroyo, y no tardamos en distinguir la casa de Acevedo, y los fuegos de un pequeño campamento que estaba inmediato. Llegamos al guarda-patio, y dejándome allí, el Capitán entró solo á la precitada casa; mientras eso, salió un soldado gritando á otro á quién llamaba en nombre de su Coronel, y con este motivo le pregunté quién era el jefe de aquella fuerza; supe con gusto que era el coronel don Antonio Ramirez, antiguo compañero y conocido mío en el ejército del Perú. Pasado un rato salió él mismo, me habló amistosamente y me condujo á la pieza que ocupaba, juntamente con el señor Acevedo, dueño de la casa, y el capitán Diaz, que se apresuraba por formalizar la entrega del prisionero, exigiendo su correspondiente recibo. Sobre esto hubo una pequeña diferencia con Ramirez, que quería demorar el recibo hasta el otro día, pero al fin cedió, y el Capitán regresó esa misma noche. Mientras Ramirez fué á extender el documento, quedó conmigo el señor Acevedo, sujeto re-

comendable y de maneras muy agradables, y recuerdo que me dijo: *Hace meses que su amigo, el doctor don Eusebio Agüero, estuvo aquí una temporada, habitando este mismo cuarto, y seguramente estaba muy lejos de pensar que usted vendría á ocuparlo por esta noche.* El también se engañaba, porque luego fuí conducido á otro. Ramirez conversó también familiarmente conmigo un rato, y como giro de la misma conversación me preguntó mi edad, y además, noté que se fijaba en mi fisonomía. Después supe que su indagación era para formar mi filiación, la que fué remitida á Rosas, fué impresa en un papel suelto, distribuida profusamente á los jueces de paz, alcaldes, tenientes alcaldes, oficiales, sargentos, cabos de milicias, etc., de toda la campaña, para que fuese reconocido si llegaba á escaparme.

Una de las cosas que primero me preguntó Ramirez, fué de mi familia, y cuando supo que había quedado en Santa Fé, se manifestó maravillado, porque según las órdenes que había recibido de Rosas, suponía que venía conmigo. Tuvo la condescendencia de leerme el artículo que trataba de ella; decía que se proporcionarian para su trasporte, carretones ó carretillas decentes, que se pedirian al vecindario, etc. Ahora bién, el arrancarme del lado de ella, el tenáz empeño de prohibirle que me acompañase, el revestir aquella medida, de todas las apariencias de una catástrofe final, sin contar lo terrible que tenía por sí sola nuestra separación, fué obra exclusiva de Lopez y Cullen, fué un refinamiento de rencor, y después de todo, una crueldad inutil, pués no sirvió ni á recomendarlos con Rosas, si es que lo pensaron.

Ramirez me había hablado muy amistosamente, y me había dicho que tenía orden de dirigirse á Luján, que era su residencia, pero que entre tanto esperaba nuevas órdenes que recibiría en el camino, en contestación al parte de haberme recibido, que pasaba en el acto; que nada más sabía, pero

que no opinaba siniestramente sobre mi posterior destino; otra cosa pensaba él, como dias después me lo dijo. Entre tanto, se me avisó que ya estaba preparado el cuarto en que debía alojarme, y me dirigí á él, que estaba ya rodeado de una guardia numerosa. El oficial que la mandaba, era el capitán don Francisco Serna, hombre gigantesco y de formas atléticas; llevaba á la izquierda un enorme sable, un grueso pistolón á la derecha, y un formidable puñal en su cintura; procuraba conocidamente hacer más desapacible su rostro avinagrado, y quería por todos medios aparentar una insensibilidad que sin duda estaba lejos de su corazón, como después lo conocí. Ramirez, para que yo no ignorase mi situación, quiso darle las órdenes que debía cumplir, á gritos y en mi presencia. Dejando el tono familiar que hasta entonces había usado, y tomando uno enteramente oficial, y lleno de causticidad también, le dijo: *Debe usted tomar todas las precauciones, y observar la más exquisita vigilancia con el prisionero, el cual está rigurosamente incomunicado.* El Capitán observó tan bién la consigna, que al traerme la cena que mandaba el señor Acevedo, revolvió todos los platos, y hasta la botella de vino fué puesta á mi vista en transparencia á la luz de la vela que me alumbraba, y vuelta en todas direcciones, para ver sin duda si contenía algún papel ó carta. Estas precauciones tenian algo de ridículas, pero me era en extremo mortificante la consideración de que volvian á empezar como el primer día, después de cuatro y medio años de prisión, cuando ellas no indicasen otra cosa peor.

La noche y la mañana siguiente fué lluviosa, pero apenas cesó de llover, nos pusimos en camino. Ramirez había traido para custodiarme, nada menos que un escuadrón, para el que se había hecho una prolija elección de oficiales y tropa, cuidando que no viniese ningún cordobés. ¡Vana precaución! Todos, menos los oficiales, vestian chaqueta,

chiripá y gorra encarnada, y llevaban, además, una chapa también punzó al pecho, con el *viva la federación y mueran los unitarios.* No es facil explicar la chocante sensación que me hizo aquel lujo de rencor y de barbarie que se ostentaba por todas partes. En Buenos Aires se han acostumbrado á él, y ya no se extraña tanto; pero al que recién llega, y al que iba en una situación como la mía, todos eran signos de muerte y de horror.

Desde que salimos emprendimos el galope, y yo que había quedado molido y destrozado con la caminata del día anterior, y además, sufría enormemente con las desigualdades y dureza de mi montura, le representé á Ramirez que no podía marchar á ese paso. El, entonces, me ponderó la urgencia que tenía de llegar pronto, por cuanto estaba mudando sus ganados á otro campo, lo que reclamaba su presencia. Se trató entonces de un carruage, y tomó sus medidas para proporcionarlo en el camino. Con peligro de desagradar á Rosas, que había indicado que se diesen á mi familia carretones ó carretillas decentes, él escribió al maestro de posta de Arrecifes, el viejo Lima, pidiéndole su coche, que lo franqueó con la mejor voluntad.

Esa noche dormimos en una posta, que no recuerdo, y aunque continuaba el mal tiempo, continuamos al día siguiente. No entramos al pueblo de Arrecifes, porque se hacía particular estudio en alejarme de las poblaciones, pero en su inmediación, nos encontró el coche de Lima, donde subimos, Ramirez, yo, y mi criado, que venía más muerto que vivo. Llegamos por la tarde, á la casa del mismo Lima, donde pasamos la noche. Allí tuvo lugar una escena graciosa, con un perro, que tuvo el atrevimiento de ladrar al señor Ramirez. Se me había destinado mi cuarto, y después de colocados los centinelas y tomadas todas las precauciones, se paseaba dicho Coronel por frente á mi puerta; un desatentado perro tuvo la audacia de ladrarle y

acaso hizo ademán de embestirlo, lo que le causó un acceso de cólera, que lo obligó á sacar la pistola, que traía habitualmente á la cintura, y montarla; como un pobre paisano, que se hallaba cerca, por casualidad, hubiese ocurrido á contener al perro, fué también objeto de las iras de nuestro bizarro Coronel, el cual, apuntando sucesiva y alternadamente al paisano y al perro, que ya estaba sujeto, le decía: *¿A quién mato, á usted ó al perro?* El pobre paisano, asustado y fuera de sí, no hallaba palabras para disculparse, mientras que interiormente maldeciría su oficioso comedimiento. Al fin, Ramirez se fué apaciguando, desmontó su pistola, la volvió al cinto, y tuvieron en adelante, buén cuidado de alejar los perros de la casa, para precaver una escena parecida.

Los aguaceros de esos dias habian sido copiosos, y á eso atribuía Ramirez la demora de la contestación de Rosas, que ya tardaba, según su cuenta. Nos pusimos en marcha el 22, y llegamos al río de Areco, que encontramos crecido extraordinariamente. La prudencia aconsejaba esperar á que bajase un poco, lo que sucedería, pero la impaciencia del Coronel, no lo permitía; ordenó que se pasase á nado el río, é inmediatamente desensilló la tropa y se aprestaron para la operación, que no era difícil, porque el río es angosto. Ramirez se hizo preparar una pelota de cuero, y con mil precauciones, y rodeado de nadadores, hizo aquel *peligroso* tránsito. Yo, en el fondo de mi carruage, esperaba pacientemente lo que se haría de mí, y por más que veía, aunque no oía, discutir en diferentes grupos que se formaban, no sabía la resolución que se tomaría. Finalmente, después de unas dos horas que se habian pasado, y en que felizmente se había disminuido algo la violencia de las aguas, se me insinuó que yo debía pasar dentro del mismo coche, que tirarian caballos atados por la cola, como se acostumbra en tales casos. Era patente el pe-

ligro de que el coche se volcase, y entonces, adios preso; con lo que se hubieran ahorrado el trabajo de guardarlo. Cuando el coche se movía, declararon terminantemente los nadadores, que andaban auxiliando la operación, que el coche debía volcarse arrebatado por la corriente, y entonces les dije, que no expusiesen al muchacho, mi criado, que iba también dentro; últimamente, les dije resueltamente, que lo sacasen, y no lo hiciesen perecer conmigo. Entonces volvieron á entrar en cuentas, y después de nuevo examen, resolvieron que tres de los mismos nadadores se pusiesen de pié en la vara que quedaba del lado de la corriente, para que el coche no pudiese ser volcado por ella. Así se hizo, y pasó felizmente el coche, medio nadando, medio arrastrando, pero entrando el agua en raudal por una puerta, y saliendo por otra, para cuyo efecto se conservaron abiertas. Tuve que admirar la indiferencia de Ramirez, que había puesto tan exquisito cuidado por su seguridad personal, pero quién creía la mía tan en peligro, de otro género, que poco se perdía con anticipar el desenlace algunas horas.

Esa tarde llegamos á casa de un Figueroa, gran amigo de Rosas, según supe después, é inmediatamente me alojaron en una pieza aislada, donde se colocaron centinelas dobles, y se tomaron todas precauciones. Ramirez entraba á cada momento á mi alojamiento, que fué también el suyo, y viendo llegar un carretón con mujeres, me dijo que esa noche había baile en la casa, pero eso, ¿con qué motivo particular? Creo que el verdadero fué mi venida, y el deseo innoble de mortificarme. Al estar cenando, vinieron á cantar á la puerta, una canción de esas que acostumbran, en que no se respira sinó sangre y carnicería; al concluir, dieron los vivas y mueras de regla, lo que tomé y tengo hasta ahora por un verdadero insulto, que quiso hacérseme. Ramirez se disculpó como pudo, y al día siguiente continuamos.

Estábamos ya cerca de Luján, y la contestación de Rosas no parecía. A distancia de una legua, frente á la chacra de Escola, paró el carruage y la comitiva. Ramirez, en la puerta del rancho, despachaba oficiales y soldados que salian á escape, y recibía otros que le traian avisos y comunicaciones; yo debí creer que eran las que esperaba de Rosas; después de más de una hora continuamos marchando, y ya percibíamos de muy cerca la torre de la iglesia de Luján, cuando el coche, haciendo una conversión á la derecha, salió á toda rienda en la dirección sud. Creí entonces firmemente, que mi suerte estaba fatalmente decidida, y que se me llevaba á algún lugar designado para la ejecución. El pueblo de Navarro, y la ocurrencia del doctor Sarrachaga, de que ya hice mención, se me presentaron con la mayor viveza: ya hacía mis composiciones de lugar; ya procuraba tranquilizar mi espíritu, ya, en fin, procuraba familiarizarme con tan triste idea, cuando el coche, después de haber andado doce ó quince cuadras en la nueva dirección, torció bruscamente á la izquierda por un movimiento contrario, tomando otra vez la de Luján, de donde distábamos muy poco. La razón de estos cambios de dirección, fué la siguiente: Cerca de Luján, corta el camino una honda zanja, que cuando llueve se pone pantanosa, y para despuntarla, acostumbran hacer los carruages un rodeo como el que he descripto. Esto fué lo que sucedió, pero con la diferencia, que por inadvertencia quizá, no variaron los cocheros hasta muy cerca de la zanja, de modo que el cambio fué súbito y muy pronunciado.

Entramos á Luján á eso de las diez del día 23 de Setiembre, y como no hubiese aún habitación preparada para mí, se me alojó momentáneamente en casa del mismo coronel Ramirez. Esto prueba que él no tenía hasta entonces orden de establecerme en Luján, y tan solo había recibido la de traerme en esa dirección, hasta recibir otras nuevas; estas

eran las que se esperaban y se temian á la vez. Eran los momentos críticos, y mi ansiedad era proporcionada á mi situación. Sería entre dos y tres de la tarde, que había pedido avios de afeitarme, y lo estaba verificando cerca de una ventana que daba á la calle, y que estaba cerca de la puerta principal de la casa, cuando ví llegar un hombre de poncho azúl, militar, y que en la manga de la chaqueta traía una faja transversal que decía en letras amarillas: *Policía,* de la que sin duda era empleado. Se apeó del caballo, registró la grupa, sacó un grueso paquete de papeles cerrados en forma de pliego, y entró. Este era, á no dudarlo, el conductor de la esperada contestación: en ella venía la resolución de mi destino. Tardó Ramirez en venir, cerca de una hora; más, cuando lo hizo, fué con un semblante placentero, y extendiendo los brazos me dijo: *Somos de vida; acabo de recibir la comunicación que esperaba, y me dice el Gobierno, que se le aloje á usted cómodamente y que se le trate bién; esto indica que sus dias deben ser conservados. Entre tanto* (continuó), *crea usted que yo también he estado en la más cruel ansiedad, y que no es sinó temblando, que he abierto el pliego que acabo de recibir; sí, amigo* (repitió), *temblando he leido las últimas órdenes que me han venido, pero ellas me han tranquilizado, y lo felicito á usted por ello.* En seguida me dijo, que se estaba preparando una pieza en el Cabildo, para mí, y que esa noche sería trasladado.

Así fué; á las ocho de la noche se me condujo al Cabildo, y yo quedé luego instalado en una pieza alta con salida al corredor ó balcón, y vista á la plaza del pueblo y al campo. El cuarto era desahogado y tenía una ventana que caía al mismo corredor. Sin embargo, la incomunicación era más rigurosa que nunca, y mi soledad era completa. Esta soledad fué mi mayor tormento, durante mi prisión; mi familia me la había hecho más llevadera, y ahora me veía privado de ella. Por otra parte, la falta de noticias de

ella, la ignorancia en que estaba, si habian ó no salido de Santa Fé, si habian hecho su viaje con felicidad, otras mil ocurrencias y peligros que abulta la imaginación, y que cría una fantasía irritada por las desgracias, eran torcedores contínuos, que hacian sumamente amarga mi posición. En los primeros dias de Octubre, llegó de Buenos Aires á Luján, la señora doña Rufina Herrero, y tuvo la atención y la humanidad, de mandarme decir, á escondidas, que mi familia había llegado buena á Buenos Aires, que la había visto, y que podía asegurarlo. Esta noticia me fué de un inexplicable consuelo, pués la idea de que hubiesen entorpecido su viaje en Santa Fé, era para mí desesperante, abrumadora.

Como nunca nos falta qué desear, y como tenía tanta materia de ejercitar mis deseos, los mios se contrajeron á la venida de mi familia; para esperarla, me hacía este argumento: Rosas creía que yo traía de Santa Fé mi familia, y si hubiera sido así, es probable que no se me hubiera separado de ella; luego, no puede impedirle que se me reuna. Más, no fué así; y yo devoré solo, cuatro meses, mis pesares y mis acerbas penas; lo peor es, que en mi amargura, ó mejor diré, en mi delirio, llegué alguna vez á sospechar, que no harian el esfuerzo bastante, ó que les fatigaría la vida, que forzosamente habian de llevar á mi lado. Injusta sospecha, de que me arrepentía luego, pués es imposible mayor abnegación, ni mayor constancia, que las de las personas que me pertenecian, muy particularmente, la de mi joven esposa, mi incomparable Margarita. Pero no anticipemos los sucesos.

A los pocos dias de mi llegada á Luján, se me presentó Ramirez, para leerme un capítulo de la carta de Rosas en que le decía, más ó menos, lo siguiente: *Haga usted entender al general Paz, que se le abonará su sueldo, y que pida cuanto necesite, que le será proporcionado; pero que en punto*

á seguridad, no hay que hablar, pués se tomarán las precauciones imaginables; que su filiación está circulada en toda la provincia, y que si llegare á intentar fuga, ó fugarse, será fusilado, sin otro término, que el preciso para administrarle los auxilios espirituales. Que por lo demás, no es mi ánimo dañarle, pero que el estado de las cosas políticas, y lo más caro de mis deberes públicos, me obligan á esta medida. ¡Cuanto bién pudo hacerme el loco y estúpido Ramirez, dando un sentido literal á estas palabras! Pero el malvado se complacía en mantener mis dudas, dando á entender con medias palabras, que no les daba el valor que en sí tenian. Creía que era una medida de seguridad, y hasta se complacía en mantenerme en la más cruel incertidumbre, al menos, cuando un motivo cualquiera lo hacía desagradarse; tenía este insensato, unas alternativas inexplicables, sin embargo, que debo confesar, que me hizo sufrir menos de lo que podía esperarse de sus caprichos atrabiliarios, y aún positivos actos de locura, de que se quejaba todo el departamento. Algo, quizá, diremos en el curso de esta narración.

Por el 20 al 22 de Octubre, estaba una tarde en la puerta de mi prisión, y ví llegar una partida de tropa de línea mandada por un jefe que cargaba charreteras, la que paró y desmontó en casa de Ramirez. Luego me figuré que viniese por mí; más, permaneció inmovil por algún tiempo, y noté que el jefe, que conversaba con Ramirez en la puerta de su casa, saludaba con la mano, en la dirección que yo estaba. No podía figurarme que fuese á mí el saludo, pero tanto se repitió, que contesté mesuradamente con la cabeza, por si efectivamente me venía dirigido; después de una hora, la partida montó y continuó su camino; es de notar que no llevaban más bagaje que un carguero, cuya carga se confundía con la albarda, porque abultaba muy poco. Nada más supe de esta ocurrencia, hasta la noche que vino Ramirez á visitarme, y me dijo que: *el jefe que me habia saluda-*

do era el coronel don Ramón Rodriguez, que iba á recibir á los Reinafé, que eran traidos de Córdoba. El carguero de que he hablado, conducía cuatro hermosas barras de grillos, que debian acomodárseles luego que la partida se recibiese de ellos. Añadió, que Rodriguez había querido visitarme, pero que á él no le había parecido conveniente por la hora, pero que á la vuelta lo haría.

El 31 de Octubre noté por la tarde un movimiento en las callejuelas de Luján, que llamaba la atención hacia el camino que viene del interior; la gente afluía en esa dirección, y muy luego supe el motivo. Llegaban los Reinafé. Los bajaron en el mismo Cabildo, y los alojaron en las piezas bajas, en la misma que cuadraba debajo de la que yo ocupaba. Venian en dos carretillas, de las que una servía á José Antonio, Guillermo, y el secretario, doctor Aguirre; la otra, á solo José Vicente, y un criado que lo acompañaba. Todos traian sendas barras de grillos, y el José Vicente, enfermo, según decía, en términos, que lo bajaban y subian á la carreta, en brazos. Yo me retiré al fondo de mi habitación para no ver ni ser visto de ellos, ni del numeroso concurso que había acudido.

No era uno de mis menores temores que se le antojase á Rosas acusarme sobre el asesinato de Quiroga, y confundirme con los Reinafé. Todo estaba en que se le ocurriese y le conviniese adoptar ese arbitrio para herirme más cruelmente, y acabar conmigo de un modo aparentemente más legal. El que proclamaba altamente que los unitarios habian maquinado ese crimen, nada tenía de extraño que acusase al que había sido jefe de ellos, aunque ese jefe hubiese estado sumido en un calabozo, cuando había sucedido; esto adquiría un viso más de verosimilitud, cuando hubieron en esos dias de gritar, andando con música, una reunión presidida de un mayor Macaluci, tan bajo como cobarde, *mueran los cordobeses, comen piquillin; mueran los cor-*

dobeses, asesinos de Quiroga, en que parecía querian incluir á todos los de aquella provincia. Este temor lo fortificó Ramirez un día que hablando en confianza, le dije: *No quieran ustedes confundirme con los Reinafé; y cualquiera que sea mi destino, deseo que se separe de unos hombres con quienes no he tenido jamás ninguna inteligencia, pués siempre fueron mis enemigos.* El bárbaro Ramirez me contestó: *Eso, su conciencia se lo dirá;* con lo que me daba á entender, que creía muy posible esa complicidad, que no podía ni aún suponerse. Tan brutal salida no merecía réplica, y me callé, devorando interiormente la irritación que me causó.

¡Qué de reflexiones se agolparon á mi imaginación al considerarme preso en la misma casa, que mis antagonistas y sucesores en el gobierno de Córdoba! Mil veces estuve tentado de reirme, al ver las vicisitudes de una revolución, y las peripecias humanas. Serian las siete de la noche, cuando me sacó de estas meditaciones el ruido de otra carretilla que trajeron, y aproximaron á las otras dos que habian ocupado los Reinafé, y que probablemente volverian á ocupar al día siguiente para seguir su viaje. Luego me vino la idea de que la tercera carretilla era destinada á otro personaje, que naturalmente debería ser yo. Esto me causó un sinsabor extremo, porque no podía avenirme á ir á Buenos Aires mezclado con aquella gente; cualquiera otra cosa, la muerte misma, me era preferible. Me hallaba dominado de una extrema angustia, cuando el ruido de una cuarta carretilla vino otra vez á interrumpir mis tristes meditaciones; esto me tranquilizó hasta cierto punto, porque para mí no se necesitaban dos; más, sin embargo, no podía atinar con el significado de este lujo de carruages. Al otro día lo supe, cuando ví quedar vacias las que habian llegado la tarde antes, para devolverlas á sus dueños, que ya quedaban atrás, mientras eran reemplazadas con otras del mismo pueblo, que serian también devueltas de Buenos Aires.

A la mañana siguiente continuó el viaje de los Reinafé, y entonces, desde la hendija de mi puerta, pude ver á dos de ellos. El José Antonio, muy gordo, muy barbado, muy cano, se asemejaba al busto con que suelen representar al Padre Eterno. Una especie de serenidad, hija más de la estupidéz que del valor, marcaban sus facciones; las de Guillermo, y del secretario Aguirre, nada decian, é indicaban más bién abatimiento moral. Es lo que pude notar en una rápida ojeada, y á una regular distancia. Ellos marcharon sin excitar, á lo que creo, un sentimiento de simpatía en persona alguna, y sin merecer la compasión de nadie, fuera de mí, que me dolí muy sinceramente de los males que les esperaban. ¡Ah! Esos pobres hombres apuraron hasta las heces, el caliz de la desgracia; dos años duró la instrucción y substanciación de la causa, y dos años sufrieron los más prolijos tormentos; al fin fueron sentenciados é intimados de muerte, y para ser más duradera su agonía, se les permitió apelar al mismo tribunal que los había sentenciado, es decir, á Rosas mismo, para que sufriesen dos meses más, pasados los cuales, se les puso en capilla y aún á esta, se le dió una duración extraordinaria; al fin fueron ejecutados, con Santos Perez, y colgados en la horca, lo que no ha tenido ejemplar en la revolución.

En esos dias y meses posteriores á la venida de los Reinafé, fueron pasando otras partidas de presos implicados en la misma causa, pero ninguna de ellas llegó al Cabildo, y tan solo las ví pasar á la distancia por la orilla del pueblito. Con este motivo referiré lo que supe relativamente á la partida de cordobeses, que condujo á Santos Perez.

Rosas se habia propuesto hacer lo mismo que cuando los Reinafé; es decir, mandar una partida suya que recibiese al preso en la frontera de Buenos Aires, regresando desde allí la que venía de Córdoba. Efectivamento salió, si no me engaño, el mismo coronel Rodriguez á conducirlo como

había conducido á aquellos, pero cuando lo esperaba por el camino del Pergamino, la partida cordobesa tomó el camino de la Costa, que es de la izquierda, y se metió en Buenos Aires, dejando chasqueados á Rosas, á la partida, y á su Jefe. Ahora bién, el objeto de esta operación estratégica del oficial cordobés, era conducir y presentar personalmente en Buenos Aires, al desgraciado Santos Perez, que venía en una carretilla cruelmente aherrojado con grillos, esposas y tramojo, para obtener algunos pobres regalos ó gratificaciones que le hiciese Rosas. Cuando regresaba la partida, y que ví algunos de los que la componian, diseminados en las calles ó pulperias, luciendo sus chaquetas y chiripás nuevos, de paño encarnado, y sus grupas en que llevarian algunas varas de lienzo ó zaraza, mi irritación y mi desprecio, para aquellos miserables, no tuvo límites. Estoy perfectamente seguro, que este mismo sentimiento excitaron en todos (sin exceptuar los federales) cuantos los vieron.

Que en fuerza de la obediencia militar hubieran traido el preso hasta donde se les exigía, y que hubiesen cooperado á la docilidad sin nombre, del general Lopez, de Córdoba, que mandaba docenas de sus paisanos, para que los devorase Rosas (1), según su capricho, pase; pero que se adelantasen á más de lo que se les exigía, por un despreciable interés, es el colmo de la vileza, de la degradación y de la indignidad. El héroe de esta célebre hazaña, es decir, el oficial que mandaba la partida, fué un Villaroel, según recuerdo; es probable que á su regreso, haya contado que cruzó todo el pueblo de Buenos Aires, rodeando la

---

(1) En ese tiempo tenía muy buena relación don Aparicio Frias, con el gobernador Lopez, de Córdoba, y quiso hacerla valer en obsequio de don Patricio Bustamante, que aunque enteramente inocente, convino hacerlo venir á Buenos Aires como culpable. Lopez contestó á Frias: *No me hable amigo sobre este particular, porque si el señor Rosas me pide á la Santos* (su esposa), *á la Santos la he de mandar.*

carretilla de Santos Perez, en medio de los gritos caníbales de la plebe, y que se haya envanecido como de un triunfo. A mi juicio, son estas acciones tales, que no deben olvidarse, para vergüenza de sus autores, y represión de los que sean capaces de imitarlos.

He olvidado decir, que cuando Ramirez me dijo el ofrecimiento de Rosas, de que pidiese lo que necesitase, solo dije que necesitaba libros; se me instó para que dijese cuales quería, y recuerdo que nombré «Anquetil». Luego vino esta obra completa, acompañada de los «Varones ilustres» de Plutarco, y de la «Iliada», traducida al castellano, y de alguna otra obra, que nunca llegó á mis manos, porque se perdió en el camino. Estoy seguro, que otro en mi lugar, hubiera llevado sus peticiones á más distancia, y que las hubiera obtenido. Séame permitido hacer ahora, una ligera comparación entre los dos caudillos, bajo cuya férula tuve que sufrir ocho años de prisión. El uno, Rosas, me mandó libros; al otro, ni se le ocurrió que podía necesitarlos. Aquel, me hace conocer francamente sus intenciones; Lopez, taimado y taciturno, quiere que le adivinen, y se irrita porque cree que no puedo comprenderlo; pués para esto, hubiera sido preciso bajarse hasta donde me era imposible llegar. Ambos, gauchos; ambos, tiranos; ambos, indiferentes por las desgracias de la humanidad; pero, el uno, obra en grandes proporciones; el otro, limitado á una esfera tan reducida, como su educación, y sus aspiraciones. Rosas, marcha derecho; Lopez, por rodeos y callejuelas. Rosas, fusila ochenta indígenas en Buenos Aires, y en un solo día; Lopez, los hace degollar en detal, de noche, y en un lugar excusado. Rosas, pretende que se le tenga por hombre culto, pero haciendo ver que no son para él una traba, las formas de la civilización; Lopez, se revela contra la sociedad, siempre que le dá á entender que ha dejado de pertenecer al salvajismo. Rosas, quiere el progreso á su

modo, un progreso (permítaseme la expresión), haciéndonos retroceder en muchos sentidos; Lopez, nada quiere, sinó el quietismo, y un estado perfectamente estacionario. Rosas, escribe mucho, y dá grande valor al trabajo de gabinete; Lopez, aparenta el mayor desprecio, por todo lo que es papeles, imprenta, y elocuencia. Por el contrario: Lopez ha sido felíz en los campos de batalla, y tenía cifrada su vanidad en eso; Rosas no ha aspirado á la gloria militar, sea por sistema, sea por otro motivo, que no haga tanto honor á su valor personal. He tocado ligeramente los diversos rasgos de estos dos caracteres, sobre que se pudieran hacer muchas más observaciones; más, ni es de mi propósito, ni quiero extender demasiado esta relación, á la que preciso es volver.

Cuatro meses seguí en Luján, arrastrando una penosa existencia, en la soledad más completa y en la incertidumbre más molesta. La tardanza de mi familia me hacía entender que se le había prohibido reunirse conmigo, y esta prohibición no debía ser hija sinó de medidas siniestras, que habian de tomarse con respecto á mí. Así discurría, y así me atormentaba, cuando en Enero del año 36, llegó Margarita, mi madre, y Rosario, quién habiendo dejado á Elizalde en la Colonia, venía á acompañar á su hija, durante su parto; Margarita estaba ya en meses mayores. Querer pintar el consuelo de que me sirvió la venida de mi familia, es superior á los esfuerzos de mi pluma; hay cosas que mejor se conciben que se dicen, y esta es una de ellas; al fin volvía á verme reunido con los mios, y veía también á Rosario, que además de ser mi hermana, era entonces mi suegra, después de siete años de ausencia. Gozando, como nos era posible gozar, continuamos hasta el parto de Margarita, que fué el 10 de Abril á las 6 de la tarde, dando á luz á mi primer hijo José María Exequiel. El parto fué laborioso y se llamó al doctor Muñíz, á quién se permitió

entrar. Con este motivo, recordaré, que el doctor Muñíz al entrar al Cabildo, donde iba á verse conmigo, se había colocado la cinta de Rosas, ó sea la divisa, de modo que solo se leía: «Los federales mueran», para que yo entendiese que no había variado de opinión, y que era el mismo unitario que habíamos conocido. El modo de hacerlo, era muy sencillo; pués, introduciendo en dos distintos ojales de la casaca los dos extremos de la cinta, quedaba oculto el «vivan» de los federales; y en la segunda leyenda solo quedaba visible el «mueran», que correspondía á los unitarios; más claro: las dos leyendas seguian la dirección de la cinta, en esta forma: «Vivan los federales». «Mueran los unitarios». Ocultas las extremidades de la cinta, desaparecian la primera y última de las cuatro principales palabras, y solo quedaba «Los federales mueran». Para que yo lo notase bién, no perdonaba movimiento ni acción que pudiera contribuir á ello, en términos, que creí deber hacerle conocer, que estaba al cabo de su pensamiento. Me he detenido en esto, para comparar la conducta del señor Muñíz con aquel antecedente. Ahora, solo se ocupa en estar escribiendo artículos sobre historia natural, desenterrando el Megaterio, describiendo el avestrúz, haciéndose gaucho con bién poca gracia, para dedicar sus trabajos á Rosas, é incensarlo con adulación.

Mi hijo se bautizó en la iglesia de Luján, siendo padrinos mi hermano político, Elizalde, por apoderado, y mi madre. Jamás quiso Margarita ceder el privilegio de criar sus hijos, dejando á manos asalariadas el cuidado de la lactancia, y demás que requiere un recién nacido; por entonces era indispensable, porque no se permitía la entrada sinó á los que rigurosamente eran de la familia. Como Elizalde padecía de sus antiguas dolencias, reclamaba, por otro lado, los cuidados de Rosario, y tuvo, esta buena hermana y madre, que dejarnos para ir á prodigar sus servicios á su do-

liente esposo, que permanecía aún en la Banda Oriental. Más, deseoso yo y todos los demás de estar reunidos, me insinué con Ramirez, para que se le permitiese venir á Buenos Aires, y de allí pasar á Luján, porque así nuestra subsistencia era más cómoda. Ramirez se encargó de hablar con Rosas, y contestó que todo estaba allanado.

Por Junio partió Rosario, y el 1° de Octubre volvió á Luján acompañada de Elizalde. A este no se le permitió verme, lo que no dejó de causarnos extrañeza. Se notaron también algunas pueriles precauciones que no dejaron de alarmarnos; finalmente, una de esas noches, el centinela dijo que había visto un bulto en el corredor alto, y el oficial de guardia que era un capitán Bello, hizo un alboroto. Todo era lo más infundado que puede imaginarse, pués no habíamos pensado en lo más mínimo, infringirel orden que se había establecido.

Llegó el 11 de Octubre (día célebre de los fastos federales) y sufrimos el más terrible golpe, que nos hirió, mientras estuve en la provincia de Buenos Aires. Muy temprano se me dijo por un criado, que el Juez de Paz estaba con soldados en casa de mi familia, y muy luego me avisó que á Elizalde lo traian preso al Cabildo. Rosario se vino desolada, á hacernos á Margarita y á mí, la misma relación, y á pocos momentos oimos los golpes del martillo que le aseguraba una buena barra de grillos. La pieza donde se hacía esto, quedaba debajo de la que yo ocupaba, y oíamos distintamente mucho de lo que pasaba. Rosario descendió la escalera para echarse en brazos de su marido, pero los centinelas se lo prohibieron, y volvió á subir á mi cuarto, en un estado difícil de describir. Ella se desesperaba, Margarita lloraba, las criadas gemian algo más despacio, y hasta mi chico de meses, participaba, al parecer, del dolor común, porque daba gritos prolongados. Cada golpe del martillo que se sentía en la pieza baja, venía á desgarrar nues-

tros corazones. Nuestra aflicción fué mayor cuando un criado jóven que estaba en el balcon, viendo que traian otra barra de grillos, avisó que eran dos pares los que iban á poner á Elizalde; felizmente no fué así, sinó que se le mudaron los que primero le habian puesto, porque estaban muy estrechos. A renglón seguido arrimaron una carretilla de carne, sucia aún con la sangre de las reses, cuya carne había guardado, y embarcando al preso, partió para Buenos Aires. Entonces llegó á su colmo la desesperación de mi familia. Rosario, ya que no le habian permitido abrazar á su marido, quería al menos abalanzarse al balcón para hablarlo, y Margarita seguía su movimiento. Todo esto era inutil, y degeneraba en una escena trágica, aunque harto verídica, que iban á presenciar innumerables curiosos. Me sobrepuse, pués, á todo, y cerrando resueltamente la puerta de mi habitación, no permití salir á nadie; solo la abrí cuando la carretilla se perdió de vista, y ya había calmado en parte la violencia de aquellos arrebatos. Cualquiera se hará cargo de la amargura en que nos sumergió este acontecimiento que no comprendíamos, porque no atinábamos con la causa que podía haberlo producido. Aquella se aumentó cuando á renglón seguido, se intimó á mi madre y á Rosario que partiesen á Buenos Aires, dentro de tres dias, sin dar los motivos, ni término, de aquel semi-destierro; así se practicó, y yo quedé solo con Margarita, entregado á todos los tormentos de la incertidumbre.

A la verdad, no podíamos atinar con la causa que habría motivado aquella cruel medida. ¿La licencia concedida á Elizalde, para venir de la Banda Oriental, sería un lazo que se le había armado, para que cayese en él? ¿Habríase levantado en Luján alguna calumnia ó chisme, que pudiera habernos dañado en el ánimo de Rosas? ¿Sería efecto de nuevas combinaciones políticas, que influian en mi destino? Nada, nada podíamos adelantar, y nos perdíamos, nos ex-

traviábamos en un mar inmenso de conjeturas. Después que obtuve libertad, el señor Arana, como por vía de satisfacción, se esforzó en hacer llegar á mi noticia la causa de este procedimiento, y según su explicación, fué la siguiente:

Desde que Rosas volvió al poder, el año 35, los unitarios emigrados en la Banda Oriental, se agitaron extraordinariamente y se constituyeron en una conspiración permanente contra la omnipotencia del nuevo dictador. Para mejor llevar adelante sus planes, organizaron sociedades secretas (que sin embargo, nada tenian de secretas), en Montevideo, y otros pueblos de aquella República. La de la Colonia, en que fué iniciado Elizalde, se reunió dos ó tres veces en su casa, y cuando ella fué traicionada y denunciada al ministro Llambí, por el célebre don Calixto Vera, aquel dió parte á Rosas, instruyéndolo, por supuesto, de que Elizalde pertenecía á aquella asociación. Quién conociese su carácter, no hubiera dado mucho valor á estas relaciones, pero Rosas se sirvió de ellas, para hacerlo sufrir cerca de tres meses en una rigurosa prisión. En ella, se agravó su enfermedad, que era una inveterada retención de orina, y cuando salió en libertad, el 1º de Enero del 37, no hizo sinó seguir reagravándose, hasta que murió en Julio del año 38. He dicho mal, que salió en libertad, pués aún cuando se le sacó de la *Cuna* (prisión de Estado) se le dejó con la ciudad por carcel, hasta que acabó. No me detendré en detallar los padecimientos que causó á toda la familia este nuevo infortunio, muy particularmente á mi hermana Rosario, que estimaba sinceramente á su marido; pués, facil es congeturarlo. Tan solo diré, que no se pasaba en estos tiempos aciagos, un año, un mes, una semana, sin que algún nuevo suceso viniese á sumergirnos en la más desesperante desconfianza, ó en la más acerba amargura. Estos sufrimientos de detal serian muy prolijos, parecerian quizá pueriles al que no ha pasado por ellos, pero no son

por eso menos crueles; solo tocaremos ligeramente algunos, porque ya es preciso abreviar esta pesada memoria.

Habiendo salido Elizalde de la prisión y aproximándose el nacimiento de mi segundo hijo, Margarita hizo una solicitud para que se permitiese á su madre venir á asistirla en el parto. Rosas consintió, y tuvimos el placer de volver á verla, y á mi madre que llegaron por Abril, segunda vez, á Luján. El 30 de este mes dió Margarita á luz, á las ocho de la mañana, á mi hija Catalina; se bautizó á los pocos dias, siendo padrinos el mismo Elizalde, por poder, y mi hermana Rosario. Era dotada esta niña de una singular belleza; pero el 7 de Setiembre siguiente, fué atacada de una convulsión, y murió al día siguiente, dejándonos sumidos en el más profundo dolor. Margarita hizo extremos de desesperación, y tuve que emplear todos mis esfuerzos para mitigar su justo pesar. Cuando esto sucedió, ya Rosario había regresado á Buenos Aires, á atender al doliente Elizalde, y nos encontrábamos solos con mi madre, que viviendo separada, reclamaba más nuestros cuidados por su ancianidad y achaques.

Mi primer hijo, Pepe, había sufrido también una enfermedad que lo tuvo á la muerte. Solo la más exquisita asistencia y los cuidados más prolijos pudieron salvarlo. Todo era sufrir, sin que por ninguna parte viésemos una vislumbre de felicidad.

Estos trabajos domésticos me han distraido de los que me ocasionaba mi prisión, y la mala voluntad, el celo extraviado, ó la estupidéz de mis carceleros. Ramirez era ya bastante loco y bastante interesado en aparecer vigilante á los ojos de Rosas, para causarnos mil disgustos con sus extravagancias; pero cuando él se ausentaba, dejaba otros en su lugar, de los que algunos se mostraron, si no hostiles, por lo menos insensibles. De ellos fué un mayor Montojo, hombre inmoral y bajo, sin honor y sin conciencia. Una

muerte penosa y pronta lo privó de la comandancia, y nos libró de un fiscal dispuesto á sacrificarnos en cuanto le hubiese convenido. Le sucedió el capitán Serna, el mismo que me hizo la primera guardia en la estancia de Acevedo, el que manifestó mejores sentimientos y más humanidad. Referiré como prueba de ello, lo siguiente:

Una noche á las ocho, sentimos llegar con gran aparato de tropa, un coche que paró á la puerta de la carcel, ó del Cabildo, que es lo mismo. Luego se oyó un ruido de grillos y cadenas que arrastraban los que venian dentro de él; salió también del coche, un religioso, que probablemente debía ejercer su ministerio cerca de alguno que estaba destinado á morir. No dejó de causar sorpresa esta aparición y este lúgubre aparato, en Margarita, que estaba en cinta. Serna tuvo el comedimiento de subir luego á mi cuarto á decirnos que la persona cargada de grillos y cadenas que venía en el coche, era un negro, que había, en tiempos anteriores, asesinado á su ama, vecina de Giles, si no me engaño, y que se le conducía á fusilarlo en el mismo lugar que cometió el crimen; el capellán lo acompañaba para suministrarle las últimos auxilios espirituales; estaban solo de paso, y debian continuar su camino al día siguiente.

¿Qué objeto tuvo Rosas en suministrar coche á un desgraciado negro, á un criminal famoso, cuando lo había negado á los Reinafé, á quienes quitaron los que trajeron de Córdoba, en el Pergamino? La única explicación que se me ocurre, es la que voy á decir: Cuando me conducía Ramirez y pidió el coche de Lima que he referido, me manifestó sus temores de que Rosas desaprobase, y después me dijo que efectivamente lo había desaprobado, y aún reconvenido, por su condescendencia. Pienso, pués, que concediendo al negro la misma distinción, que aunque á su pesar, había yo obtenido, y mandado quizá expresamente que viniese á pernoctar á pocas varas de mí, quiso darme á en-

tender, que la concesión del coche no me ponía fuera de la esfera de gran criminal, como él clasifica á todos sus enemigos. Bién sabido es, que tiene el sistemático empeño de dar á los delitos políticos un caracter más feo y atróz que á los demás crímenes que violan las leyes divinas y humanas; en su lenguaje, los primeros son mucho más deshonrosos é infames que los últimos. Concurrirá á probar esto, lo que supe que había sucedido con el mismo negro.

Es verdad que este había asesinado á su señora, pero había sido buén federal, y se le había indultado por el mismo Rosas, y había servido después en las tropas; más, cometió no se qué deslealtad, que no supieron explicarme, y se le sacó de las filas para arrestarlo y mandarlo al suplicio; aún entonces se tuvo consideración á sus antiguos servicios á la santa causa.

Presencié desde mi prisión, otra ejecución que es digna de referirse. Residía en Luján un gaucho cordobés, que pertenecía á esa clase que llaman los paisanos, *gauchos aseados*, porque se traen decentemente; su nombre, si no me engaño, era José Luque, ó Ardiles. Este hombre era dotado de unas pasiones violentas, y era al mismo tiempo, víctima de ellas. Era casado, y dejando su mujer en Córdoba, abandonada, había traido en su compañía una joven, con quién vivía maridalmente. Enamórase violentamente de otra joven de mediano pelaje, en Luján, y trata de casarse con ella, como único medio de poseerla. Para ello, era un obstáculo la joven que tenía en su compañía, la que, interesada en que no la abandonase, no dejaría de denunciar su anterior casamiento. Repentinamente desaparece la joven, y él propala que la había mandado á Córdoba, en una tropa de carretas, siguiendo entre tanto con tenáz empeño las diligencias de su futuro matrimonio, que estaba ya al concluirse. A los pocos dias, aparece el cadaver de la joven cordobesa, á una ó dos leguas, río abajo, cuyas aguas en

una gran creciente, habian arrojado á la orilla; estaba degollada, aunque no enteramente separada la cabeza. Se reconoce la identidad, y las sospechas más vehementes, recaen sobre el futuro bígamo. Se le arresta, se le interroga, y todo lo niega; se toman nuevos datos, y los indicios se agravan; se le ponen unas dos barras de grillos, y él persiste en su negativa; al fin se le remite, un lunes, á Buenos Aires, sentado en mujeriegas, en un caballo, sin mitigar el rigor de sus prisiones; llega á la casa de policía por la tarde (Luján dista diez y seis leguas de Buenos Aires), tan solo se demora el tiempo que se tarda en leer lo actuado, y en extender la sentencia de muerte; esa misma noche y con la misma custodia que le había llevado, se le hace regresar, y á las dos de la tarde del martes, está de vuelta en Luján, habiendo andado treinta y dos leguas en un mal recado, con dos barras gruesas de grillos, y en la posición más incómoda que puede darse. Inmediatamente se le pone en capilla, y al oír la sentencia, exclama: *¿Son estas las leyes que se preconizan en este país? Cualquiera que fuese el crimen de que se me acusa, debería oírseme y escuchar mi defensa, debería sujetárseme á un juicio; pero nada ha habido, y se me mata indefenso, y contra todo derecho.*

En seguida entró el cura del pueblo á ofrecerle los auxilios de la religión, que no quiso admitir en manera alguna. En vano fueron las persuaciones y los ruegos; en vano fué que se interpusiesen las personas de su amistad; el hombre ostentó la más deplorable firmeza. El buén cura agotó toda su clemencia, sin dar mejor resultado, y ya cansados todos y accediendo á sus deseos, lo dejaron solo, y se acostó á dormir tranquilamente. El valor extraordinario de este hombre, había impuesto de tal modo á sus guardianes, que lo miraban con una especie de terror. Cuando por complacerlo se retiraron, tuvieron buén cuidado de correr los cerrojos de la única puerta que tenía el calabozo, quedan-

do, solo para observarlo, una pequeña abertura que tenía la misma puerta: por allí vieron que tentó sus grillos, como para probar un último esfuerzo de sacarlos; convencido de la imposibilidad, se tendió en la cama á dormir. He dicho antes, que les había impuesto miedo; debo añadir que los había fascinado, en términos, que estoy persuadido que si hubiera logrado librarse de sus prisiones, no hubiera habido quién se le pusiese delante.

A la mañana siguiente insté para que Margarita se fuese á pasear lejos, para que no presenciase tan triste espectáculo; así lo hizo; yo solo de mi familia, lo ví en todos sus pormenores, porque el banquillo estaba colocado en la plaza, enfrente de mi habitacion. Salió con paso firme, aire erguido, voz entera, y manifestando en todas sus acciones y movimientos, el mas indómito valor. El sacerdote iba á su lado, y de cuando en cuando le dirigía algunas palabras dulces y persuasivas, á las que alguna vez contestaba: *Ya le he dicho á usted, padre, que todo es inutil.* Al irse á sentar en el fatal banquillo, se quitó un poncho de paño azúl, que llevaba puesto, y lo dió á un soldado de policía, con quién había tenido relaciones de amistad, diciéndole: *Conserve usted esta memoria mía.* Después de sentado, todavía se acercó el sacerdote y le dijo: *Hermano, todavía es tiempo, un solo momento de arrepentimiento, basta para la salvacion de una alma.* Nada quiso contestar, y recibió la descarga sin perder la actitud fiera que había conservado durante toda la escena. Se dudó si se daría sepultura eclesiástica á su cadaver, y se consultó á Rosas, depositándolo entre tanto, en la orilla del río; vino la contestación y se le enterró en una zanja del campo.

Según todas las probabilidades y los más vehementes indicios, este hombre era un insigne criminal; era el asesino de una mujer, á quién él mismo había seducido; merecía sin duda la muerte que sufría; pero, ¿por qué no aplicárse-

la, según lo previenen las leyes, y guardando las formas por ellas prescriptas? ¿Para qué, ese lujo de despotismo? Haciendo con los trámites debidos, esta ejecución que en el fondo la creo justa, se hubiera logrado, mucho mejor, imprimir en los demás el escarmiento, y sin duda, se hubiera ahorrado también, el escándalo de su impenitencia. Este hombre, con algún más tiempo para reflexionar, y convencido de la justicia con que se le imponía el castigo, se hubiera reconciliado con la sociedad y con Dios, y se hubiera arrepentido; pero llevadas las cosas por el camino que hemos visto, ¿qué mucho que siendo un hombre sin principios, en quién estaban amortiguadas las ideas religiosas, de un caracter indómito, qué mucho digo, que viendo holladas las leyes humanas, se hubiese creido dispensado de la observancia de las divinas? Este suceso hizo profunda impresión, y fué materia de conversación para muchos dias, pero sin que nadie fuese osado de hacer la menor observación, sobre la flagrante violación del más justo de los derechos, cual es la defensa. Solo añadiré, que este hombre no había prestado servicios á la causa de la federación.

Fuí también testigo del aparato que se hizo con un desertor, á quién mandó Rosas fusilar. Se le trajo del cuartel al Cabildo, é inmediatamente, sobre una barra de grillos que tenía, se le puso otra, y se procedió luego, á notificarle la sentencia. Al día siguiente se puso altar en la capilla, que quedaba bajo mi habitación; se dijo misa, á la que asistió la tropa formada, y creo que el mismo Ramirez; se le dió también la comunión. Concluida la tan edificante escena, se le hizo montar á caballo, en la única posición que le era posible hacerlo, y con una escolta proporcionada, se le hizo marchar á la Barrancosa, donde estaba la mayor parte de su cuerpo, y donde fué ejecutado, luego que llegó. Es difícil que sentenciado ninguno, haya hecho un camino

tan largo, desde la capilla hasta el sepulcro, como el que se le obligó á hacer á este desgraciado; es probable, que en este lúgubre paseo, de más de treinta leguas, se quiso atemorizar á todas las poblaciones del camino. Y ¿para qué sería tanto lujo de preparaciones cristianas, cuando se han muerto hombres á millares, sin pensar siquiera en semejante cosa? Lo ignoro; esto me recuerda el indio de Santa Fé, á quién se quiso administrar el bautismo para luego hacerlo morir en medio de horribles tormentos.

Hubo en este mismo tiempo, con corta diferencia, otro suceso, que no puedo dispensarme de referirlo. El coronel Ramirez, se hallaba entonces en el cantón de la Barrancosa, y repentinamente mandó á Luján, en clase de arrestado, al teniente Montiel, joven apreciable y de interesante figura. Nadie, ni el mismo Montiel, sabía la causa de su arresto y de su expulsión de la Barrancosa; no estaba incomunicado, pero por ciertas precauciones que se observaban, se venía en conocimiento que estaba bién recomendado. Sin embargo, Montiel, cuya conciencia nada le argüía, solo sospechaba que la queja de un soldado, á quién había reprendido con justicia, sirviese de pretexto al Coronel, para despedirlo del regimiento, y que á esto se limitaría todo; pero no fué así, como vamos á referirlo. Después de doce ó quince dias de prisión, se presentó en Luján, el capitán ó mayor Macaluci, con orden de conducir á Montiel á la Barrancosa. Yo los ví salir de la carcel, juntos, y montar á caballo una mañana después de haber hecho un abundante almuerzo, en que el vino no había andado muy escaso; conversaban y reian juntos, y no iba escolta alguna; me dijeron, que dos ó tres soldados que llevaba Macaluci, los había mandado esperar á la orilla del pueblo, para aparentar mejor la inocencia de aquel viaje. Nadie, pués, sospechaba el fatal destino de Montiel, y no es sinó con estupor, que se supo á los tres ó cuatro dias, que inmediatamente

de llegado á la Barrancosa, había sido fusilado, sin juicio, sin defensa, sin recibirle siquiera su confesión, y sin más antecedentes, que algunas declaraciones tomadas á otros, en su ausencia.

A los muy pocos dias vino Ramirez de la Barrancosa, y habiendo ido á visitarme, me refirió muy por extenso el suceso de Montiel; por el esfuerzo que hacía para justificar su proceder, se conocía que estaba atormentado por su conciencia. Hé aquí la relación que me hizo: Hacía meses que Ramirez había tenido un encuentro con los indios, sobre los que obtuvo algunas ventajas; ventajas que se exageraron, cacarearon y celebraron del modo mas ridículo; nadie había hablado hasta entonces del malogro de una carga, por haber hecho sonar un trompeta, el toque de *alto,* ni cosa parecida; más, un día (y ahora es que empieza la relación de Ramirez) que iba este paseando por el campamento, oyó por casualidad, que un trompeta refería á otro soldado, que el teniente Montiel le había mandado tocar *alto,* y que por eso no había obtenido la carga todo el resultado; entonces fué que mandó salir á Montiel, y que reunió otras declaraciones que comprobaban el hecho. Formalizadas estas, dió cuenta á Rosas, quién ordenó que se fusilase á Montiel, sobre la marcha, para lo que se le hizo regresar de Luján con Macaluci, según se ha referido. Estaba Ramirez tan ocupado de este suceso, que me hizo una larga narración, y hasta me relató la proclama que había pronunciado después de la ejecución; más, á pesar de su elocuencia, quedaba mucho de oscuro en el negocio, para que no desease aclararlo.

Traté, pués, con paciencia y tiempo, de aclarar este misterio, ya por las relaciones que oía á los oficiales de guardia, ya por las noticias que obtenía, por medio de mi familia, y lo que saqué en limpio, me llenó de horror y dobló los terrores de mi familia; fuera de Macaluci, había un

Muñoz, ayudante de Ramirez, que era como el primero, y aún más, de los ministriles de su confianza, sin perjuicio de que le aplicase algunos latigazos, cuando lo dominaba el mal humor. Este Muñoz, según creian todos, era sobrino carnal de Ramirez, por ser hijo sacrílego, de su hermano clérigo, ya finado; él tenía la comisión de llevar todos los meses, el dinero para el pago de la tropa, y además, obtenía otras comisiones que lo tenian en continuo movimiento. No pasaba mes, sin que, cuando menos, hiciese un viaje de la Barrancosa á Buenos Aires, ida y vuelta. Sobre el camino había una familia, con hijas jóvenes, que era frecuentada de los oficiales que pasaban. Allí supo Muñoz, que Montiel se había expresado de un modo desfavorable á Ramirez, diciendo, que su conducta militar en el encuentro con los indios, no había sido la que convenía. Puesto este chisme en conocimiento de Ramirez por Muñoz, y sin averiguar el grado de certeza que tenía, se propuso vengarse á toda costa. Para ello, pués, se forjó, ó si fué efectiva, se dió ese valor á la conversación del trompeta, y se tomaron otras declaraciones, teniendo cuidado de alejar á Montiel, para que le quedase el campo libre, y no pudiera desmentirlas. Para obtenerlas cuál se deseaba, se empleó la coacción, y se pusieron en ejercicio promesas, amenazas, y hasta castigos efectivos; hubo un sargento, que conozco mucho, que vive y que quizá nombraré, que fué temporalmente privado de las ginetas, y sufrió por muchos dias la prisión y una barra de grillos, porque no cometía una infamia. Con estas declaraciones, cuyo contenido ni aún se hizo saber á Montiel, se dió cuenta á Rosas, y este decretó su muerte, sin apelación. Ahora no hubo, ni auxilios espirituales, ni misa, ni nada de lo que se había concedido al desertor, y ¿por qué? No lo sé; tan solo me resta que añadir, que el desgraciado Montiel había servido á las órdenes del general Lavalle, y es-

ta era una recomendación que muy poco le favorecía, y que se tuvo presente para su condenación.

Por abreviar, no he hecho mención de otro hecho que tuvo lugar el día antes de mi llegada á Luján, que tenía la población en consternación, pensando que iban á seguirse de pronto otras ejecuciones, sin excluir la mía, el cual tocaré ahora ligeramente. En la estancia de don José María San Cristobal, se había dado caballo, y hecho acompañar por un peón, á un desertor, hijo de una mujer que tenía íntimas relaciones con el capatáz. El peón y el desertor fueron aprehendidos y fusilados luego, en la plaza de Luján. Aún estaban calientes los cadáveres, cuando traian presos á San Cristobal y á su capatáz, debiendo, por supuesto, creer que iba á correr la misma suerte de su peón; hubo de perder el juicio. Estuvo cuatro meses luchando, diré así, con la muerte, y una buena barra de grillos, hasta que por medio de resortes que pudo tocar, obtuvo su libertad. Al otro día de su prisión, es que llegué yo á Luján, y recuerdo que muchas veces alcancé á ver su blanca cabeza y su fisonomía respetable.

Toda nuestra vida pasaba allí, bajo las impresiones más desagradables. Fuera de esas escenas de horror que he descripto, teníamos el disgusto de ver los más de los dias, sartas de hombres engrillados, que llevaban de varios puntos de la campaña, á Buenos Aires, y que venian como á una posta, á pernoctar en la carcel de Luján; no solo los criminales iban engrillados, sinó los ligeramente indicados de algún delito, y los reclutas que se destinaban á las armas; llegué á ver partidas que no bajaban de veinte, más por lo común, eran menores. Con este motivo, pregunté de donde salian en poder de los Jueces de Paz, tantos grillos, y me dijeron que el Gobierno había tenido cuidado de proveer con una prodigiosa abundancia de este artículo, á los juzgados de paz, que eran también comisarias de po-

licía, y á las comandancias militares. Calculo que habrian bastantes miles de grillos en la provincia de Buenos Aires, y que habrá hasta ahora. Con un solo par, se sujetaban dos personas, colocando cada anillo en la pierna izquierda de ambos, de modo que para caminar era forzoso que uno fuese delante del otro; cabalgaban lo mismo, sentado uno en el lomillo y el otro en las ancas de un solo caballo, y quedando los grillos del lado que habian montado. Pero esta clase de prisión no estaba reservada á los hombres de tropa, pués ví capitanes y subalternos engrillados, ser conducidos á Buenos Aires, por faltas de servicio que no afectaban el honor. Uno de ellos (1), que tiene actualmente el grado de Coronel, ha servido después á mis órdenes, y se ha conducido con distinción. Omito otras ejecuciones de azotes por cientos, aplicados en medio del día, en la plaza pública, y á nuestra vista, para evitar prolijidad, como otros mil incidentes que contribuian á atormentarnos. Lo dicho basta para formar juicio de lo que sufríamos, y de la situación de aquel desgraciado país.

A estas escenas de horror se sucedian otras de una burlesca pantomima. Por ejemplo: un día vimos entrar, de la parte de Buenos Aires, un coche encarnado, tirado por cuatro caballos, cuyos tiros eran forrados en tela del mismo color y adornados de testeras y coleras, también encarnadas. El coche iba vacío, pero lo acompañaba un coronel (era mi amigo don Ramón Rodriguez), con una pequeña escolta aderezada en la misma forma. Difícil era atinar con el destino de esta ceremoniosa comitiva; ella pasó, y luego se supo que era dirigida á Córdoba, á traer los restos mortales del general Quiroga. Efectivamente, antes de un mes

---

(1) El coronel don Matias Rivero, de quién acabo de saber que se ha marchado al Cerrito, de donde irá sin duda, á Buenos Aires.

regresó, trayendo el coche por única carga, un pequeño cajón en que se decía estar contenidos.

Otra vez la cosa era más formal, pués en lugar de uno, eran tres ó cuatro coches, preparados en la misma manera, y sin que dejase uno solo de ser encarnado, que iban á traer al general Lopez, de Santa Fé, para procurar la mejoría de su salud. A los pocos dias volvió el convoy, trayendo á S. E. con su familia y séquito, y además, una numerosa escolta de vecinos principales de la campaña, y milicias, que se relevaba en todos los pueblos. En el primer coche venía Lopez, con su secretario y su capellán, el cura Amenabar; en el segundo, venía su mujer é hijos; en otro, algunos oficiales, y luego en otro, las criadas; cerraba la marcha un coche verde de la propiedad de Lopez, que hacía un matíz singular con los que le precedian. En Luján se le preparó gran casa y hospedaje; hubo felicitaciones, repiques, guardia de honor, etc., etc. En fin, aunque fuese por causa, ó con pretexto de enfermedad, los dos grandes amigos iban á verse, á entenderse, á tratar seguramente los negocios de Estado, y decidir quizá, la suerte de la República.

Así pensaba yo, y creo que pensaban muchos, y por de contado, consideraba que sus decisiones debian influir eficazmente en mi destino. ¡Qué digo, influir! tenía por cierto, que deliberarian y resolverian definitivamente el que debian darme, porque no era posible que quisieran tenerme eternamente en una prisión, que era gravosa al Estado, por cuanto se pagaba un destacamento de treinta hombres ó cuarenta, con sus oficiales correspondientes, para mi sola custodia, y que era también inutil en el giro que habian tomado las cosas. La pomposa recepción que se hizo á Lopez en Buenos Aires, donde se cubrió de banderas la calle de la entrada, se formaron las tropas, se le preparó la fortaleza, es decir, el antiguo Palacio de los Vireyes, para alojamiento, y se hicieron las más ostentosas demostracio-

nes; venian á fortificar aquellos conceptos. Ya en mi imaginación veía surgir de esta famosa entrevista, algunas medidas generales á toda la República, alguna vislumbre de organización nacional, alguna mejora en la administración, y una vuelta más ó menos rápida, á un sistema de gobierno más moderado. Ansiaba por saber algo de las conferencias de los dos caudillos, más los dias pasaban, sin poder adelantar más, sinó que S. E. santafecino, iba al teatro, á otros espectáculos, y otras sandeces de este género.

Después de dos meses, más ó menos, regresó Lopez con algunos obsequios de poca importancia, que se dijo haberle hecho, y además, con el mismo aparato de banderas, formación de tropas, repiques y acompañamiento, que había llevado á su ida. Tuvo, además, el honor que Rosas en persona y su hija Manuelita, lo acompañaran con otros personajes hasta el Puente de Marquez, ó más allá, pero nunca quiso Rosas llegar á Luján, aunque sé que se lo propusieron. Lo de más sustancia, que se habló entonces, sobre los asuntos que habian tratado, fué la solicitud de un obispo para Santa Fé, para que designaban unos al canónigo Vidal y otros á Amenabar. Si hubo algo de esto, como me inclino á creer, no solo nada logró Lopez, sinó que mereció que Rosas ridiculizase su pretensión, y en prueba de ello, referiré lo que fué público á toda la concurrencia. Rosas, en su acompañamiento de despedida, se había hecho seguir de su loco favorito; así como otras veces lo condecoraba con la denominación de gobernador, y fingía, por burla, que lo respetaba por tal; en el camino y en la noche que pasaron en el Puente de Marquez, se le antojó que el loco fuese obispo, y como á tal le daban el tratamiento, y lo consideraban burlescamente. ¿Nó sería, pués, esta una amarga sátira contra el candidato de Lopez, y contra el mismo Lopez, si había propuesto alguno?

Lopez pasó de regreso por Luján, más devorado de desengaños y mal humor, que incomodado de la falta de salud. Tenía razón, pero no para haberse creado él mismo esa posición por su torpeza y estúpido modo de proceder. Después he hablado con don Manuel Leiva, que era quién servía á Lopez de secretario, y he sabido que no hubo las conferencias que habíamos soñado, ni cosa que se pareciese; eran muy pocas, raras las veces que Rosas lo había visitado, y entonces en nada menos pensó que en ocuparse de negocios de Estado; con pretexto de atender al regalo de los huéspedes, estaba instalado en el fuerte, el coronel Ramiro, edecán de Rosas, que naturalmente daría cuenta de lo que decía, hacía, y hasta de las visitas que recibía. Le indicaron que se pusiera la cinta colorada en el pecho, cosa que antes había desdeñado, y lo hizo, como lo hicieron todos los de su comitiva, sin excluir las damas que traian sus grandes moños punzóes. Concluyamos: Lopez nada más sacó para sí de su viaje á Buenos Aires, que un piano que le regalaron, y los ridículos honores de que lo colmaron; y para el país nada otra cosa que la convicción de que Rosas era todo, quedando su influencia completamente anulada.

Estos debian ser al fin, los efectos de esa política (si es que puede llamarse política) menguada, estúpida, miserable y rastrera, que siempre guió los pasos del gabinete santafecino. Todo el empeño y objeto de sus miserables maniobras, se reducía á sacar de Buenos Aires ó de otro gobierno que hubiera querido, alguna propina, fuese en dinero, armas ó vestuarios; cuando lo consiguiera, había llenado su objeto, sin mirar para el día de mañana, y sin las ulterioridades de una generosidad calculada. Si cuando estuve en Córdoba hubiera tenido medios de equilibrar las dádivas que hacía Rosas, es seguro que se hubiese inclinado á mi favor. Algo semejante á los salvajes del Chaco ó de las Pampas, que desatienden los medios honrosos de

adquirir, para vivir á costa de sus vecinos, ya por la violencia, ya haciéndose pagar su aparente amistad. Así Lopez, en nada pensando menos que en fomentar la industria, el comercio y los trabajos útiles en su país, quería tener en contribución á los gobiernos y pueblos, á quienes convenía neutralizar los fondos de que podía disponer. Recuerdo haber oido á algunos santafecinos, ponderar los talentos de Cullen, diciendo: *¡Oh! don Domingo es hombre muy vivo* (que era lo mismo que decir es un gran diplomático, hombre de Estado y eminente estadista), *porque cuando vá á Buenos Aires, siempre ha de sacar algo; no hay ejemplar de un viaje que haya hecho, que no haya traido dinero, vestuario, armas, ó todo á un tiempo.* Lograda una remesa de estas, ya quedaba Lopez contento y satisfecho. Era, pués, un menguado gaucho, sin ninguna clase de elevación, sin miras entonces, y sin ninguna prenda de las que hace disculpable la ambición. El estado de atraso, de barbarie, y de pobreza, en que quedó Santa Fé, después de haberla gobernado con un poder absoluto, por veinte años, es la prueba más elocuente de su ineptitud y pequeñez.

Ya de vuelta Lopez en Santa Fé, sin haber obtenido cosa alguna, vino á Buenos Aires, Cullen, á probar si era más felíz; fué recibido también con una pompa pueril, y alojado en el fuerte, como su patrón. Entabló algunas intrigas con los agentes franceses, que bloqueaban entonces á Buenos Aires, y se cree generalmente, que quiso entenderse con ellos, y obligar á Rosas á ceder, para que se levantase el bloqueo que afligía por igual á todas las provincias; más, yo no pienso así; lo que creo, es que quiso dar la alarma á Rosas, para que este pagase á buén precio la docilidad de Lopez, y que le salió la cuenta errada. El dictador de Buenos Aires tenía ya la conciencia de su poder, y rehusó pagar una condescendencia que quizá no necesitaba. Además, en esos momentos, acaeció la muerte de Lopez, y Cu-

llen le sucedió. Quiso seguir el mismo juego, pero sin el poder de su antecesor, le fué imposible sostenerse, y mucho menos intimidar á Rosas.

Se me ha pasado una observación, que hubiera estado mejor en otro lugar, pero que no por eso omitiré. Cuando Rosas se hizo autorizar por las provincias, para entender en los negocios de paz y guerra, dijo que siendo muy moroso y prolijo estar consultando á todos los gobiernos sobre cada ocurrencia que sobreviniese, era conveniente se le autorizase para expedirse sin ellos, poniéndose de acuerdo con su compañero Lopez. Este imbecil gaucho, no supo sacar partido de este importante antecedente, y se dejó arrebatar toda su influencia, amilanándose él y chasqueando á los pueblos que habian esperado más, de su capacidad.

Me he distraido en estas reflexiones, del objeto de esta narración, y debo volver á ella. Para que se comprenda el grado de servidumbre á que estaba ya reducida la población, y el modo como eran tratados los vecinos de la campaña, referiré entre varios, un hecho que he visto. Venía de Chile un personaje inglés, de cuyo nombre y caracter no me acuerdo, sinó que había sido gobernador en una de tantas colonias que posee aquella nación. Como estaba entonces en los intereses de Rosas cortejar al gobierno de la Gran Bretaña, había dado orden que entre los honores, se le diese una escolta de cincuenta hombres, mitad vecinos (¡qué rareza!) y mitad milicianos. Se citaron los primeros, de entre los principales del pueblo y sus dependencias, para que á tal hora del día, estuviesen á caballo, de chaqueta y pantalón azúl, y chaleco punzó; sobrepuesto, testera y colera, del caballo, del mismo color. Todos fueron puntualmente exactos, y á eso de las once del día, que pasó el coche del inglés, siguieron trás él, á guisa de escolta. El coche iba muy ligero, en términos, que á las cuatro de la tarde entraba en Buenos Aires. Dicha escolta debía ser relevada

por otros vecinos y milicianos, en medio del camino; más, no habiendo estado pronto el relevo, por la celeridad del viajero, tuvieron los lujaneros que seguir hasta la ciudad. Pero ¿qué sucedió? Muchos que no pudieron seguir la rapidéz del carruage, fueron quedando diseminados, y otros, entre quienes había hombres de avanzada edad, llegaron más muertos que vivos. Al fin la derrota fué completa, y fueron regresando á sus casas, á los dos, tres y seis dias, todos estropeados, escaldados, y habiendo desatendido sus casas de negocio ó sus faenas rurales, por todo ese tiempo. ¿Y se pensará que hubo quejas? Ninguna. Rosas se burla de los hombres, pero los hombres le han dado lugar á ello. Permítaseme aplicarle el concepto que una célebre escritora hizo de Napoleón: *Si él ha concebido el más profundo desprecio por la especie humana, ella lo ha merecido demasiado, por su servíl condescendencia.*

Elizalde falleció en Buenos Aires, el 28 de Julio del 38, y Rosario pudo reunírsenos para no separarse más. Para qué decir, la dolorosa impresión que hizo esta nueva desgracia. Margarita estaba otra vez embarazada y tuve que tomar precauciones para darle la noticia; ella amaba sinceramente á su padrastro, y sintió vivamente su muerte. En cuanto á mí, desaparecía uno de mi familia, sin que hubiese podido ni aún hablarlo, no obstante que había estado á mi inmediación y que había alcanzado á verlo. Mi hermana, doblemente viuda, se unía á su hija y á mí, con vínculos mas estrechos. Mi madre perdió notablemente en su salud; no era sinó con trabajo que se arrastraba al Cabildo todos los dias. Nuestros sufrimientos morales gastaban nuestras fuerzas, y la prolongación indefinida, cerraba á veces nuestro corazón á la esperanza. Agregaré á esto, la continua zozobra que agitaba todos los momentos de nuestra existencia. Un suceso político, un chisme, una calumnia, podía empeorar súbitamente nuestra situación y

hacerla desesperada. Una vez á un soldado ébrio, y diré más, loco, se le antojó decir en una pulpería, que tenía sus conversaciones secretas conmigo cuando entraba de centinela, y fué este, motivo de grande alboroto; se le pusieron grillos, se le tuvo incomunicado, se le tomaron declaraciones, y tal era la ridiculéz del personaje, que tuvieron que echarlo á la calle, y callarse. Después referiré lo que sucedió con el bondadoso y honrado capitán Palavecino, que tomó la comandancia en ausencia de Ramirez, á consecuencia de la muerte de Serna.

El 24 de Setiembre fué un día de la mayor agitación para el pueblo de Luján, y del que se acordarán en muchos años. Había llovido copiosamente toda la noche anterior, y desde que amaneció, ya se notó que el río crecía extraordinariamente, sin embargo, nadie calculó lo que iba á suceder. El aumento de sus aguas era tan rápido, que á las ocho, ya había cubierto el puente y amenazaba invadir la población, lo que no tardó en suceder. A las nueve, ya entraba el agua por algunas calles y la plaza, y á las diez, dos terceras partes del pueblo, eran un crecido lago, cuyas aguas escurriéndose por un lado, eran reemplazadas por otras que traía el río. El Cabildo, como es de inferir, había quedado aislado, y el Comandante pensó sériamente en sacarme de mi prisión para trasladarme á otro punto hasta que pasase la turbonada. Así se hizo, á las once de la mañana, hora en que había en la plaza más de cinco palmos de agua. Me llevaron con mi correspondiente guardia, primero á una casa, y después á otra, huyendo siempre del agua que venía en aumento. A la tarde paró la creciente, á la noche empezó á bajar; á los cuatro dias, todo estaba ya en seco, y yo volví á mi antigua posición del Cabildo. Es seguro que si la creciente sucede de noche, hay innumerables víctimas; felizmente era de día, y las pérdidas se redujeron á algunos efectos, y unas pocas casas caidas.

La peregrinación de cuatro dias por aquellas casuchas de la orilla, con todas sus incomodidades anexas, fatigaron mucho á Margarita, que se conceptuaba en el último mes de su embarazo. Cuando volvimos al Cabildo, recuerdo que me dijo que se alegraba de verse otra vez en posesión de su anterior vivienda. Efectivamente, el 24 de Octubre dió á luz, á las doce del día, á mi tercer hija que se llamó Margarita, la que conservo aún. Este mismo día, bajaba Oribe de la silla de la presidencia Oriental, dejando el poder á Rivera, que á consecuencia de su victoria del Palmar, asediaba á Montevideo. Este era un verdadero revés para Rosas, cuyos enemigos, los emigrados, tomaban en el Estado vecino una gran influencia. Eran los preludios de la terrible guerra que ha devastado ambos países. Más, este revés vino luego á compensarse con la de Santa Cruz en Yungay, que trajo su caida, y la de Verón de Estrada, en Pago Largo. En celebridad de estos sucesos, Rosas dió libertad á muchos presos políticos, sin que en cuanto á mí se variase en lo más pequeño el régimen que había establecido. Por el contrario, en ese mismo tiempo hubo un suceso que nos mortificó terriblemente.

Después de la muerte del capitán Serna, había quedado mandando el capitán don Mariano Palavecino, paisano honrado, y de humanos sentimientos. Le merecía consideraciones, y hacía él de su parte cuanto podía, sin faltar á su deber, por hacer más llevadera mi situación. Como una obligación anexa, á la comandancia de Luján, era la de vigilar sobre la estancia de Ramirez, que estaba á tres leguas de este pueblo. Administraba dicha estancia, como capatáz, un teniente de línea del cuerpo de Ramirez, y servian de peones, los soldados de una partida destinada al efecto, lo que era muy económico, pués no tenian más salario, que el sueldo que les daba el Estado, según sus clases. Además, del almacen del regimiento, se les sumiuis-

traba especialmente vestuario y monturas supernumerarias. Sucedió una vez, que un ladrón robó una ó dos vacas en la estancia de Ramirez, que esto llegó á noticia de Palavecino, y que este se limitó á avisarlo al teniente capatáz, sin tomar otras providencias. Esta, que Ramirez reputó tibieza en el celo por sus intereses, fué un crimen en Palavecino, que excitaba toda la venganza de Ramirez; más, como este no podía ser un motivo ostensible de persecución legal, fué preciso buscar otro, y le ocurrió el de suponer sospechosas sus relaciones conmigo. Fué mandado un capitán, Sagasti, á relevar á Palavecino; luego fué este arrestado y conducido á la Barrancosa, donde estaba Ramirez. Se tomaron prolijas indagaciones, se hicieron diligencias exquisitas, por hallar alguna culpabilidad, más no pudo sacrificarlo como á Montiel, y sin embargo, Palavecino salió á buén librar, sin empleo, y trasladándose á Buenos Aires. Su sucesor, Sagasti, sin cometer actos de positiva hostilidad, se manifestó tan terco y retirado, que no le ví la cara hasta el día que vino á significarme que se había concluido mi prisión en Luján.

No quiero dejar pasar esta ocasión, de decir algunas palabras sobre el singular caracter de mi principal carcelero, el coronel Ramirez. Era un hombre sin ninguna instrucción, de consiguiente, ignorante hasta lo sumo. Desde joven, que lo conocí en el ejército, era mezquino, pero ahora estaba devorado de una avaricia insaciable. Solo con su mujer (que es, repito, una excelente señora) sin hijos, sin otros deudos á quién socorrer, sin erogaciones de ninguna clase, vivía en estrechez, no obstante que había aglomerado por medios, cuya legalidad era dudosa, una buena fortuna. Atrabiliario, violento, frenético frecuentemente, tenía siempre en la mayor zozobra á los que vivian á su inmediación. Tenía por criado á un mulato llamado Tomás, que había sido antes su esclavo, y al cual había vestido de uniforme,

para que se lo pagase el Estado; después de algún tiempo, quiso aumentarle el salario, y el expediente que tomó, fué hacerlo sargento, para que percibiese algunos papeles (moneda) más. Más, á pesar de esto, el tal Tomás era el hombre más desagradecido, y pienso que no hubiera estado bién compesado, aunque lo hubiera hecho general. Cuando veníamos á Luján, y que él viajaba en el coche que me conducía, según he referido, habiendo hecho alto en una parada, vino el mulato muy placentero, á abrir la portezuela del coche, por si quería bajar Ramirez; este lo hizo, pero de un modo particular. No había precedente alguno que hiciera sospechar la tempestad que iba á estallar; no había notado ni falta en el criado, ni cólera en el amo, y sin embargo, desde que puso el pié en el estribo, y antes de tocar el suelo, empezó á descargar tremendos golpes sobre el pobre sargento, los que primero caian perpendicularmente sobre su cabeza, porque venian de más altura, y que después tomaron otra dirección, cuando Ramirez tomó tierra firme. Esta escena fué muda, pués ni el amo ni el criado, hablaron una palabra, hasta que este se fué aterrado y aquel se internó en el rancho, que estaba inmediato.

Otras veces lo ví arrancar la pistola, que siempre traía al cinto, en campaña, amartillarla y ponérsela al pecho; entonces era indefinible la fisonomía del desgraciado Tomás; más, debo decir en obsequio de la verdad, que en mi presencia nunca llegó el caso de dispararla, y solo quedó en amenaza, aunque también debo añadir, que el mismo Ramirez, conversando confidencialmente, me dijo, que algunas veces en sus arrebatos, llegaba á disparar efectivamente la pistola sobre el cuitado mulato, pero que para precaver una desgracia, á que podía arrastrarlo su genio, la tenía siempre descargada, y solo con ceba fulminante, la que únicamente hacía su explosión. No quiero privarme de referir algunos hechos, que son públicos, que muestran

el caracter, ó mejor diré, locura del guardian en cuyas manos había sido puesto.

Al considerar la latitud que le dejaba Rosas, ó más bién, la parte de *facultades extraordinarias* que le dejaba ejercer, he estado tentado en creer, que quería castigar al segundo departamento, que es el que mandaba Ramirez, de la afección que había mostrado á su antiguo jefe, el general Izquierdo, que no era amigo de Rosas. El vecindario y los milicianos, eran tratados, no solo de un modo arbitrario, sinó brutal. En cuanto á mí, no debo quejarme, pués siempre me respetó más que á nadie, y aún algunas veces, manifestaba consideraciones que admiraban á todos. Pienso que la medida de su conducta, eran las disposiciones de Rosas hacia mí, según las comprendía en el momento; por lo demás, repito, que no juzgo que el caracter de Ramirez fuese positivamente cruel, y más bién me inclino á creer, que queriendo también él inspirar el terror, no hallaba otro medio que el de dar palos y patadas, sin tasa y sin discernimiento.

Un capitán Frias, de las milicias de la Capilla del Señor, estando en la Barrancosa con su compañía, incurrió no sé por qué en la desgracia de Ramirez. Para vengarse, le buscó la vida, y lo encausó, so pretexto de que había aconsejado la deserción á los milicianos. Tampoco pudo inmolarlo, como á Montiel, pero consiguió quitarle el empleo y hacerlo retirar á Buenos Aires. Frias tenía buena reputación y era querido de sus soldados, lo que desagradaba extremadamente á Ramirez; veamos como se condujo para hacerlo olvidar. Cuando se encontraba casualmente con algún soldado, le preguntaba: *¿De qué compañía es usted?* Este, aterrado ante la presencia de su terrible Coronel, no le ocurría en el momento el nombre del nuevo Capitán que le habian dado, y contestaba por costumbre y casi maquinalmente: *De la compañía del capitán Frias;* modo ordinario de designar

las compañias entre los milicianos. Un tremendo puñetazo, era entonces la respuesta del Coronel, con el cual estropeaba malamente al miliciano; por este medio tan sencillo, llegó á estar machucada una parte de la compañía, cuyos soldados tenian un ojo hinchado, ó las orejas molidas, ó los rostros acardenalados, hasta que bién á su costa, aprendieron á no equivocarse, ni á nombrar involuntariamente al capitán Frias.

Una vez, entre una y dos de la mañana, fuí despertado, é intimado desde la puerta de mi prisión, de vestirme, y levantarme; la sorpresa de Margarita fué extrema, pero un presentimiento saludable me hizo preveer que nada tenía que temer, é hice lo que pude, mientras medio me vestía, por tranquilizarla. Ramirez no estaba en Luján, y á pesar de eso, se me ocurrió que este aparato era una locura sin consecuencia. Efectivamente, había llegado de improviso desde la Barrancosa, á esas horas, y había venido en derechura á visitar la guardia que era mandada por un alferez Gonzalez, á quién encontró recostado durmiendo. Entonces fué Troya; lo mandó relevar, lo puso arrestado, daba gritos descompasados, pateaba, amenazaba, y hacía ridiculeces propias de un insensato. El sargento corrió la misma suerte que el oficial, pero con lo restante de la guardia que se conservaba formada, estuvo más complaciente; le habló de su reciente victoria sobre los indios, de sus hazañas, y llegó hasta sacar un soldado de la fila, á quién, haciendo tocar su espada, le preguntaba: *¿Sabe usted de quién es esta espada? Es la del coronel Ramirez* (decía él mismo), *la que ha escarmentado á los salvajes,* etc. El soldado, temblando, repetía idénticas palabras, con lo que pareció por lo pronto serenarse la tormenta, pero faltaba la segunda parte, en que debía ser la víctima el capitán Palavecino, que aún no había sido destituido, y á quién se había mandado buscar á su casa.

Apenas se presentó, lo embistió con una furia desmedida, haciéndole cargo por el supuesto abandono de la guardia. Le ofreció veinte veces, fusilarlo, con gritos tan descompasados, que yo los oía desde mi cuarto, y se oirian también en la vecindad. En vano representaba Palavecino su exquisita vigilancia, agregando que esa misma noche, á las doce, había estado á visitar la guardia, y había encontrado todo en orden; Ramirez replicaba, esforzando la voz aún más, si era posible: *Tenga usted entendido, que si se vá el prisionero, ha de responder con su cabeza, y que su familia y sus bienes han de ser exterminados.* Sin cesar de gritar en los términos expresados, salió de la carcel seguido de Palavecino, y se dirigió á su casa, sin dejar de oirse las voces, hasta que se perdieron en los aposentos de ella.

Podría escribirse un libro curioso, sinó divertido, de las extravagancias de este hombre particular, destinado á mortificar aquel vecindario; sin duda hubieran sido mucho mayores sus arbitrariedades, sin el contrapeso que le hacía el juez de paz, don Salvador Aguirre, *federal neto,* y como tal, muy bién conceptuado con Rosas, á quién trasmitía cuantos chismes podía recoger. No solo él, sinó sus hijas, que eran muchas, sus sobrinas y demás parentela, estaban consagradas al poco honroso oficio de espias. Cerca del Cabildo vivian las últimas, y dedicaban la más prolija investigación sobre todo lo que concernía á mi familia, la que se guardaba tanto de ellas, aún en las cosas más inocentes, como podía haberlo hecho del más servíl agente de policía; sobre todas, una vieja y feísima, solterona, doña Inés Aguirre, era desde una ventanilla, un *Argos* infatigable para observarlo todo. Sin embargo, era tanto nuestro cuidado, que ignoro si le dimos materia á sus delaciones. En cuanto á Ramirez, debo decir, que si pudo hacerme mucho mal y no lo practicó, tampoco me hizo el bién que pudo, sin faltar en manera alguna á sus deberes. Sin desviarse de

ellos, merecieron mi gratitud, Serna y Palavecino; no así Montojo y Sagasti, de quienes ya he hablado.

Entró el año 39 sin que hubiese mejorado mi situación; por el contrario, aún debian sucederse muy sensibles desgracias de familia. Mi madre desmejoraba todos los dias en su salud; no era sinó arrastrándose que podía llegar hasta el Cabildo. En los primeros dias de Febrero, estuvo por última vez; después de un rato se sintió incomodada, y se retiró; ya no la volví á ver más. El día 10 de este mismo mes, á las cuatro de la tarde falleció, después de haberse dispuesto cristianamente, y haber hecho su testamento. Lo que pasó al otorgarlo, merece que lo refiera.

Cuando llegó el caso de nombrar albaceas, me designó á mí, en primer lugar, y el juez de paz, que era entonces don Francisco Aparicio, rehusó admitirme, en atención á mi estado de prisionero; mi madre insistió, y el Juez rehusó nuevamente, y no queriendo ceder ni el testador ni el actuario, se suspendió la diligencia hasta consultar á Rosas. Eran las doce del día anterior á la muerte de mi madre, cuando Margarita vino y me avisó lo ocurrido, añadiendo que el Juez de Paz, se había retirado á preparar la comunicación en que hacía la consulta, siendo de nuestro cargo costear un hombre que corriese á Buenos Aires con ella. Instruido de todo, la despaché otra vez, para que dijese á mi madre que le agradecía la distinción que quería hacer de mí; que satisfecho con ella, le rogaba que nombrase á mis otros dos hermanos en los primeros lugares, y que le dejase á la misma Margarita el tercero, como una persona tan allegada á mí. Pareció condescender, y en consecuencia, se avisó al Juez de Paz que se creía innecesaria la consulta. Cuando este lo supo, manifestó desagrado, diciendo que la nota estaba ya tirada, y que era mejor elevarla; más, como nuestra resolución estuviese hecha, le fué preciso conformarse y tuvo que asistir á la celebración del testamento, esa

misma tarde. Mi madre habló en estos términos: *Ponga, usted, señor escribano, que nombro condicionalmente primer albacea, á mi hijo José María.* El Juez se negó. Mi madre continuó: *Ponga usted entonces, que habiéndolo nombrado, y no siendo aceptado por el Juez de Paz, paso,* etc. También se negó el Juez con la misma obstinación; tenía miedo de nombrarme, ó más bién, quería recomendarse con esta aparente oposición; digo aparente, porque el señor Aparicio estaba muy lejos de sernos hostil, y muchas veces nos había manifestado simpatía, que creí sincera. Finalmente, mi madre dijo: *No permitiéndoseme nombrar en primer lugar, á mi hijo mayor, quiero que sea principal albacea su mujer, que es la que más inmediata lo representa, y nombro como tal, á mi nieta y nuera doña Margarita Wild de Paz, ocupando el segundo y tercero, mis otros dos hijos, Julián y María del Rosario.* Con lo que terminó la cuestión.

Tres ó cuatro dias después de la muerte de mi madre, eran las ocho de la noche, hora en que se retiraba Rosario, y ya se disponía á hacerlo, cuando vino un criado á decir que el Juez de Paz la buscaba con exigencia. Su terror y el de todos nosotros fué grande, porque recordábamos otras visitas de esta clase, que nos habian colmado de amargura. Antes de veinte minutos volvió desalada, á peligro que la rechazase la guardia, y de que ya nos hubiesen encerrado, á decirnos el motivo de la visita del Juez de Paz. Tal era su deseo de ostentar firmeza ante Rosas con respecto á mí, que á pesar de nuestra resistencia é ignorándolo nosotros, había elevado la consulta sobre el albaceazgo hecho en mi persona: quizá también había un deseo de conocer las disposiciones de Rosas con respecto á mí, las que eran materia de mil opiniones diversas. El resultado era, que una nota del general Corvalán, á nombre de Rosas, me declaraba habil para desempeñar el encargo que mi madre había querido hacerme. El Juez de Paz, creyendo que este era un

buen síntoma sobre mi futuro destino, se había apresurado á comunicarlo y nos felicitaba, creo que sinceramente. Existe en mi poder la nota de Corvalán, en la que se expresaba se agregase al testamento; más, ya el asunto estaba concluido y mi madre no existía: á esperar la resolución, hubiera muerto intestada.

¿Para qué detenerme en expresar el amargo dolor que nos causó esta nueva pérdida? Cualquiera sabe lo que importa una madre por anciana que sea; la nuestra se hallaba en este estado, pero era siempre la cabeza de la familia; era un nudo que ligaba todos los miembros de ella: faltando, me parecía que quedábamos, no solo en horfandad, sinó también en acefalía. Por otra parte, la habíamos visto morir abismada de pesares é inquietudes por sus hijos, sobre quienes pesaban los más grandes peligros: cerró los ojos sin saber su final destino. En cuanto á nosotros, cualquiera se hará cargo que en unos corazones ulcerados por la desgracia, esta última los hacía sangrar, causándonos un inexplicable dolor. Si en circuustancias comunes y ordinarias de la vida, la pérdida de una madre, es una desgracia irreparable, ¿qué sería para nosotros, batidos de tantos modos por el infortunio, y con nuestras fuerzas agotadas por tan prolongados sufrimientos? Solo la Providencia ha podido conservarme, y á ella, y después de ella á mi querida Margarita, le debo el haber sobrevivido. (1)

---

(1) " Después de la muerte de Quiroga, el caudillo de las pro-
" vincias del interior, que contrariaba la política invasora de
" Rosas; después de haberse constituido el juez de los goberna-
' dores encargados de asesinar á Quiroga, Rosas no podía tolerar
" por más tiempo, que un general de la capacidad de Paz, estu-
" viese fuera de su jurisdicción, ó que uno de los caudillos á quién
" esperaba subordinar, poseyese este elemento de guerra tan te-
" mible, que podía ser puesto en ejercicio, antes de que su obra
" de agresión lenta y disimulada, estuviese completa sobre to-

Por Marzo recibió Margarita una carta de don Rufino Elizalde, en que le decía que se abría una vislumbre de esperanza, y que á la mayor brevedad hiciese una solicitud por mi libertad. Por de contado que se hizo así en el acto, y se mandó un hombre en diligencia, creyendo que á su regreso traería algo de más positivo. El hombre regresó, sin más contestación que recomendarnos aún la paciencia. Pasó así un mes, y ya nuestras esperanzas volvian á desfallecer, cuando el sábado 20 de Abril, á eso de las diez de la mañana, vino Rosario corriendo á decirnos que un soldado había ido á contarle, que acababa de ver en lo del Juez de Paz, por casualidad, que había llegado la orden para mi libertad. Antes de un cuarto de hora, estuvo el capitán Sagasti, á hacerme saber oficialmente, que se abrian las puertas de mi calabozo, debiendo pasar á Buenos Aires, donde me presentaría á la policía, y permanecería, como suele decirse, con la ciudad por carcel, sin poder alejarme más de una legua de la plaza, y dando parte á la policía de la casa que habitase. En el acto se retiraron los centinelas, y esa tarde fuí por primera vez á la casa en que moraba Rosario, que era la misma en que había muerto mi madre. El 23 nos pusimos en marcha, y el 24 estuvimos en la capital de Buenos Aires.

He concluido mi tarea, sin abrigar pretensiones á que se considere ni como un mediano trabajo: es una ligera me-

---

" das las provincias. Rosas, pués, solicitó de nuevo y obtuvo en " 1835, que se le entregase el cautivo, que desde 1831 estaba en " los calabozos de Santa Fé. El general Paz, en consecuencia, " fué conducido á la provincia de Buenos Aires y encerrado en " Luján, pueblecillo de campaña situado á diez y siete leguas de " la capital, donde permaneció incomunicado durante cerca de " dos años. En América son raros los casos en que un hombre " se halle preso durante muchos años, sobre todo, si es un per- " sonaje político. El general Paz, preso en Luján, rodeado de

moria de lo que he sufrido en ocho años menos veinte dias de rigurosa prisión, que consagro á mi hijo para su instrucción, y para que conserve un recuerdo de su padre. He dicho lijera, porque sería muy prolijo entrar en mayores pormenores; he excusado referir los apuros pecuniarios en que algunas veces nos vimos, principalmente en Santa Fé, no porque faltasen personas que me ofreciesen recursos, sinó porque no quería ocuparlas, y no lo hice. He omitido también otros detalles, que habiendo olvidado en el lugar que les correspondía, no he querido retroceder para ponerlos, ni rehacer lo que había escrito. En gran parte, ni he vuelto á leer lo que una vez he estampado, así es que no será extraño que haya repeticiones, tanto más, cuando ha mediado mucho tiempo entre el principio y la conclusión de esta memoria. Fué comenzada en Buenos Aires, cuando habiendo salido de la prisión estaba ocioso, observando las mayores precauciones para que en alguna visita domiciliaria que pudiese ocurrir, no cayesen mis papeles en poder de Rosas, y ha sido concluida en el Janeiro, ha-

---

" centinelas, y privado de toda comunicación con sus deudos ó
" amigos, traía á la imaginación de los viajeros que pasaban
" por las inmediaciones de su solitaria prisión, las escenas des-
" critas por Silvio Pellico, en las cárceles de Spielberg, ó la
" prisión de Napoleón en Santa Elena, ó en fin, las Casas Matas
" de Lima, en que los generales de la Patria, prisioneros, fueron
" sepultados por los españoles durante la guerra de la revolu-
" ción, y que tan tristes reminiscencias han dejado por todo el
" ámbito de la América. Todavía venian á hacer más punzantes
" estos recuerdos, y más doloroso el sentimiento de compasión
" que el cautivo inspiraba, el rumor diestramente esparcido de
" que por salvar del fastidio de las eternas horas del calabozo,
" se había abandonado á la embriaguez. Eran Rosas y su hija
" los que, con todas las muestras de interés por el pobre gene-
" ral Paz, decian en voz baja á los que se les acercaban: *¡Es una*
" *lástima... ha dado en beber!... es ya un hombre perdido!...*

biendo sufrido una interrupción de nueve años, que he estado en campaña, y otras ocupaciones importantes y públicas: durante este tiempo ha estado relegada á un completo olvido.

Cuando la principié, vivía Margarita y gozaba las dulzuras de la vida privada, al lado de una compañera fiél, de una amiga sincera, de una mujer querida; la concluyo, después de haberla perdido, el 5 de Junio de 1848 á las diez y cuarto de la noche, después de haber dado á luz á mi último hijo, Rafael. Si antes, los recuerdos recientes de mi prisión, debieron influir en mi ánimo, ahora, el infortunio que me agobia, ha debido dar un tinte lúgubre á mis ideas, á mis palabras, y á mis reflexiones. Sin duda adolece, también de acrimonia la pintura que hago de muchos de mis carceleros, y de otros que han intervenido en mis desgracias, pero he querido expresar francamente mis pensamientos, y no vestirme de un ropage fingido, que no me conviene. Lo siento efectivamente, y mucho más, después que he leido las *Prisiones de Silvio Pellico*, cuya dulzura,

---

" Así, pués, el tirano que hacía rodar cabezas humanas, á cada
' obstáculo que sus maquinaciones encontraban, descendía al
" infame papel de calumniador de su víctima; porque calumnia
" era lo de la embriaguez habitual esparcido por Rosas, con el
" designio de que la animadversión que sus atrocidades empe-
" zaban á suscitar, no contase un día con un general de la habi-
" lidad y prestigio de Paz, para hacerse escuchar, mostrándolo
" como un borracho consuetudinario. Efectivamente, hasta en
" la emigración se creyó esta fábula que nadie podía desmentir,
" hasta que el general Paz ha expresado la extrañeza de que tal
" idea existiese. Figúrese el lector un cuarto de cuatro paredes,
" sin colgaduras ni alfombrado, algunas sillas, una mesa y una
" cama por todo amueblado; una niña joven dando de mamar
" á su hijo, y un hombre en una artesa dentro del mismo cuar-
" to, lavando ropa de adultos y de niños, y podrá el lector for-
" marse idea de uua de las escenas diarias de la prisión de

resignación, y caridad cristiana, estoy muy lejos de poseer. Admiro con toda la fuerza de mi alma, sus sublimes virtudes, pero no á todos es dado el practicarlas. Sin embargo, espero que Dios me perdonará y tendrá piedad de mí.

No obstante, debo decir, que en el terrible trabajo que me ha oprimido, solo he hallado consuelos en los principios religiosos, y en el testimonio de mi conciencia; solo allí, he encontrado fuerzas para sobrellevarlo. Ahora más que nunca, quisiera tener la pluma de Pellico, para expresar lo que he sentido á este respecto durante el largo período de mis sufrimientos; pero faltándome aquellos dotes, habré de conformarme con lo poco que he dicho.

Finalizaré con una observación que se me ocurre, siempre que tiendo la vista sobre aquel triste período de mi vida, en que tuve durante ocho años suspendida sobre mi cabeza la espada de Damocles. Casi todos mis carceleros y los que intervinieron en mi prisión, han desaparecido, y de un modo trágico. ¡Y yo les he sobrevivido! No lo esperaban ellos, cuando veian mis dias pendientes de un hilo, y

---

" Luján, en cuyas puertas y ventanas se ostentaban al lado de " afuera pañales y mantillas, y una gran cantidad de jaulas " llenas de canarios, cardenales y jilgueros. Oh! el general Paz " desafía al más habil constructor de jaulas de caña, á hacerlas " más fuertes, y más variadas en su construcción, con torres, " pirámides, obeliscos; todo de caña y primorosamente tallado. " Hacer jaulas para encerrar pajaritos que lo alegrasen con sus " gorjeos; construirse su calzado; lavarse la ropa; tales fueron " al principio sus ocupaciones y sus goces soberanos; hasta que " una buena provisión de libros, una esposa, y un hijo vinieron " por fin, á hacerle casi felíz en su cautiverio, cuyo término no " era dado preveer, puesto que llevaba ya seis años sin dismi- " nuir de rigor, ni de incomunicación." Domingo Faustino Sarmiento.

(*Nota del Editor*).

contaban los suyos en plena seguridad. Sin contar á Lopez y Cullen; sin hacer mención de Reinafé, jefe de la fuerza que me tomó prisionero; del capitán Acosta, que mandaba la partida; de Bartolomé Benavides, el Rubio de Chinsacate, y Panchillo, oficiales de ella (fusilados los tres últimos); de Zeballos, que me boleó el caballo (también fusilado); murió el primer oficial que me custodió en Santa Fé, que fué el ayudante Oroño, asesinado por los indios; el segundo, Freire, fusilado por don Juan Pablo Lopez; el tercero, Pancho Echagüe, de pesadumbre; el cuarto, José Manuel Echagüe, en un medio combate á favor de Cullen, y contra dicho Lopez; el quinto, don Moncillo, asesinado en la batalla del Arroyo Grande; quedando solo con vida hasta hace dos años, el ayudante Velez, de quién he hecho mención. De los que me han guardado en Luján, murió Ramirez, en desgracia de Rosas, y casi desesperado; Montojo y Serna, fueron víctimas de una horrorosa enfermedad (inflamación hemorroidal). Palavecino, asesinado por la *mazorca;* solo de Sagasti, que también es el último de los de Luján, como Velez, de los de Santa Fé, ignoro que suerte han corrido.

De los oficiales subalternos que me han hecho guardia tomé en Caaguazú, prisionero, á un teniente Cisneros, al que socorrí como pude y traté bién.

No me resta sinó admirar la Providencia, que me ha conservado al través de tantos y tamaños peligros, y respetar sus altos é impenetrables juicios.

CAPITULO XXI

CAMPAÑAS DEL GENERAL LA MADRID

Relaciones de La Madrid con Rosas.—Expediciones del general La Madrid.—Lo que hace en Córdoba.—No auxilió á Lavalle, como debió hacerlo.—Errores del plán de Lavalle.—Indisciplina en el ejército de La Madrid. — Marcha desde Tucumán á Catamarca.—Situación de Oribe.—Dos generales en jefe.—Acción de Angaco.—Anarquía militar.—Errores de La Madrid.—Entra á Mendoza.—Actitud del general Benavidez.

El general La Madrid, después de una larga peregrinación por ambos Perú y Chile, había vuelto á Montevideo el año 35, desde donde hizo cuanto pudo por reacomodarse con Rosas. Mandó su familia á Buenos Aires; le escribió carta sobre carta, aunque sin obtener contestación; le recomendó á su hijo, logrando que lo colocase á su costa, en un colegio. Además, se resistió con repetición, á tomar parte en el movimiento del general Rivera, en que se comprometieron los argentinos unitarios, lo que le valió la asignación de cincuenta pesos, que le entregaba mensualmente el señor Correa Morales (1). En seguida se marchó á

---

(1) Es muy singular lo que el señor Correa Morales dijo al señor La Madrid, al entregarle la asignación del primer mes: *Puede ser*, le dijo, *que algún día le pese á usted este auxilio.* ¿Ha sucedido, ó no así? Solo podrá decírnoslo el mismo señor La Madrid. Entre tanto, podrá preguntarse

Buenos Aires sin haber obtenido ni contestación, ni licencia de Rosas.

Allí se dedicó con el mayor esmero, á hacer la corte á la familia del dictador, asistiendo diariamente á la tertulia de la hija, y visitando con asiduidad á las cuñadas, etc. Muy pronto recogió los frutos de su dedicación, pués que recibió por lo pronto, un regalo, por mano del señor Corvalán.

Siempre deseoso de estrechar más sus relaciones, esperó la ocasión de ir á la quinta de Palermo, donde al fin tuvo la fortuna de hablar con su compadre, de comer con él, y de pasar un día en su compañía.

Colocado el señor La Madrid en esta pendiente, cada día avanzaba un poco en la carrera del favor y de la confianza del dictador, para lo que necesariamente le era menester aumentar las muestras de adhesión. Así es que lo vimos del todo metido en esas reuniones incalificables, en las que con el vaso en la mano y á presencia del retrato del *Ilustre Restaurador,* se fulminaba el exterminio de la mitad de los hijos de la República.

En ellas, nos asegura el General, que jamás se pronunció contra los unitarios, por más que se empeñaron en ello, los temibles *mazorqueros;* pero como si él mismo se hubiese impuesto la tarea de contradecirse, nos cuenta luego que desde Arrecifes, es decir, cuando no tenía tanto que temer

---

también si el señor Correa hablaba sinceramente, y yo pienso que sí; conocí á este señor años antes, fué mi subalterno en mi regimiento, y puedo asegurar que no era afecto al señor Rosas. Había dado el mando del regimiento núm. 2 de caballería, de que él era comandante de escuadrón, al coronel Pedernera; fué la causa de su resentimiento con el general Lavalle y conmigo. El año 39 lo ví una vez, aunque no nos hablamos, en casa del señor Lozano, y se conocía que lo devoraba una pena interior. Posteriormente se suicidó, á pesar que obtenía un empleo distinguido, y en apariencia, las gracias del Gobierno.

de Rosas, compuso y le remitió una canción ó *vidalita*, cuyo refrán era:

Perros unitarios, nada han respetado
A inmundos franceses, ellos se han aliado.

Parece que el general La Madrid al marchar de Buenos Aires á las provincias interiores, pensaba servir sinceramente los intereses de Rosas; al menos así lo dá á entender, salvo las reservas mentales que pudo hacerse; otros han pensado de distinto modo, juzgando que todo cuanto hizo para captar la confianza del dictador, fué simulado mientras que se hacía dueño de un poder que había de convertir contra su autor.

En mi modo de ver, ni el mismo general La Madrid, ni hasta este momento, puede darse cuenta distinta de sus sentimientos, que estoy lejos de creer depravados. Su objeto era buscar una posición cual convenía á sus deseos y á sus intereses, sin ocuparse mucho en la elección de los medios. Los únicos que se le presentaban, eran los de manifestar gran adhesión á Rosas y su sistema, y no vaciló en adoptarlos.

Puesto en Tucumán, halló que las cosas habian variado. No solamente no encontró esa *entrañable afección de su querido pueblo*, sinó que se vió amenazado con la prisión, la expatriación, y la muerte (1). El iba, pués, á perder esa posición que había buscado con el sacrificio de sus antecedentes, y acaso de sus principios. Para no dejarla escapar del todo, abjuró en un momento los últimos compromisos, y en

---

(1) Esto debería explicar al general La Madrid las verdaderas causas de su popularidad en épocas anteriores, la que él tan cándida como exclusivamente atribuye á sus maneras populares, y á sus proezas guerreras. El pueblo de Tucumán, como que tenía una campaña muy reducida, tiene mucha influencia en las gentes del campo; y además, la disciplina del ejército del general Belgrano, ganó la opinión pública para los gobiernos nacionales. Esto necesitaba una explicación más larga.

un cuarto de hora, de un teniente de Rosas, pasó á ser un campeón de la causa contraria.

Sin salir de la casa del gobernador Piedra-Buena, adonde acababa de entrar el señor La Madrid con el empeño de llevar adelante su comisión, lo vemos variar enteramente de propósito, y predicar con el mayor ardor, una cruzada contra su poderdante. Nada prueba más que esta súbita variación, su dominante deseo de asumir una posición calculada, por cualquier camino que fuese, ya sirviendo los intereses de Rosas, ya atacándolos decididamente. En la imposibilidad de hacer lo uno, se declaró por la causa opuesta, á la que algunos minutos antes estaba adherido.

Sería curioso saber, si en el parte que dió á Rosas, hizo mención de la peroración que hizo al público de Tucumán, para que pusiesen á su disposición seis mil pesos, y las tropas que tenian á mano, para invadir sobre la marcha, las provincias de Santiago, Córdoba y Buenos Aires, y derrocar al ya tirano Rosas.

Es de lo más singular que puede concebirse, tanto el plán de campaña, como el modo de ejecutarlo, y aún de proponerlo. Cuesta trabajo persuadirse que hable sériamente el general La Madrid, cuando nos dice ahora, el año 50, cuando escribe á sangre fría, que todo se ha perdido porque no se siguieron sus consejos.

Que él hablase así en aquella circunstancia, para dar á entender que su conversión era sincera, y que la media vuelta que daba, era tan completa que estaba resuelto á marchar en dirección opuesta, se comprende bién; pero que ahora, después de más de diez años, nos quiera persuadir lo mismo, es fuera de todo cálculo.

Nadie desconoce las ventajas de una sorpresa; más, no por eso dejan de necesitarse los medios adecuados para verificarla. ¿Y lo eran esos, de que en aquel momento podía disponer el gobierno de Tucumán? Unos cuantos

cientos de hombres, sin organización, sin disciplina, y sin más preparación que los *atronadores vivas,* de que tanto se paga el General, ¿eran suficientes para invadir dichas provincias, por descuidadas que estuviesen? Seis mil pesos, ¿era un fondo bastante, para ocurrir á los costos de tamaña empresa? Decídalo cualquiera.

El general La Madrid, que hasta ese momento había sostenido la causa y los intereses de Rosas, que había exagerado su poder, y héchole subir á las nubes, que solo por una violenta coacción abrazaba la causa opuesta, el general La Madrid, digo, ¿se proponía él mismo para mandar esa decisiva expedición? Es preciso mucho candor de parte del General, y hubiera sido necesaria mucha imbecilidad de parte de los tucumanos, para que sin más ni más, confiasen sus destinos á las mismas manos que acababan de desarmar. Si después lo hicieron, fué cuando el General había dado otras pruebas, ó cuando nuevas combinaciones hacian difícil una nueva prevaricación.

Finalmente, es lo más raro que puede excogitarse, la propuesta circunstanciada de un plán de sorpresa, y de consiguiente reservado, en una concurrencia, en que estaban reunidos el gobierno, el pueblo y sus representantes, y también las tropas, las cuales, según las Memorias, dieron su aprobación.

No puede dudarse que por más rápido que hubiese sido el movimiento de la expedición, debía precederle la noticia, no solo de la operación, sinó de su objeto y de sus medios. Considérese, que separado Tucumán ciento cincuenta leguas de Córdoba, y más de trescientas de Buenos Aires, por rápidas que fuesen las marchas, dejarian á Rosas tiempo bastante para desplegar ese poder, que él mismo acababa de ponderar. Santiago, es verdad que está más cerca, pero debía tener presente, que la fuerza de esta provincia, no consiste ni en cañones, ni en cuerpos reglados y

disciplinados, sinó en la decisión individual de los santiagueños de la campaña, y en Santiago, la campaña es todo.

Por otra parte, á nadie en Tucumán podía ocultarse, que las miras del señor La Madrid eran hacerse gobernador de la provincia, fuese adhiriéndose á los intereses de Rosas, fuese en oposición á ellos. Todos debian haber visto en esas peroraciones, en ese empeño de no separarse de su escolta, en esa ocupación del Cabildo, y demás mezquinas maniobras, debian haber visto, digo, nada más que *unos tanteos* para provocar escenas parecidas á las de años anteriores, mediante las cuales, pudo ocupar la silla del poder. Más, ese tiempo había pasado, y ni la situación ni el prestigio del general La Madrid eran los mismos. Tuvo que ceder y conformase, pero sin cesar de trabajar en recomendarse con sus últimos amigos, lo que seguramente no repruebo.

Seguro el gobierno de Tucumán de la fidelidad del general La Madrid, lo empleó al fin, y le dió el mando de la expedición que en Julio destacó sobre Córdoba (1), la cual debía ser aumentada con fuerzas de Catamarca y la Rioja. Esta expedición apenas se había separado algunas leguas de la capital de la provincia, y no había aún penetrado en la de Santiago, cuando se disolvió por la defección del coronel Gutierrez (actual gobernador de Tucumán), y la retirada del señor Cuvas. Podría preguntarse al señor La Madrid, si cuando meses antes aconsejó esta expedición en su célebre peroración, creía que hubiera tenido

---

(1) Aunque no lo dicen las Memorias, debo creer que esta expedición se hizo con autoridad y por disposición del gobierno de Tucumán. Ya aquí se nota que el señor La Madrid toma el tono que le hemos censurado en otros puntos de dichas Memorias. El, sin que nos diga qué investidura tenía, daba instrucciones á los gobiernos, daba grados militares, y hasta puede creerse de su relación, que convocó un congreso.

mejor resultado. En cuanto á mí, pienso que no, pués que debía estar mucho menos preparada.

En Agosto siguiente, se realizó otra vez la misma expedición con destino á auxiliar la provincia de la Rioja, que había sido invadida por Aldao. Fué entonces más felíz el general La Madrid, pués que no solo llegó á su destino, contribuyendo, mediante el hecho parcial de armas que nos refiere, á arrojar al invasor, sinó que penetró en la de Córdoba.

No conocí al general Brizuela, aunque estuvo prisionero de las tropas de mi dependencia el año 30. Sin embargo, todos los informes que he oido, están contextes en clasificarlo como un hombre raro, extravagante é imbecil. Cuesta no poco trabajo conciliar estas noticias, con el prestigio, y omnímoda influencia que ejercía en la Rioja, pero demasiado hemos visto estas anomalias en nuestro país, para que debamos sorprendernos de ello. Ibarra, gobernador de Santiago, es una muestra patente y continua de la exactitud de lo que digo.

Estoy, pués, muy dispuesto á dar crédito á lo que dice el señor La Madrid, relativamente á la inacción y á las contradicciones de Brizuela, sin que por esto asegure que todos sus consejos fueron saludables (1). Lo que había de positivo era, que algo debía de hacerse, y este algo, es debido exclusivamente al general La Madrid.

Las disposiciones de la provincia de Córdoba, eran favo-

(1) El lance que tuvo lugar en los Llanos, cuando retirándose á su campo, gritaron los soldados en coro: *Tengo hambre, tengo hambre*, es tan gracioso, que sería digno de la pluma de Moliere. El general La Madrid hizo más que el Salvador cuando con cinco panes alimentó cinco mil personas, porque cinco panes tienen más sustancia que dos chifles de vino y una vidalita. Sin duda que estos arbitrios son útiles, y deben usarse cuando más no se puede; pero el general La Madrid les dá tanto valor.... y además, cree que su efecto es de una duración ilimitada.

rabilísimas; así fué, que la revolución se hizo sin violencia, sin grande esfuerzo, y sin sangre, cuando se vislumbró un apoyo cualquiera: este apoyo, era la división del general La Madrid. Para mejor inteligencia, debe advertirse que Lopez, gobernador de Córdoba, por su nulidad, es un segundo tomo de lo que era Brizuela, ó de lo que es Ibarra hasta el presente.

Ya tenemos al general La Madrid en Córdoba, donde es recibido con unánimes aclamaciones. Todo esto es consiguiente, y no debemos dudarlo ni detenernos en ello. No así con todo lo demás que sigue, y que merece muy seria consideración.

Era de desear, que el ex-gobernador hubiera sido perseguido con más eficacia y más prontitud, pero no hallándome en el caso de poder apreciar la excusa de la falta de caballos, y demás inconvenientes, que dice, que tocó el señor La Madrid, me abstendré en lo posible, de un juicio positivo, limitándome á una ligerísima observación.

El general La Madrid, para llegar á Córdoba, había atravesado la parte más poblada de la provincia, y le hubiera sido más facil proveerse de caballos sobre su marcha, que conseguirlos de un Gobierno, que acababa de instalarse, y que no había tenido tiempo, ni aún de empuñar las riendas de la administración.

Unos cuantos dias después lo vemos, según sus Memorias, disponer de numerosas caballadas, y ofrecer remontar todo el ejército del general Lavalle, sin intervención alguna del Gobierno, lo que parece probar que antes pudo, y aún con más razón, hacer lo mismo, y no descartarse con la omisión de un gobierno y un pueblo tan bién dispuesto, como lo estaba el de Córdoba.

Hubiera sido también de desear, que la persecución de Lopez, se hubiera hecho con mayor fuerza, y acaso con la personal intervención del General. Era este un punto vital,

que merecía muy seria atención; aunque no se hubiese logrado su captura, lo que es dificilísimo, tratándose de un gaucho, se le hubiera, al menos, disuelto su fuerza, y quitádole sus caballadas y sus carretas.

Carezco absolutamente, lo repito, de toda otra noticia ó documento para hacer estas observaciones, que las que me suministran las mismas Memorias del general La Madrid. Ni aún hay en Rio Janeiro, que es donde escribo, una persona que tenga el menor conocimiento de estos negocios. Por tanto, deben considerarse estos renglones, al menos en la parte que vamos, menos como una refutación que como un juicio crítico del escrito del General, y de los sucesos, en el modo que los refiere. Si algún día poseyese otros documentos, y tuviese lugar para ello, no dejaré de añadir lo que crea conveniente. Entre tanto, seguiré con mi obra tal cual puedo hacerla. Si alguno la leyere, que me tome también en cuenta, la dificultad no pequeña, de comentar los escritos del general La Madrid, en que ván los sucesos mezclados, sin orden alguno y confundidos sin la menor separación, los hechos más notables, con las más triviales puerilidades.

Ateniéndome, pués, únicamente á lo que dicen las Memorias, el movimiento revolucionario de Córdoba, fué el 11 de Octubre, y habiendo entrado inmediatamente después el general La Madrid, y salido el 1º de Noviembre, debió allí permanecer cerca de veinte dias.

No se echa de ver en que invirtió todo este tiempo, pués que ningunos arreglos administrativos podian detenerlo, habiendo un gobierno, y muy pocos debieron ser los militares que lo ocupasen, cuando luego nos dice que había aumentado tan poco sus fuerzas. A fines de Noviembre solo tenía mil cién hombres, inclusos los cívicos, que ya estaban formados antes de su llegada, y trescientos hombres que había reunido el coronel Salas.

El Fuerte del Tío dista de la ciudad de Córdoba treinta y cuatro á treinta y seis leguas, y tardó en vencerlas, quince ó diez y seis dias, pués que habiendo salido el 1° de Noviembre, solo llegó el 16. No se puede comprender el motivo de tamaña demora, y mucho menos, que el General nada diga para explicarla. Esta tardanza y esta omisión, es tanto más notable, cuanto desde antes ya había recibido comunicaciones del general Lavalle, y conocía la conveniencia de aproximarse, pués que tal fué el objeto que se propuso con este movimiento.

La cita que le hizo el general Lavalle, para que se reuniesen el 20, en Romero, llevándole ganado, le revelaba por sí sola, dos cosas: primero, que dicho General carecía de este artículo, y que estaba en la incapacidad de proporcionárselo; segundo, que su actitud, tan lejos de ser preponderante y ofensiva respecto del enemigo, era de retirada, y de retirada sobre Córdoba. Romero se encuentra cerca de veinte leguas de Santa Fé, por el camino más recto que conduce á aquella ciudad, y poca mayor distancia del Tío, donde se hallaba el general La Madrid.

Este General, que diez años antes, cuando estaba á mis órdenes, en ese mismo teatro, se impacientaba, y que aún ahora me censura sin misericordia, porque no marchaba de frente, aunque las circunstancias que me rodeaban fuesen con mucho, más desfavorables que las que circundaban á él; el general La Madrid, digo, se acoge ahora á la prudencia, y á la adopción de exquisitas precauciones, para disculpar su inacción ó su tibieza.

He dicho que las circunstancias en que yo me encontraba, eran más desfavorables, porque el año 31, hormigueaba el interior de enemigos, que nos hacian la guerra hasta en la misma provincia de Córdoba, mientras ahora, los que no habian depuesto las armas, estaban reducidos á la impotencia. Porque ahora, no dejaba á su espalda terribles

caudillos, mientras entonces, quedaban los Quiroga, los Brizuela, los Reinafé, etc. Porque ahora, la opinión de las poblaciones de la campaña, había sufrido un cambio felíz por nuestra causa, de modo que las de Córdoba y la Rioja, nos eran adictas, cuando antes sucedía lo contrario. Porque, en fin, y esto es lo más importante, yo años antes, no contaba con un apoyo poderoso, mientras él tenía el del ejército Libertador, al que mientras más fuerte supusiese, menos motivo honesto tenía de rehusar su asistencia.

Me parece bién frívolo el motivo que tuvo para desconfiar del mayor Gimenez, enviado con credenciales por el general Lavalle, pero aún cuando no fuese así, ya que no se prestase ciegamente á los deseos que este oficial le manifestase de parte de su General, debió siquiera hacer algo en el sentido que se le pedía, sin desatender las precauciones, para no dejar defraudadas las esperanzas de aquel Jefe, en caso que fuese efectiva, como lo era, la misión.

Singular es el silencio que guarda el señor La Madrid, sobre lo que ella contenía, pués es imposible que el mayor Gimenez, fuese costeado al través de tantos peligros, para decirle que el ejército Libertador tenía cinco mil hombres y buenas caballadas. Esta reticencia extraordinaria del general La Madrid, deja muy imperfecto el conocimiento de este asunto, y nos obliga á suspender, cuando menos, el juicio que debemos formar de él, y de su sinceridad.

Nos dá motivo de sospechar que existian entre ambos Generales, celos y mútuas desconfianzas, que les impedía al uno, explicarse francamente, y al otro, obrar en el sentido más conveniente.

Sin duda había en el general Lavalle falta de franqueza, y además, una invencible repugnancia á decir que necesitaba los auxilios y cooperación del general La Madrid; pero hubiera sido muy generoso de parte de este, sobreponerse á

esta falta, y obrar únicamente en el sentido del bién general. Pero sigamos examinando los hechos.

El coronel Salas salió del Tío el 18, llevando ganado para el general Lavalle, y el 19 se movió el general La Madrid en la misma dirección. Aquel, avisó la escasez que había de agua, y retrocedió un tanto, el 20, para situarse en la Esquina, donde había buenos pastos, y esperar los resultados. Así permaneció hasta el 25, sin haber tenido noticias del ejército Libertador, por más que las procuró. El coronel Salas, se deja entender, que había regresado de Romero con el ganado de que era conductor.

En estas circunstancias, el general La Madrid se hizo el siguiente razonamiento: *Si el general Lavalle con cinco mil hombres bién montados, no ha podido poner en mi conocimiento los motivos que han embarazado su marcha, obligándole á faltar á una cita, que entre militares es sagrada, mucho menos podré yo pasar con mil cien hombres á encontrarlo.*

Este razonamiento no era exacto, pués que por lo mismo que *una cita es sagrada entre militares,* debía suponerse que motivos muy graves le habian impedido concurrir á ella. Por otra parte, las situaciones eran muy diversas, pués el general Lavalle tenía sobre sí todo el ejército enemigo, mientras que el general La Madrid no tenía quién le entorpeciese sus movimientos; y adviértase, que no ignoraba, ni la situación más ó menos del ejército enemigo y su poder, pués que el mayor Almandos, le había dicho que había sido reforzado con dos mil hombres de infantería.

Podía temer el general La Madrid que el enemigo se hubiese interpuesto entre él y el general Lavalle, y que creyese en tal caso, imposible su reunión. Más, esto era lo que debía averiguarse, antes de hacer un movimiento excéntrico, y que abandonaba enteramente á su destino al ejército, á quién se había propuesto dar la mano. El mejor modo de conseguirlo (hablo de lo último), era conservarse, si es que

no podía avanzarse, lo más próximo posible en la dirección que debía traer ese ejército; pero variar en esos momentos su línea de operaciones, dirigiéndose el 25 á la Herradura, sin tener noticia alguna, fué una operación errónea, y fatal en sus consecuencias. No es temerario decir, que á ella, fué debido el desastre del Quebracho, y todas sus tremendas consecuencias.

Cualquiera comprenderá que situado el general La Madrid á cinco ó seis leguas del Quebracho, debió necesariamente saber la aproximación del general Lavalle, antes que Oribe le hubiese dado alcance el 28. Bién se prueba esto, por la esquela que escribió este, desde Romero, el 27, avisando que el enemigo había querido estorbarle el paso del Salado, y pidiendo nuevamente ganado.

Esto supuesto, el general La Madrid hubiera tenido tiempo de auxiliar con caballos y aumentar la fuerza del ejército Libertador, con más de mil hombres, entre los cuales, un excelente batallón de infantería. ¿Cuál hubiera sido la suerte de Oribe? Si hemos de creer á las relaciones contextes que nos hacen de esa desgraciada jornada, debemos persuadirnos que el ejército Federal, hubiera sido irremisiblemente batido.

¡Qué diferencia entonces en nuestros destinos! La que vá de una victoria, á una batalla perdida. Median entre ambos extremos, el porvenir de los pueblos, la suerte de la humanidad, y de la posteridad misma.

Forzoso es repetir, porque conviene fijarse en las verdaderas causas de los sucesos que tanto han influido en los destinos de nuestro país. El movimiento de flanco, que practicó el general La Madrid desde las inmediaciones del Quebracho, para ir á operar en la campaña norte de Buenos Aires, fué errado, vicioso, y de las más fatales consecuencias.

El general La Madrid debía por lo menos conjeturar que

estaba próxima una batalla entre el ejército Libertador y el Federal, y ningún militar ignora la regla general, de no separar la víspera de una acción, tropas que no puedan concurrir á ella; regla por otra parte, que basta el sentido común para conocer la exactitud y utilidad. Y ¿cómo es que el general La Madrid tres dias antes de dar la batalla del Quebracho, elige un teatro más de cién leguas distante del que iba á serlo del combate? Esto es incomprensible, sinó es que para explicarlo, ocurramos á las flaquezas del corazón humano.

En esta vez, no se reconoce ni en sus hechos ni en sus escritos al general La Madrid. El, que se nos retrata á cada momento como dotado de una rara osadía, y para usar de su misma expresión, de un carácter *temerario,* no tuvo en el lance más importante, una de esas inspiraciones generosas, con que hubiese salvado el ejército Libertador, y la causa que defendía.

Para abundar, si quisiésemos, en razones que prueban lo que acabamos de decir, añadiremos, que el general La Madrid después de sus arrogantes jactancias, ni aún tiene la excusa de alegar la diferencia de fuerzas de su ejército, con el enemigo. Ya recordará, cuantas veces nos ha dicho que con unos cuantos cientos de hombres, tenía bastante para anonadar á los caudillos de la Federación. Yendo un poco más lejos, se tendrá presente, que con su nombre y unos cuantos de la escolta, penetró en columna, contuvo al célebre general Canterac, é impuso á todo el ejército español. Más, concediéndole todo el derecho que quiera de tomar ese pretexto, no por eso es menos grave el cargo que resulta contra él.

Aunque creyese que el ejército enemigo se había interpuesto sobre él y el general Lavalle, no debió moverse sin averiguarlo, y verificado que fuese, era lo más inconveniente alejarse indefinidamente, y librar á Oribe del cui-

dado que debía darle un cuerpo respetable de tropas, colocado sobre su espalda. Aunque no marchase sobre él, le convenía maniobrar en el sentido de inquietarlo, ó sinó, dejarle estar en su posición hasta ver mejor el estado de las cosas. Lo que hizo el general La Madrid, fué lo peor que podía hacerse, de modo que pudiendo salvar al ejército Libertador, lo dejó sacrificar por sus enemigos.

Mucho podríamos decir para corroborar la exactitud de estas reflexiones, pero no queremos reagravar los cargos que resultan contra el general La Madrid. No conocíamos los detalles de esta desgraciada campaña, cuando las Memorias han venido á derramar un poco de luz sobre ella. Hemos emitido nuestro juicio por los datos que aquellas nos suministran, es decir, por la relación que hace de dicha campaña el mismo general La Madrid. Si algún otro imparcial escribiese sobre ella, quizá se harian nuevos descubrimientos, que justificasen aún más mi modo de pensar.

Puede ser que algunas veces haya hecho uso de un lenguaje algo fuerte, pero espero se me disculpe y se crea que hago todo lo posible por desprenderme de todo sentimiento apasionado; sin embargo, no puedo precaverme de un movimiento de indignación, cuando comparo las operaciones practicadas en ese mismo teatro el año 31, que censura tan acremente el general La Madrid, con las que él pretende ahora justificar. Me critica de *indeciso,* mientras se le vé fluctuar entre irresoluciones, ó tomar un partido para abandonarlo al día siguiente.

Perdida la batalla del *Quebracho Herrado,* ya no era, á mi juicio, posible pensar en una nueva batalla. Verdad es que había elementos para formar otro ejército inmediatamente, reuniendo las fuerzas de Córdoba, de Salta, y las que tenía el general La Madrid, pero la dificultad estaba en compaginarlas. La organización del ejército Libertador

fué viciosa desde un principio, y no era á presencia del enemigo y bajo la impresión de una derrota, que podía procederse á mejorarla. Lo que me parece que convenía, era replegarse, disputando en cuanto fuese posible el terreno, y sin perder de vista el grande objeto de regularizar los medios que quedaban de resistencia.

No hablaremos de los planes del general La Madrid, que tan pronto quería dar una batalla, como dirigirse al norte, á Cuyo, ó á la campaña de Buenos Aires. Todo lo pensó y nada hizo, sinó lo que estaba marcado por la misma naturaleza de las cosas. Se puede juzgar por lo que á él le sucedió, antes y ahora, de aquellos consejos *atrevidos* de que tanto se envanece, que me daba el año 31, para hacer esos mismos movimientos, que entonces y ahora se le quedaron en el tintero, pués que no pasaron de meras imaginaciones.

El general Lavalle, abandonando la ciudad de Córdoba, se propuso hacer al enemigo una guerra de partidas en escala mayor, digo en escala mayor, porque en lugar de partidas empleaba lo que nosotros llamamos gruesas divisiones, y en vez de elegir una provincia para teatro, abarcaba toda la extensión de la República.

Vasto plán, pero para cuya ejecución no se calcularon los medios, ni se consultaron las circunstancias.

En primer lugar, necesitaba jefes capaces, inteligentes, y adecuados. En segundo lugar, necesitaba cuerpos de tropas moralizadas, que no fuesen con los excesos de la indisciplina, á concitar el odio popular. En tercer lugar, era preciso que hubiese en los pueblos ó provincias que iban á ocuparse, unas disposiciones tales, que se prestasen con facilidad á la impulsión que iban á darles los libertadores. Finalmente, se necesitaba establecer un centro común de relaciones, ó sea una autoridad general, que diese dirección á esos cuerpos, y á los distritos que levantasen.

No sé si se tuvo en vista todo esto; más, lo que hay de positivo, es que el plán fué desgraciado desde sus primeros ensayos. La división del coronel Vilela fué batida en San Carlos ó San Cala. El coronel Acha, que se destacó á Santiago sin ganar nada, perdió un buén escuadroncito de correntinos, que con el mayor Ramirez se pasaron á Ibarra. Otros cuerpos menores que se mandaron obrar en la Sierra, tampoco hicieron cosa alguna. Quién más se sostuvo, fué el coronel Salas en el río Segundo, pero luego se vió obligado á retirarse, y solo salvó por un milagro.

No admite duda que el ejército Libertador cometía desórdenes, y que estaba entregado á una desenfrenada licencia. En alguna otra parte he indicado, que este método, si tal puede llamarse, era sistemático, y que el general Lavalle se había propuesto vencer á sus enemigos, por los mismos medios que ellos lo habian vencido diez ú once años antes (1). Entonces la licencia gaucho-demagoga, se sobrepuso á las tropas regulares que él mandaba, y ahora quería él sobreponerse á sus enemigos, relajando todos los resortes de la disciplina, y permitiendo los desórdenes. Funesto error, que tanto en política como en lo militar, nos ha causado horribles males, y lo que es más, ha hecho desvanecer la mayor parte de nuestras esperanzas.

También he dicho en otra parte, que los cuerpos que ha mandado el general La Madrid, jamás se distinguieron por

---

(1) Una cosa muy semejante se han propuesto en política algunos hombres, cuyos talentos y recomendables cualidades, no se les puede disputar. Pretendieron antes sobreponerse á sus opositores, ofreciendo al país una constitución liberal, y la más adecuada á nuestro estado y á nuestras necesidades. Por causas que no es del caso explanar, triunfaron sus contrarios, que lo eran también de la constitución, y ella fué rechazada. Como si quisieran desquitarse con los pueblos, de este desaire, y como si la inconstitucionalidad fuera una arma, han querido apoderarse de ella, sin más fruto que reagravar los males públicos, hacer indefinido el desorden político. ¡Dios quiera que conozcan mejor sus intereses y los de la patria!

el orden y la regularidad; pero en contraposición al ejército Libertador, he oido decir que eran un modelo de disciplina.

Quizá el general Lavalle, en los últimos tiempos, había conocido su error, pero ya no creía que era la oportunidad de remediarlo. El tedio que le causaba un mando basado sobre un sistema semejante, pienso que fué una de las causas que le obligó á adoptar el plán de hacer obrar sus divisiones á grandes distancias. El mando inmediato, era un peso que quería arrojar de sí, y por lo menos, no presenciar los males que no podía ó no quería evitar.

Dejaré aquí esta triste materia, para que cada uno juzgue según sus principios, y según su corazón. Los mios, son bién conocidos, y no podría tratar más de ello, sin emplear puntos que quiero economizar.

Ya está otra vez en Tucumán el general La Madrid, donde obtiene el mando de la provincia por delegación del gobernador Garmendia. Allí se contrajo, como era consiguiente, al aumento, equipo y arreglo de las tropas que debian aún emplearse en sostener la revolución, en que se había lanzado una gran parte de la República, para derrocar el poder absoluto y despótico del dictador de Buenos Aires. Continuaremos siguiendo al general La Madrid en sus Memorias.

Es este un período interesante de esa célebre guerra, tanto porque es menos conocido (al menos así lo era para mí), cuanto porque en él intervinieron de mancomún, dos de nuestras primeras notabilidades militares, aún sin poner en cuenta al desgraciado Brizuela.

El coronel Acha atravesó la provincia de Santiago sin haber conseguido cosa alguna, y con la pérdida de doscientos buenos soldados correntinos, que se pasaron al enemigo, con el mayor don Bartolomé Ramirez. El general La Madrid atribuye esto, á la no concurrencia de las fuerzas

que debieron marchar de Tucumán; pero diré sin miedo de equivocarme, que lo mismo hubiese sucedido, aunque hubiese marchado con tiempo; digo con tiempo, porque él hizo mover al coronel Murga poco después de su llegada, pero sin fruto alguno. La provincia de Santiago, decidida en masa y fanatizada, por mucha que fuese la incapacidad de su caudillo para la guerra, no podía ser subyugada por una invasión pasajera. La resistencia de inercia era más que suficiente para hacerla inutil, como sucedió.

Lo que hay de extraordinariamente singular es, que llegado Acha á Tucumán, y sabedor de que el general Lavalle se había quedado en la Sierra, mandó se le reunieran las tropas correntinas que le pertenecian, *á excepción de los escuadrones, Acuña, de correntinos, y Sotelo, de la campaña del norte de Buenos Aires, que no quisieron ir á reunirse al General, y prefirieron venirse á Tucumán, y con ellos el coronel Abalos.*

¿Quienes fueron los que no quisieron ir donde estaba su General, y sus compañeros, y sus cuerpos? ¿Fueron los soldados, los oficiales, ó los jefes que mandaban? Nada de esto nos dice el general La Madrid, y es sensible que cuando ocupa páginas enteras con hechos particulares y de poquísima importancia, pase como por sobre áscuas, en uno de tamaña trascendencia.

Sea como fuere, ese hecho prueba la indisciplina del ejército, y que ella había penetrado en todas las clases, sin exceptuar las categorias.

Hay otra cosa que notar, aunque no lo dice el señor La Madrid (1), y es lo que nos cuenta la carta de 3 Octubre

---

(1) Al llegar á esta parte de las Memorias, he recordado que conservaba dos cartas del general Lavalle, escritas tres ó cuatro dias antes de morir, y una del general Pedernera. Todas serán copiadas para que sirvan de comparación, y de medio de llegar más fácilmente, al conocimiento de esos sucesos.

siguiente, del general Lavalle (1), en la que asegura que si destacó sobre Santiago al coronel Acha, *fué por instancias del general La Madrid.* Parece fuera de duda, que ambos Generales conocieron, no solo lo inutil, sinó lo perjudicial que fué semejante expedición. Tan solo un objeto pudo tener, y es el que no se menciona, que era el de llamar la atención de Ibarra á otro punto, y que no incomodase el ejército, en su tránsito á Catamarca. Esto mismo era de poca importancia, porque Ibarra no era capáz de inquietar el flanco de aquel, cuando no tenía poder para resistir á una de sus divisiones, pero al fin, era un motivo.

El general Lavalle, que había quedado en la provincia de Catamarca, restablecido de una grave enfermedad, tuvo que marchar á la Rioja, en auxilio de Brizuela, que se veía acometido por Aldao. La impericia, la excentricidad, la absoluta incapacidad del jefe riojano, hacía imposible toda medida rápida y enérgica, cual demandaba la situación. Según las Memorias, no hicieron otra cosa aquellos jefes, que ceder el terreno á Aldao, retirándose á los pueblos de Famatina, y destacar á los coroneles Peñaloza y Baltar, á

---

(1) Cuartel General en Salta, Octubre 3 de 1841.

Señor general don José María Paz.

Mi querido amigo:

" Llegó á manos del gobierno de Salta, la correspondencia " del Exmo. señor Ferré y de usted para el general La Madrid, " desde el 29 de Julio hasta el 12 de Agosto, conducida por " Colompotón, la cual, el gobierno de Salta me ha presentado " abierta, á mi llegada á esta capital, hace tres dias. La he remi- " tido ya al general La Madrid, que ocupa actualmente con " su ejército, las provincias de Cuyo, y si mis ocupaciones me " permiten, concluiré hoy esta carta con la extensión que deseo; " marchará mañana por la misma vía.

" Todo lo que concierne al buén éxito, y regularidad de la

que hiciesen la guerra de partidas en los Llanos de la Rioja.

El general Lavalle dá mayor importancia á esta parte de la campaña, según lo expresa en su carta, y cree que deba ocupar un lugar distinguido en la historia. Sería de desear que nos hubiese dejado más detalles de ella, para poder juzgar. De la referida carta solo se infiere, que después de estar en Famatina, fué de opinión de maniobrar, dirigiéndose siempre por el poniente hacia el nord-oeste de Catamarca, por donde pensaba restablecer sus comunicaciones, y aún ligarse con el general La Madrid.

No es difícil comprender los motivos de la resistencia de Brizuela, quién debía mirar con repugnancia todo lo que lo alejase del lugar de sus habitudes. Nadie ignora, que en los paisanos de la campaña, es más fuerte esa afección local que viene á constituir en ellos, una verdadera *querencia animal.* Si á esto se añade su natural inercia, el temor de que algunos riojanos se volviesen á sus casas, ó cosas semejantes, se encontrará la verdadera causa de su inexplicable conducta. Su muerte, sin ocasión, sin combate, sin gloria, fué una consecuencia de todo lo demás.

" correspondencia por el Chaco, es del resorte del gobierno de " Salta, y por tanto, me eximo de hablar á usted de eso, asegu" rándole que prestaré también á ese objeto, mi más decidida " cooperación.

" En la correspondencia del general La Madrid, á que con" testa, no debió darle una idea exacta del estado de la guerra, " en la provincia de la Rioja, en aquella época, porque él mismo " no la tenía, pués á la sazón se hallaba la provincia de Cata" marca por una división del ejército enemigo, y nos era impo" sible la comunicación con Tucumán, por el poniente de Cata" marca, porque esta es precisamente la parte del territorio de " dicha provincia, que nos es contraria. Cuando la guerra de la " Rioja á que me refiero, una cosa ya pasada, y no debiendo ocu" parnos en cosas personales, me limitaré á decir á usted, que allí

La expedición del coronel Acha, con dos cañones y doscientos hombres en auxilio de la Rioja, que fué al fin sorprendida con la muerte del recomendable comandante de artillería, Monterola, no puede ser juzgada, por falta de datos. Es probable, que equivocadas noticias y partes falsos, le hicieron caer en la celada que le armaron los enemigos.

Mientras todo esto, el general La Madrid se ocupó de echar abajo, del gobierno de Salta, al refractario Otero, y lo consiguió en pocos dias. Estando á lo que dicen las Memorias, debe decirse que sus pasos, tanto en el sentido político como en el militar, fueron acertados, y que merece elogios el Jefe que los dirigió.

Según se colige de las Memorias, y de otros antecedentes, el pensamiento de libertar las provincias de Cuyo, expedicionando sobre ellas, viene de bién atrás. Fuera de la malograda expedición del coronel Vilela, la misión del señor Rizo Patrón, nos lo comprueba. Por medio de este señor, el general Lavalle proponía al señor La Madrid, que le mandase quinientos infantes para batir al Fraile, y ocupar las provincias de Cuyo. Marchando en persona el

---

" se estrellaron y debilitaron todas las fuerzas que el tirano te-
" nía en las provincias del interior, combatidas únicamente por el
" poder de la opinión de aquel pueblo valeroso, ayudado por los
" débiles restos que el nulo y desgraciado coronel Vilela, pudo
" salvar en San Cala, donde fué sorprendido por Pacheco, en
" camisa y calzoncillos. Esa preciosa columna la había yo des-
" tinado á ocupar las provincias de Cuyo, donde á la sazón, el
" fraile Aldao, no podía oponerle sinó ochocientos ó mil hom-
" bres.

" Alentado el Fraile con esa victoria, y con la extensión de
" la revolución de Mendoza, que Vilela iba á protejer, reunió en
" Cuyo una fuerza aproximada á dos mil hombres, y refor-
" zada por una fuerza de Buenos Aires, hasta el número de
" tres mil quinientos de las tres armas, invadió la Rioja. Es-

general La Madrid con todo su ejército, llenaba cumplidamente ambos objetos.

El 23 de Mayo del 41, se movió el ejército de la Ciudadela. Su fuerza era de dos mil cién hombres, la cual se fué debilitando por la deserción, en términos, de reducirse á los dos meses (siguen las Memorias) á menos de la mitad. No obstante, el general Pedernera en su carta del 2 de Octubre (1), le dá tres mil hombres, mientras á Aldao, no le supone más que mil seiscientos.

El 26 llegó el ejército al Pueblo Viejo, trece leguas de Tucumán, y de allí empezó á desmontar parte de la caballería, para aumentar los cuerpos de la infantería, en que al parecer había más deserción.

El 11 de Junio llegó al pié de la Cuesta del Totoral, conocida generalmente por Cuesta de Pallin, del nombre de la población que queda á la parte oeste.

El 12 acampó en el Duraznillo, que es una pequeña po-

(1) Véase después de las del general Lavalle.

(*Nota del Editor*).

" taba yo en Catamarca, dudando si salvaría de la enfermedad
" que mis trabajos y mis penas me habian atraido, y esperando
" al mismo tiempo el resultado de una invasión, que consentí
" á instancias del general La Madrid, que ejecutaba el coronel
" Acha, desde el territorio de Córdoba sobre Santiago, con un
" escuadrón tucumano, y la preciosa legión Avalos, que estaba
" intacta. Esta bella columna, á que se agregó poco después el
" coronel Salas, con un escuadrón porteño que yo le había da-
" do, y doscientos cordobeses, la mayor parte de la frontera del
" Tío, tuvo que pasar rápidamente por el territorio de Santiago,
" y que dejar á Tucumán, por la defección del traidor Barto-
" lomé Ramirez, que arrastró los doscientos correntinos que
" están ahora con Echagüe, según usted dice en su carta del
" 29 de Julio.

blación que está al principio de la subida, yendo del lado de Tucumán ó del este.

Conozco prácticamente la Cuesta de Pallin ó Totoral; la he pasado muchas veces, y puedo hablar con exactitud de ella. No transitan por allí carruages, pero no se vaya á creer que son unos Andes ó unos Alpes. Su extensión será de poco más de una legua, en subida y bajada, y su fragosidad no es mucha. Nada prueba mejor lo que digo, que el haberla franqueado el ejército en tres dias, sin más empleo, que el de sus limitadísimos medios.

Que sirva muy en hora buena de asunto á la poesía, que cante el señor La Madrid el *Paso del Totoral,* como se hizo con el de aquellas otras célebres montañas, pero muy de razón es que le asignemos su verdadero mérito, como operación militar, poniéndola en la misma proporción que la que entre sí, guardan aquellas célebres masas.

Las fuerzas enemigas que ocupaban Catamarca, se retiraron, como era consiguiente, àl aproximarse una fuerza mayor. No me es posible juzgar si pudo hacerse algo más en su daño.

" Llamado entonces por el general Brizuela, para defender la " Rioja, me arrastré allá, y reuní los débiles restos de San Ca- " la, que apenas llegaban á quinientos hombres.

" No dudo que la historia, de esta guerra espantosa, hará una " mención particular, de esa campaña de la Rioja, donde era " necesario contener los esfuerzos del enemigo, sin armas, sin " dinero, sin recurso alguno, para dar tiempo al general La Ma- " drid á que reuniese y organizase todo el poder militar de las " provincias del norte, que estaban hasta entonces dormidas, " aterradas, con la derrota del Quebracho, y extrañadas por " el traidor Otero. Si el enemigo hubiese destacado entonces " por Santiago, una columna de mil quinientos hombres, todo " hubiera sido concluido.

" El fraile Aldao, al llegar á la ciudad de la Rioja, destacó

El 15 bajó á Pallin una parte del ejército, y el 16 lo hizo todo lo restante.

El 18 entró á la ciudad de Catamarca la vanguardia, y al día siguiente lo verificó el General con el cuerpo principal. Se vé, pués, que el ejército tardó desde Tucumán á Catamarca 26 dias, en que anduvo como sesenta leguas.

Llegando á este punto, nos advierte el general La Madrid, que ya había sido instruido de la retirada de Oribe y Pacheco á Córdoba, como también de la del general Lavalle á los pueblos del poniente, y de la muerte de Brizuela. Para cerciorarse, mandó espias en varias direcciones, las que le confirmaron luego lo sucedido.

Parece fuera de duda, que cuando el general La Madrid proyectó su expedición á la Rioja y Cuyo, sabía ya la retida de Oribe, pués en todo el curso de sus Memorias, cuando se habla de esta campaña, nunca se pensó en que sería preciso batir á Oribe y á Pacheco; lo que hubiera sido indispensable, si estos no se hubieran replegado sobre Córdoba. Unicamente se trata de batir al fraile Aldao, que es quién había quedado en dicha provincia.

" sobre Catamarca una columna de mil hombres, ayudada por
" el caudillo Balboa, de aquella provincia, arrojó nuestras auto-
" ridades á Tucumán, y colocó á Balboa en la primera magis-
" tratura. Pero alentados los riojanos con nuestras maniobras,
" y con la ejecución de algunos de los innumerables traidores
" que nos rodeaban, empezaron á defenderse, y conseguí con
" algunas dificultades, mi primer objeto, que fué el quitar al
" Fraile, los Llanos que creía ya conquistados, y sublevarle los
" departamentos del poniente, cortando así su comunicación
" con Cuyo, y haciendo dificultosísima la de Córdoba. Pocos
" dias después, conociendo el Fraile su impotencia para domi-
" nar la Rioja, se retiró al Valle Fertil, y solicitó refuerzos de
" Oribe, que había quedado en Córdoba, creyendo que el Fraile
" sería suficiente para ahogar la revolución. Oribe y Pacheco

Aún cuando vino Rizo Patrón, comisionado por el general Lavalle, ya debía ser cosa sabida, pués que este General solo le pedía quinientos infantes en defecto de su cooperación, para batir al Fraile, sin hablar de los Generales que había mandado de Buenos Aires el dictador.

El general Lavalle, dice en su carta, *que no pudo concebir la inaudita retirada de Oribe, y que la atribuyó á la ocupación de Entre Rios por los ejércitos combinados de Corrientes y de la Banda Oriental;* yo soy de muy distinta opinión, pués que nada me parece más natural, que explicar aquel movimiento.

La provincia de la Rioja, reducida á un páramo inhospitable, estaba más defendida por su propia miseria, que por la fuerza de sus habitantes y de sus auxiliares. Estos, según nos lo dice el mismo general Lavalle, estaban reducidos á un número diminuto, de modo que se consideraba el cuerpo de tropas del Fraile, más que suficiente para contenerlos, expulsarlos, y dominar la provincia. No era, pués, un teatro adecuado, para que operasen cuerpos tan numerosos, y creyó Oribe más conveniente, replegarse sobre

---

" vinieron en efecto en apoyo del Fraile, con un refuerzo con-
" siderable, y divididos entonces en tres columnas, cada una
" de ellas, más fuerte que todas nuestras fuerzas reunidas, po-
" seyeron la Rioja, pero no el corazón de los riojanos.

" Resignados estos á soportar el yugo, mientras él fuese
" sostenido por un ejército tan formidable, el general Brizuela y
" yo, que estábamos en Tamatina y Chilecito, con ochocientos
" hombres de caballería y doscientos infantes, debiendo ser in-
" mediatamente atacados por una fuerza enemiga, que no po-
" díamos resistir, debíamos maniobrar sobre los departamentos
" de Arauco y Belén, para buscar el contacto del general La
" Madrid, que á la sazón debía estar en marcha sobre Catamar-
" ca, con dos mil hombres de las tres armas, que había podido
" regularizar, después de haber arrojado de esta provincia, al

Córdoba, rehacer su ejército, proveerlo de víveres y caballadas, y ponerse en contacto con la provincia de Santiago, de donde, además, sacaría un cuerpo auxiliar, para venir á Tucumán.

Esta reflexión es más conveniente, si se considera, que para invadir las provincias del norte, que eran el foco de la revolución, no lo podian hacer desde la Rioja, tanto por la naturaleza de los caminos, cuanto por la absoluta falta de recursos, y sobre todo, de medios de movilidad.

Por todas estas razones, el general Lavalle calculó, y calculó muy bién, que después de haberse retirado Oribe de la Rioja, debía caer con todas ó la mayor parte de sus fuerzas, sobre Tucumán, y que para resistirlo, convenía también, que los nuestros reuniesen todos sus medios de defensa.

Esto es lo que propuso al general La Madrid, por medio de La Casa, quién, según las Memorias, llegó con la correspondencia el 2 de Julio á Catamarca, donde él estaba. No es del caso averiguar la situación que en ese momento ocupaban las tropas enemigas, sinó deducir los movi-

---

" traidor Otero. Convoqué al general Brizuela y á todos los je-
" fes principales, á una junta de guerra, y tanto este Jefe, como
" todos los demás, adoptaron con entusiasmo, las operaciones
" que les propuse; pero dos dias antes de marchar, el general Bri-
" zuela desistió, pero desistió con síntomas alarmantes, dando
" órdenes secretas á los jefes riojanos, poniendo un gran cui-
" dado en ocultarme sus miras, y rompiendo así la hermandad y
" armonía en que habíamos estado hasta entonces. Yo no hubie-
" ra dudado un momento en juzgar al general Brizuela, si no hu-
" biera estado perfectamente seguro de su honradéz y decidida
" lealtad, por la causa de la Libertad. Había tal vez, entre nos-
" otros, algún Chelavert, que extravió con pérfidas sugestiones,
" el juicio sencillo de aquel Jefe benemérito y desgraciado.
" Apurado el general Brizuela por mis representaciones y ur-

mientos ulteriores, para aplicarles el remedio conveniente.

Más tarde, es decir, dias pasados, el general Lavalle no solo consintió en la expedición del general La Madrid, á las provincias de Cuyo, sinó que dice positivamente, que la aconsejó. Pero se deja entender, por lo que él mismo dice, que creyó que dicha expedición atraería sobre La Madrid el grueso de las tropas de Oribe, que dejaría de pensar en Tucumán, por la propia debilidad en que quedaba esta provincia.

Por eso es que el general Lavalle vuelve luego á asombrarse de que Oribe lo buscase á Tucumán, cuando dice que: *El enemigo cometió un error inaudito, como el que cometió antes, aglomerándose en la Rioja* (1), *tal vez, por el torpe furor de perseguir mi persona. En lugar de reunir todas sus fuerzas, contra el general La Madrid, que llevaba todo el po-*

(1) Si Oribe cometió antes un error, aglomerándose en la Rioja, no lo fué el repararlo, replegándose sobre Córdoba, para estar en aptitud de invadir Tucumán, que es lo mismo que acabo de decir. Parece, pués, que el general Lavalle viniese á conformarse con mi modo de pensar, que he emitido.

" gencias, no teniendo ya nada racional que contestarme en
" apoyo de sus nuevas ideas, cometió todavía otro error, conse-
" cuencia fatal del primero, y fué el de engañarme, persuadién-
" dome, cuando yo me ponía en marcha hacia los Sauces, ca-
" beza del departamento de Arauco, que él me seguiría con
" una distancia de doce horas, que necesitaba, cuando menos,
" para arreglar sus asuntos personales. Pero en el lugar de Pi-
" tuil, diez y seis leguas del punto de partida, en vez de ver
" llegar la columna del general Brizuela, se me incorporó el co-
" ronel Yanson, ex-gobernador de San Juan, que me reveló la
" tenacidad con que el general Brizuela había abrazado las
" ideas opuestas al plán acordado en la junta de guerra, y que
" su resolución era retirarse á Vinchina, lugar horroroso por el
" clima, y la absoluta escaséz de todo lo que puede hacer so-

der militar de estos pueblos, ha dejado batir al Fraile, separado, ha dejado á Pacheco con una fuerza infinitamente inferior á la del general La Madrid, y él se viene con la mayor parte, y lo más selecto de sus tropas, á derrotar milicianos de Tucumán.

Esto no quita, que el general La Madrid hiciese á su vez, idénticas reflexiones, asegurando que había atraido sobre sí la mayor parte del ejército de Oribe, y que este había quedado muy inferior á Lavalle; pero no es tiempo de ocuparnos aún de esto, por lo que volveremos á la expedición del general La Madrid, que es de la que ahora se trata.

El general La Madrid había avanzado su vanguardia sobre la Rioja, pero esta provincia, según la carta de Lavalle, *se incendió como la pólvora, apenas los primeros descubridores pisaron su territorio, de modo que la insurrección, precedía veinte leguas al ejército. El general La Madrid, pués, en vez de encontrar obstáculos en la Rioja, recibió en su tránsito un considerable refuerzo, y los limitados recursos que la horrible devastación de aquel país podía ofrecer.*

Ni concibo, pués, los grandes temores que tenía el gene-

" portable la vida. Pero todavía cometió el error de demorar-
" se seis dias en Sañogasta, pequeño lugar del tránsito para
" Vinchina, donde el Fraile se le presentó de improviso, con
" una columna, que el general Brizuela no podría resistir. Los
" riojanos, sin dejar de ser fieles á la causa de la Libertad, es-
" taban ya muy descontentos de sus jefes, y aún sospechaban
" de su lealtad y patriotismo, por motivos que no es del caso
" referir; creyéndose, tal vez, traicionados por el general Bri-
" zuela, se desbandaron á presencia del enemigo, y un mayor
" Asiz y dos ó tres soldados, asesinaron á aquel benemérito y
" desgraciado Jefe, sin cuya cooperación, las provincias del
" norte no hubieran alzado el estandarte de la revolución con-
" tra el tirano de la República. No es, pués, el bravo y patrio-
" ta coronel Peñaloza (alias el Chacho) el asesino del general

ral La Madrid, por las fuerzas que había hecho avanzar, ni el motivo del gravísimo sinsabor que le causó la comunicación que trajo La Casa. Lo único en que podía fundarse, era en el retardo que sufría su marcha, que al fin era de unos cuantos dias.

Si su disgusto provenía del movimiento que hacía el general Lavalle, retirándose de Aldao, y aproximándose á Tucumán, este no lo remediaba, con que La Casa *hubiera sido muerto en el camino por un rayo, para que no hubiera llegado á su campo.* Por el contrario, siempre debía agradecer que este le trajese noticia cierta de la situación del general Lavalle, que en ningún caso le convenía ignorar.

Asombra ver que el general Lavalle no tuviese conocimiento del movimiento que hacía el general La Madrid, ni este de la situación de aquel. No puede menos de sentirse una falta de inteligencia, que debió dañar mucho á las operaciones militares. Aunque el enemigo estuviese interpuesto, son tantas las vias de comunicación, contando con la provincia de Salta, y una parte de las de Catamarca y Rioja, que parece imposible que faltasen medios de entenderse.

" Brizuela. Aquel Jefe, tan valiente como popular, de la Rioja,
" se halla hoy en el ejército del general La Madrid, al frente de
" su numerosa columna de llanistas.

" Me reuní con el general La Madrid, en Catamarca. La co-
" lumna de Lagos y Maza, que ocupaba la capital de esta pro-
" vincia, se había retirado á Santiago. Allí supimos, que Oribe
" y Pacheco, con todas las fuerzas que habian reforzado al
" Fraile, marchaban en retirada para Córdoba, quedando solo
" Aldao en la Rioja, con las tropas de Cuyo, que ascendian á
" mil seiscientos hombres. Confieso á usted, que la inaudita
" retirada de Oribe y Pacheco, de la Rioja, no la pude concebir,
" sinó como efecto de la ocupación de Entre Rios, por el ejér-
" cito combinado de Corrientes y el Estado Oriental. Por otra
" parte, las provincias del norte no podian ya sostener al ejér-

El general Lavalle llegó al Cuartel General del señor La Madrid, el 11 de Julio, y en esa noche y la mañana siguiente, hubo una lucha de desprendimiento y generosidad, en que ambos Jefes se dieron muestras de confianza y amistad. El general La Madrid quiso entregar el ejército expedicionario al general Lavalle, para él volver á Tucumán, y este no consintió en que se separase de un cuerpo, cuya formación era debida á sus afanes, etc. Dejo á cada uno juzgar de estas abnegaciones; yo solo me contraeré á la parte militar.

Ya dije antes que, á mi juicio, el general Lavalle calculó antes, muy bién, que habiendo dejado Oribe la Rioja, era para lanzarse sobre Tucumán; ahora creyó que la expedición del general La Madrid, llamaría su atención al sud de la República, y que no molestaría las provincias que él iba á defender. Persuación, que después fué fatal.

En cuanto al general La Madrid, su plán, al parecer abrazaba dos objetos: El uno, era batir á Aldao; el otro, la ocupación de las provincias de Cuyo. Por eso es, que exigía la cooperación de Pedernera con quinientos hombres,

---

" cito del general La Madrid, y le aconsejé, en consecuencia,
" que uno de nosotros marchase inmediatamente sobre la Rio-
" ja, restableciese la revolución en esa provincia, que germi-
" naba desde la retirada de Oribe y Pacheco, y continuase im-
" pávida y rápidamente sobre las provincias de Cuyo, sin hacer
" caso del Fraile, que ocupaba entonces los departamentos del
" poniente, y nos separaban de él, desiertos intransitables; y el
" otro de los dos, quedase en Tucumán para defender nuestra
" base con las milicias del Payo, de las tentativas de Ibarra,
" ayudado por la columna de Lagos y Maza. El bravo y virtuo-
" so general La Madrid, adoptó el consejo con entusiasmo, y
" dejó á mi elección el ir á Cuyo con el ejército, ó quedarme en
" estas provincias. Creí que hubiera sido una vileza defraudar
" al general La Madrid, de la gloria que le esperaba, y no

que debía traer sobre los pueblos, y aún la incorporación de los coroneles Salas y Sotelo.

Considerado todo esto en su verdadero punto de vista, era preciso haberse fijado bién en los objetos que se querian alcanzar, y supuesto que la destrucción de Aldao, era sinó de ellos, debía convertirse á él, la mayor suma posible de esfuerzos. Era, pués, muy conveniente la cooperación de Pedernera, ó del mismo general Lavalle, con el bién entendido, de contramarchar después de logrado el golpe, á atender á otro objeto no menos importante, cual era, la defensa de Tucumán, si es que tenian tiempo y medios de hacerlo.

Aún después de destruido Aldao, era preciso meditar si convenía debilitar las provincias del norte, cuna y foco de la revolución, para ir á buscar simpatias inciertas y lejanas en las de Cuyo. Para todo habría llegado su tiempo, cuando, dado un golpe fuerte á las fuerzas enemigas, se hubiesen reanimado las esperanzas de aquellos pueblos oprimidos, en proporción que hubiesen decaido las de los enemigos.

" corresponder su virtud con otra, y le aconsejé que marchase " sobre Cuyo que yo quedaría en Tucumán. Así se efectuó al " instante.

" Apenas los primeros descubridores del general La Madrid " pisaron el territorio de la Rioja, toda ella se incendió con la " rapidéz de la pólvora, y la insurrección contra el enemigo, " procedía veinte leguas á nuestro ejército. El general La Ma- " drid, pués, en vez de encontrar obstáculos en la Rioja, recibió " en su tránsito un considerable refuerzo, y los limitados re- " cursos que la horrible devastación de aquel país podía ofrecer.

"El enemigo no comprendió el objeto de su ejército, alucinán- " dose con la idea de que estando el Fraile en el poniente de la " Rioja, el general La Madrid no podía avanzar sobre Cuyo, sin " libertar completamente aquella provincia. Pero nuestro ejérci-

Acaso hubiera sido más acertado, conseguida que fuese la destrucción del Fraile, fomentar la insurrección de la Rioja, organizarla, dejarla fuerte y en pié, y contraerse exclusivamente, por entonces, á la defensa de las provincias del norte, que inminentemente iban á ser atacadas. Hasta los movimientos de Ibarra lo indicaban, porque este caudillo tan poco emprendedor, se hubiera abstenido de las incursiones, como tuviese un apoyo poderoso é inmediato.

El general La Madrid se hace cargo de un argumento que no toca, sinó ligeramente, pero que merece considerarse. Dice: *Que las provincias del norte habian hecho ya el último esfuerzo para poner un ejército en campaña, á fin de que, unido á los generales Lavalle y Brizuela, se ocuparan las de Cuyo, batiendo al Fraile; no le era posible volver á ellas, poco menos que derrotado, y con la noticia de la disolución del ejército de Brizuela, y su muerte, sembrando en todas ellas y en el mismo ejército, la desmoralización y el desaliento.*

Por cierto que es este un muy notable modo de discurrir. Nadie podía atribuirle la disolución del ejército y muerte de Brizuela; pero, aunque hubiese tenido parte en esa des-

---

" to continuó sobre Cuyo, como se había acordado, y cuando
" sus marchas descubrieron al enemigo su plán, ya el general
" La Madrid estaba cuarenta leguas delante del Fraile, por el
" camino de los Llanos, que llaman de arriba. El Fraile tomó
" la resolución más torpe. Reunió todas sus fuerzas y se dirigió
" á San Juan, cuando la vanguardia del general La Madrid,
" compuesta de seiscientos hombres, á las órdenes del coronel
" Acha, estaba dueña de aquella ciudad, hacía algunos dias.
" Acha tuvo la audacia de marchar á esperar al Fraile, á la sa-
" lida de la travesía, y el ejército de aquel caudillo fué hecho
" pedazos, como lo manifiesta el parte del general La Madrid,
" cuya copia incluyo. Dos dias después de recibir el parte de
" este suceso, llegaron á mi Cuartel General, dos desertores tu-
" cumanos, del ejército del general La Madrid, los que me die-

graciada jornada, no se trataba sinó de evitar el mal mayor, y nadie podía desconocer que era peor perder dos ejércitos, después de haber perdido él uno, y que más se habian de desalentar los pueblos, cuando hubiesen perdido todo.

Si con decir que las provincias del norte habian hecho ya él último esfuerzo, quería significar que quedaban exhaustas é impotentes, hacía muy mal en exigir que después de mandar el general Lavalle á Pedernera, con quinientos hombres, y á los coroneles Salas y Sotelo, con sus cuerpos, atendiese con fuerzas bastantes á la frontera de Salta, invadiese las de Santiago, y quedase aún en aptitud de resistir á Oribe, en el caso de penetrar en Tucumán.

Sea de esto lo que sea, yo creo entrever otra razón, de que nadie se hace cargo, y que á mi juicio, no es por eso menos poderosa.

Había dos Generales en Jefe, cuyo prestigio y autoridad se balanceaba, cuyas atribuciones y mando no estaban bién definidos. Estos dos Jefes, por más bién dispuestos que estuviesen, por más que abundaran en patriotismo y mode-

---

" ron pormenores, de que el general La Madrid no podría des-
" cender en aquellos momentos. Por la relación de estos
" desertores, supe que la causa de la derrota del fraile Aldao,
" por una fuerza tan desigual en número, fué que toda la in-
" fantería de aquel caudillo, que ascendía á quinientos hombres,
" pasó á las filas de Acha, y que este solo hecho, empezó la
" derrota del resto del ejército del Fraile, que completó Acha
" con una carga. El gobernador de la Rioja, coronel Busta-
" mante, al trasmitir el parte del general La Madrid, confirma
" que el fraile Aldao con cinco hombres, se había reunido al co-
" ronel Flores, jefe porteño, que se hallaba con un escuadrón
" en la frontera de Córdoba, en observación de los Llanos.

" Volveré ahora á los sucesos que simultáneamente ocurrian
" en las provincias del norte.

ración, necesitaban teatros distintos (1) para cortar el roce de sus mútuas susceptibilidades. Es un escollo que debe evitarse, sobre todo en paises inconstituidos, y en el desarreglo de una revolución, y sin embargo, lo promueven muchos, ó por espíritu de partido, ó como un remedio contra la preponderancia militar de alguno (2).

El 13 de Julio marchó de Catamarca el general La Ma-

(1) No tengo inconveniente en decir, que esta fué una de las razones que me hizo desear y aceptar la misión al interior, el año 29, pero entonces había la diferencia, que ni estaba mal calculada, como lo comprobó el hecho, ni se debilitaba Buenos Aires, por la falta de mil hombres, escasos, que componian la expedición. Nadie dirá, que allí faltaron hombres buenos, ni recursos.

(2) No está demás hacer mérito de la circunstancia singular que hubo en este cambio. El general Lavalle, que conocía Mendoza, y era allí conocido, que era allí casado, y que habia obtenido destinos públicos de importancia, queda á defender á Tucumán; y el general La Madrid, tucumano, que había sido otras veces gobernador, y ahora lo era por delegación, con infinitas relaciones y conocimientos locales, se marcha á invadir Mendoza. A todo esto, no se halló otra explicación que la que acabo de dar: era preciso que buscasen distintos teatros, y como el general Lavalle quiso quedar en Tucumán, á lo que contribuiría Avellaneda, á quién molestaría acaso la administración de La Madrid, fué preciso que este marchase á pueblos lejanos, dejando el suyo.

" A mi llegada á Tucumán, donde hice venir como quinien-
" tos hombres, que había traido de la Rioja, el señor goberna-
" dor Avellaneda, había marchado con mil tucumanos de la
" milicia de campaña, á atacar la montonera de la frontera de
" Salta, que al mando de Saravia, Lugones y otros caudillos
" despreciables, y compuesta en su mayor parte de santiague-
" ños, acababa de derrotar á los coroneles Matuti y Gama, que
" con pequeñas fuerzas se hallaban guardando dos puntos dis-
" tintos de la frontera. El pusilánime gobernador de Salta, ha-
" bía escrito al de Tucumán, con todas las muestras del terror
" que hace cometer tan graves faltas, que si no venía en su
" auxilio, ganando momentos, las provincias de Salta y Jujuy
" se perdian. Los sucesos han manifestado después, que ese
" terror solo era nacido del miedo vergonzoso del gobierno

drid y llegó á la Rioja el 22, en donde permaneció hasta el 29. Según esta cuenta, se han invertido cuarenta dias ó cuarenta y uno, desde su entrada en Catamarca; sesenta y nueve, desde la salida de Tucumán. Ellos han producido la libertad de dos provincias, sin que, para asegurarla y consolidarla, se necesitase por entonces, otra cosa, que batir á Aldao, que ocupaba una parte de la línea, y que es el único que los amenazaba de próximo.

En la Rioja hace el general La Madrid una junta de guerra, en que es pronunciada por la retirada, la opinión de los jefes; más, él les hace ver que ella es imposible y que están en el caso de avanzar, ó sucumbir con ignominia. ¿Hablaba sinceramente el señor La Madrid? No lo sé; pero no me parece exacto su razonamiento.

La fuerza de Lagos, que se había aproximado á Catamarca, no era bastante para impedirle la retirada, y la de Aldao quedaba muy á su derecha, para que pensase en venir á interponerse. En ninguna manera podía temerse que el cobarde Fraile viniese á colocarse entre las fuerzas de Lavalle y La Madrid, perdiendo sus comunicaciones con

---

" de Salta, presidido entonces por el virtuoso patriota don Gas-
" par Lopez, que delegó posteriormente en el coronel don Dio-
" nisio Puch, de cuya renuncia ha procedido el nombramiento
" del actual gobernador, don Mariano Benitez. Yo dejé mi co-
" lumna en Tucumán, y seguí para la frontera de Salta, con
" una pequeña escolta, en pós de la columna del señor Avella-
" neda, á cuya presencia, la montonera de Saravia desapareció,
" ocultándose en las soledades impunes de Santiago. La pro-
" vincia de Salta, que había estado en paz muchos años, se ha-
" bía pronunciado contra Rosas, sin prepararse para la guerra.
" No había un solo hombre, que conociera un punto de reunión,
" ni su jefe, ni su capitán, ni había jefe alguno, que supiera de
" sus soldados. El Gobierno no tenía vigor, ni para castigar
" con una simple reconvención, delitos políticos, por los cuales

Mendoza. Fuera de eso, para determinarse á semejante movimiento, preciso era que supiese positivamente la retirada del general La Madrid, y cuando esta llegase á su conocimiento, ya este habría vencido la mayor parte de las cincuenta leguas que separan la Rioja de Catamarca. Además de lo que he dicho antes, debió influir en la resolución del general La Madrid, su gusto por las operaciones aventuradas, á que él mismo nos asegura que es muy afecto.

El General vaciló entre los dos partidos que tenía que tomar, que eran, marchar sobre Aldao, ó dirigirse sobre San Juan, desentendiéndose aparentemente de aquel. Se decidió por el último, en lo que anduvo muy acertado, pués que era el mejor medio de hacerlo dejar su guarida y traerlo á un combate, en lugar más ventajoso.

Efectivamente, era evidente que viendo Aldao marchar al general La Madrid sobre Cuyo, saldría á estorbarlo, porque no querría perder la base de sus operaciones. Entonces si se conseguía batirlo, se había conseguido uno de los objetos que se tenian en vista, y quedaba aún la decisión para proseguir ó no en demanda del segundo.

" Rosas extermina familias enteras. En tal estado, una provin-
" cia tan fuerte como la de Salta, no podía sostenerse, sinó
" existiendo dentro de su territorio una fuerza extraña, que la
" provincia de Tucumán necesitaba en su propia frontera. Vi-
" ne, pués, á esta capital, acompañado del señor Avellaneda,
" para aconsejar al Gobierno, y ayudarle á despertar el espíri-
" tu nacional de los salteños, y organizar las milicias de la
" campaña, para que la provincia de Salta pudiera bastarse á
" sí misma; pero á los dos dias de estar en esta ciudad, supe
" que un ejército enemigo, de las tres armas, ocupaba el río
" Hondo, frontera de Tucumán, á veinte y tantas leguas de
" aquella ciudad. Oribe, en su retirada de la Rioja, al saber
" que nuestro ejército se dirigía sobre aquella provincia, dió
" vuelta sobre Santiago, agregó la columna de Garzón, que se

El ejército nuestro, no llevaba, según el general La Madrid, más que novecientos hombres, en lo que puede haber equivocación, porque luego asegura á la vanguardia, cuatrocientos sesenta, y á los demás cuerpos, quinientos setenta. Pero esto importa poca cosa, siendo sí de advertir, que iban escasos de bueyes, de caballos, de carne, y de todo auxilio. Si hemos de dar entero crédito á estas aserciones, preciso es confesar, que el general La Madrid fué á colocarse en una situación casi desesperada, de que solo pudo salir momentáneamente por un milagro. Era de desear, que hubiera previsto tan tremendos inconvenientes, para remediarlos, ó no exponerse á ellos, salvo el caso de que absolutamente hubiera podido hacer otra cosa.

La acción de Angaco, fué un suceso extraordinario que estaba fuera de la previsión del General. El había mandado al coronel Acha á tomar caballos y bueyes para el ejército, con la orden que se incorporara, luego que los obtuviese. Esto era en el orden, pero el coronel no lo hizo así, pués que habiendo entrado el 13 á San Juan, y tomado excelen-

---

" hallaba en marcha, se reunía en Loreto, con Lagos y Maza, y
" vino al río Hondo, donde se le incorporó una fuerza de mil
" santiagueños, aproximadamente. Este ejército constaba de
" ochocientos infantes, seis piezas de campaña, mil doscientos
" hombres de caballería porteña, y los santiagueños referidos.
" A pocas horas de recibir los partes que comunicaban estas
" noticias, hice volar al señor Avellaneda, para que regresase á
" Tucumán, con la columna que había traido á la frontera de
" Salta, y yo seguí detrás de él, con cuatro horas de distancia.

" El señor Avellaneda, al ausentarse de Tucumán, había de-
" legado el mando á un tal Ferreira, antiguo jefe de Heredia.
" Este traidor, que seguramente había revelado al enemigo la
" oportunidad de invadir, en lugar de disponer al país á
" la defensa, lo disponía á la sumisión. Cuando llegué á la

tes caballos, no los tuvo el ejército, pero ni la noticia de sus operaciones.

Acha tuvo noticia que Aldao venía en aquella dirección, y tan lejos de incorporarse á su ejército, se avanza impávidamente á esperarlo en la boca de la travesía. ¿Hizo bién ó mal, el coronel Acha? Esta es una cuestión que no quiero resolver, tanto porque me faltan antecedentes para juzgar, cuanto porque el éxito justificó, en cierto modo, la conducta militar de ese valiente Jefe.

Si su situación y circunstancias lo ponian en el caso de batirse, hizo muy bién en elegir una posición en extremo ventajosa, como lo era la boca de la travesía. A quién conozca lo que esa voz significa, no le será difícil comprender, que un cuerpo de tropas que acaba de hacer tan penoso camino, sale exhausto, fatigado, sediento, y por lo común, en tal cual desorden. Fué, pués, muy bién pensado aprovechar esos momentos para trabar la lucha, y tan solo extraño, que el general Acha no tomase la iniciativa en el ataque, dando quizá tiempo á que se refrescasen y recuperasen, en parte, las cansadas tropas del enemigo. Este era

---

" ciudad de Tucumán, creyendo encontrar, al menos la columna del señor Avellaneda reunida, la encontré completamente disuelta, por el terror y la seducción que el enemigo había derramado, ayudado por Ferreira y algunos otros traidores. El hecho es, que el ejército se hallaba á cuatro leguas de la ciudad de Tucumán, cuando yo, al llegar allí, no teníamos más que ción hombres, de que se componía mi escolta, ochenta infantes, entre los cuales había cuarenta fusiles útiles, y nueve piezas de á cuatro, de las que el general La Madrid había dejado por inútiles, y que yo había conseguido dotar regularmente. Mis escuadrones, que el traidor Ferreira había tenido gran cuidado de tener desmontados, habian salido á pié, en diferentes direcciones, á buscar caballos. ¡Qué horrible situación!

el modo, aunque parecía algo atrevido, de sacar todas las ventajas posibles de las respectivas situaciones.

En la descripción que hace del campo de batalla, cuando lo reconoció tres ó cuatro dias después, parece indicar que la posición de Acha fué defensiva, habiéndose colocado detrás de una acequia, en donde fué circundado por el enemigo.

El general Lavalle, en su carta refiriéndose á la declaración de dos desertores, dice que la infantería de Aldao se pasó á Acha, y que esta fué la causa de su derrota. Sin embargo, no habiendo oido ni visto esta circunstancia estampada en parte alguna, no le damos crédito; pero sí diremos, que las disposiciones morales de las tropas de Aldao, no eran muy favorables á la causa que se les hacía defender, porque los prisioneros que se le tomaron, y que Acha incorporó á sus tropas, se batieron bién á los tres dias, sosteniendo la nueva causa que habian adoptado.

Sea lo que sea; la acción de Angaco fué gloriosa, bién fuesen dos mil hombres los que tenía Aldao, bién fuesen mil seiscientos, como dicen el general Lavalle y Pedernera.

" A las dos de la madrugada del 4 de Setiembre, salí de la
" ciudad con mi pequeña fuerza, pasé por el flanco izquierdo
" del ejército enemigo, y reuniendo en esta marcha mis escua-
" drones, medio montados y medio á pié, pasé el río de Fama-
" llá, y quedé á retaguardia del ejército enemigo, el cual, supo-
" niéndome bastante fuerte para batir á Garzón, que con
" setecientos hombres, de las tres armas, había quedado á su
" retaguardia, con su parque y bagajes, retrocedió rápidamen-
" te doce leguas. Entonces volví por el mismo camino sobre la
" capital, y pude respirar en cuatro dias que el enemigo per-
" maneció inactivo. Reuniendo Garzón todo el ejército enemi-
" go, volvió sobre la capital, por el camino por donde yo había
" maniobrado. Mis escuadrones estaban ya montados, á caba-
" llo por hombre, y había reunido, además, trescientos milicia-

Ella hace el más alto honor al valor, al patriotismo y á la abnegación de los que en ella se encontraron. El triunfo, sobre ser en extremo honroso, por su desproporción de las fuerzas, fué completo, porque las de Aldao fueron batidas hasta ser pulverizadas. En una palabra, es un hecho de armas, tanto más digno de admiración, cuanto saliendo de las reglas comunes, debía ser menos esperado.

Es incomprensible el silencio del coronel Acha respecto del General del ejército, quién solo tuvo noticias de su entrada en San Juan, de su victoria, y de su desastre final, por los prófugos, si se exceptúa el papelito que le mandó con un joven sanjuanino, con estas solas palabras: *Me sostengo. Acha.*

Por más que uno haga esfuerzo para explicar estas cosas, de un modo inocente y natural, es imposible conseguirlo, ni precaverse de un sentimiento de disgusto, cuando tiene que ocurrir á otras mortificantes suposiciones (1).

---

(1) Una vanguardia no es un cuerpo independiente del ejército, sinó una parte, ó mejor diremos, un miembro de él. Sus deberes son grandes,

---

" nos del regimiento de la capital. A la aproximación del ene-
" migo, por el camino de arriba, como he dicho, tomé yo uno
" de los dos de abajo, y caí á Monteros, doce leguas al sur de la
" capital. El enemigo entonces, dejó en ella una guarnición de
" doscientos infantes, cuatrocientos hombres de caballería y
" tres piezas, á las órdenes de Garzón, y con el resto de sus
" fuerzas, volvió á marchar hacia al sur, y acampó en la orilla
" izquierda del río de Famallá. Yo mantuve mi campo á seis le-
" guas del enemigo, y reuní entre tanto, quinientos milicianos
" más, de los de Monteros, y otros departamentos. Mi fuer-
" za ascendia entonces á mil trescientos hombres de caballería,
" y los infantes y cañones referidos.

" Dos dias medité profundamente sobre mi situación, y me
" resolví á atacar al ejército enemigo, siéndome imposible caer

El coronel Acha luego que entró á San Juan, debió antes que todo, ocuparse del ejército de que dependía, y proporcionarle cuantos caballos y bueyes pudiese, tomando él, por supuesto, los que le fuesen necesarios. Debió también replegarse ó alejarse del cuerpo principal, según las circunstancias, pero sin perder jamás sus comunicaciones con él.

Aún después de batido Aldao, no debió olvidarse del ejército, de sus compañeros, ni del General en Jefe, por la sola vanidad de ocupar un pueblo, cuya posición era más segura obrando con más orden y cordura. Si lo ocupó nue-

---

y no consisten solo en marchar delante, proveyendo á su propia seguridad y mejoramiento, en medios de subsistencia y de movilidad. Tiene la rigurosa obligación de aclarar el terreno, para atender también á la seguridad del cuerpo principal que cubre, y á quién precede. Tiene también su jefe, la de dar cuenta al General en Jefe, de las adquisiciones que haga sobre el enemigo, y obrar estrictamente, según sus órdenes. Puede parecer, á quién no conozca nuestro país y el desorden militar de varios de nuestros ejércitos, extraña esta advertencia; pero sépase que ella es muy conveniente para la instrucción de algunos caudillejos (no quiero incluir en este número al coronel Acha), que se creen que mandando una vanguardia pueden obrar con independencia. El año 42, mandando el general Nuñez mi vanguardia en Entre Rios, tuve con repetición que hacerle estas advertencias.

" sobre la parte más debil en número, que era la guarnición de " la ciudad. Las razones por qué me decidí á dar batalla tan " desigual, las expondré si algún día se me hace cargo del re- " sultado. Por ahora, su conocimiento le es á usted inutil.

" Durante la noche del 16 al 17 pasé el río de Famallá, vein- " te cuadras del campo enemigo, aguas arriba, dando vuelta " sobre mi derecha; amanecí formado en batalla á la espalda " del enemigo, y á una distancia de veinte cuadras aproxi- " madamente. El enemigo dió vuelta y me atacó al instante. " El éxito de la batalla dependía del combate, entre mi izquier- " da y la derecha enemiga, donde estaba lo selecto de la caba- " llería de ambos. Mi derecha y la izquierda enemiga, compues- " tas de los santiagueños, esperaban el resultado del combate " del ala opuesta, para huir ó avanzar. La poderosa infantería

vamente, debió ser en ventaja del ejército, y entonces hubiera sido para mandarle caballos, víveres y recursos. Nada de esto hizo, aunque debía constarle la penosa fatiga con que se arrastraban sus compañeros, por falta de medios de movilidad, y lo que llenaría de asombro al menos inteligente, es que no diese un aviso, ni pasase al General un parte de sus operaciones, y de sus sucesos.

No puede darse otro nombre á este desgreño, que el de una verdadera anarquía militar. En vano es buscar en otra parte la causa de nuestros desastres, porque aquella es el origen de todos ellos. Me admira que el general La Madrid los atribuya á motivos casuales, ó pasajeros, y del momento, cuando debiera conocer que la indisciplina produjo los terribles resultados que hemos deplorado.

No es esta la única vez que durante estas tres campañas vemos sacrificada la causa pública, á rivalidades personales (1). Pocos dias después, se perdió una célebre batalla, por idénticas razones.

(1) Se me ha asegurado, y me ha merecido asenso, la especie de que se urdía en el ejército del general La Madrid, una conspiración que tenía

---

" enemiga estaba contenida, y obligada á tenderse en el suelo,
" por el fuego de nuestros tres cañones, que habian tenido la
" fortuna de desmontar una pieza de á ocho, la más fuerte del
" enemigo. La derecha enemiga atacó á mi izquierda; mis pri-
" meros escuadrones fueron vencedores, y lancearon por la es-
" palda más de cién enemigos; pero el escuadrón Libertad, al
" que no tocaba sinó un esfuerzo muy inferior al que habian
" hecho los otros escuadrones, huyó á treinta varas del escua-
" drón enemigo, que le tocó cargar, y la derrota de la izquier-
" da empezó á pronunciarse. Lancé entonces mi escolta, que
" tomaba perfectamente por el flanco, izquierda de la derecha
" enemiga. En su primer ímpetu, arrolló una parte de la fuerza
" enemiga que perseguía, pero no fué ayudada por los otros es-
" cuadrones, que debian haber vuelto caras inmediatamente, y

El 16 había sido la victoria de Angaco, y el coronel Acha regresó á ocupar San Juan, sin tomar medida alguna respecto al ejército, ni aún se dice que tomase alguna, con respecto á la población en que se había situado. El 18 fué sorprendido cumplidamente, casi por los mismos milicianos que acababa de batir. Podemos preguntar, ¿dónde

por objeto derribarlo, luego que estuviesen más asegurados de la provincia de Mendoza, y llamar al general Las lleras, á que se pusiese á la cabeza de los negocios y del ejército. Al frente de esta conspiración, ó mejor diré, como principal agitador, se encontraba don Joaquín Baltar, que fué después, no solo por lo que dicen las Memorias, sinó por uniforme testimonio de los que estuvieron presentes, uno de los causantes de la derrota del Rodeo del Medio, que tuvo lugar el 24 de Setiembre inmediato. Muy distintos de los de este funestamente célebre personaje, eran los sentimientos del coronel Acha; más, sin embargo, es muy probable que estuviese iniciado, y que hasta cierto punto participase de la mismas disposiciones. Siendo esto cierto, se explica esa independencia que empezaba á ostentar, ese desvío del General, y ese olvido de las consideraciones que debía á la primera autoridad del ejército, y al orden militar. En una publicación que con el título *Rectificaciones*, acaba de hacer el general La Madrid, atribuye la conducta de Acha á un genio pueríl, y aún le llama niño jaquetón, sin negarle su bravura. Yo pienso de otro modo, sin desconocer que le faltaba algo de la circunspección necesaria, á un Jefe de categoría.

" huyó también. Mi derecha, que mandé en el acto cargar á la " izquierda enemiga, se disolvió al moverse, y entonces los san- " tiagueños avanzaron, porque ya no tenian enemigos. Debe " usted inferir, lo que harian mis pobres ochenta infantes, cuya " mayor parte tenian fusiles descompuestos. Huyeron á sal- " varse en un bosque inmediato. Mis tres piezas fueron toma- " das por el enemigo, que no persiguió á nadie, sinó á mi sola " persona, pués nuestra izquierda había salido del bosque con " menos pérdida que el enemigo, el que siempre la respetó, aún " viéndola dispersa y en fuga.

" Se perdió, pués, la batalla de Famallá, y á los once dias " llegué á esta ciudad, con la mayor parte de mi ala izquierda. " Mi ala derecha era toda de tucumanos, que se fueron á sus " casas.

están los héroes de Angaco? ¿Dónde los valientes que habian vencido á tropas mejores que las que los que ahora los atacaban, uno, contra tres ó cuatro? Que respondan los partidarios de ese entusiasmo momentaneo, que hacen consentir por lo general, en gritos y en estruendosos vivas, las disposiciones morales del soldado.

A vista de esto, está uno tentado á creer, que la victoria de Angaco, fué una gran casualidad, proveniente de circunstancias, que no se repiten muchas veces.

Sea como fuere, la victoria de Angaco, había sacado al general La Madrid y su ejército, de una situación desesperada, que si hubiera sabido aprovecharse, hubiera podido restablecer los negocios de la revolución, que iban tan de capa caida. Hemos apuntado los errores de Acha; examinemos los que cometió el general La Madrid.

El 14 ya tuvo noticia de que Aldao se dirigía sobre San Juan, y desde entonces no debió dudar, que una batalla era irremediable. El principal objeto debía ser reunirse cuanto antes con su vanguardia, ya haciéndola replegar, ya acelerando él su marcha. Lejos de eso, se fluctuó en indecisio-

---

" Suplico á usted, no dé á esta victoria del enemigo, la im-
" portancia que yo mismo no le doy, aún estando en el teatro
" de las más vivas sensaciones. Quiera usted reflexionar, que
" el enemigo ha cometido un error inaudito, como el que come-
" tió antes, aglomerándose en la Rioja, tal vez por el torpe fu-
" ror de perseguir mi persona. En lugar de reunir todas sus
" fuerzas contra el general La Madrid, que llevaba todo el po-
" der militar de estos pueblos, ha dejado batir al Fraile separa-
" do, ha dejado á Pacheco con fuerza infinitamente inferior á la
" del general La Madrid, y él se viene con la mayor parte y más
" selecto de sus tropas, á derrotar milicianos en Tucumán.

" Estoy inflamando el patriotismo de los salteños, y tengo
" esperanza de recibir al enemigo, si avanza á esta provincia,
" con una guerra popular, llamada comunmente de recursos.

nes sobre abandonar parte de la artillería y carretas, concluyendo por no hacer cosa alguna, y seguir arrastrando tan pesado trén.

Otra de sus principales medidas, debía ser concentrar todas sus fuerzas; pués, es sabido que en vísperas de una batalla, no se separan cuerpos que no puedan tomar parte en ella. Sin embargo de esto, lo vemos que destaca al coronel Peñaloza con un cuerpo relativamente respetable, á un lugar lejano, con el motivo de que se montase bién, cuando acababa de venir de su distrito, y es regular que tuviese aún sus caballos en buén estado. Pero, aunque no fuese así, era menos mal que se combatiesen mal montados que el que estuviesen á veinte leguas del lugar del conflicto, en donde, ni poco ni mucho servirian.

Es verdad que esto, dice que sucedió el 13, no siendo sinó el 14 que tuvo noticia de la venida de Aldao; pero advertido que era de esto, debía hacerlo regresar inmediatamente, y no vemos que lo hiciese ni que lo pensase. Así sucedió, que el Fraile, que debió lidiar con un cuerpo de tropas tres veces mayor, solo combatió con la división del

---

" Juzgará usted fácilmente, que todo mi conato se contrae á
" atraer al ejército enemigo á Salta, á entretenerlo en esta pro-
" vincia, pués en la ausencia del general La Madrid, puede ha-
" cer rápidos é impunes progresos. Pacheco, con la fuerza que
" le ha quedado, es muy debil contra él, y será fácilmente des-
" truido ú obligado à la retirada. Me parece cierto, que el ge-
" neral La Madrid, á principios de Noviembre puede estar ya
" en el territorio de Córdoba, y si yo consigo atraer al ejército
" enemigo á Salta, no podrá volver á aquel teatro, hasta el oto-
" ño, para perder estas provincias (si las hubiese conquistado),
" en el momento que empiece su retirada. Soy, pués, de opi-
" nión, que la batalla de Famallá, si podemos comprar con ella
" la permanencia del ejército enemigo en estas provincias, es
" una fortuna para la causa de la Libertad. Hasta ahora no

coronel Acha, á cuyo esfuerzo, sin embargo, tuvo la deshonra de sucumbir.

No dice el general La Madrid que día fué el que se presentaron Burgoa y Olembert, dando noticia del conflicto en que dejaban á Acha en Angaco; pero supone que debió ser la noche del 16, día del combate, y en la mañana del 17. Al otro día ya tuvo noticia más circunstanciada, por dos prisioneros que se tomaron.

El 19, á las tres de la tarde, se le presentó el comandante Igarzabal, avisando la sorpresa de Acha, quién le dió indicios que este Jefe con la infantería, se sostenía en un potrero. Esa noche y siguientes, hizo disparar cañonazos, para advertir á Acha de su aproximación.

El 22, á las doce y media (notable exactitud), se le presentó un joven sanjuanino, que traía un papelito de Acha, que decía: *Me sostengo. Acha.* El joven había salido la noche antes, pero no pudo llegar por inconvenientes que sufrió en el camino. Volvió á disparar cañonazos de aviso, y se puso en camino á las dos y media de la tarde.

Al otro día se tomó un hombre que dió la noticia de

" tengo noticia de que el ejército enemigo haya avanzado al " Tala, que es la línea divisoria de Salta y Tucumán; solo la " montonera de Saravia, que se hallaba, hacen dos dias, en la " costa del Pasage, muy abajo. Esta montonera, suponiendo " que mis restos se pondrian en fuga al primer tiro, me atacó " de sorpresa en la madrugada del 25, estando yo acampado " entre el río de las Piedras y el Pasage, pero solo cincuenta ti- " radores, con que los hice cargar, luego que aclaró el día, le " pusieron en una completa derrota, matándole bastantes hom- " bres, de los cuales se contaron más de veinte en el bosque.

" Por el discurso del presidente de Chile, á las Cámaras, y " los tres números del «Mercurio» de Valparaiso, que le inclu- " yo, se impondrá usted, para su satisfacción y la de su ejérci- " to, que si la República de Chile no declara la guerra al tirano

haberse rendido Acha, y no fué sinó el 24, y debía ser muy tarde que entró lo que se llamaba ejército á la plaza de la ciudad de San Juan, desalojando á los enemigos que se presentaron á su inmediación.

Diez dias habian pasado desde que supo el general La Madrid la venida del Fraile sobre San Juan, y cinco, después que por el comandante Igarzabal llegó á su noticia la sorpresa que había sufrido Acha, y la terrible situación á que se veía reducido con su infantería. Nunca anduve por esos lugares, é ignoro las distancias (1), así es que no puedo discurrir con exactitud en este particular. Sin embargo, á estar á lo que solo muestran las Memorias, nos preguntaríamos, ¿pudo el general La Madrid acelerar su movimiento, de modo que socorriese al desventurado Acha? No me

(1) Pienso escribir á Montevideo pidiendo algunos conocimientos de los lugares que se mencionan, y de las distancias. Si lo consigo, aumentaré estas observaciones por medio de una nota que colocaré al último. ¡Ojalá que ellas nos salven del pesar que nos causaría la convicción de que pudo evitarse ó atenuarse aquella horrible catástrofe!

" Rosas, como lo exige la opinión bién pronunciada de aquel " país, á lo menos será facil obtener recursos de armas y dine- " ro, á más de lo que fortalece nuestra moral, el sentimiento de " las simpatias que inspiramos en Chile. De estas simpatias te- " nía yo ya conocimiento, desde la Rioja, después que se insta- " ló allí una Comisión Argentina, presidida por el general Las " Heras, con los mismos objetos que tenía la de Montevideo.

" La República de Bolivia restableció el gobierno del gene- " ral Santa Cruz, pero este jefe no se ha presentado en su país, " que es presidido hoy por el señor Calvo, vice-presidente de " la República, en la época del general Santa Cruz. El señor " Calvo no deja de luchar con graves inconvenientes en su mar- " cha, porque además de algunas resistencias interiores, aun- " que al parecer insignificantes, ese cambio ha alarmado al Pe-

atrevo á juzgar, y me limitaré á algunas ligeras observaciones.

Si antes había deliberado sobre dejar algunas carretas y cañones para acelerar su marcha, pienso que entonces había llegado el caso de abandonar la mitad de su trén, para salvar lo más, que era su vanguardia. Era también llegado el lance de hacer uno de esos esfuerzos extraordinarios, en que los hombres se hacen superiores á sí mismos, para llegar cuanto antes á San Juan, de donde no podía estar muy distante, pués conceptuaba que los disparos de sus piezas fuesen oidos en la ciudad. En otro caso, era enteramente inutil y aún perjudicial, esa demostración. Y adviértase, que en aquellos lugares quebrados y de bosque, el estampido del cañón se propaga menos que en los terrenos rasos, ó en el mar, lo que también es regular tuviese presente.

En Samacoa se perdió más de una noche por falta de agua, por cuya razón tuvo que mandar con el coronel Abalos y dos escuadrones, las caballadas á tres leguas de distancia, quedándose entre tanto á pié, lo que al fin poco produjo, porque las bestias bebieron mal, y los soldados se

---

" rú, que ha aproximado el ejército á Puno. Ignoro si la República de Chile tomará parte en la contienda que se prepara entre el Perú y Bolivia. Yo creo que no, si el general Santa Cruz no viene á su país, en cuyo caso, también es probable que haya un avenimiento entre Bolivia y el Perú.

" Conoce usted el ingrato motivo que me imposibilita para escribir al gobierno de Corrientes. Por otra parte, yo creo que aquel acto inaudito, importa más que una destitución del cargo público, sinó en cuanto sea absolutamente necesario para defender el territorio que se me ha confiado, por la muy expontánea voluntad de estos pueblos. Acabo de hablar con el señor gobernador Benitez, y ha salido de aquí para contraerse á escribir al Exmo. señor Ferré.

" Su siempre amigo y servidor. JUAN LAVALLE."

comieron nueve bueyes, sin que los jefes pudiesen remediarlo. Muy grande debió ser la necesidad que le obligó á esta medida, que además de hacerle perder un tiempo precioso, lo obligaba, en campo enemigo, á separarse á tanta distancia de la caballería y de todos sus medios de movilidad. Si el enemigo hubiera podido aprovecharse de este incidente, y hubiese atacado al coronel Abalos, estaban todos perdidos, sin escaparse uno solo.

Sin embargo de la falta de los nueve bueyes, y de haberse movido tarde, pudo llegar, ya cerrada la noche, á una legua de la Punta del Monte, que dista siete leguas de San Juan, donde formó cuadro, y proclamó la tropa.

Esto debió ser el 21, porque dice que amanecido el 22, se puso en marcha para la Punta del Monte, en donde, hombres, bueyes y caballos, acosados de la sed, se precipitaron al agua, y estuvieron por mucho tiempo sin levantar la cabeza. De allí anduvo algunas cuadras para acamparse, á las ocho de la mañana, en una hermosa casa, donde comieron muchos zapallos y gallinas. Allí fué que recibió el aviso traido por el joven sanjuanino.

" P. D. —El teniente coronel don Carmen García, joven á " quién aprecio tanto, como usted lo manifiesta, por el interés " con que quiere saber de él, es mi ayudante. El capitán don Ig- " nacio Alvarez, me aseguran que rodó al llegar al Monte Gran- " de, cerca del campo de batalla de Famallá. Ignoro, pués, cual " será su suerte. Sabe usted, que otro hijo del general Alva- " rez, que estaba en este ejército, murió en la batalla del Sauce " Grande; procure usted ocultar á aquel buén amigo, lo que " ha ocurrido á Ignacio.

" Le ruego tome el más vivo interés, en que la carta adjunta, " para mi esposa, le llegue con prontitud y seguridad.

" No puedo dejar de recomendar á usted al comandante " Brest, como á un bravo jefe de escuadra. Me es muy satis- " factorio saber que el general Nuñez está incorporado al ejér-

A las dos y media de la tarde se movió recién, llegando á Angaco que dista legua y media de la Punta del Monte, al cerrar la noche. De esta relación, que es exactamente extractada de las Memorias, se deduce que desde la madrugada hasta la noche, solo anduvo, un cuerpo de quinientos ó seiscientos hombres, *dos leguas y media*, debiendo hallarse entonces á cinco y media de la ciudad de San Juan.

En esa noche se marchó, después de racionar la tropa, de carne, y se acampó, dicen las Memorias, en una hacienda que está un cuarto de legua antes de llegar al río.

Aquí nos deja la relación del general La Madrid en la mayor ignorancia de lo que hizo el 23, pués que salta por sobre este día para decir que, *asi que amaneció el 24 se puso el ejército en movimiento, llevando el batallón tucumano y la artillería á vanguardia.* Es probable que haya padecido una equivocación, y que no nos es posible señalar; pero sea lo que sea, el hecho es que este día pasó el río de San Juan, espantó al enemigo que se le presentó á su frente, y entró á la plaza sin resistencia; allí permaneció hora y media

---

" cito de su mando. Le será de gran utilidad en todas partes, " principalmente en Entre Rios. Igual satisfacción tuviera en " saber, que hubiera lavado Olavarría, la mancha de su retira- " da de este ejército, incorporándose al de usted. Olavarría es " uno de los mejores jefes de caballería que hay en estos paises, " pero está tan cansado, que le llena de temor la idea de una " campaña de un año.

" La caballería que el general La Madrid llevó á Cuyo, se " compone en gran parte, de escuadrones del primer ejército " Libertador. Allí está el coronel Abalos, mandando una le- " gión; el comandante Ocampo está conmigo, á la cabeza de " un escuadrón, todo de correntinos. Estos dos jefes son dig- " nos de la aceptación de que gozan.

" Su amigo. Juan Lavalle."

formado, y salió á acamparse á una legua de distancia, camino de Mendoza.

Es extraño que el general La Madrid, que nos cuenta con la más cándida minuciosidad, que se carneó una potranca ó mula, que se mataron algunas cabras, que se tomaron gallinas y se comieron muchos zapallos, y otras muchas cosas de esta clase, era tan económico de palabras para decirnos punto por punto, como era de esperarse, y como convenía á su propia reputación, las marchas que hizo y los esfuerzos que practicó para socorrer al coronel Acha, en la cruel situación á que se vió reducido.

No soy capáz de sospechar que quisiese dejarlo sacrificar, porque ni cabe eso en los honrosos sentimientos que le supongo, ni tampoco cabía en los intereses de todos, y particularmente de él mismo; me temo á que hubiese falta de resolución, para en esos momentos supremos, sobreponerse á todos los peligros, y á toda consideración subalterna, para llegar á tiempo de salvar la mitad de su ejército con la mitad que le quedaba (1).

(1) Me hallaba en el arroyo de la China el año 42, cuando se me

---

" Salta, Octubre 4 de 1841.

" Señor general don José María Paz.

" Querido amigo.

" Acabo de firmar la larga carta que dicté ayer para usted. " Todo lo que contiene, es una verdad severa, y que tiene en su " apoyo, el testimonio de centenares de testigos.

" Ahora tengo el dolor de comunicarle, que el malvado San- " doval, conocido de muchas personas que están con usted, ha- " biendo reunido en la dispersión de Famallá, algunos fu- " gitivos, é induciéndolos al crimen, tomó presos al señor " Avellaneda y coronel Vilela, y regresó con ellos á Tucumán, " entregándolos al enemigo. Avellaneda y Vilela habian co- " metido la imprudencia de huir de mi comitiva, que marchaba

El 25 y 26 permaneció á una legua de San Juan, mientras se hacian algunos arreglos, en lo que seguramente nada hay que decir; pero no dejaré de notar que fué una circunstancia muy felíz el regreso del coronel Peñaloza que había sido destinado el día 13 á la Laguna, lugar intermedio entre San Juan y Mendoza.

Si la acción y toma de Angaco, fué un suceso providencial que prolongó por unos dias la vida del ejército, el arribo de Peñaloza lo fué también para continuar hasta Mendoza y abrirse un boquete, por donde aunque fuese á

---

presentaron unos cuantos ciudadanos que habian hecho las campañas, del ejército Libertador, en Buenos Aires y en el interior de la Rioja. Yo acababa de llegar de Nogoyá, donde tuve que abandonar las carretas, para salvar los restos que me quedaban de la fuerza con que salí del Paraná. Sin esto, es seguro que todo lo hubiera perdido. Al saber esta circunstancia un señor emigrado, de la campaña de Buenos Aires, dijo: *Qué bién hizo usted, pués nosotros dos veces hemos perdido todo, por conservar unas cuantas carretas. La primera, cuando la retirada de Santa Fé, que precedió al Quebracho; la segunda, en la campaña de Mendoza. Preciso es saber hacer algún sacrificio en tiempo, para salvar lo más. Lo contrario, es una estupidéz.*

" despacio y en orden, seguramente porque supusieron, como " otros varios, que mi persona será tenazmente perseguida, y " se lanzaron, casi solos, por una senda excusada. El primero " de estos dos desgraciados, me aseguran que llevaba setecien- " tos pesos, que tal vez ocasionaron su desgracia.

" Desde anoche recibo partes de la llegada de una columna " enemiga, á nueve leguas de esta capital. He mandado á ver si " es solo la montonera de esta frontera, y si la siguen tropas " regladas. En este caso, no podré sostener la capital, que no " tiene más que cién cívicos armados de fusíl, y haré la guerra, " llamada vulgarmente de recursos, si los habitantes se prestan " á ello. De lo contrario, siempre entretendré al enemigo, todo " el tiempo que pueda, y le mandaré en seguida, los restos que " conservo, y que le serán á usted precisos en aquel teatro. En

cordillera cerrada, pudiesen escapar después de derrotados, á Chile.

He dicho que la venida de Peñaloza fué felíz y providencial, porque nada era más facil y aún natural, que Benavidez, en su retirada de San Juan, hubiese caido sobre él, y lo hubiese concluido. Entonces era muy difícil que el general La Madrid hubiese podido llegar á Mendoza. Todo era duda, y él mismo personalmente, era perdido.

A presencia de los hechos, no temo equivocarme al asegurar, que tanto los movimientos de la vanguardia, como los del coronel Peñaloza, fueron inconexos y mal calculados. Si la sorpresa y rendición de Acha, hace honor á la capacidad militar de Benavidez, no lo merece su retirada de Mendoza, y el haber dejado incorporar á Peñaloza, pasando por su flanco, para reunirse con el general La Madrid; se empalagó con el primer suceso, y no supo sacar todo el partido que debía darle. Después de él, no vimos que hiciese la menor hostilidad, ni pusiese el menor embarazo á unas tropas debilitadas, y ya medio vencidas. Me hago cargo, de que el trén de artillería y la reputación

---

" este caso, irá el coronel Salas, del Tío, que es excelente sujeto; el comandante Oroño, y otros oficiales de Santa Fé; el comandante Ocampo con un escuadrón correntino, y los de la misma clase, Hornos y Olmos, irán como doscientos hombres de tropa, correntinos, santafecinos, cordobeses y porteños. El general La Madrid, ya he dicho á usted que tiene algunos escuadrones de los del primer ejército, y en los bosques de Tucumán, Rioja, Córdoba, etc., hay centenares de hombres que han podido sobrellevar los trabajos y la horrible miseria que ha pasado este ejército.

" Incluyo dos pliegos abultados, de este Gobierno, para el Exmo. señor Ferré, y etc.

" Siempre seré su amigo y affmo. servidor.

JUAN LAVALLE."

personal del general La Madrid, le impuso lo bastante para que no se le acercase, pero en la división del coronel Peñaloza no concurrian esas circunstancias, y sin embargo, lo dejó pasar impunemente.

El 27 de Agosto continuó el general La Madrid sus marchas para Mendoza, dejando de gobernador de San Juan, al coronel Burgo, y cincuenta hombres, que sin duda desmembró de su ejército. Es de creer que sería lo inutil, ó que menos falta le haría, en lo que obraría perfectamente, pués no debía desprenderse de la fuerza que iba á necesitar en el campo de batalla.

El día siguiente, 28, continuó la marcha, y lo mismo se hizo por la noche, viniendo á amanecerle cerca del Chañar. Allí se presentó don Policarpo Torres, fugado de Mendoza, que le dió importantes avisos. Uno de ellos fué, que los prisioneros y carretas con cañones habian marchado bajo la escolta de cincuenta hombres, en dirección al Retamo.

Ordenó al coronel Palao, y al de la misma graduación, Baltar, que era su íntimo amigo (1), para que marchasen esa

(1) Raro modo de servir y de mandar es, el tener un General que con-

---

" Salta, Octubre 2 de 1841.

" Señor general don José María Paz.

" Mi estimado General y amigo:

" Desde mi arribo á Chile, no he omitido dirigir á usted mis
" comunicaciones, en las pocas oportunidades que se me han
" presentado, y no obstante de haberle escrito desde allí y de
" esta República, no he conseguido contestación alguna suya.
" Esto lo he atribuido á que se habian, sin duda, extraviado;
" pués estoy seguro que de otra manera, había tenido ya la
" complacencia de obtener comunicación suya.

" Hacen pocos dias que hemos sufrido un contraste en el Tu-
" cumán, que nos ha obligado á retirarnos á esta provincia, en
" donde doblamos nuestros esfuerzos, para evitar que el poder

misma noche con su división, que estaba bién montada, á rescatar los prisioneros, etc. Baltar alegó lo peligroso de la operación, la cual, en resumidas cuentas, no se hizo.

No puedo juzgar de la operación en cuestión con exactitud, porque ni conozco los lugares (en nuestro país no puede hacerse consultando las cartas geográficas, porque no las hay, y mucho menos topográficas), ni las circunstancias en que se hallaba el enemigo, el ejército, y la provincia. Sin embargo, reflexionando sobre los pocos antecedentes que poseo, y lo que suministran las Memorias, me parece que la operación era bastante peligrosa y aventurada. Por la misma razón que al día siguiente de proyectada la ope-

sultar las relaciones personales de un jefe, para impartirle una orden, de cuya importancia cree estar seguro. Sin embargo, no es nuevo en nuestro país, ni en el señor Baltar, cuya habilidad consiste, en saberse ganar un caudillejo, á cuya sombra se presta seguro, por la comportación y la necesidad de considerar al personaje á quién ha sabido ligar y ligarse. Así lo vemos constituido en director del *bueno* del coronel Peñaloza, para extraviarlo y hacerlo marchar, según sus intereses ó sus caprichos. Esto es característico de nuestro país y de los campesinos. Luego hablaré de esto.

" do Rosas se haga dueño de todas estas provincias, ó al menos,
" se vea en la necesidad de conducirse hasta los extremos de la
" República, desde donde su regreso será necesariamente pe-
" noso y lleno de grandes obstáculos, por la falta de movilidad,
" que cada día se hace más difícil en estas provincias, casi del
" todo, exhaustas de caballadas.

" Oribe, con el poder de Rosas, vino á buscarnos al Tucumán,
" y no hay duda, que si hubiésemos sido fieles á nuestro pri-
" mer plán de operaciones (que era emborrachar al enemigo
" con puros movimientos, sin comprometer acción alguna), el
" ejército enemigo no habría podido hacer su conquista, y se
" habría visto en la necesidad de retirarse; pero, desgraciada-
" mente, se varió de repente aquel plán, y hemos tenido que lu-
" char contra aquel poder, con seiscientos hombres desmorali-

ración, que era cuando debió tener su ejecución, se hallaba Benavidez en Mendoza, y si no estaba en situación de impedirla, lo estaba al menos, de hacerla pagar bién caro. Sin embargo, no justifico al coronel Baltar, que por otra parte, tantas pruebas ha dado de tener un caracter díscolo, caviloso é insubordinado. Tampoco he querido decir que la operación fuese imposible; solamente he pensado significar así, los pocos datos que tengo á la vista, que era difícil y aventurada, lo que no quita que se hayan ejecutado otras muchas semejantes, con éxito y utilidad.

Después que comió el ejército, dicen las Memorias, marchó toda la noche sobre Mendoza, á cuya orilla fué á amanecer al día siguiente.

Según esta relación, deberíamos creer que esto fué el 29 de Agosto; pero con gran sorpresa vemos poner este acontecimiento el 2 de Setiembre, sin que se nos explique en qué se invirtieron, ni donde estuvo el ejército, en los tres dias que quedan ociosos é intermedios. Esta es una equivocación bastante frecuente en las Memorias, la que las hace más oscuras por las multiplicadas enmendaduras de los

---

" zados, de los restos del ejército de Lavalle. Este aconteci-
" miento no importaría nada, respecto á nuestro poder material,
" si no fuera la influencia moral; pero, aún sobre esta materia,
" avanzarán muy poco, porque las simpatias y el corazón de
" los tucumanos, será siempre nuestro.

" Entre tanto, el general La Madrid, que se había lanzado
" sobre las provincias de Cuyo, con tres mil hombres de las tres
" armas, bién disciplinados, ha deshecho á Aldao, que se halla-
" ba con mil seiscientos hombres, parte de los que él había or-
" ganizado y parte de las mejores tropas de Rosas, con que ha-
" bía sido reforzado. De suerte, que hoy se halla dueño de Cuyo,
" reforzando cada día considerablemente su ejército; lo que
" nos hace juzgar, que si Oribe quiere después marcharse so-
" bre Cuyo, La Madrid se encontrará en estado de poder re-
" chazar ó resistir ventajosamente todo su poder.

números de las fechas, que prueban las dudas de su autor.

Suponiendo, pués, que las operaciones de esos dias se quedaron en el tintero, daremos por hecho que la entrada á Mendoza fué el 2 de Setiembre, y que el mismo día salió el ejército á situarse en el Plumerillo, á una legua de distancia.

Otra vez se dió orden á Baltar, que marchase con la división Peñaloza, aumentada con una compañía de infantería y el escuadrón Julio. Aunque no desobedeció expresamente la referida orden, Baltar entretuvo el tiempo, de modo que su ejecución no produjo el efecto deseado. Benavidez se salvó con los restos que le seguian, como se habian salvado sus carretas de cañones, etc.

Pienso que esta vez está toda la razón de parte del general La Madrid; pués es muy natural que la fuerza de Benavidez se hubiese disminuido, no solo por las simpatias de los mendocinos, con la buena causa, como por el natural deseo de no dejar sus hogares. En el orden militar, no es admitida la deliberación en el subalterno, que debe obedecer lo que se le mande, aunque eso importe correr un gran

---

" Todos sus amigos, como yo, juzgábamos los más felices re-
" sultados de las operaciones de ese ejército, que tenemos noti-
" cia ha formado con su constancia y sacrificios, y nos prome-
" temos las más grandes esperanzas, de su capacidad y de lo
" que pueda hacer la moral y la disciplina de ese ejército, creado
" bajo sus auspicios, pués ya hemos tocado repetidos desenga-
" ños, de que nada se puede hacer con tropas inmorales é in-
" disciplinadas. Desde mi llegada, me ha sido sumamente
" sensible, el no haber andado unido á usted en esta penosa
" campaña; pero me consuela la esperanza de que algún día
" pueda satisfacer mis esperanzas.

" Quiera usted participar mis mejores recuerdos á los anti-
" guos compañeros de armas, y usted disponer de la invariable
" voluntad, de su más afecto y sinceramente amigo.

JUAN PEDERNERA."

peligro; pero, aunque le concedamos al señor Baltar el privilegio de discutir las órdenes del General, como lo hizo en el Chañar, y después en la batalla del 24, por esta vez no tuvo el menor vislumbre de razón, y su morosidad, fué efecto de su excesiva *prudencia*, de la que no dejará de dar nuevas pruebas.

Me parece fuera de duda, que empleando el señor Baltar un poco de más actividad, y persiguiendo á Benavidez con más vigor, pudo sacarse mejor partido, tomándole caballos y prisioneros, y desorganizando enteramente los restos que lo seguian. Más, nada de esto era decisivo. La cuestión debía ventilarse definitivamente en un campo general de batalla, y este acontecimiento, tan próximo como inevitable, debía ocupar, con preferencia, el espíritu y la imaginación del General.

En semejantes momentos, me parece que no debió ocuparse tanto el General de esos nueve cañones que estaban en el sur, y no podian dañarle, ni servirle de pronto. Mejor hubiera sido que después de alejar al comandante enemigo, Rodriguez, hubiesen volado esos jefes á reunirse al ejército y prepararse cuanto antes, para recibir el ataque principal, que debía venir de otra dirección (1). La misma audacia de Benavidez, que de prófugo que iba, tomó otra vez la ofensiva y reocupó el Retamo, indicaba claramente que estaba bién sostenido, y que había cambiado de rol.

---

(1) Aunque no pueda asegurarlo, algo he oido de que por causa de de este movimiento no se encontró en la batalla algún cuerpo del ejército, ó de Mendoza.

CAPÍTULO XXII

BATALLA DEL RODEO DEL MEDIO

Fuerzas del general La Madrid.—Sus errores antes de la acción.—Marchas del general Pacheco.—Inacción de La Madrid.—Su derrota.—La caballería del coronel Alvarez.—Extraño comportamiento del coronel Baltar.—Debilidades del general La Madrid.—Consideraciones sobre las batallas de este General.—Su abuso de palabras para con los soldados.—Lo que hubiera importado la presencia de La Madrid en Santa Fé.—Los derrotados atraviesan los Andes.—Digno comportamiento en esta campaña, de los coroneles Acha, Crisóstomo y Lorenzo Alvarez, Peñaloza, Lardina, Abalos, Salvadores y Rojas.—Del ciudadano don Francisco Alvarez.—De Acuña, Ezquíñego y los jóvenes del escuadrón Mayo.—La hoja de servicios del general La Madrid.—Conducta del coronel Baltar.

Es muy singular la equivocación que padecieron en esa época nuestros generales, pués que mientras el general Lavalle calculaba que Oribe se dirigiría con la mayor parte de su poder, en busca de La Madrid, este sospechaba que las fuerzas federales estaban muy lejos de él, y en consecuencia, á inmediaciones de Lavalle.

Por el contrario, después de la batalla de Famallá, el general Lavalle creía que el general La Madrid tenía más que sobradas fuerzas para rechazar á Pacheco (véase su carta), y ocupar, á principios de Noviembre, el territorio de Córdoba, mientras el señor La Madrid suponía que, *atendida la debilidad de Oribe, hubiese marchado sobre él el gene-*

ral Lavalle, y ocupado también el territorio de Córdoba, adonde debía dirigirse después de la batalla.

El 20 de Setiembre se movió el general La Madrid del Plumerillo á los potreros de Hidalgo, no porque supiese la proximidad del ejército enemigo, sinó á consecuencia de la ocupación del Retamo, por Flores y Benavidez. Reforzado ya este Jefe, y apoyado en el ejército de Pacheco, que lo seguía de cerca, pienso que eran inútiles y aún peligrosísimas las operaciones ofensivas que exigía el general La Madrid á su vanguardia. Ya era preciso, vuelvo á decir, no fijarse en otra cosa que en el empeño general que iba á tener lugar.

El 23 se avistaron los enemigos á la Cruz de Piedra, adonde acababa de llegar nuestro ejército á dar de comer á las caballadas. En el acto se puso este en movimiento para recibirlos, y ellos se retiraron hasta el Puente. Allí se les dispararon dos granadas y un cañonazo, con lo que se pusieron en *precipitada fuga,* en la que fueron perseguidos hasta cerrada la noche.

Por de contado, que esas granadas, ese movimiento y esa persecución, ni causó pérdida al enemigo, ni nos dió ventaja alguna. Todo ello no sirvió sinó para instruir á Pacheco, que tenía al frente todas nuestras fuerzas, y que debía prepararse para un combate general al día siguiente. Ello le reveló también, que ese era el campo de batalla elegido por su contrario, y de consiguiente, tuvo ocasión y tiempo de tomar todas las medidas con anticipación y descanso.

Me creo autorizado á asegurar, que ni hubo pérdida del enemigo, ni ventaja nuestra, porque no hubiera dejado de decirlo el autor de las Memorias, y porque quiero decir otra observación, que no está de más en este lugar.

Consiste en la importancia que dá el general La Madrid á pequeños sucesos accesorios, que tienen poquísima ó

ninguna influencia en el desenlace del drama, pués tal puede considerarse, hasta cierto punto, una batalla. Parece que no se comprendiera la importancia de la acción principal, cuando los episodios llaman toda la atención del General. Más, volvamos á la narración.

Después de esta escaramuza, y de cerrada la noche, se pernoctó como á media legua del Puente. El 24 tarde, al parecer, pués que se había distribuido algunos reclutas á los cuerpos, se tuvo noticia de que se avistaba por la otra parte del Puente todo el ejército enemigo. *Es justo advertir*, dicen las Memorias, *que hasta este momento no se tuvo en nuestro ejército un conocimiento positivo de que venía todo el ejército de Pacheco.* ¡Notable ignorancia! que es difícil concebir y explicar en un país que se suponía afecto á nuestra causa.

Nuestro ejército se puso en movimiento para ir á ocupar la posición que el General había elegido, *al frente del Puente, y lo más, un cuarto de legua antes de llegar á él.*

La fuerza de nuestro ejército no pasaba de mil doscientos hombres, según las Memorias, pero en renglón seguido, pasando su autor á referir la distribución de nuestras fuerzas, lo hace de este modo:

Derecha,	caballería . .	jefes,	Peñaloza y Baltar .	560
Centro . .	infantes 300 / artilleros 80	"	Salvadores	380
Izquierda,	caballería . .	"	Alvarez	270
Reserva,	id menos de 150	"	Acuña	140
			Total.	1350

Según esta avaluación ya tenemos 150 hombres más, ó lo que es lo mismo, una octava parte sobre la primera; lo que si no importa mucho por el peso que podía poner en la balanza, sirve para señalar el grado de credibilidad que

merecen estas avaluaciones de tanteo, al menos las que se hacen en las Memorias que nos ocupan.

El coronel Baltar, que era Jefe de Estado Mayor, solicitó ser empleado en la derecha, es decir, al lado de su íntimo amigo Peñaloza, de quién es *alma, sombra, consejero y director.* Pero lo gracioso que hay en esto, es que no sabemos en cual de los dos residía el mando, y que esta duda subsiste hasta después de la batalla y hasta hoy, pués que ni el tiempo ni las Memorias han bastado á aclararla, como veremos después.

El general La Madrid había elegido una posición, más no nos dice si el terreno le ofrecía alguna ventaja; pienso que no, y que según discurre el vulgo, solo buscó un campo despejado en que el fuego es completamente igual. Retirándose del Puente, renunció á la ventaja que podía darle, no la clausura de él, como dice el General, sinó la de atacar la columna antes que desplegase.

Para esto era preciso, que en cierto período de la operación tomase nuestro ejército la ofensiva y se lanzase sobre la cabeza del enemigo, con la que habría combatido á trances iguales, y acaso con la ventaja del número (1).

Cuando no hubiera hecho esto, podía haber ocultado del mejor modo posible, sus baterias, como lo hizo la tarde antes, para desenmascararlas en el momento preciso, y acribillar la columna al tiempo de pasar el Puente, para lo que se deja entender, que le convenía haberse aproximado más, cuando no lo hiciese desde antes, al tiempo adecuado para lograr su intento.

---

(1) Napoleón, en Arcola, para equilibrar su fuerza con la numerosa á la que era muy inferior en número, buscó los desfiladeros en que solo combatian las cabezas de las columnas. De este modo venció á un ejército mayor, combatiendo con fuerzas iguales.

Aún era preferible que hubiera cerrado el paso del Puente al enemigo, ó que lo hubiera cortado, pués al fin le daba más trabajo; y si el enemigo iba á buscar más abajo ó más arriba otro paso, se tomaba tiempo de maniobrar, de aprovechar algún descuido, y de preparar mejor sus nuevos soldados. Ya que el general La Madrid dá tanta importancia á las retiradas del enemigo, esta no podía perjudicarle.

A despecho de todas estas reflexiones que debieron ocurrírsele, hizo todo lo contrario, situándose á distancia que pudiese pasar libremente el ejército contrario, y dándole el tiempo que quiso para preparar sus tropas, y desplegar su línea. No es esto todo, como lo vamos á ver en seguida.

Protesto que tenía mejor concepto de la capacidad militar del general Pacheco que la que manifestaba la descripción de la batalla del Rodeo del Medio, que hacen las Memorias.

Según ellas, el ejército Federal pasó el Puente, é inmediatamente la gran columna de infantería varió á la izquierda, haciendo un cuarto de conversión sobre este costado, y corriéndose por el frente de nuestra línea, bajo los fuegos

---

" Santiago de Chile, Octubre 22 de 1841.

" Señor don José María Paz.

" Mi apreciado amigo y compañero:

" La fortuna aún quiere probar nuestra constancia. Después " de haber formado de la nada un ejército en Tucumán, de dos " mil y más hombres, y haber emprendido mi marcha á la Rio- " ja, para obrar de acuerdo con nuestro común amigo, el señor " general Lavalle, según se lo anuncié desde Salta y Tucumán, " y después, en fin, de haber hecho prodigios de valor, con un " puñado de valientes, con que me lancé desde la Rioja, sobre " la provincia de Cuyo, hemos sido desgraciados en Mendoza " el 22 del pasado, estando ya la victoria en nuestras manos, y " hemos tenido que refugiarnos á esta República, con más de

de la artillería. En tal estado, presentaba enteramente su flanco derecho, siendo este un momento sumamente oportuno para que nuestra infantería la hubiese cargado.

Después de haber sobrepasado nuestra derecha, sin hacer movimiento alguno ofensivo, y solo por socorrer su caballería de la izquierda, que había sido batida por el coronel Alvarez, retrocedió por el mismo camino, corriéndose otra vez en sentido contrario por el frente de nuestra línea y ofreciéndole el flanco izquierdo. Tampoco se aprovechó este otro momento, para hacer obrar nuestra infantería, y ya se sabe que en la guerra, perdida la ocasión, difícil es volverla á hallar.

Estas idasy venidas de la infantería del general Pacheco, son inexplicables, á no ser que pensemos que hacía tan poco caso de la nuestra, que pensara derrotarla sin batirla, y que todo lo era permitido en su presencia.

Viendo el General que sus órdenes para que cargase la caballería de la derecha eran desobedecidas, dió orden al coronel Salvadores para que se avanzase con los infantes que tenía disponibles y las dos baterias, al intermedio de

---

" cuatrocientos hombres, entre jefes, oficiales y tropa, cuyos " nombres he mandado imprimir para conocimiento de sus fa- " milias.

" Voy á hacer á usted una ligera relación de mi marcha y de " los acontecimientos que han tenido lugar, para que forme us- " ted una idea cabal de las cosas, y pueda reglar sus operacio- " nes, puesto que usted es hoy, con su ejército, la esperanza de " todos, y de la patria.

" A mi llegada á Catamarca, con diez piezas de artillería y " siete carretas, allanando con este tráfago la cumbre escabrosa " del Totoral, sin más elementos, que la decisión y entusiasmo " que había sabido infundir á mis soldados, y que reinaba tam- " bién en los jefes y oficiales, había experimentado una crecida " deserción en las fuerzas de Salta y Jujuy, cuyo ejemplo había

las dos líneas, siendo este el primer movimiento y la primera señal de vida que sentimos dar á nuestro centro. Adviértase que esto debía ser haciendo uso de sus fuegos, los que se sufrian también sin cesar de parte de la artillería enemiga. El modo en que se expresan las Memorias, dá lugar á creer, que hasta entonces habian estado callados nuestros cañones, si se exceptuan algunos cañonazos de que hace mención al principio.

Viendo otra vez que Peñaloza y Baltar no cargaban, y que casi toda la columna enemiga había pasado por su frente, dió orden al coronel Salvadores para que cargase á la bayoneta la cola de la columna enemiga. Salvadores replica, pero luego obedece, quedándose él en las piezas, y encargando del movimiento, al comandante Ezquíñego. Este Jefe lo hace con valor, y es seguido de sus soldados, los cuales, sin embargo, se desordenan algo por *las espinas*. Iban ya á herir con sus bayonetas al enemigo, que se seguía pasando en columna, y haciendo descargas (1).

(1) Esto es incomprensible, y cuesta creer que sea escrito por un General, de los antecedentes del general La Madrid. ¡Ver á una columna

---

“ también producido la de un corto número de mis paisanos.
“ Maza y Lagos, que ocupaban el Valle de Paclin, lo abandonaron así que de sorpresa ocupé las cumbres, y se dirigieron
“ por las cuestas de más abajo, á la provincia de Santiago, tomando su dirección á Loreto. Yo mandé en su persecución á
“ los valientes teniente coronel Aquino y coronel Salas, con
“ cuatrocientos hombres, largos, llevando entre ellos, ochenta
“ bravos cazadores de Córdoba, y pasé yo á ocupar la capital,
“ destacando sobre la Rioja al valiente teniente coronel Alvarez, mi sobrino. A los tres dias de estar en Catamarca, recibí
“ aviso de la derrota y muerte del general Brizuela, por los
“ pueblos Famatina, y retirada del general Lavalle hacia Salta
“ por Santa María. Este acontecimiento, que no fué posible
“ ocultar á la tropa, por haberlo comunicado el conductor an-

En estas circunstancias es herido Ezquíñego en un brazo; cae él y la bandera que llevaba, pero mandando á su tropa que haga *alto ó retirada*, lo que al parecer, no puede designar el autor de las Memorias. Los infantes se desordenan y retroceden, lo que, observado por el General, los proclama, los contiene, y los forma bajo los fuegos enemigos, pero para retirarse y tomar su primera posición; la artillería hizo lo mismo.

Entonces se hecha de ver que faltan municiones, y se manda á las carretas, donde solo se encuentra un cajón, con el que se renueva el fuego, en que los enemigos no habian cesado.

Viendo el General que la caballería de su izquierda y su reserva no regresaban después de su victoria, y que la derecha del mando de Baltar y Peñaloza, se habian puesto en fuga, ordenó á Salvadores que ocupase unos cercos, y él se lanza á retaguardia á contener á los cobardes que huian, y volverlos á la pelea.

---

atacada por el flanco, á punto de ser alcanzada con las bayonetas, y seguir andando y haciendo descargas!!!

" tes de llegar á mí, produjo el efecto que era consiguiente:
" La deserción de muchos más soldados de Salta y Jujuy, y la
" de más de treinta tucumanos.

" En seguida recibí carta del general Lavalle desde las in-
" mediaciones de Santa María, suplicándome y conjurándome
" por la patria, á suspender mi marcha sobre la Rioja y esperar-
" le, y manifestándome su opinión de retroceder á Tucumán,
" donde podríamos dar con ventaja una batalla, suponiendo
" que Oribe, Pacheco y Aldao, marchaban sobre nosotros. En
" efecto, suspendí mis marchas y lo esperé por ocho ó diez dias,
" hasta que llegó con solo una pequeña escolta, dejando á Pe-
" dernera con ochocientos hombres de su ejército, con que se
" había retirado desde Famatina, en Aconquija, camino de
" Guazan ó el fuerte, que usted conoce.

Ya se deja entender cual sería el fin de ese pobre puñado de infantes, y de las baterias abandonadas de la caballería. Es consiguiente que se dispersasen y se pusiesen luego en completa derrota. Ni el General podía esperar otra cosa; así es que la orden que dió á Salvadores, fué de circunstancias, y quizá con el fin de entretener aún un momento á los vencedores, para que salvasen los demás.

Dejaremos aquí al General, para volver sobre las alas de caballería, y analizar las operaciones de ellas. Principiaremos por la izquierda, dejando para lo último la muy célebre caballería de la derecha, que tan poco hizo, y que tanto debió de hacer, á las órdenes de Baltar y Peñaloza.

El coronel don Crisóstomo Alvarez con sus doscientos setenta hombres de caballería, más, dos compañias de cazadores de infantería, derrotó la caballería de la derecha enemiga, sin que sepamos donde los arrojó, si al ciénago ó arroyo que tenian á su espalda; si los obligó á repasar el Puente, ó si huyeron corriendo indefinidamente hacia su derecha. Cualquiera de estas cosas que sea, nos resta saber,

---

" Preciso es advertir á usted, que para emprender yo mi " marcha sobre la Rioja á buscar la reunión de los generales " Lavalle y Brizuela, había dispuesto que el doctor Avellaneda, " que quedaba encargado del gobierno de Tucumán, expedicio- " nara con mil quinientos hombres sobre Santiago, al mis- " mo tiempo que otra expedición salteña, de mil hombres, debía " penetrar al Salado desde la frontera del Rosario, con cuyo " movimiento combinado, me proponía yo distraer la atención " de Oribe, para que no pudiera evitar mi reunión con Lavalle " en la Rioja, y anular al mismo tiempo á Ibarra apoderándo- " nos de su provincia. Dispuesta ya esta operación y puesto " Avellaneda en campaña, sobre el Rio Hondo, aparece el ge- " neral Lavalle en Monteros, y hace que Avellaneda suspenda " su marcha y licencie su tropa, imbuido como iba (y llegó

que hizo después el coronel Alvarez con su caballería vencedora.

Es natural que persiguiese más ó menos á los vencidos, y que esta operación lo hubiese alejado algo del campo de batalla, pués que no se le veía en él. En tal caso, no concibo el peligro que podía correr por el retroceso de la infantería que iba á tomarle la espalda. Un único caso había en que esto podía efectuarse, y era el de que hubiese pasado el Puente, persiguiendo á los prófugos que lo hubiesen pasado también, y entonces no eran menos de ciento cincuenta hombres de caballería de la reserva, los que podian impedirlo. La que podía hacerlo era nuestra infantería, arrojándose sobre el flanco de la enemiga.

¿Y qué se habian hecho las dos compañias de infantería que llevó el coronel Alvarez? Si él creyó conveniente pasar el Puente, que no lo creo, lo regular era haberlas dejado que lo guardasen para asegurarse él á su regreso. Singular cosa, que estas dos compañias, que por lo visto eran un tercio de nuestra infantería, no vuelvan á figurar en parte alguna.

" después á Catamarca á verse conmigo), en que Oribe, Pacheco " y Aldao marchaban sobre Tucumán, y que era preciso que yo " con mi ejèrcito retrocediese á dicha provincia, donde podría- " mos dar con ventaja una batalla. En efecto, Avellaneda, que " no tenía los conocimientos que yo de la posición de Oribe, " como no los tenía tampoco Lavalle, sorprendido de la idea de " dicho General, licencia su tropa, y me escribe con él mismo " aconsejándome el retroceso.

" Preciso es así mismo advertir, que yo había interceptado " comunicaciones del gobernador de Catamarca, Balboa, á La- " gos y Oribe, en que les decía, que le era muy sensible la des- " gracia de tan buén amigo, pero era preciso trabajar con más " empeño que nunca para repararla. Cuando estas comunica- " ciones fueron interceptadas, es preciso advertir que tenía yo

He dicho que no creo que el coronel Alvarez pasase el Puente, porque hubiera sido una falta (al menos si se hubiese alejado) de que no quiero creerlo capáz.

Vencida y arrojada al otro lado del ciénago ó bañado, ó río, ó arroyo, la caballería de la derecha enemiga, ya estaba enteramente fuera de combate, y el deber del Coronel era volver á atender á la batalla, fuese flanqueando la línea enemiga, fuese esperando nuevas órdenes del General. Nada de esto hubo, y tan solo lo vemos aparecer, según dicen las Memorias, cuando concluido todo, se presentó á nuestra agonizante infantería, á la que había dejado ya el General, y acaso también el coronel Salvadores, que se salvó por entonces. De ello deduzco, que la victoria del coronel Alvarez sobre la derecha enemiga, ni fué tan rápida, ni tan pronunciada, ni tan completa. Que habría cargas y recargas, y todas esas peripecias que son consiguientes en un combate disputado; que al fin obtuvo ventajas que obligaron al enemigo á un contra-movimiento, las que tuvo luego que abandonar; todo esto pudo ser. Entonces sería cuando regresó á la línea.

" la noticia, por diferentes conductos, de la derrota de Echagüe
" por usted en Entre Rios, y de la muerte ó destrucción de
" Lopez, el gobernador de Córdoba en el río Cuarto ó Carlota
" por Baigorria, y de la retirada de Oribe desde los Llanos de
" la Rioja hacia Macha. Por consiguiente, debía yo figurarme
" que una de las dos era efectiva, pués había producido el efec-
" to de hacer retroceder precipitadamente y á pié á Oribe, con
" su ejército, desde los Llanos de la Rioja, dejando abandonado
" al general Aldao con su ejército, en San Juan y Mendoza, y
" en Chilecito á Lavalle y Brizuela á sus inmediaciones, y á mí
" en Catamarca. Estos eran los antecedentes positivos que te-
" nía á mi llegada á Catamarca, y el convencimiento de haber
" hecho un pueblo, para poner mi ejército en campaña, el últi-
" mo sacrificio, me hacía conocer que era forzoso destruir á

Y preguntaremos ahora, ¿cuando el coronel Alvarez volvió á la línea y se encontró con solo los infantes que iban á ganar los cercos, venía solo, ó arrastraba su valiente y vencedora división? ¿La llevaba, cuando se abalanzó por entre los cercos para salir adelante y contener los prófugos? Cuando lo encontró en un callejón, el general La Madrid enristrando su lanza contra los cobardes que huian, y le dirigió una patética loa, ¿estaba solo, ó acompañado de los que había mandado y conducido á la victoria? Nada nos dicen las Memorias, y á la verdad que era muy conveniente, tanto para el éxito de sus honrosos esfuerzos, como para la mejor reputación del Coronel.

Porque, hablemos claro, si habiendo el Coronel triunfado completamente de la derecha enemiga, y hecho todos esos primores que nos cuenta su tío, se presentó solo en la línea, ó faltó á sus más importantes deberes, ó lo que se dice es falso, ó sumamente exagerado.

Si por el contrario, el coronel Alvarez regresó á su línea con su vencedora división, preguntaríamos aún, ¿si se hizo acompañar de ella, cuando se abalanzó por entre los cercos

---

" Aldao, pués un retroceso en tales circunstancias, desalentaría
" nuestra fuerza, daría doble ánimo á nuestros enemigos, y
" acabaría de arruinar para siempre, los tres pueblos que nos
" quedaban. En estas circunstancias, y cuando ya el general La-
" valle se dirigía desde Monteros á Catamarca á verse conmigo,
" recibe aviso Avellaneda de haber una montonera de santia-
" gueños, de trescientos á cuatrocientos hombres, y encabezada
" por un Saravia, salteño, apoderándose de la frontera del Rosa-
" rio, destruyendo por sorpresa á Matutí y Gama, que poco an-
" tes lo habian batido dos veces. Avellaneda convoca nueva-
" mente á sus tropas que había licenciado, y me comunica
" este acontecimiento, que recibió primero el general Lavalle en
" Paclin, y lo condujo él mismo.

" Llega el General á Catamarca, y es reconocido por mi or-

á contener los prófugos, ó si la dejó en la línea, ó mejor diríamos, con los moribundos restos de la infantería? Ambas cosas tienen inconvenientes tan graves, que se resisten á toda credulidad. Sea lo que sea, el general La Madrid debía habernos dicho qué se hizo esa invicta división, y en qué punto se separó de ella su sobrino.

Desde el principio de la batalla, dice el general La Madrid, que conoció el objeto del enemigo, que era rebalsar su línea por la derecha y flanquearla por este costado, pero nos calla lo que él pensó hacer para desbaratar el plán de su adversario. Si la carga del coronel Alvarez fué ordenada en este designio, la orden es digna de elogio, y tan solo es sensible que la carga no fuese mejor secundada y sostenida. Un esfuerzo más general y silmutaneo, hubiera quizá dado más valiosos resultados; resultados, quiero decir, que saliendo de la esfera de parciales y aislados, podian llamar la victoria á nuestras banderas.

Luego que el geueral La Madrid vió que la infantería numerosa, contramarchaba de nuestra derecha hacia nuestra izquierda, mandó la primera orden al coronel

---

" den, General en Jefe del ejército, reservándome únicamente
" el derecho que me habian dado los pueblos, de la dirección de
" la guerra. En una larga conferencia que tuvimos con el Gene-
" ral, en la cual le hice ver la necesidad en que nos colocaba el
" suceso de la frontera, de regresar uno de los dos á Tucumán,
" para destruir aquella montonera, y llevar adelante la campaña
" contra Ibarra, y dirigirse el otro con el ejército á los pueblos
" de Cuyo, en unión con los riojanos que se presentaban bién
" gustosos al teniente coronel don Crisóstomo Alvarez, que
" había ya tomado la Rioja y una parte del armamento y mu-
" niciones, que empezaban á descubrir de los entierros del fina-
" do Brizuela, dejando á su elección el seguir á Cuyo ó volver
" á Tucumán; eligió esto último, asegurándome, que mi posi-
" ción respecto á los señores Ferré y Rivera, era más ventajo-

Peñaloza, ó Baltar, para que la ala derecha cargase la caballería que tenía á su frente. Baltar rehusó obedecer la orden, alegando que tenian á su frente cuatrocientos infantes; razón bastante, á su juicio, para disculpar su inobediencia, y cubrir su responsabilidad.

Esta contestación me parece tan natural en el coronel Baltar, cuanto que, en sus principios militares y en los de su escuela, toda caballería está inhibida de cargar, aunque expresamente se le ordene, siempre que haya diez bayonetas en las filas enemigas (1). Una carga de caballería contra infantería, es un absurdo en su opinión, es un hecho repugnante, cuya posibilidad no puede penetrar en su *mollera*.

Esta contestación, es propia del coronel Baltar, vuelvo á decir, cuando se le hubiese mandado cargar infantería; pero cuando la orden le prevenía que cargase la caballería, no

(1) El general Rivera ha dado varias veces por única contestación, á los cargos que se le han hecho, por no haber atacado oportunamente al enemigo: Que este tenía infantería, y que él no era *zonzo* para hacer fusilar sus soldados de caballería.

" sa que la suya, por los antecedentes que con dichos señores
" había. En efecto, á los dos dias después de su llegada á Ca-
" tamarca, emprendí mis marchas con el batallón cívicos de
" Tucumán, ocho piezas de artillería, nueve carretas y el es-
" cuadrón Mayo, que eran los únicos que habian quedado, por
" haber hecho adelantar al general Acha con el resto de los
" cuerpos y dos piezas de artillería, hasta Amilgancho, en pro-
" tección de Alvarez, por si el padre General intentaba atacar-
" lo, habiendo convenido con dicho señor general Lavalle, que
" él llamaría la atención por aquella parte del norte de Córdo-
" ba, á Oribe, y desprendería también uno ó dos escuadrones
" por Belén, sobre los pueblos del poniente de Catamarca, pa-
" ra dejar esta provincia enteramente libre, y obrar de acuer-
" do sobre el ejército de Aldao, que permanecía en los Sauces,

comprendo claramente, el motivo de su resistencia. En el primer caso, podía reputarse ignorancia; en el segundo, ó era miedo ó mala voluntad. Me inclino á creer, que cerca de la caballería enemiga, estuviese algún cuerpo de infantería, el cual temiese Baltar que tomase parte en la pelea. En tal estado, no siendo muy entusiásticas sus disposiciones morales, siendo también inamistosas respecto de la persona del General en Jefe, deduzco que se combinó la poca voluntad con la ignorancia y el miedo, para producir esa inaudita resistencia, no solo á cargar, sinó á hacer un movimiento cualquiera, fuera del de dar la espalda al enemigo.

A la verdad, la mayor parte de nuestra caballería nada hizo en el Rodeo del Medio, ni tomó la menor parte en el combate. Si el coronel Baltar cree poder sincerarse de su obstinada desobediencia, alegando que tenía á su frente un cuerpo superior de todas armas (aunque fuese esto admisible, que no es, en el orden militar), no podrá vindicarse de no haber hecho algo, y de haber sido mero espectador, sinó fué causante del sacrificio de sus compañeros, y de la humillación de nuestras armas.

" en la costa de. . . . Hecho este acuerdo, rompí mi marcha
" de Catamarca el 12 de Julio, y el general Lavalle debía mar-
" char al siguiente día para Tucumán, con ánimo de dar un
" galope, hasta Salta, para animar aquella gente y exigir de su
" Gobierno, así como del de Jujuy, los hombres y recursos ne-
" cesarios y posibles para la campaña.

" De la Sierra de Catamarca se habian mandado disponer mil
" quinientas cabezas de ganado para la expedición sobre Cu-
" yo; de las que el pico estaba ya adelante y lo había lleva-
" do el general Acha, y las mil restantes tenía ya aviso de ha-
" ber bajado de la Sierra en pequeñas divisiones, y las mandé
" dirigir con los mismos hijos del país, más á la punta y atrás
" de la misma Rioja á cuyo punto llegué con el ejército el 18,
" pero sin que me hubiese alcanzado ganado alguno, y encon-

No ignoro que para juzgar con exactitud, sería necesario oir al coronel Baltar; pero si me he avanzado á emitir una opinión formada en este asunto sin aquel requisito, ha sido apoyándome en el conocimiento del mérito, caracter y capacidad del coronel Baltar, que después he adquirido, y en el testimonio uniforme de los que se hallaron en esa batalla, con algunos de los cuales he conversado. Que el coronel Baltar, con la caballería de la derecha no cargó, ni hizo cosa alguna, sin embargo de las órdenes que se le dieron, es un hecho sabido é inconcuso.

Sin embargo, si alguna vez expusiese razones que pudiesen disculparlo, no me detendré en corregir un error y estos apuntes, y dar una prueba, de cualesquiera que sean mis sentimientos personales, respecto del coronel Baltar; solo quiero el esclarecimiento de la verdad, y que soy muy capáz de hacerle justicia.

Después de la segunda negativa á cargar, que hizo el coronel Baltar, tuvo el general La Madrid la intención de *trasladarse á la derecha*, y dándole ó no un pistoletazo, ponerse á la cabeza de su división y cargar. Era sin duda lo

---

" tré que el general Acha no tenía más que doscientas y pico
" de las que había traido, y la mayor parte chicas, y habiendo
" sufrido en el camino alguna deserción de los infantes y arti-
" lleros, que no bajó de cuarenta hombres. Inmediatamente
" repetí mis órdenes al gobierno de Catamarca para que me
" mandase alcanzar con el ganado, y me fué preciso parar
" cuatro ó cinco dias, mientras se alistaban las carretas que
" habian sufrido en la marcha, se componía algún armamento
" y se hacía diligencia de algunas mulas y aparejos, para
" llevar las municiones de las carretas, en caso necesario, y
" esperar la llegada del ganado. En este inter había que despa-
" char al teniente coronel don Joaquín Baltar que había venido
" de los Llanos, por el valiente coronel Peñaloza, á pedir al-
" gunas armas, auxilio de ropa para su fuerza y un escuadrón

que debía haber hecho. El motivo que tuvo para desistir de su primer intento, es pequeño, por no decir ridículo. Los deseos que le manifestaron los jefes, por medio del coronel don Francisco Rojas, nunca podian atenderse á trabar su acción, en una circunstancia tan crítica, tan solemne y decisiva.

Por otra parte, un general que no tenía un puesto fijo en una línea de batalla, podía trasladarse adonde era conveniente su presencia, y sin contrariar, pués, la solicitud de los jefes, pudo dirigirse á la derecha, y separando á Baltar, mandar á Peñaloza (de quién nos dice que estaba desesperado por cargar) que se pusiese en movimiento. Alguna otra cosa debía retraerlo de un paso tan importante (1), que

(1) Ya indiqué en otra parte, que tengo indicios de que en el ejército se urdía una conspiración contra el General, cuyo autor principal era Baltar. Algo debió presentir el General, y debian agitarlo fuertes desconfianzas. Acaso temía un desafuero, si se presentaba ante una división en donde era preponderante la influencia de Baltar. Ganaría el General, y ganaría la verdad histórica, si nos hablase francamente. Para apoyar mi idea, y que no parezca destituida de fundamento, he recordado que el general La Madrid no deja de ser aprensivo en este sentido. Tengo presente,

---

" para atacar al coronel Flores, que se hallaba en la Costa Baja
" con quinientos hombres de Oribe, y el coronel Llanos con
" unos pocos llanistas. Habiendo despachado ya á dicho jefe, á
" quién dí el grado de Coronel, por la valentía con que se había
" sostenido en los Llanos, en compañía del comandante gene-
" ral Peñaloza, resistiendo á todas las seducciones y ataques de
" Oribe, y poniendo á sus órdenes al escuadrón Julio, del man-
" do del teniente coronel Sotelo, y no pareciendo el ganado
" que esperaba de Catamarca, resolví dirigirme, primero sobre
" el ejército de Aldao, que había quedado ya á mi espalda, por
" el flanco derecho en los Sauces, para que de este modo pudie-
" ran, sin recelo alguno, seguirme todos los riojanos, dejando
" enteramente libre su provincia. Al efecto, reuní á todos los
" jefes del ejército, que me habian ya manifestado privadamen-

si el general La Madrid recorre sus Memorias, no dejará de encontrarla.

No expresan claramente las Memorias, quién era el que tenía el mando de la derecha y de la división Peñaloza, ó este, ó Baltar. Parece á primera vista, que el Jefe era el primero, pués que la primera orden del General fué dirigida á él, y solo por haber Baltar interceptado al ayudante conductor, es que este no llegó adonde estaba aquel. En este caso, la insolencia de Baltar era doble insolencia, pués que

---

que en estas mismas Memorias, refiriendo la campaña de Córdoba, del año 31, confiesa que se apoderó de él la desconfianza, respecto de mí, y que temió que yo quisiera apoderarme de su persona. Esta sospecha fué tan viva, que habiéndolo hecho llamar á mi Cuartel General, fingió pretexto para retardar su comparencia; hasta que yo, que por algún otro motivo, recorría el campo, llegué y entré francamente en el suyo. Con esto se tranquilizó, y depuso las infundadas sospechas. Todo esto nos lo supone el mismo General, y otro podría decir lo mismo, si refrescase mejor las expresiones. A mi juicio, esta vez también eran infundados sus temores, aunque fuese efectiva la conspiración. Según entendí, cuando se me refirió este negocio, ella no debía estallar de pronto, y tan solo era una preparación para cuando estuviesen más sazonadas las cosas, y asegurada la provincia de Mendoza; destituirian entonces al general La Madrid, y traerian en su lugar, al general Las Heras.

" te, la imposibilidad de continuar nuestras marchas sobre Cu-
" yo, sin carne, sin caballos, pués no había más que los monta-
" dos, y estos, en un mal estado que no sufririan ni aún para
" llegar ensillados á San Juan, la mayor parte. Así que estu-
" vieron todos los jefes reunidos, les pedí su opinión sobre el
" partido que deberíamos tomar en el estado, en que se hallaba
" el ejército, ya por falta de víveres, como por la de caballos y
" bueyes, y fueron de opinión que debian contramarchar á Ca-
" tamarca, hasta reponer nuestros caballos, ó dirigirnos sobre
" Aldao á los Sauces, sin embargo de que esta operación aca-
" baría de dejarnos á pié, por la aspereza de los caminos que
" teníamos que andar. Yo les repuse, que volver atrás era per-
" der el ejército y el país, porque en tal caso, cargarian sobre
" nosotros Oribe y Aldao, y perderíamos para siempre la pre-

no solo desobedecía al General, sinó que impedía la trasmisión de sus órdenes. Era ya una verdadera rebelión.

Sin embargo de esto, no puede concebirse, como los ayudantes no pudieron llegar adonde estaba Peñaloza, que estando ansioso de cargar, como lo dicen las Memorias, lo hubiera sin duda hecho cuando supiese la voluntad del General. ¿Cómo es que este (el General) no tuvo arbitrio de hacer llegar una orden directa hasta donde estaba el mismo Peñaloza? Esos ayudantes que iban y volvian con órdenes y repulsas, sin haber llegado á la presencia á quién iban dirigidas; ese coronel Baltar siempre interpuesto entre el General y Peñaloza; esa docilidad de los edecanes para suscribir las indicaciones de un jefe inferior, *cobarde, insubordinado,* y que iba á ser causante de la derrota, son cosas que necesitaban una mejor explicación.

Sesenta hombres del escuadrón Mayo, fueron los únicos de la derecha que cargaron el enemigo, los cuales, si hubiesen sido apoyados ó secundados por cién hombres, se gana la batalla, dicen las Memorias.

Por de contado, que esto último no lo creemos; pero, ade-

" vincia de la Rioja, y desmayaríamos á la de Tucumán, que " había hecho tan costosos sacrificios para despacharnos, por " cuyo motivo quedó resuelta la marcha sobre Aldao, al si- " guiente día; y en efecto, se ordenó al general Acha que retro- " cediese con la vanguardia, desde Ampisa.

" Estaban ya tomadas todas las disposiciones para la marcha " á los Sauces en busca de Aldao, cuando al amanecer recibo " aviso del gobernador de Catamarca, de que Lagos y Maza, " que se habian retirado precipitadamente para Loreto, á mi lle- " gada á Paclin, estaban sobre la Sierra del Alto, con mil hom- " bres, y que él se retiraba para Tucumán, si no le llegaba el " auxilio que había pedido. Con esta noticia varié de plán, sin " comunicarlo á nadie, y mandando contra-orden al general " Acha, para que sin pérdida de tiempo continuase su marcha

más de ser muy honroso para los ciudadanos de Mayo, el patriótico esfuerzo que hicieron contra la voluntad del coronel Baltar, sirve para mostrar que había probabilidad de suceso, y que con más diligencia por parte del General, se pudo hacer que cargase otra fracción de la derecha.

No respondemos de la exactitud de los detalles que dán las Memorias. Demasiados antecedentes tenemos de los descuidos que padece el general La Madrid, y que hemos hecho notar, cuando hemos presenciado los hechos, ó por otro modo, hemos estado instruidos de ellos. Ahora no hemos hecho sinó discurrir sobre los datos que nos suministran aquellas; así es que lo que decimos, fundados solamente en esos datos, es hipotético.

Pronunciada ya la derrota en los términos que nos la representa el general La Madrid, cuando él, saltando cercos pudo caer al callejón que servía de canal (permítasenos la expresión), la impetuosa corriente de los fugitivos, ya era muy difícil, sinó imposible, torcer el curso de los acontecimientos, y apoderarse de la batería que se había escapado sin remedio. Sin embargo, son muy laudables los esfuerzos

---

" sobre San Juan, me moví al día siguiente en esta dirección,
" con sorpresa de todos, y asegurándoles la pronta toma de
" Cuyo, sin que el Fraile pudiera evitarlo. Al efecto, ordené
" al general Acha, que apurando sus marchas cuanto le fuera
" posible, se apoderase de San Juan, sacando toda la caballada
" y mulada posible, y me mandase encontrar con ella y con al-
" gunos bueyes y ganados, despachando por delante, con el
" mismo objeto, cincuenta hombres al valle Fertil, para sacar
" toda la caballada que encontrase, y tomar también un carga-
" mento de vestuario y municiones que venía de San Juan pa-
" ra Aldao, y salir con él á las Salinas. Todo se ejecutó y salió
" como deseaba. El gobernador de Córdoba, don Francisco Al-
" varez, jefe del escuadrón *General Paz*, fué el encargado de
" esta operación, que ejecutó con tanta habilidad, como lo ha-

de cualquier oficial, jefe, ó del general mismo, para hacer menores las pérdidas, y menos funestos los efectos de la derrota.

Son dignos de elogio los que con este designio practicó el General, y es una verdad, que atestiguan muchos individuos, que corrió inminentes peligros personales. El valor, que nadie le ha disputado al general La Madrid, no se desmiente en esta ocasión, y como en otras muchas derrotas, fué de los últimos que dejó el campo de batalla, cuando ya hubo perdido del todo la esperanza de ganarla. Pero después de esto, me parece inconducente el pomposo alarde que hace de su carga con siete hombres contra veinte ó treinta del enemigo. Esta abnegación personal hubiera estado mejor colocada una hora antes, cuando quiso ponerse á la cabeza de la caballería de la derecha, y se retrajo por la representación de los jefes. Cuando acababa de perderse mil hombres y desvanecerse las esperanzas de la patria, preciso era no congratularse tanto de haber hecho correr momentáneamente á veinte y cinco enemigos.

Me he detenido más en esta batalla que en ninguna otra

" brá usted visto por el parte de la gloriosa batalla de Angaco.
" Con este auxilio tan oportuno, medio se cubrió la desnudéz
" del soldado, y se montó regularmente la vanguardia.

" El brillante resultado de esta operación atrevida sobre San
" Juan, ya usted lo sabe, como también el resultado ó fin des-
" graciado de tan valiente jefe, y su división, por un descuido
" ó confianza que no debió nunca tener, la cual me ha arreba-
" tado la gloria de las manos, y á la República entera, su li-
" bertad.

" Yo llegué á San Juan con solo seiscientos hombres de las
" tres armas, y sesenta soldados de la legión Acha, de Alvarez,
" que se me reunieron diez ó doce leguas más allá de San Juan,
" con el valiente teniente coronel Lardina, que había escapado
" de la sorpresa, y al siguiente día se me incorporó el bravo co-

de las que describen las Memorias, porque conociéndola menos me he empeñado más en comprenderla; he tenido que penetrar en la oscuridad de los hechos, sin más luz que la que suministran las Memorias, y las reflexiones que me ha sugerido mi buén deseo. ¡Ojalá que haya conseguido mi objeto!

La descripción de esta derrota, es muy semejante á las que nos hace el general La Madrid de otras muchas que ha sufrido en su larga carrera. Su ejército estaba entusiasmado, é inflamado estaba en grado excesivo, por sus proclamas. Nunca faltarou los vivas atronadores, y las más solemnes protestas de morir ó vencer. Todo presagiaba una infalible victoria.

Llega la batalla, para la que se han formado las líneas siempre en el mismo orden. Visto una se han visto todas. Principia el combate bajo los mejores auspicios; una ala logra ventajas y hace retroceder al enemigo que se le opone, y ya se dá el triunfo por seguro. Entonces la otra ala flaquea, y al fin huye, ó porque los jefes fueron cobardes, ó porque no quisieron combatir al enemigo. Este, que esta-

---

" ronel y comandante general de los Llanos, don Angel Vicente
" Peñaloza, que había mandado adelante á las Lagunas des-
" de. . . . . . con trescientos de sus bravos, aunque desarmados
" la mitad de ellos.

" Como Benavidez había fugado á mi vista, y al tiro de tres
" cañonazos que dirigí sobre el río de San Juan, con dirección
" á Mendoza, no debía yo determe en aquel punto, y pasé sin
" haberme detenido más que una hora en la plaza, y me situé á
" media legua del pueblo, mientras me proporcionaba los caba-
" llos necesarios para montar los cuerpos que habian llegado á
" pié. Mi detención con este objeto solo duró tres dias, y con-
" tinué mi marcha sobre Mendoza, bién montado ya, pero de-
" jando al nuevo gobierno de San Juan, veinte y cinco hombres
" de los bravos vencedores de Angaco, y más de setenta sol-

ba ya pronto á ceder el terreno y tomar la fuga, se alienta, y de casi vencido que estaba, toma el aire de vencedor; marcha adelante, y obtiene una victoria que no ha merecido.

El General, sin embargo, no desespera aún, y después de haber hecho prodigios con el centro, donde ha estado, lo deja recomendándole se sostenga mientras él vá ó á buscar la parte de su caballería, que supone vencedora, ó á contener y volver al campo de batalla, la prófuga. No consigue ni uno ni otro, y la batalla queda perdida sin remisión y completamente.

En estas andanzas lo ha perseguido un grupo de enemigos, cuya insolencia lo ha llenado de furor; vuelve de repente con cuatro ú ocho hombres, que son por lo común sus héroes, asistentes ó acompañantes, carga y rechaza á los vencedores, que siempre son unos miserables cobardes, para después continuar su honrosa retirada; y debe advertirse que esto ha sucedido siempre en los muchos encuentros parciales en que desde subalterno se encontró. Poco más ó menos, son todos iguales.

" dados entre enfermos y desertores, la mayor parte infantes " y artilleros; de modo que llegué á Mendoza con ochocien- " tos hombres, no completos, el 4 de Setiembre por la ma- " ñana.

" Benavidez había emprendido su retirada, llevándose más " de tres mil caballos, y habiendo despachado á los prisione- " ros dos dias antes. Mi detención en la plaza con las tropas " formadas duraría dos y media horas, mientras tomé algunas " disposiciones y tiré dos decretos; en seguida salí á situarme " al Plumerillo, una legua fuera de la ciudad, y dispuse la sali- " da del comandante general de los Llanos, Peñaloza con Bal- " tar, al mando de cuatrocientos cincuenta hombres en perse- " cución del enemigo, cuya fuerza, no pudiendo salir esa noche " por algunos inconvenientes que se presentaron, marchó al

La reputación de un militar es muy apreciable, hasta cierto punto, sagrada, pero la de un general es muy distinta de la de un granadero. Parece que no comprendiese la magnitud de los intereses que le están confiados, quién, mandando un ejército, se aferra tanto en ponderar hechos personales y comparativamente pequeños.

Los ejércitos ó cuerpos de tropa que mandó el general La Madrid, siempre eran beneméritos y valientes en grado superlativo. Sus soldados eran heróicos, y aunque llegado el combate huyesen del modo más vergonzoso (como nos lo refiere con frecuencia), no dejaban por eso de ser héroes.

Para que se vea que no hay exageración en lo que acabamos de decir, pedimos que se comparen las palabras del general La Madrid dichas á sus soldados, antes, al tiempo, y después de una batalla. Compárense las de: *Huid, canallas, que no necesito de vosotros*, que dijo á sus soldados, con las de: *Valientes amigos y compañeros,* que les dirigió dos ó tres horas después á los mismos.

Este abuso de palabras, fuera de lo que tiene en sí de incircunspecto, les hace perder su valor, y hasta su significa-

---

" día siguiente por la mañana. En seguida pasé al pueblo,
" se dieron las órdenes convenientes para la elección del go-
" bernador, y despaché por la noche un escuadrón al Fuerte de
" San Carlos con veinte y cinco infantes; y al siguiente día, al
" coronel Salvadores con la compañía de granaderos, á tomar
" el mando de la división.

" La elección de gobernador recayó en mí por unanimidad de
" sufragios, invistiéndome con la suma del poder, y me fué
" preciso aceptar mientras arrojásemos al enemigo fuera de la
" provincia, y llegasen de esta República las personas influyen-
" tes que estaban emigradas.

" En seguida me ocupé en organizar una maestranza com-
" pleta para reponer el armamento y los cañones que habian
" llegado estropeados en extremo, y construir todas las lanzas

ción. Un general que prodiga sin discernimiento y sin medida los elogios más desmesurados, se priva de un medio de premiar el mérito verdadero, y de un resorte poderoso para excitar la abnegación y el desprecio de los peligros. Por un efecto natural, las voces que significan los vicios contrarios, le desvirtuan también, y su aplicación no produce el horror que debiera.

Me ocuparé ahora de un pensamiento que ocurrió al general La Madrid en los momentos de la derrota. El General dice, que no realizó por las esperanzas que tenía en que el gobierno de Chile declararía la guerra al dictador argentino ó por lo menos auxiliaría los esfuerzos de la emigración. La razón que dá para su desistencia, es frívola, seguramente, pués que jamás pensó que fueran tales las disposiciones del gobierno chileno, y más bién, creo que si renunció al proyecto, fué por las dificultades del proyecto mismo, en lo que tenía sobrada razón.

No obstante, notaremos que un proyecto que de puro aventurado, era un verdadero delirio, por un motivo que el

---

" posibles. La maestranza quedó establecida á los cuatro dias, " y se trabajó con una actividad asombrosa.

" El decreto de la presentación de las armas ofreciendo un " premio de tres pesos por cada fusil, dos por cada tercerola ó " sable, y uno por cada lanza, produjo el efecto que me propu- " se: los soldados enemigos empezaron á presentarse con sus " armas, y en pocos dias reuní más de ciento cincuenta de las " tres clases de armas, y se me presentaron más de doscientos " soldados, de los que la mayor parte tomó partido en los " cuerpos del ejército, y recibieron la gratificación de cuatro " pesos el soldado, cinco el cabo y seis el sargento.

"El pueblo de Mendoza había manifestado un patriotismo y " decisión sin límites, pero habian quedado muy pocos hombres " de provecho entre la clase decente, y estos temian compro-

General no podía preveer, pudo hacerlo muy realizable, muy util, y de no pequeños resultados.

Ya se advertirá, que dirigirse el general La Madrid con unos cuantos cientos de hombres derrotados que le quedaban, por un flanco del ejército vencedor, para penetrar por su espalda en la provincia de Córdoba, era ya un movimiento difícil y peligroso; pero, si se considera que esto era para buscar al general Lavalle, que según su cálculo debía haber vencido y arreado á Oribe, era un positivo desatino. Otro, era el acontecimiento imprevisto que pudo haber decidido de su conveniencia.

El gobernador de Santa Fé, don Juan Pablo Lopez, había cortado sus relaciones con Rosas, ó antes diremos, Rosas las había cortado con él. El hecho es que estaban de malísima inteligencia, y nadie ignora lo que esto significa en el sistema férreo del dictador. Aunque no había ocurrido hostilidad alguna, esperaba con espanto los triunfos de Oribe, y cuando supo los de Famallá y Rodeo del Medio, se aterró. Conocía que con el regreso de Oribe, su enemigo personal, y de su victorioso ejército, llegaba el tiem-

---

" meterse ó dar la cara de frente, y habian muy pocos que se
" acercasen á darme los conocimientos que deseaba, y eran
" precisos, porque á los pocos dias se supo ya en el pueblo, que
" habian encontrado á Benavidez en Coroconto, quinientos
" hombres al mando del general Flores, y que el general Pache-
" co con Aldao venian atrás con cerca de tres mil hombres. En
" fin, yo tenia que hacerlo todo personalmente porque carecía
" de un hombre que me desempeñara. Peñaloza, después de
" haber batido y dispersado dos divisiones enemigas que al-
" canzó en la marcha, tuvo que regresar de cerca de Coroconto,
" por el refuerzo que recibió Benavidez, y la falta de hombres
" inteligentes y de capacidad hizo que los enemigos llegaran
" hasta el Retamo, que dista doce leguas de Mendoza, sin haber
" sido sentido; el 19, pués, mi vanguardia, después de haber per-

po y la ocasión de que se le pidiese cuenta del abrigo que había dado á los desertores, y de otros pecadillos de menos cuantía, cuando no fuese bastante crimen, la especie de independencia que había manifestado (1).

Se declaró, pués, contra Rosas, é hizo alianza con Corrientes, que tenía su ejército en campaña, y á la vista del que mandaba Echagüe, que fué luego derrotado en Caaguazú.

Es, pués, fuera de duda, que el general La Madrid, que no hubiera hallado resistencia formal en la provincia de

(1) La mala inteligencia de Lopez con Rosas, venía de muy atrás. El nombramiento de Oribe para el mando en jefe del ejército, fué una de las principales causas; pero la primera y radical, fué, que queriendo marchar sobre las huellas de su finado hermano, don Estanislao, quería para sí y su provincia, la importancia que aquel disfrutó. Rosas no podía concedérsela, y hé aquí un motivo permanente de discordia. Más, esta discordia no se manifestaba por acto ninguno público, y por más que el gobierno de Corrientes y yo, que mandaba el ejército de reserva, lo hubiésemos excitado, no pudimos obtener más que esperanzas vagas, pero no una declaración. De repente vino esta, cuando menos la esperábamos, porque sucedió antes de la batalla de Caaguazú, y creíamos que aguardase su decisión para resolverse. Los triunfos de las armas federales en Famallá y Rodeo del Medio, hicieron este prodigio, que nó había podido

---

" manecido unos dias en el Retamo, tuvo que retirarse á la Cruz " de Piedra por los partes, dejando avanzadas del país.

" En estas circunstancias yo tenía al sur, en San Carlos, á " treinta leguas de Mendoza, doscientos hombres en persecu- " ción de la fuerza que tomó esa dirección con Rodriguez, y " había mandado á San Juan á desbaratar una montonera que " se había apoderado de aquel pueblo, y de los enfermos y heri- " dos que habian quedado allí por la ineptitud del gobernador " Burgoa, que se dejó sorprender, al coronel Abalos con dos- " cientos cincuenta hombres. Esta noticia la recibí el 19 del " pasado, y en el acto salí con todas las fuerzas que se compo- " nian de trescientos infantes, por haber llegado el coronel Sal- " vadores con nueve cañones que se tomaron, y me dirigí al " Retamo, y mandé oficiales en alcance de Abalos por el camino

Córdoba, dado que él hubiera dejado atrás las fuerzas de Pacheco, habría hallado apoyo y protección en Santa Fé. Ya se comprenderá cuanto peso hubiera puesto en la balanza su presencia, y la de su división, en los destinos de la buena causa que con la victoria del 28 de Noviembre (la de Caaguazú), tomaban un vuelo extraordinario.

Este refuerzo era muy apreciable, no por su número, sinó por ser compuesto de hombres de otras provincias, que contrabalanceasen la tendencia de los correntinos, de regresar á su país; eran hombres, en fin, que habiendo re-

realizarse cuando los ejércitos de Lavalle y La Madrid estaban en pié; de modo que si Oribe y Pacheco hubieran sido vencidos, Lopez no hubiera dejado de pertenecer á Rosas. Lopez debía contar que entonces lo buscaría Rosas, lo regalaría, lo adularía, y finalmente, le daría el mando de su ejército. En tal caso, continuaba siendo nuestro enemigo. Sucedió lo contrario, y él perdió la esperanza de ser buscado por Rosas, quién, tan lejos de considerarlo, iba á vengar el desacato de su insubordinación. Entonces corrió á echarse en nuestros brazos y correr á todo trance, por el único camino de salvación que le quedaba. Esto explica, como Lopez, que rehusó declararse contra Rosas cuando vacilaba su poder, se apresuró á hacerlo cuando se hizo más fuerte. Lopez es un hombre del campo, cortado en el molde de los caudillos; si abrazó la buena causa, fué por motivos independientes de su ilusión.

" de San Juan, y en busca del comandante Acuña á San Car-
" los, para que se me replegaran. El 22 estuvieron todos reuni-
" dos en los potreros de Hidalgo, á cinco leguas de Mendoza
" hacia al Retamo, y marché el 23 sobre la vuelta de la ciéne-
" ga, donde estaba la vanguardia enemiga, y al ponerse el sol
" fué puesta en fuga y desalojada del Puente por una compañía
" de cazadores y el escuadrón Julio, que yo en persona me
" lancé sobre ellos, y mandé cargarlos con dicha fuerza, des-
" pués de haberles disparado una granada y un tiro de bala
" rasa. Los enemigos, que eran setecientos, huyeron cobar-
" demente, y yo regresé con el ejército á unos alfalfares
" que distaban media legua á retaguardia, dejando mis avan-
" zadas sobre la ciénega, y después de haberlos perseguido
" hasta cerrada la noche.

corrido muchas provincias y servido á la causa general, se habian sacudido de ese mezquino espíritu de localidad, que no deja ver más patria que los límites del pueblo donde nacieron.

No culparé al general La Madrid por no haber seguido su primera inspiración; ya he dicho que adoptarla hubiera sido una imprudencia, pero una imprudencia, que por razones que no podía alcanzar, pudo ser coronada de bellísimos resultados.

El paso de los Andes á cordillera cerrada, es un triste episodio de este drama, que hiere la imaginación y oprime el corazón. No puede uno figurarse ese montón de patriotas, que han corrido, arrastrándose por toda la extensión de la República, en busca de la libertad y la constitución de su país; que han arrastrado la muerte; que han sufrido privaciones y peligros sin cuento; no puede uno figurarse, digo, esa porción de hombres de todas las clases de la sociedad, luchaudo con la naturaleza y con la muerte, en medio de los Andes, ese gigante de la creación, sin experimentar

---

" Al siguiente día por la mañana, tuve parte de las avanza-
" das, que estaba al frente todo el ejército enemigo, y salí á
" ocupar la posición que deseaba, al frente del Puente. El ejér-
" cito enemigo acabó de pasarlo cerca de las doce con tres mil
" y más hombres, de los que mil ochocientos, largos, eran de
" infantería y el resto caballería y trece piezas de artillería. A
" pesar de la excesiva superioridad numérica, yo no podía ni
" debía retroceder ya, así porque contaba con la decisión de
" nuestras fuerzas, como porque todo paso retrógrado en tales
" circunstancias y con San Juan, ocupado por los enemigos,
" produciría indispensablemente la desmoralización del ejérci-
" to y nuestra ruina inevitable. Mi fuerza no pasaba de mil
" ciento y cincuenta hombres, y tenía en ella como cuatrocien-
" tos hombres del país, la mitad pasados del ejército enemigo

las sensaciones más penosas, y sin tributarles un homenaje de respeto y de estimación.

Si me fuera dado, yo consignaría sus nombres en este pobre escrito, y los legaría á la posteridad, como los de unos soldados valientes, de unos ciudadanos virtuosos, de unos hombres dignos de la libertad, que no dudo hallarán al fin, después de tanto buscarla. No necesitan ser héroes, en individualidades maravillosas; no es preciso emplear las exageraciones ni los recursos de la poesía, para que, además de nuestras simpatias, merezcan el respeto y el agradecimiento público.

Si sus trabajos no lograron ser coronados por la victoria, no por eso deben valer menos en la estimación de los argentinos. Ellos hicieron cuanto podian, y esto basta.

Merecen una particular mención, muchos jefes y ciudadanos que se distinguieron, ya por su valor, ya por su abnegación y constancia. Sobre todos, el coronel don Crisóstomo Alvarez, dió tan repetidas pruebas de valor, estuvo tan constantemente empleado en los puntos de mayor importancia y peligro, que solo las operaciones de esta cam-

---

" de Benavidez y voluntarios del pueblo, y la otra de milicia,
" también voluntarios de la campaña, cuya fuerza, si me retira-
" ba, era consiguiente que se me quedase; por consiguiente, me
" resolví á dar la batalla con todas las seguridades del triunfo,
" por el ardor del puñado de valientes que combatian por la li-
" bertad, contra los forzados esclavos de la tiranía, que solo
" el terror al puñal los contiene.

" Los enemigos, después de haber cambiado algunas balas de
" cañón con nosotros, pero sin suceso por su parte, marcharon
" en columna por el frente de mi pequeña línea, hacia mi dere-
" cha ostentando numerosa infantería, y después de haber deja-
" do establecido á su derecha al coronel Granada con ochocientos
" caballos de la escolta del tirano, y una batería sostenida por
" una columna de infantería. El objeto del enemigo lo conocí des-

paña, adornarian una buena *hoja de servicios*. Sin necesidad de los empalagosos elogios del general La Madrid, sus compañeros y el público le han hecho justicia, y le asignan un lugar distinguido entre los valientes soldados de la República, y entre los beneméritos hijos de la Libertad. Yo me hago un grato placer en proclamarlo, aunque una fatalidad lo haya puesto después, bajo el poder que tanto combatió.

El infortunado coronel Acha, valiente campeón de la buena causa, se inmortalizó en la memorable jornada de Angaco. Este solo hecho de armas, es un título de gloria imperecedero. Su atrevida resolución de esperar al muy superior ejército de Aldao, en la salida de la travesía, la sangre fría con que se condujo en tan crítica ocasión, su valor sereno, todo lo recomienda como un jefe de prendas distinguidas. Su desgraciada muerte á manos de sus crueles verdugos, reclama de sus compatriotas, un sentimiento y una lágrima que nadie le negará.

El coronel don Lorenzo Alvarez, á quién ví en Buenos Aires el año 39, en casa de Orinero, y de quién tuve enton-

---

" de que principió su movimiento, á mi derecha, hacer ver á mis " soldados su superioridad numérica, y flanquearme por dicho " costado, desprendiendo á mi retaguardia una columna; más, " yo esperaba confiadamente la oportunidad para desbaratar " su derecha, que dejaban á retaguardia, por medio del intré- " pido y nunca bién ponderado joven, coronel Alvarez, que " mandaba mi izquierda, compuesta de doscientos setenta " caballos y ción infantes que destiné para su protección. Can- " tando entre tanto mis bravos al frente de nuestra pequeña " línea, la canción de á la Lid. Así que la continuada columna " del enemigo empezaba á exceder mi derecha para realizar su " pensamiento, ordené al Murat tucumano, Alvarez, que carga- " ra á su antiguo jefe que tenía al frente. Recibir la orden, " cargar con admirable denuedo y arrollar completamente la

ces vivas desconfianzas, abrigaba una alma noble, y un corazón varoníl. He oido frecuentemente hablar de su valor, y no dudo que poseía esa virtud, en alto grado. Murió gloriosamente en la sorpresa de San Juan.

El ciudadano don Francisco Alvarez, de simple particular, es elegido para el gobierno de Córdoba, cuando esta provincia sacudió el yugo dictatorial de Rosas, y el de su teniente, Manuel Lopez. Subyugada otra vez por las armas de Oribe, vencedoras en el Quebracho, emigra, pero no para sumirse en un ocio inutil. Se dedica con la mayor abnegación, á la carrera militar, soporta todos los peligros y fatigas de la campaña, á la cabeza de otros ciudadanos como él, y la inmortaliza, muriendo en San Juan con la muerte de los valientes.

El coronel Peñaloza, que había servido con fidelidad al general Quiroga, abraza por convencimiento, la causa que antes había combatido, y es seguido de los valerosos riojanos, sus comprovincianos. Los lleva muchas veces al combate, y si no han sido felices sus esfuerzos, no son por eso menos dignos de una particular mención. Ultimamente, ur-

---

" derecha enemiga á su retaguardia, hasta hacerla repasar el " Puente, fué obra de un momento. Esta operación atrevida " produjo el efecto que me había propuesto. La gran columna " enemiga de infantería que iba marchando por el frente á " mi derecha, retrocedió precipitadamente y en alguna confu- " sión que procuré aumentar, avanzando sobre ella mis dos bate- " rias compuestas de ocho piezas y los doscientos cazadores " que me quedaban en línea, y ordené á mi derecha que carga- " ra sobre el flanco izquierdo del enemigo, que era ya su reta- " guardia, avisándole que la derecha enemiga estaba en com- " pleta derrota por el bravo coronel Alvarez. El valiente " coronel Baltar, uno de los jefes más estimados del general " Lavalle y de todo el ejército, por su bravura y capacidad, que " siendo el Jefe de E. M. había querido ir á dirigir la derecha que

gido de la miseria en país extrangero, movido por relaciones personales, capituló con sus enemigos y se subyugó nuevamente. Es de creer que no les pertenezca de corazón.

No conozco al coronel Lardina, como tampoco conozco á Peñaloza, ni á don Crisóstomo Alvarez; pero he oido hacer de él, recuerdos honrosos, y me complazco en creer que son bién merecidos. El acto de volverse en la cordillera, en medio de un temporal, á buscar la casilla que antes habian dejado, con los que lo seguian, para evitar un desastre, una castástrofe, un escándalo entre compañeros y hermanos, ha hecho en mí una particular impresión. Si el que salvaba un ciudadano, obtenía una corona cívica, el coronel Lardina merecía muchas, porque salvó á muchos de la muerte, y de excesos que eran inminentes en la cruel situación á que estaban reducidos.

El coronel Abalos (hoy General de la provincia de Corrientes) es un sugeto de una lealtad probada, y de mucho juicio. Mereció siempre honoríficas distinciones del general Lavalle, en cuyo ejército sirvió, aumentando este mérito con la campaña de Cuyo, que hizo á las órdenes del gene-

---

" estaba á las órdenes de su bravo amigo, el coronel Peñaloza,
" con más de quinientos hombres de la mejor caballería de mi
" ejército se acobardó sin duda esta vez á vista de la numerosa
" infantería enemiga, y me manda decir que no puede cargar por
" tener al frente una columna de infantería y se queda parado,
" presenciando el retroceso precipitado del enemigo, y el aban-
" dono que hicieron de su batería de la izquierda. Repito la
" orden con todos mis ayudantes, y son todas desobedecidas.

" Agregue usted á todo esto, que el ponderado coronel Salva-
" dores, en otro tiempo, que mandaba el pequeño batallón de
" mis valientes cívicos, recibe orden mía para cargar á la ba-
" yoneta á los restos de la numerosa columna enemiga que
" estaba pasando en alguna confusión hacia al Puente con su
" general Pacheco á la cabeza, y dejando abandonada su ba-

ral La Madrid. Hoy sufre con constancia la emigración, y las demás penalidades que son consiguientes á la vida del proscripto.

El comandante Acuña tenía la opinión de un valiente, y además, era un jefe muy querido de sus comprovincianos. Tanto él, como Abalos y otros, tenian el muy relevante mérito de haber mandado á los correntinos en esa desgraciada, pero gloriosa empresa.

El valiente mayor Ezquíñego (á quién tampoco conocí) se recomienda mucho por su carga á la bayoneta en el Rodeo del Medio. La situación era desesperada, pués que el enemigo estaba ya victorioso, y no podía oponerle sinó un puñado de patriotas, cuyo destino estaba ya fijado. Sin embargo, toma la bandera y marcha al sacrificio como las víctimas que se engalanan en sus últimos momentos. Este acto, basta para ennoblecer una vida entera. No creo que mandase volver á sus soldados, á no ser que viendo todo perdido, quisiese salvar algunas vidas por una pronta retirada.

El coronel Salvadores, cargado de años y enfermedades,

" tería de la izquierda en virtud de la bizarra carga de Alvarez, " me manda contestar que no podía hacerlo, porque venía toda- " vía por frente de su derecha mucho resto de la infantería " enemiga. Le replico con el ayudante: Que cargue en el acto " aún que tenga diez mil infantes á su frente, ó voy yo á poner- " me á la cabeza, y cargar.

" ¿Y qué le parece que hizo entonces? Mandó al teniente " coronel Ezquíñego que cargara, y se quedó él detrás de los " cañones que había mandado también avanzar con el coronel " Rojas. El valiente Ezquíñego así que recibió dicha orden, " toma la bandera del batallón en su mano, y carga á la co- " lumna, al frente de su pequeña línea haciendo precipitar á " aquella su fuga, cuando al llegar ya á la bayoneta es tronzado " su brazo en que llevaba la bandera, y cayendo con ella á vir-

hizo esa campaña verdaderamente penosa. Su espíritu era más fuerte que su cuerpo. Su amor á la libertad, suple á lo que le faltaba su vigor físico. Estoy seguro que este antiguo soldado hizo cuanto pudo.

No recuerdo haber visto alguna vez al coronel don Fernando Rojas, pero me merece el más honorable concepto. El y Salvadores, sellaron con su sangre, á manos de los verdugos, sus creencias políticas y ennoblecieron la causa de su elección. Que nunca olviden nuestros compatriotas sus respetables nombres.

Los jóvenes del escuadrón Mayo, que hicieron esa prolija campaña, animados siempre de un ardor renaciente, que sobrellevaron á la par de los hombres habituados, las rudas penalidades de las marchas, y los peligros de los combates, no pueden ser recordados sin que se les tribute el más merecido elogio. Su comandante Acosta, (de quién no hago memoria) se condujo muy dignamente el 24 de Setiembre. Si él y sus compañeros hubieran tenido muchos imitadores, la libertad sería salva y la patria sería libre.

" tud de las descargas que iba haciendo en su fuga la columna " enemiga, manda hacer alto á los suyos. Entonces los cazado- " res, viéndose sin su jefe, suspenden la carga, se desordenan y " retroceden. Advierta usted, que mientras tanto no habian " servido las órdenes á Baltar, para que cargara.

" Así que ví retroceder á mi pequeña línea, y que los ene- " migos habian parado su fuga, y dirigian sus fuegos sobre " aquella, me precipité á su encuentro con espada en mano, y " seguido por tres de mis ayudantes, y los paré y formé bajo " los fuegos enemigos, y á poco más de cuadra y media de " ellos. Así que los formé, regresé adonde habian quedado mis " cañones, y continué con todos ellos mi retirada hasta los al- " bardones, en que había estado formada mi línea; y como " tanto los artilleros como mis infantes, habian concluido ya

Esos salteños, á quienes conocí tan valientes soldados como patriotas fieles; esos jujeños, tan modestos en la apariencia, y tan fuertes de corazón; esos tucumanos, que jamás dejaron de pertenecer á la buena causa; esos cordobeses, en fin, que recorrieron la redondéz de la República sin vacilar jamás en sus empeños, sin flaquear en sus creencias políticas, sin desmentirse su acendrado patriotismo, en quienes ese sentimiento era una convicción individual, todos son acreedores en alto grado, á la gratitud pública y á las bendiciones de los argentinos.

Sensible me es no saber los nombres de otros jefes, de los que siguieron hasta el fin la expedición (1). Ellos, los oficiales particulares y los individuos de tropa, merecieron bién de su patria, y merecen un duradero recuerdo. Todos ellos hicieron cuanto se les exigió, y cuanto podian. ¿Qué más podía desearse?

---

(1) Los señores Puch, de Salta, regresaron de cierta altura, y sin embargo, son muy dignos de una particular mención.

" sus municiones, mandé á las carretas que estaban á retaguar-
" dia, por las municiones que hubiesen, y no habiéndose encon-
" trado más que dos cajones de fusíl, se repartieron volando, y
" empezó mi infantería á contestar á los fuegos enemigos, sin
" que un solo soldado de caballería asomara á nuestra vista, ni
" la infantería de Pacheco hiciera otra cosa que abrasarnos con
" sus fuegos de fusíl y cañón; más, las balas de estos daban en
" tierra delante de nuestra línea, y rebotaban por encima sin
" dañarnos, y Alvarez, entre tanto, iba vencedor por detrás de
" la derecha enemiga.

" En estas circunstancias avisóme unos de mis ayudantes,
" que toda la caballería de mi derecha huía hacia mi retaguar-
" dia; vuelvo la vista, y veo que efectivamente corría toda por la
" costa de unos potreros de alfalfares cercados de álamos, que

El general La Madrid, ese veterano de la Independencia, no necesita que yo encomie su valor personal, y sus dilatados servicios, para que sean conocidos y apreciados del público. Su *hoja de servicios*, es un documento importante, que muestra cuanto ha sufrido, y cuanto ha prodigado su existencia en los numerosos hechos de armas, á los que como jefe ó como subalterno, ha concurrido.

No es preciso ocuparse de descripciones maravillosas, para conocer y apreciar sus servicios. Siempre dispuesto á encontrarse con los enemigos, fué empleado con frecuencia, desde su juventud, en comisiones arriesgadas, que él desempeñó con su valor ordinario. Más tarde, empleado en escala mayor, manifestó constantemente su ardor por los combates, y por las expediciones aventuradas. Como general en jefe, tampoco se ha desmentido, y en lo general, ha sido consecuente á sus inclinaciones y á sus principios.

Si frecuentemente ha sido desgraciado, si ha cometido faltas, en que sin duda no ha tenido parte la voluntad, no por eso deja de merecer nuestro respeto por su patriotismo, por su abnegación, y por su indisputable bravura.

" se extendian hasta rebalsar mi ala derecha, hacia el callejón
" que quedaba como á doce cuadras á mi espalda, para tomar
" el camino á Mendoza. Yo entonces, ordenando á mi infantería
" que se replegara á los otros potreros de alfalfares, que for-
" maban un ángulo hacia mi izquierda, me precipité de carre-
" ra á retaguardia, por ver si llegaba primero al callejón, para
" contener mi caballería que fugaba, perseguida como por dos-
" cientos hombres de la caballería del coronel Flores, y seguido
" solo por tres de mis ayudantes, el baqueano y aquel valiente
" ordenanza que tenía yo en mis voluntarios en la campaña de
" Córdoba, José Magallán, que siendo ya en Mendoza un nego-
" ciante acomodado, había salido conmigo para acompañarme
" en la batalla.

" Pero fué tal la carrera de Baltar y de los pocos que lo

Si me he visto precisado á manifestar las faltas que á mi juicio ha cometido, así lo demanda la verdad histórica, y la instrucción que puede resultar á nuestros militares. Si he sido severo, si he empleado tintes fuertes, él me ha provocado, tratándome con injusticia y aún con acritud, en sus Memorias. Nada supone que haga preceder mi nombre del epíteto de *habil general*, si eso ha de ser, para hacer el contraste más fuerte con las inepcias que me atribuye.

Poco nos queda que decir, pero no concluiremos sin añadir algunas líneas para emitir nuestro juicio sobre la conducta del coronel Baltar, y algunos otros incidentes de menos importancia, que tuvieron lugar en la Cordillera.

No he conocido de nombre al señor Baltar hasta el año 40, que se le designaba como uno de los jefes que acompañaron al general Lavalle desde Martín García, en Corrientes, Entre Rios, y demás puertos que recorrió con el ejército Libertador. Personalmente solo lo conocí en Montevideo, el año 43.

" perseguian, que hasta los primeros hombres de estos, ganaron " el boquete del callejón antes que yo; así fué, que á la vista de " estos, y á muy pocos pasos de distancia, tuve que salvar una " gran zanja para ganar á los potreros de mi derecha, por el mis- " mo portillo que la noche antes habíamos abierto, cortando al- " gunos álamos con los sables, para entrar á pastar nuestras " caballadas, pero perdiendo, al salvar dicha zanja, á mis dos " ayudantes don Enrique Pizarro y Santobaya, que fué lanceado " el uno por los enemigos, y boleado el caballo del otro; así fué, " que yo salvé solo con mi otro ayudante Molina ó . . . . y los " dos individuos nombrados, y tuve que seguir con solo un cer- " co de por medio, y saltando varios cercos que dividian los di- " ferentes potreros, en la misma dirección en que Flores y su " caballería perseguía á toda la mía.

" Entre los cercos por donde yo corría, encontré ó alcancé á " un teniente coronel de los riojanos de Peñaloza, con el alfe

Según es de notoriedad, estaba el año 39 al servicio del Estado Oriental, porque habiendo acompañado al general Rivera en su peregrinación y emigración al territorio del Brasil, después de la derrota de la Carpintería, volvió con él, cuando las victorias de Yucutuja y Palmar, lo hicieron dueño del territorio oriental. Baltar, como uno de tantos, obtuvo grados militares, hasta el de teniente coronel, y á más, la comandancia del departamento de la Colonia.

En este destino se hallaba, cuando el general Lavalle pasó desde Montevideo á Martín García, para organizar su expedición, á que el general Rivera ponía positivos embarazos. Baltar, sin pedir ni obtener su dimisión, ni pedida su separación del Estado Oriental (así me lo han asegurado cuantos he consultado sobre esto), *desertó* de la Colonia y del Estado Oriental y llegó á Martín García á presentarse al general Lavalle, creo que con algunas armas y soldados, también desertores, que pudo arrastrar. (1) Allí obtuvo

(1) No pretendo, ni remotamente, disculpar la conducta del general

---

" rez Ibañez y dos soldados llanistas, y apenas salvamos el
" último cercoy salimos al campichuelo que hay antes de llegar
" á los potreros de Hidalgo, empecé á dar voces á mi caballería
" para que hiciera alto para volver sobre los pocos hombres de
" Flores, que salian del callejón por detrás de mí; más, viendo
" que los mios no paraban, y que ya me alcanzaban como unos
" treinta de los colorados enemigos, dí un feróz grito á mi
" caballería, diciéndoles: *¡Huid canallas, sin vergüenzas, que*
" *yo vuelvo á cargar solo, á estos miserables que nos persiguen!*
" Dí vuelta en seguida con los siete hombres que me seguian y
" acometí á los enemigos, que sujetaron sus caballos; solo me
" hicieron una descarga con sus tercerolas y echaron á huir
" ganando el callejón.

" Como al regresar yo sobre los enemigos, había visto suje-
" tar sus caballos á los últimos de los soldados que huian con
" Baltar, y gritar á sus compañeros: *Vamos á acompañar á*

el mando de un escuadrón, de los que formaron el ejército Libertador.

Allí gozó de media reputación, encontrándose en las batallas del Sauce Grande, Don Cristóbal y Quebrachito. Más tarde, cuando el general Lavalle se trasladó á la Rioja, ya lo vimos separarse del ejército, para ligarse al comandante riojano Peñaloza, para hacer con él en los Llanos, la guerra de partidas al ejército invasor. Desde entonces no volvió á aparecer, hasta que meses después se

Rivera, respecto del general Lavalle, y del resto de la emigración argentina. Además, que este juicio no pertenecería á este lugar; el público ha hecho la justicia debida. Pero, cualquiera que fuesen las aberraciones y faltas de fé del general Rivera, ellas no justifican el proceder de Baltar. Un militar que toma servicio bajo una bandera, compromete su fé y su honor; y lo que sus más sagrados deberes prescriben, no abandonarlo, sinó mediante un acto legal que deshaga el contrato, y desaparezca su compromiso. Cuando las circunstancias fuesen tales, que se hubiese negado, con repetición, su solicitud, por lo menos debería, para disculpar su proceder, probar que la hizo y que no pudo lograr los deseos. Otros jefes, como el coronel don Federico Baez, en idénticas circunstancias, obraron de otro

" *nuestro General que carga solo;* había juzgado que me seguian
" algunos, pero al volver la vista cuando los enemigos ganaron
" el callejón, y habiendo observado que habian vuelto á su fuga
" los que pararon sus caballos, por no haber regresado los demás,
" tuve que lanzarme á escape ya sin riesgo, porque los enemigos
" no volvieron más, salvando algunos cercos de los potreros de
" Hidalgo, hasta que logré adelantarme al callejón por donde
" corrian mis prófugos hacia Mendoza, y logré precisamente sa-
" lir á él, en circuustancias en que mi sobrino Alvarez, que había
" regresado al ver el retroceso de mi infantería, se había ade-
" lantado por la derecha con el mismo objeto de contener á
" nuestra caballería, y se pasaba al mismo tiempo por delante
" de los prófugos, amenazando levantar en la punta de su lan-
" za al primero que osara pasar adelante.

" Conseguimos allí parar á todos, pero no hubo uno que die-
" se muestras de seguirme á la invitación que les hice para re-

incorporó al general La Madrid, cuando penetraba en las provincias de Cuyo.

No me he propuesto hacer la biografía del coronel Baltar, ni poseo los curiosos antecedentes que serian minuciosos para formarla. Ni aún puedo hablar de lo que pasó en esa campaña, sinó por algunas noticias generales, y por lo que dicen las Memorias; y con arreglo á ellas, es que haré unas cortas observaciones. El conocimiento posterior que he tenido de este jefe me facilitará no poco esa ingrata tarea.

---

modo que Baltar, y si pasaron al servicio argentino, fué sin llevar una nota que ennegrecería una carrera más brillante que la de ese jefe. Bién conocemos que él tachará de miramientos melindrosos estas reflexiones, pero debe saber, que sin ellas, la carrera militar vendría á ser una cadena vergonzosa de privaciones y perfidias; de modo que jamás un Estado ni un gobierno, ni una sociedad, ni un general, podrian confiar en los que le han jurado depender de ellos y defenderlos. He dicho que el coronel Baltar no apreciará esta delicadeza de sentimientos como conviene, porque su educación militar, pienso que no ha sido muy esmerada. Ignoro en dónde, ni cómo, hizo su aprendizaje; en qué ejércitos y bajo qué generales ha servido antes. Parece, pués, que es un militar improvisado y de resolución.

" troceder sobre el campo de batalla, y me fué preciso conti-
" nuar la retirada.

" El valiente Peñaloza había querido cargar desde que reci-
" bió mi primera orden, pero Baltar se lo había embarazado,
" hasta que al último, viendo el valiente escuadrón de ciudada-
" nos de Mayo, en número de sesenta hombres y con su bravo
" comandante Acosta á la cabeza, cargó solo sobre la caballe-
" ría de Flores, y fué el único que en mi derecha cruzó sus
" lanzas con dicha caballería; y si Baltar lo manda protejer,
" siquiera con el escuadrón Julio, que mandaba el comandante
" Sotelo, habrian triunfado indudablemente.

" Por último, compañero, después de cuanto le he relatado y
" de haber Pacheco quedado dueño del campo de batalla, des-
" pués de haberlo derrotado, y cuando menos lo pensaba, por
" solo la infame desobediencia de Baltar, y sin embargo de la
" inmensa superioridad de sus fuerzas, no se atrevieron esos

El principal talento de Baltar consiste, en saberse insinuar en la confianza de algún jefe, ó caudillejo, sobre el que se propone ejercer más ó menos influencia, según la facilidad que le ofrece el caracter y la capacidad de este. Ya se comprenderá, que tratándose de un hombre cándido é ignorante, aunque bueno y fiel, como era Peñaloza, este influjo se hace omnipotente. Se comprenderá también, que para conseguirlo, sabe halagar la ambición y demás pasiones, y que no desdeña adular servilmente á las personas de la familia de aquel, cuyas buenas gracias se ha propuesto obtener. Así también consiguió años después, gran influencia en Corrientes (1).

Esto explicará esa íntima unión que había entre él y el

(1) Un amigo mío, que conocía bién al coronel Baltar, hablando sobre los sucesos de Corrientes los años 45 y 46, me decía: *El mérito del coronel Baltar consiste, en gran parte, en saber manejar intrigas de costurero.* No se vaya á creer por esto, que sea galante; si incensaba á las Madariaga, era por ganarse la amistad de los hermanos.

" miserables á seguirnos, y me han dejado pasar á este país á
" cordillera cerrada, y con más de cuatrocientos hombres, muy
" largos. Le aseguro á usted que en mi vida he visto, que un
" puñado de valientes como los que me acompañaron en tan
" difícil como peligrosa campaña, hubiesen hecho más heróicos
" esfuerzos de valor y constancia, ni sostenídose con tanto de-
" nuedo por cerca de dos horas y media, imponiendo á tan po-
" deroso enemigo, hasta el último momento.

" Este ha sido, mi amigo, el resultado de tan brillante cam-
" paña, por solo el imperdonable proceder del valiente Acha,
" después del más brillante triunfo que obtuvo en Angaco, con-
" tra las quintuplicadas fuerzas del fraile General; y ese bene-
" mérito jefe, pagó con su vida su atrevida y necia confianza,
" y más que todo, el haber olvidado completamente el princi-
" pal y más importante objeto con que lo hice adelantar. El
" de proveerse de buenos caballos, mulas y bueyes, y mandar-

coronel Peñaloza, el cual no veía sinó por sus ojos, ni obraba sinó por sus inspiraciones.

Esta singular anomalía, agregada á la consideración personal que se debía dispensar á un jefe á quién seguian individualmente algunos cientos de hombres, hacía que este jefe, teniendo el mando de una división, no fuese responsable de sus actos oficiales, y que estos emanasen menos de las órdenes del General en Jefe, que de las insinuaciones privadas de un director y amigo.

Si el general La Madrid se veía por imperiosas circunstancias, obligado á tolerar un semejante estado de cosas, es digno de compasión; pero si él pudo evitarlo, y restituir tal cual vigor á la disciplina militar, sería bién digno de censura.

No sabemos qué pensar á este respecto, porque al paso que en la descripción de la batalla del Rodeo del Medio, salva de toda responsabilidad á Peñaloza, para cargarla íntegramente á Baltar, nos dice poco antes que pudo evitar-

---

" me encontrar, ó haberse venido él mismo á mi encuentro, " después de su espléndido triunfo, ya que no quiso hacerlo " antes, ó esperádome, cuando menos, en el mismo lugar de " su completo triunfo.

" Yo había pensado contramarchar esa misma noche, des- " pués de mi aparente marcha á la Cordillera, y pasando por el " flanco derecho de Pacheco, caer sobre Córdoba, por San Luís; " pués, lo suponía á nuestro amigo, el general Lavalle, dueño " de dicha provincia ó marchando, al menos, sobre sus débiles " fuerzas, que le habian quedado á Oribe, desde que no me " mandó alcanzar con el general Pedernera, según me lo ha- " bía prometido en la Rioja; pero la reflexión de que todos " los emigrados y el armamento que me mandaba con ellos la " Comisión Argentina, desde Chile, caerian irremisiblemente " en manos de los enemigos, pués los esperaba yo por instan- " tes, me hizo desistir, y hoy lo siento en el alma! Con cerca

lo, pués que se arrepiente de haber concedido á este, que fuese á la ala derecha, dejando en cierto modo su puesto de Jefe de Estado Mayor.

Poco antes también nos cuenta, que quiso al llegar á Mendoza, mandar á Peñaloza á libertar los prisioneros del Retamo, á lo que se opuso Baltar, sin que nos diga si aquel tenía parte en esta negativa. Otro tanto sucede cuando mandó á los mismos jefes en persecución de Benavidez. Baltar retardó la salida de más de una noche; Baltar hizo la persecución con flojedad y se retiró antes de tiempo, etc.

Sin que se nos diga por qué se le permitió ir, dejando su puesto en el ejército, y dándonos motivo de sospechar que Peñaloza era un autómata, sin juicio ni voluntad propia.

Sea esto como fuere, la irritación del general La Madrid contra Baltar era muy justa, y la creíamos tan natural, que esperamos que cualquier encuentro que tuviesen después

---

" de setecientos hombres de caballería, bién montada, con que " yo salí de Mendoza, hubiera sublevado toda la sierra de Cór- " doba, y concluido ese sanguinario teniente de Rosas, de " acuerdo con el general Lavalle; pués, que Pacheco, cuando " hubiese tenido conocimiento de mi marcha, no habría podido " seguirme sin demorar, hasta proporcionarse las caballadas " necesarias.

" Aquellas consideraciones fueron las que me obligaron á " dirigirme á esta, ya después de cerrada la noche, y también " la noticia que recibí de esta capital, la víspera de la batalla, " pués se me aseguraba que este Gobierno iba á declarar la " guerra á Rosas, si es que no estaba declarada cuando reci- " biera dichas comunicaciones. Así fué, que habiendo yo va- " riado de plán por dichas razones, y no pareciéndome justo " sacrificar en la cordillera cerrada, á todos los valientes que " me habian acompañado, formé en columna cerrada á todas

de la acción del 24, podía traer explicaciones violentas y hasta consecuencias desagradables (1).

Nuestro temor fué vano, pués contra todo lo que podía conjeturarse, la entrevista que tuvo lugar al día siguiente á la noche, en Vipallata, donde recién logró alcanzar al Jefe de E. M., fué tan pacífica, como si nada hubiese precedido. El coronel Baltar, que según parece, se había propuesto disputar el premio de la agilidad, volvió á tomar la delantera, y solo volvió á ser alcanzado el 27.

Aún entonces, siempre firme en su propósito de obtener el premio de la carrera, se ofreció á llevar al gobierno de Chile, el aviso de la derrota. Generalmente es una prueba de distinción la elección de un oficial, para que lleve el parte de victoria; estaba reservado al coronel Baltar, Jefe

---

(1) Se puede aplicar aquello de: Calóse el chapó; Requirió la espada; Miróle al soslayo; Fuése... y no hubo nada.

" mis fuerzas, y les aconsejé, después de darles las gracias por
" la decisión con que me habian acompañado, que se regresa-
" ran todos, y que se presentaran, si querian, á los gobiernos
" de sus pueblos, ó sinó que me esperaran en los montes, pués
" que mi vuelta debería ser muy pronta; pués que no conside-
" rasen justo, díjeles, exponerse en las Cordilleras. ¿Y creerá
" usted, mi amigo, que me contestaron todos á una, que esta-
" ban dispuestos á perecer todos conmigo, antes que abando-
" narme?

" Le aseguro á usted, que esta unánime respuesta me con-
" movió en extremo, y que no habiendo, á pesar de mis nuevas
" y reiteradas instancias, conseguido que ninguno se volviera,
" tuve que continuar la marcha con todos ellos, y solo desde
" Uspayata, donde fuí á alcanzar recién al célebre Baltar, que
" se había largado solo adelante, y con buenos baqueanos, pu-

de Estado Mayor del ejército, ambicionar la *honra* de ser el mensagero de un desastre, á que había contribuido tan eficazmente. Hay algunas personas, que en ciertas ocasiones nada ven, nada calculan, sinó las impresiones del momento; no es difícil adivinar las que entonces gravitarian sobre el ánimo del Coronel.

Nada nos dicen las Memorias sobre las consecuencias que pudo tener en Chile, su desavenencia con el coronel Baltar, ó sea la reprobada conducta de este jefe. Por lo mismo, no sé qué crédito merezca lo que me dijo en Montevideo, cuando mandando yo el ejército de dicha plaza, se me presentó, tratando de sincerarse sobre los cargos que se le hacian relativamente á la acción del 24 de Setiembre.

En nada menos pensaba yo, que en tomar informaciones á este respecto, pués que mis ocupaciones entonces me alejaban de esos asuntos. Sin embargo, Baltar se empeñó en sincerarse, y recuerdo muy distintamente que dijo :

Que luego que llegaron á Chile ocurrió á la Comisión

" de conseguir, á fuerza de instancias, que se regresaran como
" doscientos hombres.

" Yo me había adelantado con solo mis ayudantes, ya caida " la tarde del 27, para esperar á mi tropa, que llegó puesto ya el " sol, con la carne necesaria, y supe por Baltar, que á las doce de " ese mismo día había regresádose de allí don Domingo Faus- " tino Sarmiento y otros unitarios emigrados que iban lleván- " dome algunos auxilios, así que supieron nuestro contraste. " ¿Y creerá usted, todavía, que ese jefe funesto se me fugó de " poco más adelante el 26, y llevándose el único baqueano, " cuando marchaba él á la cabeza de mi fuerza, mientras yo " me había quedado á persuadir á varios heridos que me acom- " pañaban todavía, para que se quedaran y no fueran á perecer " irremediablemente á la Cordillera, como lo conseguí al fin re- " galándolos? Y no es esto todavía lo más célebre, sinó que " habiéndome adelantado el día siguiente desde la Punta de

Argentina, para que, tomando informe sobre lo sucedido en la batalla, juzgase y fallase en justicia. Que efectivamente, esta se constituyó en una especie de tribunal, ante el cual hicieron el general La Madrid y él, sus alegatos, después de seguidos algunos otros trámites; que después de una madura deliberación, la Comisión Argentina le absolvió, declarándolo inculpable.

Como nada dice de esto el general La Madrid en sus Memorias; como el general Deheza, á quién me acuerdo que pregunté alguna vez sobre esto, me dijo, que nada parecido había ocurrido, estoy inclinado á creer que fué una invención de Baltar para captarse mi estimación, lo que en esa época le convenía mucho. El tiempo aclarará el negocio, y el público y la posteridad juzgarán.

" las Vacas con mis ayudantes y algunos ciudadanos del Mayo,
" para mandar encontrar con auxilios á mis divisiones, pués las
" dejé ordenadas para que marcharan sucesivamente con inter-
" valo de horas para que no se embarazaran en las casuchas, lo
" fuí á alcanzar segunda vez, en esa misma noche, en la casucha
" del pié de la Cordillera, desde donde, habiéndoseme ofrecido
" para adelantarse con la comunicación que yo llevaba para
" mandar al gobierno de Chile, dándole cuenta de mi marcha y
" solicitando su permiso para internarme, tuve que entregarle
" dicha comunicación, como que sería el más ligero conductor.
" En fin, mi amigo, ya estamos libres, después de haber
" perdido algunos hombres en la Cordillera, y llegado otros
" inútiles. Que sea usted feliz en su nueva empresa y lo sea
" también nuestro amigo el general Lavalle.
" Son los deseos de este su verdadero amigo y compañero,
" que desea volar á ayudarlo.

GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID."

CAPÍTULO XXIII

EL AÑO 1840 EN BUENOS AIRES

Visitas que recibe el general Paz.—Concepto en que lo tenian sus amigos. —Su credo político.—En casa del tirano Rosas.—La hija de este: Manuelita.—El señor Albarracín.—Sucesos de Junio.—Asesinato del doctor Maza.—Ejecución de su hijo, el coronel.—Fisonomía del pueblo de Buenos Aires.—Vacilaciones de los conjurados.—Ocurrencia del doctor Dalmacio Velez.—Inscripción del general Paz en la Plana Mayor activa.—Consideraciones que con él tiene Rosas.

Je ne veux retracer maintenant que la part qui me concerne dans ce vaste tableau. Mais en jetant de ce point de vue si borné quelques regards sur l' ensemble, je me flatte de me faire souvent oublier, en racentant ma propre histoire.

Mad. de Stael.

El 20 de Abril de 1839 había sídome intimado el fin de mi cautiverio, y el 23 llegué á Buenos Aires, alojándome provisionalmente en casa del señor don Rufino Elizalde; á los ocho dias tomé casa propia, es decir, alquilada por mí, pero dando aviso á la policía, según se me había prevenido, como también que no pudiese alejarme más de una legua de la plaza.

Las primeras visitas que recibí cuando acababa de ba-

jar del carruaje, fueron las del general La Madrid, don Mariano Lozano, y el general don Celestino Vidal. El segundo de estos me dijo, que algunos amigos mios deseaban visitarme, pero que ignoraban si nos convendría á todos que lo hiciesen en las circunstancias, de lo que yo podía instruirles; mi contestación fué, que ellos debian conocerlas mejor que yo, que acababa de salir de un calabozo. El señor Lozano repuso, que creía mejor que por entonces se abstuviesen de toda comunicación, nombrándome á los señores doctor don Eusebio Agüero, y doctor Sarrachaga. Me conformé con su opinión, rogándole que agradeciese á dichos señores sus buenos deseos, quienes por su parte hicieron lo mismo, no poniendo jamás los piés en mi habitación; poco les sirvió su prudencia, porque el uno fué luego asesinado, y el otro sufre aún las consecuencias de su voluntario destierro.

Algunas otras personas me visitaron en el día, pero á la noche fué mayor la afluencia; la sala del señor Elizalde estaba casi llena, y el empeño de todos por conversar conmigo, por oirme discurrir en cualquier materia, era tan marcado, que hube de apercibirme. Recuerdo que el coronel don Calixto Quesada, que era uno de los concurrentes, recordó algunos sucesos del ejército nacional en la Banda Oriental, y como viese que daba una cuenta de ellos, mejor sin duda que lo que podía él hacerlo, prorumpió en esta exclamación: *¡Vaya, está visto que es usted el mismo que he conocido! ¿Y por qué lo dudaba usted?* le dije; á lo que repuso: *Porque una prisión tan larga, podía haber entorpecido sus facultades y debilitado su memoria.*

La causa de su admiración consistía en lo que se habian empeñado en persuadir, sean algunos de mis enemigos políticos, sean algunos de los que debian ser mis amigos. Según ellos, yo era un hombre perdido para la política y para la guerra, y para todo negocio público, por el decai-

miento de mis fuerzas intelectuales (1), que me había traido á una especie de imbecilidad moral. Este rumor se había querido propagar con una particular tenacidad, como tendré ocasión de hacerlo notar otra vez: por ahora diré algo de la causa que lo producía.

Nunca pertenecí á facciones, de modo que aunque me haya visto implicado en los partidos políticos, he huido, no solo de las exageraciones, sinó también de esas tendencias exclusivas de que adolecen los hombres que dependen de aquellas. Un sentimiento de equidad, me ha hecho en lo general, ser justo hasta con mis enemigos; y otro, que es un consiguiente de aquel, me ha constituido siempre en una cierta independencia de mis amigos, en lo que no he creido razonable y arreglado á justicia. Semejantes ideas no podian convenir á hombres apasionados, á quienes, más que el bién público, anima el espíritu de facción y los intereses de partido. Agréguese á esto, las ambiciones, los ódios, las venganzas, la codicia, y otras pasiones, que sin duda serian contrariadas por el poder de un hombre que no estuviese dispuesto á capitular con ellas, y se hallará la explicación de la frialdad y hasta malquerencia que he experimentado de una gran parte de los sectarios de la *unidad*, en cuyo bando estaba inscripto, y por el que había hecho tantos servicios y sacrificios.

Sin embargo, no se crea que los ataques que por lo general me han dirigido, eran francos y públicos; nada de eso. No eran tan necios sus autores que desconociesen que

---

(1) En el momento de la victoria de Caaguazú, cuando el enemigo huía en derrota, dije á mi secretario don Gregorio García Castro: *Pienso que mis compatriotas no dirán que soy un imbecil.* Y á la verdad, sentí una satisfacción en poder desmentirlos. Un guerrero célebre de la antigüedad, abrumado de las fatigas y penalidades de la guerra, exclamó: *¡Oh Atenienses! y si supierais á los peligros y trabajos que me expongo por obtener vuestras alabanzas!* Yo me contenté con demostrar á mis amigos, que no merecía su desprecio.

perjudicaría á su propósito tan chocante injusticia, y se contentaban con esparcir rumores que si no contrastaban el concepto que me ha dispensado la mayor y mejor parte de mis conciudadanos, podrian al menos debilitarlo.

Muy al contrario de lo que ellos se proponian, me sirvió inmensamente su innoble modo de proceder, y quizá á él debo el haber salvado de las garras del tirano. Este, juzgándome sin duda por lo que se siente, creyó que yo adjuraría la amistad política y las doctrinas de unos hombres que se conducian conmigo tan ingratamente, y concluyó que no podría jamás pertenecerles. Sin esto, pienso que Rosas hubiera terminado mi existencia, ó me hubiera condenado á un eterno cautiverio.

Hay en realidad ciertos hombres hábiles en la ciencia del corazón humano, amaestrados en las cosas públicas, eminentes en la política, que no pueden comprender que otro posea ciertos principios que fijen su regla de conducta; acostumbrados á buscar el origen de todas las acciones humanas en ciertos intereses que para ellos son todo, se equivocan miserablemente cuando quieren penetrar en el corazón del que no piensa como ellos. Sin negar, pués, la sagacidad del dictador, diré que se equivocó en cuanto á mí, porque no habiendo desde antes pertenecido á personas, sinó á la causa de mi elección, no influyó en mis opiniones, el desleal y poco generoso proceder de los que debian reputarse mis amigos.

Puede creer alguno que trato de hacer mi panegírico, y se engaña, porque solo he tratado de dar una explicación. Si esa consideración hubiera de retraerme de decir lo que siento, mejor sería no haber tomado la pluma. Si sospechase siquiera que había en mí un motivo indigno, me avergonzaría á mis propios ojos. No presumo de tener una gran capacidad, pero he querido tener juicio propio, y obrar por mis propias convicciones, sin dejar de poner los medios

de ilustrarme y asegurar en lo posible el acierto. Esto es, por supuesto, lo que no agrada á los que solo buscan ciegos instrumentos, y es lo que no han hallado en mí. Hé aquí todo, todo.

Por más que mi seguridad requiriese la conducta más circunspecta de mi parte, y que mis amigos políticos estuviesen persuadidos de lo que importaba á la de ellos la frecuencia de relaciones conmigo, era imposible precaverse de la necesidad de comunicarnos y trasmitirnos nuestros sentimientos é ideas; así fué, que por más propósitos que hiciésemos para ser cautos, no faltaban pretextos que nos aproximaban. Era también imposible en la agitación que producía la tiranía del Gobierno y los esfuerzos de una parte de la sociedad para sacudirla, no participar del general movimiento. Desde que llegué á Buenos Aires, conocí el peligro de mi situación, y no fué mi vida sinó una continua inquietud. Poco más ó poco menos, era así la de todos.

En el acto de llegar, me presenté al jefe de policía, quién me recibió con frialdad, pero sin desatención. Luego se me indicó que debía, por la forma, presentarme en casa de Rosas, que si no lo hacía extrañaría este requisito, y ya se sabe lo que en tal Gobierno importaba una omisión cualquiera. Además, mi cualidad de militar, en cuya clase es sabido que el preso que obtiene libertad se presenta al jefe, daba más colorido á esta exigencia. Yo tenía también un motivo para creer que estas indicaciones no partian del señor Elizalde, que me las hacía, sinó que traian su origen del ministro Arana, cuya señora es hermana de la del señor Elizalde.

Elegí, pués, una noche, á los tres ó cuatro dias de haber llegado, y acompañado del hijo mayor del señor Elizalde, fuí á casa de Rosas. Es imponderable el silencio y lobreguéz de aquella calle; eran raras las personas que pasaban por ella, y he conocido muchas que hacian grandes

rodeos, por evitarla, cuando alguna urgencia los llamaba en esa dirección. ¿Qué diré de la casa? No había guardia, no había aparato militar alguno; un zaguán alumbrado con un farol, y un hombre que desempeñaba las funciones de portero; un gran patio sombrío y desierto, en que reinaba el más profundo silencio, es lo único que ví. Todas las puertas que caian á él estaban cerradas, á excepción de una en que se divisaba una debil luz; á ella nos dirigimos, y habiendo llegado, vimos dos hombres sentados delante de una gran mesa rodeada de sillas que le daban el aspecto de un comedor muy común. Esos dos hombres eran el edecán Corvalán y el capitán del puerto, coronel don Francisco Crespo.

Cuando hube dicho que venía á hacerme presente á S. E., me contestó el primero que no podía verse al señor Gobernador, y cuando el joven Elizalde le dijo quién era yo, Corvalán, sin moverse de su silla, ni mudar de postura, me insinuó que no era preciso que me hubiese incomodado en ir, pero que lo haría saber al ilustre Restaurador.

Me retiré bajo el peso de las más desagradables impresiones; por un lado celebraba haber salido de aquel disgustante paso, que se me había pintado como indispensable, y que sin duda lo era, á pesar de lo que dijo Corvalán; pero el sepulcral aspecto del edificio, su lobreguéz, la certidumbre de que allí se alojaba un sangriento tirano (1), el terror de que parecía que participaban hasta las paredes, producía sensaciones inexplicables, para los que no han estado en Buenos Aires, ó en el Paraguay, en la época del doctor Francia. En seguida fuí á casa del señor Arana, quién me recibió muy atentamente, y á quién dije la grosera acogida

(1) Hacía poco tiempo que había sido fusilado Cienfuegos, porque se le encontró con cierto disfráz en la calle de Rosas. El alegó, que iba á una cita amorosa, más no se libró por eso del suplicio.

que me había hecho Corvalán, á quién trató de disculpar con la vejéz.

No pasaron dos dias sin que se me trasmitiese por conducto de la señora de Elizalde, á quién se lo había referido su hermana, la esposa del señor Arana, que la señorita doña Manuelita Rosas había reñido mucho á Corvalán, porque no le había anunciado mi visita, pués aunque su tatita no pudiera recibirme por sus ocupaciones, ella hubiera tenido gusto en conocerme. Hé aquí á mi mentor, el señor Elizalde, que declara que aquella indicación equivalía á una muy clara invitación para que yo fuese otra vez de visita á casa de Rosas, so pena, si rehusaba á ella, de... de .... de todo, porque todo puede acarrearnos el simple desagrado de un hombre dotado de un poder monstruoso, y que usa de él, del modo que sabemos.

Me sería imposible significar la repugnancia que sentía para hacer este segundo cumplido, del que no saldría tan brevemente como del primero. Habrian pasado ocho dias de mi llegada, cuando á la una de la tarde me presenté en casa de Rosas, y á pesar de la hora, el silencio y la soledad de la calle y de la casa, era la misma. Tan solo había en el patio una puerta abierta, que era de la misma pieza en que noches antes había encontrado á Corvalán; allí encontré á alguno que no sé si era edecán, á quién me anuncié, y mientras él partió, quedé dando largos paseos por el patio, que duraron cerca de media hora.

Al patio caian varias ventanas, pero perfectamente cubiertas con persianas, que no permitian ver cosa alguna interior; era seguro que Rosas, que nunca me había visto, como yo no lo he visto á él hasta ahora, querría conocerme, y que al efecto me estaría observando de la parte interior de las persianas; yo, que no dudaba de ello, traté de aparentar la más cumplida indiferencia, y paseándome con negligencia, jugueteaba con mis guantes que tenía asidos con

una mano. Cuando después de hecha mi visita me retiré, y advirtió el señor Elizalde que mis guantes eran de un color verde oscuro, me significó la inconveniencia de su color, y el peligro que había corrido; más, como ya hubiese pasado, hubimos de tranquilizarnos, proponiéndome no hacer otra prueba.

Al fin se abrió la puerta del salón, al que salió la señorita doña Manuelita y dos señoras más, de las cuales una era tía, y la otra abuela; me recibió con atención y aún me manifestó benevolencia, pero sin hablar, por supuesto, una palabra ni de mis sufrimientos pasados, ni de las cosas públicas presentes. La conversación roló sobre objetos indiferentes, y nada hubo de que pudiese resentirse la más refinada delicadeza.

La casa á que me mudé á los pocos dias de mi llegada, estaba situada en la calle de la Catedral, tirando para las Catalinas, y quedaba frente á frente de la que ocupaba el célebre Larrazabal, tan conocido por su adhesión á Rosas, y por sus proezas federales; era, pués, un centinela, un testigo, un espía de cuantos entraban ó salian de mi casa; mis amigos se me quejaron de esta vecindad, y tuve algo después, que buscar otra casa que estuviese menos observada; más, antes de dejarla, tuvieron lugar los sucesos de Junio, de que voy á ocuparme.

La tiranía de Rosas no había echado las raices que hemos visto después, y el terror no había extinguido todo sentimiento de resistencia. Se preparaba, pués, á ella, una gran parte de la población en la única forma que le era posible, es decir, conspirando. Los agentes de este plán, lo creian tanto más realizable cuanto entraban ya en él algunos militares, y muy principalmente, el coronel don Ramón Maza, joven de valor, de crédito, y que ofrecía las más bellas esperanzas. Yo sabía positivamente de lo que se trataba, pués que se obraba con tan poca reserva, que he oido en un estrado,

delante de dos señoras, hacer mención de los puntos más reservados, sin la menor precaución. Cuando yo hice notar esta informalidad, me dijo el amigo á quién me había dirigido, que las señoras eran de toda confianza. Y tenía razón, porque no fueron señoras las que traicionaron á sus amigos y á la libertad, sinó personas del sexo que se dice fuerte.

Como la indiscreción que acabo de señalar, se cometian cientos, de modo que el secreto de la conjuración estaba en miles de bocas. Es portentoso que Rosas no la descubriese antes, y en mi modo de ver, nada prueba más, que el sentimiento de oposición era sincero, y noble el motivo que lo producía, que el no haber sido revelado antes.

Entonces sucedió lo que generalmente sucede cuando asuntos tan graves se emprenden sin la premeditación necesaria, y cuando su dirección queda al solo entusiasmo. Aunque, como se vé, no ignoraba yo el movimiento que se meditaba, no estaba en el pormenor de sus arcanos, si es que había algunos. Cuando llegaba el caso de que yo empezase á penetrar en ellos, fué la explosión que desbarató por entonces el proyecto. Por esta razón no puedo dar un conocimiento distinto de lo ocurrido, y tan solo diré, que en lo general de la gente pensadora, acomodada é ilustrada, había excelentes disposiciones. Sé que cuando se necesitó dinero, se abrieron generosamente los bolsillos de muchos, y que se reunieron muy regulares cantidades, y que hubieran podido reunirse cuantiosas.

Hasta el 22 de Junio nada se me había dicho de que se me reclamase ningún servicio ni empeño personal; pero ese día, el doctor Barros, mi amigo, me insinuó que el señor Albarracín, uno de los principales agentes, deseaba tener una conferencia conmigo sobre el asunto. Yo, que no había extrañado que no se me iniciase en los grandes misterios, porque después de tantos años que estaba fuera de la escena, no conservaba relaciones militares, y siempre

estuve persuadido que en esta clase de negocios no debe haber confianzas inútiles, puse mis reparos á la conferencia que me proponian, y dije al doctor Barros, que no conociendo yo al sujeto que la deseaba, ni él á mí, me parecía más conforme á razón, que él mismo (el doctor Barros), que estaba en todos los secretos, me trasmitiese todo lo que el otro quería decirme. El 23 por la noche, temprano, estaba en mi escritorio el doctor Barros, insistiendo aún en la conferencia solicitada, á que yo no tenía un gran empeño en negarme, cuando anunciaron dos sujetos que venian de visita, y que habian sido introducidos á la sala. Me despedí del doctor Barros y me encontré con el mismo señor Albarracín, acompañado del doctor Fernandez, quién venía á convidarme para una tertulia que se daba al día siguiente en su casa. Por supuesto que no se habló de otra cosa, pero era muy claro que el señor Albarracín quería aproximárseme, y vencer por medio de su comunicación, el inconveniente que yo había observado.

Cualquiera verá que el inconveniente, que era casi de pura forma, estaba vencido, y que muy luego debía tener lugar la proyectada conferencia y entrar de plano en el negocio. Por otra parte, las noticias que con este motivo había adquirido del señor Albarracín eran las más favorables, y debo en justicia decir, que merecía muy cumplidamente el concepto de juicio, lealtad, patriotismo y valor que tenía. Después probó que el asunto no podía haber estado en mejores manos, y que los que se fiaron de él, habian depositado su confianza en un hombre digno de ella. Cuando lo he conocido más de cerca, y ha sido mi íntimo amigo, he tenido motivos especiales de comprobar sus excelentes cualidades, á las que reune una suma actividad, y un particular tino en el trato de gentes.

Es después que por este amigo he sabido algunos detalles de que haré mención, sin lisonjearme de que estos cono-

cimientos aislados, y delicados por su naturaleza, me pongan en el caso de explicarlo todo.

Según todas probabilidades, el 24 de Junio debía ser decisivo para la parte más ó menos activa que yo tomase en el negocio, pués era muy claro que hasta el convite para la tertulia que se me había hecho, era para aproximarme á los conjurados. En ese día estaba de visita en casa de don Mariano Lozano, y entre una y dos de la tarde entró su sobrino político, don Manuel Ocampo, y lo llamó aparte para decirle algo en secreto; Ocampo salió, y Lozano volvió al grupo que formábamos tres ó cuatro de sus contertulios. Después de doce ó quince minutos de hablar cosas indiferentes, nos dijo que el coronel Maza acababa de ser preso y que se anunciaban otros arrestos. La cosa era bién clara, la conspiración estaba descubierta, y el golpe por entonces fallido. Me retiré á mi casa, y luego se supo que Albarracín, Ladines, su esposa doña Mercedes Rodriguez, y algunos otros, habian sido también presos. Me guardé muy bién de asistir á la tertulia del doctor Fernandez, y creo que lo mismo hicieron los demás convidados. Este me vió á los dos ó tres dias en casa de uno de sus enfermos, y me expresó los cuidados en que estaba por él y por mí, pués la noche del 23, cuando estuvo en casa, ya estaba hecha la denuncia, y ya Albarracín debía ser vigilado por la policía, de consiguiente, debía tener conocimiento de su visita nocturna; más, no túvo consecuencia.

Estas prisiones y el motivo que las ocasionaba, produjeron en casi todas las clases de la sociedad, el estupor y la desconfianza; los unos veian sus esperanzas destruidas, los otros amenazaban con terribles venganzas. De los primeros, todos se ocuparon en componer lo mejor que podian sus asuntos para alejar toda sospecha, en combinar las respuestas que darian si se les hacian cargos, ó en buscar escondites donde substraerse de la acción del Gobierno, si

eran buscados por la policía, ó la *mazorca*. Yo también me ocupé de lo último, pero con tan poco suceso, que pienso que llegado el caso, no hubieran sido bastantes á salvarme mis precauciones.

No salí de casa en los dias inmediatos, y aún mi puerta estaba habitualmente cerrada; cuando llamaban, se habría con precaución, y yo desde la ventana de mi escritorio que estaba enfrente, veía antes que él pudiese observarme, quién era el que entraba, para en caso de ser persona sospechosa, poder evadirme por los fondos á la aventura.

El 27 á la noche, temprano, estuvo de visita don Mariano Lozano, quién me tranquilizó, porque me dijo que nada se traslucía que pudiese dañarme personalmente, y que de consiguiente podía y aún debía pasear y dejarme ver libremente. Para aprovechar su consejo y por indicación de él mismo, salimos juntos á las nueve de la noche marchando reunidos un trecho hasta separarnos, él para ir á la tertulia en casa del doctor Lahite, y yo para ir á casa de Elizalde. Por lo que se vió luego, Lozano estaba muy engañado en cuanto al rumbo que tomaban los negocios, pués estaba muy distante de preveer ni aún sospechar la tremenda catástrofe que tenía lugar á esa misma hora.

Cuando yo llegaba á la puerta del señor Elizalde, su hijo, joven estudiante que venía de casa de Irigoyen, que estaba enfrente, batía el llamador de la suya para recogerse; las primeras palabras que me dijo cuando me acerqué á él, fueron: *¿Sabe usted que el doctor Maza, Presidente de la Sala de R. R. acaba de ser asesinado en el mismo recinto de las sesiones?* Y como yo dudase, repuso: *Mis amigos, los jóvenes Irigoyen de quienes acabo de separarme, vienen ahora mismo de ver el cadaver.* A esto abrió un criado la puerta y entramos en la casa, preguntando por el amo de ella. El señor Elizalde, padre, se había acostado por indisposición, y me recibió en la cama. Luego que supo la noticia, se inmu-

tó de tal modo, que me dijo casi en tono de increpación: *¿Y se atreve usted á andar en la calle en una tal noche y á tales horas? Váyase usted amigo, ahora mismo, pronto, y váyase tomando la sombra y recatándose en lo posible, porque se compromete usted y me compromete también con su visita.* Lo hice así, pero no fué precisa la última precaución, porque las calles estaban tan solas, que no encontré una sola persona en más de cinco cuadras.

A la mañana siguiente se supo, que en la madrugada había sido fusilado en la carcel el coronel Maza, hijo del Presidente de la Sala de R. R., y que ambos cadáveres se habian llevado en una carretilla, sin ceremonia al cementerio, destinándolos á la fosa común, y sin entregárselos á sus familias. La consternación del pueblo de Buenos Aires fué entonces completa; nadie se podía dar razón de lo mismo que sentía, y costaba trabajo dar crédito á sus propios sentidos; parecía más que una realidad, un penoso sueño, porque es solo por grados, que ha ido desarrollándose ese poder monstruoso que nada respeta, y mostrándonos á todos de lo que es capáz, el hombre tremendo que pesa sobre los destinos de nuestro país.

Yo había vuelto á mi encierro y á mis precauciones, desatendiendo los candorosos consejos del señor Lozano, cuando á las cuatro de la tarde del 28, tocaron á mi puerta con golpes redoblados y vigorosos. Un criado que se apostaba convenientemente en una ventana, avisó que el que los daba era un oficial militar, lo que era un nuevo motivo de alarma. Yo gané la ventana de mi escritorio para estar pronto, según las circunstancias, cuando abierta la puerta nos encontramos que el visitante era mi amigo el teniente coronel don José Arenales. Como es enteramente sordo, ya sea que hable, ya que bata una puerta, ya que haga cualquier ruido, lo hace con un desentono que él solo no puede percibir. Desde que entró fué preguntando á gritos

por mí, y cuando me vió, dijo: *¿Qué milagro que está usted en casa tan encerrado y que no pasea?* Entonces, llevándolo lo más aparte que pude y llegándome cuanto me era posible á su oido, le conté el asesinato del doctor Maza, la noche antes, el fusilamiento del hijo en esa madrugada y los incidentes que habian acompañado estas ejecuciones. Desearía poder describir el pasmo y la sorpresa del buén sordo, cuando se persuadió de la realidad de lo que le decía. Nada sabía, ni aún sospechaba, y lo que más lo confundía, era que habiendo pasado todo el día en la oficina del departamento topográfico de que era jefe, nadie lo hubiese instruido de noticias de tanto bulto. La explicación está en el terror que empezaba á difundirse, el cual impedía que los amigos se comunicasen, si no era en el mayor secreto; como Arenales era sordo, y para hablarle era preciso levantar la voz, nadie se atrevió á hacerlo; es probable que si no viene á casa, hubiera pasado semanas en su ignorancia, siendo el único en todo Buenos Aires que no participaba de la ansiedad general. Cuando húbele yo dicho lo que había, se apresuró á dejarme, añadiendo: *Tiene usted razón de estar encerrado, yo voy á hacer lo mismo; siento mucho haber venido. Adios amigo.*

La fisonomía del pueblo de Buenos Aires había cambiado enteramente. Sus calles estaban casi desiertas; los semblantes no indicaban, si no duelo y malestar; las damas mismas, parecian haber depuesto sus gracias. El comercio había caido en completa inactividad; la elegancia de los trages había desaparecido, y todo se resentía del acerbo pesar que devoraba á la mayor y mejor parte de aquel pueblo que yo había conocido tan risueño, tan activo, tan felíz en otra época; la transformación era cumplida. ¡Y qué lejos estábamos de pensar que aquellos no eran más que los ensayos de la tiranía y que llegaría tiempo en que los males llegarian á una altura que no preveíamos! Pronto vimos esa triste convicción.

Volviendo á la malograda conspiración, haré algunas observaciones debidas en su mayor parte, á noticias que he obtenido después. Es fuera de duda que había elementos poderosos de oposición á Rosas, que si hubieran podido combinarse bién, hubieran bastado y aún sobrado para derribarlo del poder. Fuera de los que había aglomerados en Buenos Aires, había también en la campaña disposiciones análogas, que se malograron más tarde, por una fatalidad incomprensible. En las tropas de línea mismas, tenian grandes simpatias los revolucionarios, que se desperdiciaron por la mala elección que hizo de sus confidentes, el coronel Maza.

Hubo también otra causa que quizá fué la principal: consistió en las vacilaciones que son consiguientes cuando un plán no está bién concebido, ni bién organizado. Todo se preparaba al acaso, y sin tener determinado el tiempo ni la oportunidad. Cuando las cosas habian llegado á un punto tal, que toda demora era mortal por la dificultad de conservar un secreto que rolaba entre miles de depositarios, se acordó suspender todo para rogar al general Lavalle, que estaba en Montevideo, que viniese á apoyar con su presencia el movimiento. Si esta no fué opinión de todos, fué al menos de algunos; porque yo entiendo que la conspiración no tenía un centro fijo de dirección y marchaba con el día, y según las deliberaciones de la noche antes; deliberaciones que variaban según los círculos en que se hacian.

Me convenció más de esto, la conducta que se tuvo conmigo, pués que es evidente que no hubo una resolución positivamente tomada. Al principio, sin que hubiese ningún género de desconfianza, pués que no se recataban algunos de hablar delante de mí, no se pensó en que tomase parte, porque creian todo hecho, pero aproximándose el desenlace, se veian de más cerca las dificultades que había

que superar, y se ocuparon de buscar nuevos medios. El joven Maza, me han asegurado que fué el empeñado en que se me invitase, exigiendo mi compromiso de tomar el mando de las fuerzas, luego que se hubiese verificado el movimiento. Conocía el peligro de que un sacudimiento tan fuerte relajase la disciplina militar, y se ocupaba con tiempo de los medios de precaver desórdenes; también quería evitar desórdenes de otro género, porque sé que propuso como condición indispensable, que en la formación del nuevo gobierno entrasen personas respetables, aunque hubiesen pertenecido á diversas fracciones políticas. Me parece claro, que el joven coronel Maza juzgaba desde entonces conveniente sacudirse de la tutela en que hubieran querido mantenerlo, haciéndolo únicamente un instrumento de las facciones, empeño siempre constante de esa clase de asociaciones que han sumido el país en un abismo.

Otro de los fines que se proponía (según me lo ha asegurado el señor Albarracín, quién se asociaba á su modo de pensar), era hacer menos violenta la reacción, precaviendo en cuanto fuese posible, represalias, ó mejor diremos, venganzas y exacciones. Este es un mal indispensable en toda clase de reacciones, pero que es un deber minorar cuanto se pueda, si se quiere consolidar el cambio. Lo demás es marchar de revolución en revolución, sin que jamás pueda tomar la sociedad el equilibrio necesario, para su pacífica conservación.

Según la relación del mismo señor Albarracín, no se había descuidado de instruir de todo al general Lavalle, lo que era tanto más facil cuanto era casi diaria la comunicación por medio de los buques franceses bloqueadores. Sin embargo, ó fuese que el General creía que el negocio no estaba aún en sazón, ó que calculase con otra clase de entorpecimiento, el hecho era que sus instrucciones no eran claras ni precisas, de lo que resultaba una falta de combinación,

que fué fatal. Según su último acuerdo de los conjurados, debía trasladarse uno en toda diligencia á Montevideo, á ponerse de acuerdo con el General, suspendiendo entre tanto la revolución. La catástrofe ni aún dió tiempo á esta medida, así es que ni aún marchó el enviado. Aunque hubiese ido, lo mismo hubiera sucedido.

A pesar del desastre de los conjurados en Junio, quedaban aún elementos de libertad, no solo en la ciudad, que ya empezaba á doblar su servíz enteramente al yugo, sinó también y con mucho más, en la campaña. La conjuración había sido por entonces sofocada, pero no destruida; lo que fué debido á la valerosa lealtad de los presos, que resistieron toda clase de seducciones y amenazas, antes que delatar sus cómplices. El primero de estos generosos valientes, fué el coronel Maza, que murió sin verter una sola palabra que pudiese proporcionar á Rosas el hilo de la conjuración; el segundo fué el señor Albarracín, que cargado de fierros, tuvo muchos dias la muerte ante sus ojos, sin desmentir la firmeza de su caracter; lo mismo hicieron el señor Ladines y su esposa, doña Mercedes Rodriguez, que sobrellevaron paciente y silenciosamente los horrores de una larga prisión. Después de tiempo, salieron en libertad los tres, mediante un número considerable de personeros para las tropas de línea, que les obligaron á costear, aprovechando luego la primera oportunidad que se les presentó de emigrar.

El general Lavalle hizo al fin su salida de Montevideo al frente de algunos argentinos, y se situó en Martín García, donde reclutando hombres de las Islas, reunió hasta cuatrocientos ó quinientos hombres. Creo que es fuera de duda que esta vez faltó también combinación, porque no se puede comprender, cómo es que no marchó, teniendo como tenía, todos los medios marítimos, á dirigir el gran movimiento que se preparaba en el sur de Buenos Aires, y que

estalló en los últimos dias de Octubre, encabezado por don Pedro Castelli, que era seguido de toda la población.

Si el general Lavalle no tenía noticias exactas de lo que allí pasaba, esto mismo es una prueba de lo que indico; y si las tenía, no puede explicarse por qué no apoyó aquel patriótico pronunciamiento, con su fuerza y su presencia. Creo que el movimiento del sur de Buenos Aires es uno de los episodios más brillantes de esta época; él fué tan espontaneo, como general, tan desinteresado, como simultaneo; casi no tuvieron parte en él los cuerpos militares, y fué todo obra del paisanaje, inclusos los ricos propietarios de aquella campaña. Es seguro que ninguno otro suceso ha sorprendido tanto á Rosas, y á fé que tenía razón para ello. El sur era la comarca predilecta, en la que se creía que conservaba más influencia; había sido, en una palabra, la cuna de su poder, y la tenía por su más firme apoyo; fué para él un desengaño, una sorpresa, un desencanto; puede creerse sin miedo de equivocarse, que han sido los dias más aciagos de su carrera.

Las noticias que llegaban á Buenos Aires, eran por momentos más alarmantes para el Gobierno. El primer movimiento había sido en el pueblo de Dolores, pero corría el contagio con una rapidéz eléctrica. Chascomús, cuya importancia como pueblo de campaña nadie ignora, no solo había secundado á Dolores, sinó que se había pronunciado con mayor energía. No paraban en esto los temores de Rosas, sinó que creía minado todo su ejército. Se hablaba de las inteligencias de los oficiales de Granada, y de Granada mismo, con los revolucionarios, y se contaba con movimientos análogos que reventarian á las puertas de la misma capital. La desconfianza, que cuando las delaciones de Martinez Fonte y Medina Camargo, había torturado á los unitarios, pasó á ocupar los ánimos de los federales, quienes se miraban sin poderse penetrar mútuamente; Ro-

sas mismo creyó que su hermano, don Prudencio, era uno de los principales factores de la revolución del sur, y en consecuencia, lo anatematizó del modo atróz que nadie ignora.

Sus enemigos en la capital, llegaron á creerse por unos momentos, en vísperas de su completo triunfo, y hubo hombre que creía que era llegado el momento de obrar, aunque nada hubiese preparado, ni disposición conocida para ello. Recuerdo que el doctor don Dalmacio Velez, me decía en tono de invitación, que nada más restaba que hacer, que marchasen unos cuantos hombres á apoderarse de la Fortaleza. Risa me causó la ocurrencia, al considerarme al frente de una ó dos docenas, si es que hubiesen podido reunirse, de graves personajes con sus paraguas ó bastones, marchando magestuosamente, á decir á las tropas apostadas: *Retírense ustedes, y déjennos el puesto.* Sin duda que para esta operación hubiera sido más adecuado un alcalde de barrio ó el mismo doctor que daba el consejo, pero su espíritu era otro: no se proponía sinó azuzarme, y dejar á mi cuenta los peligros, las dificultades y la responsabilidad de tan descabellada empresa. Así son ciertos hombres.

Este estado de terrible espectativa duraba aún á principios de Noviembre, cuando se oyeron algunos cohetes disparados en la policía, como á las nueve de la mañana; luego se supo que se habian disparado en celebridad de la derrota de Castelli, en Chascomús, por don Prudencio Rosas. Exceptuándose los amigos y empleados de Rosas, fué un día de luto para Buenos Aires, tanto más amargo, cuanto era preciso comprimir el sentimiento que lo producía. La expresión de los semblantes se cambió enteramente, pués al paso que los federales manifestaban en sus miradas la más insolente altanería, los unitarios mostraban la desesperación mezclada aún con un resto de incredulidad y acaso de esperanza.

Serian las dos de la tarde, y estaba yo en la pieza que me servía de escritorio conversando con don Joaquin Achaval, y haciendo tristes reflexiones, cuando entró don Antonio Urtubey, empleado en el Tesoro y antiguo conocido mio, dándome mil enhorabuenas. Mi sorpresa fué extrema, porque creí que algo tenía de insultante felicitarme por un suceso que en su concepto no debía agradarme; mi recepción no fué placentera, antes al contrario, algo dije para significarle mi disgusto, á peligro que me reprochase mi unitarismo; más, no fué así, pués muy atentamente me dijo, que el motivo de su felicitación no era la derrota de Castelli, sinó el llamamiento que me había hecho el Gobierno á la Plana Mayor activa, en que me había mandado inscribir en mi clase de General. Le expresé en contestación mi perfecta incredulidad, porque no tenía el más remoto antecedente; pero él insistió, asegurando que acababa de registrarse en la oficina á que pertenecía, la orden al efecto.

Este fué el primer antecedente que tuve de que había cesado la clase de prisionero en que hasta entonces me había conservado, y no fué sinó hasta el otro día, que una nota del jefe interino de la Inspección, don Casto Cáceres, vino á hacerme saber oficialmente la nueva resolución del Gobierno.

Fué ella un golpe que me causó el más grande disgusto. ¿Cómo podía desmentir la mayor parte de mi vida pública, inscribiéndome en el número de mis enemigos políticos, y prestando servicios á una causa que había combatido sin cesar, y que había combatido como general en jefe? ¿Cómo podía hacerlo, sin condenar todos mis actos anteriores? ¿Cómo podía subsanar una inconsecuencia tan remarcable? Ese día, ese mismo día, es el que tuve el primer pensamiento de mi evasión, en términos, que si hubiera podido efectuarlo antes de contestar la nota de la Inspección, lo hago sin trepidar. Tanteé los medios, y desgraciadamente no se me

ofrecieron ningunos. No había que dudar; una resistencia mía era una sentencia de muerte, y me fué forzoso aceptar tan penosa distinción. Entonces escribí una carta á Rosas, en que agradeciendo muy templadamente su acuerdo, le significaba esperar que no se me exigirian esas pruebas de adhesión, es decir, esas bajezas chocantes, con que tanto sus militares como sus otros adeptos, procuraban sobrepasarse.

Debo esa consideración á Rosas, pués no se me exigió ni la concurrencia á esas escandalosas fiestas, ni el humillante honor de arrastrar el carro de su retrato, en las no menos escandalosas procesiones que vió Buenos Aires repetirse hasta el fastidio. Sin embargo, para que no me faltasen motivos de mortificación, había otro general Paz (don Gregorio) cuyos brindis en los convites federales que seguian á las misas y procesiones, no se quedaban atrás de los que pronunciaban los más exaltados *mazorqueros;* con este motivo, algunos de buena ó mala fé afectaban confundirme con mi tocayo, provocando explicaciones, que sabidas por el Gobierno ó sus partidarios, podrian gravemente comprometerme. Esto dió ocasión á la contestación que dí á una señora respetable, que en presencia de varias personas, me dijo un día: *Ayer he tenido que defenderlo á usted fervorosamente, porque algunos creian y sostenian que era usted el general Paz, de quién se habla en la descripción que trae la* «Gaceta», *de la última función. Señora,* tuve que decirle, *soy grato á los esfuerzos de usted, pero le ruego que no lo haga otra vez, y que deje decir lo que quieran.*

Me produje así, porque no todos obraban de buena fé, en las dudas que manifestaban, pero constándoles lo contrario, no dejaban de mostrar por lo menos incertidumbre. Quise realmente tuviesen temores de que yo fuese capáz de inclinarme á Rosas, fuese que querian exigir nuevas pruebas de mi modo de pensar, aunque á costa de mi seguridad

personal, fuese en fin, botaratada, lo cierto es, que ponian el semblante muy contristado, y con un aire de cómica condolencia, afectaban dudar de aquello en que ninguna duda cabía. Muchos de los emigrados hacian un juego parecido, y hasta hubo quién alegase para poner en duda mis sentimientos, que Rosas no me había fusilado. Quizá no faltaba quién deseaba que lo hiciese, pero la Providencia lo dispuso de otro modo, y ha conservado mis dias al través de peligros de todo género.

Quizá estas indiscreciones hicieron que empezasen los federales á fijarse en mi inasistencia á sus funciones, en términos, que un día supe que se habian expresado del modo más alarmante. El general don Felipe Heredia, vino á decirme que en la del día antes se me había extrañado, y que los *mazorqueros* habian prorumpido en amenazas. Ya esto era cosa más seria y requería de mi parte medidas más decisivas; hasta mi resolución de fugar, luego que me proporcionase medios para ello.

CAPÍTULO XXIV

EVASIÓN DEL GENERAL PAZ

El general Paz concierta su evasión de Buenos Aires.—El doctor don José Barros Pazos.—Juventud prófuga.—Peligros que corren por la exaltación de estos.—Don Antonio Somellera.—La corbeta francesa «Alcemène».—Llegada á la Colonia.—Divisiones en el partido Unitario.—El doctor Valentín Alsina.—El coronel Allende.—Los voluntarios.—Interpretación falsa que se daba á la palabra *ciudadano*.—Lo que se entendía por militarismo.—Necesidad de levantar el nivél moral en el militar.—Ingerencia de estos en la política.—Obediencia pasiva.—Influencia de los gauchos.—Lo que hacian las ilustraciones militares y las ilustraciones civiles.—Egoismo de los partidos.

En el entre tanto, hice dos visitas más á Manuelita Rosas, una con motivo de mi nombramiento de general, y otra con no sé qué felicitación, ó quizá pésame que ocurrió; la última vez fuí acompañado del general Heredia, y fué visible la frialdad de la hija del gobernador. Se aproximaba la crisis y era indispensable una resolución decisiva (1).

---

(1) " Un día, las puertas de la prisión del general Paz, se abrie-
" ron, y con la ciudad de Buenos Aires por cárcel y la renta
" de general, se le permitió reunirse á su familia y comunicar-
" se con todo el mundo. Este acto de generosidad, era inusitado
" en la administración de Rosas, en la que ninguno de los ge-
" nerales antiguos de la República, aún aquellos que no eran
" abiertamente hostiles, tenian renta asegurada á su grado, en

La tomé, pero teniendo que luchar con la resistencia de mi esposa, que veía en ella los mayores peligros. Cuando le hacía mis reflexiones, cuando le mostraba hasta la evidencia que el riesgo estaba en aguardar, convenía casi forzada por la fuerza de mis razones; pero luego que su imaginación se fijaba en los azares de la empresa, en la separación que iba á seguirse, en la dificultad de reunirnos, recaía con más fuerza en su negativa. Sin embargo, al fin logré persuadirla, y dí los pasos necesarios para mi salida clandestina, quedando todo arreglado para la primera noche favorable que hubiese; algunas noches antes debíamos saberlo, mediante un mensage convenido que traería mi criado, cuyo significado ignoraba él mismo.

En este momento abandonó el valor á Margarita, y casi poseida de acceso de desesperación, me conjuraba llorando, á que no me fuese; me decía con todo el calor de que era capáz, que un presentimiento terrible le anunciaba una catástrofe, con otras mil reflexiones de esta naturaleza, que si no me hacian vacilar, me ponian al menos en la más cruel tortura. A mi vez me exalté también, y le manifesté con energía, la terrible posición en que quedaría, si no aprovechaba la ocasión que se me ofrecía, sin exceptuar el ridículo en que me dejaría mi cobarde desistimiento. Se convenció al cabo, y por única respuesta, se levantó del sofá en que se había tirado desesperada, para hacer los preparativos necesarios.

" la lista militar. No hacía mucho tiempo que el coronel Rojo,
" antiguo oficial de Paz, había prestado á Rosas importantes
" servicios, en la guerra que declaró contra Santa Cruz, presi-
" dente entonces de Bolivia; concluida la campaña, el gobierno
" de Salta, testigo de los servicios del coronel Rojo, que con
" peligro de su vida había sofocado dos revoluciones en el ejér-
" cito, pidió para él, un grado y la renta á él afecta. Rosas

Las únicas personas que sabian mi proyecto, eran Margarita, su madre y hermana mía Rosario, el doctor don José Barros Pazos, que debía ser mi compañero de fuga, su madre, que había sido el principal agente para entenderse con el señor Akinson, y este, que había diligenciado la embarcación, etc.

El doctor Barros hacía meses que estaba oculto en casa de su madre, en donde había hecho construir una especie de subterráneo; para verme con él, usábamos de las mayores precauciones. Como él no salía, no sabía la casa que debía recibirnos antes de embarcarnos, y por cuyos fondos había de hacerse la operación: yo había sido impuesto de ella.

Para servirle de guía, había de pasar á las ocho de la noche en punto por su casa, y muy disfrazado, seguirme sin reunírseme, ni dar indicios que estábamos de inteligencia. En esta forma habíamos de andar una parte de la población, hasta llegar á la casa consabida, cuya puerta se nos abriría, mediante una seña convenida.

Todo se hizo así; más, al llegar á la casa desde donde

" contestó que los grados no se habian hecho para los salvajes " unitarios, y el coronel Rojo se retiró á la vida privada. Una " causa, sin embargo, podía asignarse á este cambio de conducta tan inesperado. El bloqueo francés preludiaba por entonces, y de las notas diplomáticas cambiadas entre los ministros, se preparaban ya á cruzar balas de una y otra parte.

" Rosas no tenía á sus órdenes un general que con prestigio " suficiente entendiese la guerra, en que el principal papel lo " desempeñan cañones y reductos. Todavía no servía bajo sus " banderas el general Oribe, ex-presidente de la República del " Uruguay, que después tomó el humilde papel de verdugo de " Rosas, para mostrar á su patria lo que debía prometerse del " presidente legal, que ocho años más tarde se presentaría á sus " puertas reclamando la presidencia, como una propiedad vin-

debíamos ir al embarque, á pesar que la calle era sumamente lóbrega y solitaria, vimos un hombre parado en la vereda, frente á frente de la puerta donde íbamos á entrar. Yo no trepidé, me acerqué, hice la seña, la puerta se abrió y entré; pero el doctor Barros, que venía un poco más atrás, con gran asombro mío, siguió de largo, se cerró la puerta y quedé yo solo en un gran patio, con el portero, que era un extrangero que casi no poseía nuestro idioma; le signifiqué que éramos atisbados por un hombre apostado en la calle, y no me contestó; luego supe que aquel hombre era un centinela perteneciente á la casa misma.

Mi primera persuasión, al ver lo que había practicado el doctor Barros, fué que no quería evadirse, y que se volvería á su casa; luego me vino la idea de que la presencia de aquel hombre que nos atisbaba fuese de mal agüero, en cuyo caso yo había hecho muy mal en penetrar en la casa; más, antes de un cuarto de hora que pasé en estas crueles dudas, la puerta vuelve á abrirse y entra el mismo doctor Barros, pero su venida fué para ponerme en los más duros conflictos.

" culada en su persona. Los antiguos generales de la República, ó le eran desafectos, ó estaban emigrados. El general Alvear era demasiado sospechoso, y cuando más, convenía alejarlo, con una comisión diplomática; Guido jamás había hecho la guerra, si bién había servido en los consejos, y Estado Mayor de San Martín. La Madrid, que había ofrecido sus servicios al Gobierno, era general de caballería. ¿No convendría en efecto, tentar algo con el general cautivo, que consideraría como un favor especial la libertad que se le concedía, tanto más, que la guerra que podría sobrevenir, nada tenía que ver con los partidos, puesto que se hacía contra los *extrangeros*, y para mantener incólume el honor y la independencia de la patria? El general Paz, ¿se mostraría más taimado que Guido, que fué hasta el 33, enemigo de Rosas,

Cuando llegó á mí, luego que me reconoció en la oscuridad del patio, me dijo: *Estamos perdidos, hemos sido descubiertos, y no tardarán en venir á arrestarnos ó matarnos. Señor General,* me repetía, *no haga usted uso de sus armas, porque cualquiera resistencia, no hará sinó agravar nuestra causa; además, que toda resistencia es inutil.* A esta sazón se había presentado un hombre, que al parecer era el principal de la casa, ó el que dirigía la empresa; á este se dirigió el doctor Barros, para decirle: *Ocúpese usted solamente de un hombre, que es el señor*, señalándome á mí; *trate usted de salvarlo; todos los demás importamos poquísima cosa.* Después de esta corta arenga, dejaba al pobre hombre para emprenderme otra vez á mí, repitiéndome lo mismo que antes: *Señor General, toda resistencia es inutil,* etc. A ambos nos repitió estas mismas cosas por muchas veces, en términos, que hubo de aturdirnos.

Al fin pude conseguir que se explicase algo más, y hé aquí el fundamento de sus terrores: Cuando yo llegué y entré en la casa, él no quiso hacerlo, sea por probar como le iba al primero que se lanzaba en ella, sea porque el hombre

---

" pero que recibiendo rentas durante seis años como enviado á
" Chile, adonde no fué nunca, ha concluido por dejarse aman-
" sar, y servir á Rosas, en su comisión diplomática al Brasil, no
" solo con fidelidad y talento, sinó con todo el fervor de un
" partidario?

" Sea de ello lo que fuere, el general Paz vivió tranquilo y
" retirado en Buenos Aires, y sus antiguos amigos políticos,
" creyeron por algún tiempo que la reclusión penitenciaria de
" ocho años, había quebrantado su espíritu, y tornádolo indi-
" ferente sobre los asuntos públicos. En efecto, todos aquellos
" de entre los antiguos amigos, que se acercaron á él para ha-
" blarle de las esperanzas que abrigaban, de las conjuraciones
" que no estallaban, por faltar el nombre de un general de
" prestigio que las diese sanción y centro, lo encontraron frío,

que estaba enfrente le dió serios cuidados. Siguió, pués, calle abajo, como hemos visto, y luego torció á su derecha, y rodeando la manzana volvió al punto en donde se había separado de mí, y por esta vez se atrevió á penetrar en la casa misteriosa. En la vuelta que acababa de dar, había tenido que pasar por el cuartel de la Residencia, en donde sintió gran movimiento y notó que la guardia tomaba las armas, y aún creo que vió salir alguna patrulla; de aquí, pués, infería que este alboroto, según lo suponía, no podía provenir sinó de una delación consiguiente, por la cual íbamos á ser rodeados de tropa, en cuyo poder no tardaríamos en caer.

Cuando supe esto, me tranquilicé, y le hice observar en pocas palabras, que siendo la hora de retreta no era extraño que la tropa se formase para pasar lista, que la guardia tomase las armas, y aún que saliesen patrullas. A pesar de mis reflexiones, él insistía y nada bastaba á convencerlo; felizmente se hizo la seña para partir, y tuvimos que movernos hacia el fondo de la casa, en donde había una puerta que daba á la playa.

" impenetrable, temeroso de comprometerse en lo más mínimo.
" Los descontentos decian: *¡Es un hombre perdido para la*
" *patria! No hay que contar con él.* El General, en el seno de
" la confianza, decía: *¡Imprudentes! quieren una palabra mía,*
" *para que mañana no haya uno que en Buenos Aires ignore*
" *mi asentimiento á los planes, pués que el principal interés es*
" *que se sepa que yo entro ó encabezo revoluciones.*

" Pero el pavor real del general Paz, se mostraba sin em-
" bozo, cuando la *mazorca* se acercaba á su casa, anuncian-
" do su fatídica aproximación con las músicas militares,
" los fuegos artificiales y la algazara que la acompañaba.
" Entonces el General perdía toda su sangre fría, se levanta-
" ba de su asiento, se acercaba á las rendijas de las venta-
" nas que daban á la calle, escuchaba, se paseaba, volvía á

Entonces fué que supe, porque los ví salir de una sala que daba á un gran patio, que éramos buena porción de compañeros, que ni ellos sabian de mí, ni yo de ellos, y que tampoco por entonces nos conocimos. Nos dirigimos rápidamente al punto del embarcadero, y metiéndonos en el agua hasta el pecho, llegamos á una ballenera que nos esperaba. Aquel era el paraje más peligroso (1); pero si se exceptúa la excesiva fatiga para hacerlo por entre el fango, y con el agua hasta el pecho, no hubo otra novedad. Luego que estuvimos dentro, se izó la vela y se movió lentamente nuestra embarcación para alejarnos de la costa.

Al principio todos nos ocupamos silenciosamente de mudarnos la ropa mojada, pués cada uno había llevado su atadijo con la precisa al efecto; más, luego de hecha esta operación y que nos habíamos alejado unas buenas cuadras de la costa, nuestra gente se fué poniendo más comunicativa. Nadie, sinó el doctor Barros, sabía que yo era uno de los prófugos, y aunque le había encargado que no lo dijese, pués no había necesidad, él no pudo resistir, y lo contó á alguno, que lo refirió al oido de otro, hasta que se

---

" escuchar, y no se serenaba, sinó cuando aquellos foragidos se
" alejaban ó tomaban otra dirección. Es preciso haber residido
" en Buenos Aires, en aquellas épocas horrorosas, para com-
" prender este miedo cerval, en un general que desde su in-
" fancia había pasado la vida entre los peligros de la guerra.
" Pero hay hombres cuyo espíritu, indiferente al zumbido de
" las balas de cañón, que pueden dejarlos sin vida, se muestran
" flacos y cobardes, ante la idea de ser vejados en sus personas,

---

(1) Justamente un mes después, el 3 de Mayo, fueron sorprendidos en él, es decir, en el acto de embarcarse, y bárbaramente asesinados, el coronel Linch, Oliden, Meson, y unos cuantos más. Sus cadáveres mutilados, fueron llevados á la policía y luego al cementerio.

generalizó; más reservado había querido ser antes el doctor Barros, en este mismo sentido, pero ahora habian variado las circunstancias; luego me explicaré.

La primera moción que hizo alguno de los compañeros, fué que las divisas punzó que aún llevábamos y los lutos federales de los sombreros, fuesen luego quitados y arrojados al agua; fué unánimemente apoyada, y resuelta la afirmativa sin discusión, y por aclamación se hizo inmediatamente. Otro se avanzó á proponer entonces que hiciésemos una salva descargando las pistolas que llevábamos algunos, á lo que fué preciso oponerse, porque navegando aún por las valizas interiores y bién cerca de la costa, llamaríamos la atención de algún lanchón del Gobierno que podría andar de ronda, y apoderarse del nuestro, razón por la cual fué desechada; más, como se insistiese en celebrar de algún modo nuestra libertad, pro-

---

" por una multitud irresistible, y autorizada por el gobierno, " de cuyas órdenes era ejecutora fiel. El general Paz, temía " verse tomado de un brazo, arrastrado á la calle; temía recibir " palos y otras violencias, diarias en aquella época, y que por " vergüenza de la humanidad, no deben nombrarse. El general " Paz, en fin, temía, que rodeado de aquellos caníbales, se le " forzase cuando menos, á gritar: *¡Viva el ilustre Restaurador! ¡Mueran los salvajes Unitarios!;* letanía con que el go- " bierno mandaba comprobar la adhesión, ó el orgullo, de la " parte más notable de la población.

" Estas violencias y las matanzas de la *mazorca*, hacian sa- " lir á centenares de Buenos Aires á Montevideo, los hombres " exasperados por tanta iniquidad. El bloqueo francés estaba " establecido; ya el general Lavalle preparaba su ejército, para " destronar al sangriento y sombrío tirano, cuando el general " Paz, creyó llegado el momento de ir á reunirse á los que se " preparaban al combate, en Martín García, en Montevideo, ó " en Corrientes. DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO. "

(*Nota del Editor*).

puso otro que se entonase á grandes voces la canción nacional, á lo que también me opuse, por la misma razón.

Sin embargo, las cabezas estaban exaltadas, y unos botellones de ginebra, que no sé como aparecieron, concurrieron á avivar la alegría que había sucedido al susto de poco antes. Era difícil contener en los límites de una tal cual disciplina, á aquellos jóvenes que formaban el número de catorce pasajeros, que aunque eran de buena educación y sentimientos, querian dar una gran espansión al gozo de verse salvos, ó como decian, respirar el aire de la libertad. Los pareceres que se emitian eran varios, y á veces contradictorios, en términos, que el patrón de la lancha, en medio de esta algarabía, y quizá auxiliado por los botellones, perdió enteramente la cabeza, y la embarcación quedó sin dirección.

La lancha venía á disposición de los pasajeros, de modo que podíamos dirigirnos á los buques bloqueadores, ó en derechura á la Banda Oriental del río. Esto fué lo que preferí y á que se prestaron todos, porque sentía repugnancia al tener que huir de mi país, ir á asilarme bajo la bandera que lo hostilizaba. Esto convenía también al patrón del lanchón, porque llevando alguna carga de galleta, le ofrecía utilidad su venta en las costas vecinas. En consecuencia, pués, fué que se le dió la orden de dirigirse á la Colonia en derechura.

Habríamos andado más de una hora con rumbo vario, por las vacilaciones del patrón, cuando repentinamente vimos un palo, que todos creíamos ser de algún otro lanchón que navegaba con recato. La sorpresa y el susto vino á helar los ánimos, y la algarabía y habladero se convirtió en un sepulcral silencio. Entonces ya era conocido de todos, y pude hacerme oir para decirles que era necesario guardar algún orden y no perturbar al patrón. Luego se conoció que el palo que veíamos era de la fragata «25 de

Mayo» que se perdió años antes, y que habiéndose ido á pique conservaba parte de la arboladura fuera del agua. Entonces conocimos que el patrón estaba incapáz de guiarnos á la Colonia, y como una medida más expeditiva, se le dió la orden de conducirnos á los buques bloqueadores.

Ya se comprenderá que el patrón nos había llevado en una dirección errada, pués en vez de hacer rumbo al este, lo había verificado al norte; ya se recordará que la «25 de Mayo» quedaba casi frente á la Recoleta, y entre ella y la costa, es que nos hallábamos. Se hizo virar la embarcación para tomar la nueva dirección, pero sin conseguirse del todo que dejasen de importunar al patrón, y acabarlo de desorientar.

Después de media hora, ó tres cuartos después de baber rodeado los palos del buque perdido, nos apercibimos que estábamos otra vez frente á la Alameda, cuya iluminación veíamos de cerca, y no solo fué un motivo de alarma, sinó hasta de desconfianza; fué preciso que representase decididamente á aquellos atolondrados, la urgencia de dar la dirección á uno, y no interrumpirlo en sus funciones. El patrón no merecía ya confianza, pero afortunadamente entre los escapados venía don Antonio Somellera, antiguo oficial de marina, á quién conferimos el mando, que aceptó con buena voluntad, y desde entonces se regularizó el servicio é hicimos nuestro viaje sin inconveniente. Sería media noche cuando atracamos al costado de la corbeta «Alecmène», que juntamente con la «Triunfante» formaban el bloqueo. El capitán reposaba, y solo nos recibió el oficial de guardia, quién nos destinó al entre-puente, y nos dió una vela, que extendimos para que nos sirviese de cama común.

Aún entonces deseaba pasar inapercibido, y hubiera querido que sin conocerse mi clase, me hubiesen dejado pa-

sar á la costa oriental; por esa noche fué así, más al otro día fué imposible. A la madrugada recuerdo que me recordó el señor Sebastiani, que era uno de los compañeros de viaje, trayéndome café en un jarro de lata del que se servía á los marineros; lo acepté con el mejor apetito, porque después de la mojadura y la fatiga de la noche antes, bién lo necesitaba.

Cuando hubo amanecido, me invitó el capitán á pasar á la cámara, donde me recibió con la mayor atención, dándome las más corteses excusas por el mal alojamiento de la noche antes. Se sirvió el almuerzo en la cámara del capitán, á que asistió el capitán de la «Triunfante» y yo; mis otros compañeros almorzaron en el cuadro de oficiales.

La conversación con el capitán fué de poco interés, y yo manifesté mi deseo de seguir inmediatamente á la Colonia; todos mis compañeros quisieron lo mismo; sería poco antes de medio dia, cuando estaban listos dos botes que debian conducirnos. Se dejó á mi elección señalar los que hubiesen de ir en el que yo había de ocupar, y preferí como menos bulliciosos, á mi amigo el doctor Barros, á don Antonio Somellera, y á dos jóvenes hermanos Romero, hijos de un antiguo capitalista de Buenos Aires. En el otro bote, se embarcaron el señor Sebastiani, un Pirán, un joven Cantilo, dos Mamierca, padre é hijo, con otros que no recuerdo, hasta completar el número de nueve, que conmigo y los cuatro que me acompañaban, éramos los catorce escapados.

Por mucho que se remó, como hubiese flaqueado el viento, nos tomó la noche antes de llegar á la costa oriental, y tuvimos que fondear y pasarla con la mayor incomodidad; con la oscuridad perdimos de vista el otro bote, y ni aún en la mañana del 5 (1) pudimos percibirlo; más felíz

(1) Escapamos en la noche del 3 de Abril del año de 1840. El 4 estuvimos en los buques bloqueadores, y el 5 en la Colonia.

que nosotros, nos precedió y llegó á la Colonia dos horas antes que el nuestro.

Entre diez y once del día, arribamos á dicho puerto, y me causó una impresión indescribible el ver muchas señoras que parecía se habian convenido en traer vestidos celestes. Como en Buenos Aires era un color proscripto, que podía llevar al insulto, al ultraje y hasta la muerte al que se hubiera atrevido á vestirlo, nuestra vista acostumbrada solo al punzó, no pudo precaverse de una sorpresa, principalmente en aquellos momentos, en que ni aún podíamos darnos cuenta de la multitud de sensaciones que experimentábamos. Apenas nos habíamos separado diez leguas de Buenos Aires, parecíanos hallarnos trasportados á otra región remota. Que digan los que han salido en esos tiempos de Buenos Aires, donde se hablaba en secreto, donde tenía uno que prevenirse de sus domésticos hasta para conversar cosas indiferentes; donde era un gran delito usar este ó el otro color; llevar el pelo y la barba en esta ó la otra manera; donde podía tomarse una terrible cuenta, de una sonrisa, una mirada ó un gesto; que digan lo que sentian, cuando pisaban las playas de la opuesta ribera del Plata.

Por muchos dias no podian sacudirse de esa inquietud, de ese recelo en que antes viviau, y costaba irse acostumbrando á usar libremente de sus facultades físicas y morales. Por lo común, un recién llegado á la Colonia ó Montevideo, era el objeto de las amistosas zumbas de sus conocidos, hasta que llegaba verdaderamente á persuadirse que estaba fuera del alcance de la *mazorca*.

Entre varias señoras que estaban en el muelle, se encontraba mi hermana política, doña Juana Ocampo de Paz, á quién luego tuve el gusto de saludar. Me dirigí con ella á su casa donde me alojé; mi hermano Julián, su esposo, estaba en Montevideo, adonde lo habian llevado sus par-

ticulares negocios, y de donde debía regresar pronto, como sucedió.

Mis compañeros de viaje, se marcharon cuanto antes pudieron á Montevideo, siendo uno de ellos mi buén amigo el doctor Barros, sobre quién debo una explicación. Dije que antes y al tiempo de mi fuga, había tenido empeño en ocultarla, lo que no pudo después; hé aquí la razon:

Hasta mi salida de Buenos Aires, el Gobierno no había puesto gran empeño en impedir la emigración de sus enemigos, y hasta se decía que secretamente la fomentaba. Algunos que habian sido sorprendidos y arrestados al verificarla, no habian sufrido en su vida, y se había contentado el dictador con ponerles la obligación de costear un número más ó menos crecido de personeros para los cuerpos de línea, y una prisión indeterminada, como son todas; pero la mía no podía considerarse del mismo modo, y era muy claro que yo no sobreviviría sinó muy poco, si era descubierta en proyecto. Era también casi seguro, que el anatema hubiese alcanzado á cualquier otro del que se hubiese sospechado de estar de acuerdo conmigo.

Estas consideraciones persuadieron al doctor Barros á que tomase sus precauciones, siendo una de ellas no querer aceptar una de mis pistolas, que momentáneamente le ofrecí (él no llevaba ninguna), para que me descargase un poco del peso que me fatigaba: *No,* me dijo, *siendo hermanas las pistolas, sería una prueba evidente de mi complicidad en su fuga, la que pienso negar á todo trance, si fuésemos arrestados; jurando al efecto, que ni conozco á usted; le ruego,* continuó, *que usted haga lo mismo, llegado que fuese el caso.* Le ofrecí hacerlo, y lo hubiera cumplido; ya se deja entender que cuando pasó el peligro ya no había objeto para tanta reserva.

En la Colonia fuí generalmente bién acogido por orientales y argentinos; los primeros, me recibieron amistosa-

mente; los segundos, con una equívoca alegría; su gran empeño era desentrañar mis ideas, y conocer á fondo mis disposiciones personales con respecto á las fracciones en que empezaba á dividirse el partido que hacía la guerra á Rosas. La que aparentemente apoyaba al general Lavalle, era allí toda poderosa, y se puede asegurar, que tenía más influencia en los negocios que la que servía en los intereses de Rivera, y que las autoridades mismas del país; en Montevideo pienso que sucedía otro tanto, según datos que tuve después. Mi conducta, fué la que siempre fué guía de mis acciones, es decir, ofrecerme á la causa, sin afiliarme á las facciones.

Al otro día de haber llegado, fondeó en el puerto un transporte que venía de Montevideo conduciendo cincuenta ó sesenta jóvenes voluntarios, que marchaban al ejército del general Lavalle, entre los que iban también algunos jefes, y el doctor don Valentín Alsina, cuya comisión no se conocía, pero se juzgaba que venía á instruir á aquel General de incidentes que no se fian á la pluma, ó de hacerle indicaciones que reglasen su conducta; su misión era transitoria, pués debía regresar pronto. Como esta, hubo varias, en que se emplearon sujetos de gran categoría, sin excluir el mismo doctor don Julián Agüero, como se verá después.

Al salir de Montevideo los patriotas voluntarios, los soldados improvisados de que acabo de hablar, habian á pluralidad de votos, elegido quién los mandase, y había recaido la elección en el coronel don Francisco Allende, en perjuicio de los coroneles Pueyrredón y Céspedes, que eran también de la comitiva. Nada absolutamente, tenía que hacer el buque en la Colonia, pero tocó en el puerto con cualquier pretexto, y fué imposible al honrado jefe impedir que desembarcaran sus subordinados á pasearse por el pueblo; su resistencia hubiera tenido consecuencias desagradables, y cuando menos una abierta desobediencia.

Permitió, pués, el desembarque á las 8 de la mañana, por el término de dos horas, con la expresa condición que cumplidas que fuesen, estarian de vuelta para aprovechar el viento favorable.

El coronel Allende y el doctor Alsina, bajaron también á tierra. El primero me buscó inmediatamente para darme cordiales abrazos, y nuestras enhorabuenas por mi llegada; el doctor Alsina no dejó de manifestarme buenos sentimientos. Era preciso apresurarnos á convención, para aprovechar las dos horas concedidas para soláz de los viajeros, y yo, contando con ello, muy de buena fé, me dí mucha prisa con mis amigos. Más, habian pasado ya más de cuatro, y nadie pensaba ya en volver al buque, cuyo patrón ó capitán se fatigaba inútilmente, haciendo señales. Mas de medio día sería cuando el coronel Allende, que estaba en la casa que yo ocupaba, creyó conveniente salir en persona á recorrer el pueblo, en guisa de patrulla, para intimar á sus voluntarios soldados, que la hora del embarque había pasado. Yo lo acompañé; más, como aquellos andaban visitando las casas, forzoso nos fué entrar también en ellas y visitar nosotros á la vez. Era difícil resistir á la invitación de las damas de la casa para tomar asiento, porque era desagradable hacer entender que se trataba de una especie de visita domiciliaria.

En una casa encontramos al doctor Alsina, que ocupaba un lugar entre varias señoras y señores, que sin duda gustaban de su agradable trato. A los pocos minutos que hubimos tomado asiento, interrumpió la cónversación, y mirando su reloj, dijo al señor Allende: *Señor Coronel, es ya pasada la hora del embarque, y no veo que él se verifique.* El pobre Coronel se excusó con la inexactitud de sus subordinados, y con los esfuerzos que había hecho para hacerse obedecer, protestando que contaba que luego se conseguiría lo que deseaba. El Coronel, á quién sin duda repugnaba

el menguado papel que hacía, tenía poca voluntad de seguir registrando las casas, y se dejaba estar en la venta, lo que dió lugar á que el señor Alsina le repitiese por una y dos veces la misma observación. Urgido nuevamente Allende, se agitaba en su silla, y aún ordenó á dos ó tres de sus soldados que estaban en la misma casa, que fuesen á buscar á sus compañeros, sin que tampoco produjese efecto alguno esta diligencia. Al fin salió de la casa, siempre acompañado de mí, pero fué para retirarnos á la nuestra, sin ocuparse más en inútiles esfuerzos.

No pude menos de significarle mi extrañeza, tanto por la poca disciplina de aquella tropa, que era destinada nada menos que á derribar de su trono al terrible dictador, cuanto por su paciencia en cargar con una responsabilidad, que humanamente no podía satisfacer. No dejé tampoco de observarle la irregularidad de que un particular, por respetable que fuese, como lo es sin duda el señor doctor Alsina, reconviniese á un jefe militar, en público, recordándole con una repetición y gravedad premeditada, el cumplimiento de sus deberes. A todo me contestó el Coronel, con lo que se contestaba siempre: *Que eran ciudadanos y voluntarios, y que era preciso sufrir todo.*

Recuerdo que terminé este entretenimiento, diciéndole: *Pués, Coronel, en lugar de usted, ó no me haría cargo de una comisión semejante, ó la llenaría de otro modo.* Si esto no fuese posible, en el acto me dimitiría de un mando de farsa, que ni trae honor ni utilidad para la patria. El Coronel no pensaba así, y continuó con su burlesca autoridad.

Llegó la tarde y la noche, sin que la dispersa turba pudiese reunirse, y mucho menos embarcarse; cada uno se alojó como pudo, y se ocupó de pasar la noche lo más divertido posible. Algunos se ocuparon de bailar, y otros formaron una partida de música de guitarra y canto, que recorrió la población, ya entonando la canción nacional,

ya la nueva de, *á la lid, á la lid,* etc. Yo tuve el gusto que honrasen mi casa, y que aún me diesen algún *viva*, probándome con esto que les merecía afección y respeto; sentimientos que yo les correspondía muy cumplidamente, sintiendo, sin embargo, que no fuesen mejor aprovechadas sus bellas disposiciones.

Aún me dieron otra muestra de aprecio, pués habiéndome llegado al punto donde había una porción de estos jóvenes entusiastas, en el muelle mismo, me rodearon para rogarme que me resolviese á acompañarlos al ejército. No era ocasión de discutir la materia con otras razones que las muy triviales que se me vinieron á la mano, y me excusé con decirles que no estaba preparado, pués no tenía montura, porque acababa de llegar de Buenos Aires con lo encapillado; fueron unánimes sus ofrecimientos de proporcionarme todo lo que me faltase, si yo accedía á sus insinuaciones; fué entonces preciso acudir á otros inconvenientes más graves, que no hice sinó tocar. Me rogaron en seguida que escribiese al general Lavalle, y se los ofrecí y lo cumplí.

Al doctor Barros, que tenía ya su viaje dispuesto á Montevideo, casi se lo hacen dejar, persuadiéndolo que los acompañase; me consultó este amigo, y su resolución fué conforme con mi parecer. Marchó á Montevideo con ánimo de endosarse allí la camiseta celeste (1) y volar al ejército, pero sin duda mudó de parecer, porque nunca quiso después dejar la pluma por la espada, ni pensó en cumplir lo que les prometió.

No trepido en decir, que esta juventud estaba animada de los más bellos sentimientos y del más puro patriotismo,

(1) Todos estos jóvenes, que como he dicho, serian cincuenta ó sesenta, llevaban camiseta celeste con vivos blancos; los jefes lo mismo. Fueron á reunirse á los que formaban el escuadrón *Mayo*.

pero que no comprendía la magnitud de la empresa á que se consagraba, ni la naturaleza de la obra que emprendía. ¡Pero qué mucho, si los viejos les daban el ejemplo de la frivolidad, de la ligereza y de la puerilidad! Ellos creian candorosamente, que el duro servicio militar era un juguete, y que se ganaban las batallas cantando. ¡Cuantos, sin embargo, se sacrificaron tan inutil como generosamente, y cuantas esperanzas perdió la patria con su muerte prematura! Si me hubiese sido dado dirigir su entusiasmo, sin dejar de aplaudirlo, les hubiera presentado á la vista muy distintamente los peligros y penalidades que les esperaban; les hubiera pedido una disciplina racional, pero necesaria; hubiera, en fin, solo aceptado los servicios de aquellos que sobre estas bases hubiesen querido prestarlos. A más de que hubieran sido entonces utilísimos, se habría sacado la inmensa ventaja de formar un excelente plantél de oficiales en todas las armas. No se crea que esto era inverificable, pués lo he realizado en la menor escala que me fué posible, con buén éxito, y con conocida utilidad de la libertad y de la patria.

Ya que he hecho mención de la respuesta que dió el coronel Allende, cuando le aconsejé que estableciese alguna disciplina en su dorada tropa; diré la extraña aberración en que se incurrió en el ejército Libertador, dando á la voz de ciudadano, una significación singular. Con ella no se quería designar un argentino que estuviese en posesión de los derechos de tal ciudadano, sinó un individuo, que estando enrolado en un ejército, que haciendo servicio en él, no estaba sujeto en manera alguna á los deberes militares, ni á las órdenes de los jefes. Si se reconvenía á uno de estos soldados de nueva forma, porque no concurría á una formación mandada, contestaba: *Soy ciudadano.* Si en las marchas se separaba de la columna, y se le prevenía que volviese, decía: *Soy ciudadano.* Si se señalaban límites al

campo, y los traspasaba, *soy ciudadano*, respondía cuando se le hacía cargo. De este modo la palabra *ciudadano*, vino á ser un *talismán*, que servía, no solo para substraerse á las obligaciones que ellos mismos se habian impuesto ciñéndose la espada, sinó para asegurarse la más completa impunidad.

Cuando meses después llegué á Punta Gorda, me sucedió preguntar á unos de estos soldados improvisados, al día siguiente de la acción del Sauce Grande, por qué se habian separado de la artillería á que pertenecian, pués que los encontré haciendo la marcha aisladamente: *Porque somos ciudadanos*, me respondieron. Esto dió lugar á que les dijese: *¿Y qué son sinó ciudadanos argentinos, esos generales, esos jefes, esos soldados, y yo mismo? Por ser ciudadanos, es que la patria nos impone el deber de defender su libertad y derechos; deberes que no tienen los franceses, ingleses, ni brasileros, porque no son ciudadanos precisamente.* Es incomprensible el abuso que puede hacerse de los nombres y de las cosas, haciéndolas servir en el sentido inverso, de los fines de su institución; así sucedía con la *ciudadanía*, haciendo de ella un título de inobediencia y de desorden, cuando por el contrario, debía ser de patriótica abnegación. Sin ella, sus servicios militares eran no solo inútiles, sinó perjudiciales en extremo, por el mal ejemplo que daban, y por los inconvenientes sin número que trae á un ejército una porción de hombres que no están sujetos á la disciplina, ni á reglas de ninguna clase.

Sea por la manifestación que siempre hice de estas ideas, sea por el anhelo que siempre puse en establecer y conservar la disciplina, sea por la mala fé de mis detractores, que tomaban aquello como pretexto, es cierto que se me ha censurado que yo quería *militarizarlo todo.* Pero venid aquí murmuradores, y decíd: ¿Qué es lo que yo he querido militarizar? ¿Hablan de los ejércitos que he mandado?

¿Quereis indicar los cuerpos veteranos ó urbanos, que se han puesto á mi cargo para batir al enemigo, y vencerlo? ¿O hablais de la sociedad entera? Elegíd.

En el primer caso, preciso es que nos enseñeis, sapientísimos señores, otro modo de conducir ejércitos, formarlos, hacerlos combatir, y llevarlos á la victoria. Sin que pongais una nueva escuela, yo, pobre viejo rutinero, no podré hacer otra cosa que militarizar aquello que debe, y es preciso que sea militar, so pena de exponernos á estériles sacrificios, y á miserables derrotas. Cuando querais tratar en lindos versos un asunto cualquiera, se dice muy bién que quereis *poetizarlo,* porque efectivamente, tal fin os proponeis, y el asunto lo merece, sin que por eso solo, se deba acusaros de que quereis *poetizarlo* todo. Otro tanto puede decirse en cada profesión, en cada ciencia, en cada carrera, pués lo contrario sería confundirlo todo.

Más generalmente es con la más clara mala fé, que se me ha hecho ese reproche. Se ha querido dar á entender, que inculcando tenazmente en establecer las reglas de la disciplina en los cuerpos militares, quería hacerlas extensivas á toda la sociedad, y deprimir por este medio, el estado civíl. Desafío á que se me cite un solo hecho, que pueda justificar semejante sospecha.

En todos los mandos que he tenido, el estado civíl fué respetado; las autoridades de este género, conservaron en su más extensa latitud, todo el ensanche de sus atribuciones, mientras los militares se rindieron extrictamente en la esfera de la suya. En oposición á otros militares que clamaron contra la extensión del fuero, que sancionó la administración del señor Rivadavia, siempre fuí partidario de ella, y sostuve en su favor, acalorados debates; en prueba de ello, jamás entró en mis deseos, el de restablecer aquel odioso privilegio. Cuando he tenido influencia, siempre la he empleado, no solo en promover la formación de los

cuerpos delibcrantes, que establecen nuestras leyes, sinó que tuviesen la más perfecta libertad en sus discusiones; como un medio de conseguirlo, es que he procurado que los militares no se mezclasen en aquellos, y no me negareis que el mejor, es establecer esa disciplina que me echais en cara.

Me habeis tambien atribuido la tendencia á un gobierno militar (1), y os habeis equivocado, si es que puede decirse equivocación, una imputación maliciosa; semejante necedad no merece seria contestación, y sin embargo, os diré, que mal se avenía esa tendencia, con el empeño que he manifestado porque el país, nuestro país, tuviese una constitución. Rosas y sus federales, en la necesidad de decirme algo, solo me imputaron que quería constituir el país *á balazos,* pero no me dijeron que quería mantenerlo inconstituido.

---

(1) He visto frecuentemente incurrir en el error de clasificar de gobierno militar, al que preside un militar, y solo por esta razón: No puedo hallar otra, en el empeño que en estos últimos tiempos han tenido varios periódicos de llamar gobierno militar al del ilustre general Cabainac. Á esa cuenta, serian gobiernos militares, los de los generales Washington, y Jakson, en los Estados Unidos, y seriau muy civiles, los de Robespierre en Francia, de Rosas en Buenos Aires, del doctor Francia en el Paraguay. Bastará quizá para probar que puedo discernir la diferencia de un gobierno militar del que no lo es, decir que he leido siempre con gusto, y que conservo en mi poder, las obras de Mad. de Stael, que tanto acusa el de Napoleón. Recuerdo que el general Lavalle, justo admirador de aquel hombre extraordinario, cuando yo hacía justicia á algunas observaciones de aquella célebre mujer, me decía: *Madama de Stael lo indispone á usted con Napoleón, y yo me propongo reconciliarlo con el grande hombre.* El general Lavalle se equivocaba, tanto más, cuanto el héroe no necesitaba de mi pobre sufragio; además, soy el primero en reconocer sus extraordinarios talentos militares y políticos, sus eminentes facultades, su vasto genio, y esa voluntad enérgica, que todo lo subyugaba. Soy en realidad un admirador de Napoleón, no menos que lo era el general Lavalle, sin dejar de conocer que la libertad no podía adelantar bajo su potente mano. Con este motivo haré las siguientes observaciones: Es después que he leido la historia de Napoleón por Walter Scot, que lo he apreciado y admirado debidamente. He visto entonces al hombre grande y no al ídolo; he visto un sér privilegiado, pero sin traspasar los límites de la naturaleza humana.

He deseado y he procurado que la clase militar ocupe en la escala social el lugar que debe tener, sin perjuicio de la libertad y en beneficio de esa libertad misma. Que el ejército sea honrado como lo es en los paises bién gobernados, pero sin que sea opresor ni se sobreponga á las otras clases. Que sus individuos se consideren ciudadanos, pero no menos que ciudadanos (1). En fin, he querido que los militares fuesen lo que deben ser.

Bien conocida y harto censurada ha sido la severidad de mis principios, y la abnegación que he exigido de mis subordinados. Se me ha echado en cara mi *mezquindad*, porque riguroso observador de una estricta economía respecto de los intereses públicos, que no he guardado seguramente respecto de los mios, he predicado con mi voz y con mi ejemplo, la sobriedad y la parsimonia. Hasta mis compañeros se han quejado siempre (y esto lo sabe todo el mundo), de lo poco que los hacía adelantar en los ascensos, cuando en otros cuerpos militares, ó en épocas distintas, se daban grados con profusión. Otras veces he sido objeto de amargas críticas, porque no prodigaba elogios en mis partes militares, cuando otros generales, las más insignificantes acciones las encomiaban hasta las nubes. A todo esto me sería muy facil responder, que si he predicado la economía, ha sido, como se deja entender, en beneficio de las clases productoras; que si no he prodigado los grados militares, ha sido para que no caigan en desprecio; y que si he economizado los elogios, no distribuyéndolos, sinó con discerni-

(1) Pienso que la Inglaterra es un país cuyas instituciones y costumbres pueden citarse cuando se trata de libertad, garantias é igualdad legal. Quizá porque soy militar, pero militar patriota, he visto siempre con gusto que entre los ingleses, en sus convites oficiales ó no oficiales, son siempre con brindis de orden: *Por el ejército y marina de la Gran Bretaña.* ¿Y será esto dar preponderancia al estado militar? Al contrario; honrándolo se hace un acto de justicia, y un acto de justicia no puede ser pernicioso. Sin eso, él procuraría indemnizarse.

miento y justicia, ha sido para que se apreciasen debidamente.

A esto he dicho antes, es muy facil responder, pero no ha sido el objeto que me he propuesto, sinó hacer ver que quién ha obrado así, no podía querer que la clase militar se sobrepusiese á la civíl, pués el que tal pretende, se asocia á las preocupaciones de sus compañeros, y las fomenta, para apoyarse en ellas. Así obran los caudillos de todos tiempos y los tiranos de todos los paises; así obran los que hacen una especulación de la carrera pública, y los que promueven sus intereses particulares, con preferencia á los de la comunidad, á que debieran consagrar todos sus servicios.

Me cuesta trabajo hablar de mí mismo, y más de argumentos repetidos, y razones tan manoseadas, que se corre el peligro de que se tengan por una fastidiosa reproducción, de lo que cualquiera otro diría en mi situación. Sin embargo, como es tan público cuanto avancé en este método, como son tan conocidos los antecedentes de mi larga carrera, como he sido el blanco á que durante toda ella se han dirigido esas críticas, que me clasifican de hombre montado á la antigua, excéntrico á la revolución, y nímiamente apegado á las virtudes patrióticas, tengo derecho á hablar así, y á que se haga una excepción, si se quiere, á mi favor. Llegue ó no llegue algún día á ver la luz pública estas memorias, cuando las escribo, lo hago fijando mi vista en mis contemporáneos á quienes no temo desafiar á que me desmientan si pueden. Pero no, no lo harán, porque no podrian ; tampoco lo harán mis compañeros de armas, quienes, si se quejan, es de no haberme acomodado á la desgraciada época en que nos tocó vivir.

La ingerencia de los militares en cuestiones políticas, por medio de representaciones en que colectivamente los oficiales de una división ó un ejército pedian tal ó cual

cosa, en que se exprimía este hermoso consejo: *La disciplina militar debe ser más exacta, en proporción, que las instituciones políticas del país son más liberales.* Bellas palabras que deberian tenerse siempre presentes, y cuyo olvido ha producido males incalculables.

En efecto, ¿dónde es más rigurosa la disciplina militar, que en los pueblos donde las instituciones liberales están bién basadas, y han dejado de ser una mentira? ¿Qué cosa más regular y más exacta que la disciplina militar inglesa? ¿Cuál es el orden que se observa á bordo de un buque de guerra de los Estados Unidos de la América del Norte? Por el contrario, ¿qué ejemplo nos han presentado hasta estos últimos tiempos los emisarios de Constantinopla? Era la tropa más indisciplinada y por consiguiente, la más opresora; la herencia que le otorgaba el déspota, era retribuida con la obligación de apoyar su poder absoluto, y si á la vez tenía que quejarse de las arbitrariedades de su señor, se indemnizada cometiendo otras, sobre las clases indefensas de la sociedad.

Puede creerse por algunos espíritus delicados, que esa disciplina militar llevada á un grado excesivo, consagre los principios de una obediencia enteramente pasiva, y reduzca los hombres á meras máquinas, y de consiguiente, á instrumentos ciegos de un jefe ambicioso. Si hay este peligro, ¿quién tiene la culpa de eso? ¿Serán los militares, ó los legisladores, que no han demarcado los límites de esa obediencia? ¿Por qué nuestros congresos, nuestros cuerpos deliberantes, no se han ocupado de eso? Siempre lo he deseado, y he empleado siempre que he podido, mis débiles persuasiones para llamar la atención á tan importante materia; pero jamás encontraron eso mis solicitudes, porque sea que se creía peligroso entrar en el asunto en circunstancias críticas como las que generalmente han rodeado nuestros gobiernos desde la revolución, sea por-

que se temía que la clase militar subalterna, abusase de las exigencias que se hiciesen á su obediencia, las cosas quedaron siempre en el pié, y la responsabilidad de los militares entregada á esa vaguedad indefinida que los contituye en la penosa alternativa de deliberar por sí en las emergencias políticas, en cuyo caso se les clasifica de *soldadesca insolente*, ó en el de someterse ciegamente á las voluntades del gobierno, en cuyo caso, se les llama *instrumentos de la tiranía.*

Presérveme Dios de pensar mal de todos nuestros legisladores; pero sí creo que entra en los cálculos de algunos demagogos, el conservar indefinida é indeterminada la subordinación y la responsabilidad militar, para sacar partido en sus anárquicas empresas. Nada hay más general que asociarse un leguleyo á un jefe militar, para influir en todas sus deliberaciones (1). Otros, y esto se ha visto con demasiada frecuencia, han buscado en las relaciones íntimas y privadas, los medios de dirigir en circunstancias especiales, la conducta de los jefes militares, haciéndolos

(1) El ilustre é ilustrado general Belgrano, mandó á Santa Cruz de la Sierra al coronel don Daniel Ferreira, tan conocido por su honradéz como por su estatura. Un día, en Tucumán, fuí á visitarlo, y me contó que había recibido comunicaciones de Ferreira, y aún tuvo la bondad de leer algunos trozos de sus notas. Como su estilo, aunque claro, no fuese muy elevado, me dijo: *No extrañe usted algunas incorrecciones, porque un capítulo expreso de mis instrucciones, es que sus cartas oficiales y no oficiales, han de ser de su redacción. He querido evitar que se le asocie algún leguleyo que lo extravíe, como sucede frecuentemente.* Otra vez me decía el general Garzón, hablando de su país: *Aquí todos los jefes necesitan escolta y secretario.* Y era asi realmente; los unos, porque no sabian escribir ó lo hacian muy mal, y los otros, por un abuso intolerable. A cada rato se oía decir: «fulano es secretario del coronel Luna, ó del general Medina», etc.; y al ver algunos soldados que andaban á su antojo, se añadía: «son de la escolta del comandante tal ó cual». Estos soldados, que en lo general estaban afectos al servicio y seguridad personal de su jefe, eran los más indisciplinados. Era un gran abuso, de que hago mérito, porque se me ha ocurrido en este momento, y porque se vea que no capitulo con ellos, donde quiera que estén.

servir á sus miras, y muchos, finalmente, se han servido de la penuria de recursos y sistemada pobreza, en que se les tiene, para el mismo efecto. No es extraño ver á los que declaman contra el empleo de la *fuerza bruta,* procurar dirigirla según sus intereses, en cuyo caso deja de ser *bruta,* y pasa á ser *fuerza inteligente,* de tal modo, que estos modernos Colones que desdeñan á los hombres de espada, no les pesa de disponer de un par de batallones ó escuadrones, mediante la influencia privada que se procuran de un jefe.

No es de admirar, pués, que se haya abusado de la buena fé, del candor y de la ignorancia de muchos militares, y que se haya sacado partido para empresas criminales, de sus necesidades, de sus vicios, de sus pasiones, y hasta de sus virtudes. El secreto ha consistido en conservar el caos, para empujarlos adonde se quiera, para que sean siempre las víctimas.

Sería un error, en que no he pensado incurrir, el comprender en la denominación de militares, todos esos paisanos del campo, que se han armado, ya para defender la independencia nacional, ya para ventilar nuestras cuestiones civiles; ellos han presidido bandas informes, cuyo casual arreglo no puede entrar en la categoría de un sistema militar, ni de cuyas irregularidades se puede hacer cargo á la profesión de las armas. Quizá es porque ha faltado un tal cual sistema militar, que han tenido lugar esas irregularidades, que de otro modo se hubieran ahorrado en gran parte.

Tampoco quiero defraudar de la gloria y mérito que han contraido en distintas épocas de la revolución, esos paisanos armados de que acabo de hacer mención; si ellos á su vez han venido á pesar sobre las instituciones y sobre la libertad del país, es debido al mismo origen. Habiéndose armado y combatido, se han condecorado con las divisas militares; en seguida se han creido militares, y

han participado de la misma ignorancia de sus deberes, que afecta á toda la clase. Por otra parte, los partidos cuando les ha convenido, los han excitado para hacerlos servir á sus intereses, y algunas veces los han opuesto á los militares de profesión, presentándose como una obra de libertad, el anulamiento de estos. Ya se recordará que en otras ocasiones se ha obrado en sentido inverso, apelando los partidos políticos á los militares, para que comprimiesen á los gauchos.

Solo en dos épocas de nuestra larga revolución, pudiera decirse que se quiso basar el gobierno sobre el poder militar, própiamente dicho: Primera, el año 1816 cuando el general Pueyrredón subió al Directorio Nacional, y entonces se ocurrió á las masas, á la plebe, á los gauchos, en una palabra, para derrocarlo. Segunda, cuando la revolución de Diciembre del año 1828, y en esa ocasión se sirvieron del ejército, presentándole como obra muy patriótica y meritoria, el derrocamiento de la autoridad que se apoyaba en las turbas de la población (1). Sin embargo, no puede decirse que se intentase sériamente en entronizar el *poder militar;* por gusto los fautores de esta obra eran sus más declarados enemigos, lo que prueba que eligieron á los militares, como un instrumento que romperian cuando les conviniese. Esta alternada fluctuación de los militares, á

---

(1) Nadie ignora que no concurrí á la revolución de Diciembre, porque me hallaba en la Banda Oriental, y que solo fué un mes después, que llegué á Buenos Aires, llamado por el gobierno existente. Recuerdo que un conspícuo personaje (D. J. S. de A.), me decía muy enfáticamente: *Vamos á dejarnos enteramente de milicias y concentrar toda la fuerza pública en las tropas de línea.* Este señor creía, sin duda, que esto me lisongearía mucho, y que me unciría sin remisión, al carro de su omnipotente influencia. Fué visible su desagrado, cuando me oyó decir, que en nuestro país, la organización de la milicia ó guardias nacionales, era un objeto de grande é indispensable necesidad. Después, este ha dicho, que la revolución contra Rosas no había vencido, porque de sus dos generales, el uno (Lavalle) no se ocupaba de la política, y el otro (yo) se ocupaba demasiado. Lo siento, pero no puedo menos.

los gauchos, y de los gauchos, á los militares, ha causado la mayor parte de las desgracias públicas. ¡Quiera el cielo ilustrarnos á todos para que, circunscriptos en la órbita de nuestros deberes, no pensemos y obremos sinó la felicidad de la patria!

Me he extendido demasiado en una materia tan abundante, y sobre que volveré otras veces si continuo estas memorias. La creo tan importante, que siento no tener la capacidad bastante para expresar cuanto siento. Séame permitido envidiar á esos escritores hábiles, que honran nuestro país, la facultad de emitir sus ideas con gusto y elocuencia, y séame también lícito desear que empleen sus talentos y sus plumas en un asunto vitál para todos, y digno de la más seria meditación. ¿Por qué le temen? ¿Por qué lo evitan con tan prolijo cuidado? ¿Por qué no penetran en él francamente? En estos dias (á fines de 1848), se ha publicado en Montevideo una obra por el señor Lamas, en que se toca muy por encima la materia. Como sería demasiado larga esta digresión, me reservo para otra ocasión decir algo sobre su contenido; sin embargo, no dejaré de observar que se han dejado arrastrar de la moda de atribuir el atraso de dicho país en la carrera de los adelantos sociales, á la influencia de las ilustraciones militares, que produjo la guerra de las revoluciones, en perjuicio de la influencia de las ilustraciones civiles (1). En

---

(1) Si el autor pone en la categoría de ilustración militar, á Artigas, Rosas, Rivera, Quiroga, Lopez y otros caudillos, podría comprenderse algo de lo que dice; pero si los coloca en otra esfera, como es justo y racional, sobre ser injusta, es enteramente falsa su aserción. Los progresos lentos del Brasil, se deben más bién que á su falta de instrucción militar, á que la exaltación de las cabezas jóvenes no ha tenido ocasión ni oportunidad de desarrollarse, ni emitir doctrinas socialistas, ni otras utopias exageradas. Las verdaderas ilustraciones militares que ha habido en el Río de la Plata, como Belgrano, San Martín, Arenales y otros muchos, en nada han perjudicado los progresos del país, á no ser que se entienda por perjuicio, que sus eminentes servicios han eclipsado otros servicios

esto se hace consistir la diferencia de los progresos sociales, entre el Brasíl y las Repúblicas del Plata, de modo que está uno tentado á creer que es una verdadera calamidad, para una nación, el que tenga hijos dignos que se sacrifiquen por su independencia, su honor y su gloria. Si se admiten semejantes doctrinas, ¿adonde irá á dar la Inglaterra, los Estados Unidos, sin contar la Francia, y las antiguas repúblicas, cuyos ejércitos y escuadras, mandados siempre por generales denodados, están siempre dispuestos á sostener los gloriosos antecedentes de su bandera?

Bien conozco que todo esto se puede contestar con floridos discursos, y hasta con punzantes alusiones, pero ellas no oscurecerán la verdad. Si algo he exagerado, ó si no he encarado la cuestión como merece serlo, no por esto dejarán de ser de alguna utilidad mis observaciones, pués llamarán la atención á un objeto, digno de ser considerado. Basta de él por ahora, para volver al coronel Allende y su entusiasta tropa, á quién dejé en la Colonia, dispuesto á embarcarse después de haber pasado una alegre noche.

---

de menos nota, en diversas profesiones. Admitido este raciocinio, más convendría al país no tener defensores, para que campeen sin parangón ni competencia, los servicios civiles y diplomáticos. Desgracia es, que las armas y los militares sean necesarios, pués el mundo estaría mejor, si solo la razón hubiese de dirimir las cuestiones humanas; pero, siendo esto imposible, preciso es conceder algo á los que exponen su existencia y sacrifican sus comodidades por la patria. En cuanto á lo demás, si hubiésemos de graduar la preponderancia de las ilustraciones militares, por los provechos materiales, nos bastaría citar al general Rodriguez, enterrado de limosna, en Montevideo; á los generales La Madrid é Iriarte, viviendo del mismo modo en dicha ciudad; al general Las Heras, sosteniéndose con el sueldo que le dá el gobierno de Chile; al general Deheza, pasándolo trabajosamente en Pelotas: y yo, si me es permitido nombrarme entre ellos, en el Río Santo. Entre tanto, sus ilustraciones civiles, como don Antonio Vidal, don Joaquín Sagra, el señor don Santiago Vasquez, que ya falleció, etc., han tenido una mejor suerte.

A la mañana siguiente se embarcó aquella bulliciosa juventud; aprovechando yo esa ocasión, de escribir al general Lavalle avisándole mi llegada. El buque se dió á la vela, quedando otra vez en su habitual silencio el pueblo de la Colonia. Luego que en Montevideo se supo mi evasión, me escribieron algunos amigos felicitándome, y *El Nacional,* periódico que redactaba el señor Rivera Indarte, hizo de mí una honrosa mención. Por lo demás, todo me convencía que la facción prepotente de la emigración, me miraba con desconfianza, y no sabía ella misma si celebrar ó no, la rotura de mis cadenas. La comisión argentina que llevaba las riendas de la revolución, ó que al menos pretendía llevarlas, no me dirigió ni un cumplimiento.

Entre los sujetos que me visitaron en la Colonia, hubo un señor Levás, inglés, comerciante, cuya casa servía de punto de reunión á la gente principal, y en especial á los argentinos. Recuerdo que cuando la primera vez estuvo conmigo, me observaba con una atención tan marcada, que me apercibí, aunque por entonces no pude explicármela. Cuando á los cuantos dias vino mi hermano, le dijo: *Conozco que hasta en sus compatriotas hay hombres mal intencionados; ellos me habian hecho creer que su hermano, el General, era un hombre que tenía entorpecidas sus facultades intelectuales, y lejos de eso he encontrado en él un buén juicio y sensatéz.* Como á este, habian informado á otros con respecto á mí, pero en ninguna parte, al menos que yo sepa, con más osadía é impudencia que en la Colonia.

Otra señora que había estado en el puerto el día que yo desembarqué, refirió á mi cuñada, doña Juana Ocampo de Paz, que uno de los muchos circunstantes (un Mamierca, si no me engaño), había prorumpido al verme saltar á tierra, en esta exclamación: *¡Es por este hombre que nos vemos emigrados y sufriendo las penas del destierro; pués, en*

años atrás no quiso venir de Córdoba con el ejército que mandaba, á derribar al tirano que oprime nuestro país! ¡Qué lejos estaba entonces de pensar que años después me harian esos mismos emigrados, si no un crimen, al menos un reproche, por haber querido ir á Buenos Aires á derribar al propio tirano!

CAPÍTULO XXV

EL EJÉRCITO LIBERTADOR

Festejos por la batalla de Don Cristóbal.—Paz y Rivera.—Los que desconfiaban del general Paz.—Lo que se llamaba campamento de Rivera.—Enemistad de Rivera con Lavalle.—La familia del general Paz.—Procederes incorrectos de Rivera.—El general Paz se embarca con dirección al ejército Libertador.—El gobierno de Corrientes y el general Paz.—Don Salvador Carríl.—El doctor don Julián Segundo de Agüero.—Sus tendencias.—Racionamiento para el ejército de Lavalle.—Deseos de este General de pasar el Paraná.—Situación respectiva de los beligerantes.—El general Paz llega á Punta Gorda.—Estado de relaciones de los generales Paz y Lavalle.—Penosa situación.—Tiranía en las ideas.—El general Paz al frente de una guardia.—Resultados del desorden.—El señor Penaud.—Medidas que se toman.—Indisciplina en el ejército Libertador.—Inacción de Echagüe.

El general Lavalle, como es sabido, se había dirigido meses antes desde Martín García á Entre Rios, donde ganó la acción del Yeruá. De allí siguió á Corrientes, y protegió el movimiento de la provincia que en masa se insurgió contra el dictador de Buenos Aires, y su teniente, el gobernador de Entre Rios, don Pascual Echagüe. Este, después de su contraste de Cagancha, había vuelto á su provincia, y reorganizado su ejército con los nuevos auxilios de Rosas. En Don Cristóbal, sufrió otro revés, en que el ejército de Corrientes, al mando del general Lavalle que había abierto su nueva campaña, sinó obtuvo una victo-

ria completa, consiguió al menos ventajas equivalentes, el 10 de Abril del dicho año (1840).

El triunfo de Don Cristóbal se celebró con el más grande entusiasmo por los emigrados argentinos y los orientales, llamados *colorados*, que eran los partidarios de Rivera. Se hizo para solemnizarlo, una especie de procesión, llevando las banderas francesa, oriental y argentina, en la mañana del Sábado Santo, que terminó en casa del comandante y juéz político, don José Rodriguez, donde se sirvió un refresco, se dijeron muchos brindis, y yo dediqué el himno, al general Lavalle. Sin embargo, no se me ocultaba que mis compatriotas y correligionarios políticos, no me trataban cordialmente. Por más que me creyesen decidido como el que más, por la causa, la facción dominante siempre miraba en mí un caracter independiente, y acaso temian un rival del general Lavalle. Yo no varié de principios, ni de opiniones, ni de conducta.

Apenas restablecido de un fuerte catarro, que me retuvo algunos dias en cama, proveniente de las mojaduras y resfrío que tomé cuando mi escape, llegó un oficial de la marina oriental, con una buena ballenera, y carta que me traía del general y presidente Rivera. Me felicitaba por mi evasión, y me invitaba atentamente á pasar á su Cuartel, que estaba situado en San José del Uruguay; que las desavenencias de este, con el general Lavalle, habian estallado, pero no llegado á su colmo, como sucedió después. Sin embargo, la invitación de Rivera alarmó á los argentinos, quienes afectaban temer que yo me colocase con él, contra el general Lavalle.

Esta consideración no me detuvo, y firme en mi conciencia y en mis principios, acepté la invitación; pero prefiriendo ir por tierra, despaché la ballenera con mi contestación.

En los primeros dias de Mayo me puse en camino con una pequeña escolta; precaución indispensable, porque

aún estaba el camino plagado de desertores, malhechores y aún *blanquillos*, ó partidarios de Rosas y Oribe. A los tres dias llegué á Mercedes, que era uno de los tres focos en que la emigración tenia sus talleres. Era poderosa la influencia que esta tenía en los negocios, y tuve que admirar su destreza con que se habian mis compatriotas ingerido con los comandantes y demás autoridades, de modo que se puede decir, que las dirigian. Yo me alojé en casa del comandante Cano, quién, aunque partidario de Rivera, no daba un paso, ni dictaba providencia alguna, que no fuese dictada, ó por lo menos, sabida de los emigrados argentinos; contribuía sin duda á esto, el buén concepto que á despecho de Rivera gozaba el general Lavalle entre los orientales, cuya causa también defendía, llevando la guerra contra el dictador de Buenos Aires.

Si en la Colonia había alarmado mi marcha al Cuartel General de Rivera, en Mercedes aparentaron mis compatriotas, una sorpresa mucho mayor. Don Nicanor Elías, hoy humilde siervo de Rosas, y entonces su enemigo declarado, me visitó con atención, y aún me sirvió con caballos, pero me significó la desaprobación de mi viaje, por todos los argentinos. No pude oirlo con calma, y le contesté con un poco de exaltación: *¿Qué es lo que temen? ¿Es acaso que yo traicione los intereses de mi país? ¿Y quienes son los que me censuran para disputarme mi argentinismo, y los títulos que tengo á la confianza pública? Solo unos necios pedantes pueden pensar de ese modo.* Supe después, que un tal Escribano, y un Saez Valiente, que después se han prosternado á los piés del tirano, se produjeron contra mí, con la mayor causticidad, poniendo en problema mi lealtad.

Más, no era preciso que lo dijesen, para que conociese la antipatía de la facción dominante; no obstante, hubo personas que contradijeron sus absurdos, que me hicieron

justicia, y aún me manifestaron amistad. Uno de ellos fué don Nicolás Caballero, quién, sin tener pretensiones á los primeros puestos entre los enemigos de Rosas, no solo no fué como ellos, á besar la mano que los había materialmente azotado, y .... que se yo que otras cosas, sinó que dió su vida á manos de los verdugos de su patria.

Es una observación constante que aquellos emigrados más vocingleros, y que más ostentación hacian de su odio al tirano, han sido los que han tenido menos dificultad en abjurar su fé política, y sometérsele. Fuera de los que he nombrado, y de otros muchísimos que podría citar, me contentaré con recordar á los hijos del respetable anciano, don Miguel Marín, quienes no respiraban sinó venganzas, represalias, y confiscaciones, cuando tenian esperanzas de ir á Buenos Aires como vencedores, y que luego que los perdonaron, no trataron sinó de acomodarse, hasta que fueron á echarse á las plantas del hombre que habian maldecido (1).

Después de un día de posado en Mercedes, continué mi camino y llegué á Paisandú, donde el comandante me declaró que no tenía absolutamente caballos que darme, y que era mejor que fuese á San José, que solo dista doce leguas, por agua. Lo hice así en una balandra á la vela, en que me encontré con un señor Lima, emigrado del sur

---

(1) He hablado en este capítulo, de azotes, calas y jeringas, y no quiero dejar pasar la ócasión de recordar lo que todos saben. En las calles, en los cafés, en sus casas, eran en Buenos Aires agarrados los hombres y llevados á Santos Lugares, donde los desnudaban y los azotaban, caleaban, jeringaban y hacian otras abominaciones. El azote, se aplicaba hasta dejar los hombres inutilizados por muchos dias; las calas, consistian en unas velas de sebo de muy buén tamaño, que les introducian por el ano; las jeringas, era la aplicación de unas lavativas de agí, pimientas, y otras materias irritantes; ignoro si se hizo uso del fuelle, más no sería extraño. Estos caleados y jeringados, son en parte, los mismos que han ido á someterse á su caleador y jeringador.

de Buenos Aires; gusté mucho de su sociedad, y le merecí benévolas atenciones. Al fin llegué á San José, donde tenía su Cuartel General, y lo que se decía su ejército, el general Rivera.

Todo parecía aquel campo, menos que ejército ó campamento militar. Apenas se veian á distancia de los ranchos que ocupaba S. E., algunos otros, muy chicos; un medio galpón, se decía comisaría, y unos cuantos cañones, que por lo desierto del campo parecian abandonados, completaban la perspectiva: lo que más importaba, era una muy regular banda de músicos contratados, que costaban al Estado más de cuatrocientos patacones mensuales, y que no tenian más trabajo, que tocar cuando comía el General, y á la hora de retreta, un rato muy corto. Por lo demás, no creo que llegase á quinientos hombres el número de los que formaban lo que llamaban ejército.

El general Rivera me recibió con su acostumbrada afabilidad, y me hizo alojar en una tienda de campaña, que estaba en el mismo Cuartel General. Desde nuestras primeras conversaciones, ya me manifestó contra el general Lavalle, el más profundo resentimiento. Yo me había propuesto indicarle uno de dos planes: Primero, aumentar el ejército del general Lavalle con dos ó tres divisiones orientales, y dejarlo obrar libremente; Segundo, designar su ejército como vanguardia, y que el general Rivera lo apoyase con el suyo, pasando el Uruguay. ¡Vana esperanza! Muy luego conocí que mi trabajo era enteramente inutil, y me limité á disminuir la amargura de su resentimiento, y presentarle los peligros que él corría, si era batido Lavalle. Recuerdo que le dije: *General, si el ejército Libertador es destruido, tendrá usted encima quince mil hombres que puede mandar Rosas contra su país. No me importa*, me contestó, *que mande veinte; pués estamos los orientales acostumbrados á batir los numerosos ejércitos de Buenos Aires.* Ya

nada había que hacer después de esto, y sin embargo, se mostraba deseoso que yo permaneciese en su campo.

Se encontraba en él, con el caracter de enviado del gobierno de Corrientes, don José Isasa, antiguo conocido mío, que se ocupaba de otras atenciones muy diversas de las diplomáticas. Entre los dos se propusieron tantearme para que levantase el estandarte de la oposición al general Lavalle, oposición que había iniciado el célebre Chilabert; me negué abiertamente, diciéndoles que era hombre de conciliación, y que no contribuiría á aumentar la discordia que dividía ya los aliados contra Rosas. Isasa me preguntó entonces, si iría á Corrientes á formar un nuevo pié de ejército, si el gobierno de la provincia me llamase al efecto; mi contestación fué, que iría donde pudiese ser util á la causa.

Yo había dejado mi familia en Buenos Aires, y la tenía, sin embargo, sobre mi corazón. Mis ardientes deseos eran que viniese á reunírseme, y el medio más á propósito que encontraba, era de interesar al señor Mandeville, ministro inglés en aquella capital. Conseguí, pués, al tiempo de retirarme para volver á la Colonia, una recomendación del presidente Rivera, que me la otorgó sin dificultad, el mismo día de mi partida.

Esta tuvo lugar el 24 de Mayo, pero como antes dije, Rivera quería que aún permaneciese, fuese porque le gustaba adornar su Cuartel General con personajes, ó fuese porque esperaba traerme á sus intereses en la cuestión con Lavalle. Cuando le dije decididamente que quería regresar á la Colonia á esperar mi familia, y que no aceptaba su ofrecimiento de llevarla al Durazno, ó á su casa de Montevideo, fué hasta visible su mal humor. Al acompañarme en despedida, se desfogó contra el general Lavalle, de quién dijo que era un ingrato, y no sé que otras cosas más. Yo le contradije muy modestamente, y nos separamos en

un estado medio entre amistoso é inamistoso, y desde entonces no traté sinó de ocuparme de mi familia.

Tres leguas antes de llegar á Mercedes, me encontré con el coronel don Bernardino Baez, quién me dió la noticia de un modo vago, que mi familia había salido de Buenos Aires; no dí crédito á este rumor, porque esperaba que hubiese obtenido licencia, y por el estado de embarazo en que estaba Margarita, razón por la cual todos mis cálculos se fijaban en un tiempo posterior; habiendo llegado á Mercedes esa misma tarde, hablé por la noche con un joven de Montevideo, quién me dijo que el patrón de la goleta «Joven Italiana», daba la misma noticia. En el acto lo busqué, y no fué sinó con mucho trabajo que pude hallarlo en el puerto, muy avanzada la noche. El me confirmó la noticia, y me dió tales señas, que no pude ya dudarlo. Añadía que Margarita había salido de su cuidado, pocas horas después de haber llegado á la Colonia. Figúrese cualquiera mi impaciencia por volar allá, al mismo tiempo que la satisfacción de que me serviría tan plausible acontecimiento. Más, antes quiero hacer referencia de los incidentes originales que sirven para mostrar el espíritu de aquel tiempo.

Habian corrido ya más de cuarenta dias del triunfo de Don Cristóbal, y el ejército de Echagüe, no solo no había desaparecido, sinó que cubría la capital y hacía frente al del general Lavalle. Los ánimos volvian á ese estado de penosa espectativa, y las opiniones empezaban á divagar en proporción, á las brillantes esperanzas que antes se habian concebido. Los primeros con quienes me ví, me preguntaron mi modo de pensar, y les dije que en mi opinión, era precisa una segunda batalla, no habiendo sido decisiva la primera, ó cosa parecida; al muy poco rato se me presentó la señora del coronel don José María Vilela, que pertenece á la clase media, y con los ademanes y tono de

reconvención, me preguntó si era aquello lo que había dicho. Sobre mi respuesta afirmativa, sacó una carta de su marido para convencerme de lo contrario, en la cual, después de algunos chistes insípidos, y detalles vulgares, concluía que la situación de Echagüe era la misma que el general Lavalle había tenido once años antes en los Tapiales. Oí con calma y hasta con risa este brote de entusiasmo, y después de algunas explicaciones quedamos, al parecer, reconciliados. Sin embargo, él sirvió á probarse que el espíritu de facción, aún cuando invoca la libertad, tiraniza sin pensarlo, hasta las opiniones. Después tendremos ocasión de confirmar esto mismo, advirtiendo ahora que el paso que daba esta pobre mujer, no era aislado, sinó acordado y resuelto por sus más conspícuos amigos, y que el fin era tomar algunos puntos que pudiesen interpretarse desfavorablemente al ejército del general Lavalle, para levantar un caramillo.

En los primeros dias de Junio llegué á la Colonia y encontré mi familia (1). . . . .

. . . .

Llegado que hubo Margarita á Montevideo, uno de sus primeros cuidados fué instruirme de su salida de Buenos Aires, y al efecto, remitió sus cartas á la Colonia; mi hermano me las dirigió con otras al Cuartel General de Rivera, donde á la sazón me encontraba; más, cuando llegaron, ya no estaba yo allí, habiéndome desencontrado en el camino. El paquete fué á manos del general Rivera, quién no hizo escrúpulo en imponerse de su contenido. Me lo devolvió á la Colonia, mal cerrado, pero con sustracción de una

---

(1) Se suprimen aquí algunos párrafos publicados en la primera edición de estas memorias, por considerarlos de interés únicamente para la familia del autor.

(*Nota del Editor*).

carta de Margarita, en que me decía que me traía un encargue del ministro Arana. Nadie, ni el mismo Rivera, podía sospechar de mis sentimientos, pero creyó que aquella carta podía servirle para sus intrigas, y la guardó› negando por supuesto, la sustracción. Yo ni hice caso de la carta, ni la quise reclamar, burlándome de semejantes miserias. Ya antes había sido violada esa misma correspondencia en Mercedes, en casa del comandante Cano, quién me dijo que la había abierto por equivocación; no tengo duda que los argentinos emigrados, fueron cómplices, sinó los principales actores de esta prevaricación, y aún es probable que de allí fué remitida directamente á Rivera. Como esta carta perdida, ha de hacer después su papel, bueno es tenerla presente.

El encargue del ministro Arana, era efectivo, pués al tiempo de despedirse Margarita de su familia, con quién la mía conservó siempre relaciones amistosas, le dijo: *Prevenga usted al señor general Paz, que se conserve tranquilo, sin mezclarse en la guerra que se hace, y que vá á encenderse más; y que el Gobierno lo investirá de una misión diplomática cerca de un gobierno extrangero, idéntica á la que tiene el general Alvear; que no le exige más, sinó que no tome las armas.* Este era, pués, el encargue que motivó la carta, que metió bién poco ruido, á pesar del empeño que se tuvo en hacerlo. Pienso que hasta mis enemigos han hecho justicia á la lealtad de mi caracter.

A los pocos dias de mi regreso á la Colonia, se dejó sentir un gran movimiento entre los argentinos emigrados, dirigido á persuadirme que fuese al ejército Libertador, á prestar mis servicios. El doctor Alsina había regresado, y me había traido carta del general Lavalle, en que me decía que *fuese á ocupar un puesto digno de mí* (1). El mis-

(1) Esta carta, y otras muchas, que hacen juego con estas memorias, deben estar entre mis papeles, que tengo poquísima gana de hojear. Si

mo Alsina, no habiéndome encontrado en la Colonia, me dejó carta escrita, y de Montevideo repitió urgiéndome en el mismo sentido. Otros muchos hacian otro tanto, y los argentinos de la Colonia no me dejaban respirar, para persuadirme lo mismo. Parecía una conjuración contra mi quietud, proveniente de un convencimiento universal, de la conveniencia de mi presencia en aquel teatro: luego veremos la causa de esta agitación.

El 28 de Junio fondeó en el puerto un convoy de más de veinte velas, custodiado por el bergantín «Pereira», armado y tripulado por marinos franceses; en él venía el doctor don Julián Segundo de Agüero, quién de á bordo me escribió para decirme, que ninguna otra ocasión podía presentarse más á propósito para que me trasladase al ejército Libertador, y que si no la aprovechaba, sería costoso y tardío encontrarla después. Me remitía también una letra de quinientos pesos de Montevideo, para que dejase á mi familia. Era indudable que no podía presentarse ocasión más oportuna, y la acepté sin poder discernir el motivo de la prisa que me daban de todas partes, si se exceptuaba Margarita, que se oponía con todas las fuerzas de su alma y toda la elocuencia de su cariño. Ella misma no podía explicarse el motivo de su oposición; pero el instinto de mujer le hacía sentir que no entraba por mucho el aprecio y la amistad, en las calorosas persuasiones que se me hacian. Al menos, los iniciados en los altos misterios, llevaban objetos bién diferentes.

Mucho tuve que luchar para vencer la resistencia de mi esposa, si puede llamarse vencimiento una forzada conformidad. Es este el único punto en que durante su vida

---

mi hijo después quisiese tomarse el trabajo de buscarlas y darles el lugar conveniente, puede hacerlo. Yo, que no tengo ni la práctica ni la costumbre de andar entre legajos, mal podría desempeñarme.

me manifestó una tenáz oposición, y tanto más fundada, cuanto que al aceptar mi proposición de matrimonio, algunos años antes, me había exigido la promesa de renunciar una carrera que había envuelto en desgracias toda la familia. Todo lo desoí para correr nuevos peligros, y hacer algunos más ingratos.

El 29 de Junio me embarqué, dejando mi familia anegada en llanto. El bergantín «Pereira» me recibió á su bordo, en el que viajaba también el doctor Agüero. Antes de decir algunas palabras sobre este misterioso y grave personaje, me ocuparé de la causa que tuvieron los argentinos emigrados, para clamar que fuese al ejército.

Don Pedro Ferré, gobernador de Corrientes, además de algunos motivos de discordancia con Lavalle, había presentado el proyecto de hacer pasar al ejército á la banda derecha del Paraná, sin que hubiese terminado la guerra en Entre Rios. Con este objeto se había trasladado en persona hasta frente de la Bajada, por el río, y había prevenido al almirante francés, que no auxiliase con sus buques el pasaje, sin su expreso consentimiento. Tranquilo con las seguridades del almirante, regresó á Corrientes, pero siempre dispuesto á disminuir la influencia de Lavalle, que se apoyaba en un partido numeroso de la misma provincia. Esta, además, había quedado desarmada é indefensa, después que se había movido el ejército, y no era extraño que quisiese organizar alguna fuerza, que sirviese de cuerpo de reserva.

Sea con alguno de estos fines, sea con todos á la vez, resolvió invitarme á pasar á Corrientes, y destacó al comandante don Manuel Diaz, con comunicaciones y encargo de persuadirme y de proporcionarme el viaje; yo nada de esto sabía, pero no ha faltado quién me asegure, que llegó primero á noticia de la Comisión Argentina, por un extraordinario, que hizo desde Corrientes el doctor Thomson, su

activo agente en aquella provincia; concertadas las fechas, me inclino á creer que la Comisión tuvo antecedentes de mi conferencia con el enviado Isasa, en el Cuartel General de San José, y si es así, no tengo duda que quién pasó estos conocimientos (que por otra parte, nada tenian de reservados), fué don Pascual Costa, viejo intrigante, agente de todos los partidos, sin excluir el de Rosas, ligado con Rivera, por especulaciones fraudulentas, y con los emigrados argentinos, enemigos de Rivera, por intereses de otra naturaleza. Si ello fué así, es indudable que las confianzas de Costa no podian dañar ni á mi reputación ni á mi lealtad; pero eran más que suficientes para alarmar á ciertas gentes, que temian que mi nueva posición contrabalancease la del general Lavalle. Se propusieron, pués, estorbar, por entonces, mi viaje á Corrientes, y como el medio más expeditivo, me propusieron el del ejército.

Cuando el comandante Diaz llegó por el Uruguay á la boca del Guazú, supo en el buque francés allí estacionado, que yo había pasado en el convoy para Punta Gorda, cerca de la cual estaba el ejército Libertador, y perdiendo la esperanza de darme alcance, regresó á Corrientes, sin dejar de hacer diligencia para que las comunicaciones de que era portador, llegasen á mi poder. Hé aquí lo que practicó:

Al pasar de regreso por el Arroyo de la China, se las remitió al general Nuñez, que ocupaba ese departamento, para que me las hiciese pasar al ejército; lo que nunca se verificó, no siendo sinó después de más de un año, que las recibí del modo más extraordinario que puede imaginarse. Derrotado Echagüe en Caaguazú, me apoderé de sus papeles, y es entre ellos que las encontré; interrogado Nuñez, me había dicho, que él me las había mandado, y que en el camino fueron interceptadas; pero lo más cierto es que se las guardó sin saber por qué ni para qué, y que las perdió en

la célebre derrota del Arroyo del Animal, donde fué batido.

El 29 por la tarde fondeamos en Martín García, donde paramos dos dias para trasbordar víveres y otros artículos, de que era conductor el «Pereira», para otros buques estacionados; él mismo debía quedar allí, y seguir el convoy el bergantín goleta «San Martín», al cual pasamos el doctor Agüero y yo; luego estrechamos relaciones con el oficial que lo mandaba, Mr. Simón, y dos jóvenes más, sus subalternos. Sobre todo, el doctor Agüero fraternizaba con estos, descendiendo de la altura de su edad y posición, para ponerse al alcance de sus juveniles entretenimientos, y los trataba con una confianza que no lo había hecho ni con mucho con el capitán del «Pereira», que era un hombre de más respeto, por su edad y graduación. Luego advertí que este era muy afecto al almirante Dupotet, y esta era la razón de la antipatía que por él sentía el doctor Agüero.

Seguimos nuestro viaje subiendo lentamente el Paraná, y avistando las costas de San Pedro, San Nicolás, Rosario, San Lorenzo, etc. En el ante último de dichos puntos, estaban colocadas dos baterias servidas por santafecinos, que se evitaron, entrando por el Arroyo de los Marinos. Durante el viaje, encontramos dos buquecillos separadamente, que nos dieron noticias del ejército: en uno, venía el doctor Thomson, que había dejado poco antes á Corrientes; en el otro, viajaba don Pepe Lavalle, que se dirigía á Montevideo, mandado por su hermano, el General. Este tuvo una larga y reservada conferencia con el doctor Agüero, y después se dignó dirigirme algunas palabras de atención. Supe que en la Colonia dijo á mis amigos, tomando un tono de cómica importancia: *Ahí vá el general Paz, pensando ser jefe de E. M. del ejército, pero allí no se necesita de ese empleo;* y lo decía perfectamente, porque al ejército

Libertador, no era aplicable ningún género de organización, ni regularidad, ni economía, ni contabilidad, ni orden, ni disciplina, ni cosa semejante; era un montón de hombres armados, distribuidos en otros montones más pequeños, que se llamaban divisiones; animados de entusiasmo y bravura, y muy afectos al General que los mandaba.

En uno de dichos buquecillos me vino una carta del señor don Salvador Carríl, intendente del ejército, é íntimo amigo entonces del General, en que no me rogaba, sinó me conjuraba, á que fuese cuanto antes al ejército. *El general Lavalle,* me decía, *acaba de sufrir un ataque en su salud* (creo que fué un mal de garganta), *que si le repite, puede dejarnos sin General, y esto entonces se pierde sinó está usted, pués no hay quién pueda reemplazarlo. Olvide usted,* concluía, *la ingratitud de sus compatriotas, y vuele usted á prestar nuevos servicios á la patria.* ¿Me decía todo esto de buena fé el señor Carríl? Pienso que sí, porque me escribió sin duda bajo las impresiones que le produjo la enfermedad del General, y porque, á pesar de sus relaciones con la gente grande, me conservaba aprecio. Creo también que él no le merecía á dicha gente plena confianza, y que solo se la dispensaban á medias.

Todas las noticias que recogíamos anunciaban una batalla próxima, y tanto por esta razón, como porque así lo habíamos combinado desde el principio del viaje, deseaba adelantarme. Aún el doctor Agüero había antes manifestado el mismo deseo, pero se fué enfriando en proporción que nos acercábamos; por esta razón no se trató del asunto, sinó con respecto á mí. No había sinó dos modos de hacerlo: ó empleando un bote del buque de guerra francés, ó aprovechando una ballenera con bandera argentina, que iba al mando de un pardo, que se decía oficial, y se llamaba Calixto. Este recibía órdenes del doctor Agüero, tanto para su buquecillo, como para un gran lanchón que iba

cargado de galleta, que se decía haber sido apresado saliendo de Buenos Aires, y que no sabiendo que hacer de aquel comestible, que vendido hubiera dado muy poco, se destinaba al ejército: nada tenian que ver los franceses con esta supuesta presa, por cuanto decía el doctor Agüero, que había sido capturada por la ballenera de Calixto.

El capitán francés declaró que no podía distraer ni bote, ni fuerza suya, porque la que traía era la absolutamente precisa para el servicio del buque; y en cuanto á la ballenera, encontré otra clase de dificultad en las reticencias y reservas del doctor Agüero, que aún se oponía indirectamente á que hablase con Calixto, juzgando pretextos para que no se uniera al bergantín, y cuando lo hacía, hablando cierta y misteriosamente. Hube, pués, de renunciar al proyecto de adelantarme, y resignarme á seguir la marcha hasta del convoy, cuya llegada á Punta Gorda, se verificó á eso del medio día del 15 de Julio, á los diez y seis dias completos de mi salida de la Colonia.

El doctor don Julián Segundo de Agüero, tendría entonces sesenta años, pero gozaba de robustéz y buena salud. Es sacerdote, pero ni su traje ni sus modales lo indican, pués afecta los del gran mundo, ó por lo menos los de un secular de buén tono; jamás lo ví tomar el breviario, ni ocuparse de lectura alguna durante la navegación; ó conversaba con los oficiales sobre asuntos juveniles, ó se paseaba sobre cubierta, en actitud reflexiva y meditabunda. Conversaba también frecuentemente conmigo, pero jamás se abandonó á la menor confianza, lo que prueba que es hombre que sabe dominarse y poseerse. Si esto es una ventaja, tiene el inconveniente de que tampoco inspira confianza á los demás, y al menos á mí, jamás me la mereció.

Cuando se trataban cosas públicas, era cuando economizaba sus palabras; así es que me fijaba bién en las que lle-

gaba á vertir; quiero referirlas aquí, según las recuerdo, para dar una idea de este histórico personaje.

La «Gaceta» de Buenos Aires había publicado una carta, cierta ó supuesta, del doctor don Daniél Torres, residente en la Colonia, en que manifestaba el plán de un gobierno que debía suceder á Rosas, en que no tenía parte el doctor Agüero; este plán, si es que existía, aunque el doctor Torres había negado la carta, le había llegado á lo más vivo, y se propuso, hasta con socaliñas, averiguar lo que yo supiese á este respecto; no mentí al decirle que ningún conocimiento podía darle; más, tornando la conversación sobre asuntos financieros, le referí lo que había oido á los emigrados de la Colonia, sobre mejorar el medio circulante de Buenos Aires, que había caido en el último abatimiento. Consistía el proyecto, en apreciar el papel moneda por el valor real que tuviese cuando la instalación del mismo Gobierno, y conservarlo inalterable, pagando y recibiendo el Estado por dicho valor real, sin permitir variación. No pretendo discutir el mérito ó desmérito de semejante pensamiento; pero puedo decir, que el doctor Agüero lo desaprobó con todas las fuerzas de su alma. Fué tal la energía de la reprobación, que estuve tentado á creer que el desacato de haberse atrevido á idear un proyecto sin consultarlo, tenía mucha parte en su negativa. Sea lo que sea, yo esperé que él iba á proponer otro pensamiento, é interpelado por mí, se contentó con decir: *El medio circulante mejorará mediante operaciones financieras, que se sabrán á su tiempo.* Medrados estamos, dije para mi capote, y me quedé tan á oscuras como al principio.

Otra vez le hablaba de la inclinación á la poesía de la *joven generación*, y le dije: *Los jóvenes del día son muy hábiles; hacen muchos versos. Pero muy malos versos,* me contestó, y volvió á meterse en su concha.

En cierta ocasión dije, que aquellos hermosos rios y sus

costas, abundantes de combustibles, convidaban para la navegación de vapor, y por entonces estuvo algo más comunicativo, para probarme que durante un siglo no podría tener lugar mi pensamiento, por falta de población, y consiguiente inconcurrencia de pasajeros. Es una de las muy raras veces que hizo mención de la Europa, para referir que había navegado en sus rios, donde la multitud de transeuntes costea los gastos que hacen los empresarios. No sé si decía lo que sentía, pero, á pesar de todo, yo creí entrever un mal disfrazado espíritu de localidad y mezquindad de ideas.

Daba un gran valor á la resolución que tomó el general Lavalle, de dejar Montevideo contra la voluntad de Rivera, para venir á enarbolar en Martín García el estandarte de la revolución, pero añadía muy modestamente: *Yo se la aconsejé; yo se la hice adoptar.*

Según me lo recuerda mi memoria, es cuanto pude sacar de este oráculo viviente; por lo demás, nada del pasado, nada del porvenir, nada de los hombres, nada de las cosas. En vano fué incitarlo á que levantase siquiera una punta del velo con que cubría sus grandes proyectos políticos; fué inutil provocarlo á que diese una opinión sobre la futura organización de la República; en vano fué buscar la menor declaración sobre el objeto y resultados de aquella guerra, á que nos empujaban con tanta fuerza. Nada pude conseguir, porque siempre concentrado, rehusaba toda explicación; por esta vez, ni aún me insinuó el pensamiento de los años anteriores, de dar de mano á la organización de toda milicia ó guardia nacional, y concentrar toda fuerza pública, en el ejército de línea; la razón era clara; porque ahora no tenía gran interés en ligarme á su carro, como lo pensó en otra ocasión.

Si se hace un gran mérito de su reserva, pienso que no lo merece, porque si no la hubiera tenido, y me hubiese

ofrecido la perspectiva de un mejor futuro para la República, mi entusiasmo se hubiese exaltado, y en algo podía el reverendo padre, avaluar mi decisión. Muy al contrario; cada día me entibiaba más, no porque no me causasen horror las crueldades del tirano, y su sanguinario sistema, sinó porque no divisaba mucho de mejor en lo futuro, para la República. ¡Y este era el hombre que pensaba dirigir los destinos de nuestro país!

Son indisputables el talento y los conocimientos del doctor Agüero; recuerdo que lo he oido hablar en la tribuna del congreso nacional, y que no había orador que le sobrepasase en elocuencia; su tono, su metal de voz, su método, su lógica, todo arrastraba á la persuasión de lo que se proponía inculcar; pero á fuerza de reservarse, sin duda, para las grandes ocasiones, se hacía insulso y hasta insoportable. Además, se había persuadido que podía manejar á los hombres, y á los jóvenes militares principalmente, hablándoles frivolidades, sin excluir asuntos de amorios y libertinaje. ¿Creía este hombre llevar á los demás á la abnegación y á la muerte, sin tocar el resorte poderoso de las grandes pasiones? Lo he visto chacotear, permítaseme la expresión, con algunos oficiales alegres, aplaudiéndose interiormente de su habilidad y destreza, sin advertir que cuanto bajaba de su esfera, perdía de respetabilidad y verdadero influjo. Recuerdo que los oficiales franceses, cuando después de dejarlo en Punta Gorda, siguieron conmigo hasta Hernandarias, protestaban malignamente, que habian ignorado que era eclesiástico, y que por eso se habian permitido conversaciones obscenas en su presencia; dije malignamente, porque no ignoraban que fuese eclesiástico, y si luego lo aparentaban, era para hacer una amarga crítica, puede decirse; pués, el vizconde de Descuidù, se manifestó altamente escandalizado.

¿Y cuál fué el motivo que obligó á este anciano sacer-

dote, á este ex-ministro de la República Argentina, á este Sieyes sud-americano, á dejar su morada de Montevideo, para venir al ejército del general Lavalle? A nadie se le ha ocurrido que fuese para administrar los Sacramentos, ni para los ejercicios de su ministerio, porque nada tenía más olvidado. Era el de inculcar la idea de que pasase el Paraná, dejando, aunque fuese intacto, el ejército de Echagüe.

En prueba de ello diré, que el misterioso lanchón cargado de galleta, que se suponía presa hecha por nuestra ballenera, no lo era, sinó que había sido cargado y aprestado en Montevideo, y era mandado por la Comisión Argentina, con algunos miles de raciones, para el ejército Libertador. De aquí, venía la importancia que daba el doctor Agüero á su cargamento; de aquí, los secretos con Calixto; de aquí, la resistencia á que me impusiese de lo que decía relación á él. No tengo la menor dificultad en asegurar que así como se atribuía la gloria de la salida del general Lavalle de Montevideo, quería ser el héroe de la pasada del Paraná, por el ejército.

Supe después, que estas raciones fueron pedidas por el general Lavalle, quién jamás perdió de vista el proyecto de trasladar el teatro de la guerra á la provincia de Buenos Aires, para cuyo efecto le convenía tener algunos víveres secos. Este proyecto podía verificarse después de una batalla felíz, ó desentendiéndose del ejército que conservaba Echagüe. El general Lavalle, no escrupulizaba la operación en ninguno de los dos casos, y solo espiaba la ocasión oportuna; más, todo tenía graves dificultades.

En el primero, era preciso vencer á Echagüe; en el segundo, además del peligro de pasar un río de la importancia del Paraná, teniendo al enemigo á su inmediación, había que allanar la resistencia que harian los franceses á prestar su indispensable cooperación. El capitán de la cor-

beta, Penaud, que mandaba la estación francesa del Paraná, tenía órdenes del almirante Dupotet, de no auxiliar el paso del ejército, sinó en caso de un revés, en que fuese preciso salvar los restos del ejército batido; y aunque se había hecho cuanto es imaginable, para ganar á muchos oficiales, y para persuadir á Penaud, es más que probable que este se hubiera atenido á sus terminantes instrucciones.

Desde mucho antes, y aún desde Corrientes mismo, el general Lavalle había manifestado deseos de engañar á Ferré y á los correntinos, y desentendiéndose de Echagüe, dirigirse á la base del poder de Rosas, que estaba en la provincia que inmediatamente preside. Así lo había manifestado en diferentes ocasiones, pero me persuado que nunca pensó sériamente en realizarlo, tanto por las dificultades de la ejecución, como por la lealtad de su caracter, á la que debía repugnar un acto de indiferencia respecto del gobierno de Corrientes, y de ingratitud á la provincia, que tan decididamente se había pronunciado en su favor. En tal suposición, la petición de víveres secos, debió ser hecha en un momento de irreflexión, ó de suma previsión, para un caso desgraciado. Sea esto como fuese, el hecho es que en Montevideo no se le dió este sentido, y que se creyó que la prevencion se dirigía á facilitar á todo trance, la deseada operación de que pasase el ejército á la margen derecha del Paraná, aunque la provincia de Corrientes hubiese de ser sacrificada.

Según lo que oí, y los conocimientos que pude adquirir, la situación del ejército Libertador era tanto más ventajosa, cuanto la del de Echagüe era desesperada. La batalla de Don Cristóbal, en que la caballería de este había sido batida, había desmoralizádolo completamente, y solo sostenía la campaña á favor de la superioridad de la infantería y artillería, y de las buenas posiciones que elegía para

acamparse. Sus movimientos, eran tímidos y lentos; sus operaciones, inciertas y vacilantes. Pocos dias antes el general Lavalle había dejado la infantería y bagajes en un reducto, obra pasajera de fortificación, para ir con su caballería á recibir la división del general correntino, don Vicente Ramirez, que venía á aumentar su ejército, y Echagüe no tuvo la resolución de atacar el reducto, contentándose con disparar algunos cañonazos. Cuando volvió el general Lavalle, y se incorporó á su infantería, Echagüe volvió á su rigurosa defensiva.

En esos dias había empezado la deserción de los soldados federales, de los que muchos se presentaban al ejército Libertador, en términos, que es general la opinión, que con un mes de paciencia, se hubiera consumado la disolución del ejército de Echagüe. En él faltaba todo, mientras en el del general Lavalle reinaba una abundancia, que una mejor administración hubiera sostenido con comodidad un ejército cuatro veces mayor. A la par de efectos de ultramar, que se distribuian con un desorden imposible de describir, abundaban las armas y las municiones, suministradas por la escuadra francesa, sin excluir el dinero, pués recuerdo que los oficiales del bergantín «San Martín» me dijeron que una vez habian traido en el mismo buque, cién mil patacones, que habian entregado al ejército.

El general Lavalle, que sabía mejor que nadie la situación respectiva de los beligerantes, debía conocer sus ventajas, pero no tuvo paciencia para esperar unos dias más, después de haber esperado lo más, ó lo que es más probable, tuvo que ceder á sugestiones extrañas, porque es indudable que muchos, tanto en Montevideo como en la escuadra, pedian la batalla. Me confirmo en esta opinión, por lo que dijo el General, después de la del Sauce Grande: *Hé aquí la batalla que tanto me han pedido.*

Luego que arribamos á Punta Gorda, mi primer cuidado

fué escribir al General, avisándole mi llegada y pidiéndole caballos para trasladarme al ejército. Lo mismo hicieron el doctor Agüero, y el señor doctor Salvador Carríl, intendente del ejército, á quién habíamos encontrado allí.

El ejército solo distaba seis leguas de Punta Gorda, y de consiguiente, la contestación no debía tardar; esta llegó á las ocho de la noche y era dirigida á los tres que habíamos escrito colectivamente. Dicha carta, que conservo original, decía así: «Mis amigos Paz, Agüero, y Carríl: he recibido « la correspondencia á las cuatro y veinticinco minutos. « El dador les dirá la distancia á que están los dos ejér- « citos. No tengo caballos que mandar, ni uno solo. No « puede tampoco venir Paz, porque no hay tiempo, y por- « que esta noche voy á hacer una maniobra para atacar « á la madrugada; la artillería enemiga, ha sido desalojada « hoy. Hemos tirado ciento treinta tiros de á seis y ocho. « Aún no he leido la correspondencia, ni las cartas de fami- « lia. Muy amigo de ustedes.—JUAN LAVALLE.—Julio 15.»

Mi sorpresa fué grande al recibo de esta carta, y sin embargo no pensé en el momento, sinó en los medios de facilitarme los caballos, que decía el General que le faltaban; los mismos deseos manifestaron todos, y más que nadie, los oficiales de la marina francesa, á cuyo bordo estábamos. Acabábamos de comer en la corbeta «Espeditiva», y nos paseábamos sobre el puente cuando se recibió la carta, cuyo sentido nadie penetró á primera vista, hasta que les hice notar que el general Lavalle rehusaba muy claramente, mi asistencia en la próxima batalla. Entonces convinieron en que debía suspender mi viaje, y hasta recuerdo que un oficial francés hizo la juiciosa observación, de que cuando un general ha tomado una resolución, es preciso no combatirla ni procurar disuadirlo, lo que podría acaso temer, si yo fuese consultado. Esto me allanó el camino, y me excusó de recurrir á otras razones que saltaban á la vista, pero

que expuestas por mí, podrian interpretarse como hijas de poco celo, ó de un tibio patriotismo. Quedó, pués, resuelto que yo esperase allí los resultados de la batalla que iba á darse.

Por otra parte, mi marcha, si no imposible, era muy difícil y peligrosa, porque mientras desembarcaba, buscaba caballos, práctico del camino, y alguna otra compañía, hubiérase avanzado la noche, y mudando de posición el ejército, posición que ignorábamos, era muy expuesto á dar con el enemigo ó las partidas; mi resolución, pués, fué comandada, no solo por la voluntad bién manifestada del general Lavalle, sinó por la necesidad. Me confirmó en ella, el silencio del impenetrable doctor Agüero, que se abstenía de emitir su opinión, dejándome entonces vehementes sospechas de que hubiese recibido otras comunicaciones, fuera de la colectiva, de que he hecho referencia.

De la carta del general Lavalle, se infería: Primero, que se había resuelto al fin á dar una batalla antes de tentar el paso del Paraná; Segundo, que esta batalla debía principiar en la madrugada siguiente; Tercero, que su artillería había obtenido ventajas en esa tarde; Cuarto, que no deseaba mi concurrencia. Este fué el primer desengaño que tuve de que los esfuerzos de los argentinos para que viniese al ejército y el llamamiento del general Lavalle, habian tenido otro objeto del que habian manifestado. Ya hice mención del que á mi juicio tuvieron realmente los primeros; pero en cuanto al general Lavalle, pienso que hubo otros, de que me ocuparé un momento.

Este desgraciado jefe, este amigo antiguo, conservaba, según he sabido después, un vivo resentimiento, porque le insinué que no hallaba por conveniente su viaje al interior, diez años antes, cuando después de la capitulación con Rosas, quiso hacerlo. Es seguro que antes de alejarse veinte leguas de Buenos Aires, hubiera sido víctima de su

confianza, y sin embargo, que debía él después haber conocido la exactitud de mis observaciones, conservaba un amargo recuerdo, como lo expresó varias veces á sus amigos. Era, pués, una ocasión de desahogar esa pretendida ofensa, que sin duda no quiso desperdiciar. Además, ¿será permitido dudar, si entraba por algo, una puntita de emulación, y el deseo de ceñirse él solo con el laurel de la victoria? No lo sé, y me cuesta trabajo pensarlo, porque sufro al suponer en el ilustre General, un sentimiento menos noble, un rasgo tan pequeño.

Amaneció el 16 de Julio, y la atmósfera estaba tan cargada de una densa niebla, que no se veian los objetos á doce varas de distancia. Habíamos pensado ser despertados con el estruendo de los cañones, y no se oía ni un tiro; llegamos á dudar de que se pensase en combatir, pero hacía el señor Carríl una observación, que nos quitaba toda duda. No parecía en el puerto un solo hombre del ejército, y esto, según él, era un indicante ciertísimo de que se preparaba de próximo un combate, porque los demás dias, jamás faltaban cién ó más hombres, que venian arbitrariamente de paseo, y que pasaban el día divirtiéndose. Serian las once, cuando la niebla se despejó, y nosotros, acompañados de nuestros oficiales franceses, bajamos á tierra. Reinaba el mismo silencio, la misma incomunicación, y una ansiedad en todos, más difícil de explicar que de comprender.

Lo que por mí pasaba era extraordinario, figurándome á mis compañeros en un combate en que no podía tomar parte y ayudarles. Esta penosa situación se avivó grandemente, cuando pasado el medio día, empezáronse á oir disparos de cañón. Era indudable que los combatientes llegaban á las manos, y yo, ocioso é inactivo, los consideraba desde seis leguas de distancia. Este tormento duró toda la tarde en que continuó oyéndose el cañoneo, hasta que

entró la noche sin que se tuviese una nota ni llegase una alma que nos sacase de cuidado.

En todas las épocas, y muy principalmente en las que determinan las faces de una revolución, se entronizan ciertas ideas dominantes que tiranizan, por lo común, la opinión, y no dejan lugar al raciocinio. En la que me ocupa, dominaba de un modo más despótico, un espíritu de intolerable jactancia y fanfarronería; cuando se habría la campaña, todos gritaban que esta se terminaría sin disparar un tiro, que el ejército enemigo estaba casi disuelto, ó que no existía, y que no había más que *ir, ver y vencer;* cuando los ejércitos se aproximaban, se propagaba que el enemigo era diez veces menos que el nuestro, y que no podía resistir una carga. Se daba la batalla, y entonces se gritaba en sentido contrario, pero con igual exageración; que el ejército enemigo era mucho más numeroso que el nuestro, que había combatido bién, y que todos nuestros soldados eran unos héroes, cualquiera que hubiese sido el resultado del combate. No es de extrañar que esto suceda más ó menos en todas partes y en todas las guerras; pero lo que hay de notable es el grado excesivo de exageración, y que las personas que se suponen arriba del vulgo, participaban muy cumplidamente de estas preocupaciones.

Con tales antecedentes, era reputado como sospechoso el que se hubiese atrevido á poner en duda el éxito de la batalla, y estoy seguro que el bravo doctor Agüero, y el señor Carríl, hubieran mirado como una muestra de equívoco patriotismo, la menor incertidumbre á este respecto. Yo, á quién creo puede considerársele alguna experiencia en estas materias, veía con asombro que no se tomaba ninguna precaución de las que convienen en tales casos, y para proponerla, tuve que protestar la seguridad que me asistía de la victoria, pero que sin embargo, creía conveniente tal ó cual medida.

Había en Punta Gorda más de cincuenta buques de cruz, pués estaban dos convoyes, uno que bajaba y otro que subía á Corrientes, y los buques de guerra franceses, en número de seis. Todos estaban fondeados al frente, pero lo más inmediato posible á la grande isla que está á la parte opuesta del canal. Por la noche, los oficiales y tropa que venian de paseo en los dias comunes, se iban á su campo, porque hubiera sido muy expuesto quedarse; se embarcaban también los que pertenecian al ejército, y tenian que residir allí por cualquier motivo; de este modo quedaba solo el embarcadero, en términos, que cuando llegaba por la noche algún correo del ejército, disparaba uno ó dos tiros, para que viniesen á buscarlo en un bote.

La noche se aproximaba; no había noticia alguna del resultado de la batalla, y todos se disponian á hacer lo mismo que las demás noches, trasladándose á bordo sin dejar ni un hombre que sirviese á los que podian llegar; me esforcé mucho para persuadir á los señores Carríl y Agüero, la conveniencia de dejar una guardia, ofreciéndome yo á ser el comandante de ella. Se me objetó entonces, que los marinos franceses no querian darla, y que no había tropa nuestra para formarla. Insistí aún en mi idea proponiendo traer algunos oficiales ó soldados convalecientes del hospital, que estaba situado en la gran isla del frente, y exigirles este servicio indispensable. Al fin se convino, y vinieron del hospital ocho ó diez individuos que estaban más sanos que yo, y de consiguiente, muy capaces de aquel pequeño servicio.

Héme aquí desempeñando las funciones de alferez ó teniente, á la cabeza de ocho hombres, entre los que había cuatro ó cinco oficiales, y procurando reunir unos cuantos caballos para extender un poco más afuera nuestras operaciones. Se acababa de poner el sol cuando yo terminaba estos preparativos, y es en esos momentos que apareció el

primer hombre que se vió venir del ejército, descendiendo por uno de aquellos senderos estrechos que conducen desde las lomas al embarcadero de Punta Gorda: venía muy despacio, porque su caballo estaba cansado, y manifestaba su semblante una expresión muy marcada de disgusto y pesar, pero no de cobardía ni miedo. Una mujer que lo conoció, y acaso lo vió primero, le gritó: *Julián, ¿como les ha ido en la pelea?* A lo que contestó, con voz grave y sosegada, pero bién alta para que pudiese ser oida á la distancia á que estaba la interlocutora: *Más mal, que bién.* Admirable contestación, por su lacanismo, por su exactitud, y más que todo, por el marcado contraste que hace con esas relaciones contradictorias que se dieron y se dán hasta ahora, de esa particular batalla.

Como es de conjeturar, nos apoderamos del soldado para examinarlo más prolijamente, y lo que costará creer, es que después de sus explicaciones, pudimos comprender menos el estado de las cosas. La razón era porque luego el declarante tuvo que contestar á interpelaciones formales y oficiales, y se apoderó de él, el espíritu de fantasía que dominaba, según he dicho, y no le dejaba contestar francamente. Si hablaba de los ataques de caballería, en todos había triunfado la nuestra, porque creía que era una mengua que hubiese cedido en algunos; nuestra infantería había avanzado bizarramente; los enemigos eran unos cobardes; los nuestros, unos valientes, y sin embargo, se habian dispersado y cedido el terreno. Todo esto era incomprensible, y solo puede explicarlo el espíritu de la época, que se había personificado hasta en la tropa.

El doctor Agüero y los oficiales franceses, se habian retirado á bordo; el señor Carríl quedó en el mismo embarcadero para recibir y trasmitirles las noticias que yo les mandase; y yo me avancé con mi formidable comitiva de

ocho hombres, para adquirir noticias, y encontrar á los que fuesen llegando.

Algunas cuadras había andado, cuando llegaron muchos individuos de tropa, oficiales y aún jefes. Entre ellos, el coronel Elías, los Camelino, el comandante Hornos, y otros. Se creerá que con las relaciones de personas tan caracterizadas, adelantaría mucho; pués nada de eso, porque unas diferian esencialmente de las otras, y se contradecian al fin. Cada uno refería lo que había pasado en el cuerpo á que pertenecía, y según su referencia, este había cargado, batido al enemigo, acuchilládolo, y luego se había dispersado por las zanjas pantanosas, en que se habian enredado. En suma, ellos habian vencido, y sin embargo, venian huyendo del campo de batalla. Ninguno quería cargar con la responsabilidad de una mala noticia, y por lo mismo huía depronunciar la voz: revés, contraste, ó derrota.

Hubo oficial de estos mismos, que venía huyendo, que cuando á la luz de las estrellas percibió la guardia formada que se había aumentado con varios grupos que le habian precedido, empezó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones: *Viva la Patria; victoria por nuestro ejército,* en términos, de hacerme dudar á mí mismo. Sin embargo, no quise cargar con la responsabilidad de un parte positivo, y previne á uno de los oficiales que me acompañaban, que fuese á decir al señor Carríl, lo que él y todos habíamos presenciado, añadiendo de mi parte, que esperaba tomar conocimientos más expresos. La noticia de la victoria se trasmitió con una rapidéz eléctrica, y como era natural, produjo en el puerto y en la escuadra, explosiones de alegría, que se manifestaron en toda su fuerza. Vinimos luego al inconveniente que esto trajo.

Hubo un incidente que por algunos momentos me hizo esperar en la victoria, y fué el siguiente: el cañoneo hacía

tiempo que había cesado, pero ya entrada la noche, se oyeron tiros más lejanos; esto me hizo sospechar, que batida la caballería de Echagüe, hubiese este emprendido su retirada, y que perseguido por la superior del general Lavalle, quisiese alejarla á cañonazos. Era la salva que se hacía en la Bajada, en celebridad de lo que decian su triunfo.

Uno, por no decir el principal de mis cuidados, fué reunir los hombres dispersos que venian llegando, y al efecto los hacía formar y desmontar con orden, que quitasen solo el freno á sus caballos; alguno me representó que aquellos hombres no habian comido, y que deseaban atender á esta necesidad; *otra razón más,* dije, *para que se reunan, pués será el modo que se les pueda distribuir la carne que he mandado preparar.* Nadie se atrevió á contradecir abiertamente mis órdenes, pero me apercibí de la extrañeza que les causaban; este trivial principio de orden y regularidad era desconocido en aquel ejército, y he tenido que agradecer después, como una prueba de deferencia personal, que no se revelasen contra mis disposiciones. Sin embargo, ellas no fueron enteramente cumplidas, porque aunque hacía desmontar y formar los hombres, al menor descuido, se escabullian los que podian, para irse á acomodar donde querian.

En medio de estos esfuerzos y cuando serian las ocho de la noche, llegó el mayor don Pedro Rodriguez, santafecino, ayudante de confianza del general Lavalle, el cual me dijo, que traía órdenes de su Jefe. Cuando le pregunté cuales eran, me contestó que las contenía una comunicación que traía dirigida al señor Carríl. *¡Cómo!* le dije, *y á mí nada me previene, ¿nada quiere que haga en esta circunstancia? No sé,* me contestó, *puede ser que la carta diga algo á este respecto.* En seguida me habló privada y confidencialmente, y me insinuó las miras que tenía el general Lavalle, de pasar inmediatamente el Paraná, y llevar la guerra al otro

lado, dejando á Echagüe con su ejército en pié. Me dijo que la batalla de ese día, sin ser una derrota, dejaba al enemigo la ventaja, y que el ejército nuestro venía á esa hora en retirada; que debía á toda prisa pasarse ganado á la isla, y prepararse todo, para que lo hiciera también el ejército todo.

Cuando supo mis esfuerzos por reunir los dispersos, me rogó con encarecimiento, que no pensase tal cosa, porque no era necesario, no siendo de esperar que se moviese el enemigo, y más que todo, porque la tropa no estaba acostumbrada á esa orden; que era mejor dejarlos pasar la noche á su albedrío, y que era seguro que al otro día se reunirian expontáneamente; que fuera de esto, todo empeño sería inutil.

Lo poco que en aquella solemne circunstancia me había sido posible hacer, era una oficiosidad mía; contaba con que el general Lavalle, haciendo justicia á mis deseos, á mi posición militar, á mi amistad, me hubiese asociado á sus trabajos; que en aquella coyuntura me hubiese hecho algún encargue, juzgando que mi servicio podía ser de alguna utilidad; no hubo nada de esto, y su desdeñoso silencio, no solo probaba la indiferencia, sinó que yo venía á ser un estorbo, un peso en el ejéreito. Debo creerlo así, porque no puedo persuadirme que quisiera reducirme al rol que desempeñaba el general Iriarte, porque además de no conocerme, era renunciar al buén sentido, y hasta al pudor.

Formé en el acto la resolución de prescindir de todo negocio, y reducirme al simple papel de espectador. Dije á los oficiales que me acompañaban, que hiciesen lo que quisiesen, y lo mismo á todos los demás que había reunido, y me encaminé al puerto, donde ya no encontré al señor Carríl, que se había embarcado para llevar las alegres noticias al señor Penaud, jefe de la marina francesa.

Cuando con Rodriguez llegamos á la corbeta «Espediti-

va», hallamos á este señor en una gran conferencia con los señores Agüero y Carríl. Este leyó la comunicación del general Lavalle, en que nada le decía de victoria, y sí de hacer pasar ganado á la isla, en el mayor número posible, y sin perder tiempo. Esto es *vitál*, decía la carta con repetición, añadiendo que él se movía, y que pronto estaría con él.

Esta contradicción con la noticia de victoria que acababa de darle al señor Carríl, ya empezó á indisponer al señor Penaud, que sospechaba que no se le hablaba con sinceridad, y que, ó antes se le había engañado, anunciándole el triunfo de nuestras armas, ó ahora se le desfiguraban las cosas, para que coadyuvase al paso del Paraná. Para colmo de conflicto, se anunció en ese instante al general Iriarte, que acababa de llegar con una misión especial del general Lavalle, para dicho jefe.

Introducido que fué en la cámara de la corbeta, donde estábamos todos reunidos, expuso que venía comisionado por el General cerca de la persona del señor Penaud; que le era forzoso pasar con el ejército á la otra banda del Paraná, y que para protejer esta operación, exigía que situase en tierra una batería de las piezas de artillería servida por artilleros franceses. Pedía también, que todas las embarcaciones menores de la escuadra, ocurriesen á la playa para facilitar el pasaje.

Ya hemos dicho cuales eran las órdenes que tenía el jefe francés, del almirante Dupotet, y á vista de ellas, no se extrañará que preguntase si el ejército nuestro había sido vencedor ó derrotado; más, esto lo hacía con tal vehemencia, manifestaba tanta desconfianza del señor Carríl, á quién dijo algunas expresiones duras, exigía una respuesta tan terminantemente categórica, que ponía á todos en el mayor conflicto para hacerle entender que había un medio, entre una derrota completa y una victoria decidida. Si se

le decía que habian sufrido un desaire de la fortuna, nuestras armas, concluía, luego ha sido derrotado el general Lavalle, en lo que no consentía el amor propio de sus amigos; si por el contrario, se le insinuaba que el enemigo había sufrido pérdidas considerables, infería que nuestro ejército era vencedor, en lo que tampoco se quería consentir, porque entonces no prestaría los auxilios que se le exigian.

Después de una discusión tan larga como fastidiosa, lo único á que se pudo arribar, fué á que auxiliaría con sus embarcaciones menores y los fuegos de sus buques, el pasaje del ejército; y que cedería para la batería que había de ponerse en tierra, dos viejas carronadas montadas en cureñas de mar, que se habian tomado á un buque de Buenos Aires, más negándose absolutamente á dar cañones de su escuadra y artilleros que los sirviesen.

Serian más de las diez de la noche cuando tuvimos que contentarnos con esta concesión, y retirarnos á bordo de la goleta «Unión», buque mercante al servicio del ejército, donde estábamos alojados con los señores Agüero y Carríl. Allí encontramos varios jefes de los dispersos del ejército, que habiau venido en solicitud de cena, en donde la encontraron profusamente, porque el patron, el italiano Balan, se ostentaba muy generoso, aunque ignoro si era suyo ó del Estado, lo que suministraba.

Dejando á los recién venidos satisfacer las necesidades gastronómicas, nos retiramos á la cámara del buque, á una segunda deliberación, los señores Agüero y Carríl, el general Iriarte y yo. Allí declaré terminantemente, que movido por un motivo de delicadeza, cuanto por obtemperarme á la voluntad del general Lavalle, muy claramente manifestada, prescindía de toda intervención en los negocios militares y me reduciría al estricto papel de espectador; que en consecuencia, había desistido de pasar la noche en tierra,

según había sido mi primera intención, y que nada me quedaba que hacer sinó retirarme á dormir, si era posible hacerlo en una circunstancia como la presente.

Mis tres interlocutores se levantaron á la vez para conjurarme á que no hiciese semejante cosa, y á que continuase mis esfuerzos para remediar lo que era remediable. Cuando hice presente que no tenía autoridad ninguna, que me exponía á ser desobedecido, y que el General, que era el único que podía dármela, no había querido hacerlo, dijo el señor Carríl que él investía todos los poderes del General en Punta Gorda, y que me los trasmitía íntegros, seguro que mi voz sería escuchada, etc. El doctor Agüero empleó toda su elocuencia en el mismo sentido, y el general Iriarte añadió, que estando comisionado por el General en Jefe para elegir el sitio en que se había de situar la batería de tierra, quería absolutamente que yo me le asociase en esta importante diligencia. Me fué indispensable ceder, y para principiar el ejercicio de mi anómala autoridad, mandé que todos los jefes y oficiales que estaban á bordo y que pertenecian al ejército, bajasen á tierra en el acto.

Recuerdo que el coronel Elías (llamado vulgarmente el tigre, por lo muy picado de viruelas), se había ya acomodado en un buén camarote, y dormía tranquilamente en un grueso colchón, cuando le intimaron mi orden; y repetía mi orden y me disponía hacerla cumplir, cuando se me llegó el comandante Hornos, y me dijo al oido: *Señor General, si el objeto de usted, como creo, es reunir la tropa y regularizar el servicio, le ruego que no exija la concurrencia del coronel Elías, porque tan lejos de ser util para el ejército, es en extremo perjudicial, por el descrédito y general desprecio que todo el ejército hace de él.* Hube de ceder á estas razones, y dejar á este *valioso jefe* que pasase entre sábanas una buena noche. Todos los demás fueron exactos, y bajaron conmigo á tierra.

Inmediatamente nos pusimos á recorrer los puntos inmediatos al embarcadero, para elegir el más á propósito para la proyectada batería, á lo que ayudaba la claridad de la luna, que estaba en su plenitud. Después de verlo todo, nos fijamos en la antigua batería, que además de ofrecer la ventaja de la situación, tenía la de conservar algo del viejo foso y parapeto, de modo que con largar obras, podría rehabilitarse. Resuelto esto, convinimos en que era preciso ponerlo sin pérdida de instantes en conocimiento del general Lavalle, y pasamos á los ranchos, donde, con sumo trabajo, nos proporcionamos un mal recado de escribir. Puesta la nota, me resistí á firmarla, queriendo que solo lo hiciese el general Iriarte, pero este se obstinó en que también lo hiciese, y hube de ceder para no crear dificultades, que era mi ánimo evitar. La diligencia nos parecía tanto más urgente, cuanto el general Iriarte contaba con que nuestro ejército estaría á la mañana siguiente, y era de temer que el enemigo siguiese sus pasos. A la verdad, no puede ni concebirse ni explicarse la lentitud de Echagüe; ella salvó nuestro ejército.

Otra dificultad, era remitir la comunicación que acabábamos de escribir, porque entre más de quinientos hombres, que yacian (permítaseme la expresión) dispersos á su voluntad, y entregados al sueño, era punto menos qne imposible, hallar uno que quisiese incomodarse, y carecíamos de autoridad para mandarlo. Así lo creía el mismo general Iriarte, que pertenecía al ejército, y que como tal, era reconocido en él. Yo mismo, que acababa de exigir de los jefes que bajasen á tierra, creí conveniente no exigir este servicio imprudentemente, y nos dirigimos al escuadrón Mayo, que había mandado adelante el general Lavalle, y que era la única tropa que había llegado en orden.

Serian más de las dos de la madrugada, cuando estuvimos en su campo, y recordamos al comandante Chenaut,

que lo mandaba. Tuve mucho gusto en ver á este antiguo oficial, que había servido muchos años antes, á mis órdenes, y que si no me engaño, participó de los mismos sentimientos al encontrar á su antiguo General. Ví también allí al comandante Canedo, que estaba en idénticas circunstancias, y algún otro conocido, que no recuerdo.

En general, los jóvenes del escuadrón Mayo me recibieron muy bién, y á pesar de lo irregular de la hora, se levantaron muchos para saludarme. Al fin se halló un hombre que fuese con la carta, á quién se le dijo una proclama laudatoria por su patriotismo, y se le tuvo en cuenta como un gran servicio.

Después de un rato de conversación me volví al puerto, donde pasé la noche sin otra novedad, pero entregado á amargas reflexiones. A más de lo que tenía de ingrata mi situación particular, la del ejército me daba sérios cuidados; y por más que las exigencias del amor propio me aconsejaran prescindir de todo, y ser mero espectador, el interés público demandaba que hiciese aquello poco que estaba en la esfera de mi poder. La mañana del 17 me hallé combatido de estos diversos sentimientos, á lo que, agregándose nuevas instancias de las personas conocidas, monté á caballo para ocuparme de dar algunas providencias que el caso hacía urgente.

Dispuse que el comandante Hornos, hombre activo, vigoroso, y de gran inteligencia en cosas de campo, diese desde luego principio á la operación, de pasar ganado, y ya había hecho algo, cuando muy tarde se presentó don Pedro Rodriguez (el mismo de la noche antes), á decirme que él era el especialmente encargado por el general Lavalle, de esta diligencia. Inmediatamente ordené al comandante Hornos que cesase en ella.

Era no menos urgente mandar ochenta ó cién trabajadores con herramientas, á medio reparar los parape-

tos destruidos y los fosos cegados de la batería, y cuando se pensó en llamar soldados, declararon paladinamente los jefcs, que no se conseguiría que la tropa prestase este servicio, y que era exponerse á un escándalo. El general Iriarte, especial encargado de la batería, tuvo que ocurrir al señor Carríl, quién mandó que se obligase á los patrones y marineros de los buques mercantes, á ejecutar estos trabajos, lo que se hizo forzándolos á ello, sin compensación alguna. Felizmente no era mucho lo que había que hacer, y se concluyó en dos dias.

El general Lavalle había mandado adelantar la artillería, que llegó esa mañana. Cuando supe que se aproximaba, quise salirle al encuentro, y marché en esa dirección; á poco de haber andado, me encontré con dos jóvenes á quienes pregunté, quienes eran, y de donde venian; me contestaron que pertenecian al cuerpo de artillería que iba á llegar, y que venian del ejército. Los reconvine por haberse separado de su campo, y me dieron la respuesta favorita: *Somos ciudadanos. Pués aunque sean ciudadanos,* les dije, *les mando que esperen su cuerpo, para entrar con él al campo.* Estando en esto, ví á otros dos, á quienes me dirigí para hacerles las mismas preguntas, y sobre su idéntica contestación, y excepción de ciudadanía, les impartí igual orden; pero cuando acordé por los primeros, que había dejado á alguna distancia, ya se habian escurrido y desaparecido. Cosa era de reir, si una semejante indisciplina no afectase profundamente el orden de la milicia. Sirva esta muestra, del arreglo que tenía el ejército Libertador.

La tropa que había llegado el día antes y la que llegó el mismo 17, permaneció allí; pero el cuerpo principal del ejército con el General en Jefe, solo se aproximó á distancia de legua y media, donde permaneció, sin que el enemigo se hiciese sentir, ni aún con partidas. Su lentitud daba tiempo á hacer con algún más desahogo, los preparativos que sin

eso hubiera sido imposible ni medio completar. El trabajo de la batería se avivó, y se pasó cuanto ganado se pudo á la isla. Habiendo ya llegado varios jefes, y entrado en sus funciones al modo que los desempeñaban, yo me retiré definitivamente de todo negocio, y volví á mi papel de observador. Recuerdo que el teniente coronel Arrascaeta, que se decía encargado del Estado Mayor, mandó un oficial que me sirviera de ayudante, al que despedí, pareciéndome una especie de burla, semejante distinción.

CAPÍTULO XXVI

ERROR MILITAR DEL GENERAL LAVALLE

Entrevista de Paz con Lavalle.—Inspiración salvadora del general Paz.—Composición del ejército Libertador.—Distribución de armamento, vestuario y raciones.—Las mujeres en los ejércitos.—Gastos en el ejército Libertador.—Los coroneles Vilela, Vega, y Pedro José Diaz.—Manejos en el ejército Libertador para con el gobierno de Corrientes.—El general Ramirez.—Admirable lentitud de Echagüe.—El ejército Libertador deja el suelo entreriano.—Desacuerdos entre Paz y Lavalle, por la resolución del primero, de seguir á Corrientes.—El coronel Chenaut y otros jefes.—Exaltación en las ideas.—Mezquinos auxilios que se dán á Paz.—Examen de los errores de Lavalle, y sus resultados.—Separación de los dos generales.—Descontento que experimentan.

El 18 de Julio de 1840 se conservó el ejército en la misma posición que el día antes, sin que tampoco el enemigo hiciese movimiento. El mismo día fuí á saludar al general Lavalle, á quién volví á ver después de más de once años, que nos habíamos separado en el Desmochado, y después de haber corrido bién trágicos sucesos.

La recepción que me hizo fué amistosa en apariencia, pero no sincera; al través de expresiones de estudiada benevolencia, se entreveía una frialdad real, por no decir una refinada desconfianza. No me dejé engañar, pués allí mismo le indiqué mi intención de dejar el ejército y pasar á Corrientes á levantar un cuerpo de tropas que sirviese

de reserva, al paso que cubriese aquella provincia, que iba á quedar á merced del ejército de Echagüe. Desaprobó la idea, diciéndome que Corrientes era una tristísima provincia, sin recursos ni medios capaces para realizar mi pensamiento. Hé aquí lo que habíame dado lugar á él:

En el convoy que bajaba de Corrientes, y que como he indicado, estaba detenido en Punta Gorda, conocía un comerciante muy conocido, llamado don Estevan Rans; este, me había dicho que le constaba que el gobierno de Corrientes me había llamado por medio de un jefe que se había destinado en comisión, con este solo objeto; que tenía tanta más seguridad cuanto que él mismo había girado una letra de quinientos duros, que el Gobierno había querido remitirme, para los costos de mi viaje. Esta era la misión de don Manuel Diaz, de que ya ha hecho mención.

Sin conocer Corrientes, ni sus recursos, ni las verdaderas intenciones de su Gobierno, tomé mi resolución, porque siéndome imposible permanecer en el ejército, no me quedaba otro arbitrio que este, ó regresar á la Banda Oriental, lo que hubiese producido en el público, un pésimo efecto. La vuelta de jefes menos condecorados, como Olavarría, y Montoro, había causado sensación desfavorable, y la mía debía producirla peor. Además, quería salir cuanto antes del ejército, y solo yendo á Corrientes en el convoy que subía, podía conseguirlo; para volver á Montevideo ó la Colonia, tenía que acompañar el ejército en la acuática peregrinación que iba á emprender.

Entre las cosas que el general Lavalle me dijo, en tono de disuadirme de mi viaje á Corrientes, fué que en la situación del momento era imposible pensar en Estado Mayor, y otros arreglos; pero que luego que pasásemos el Paraná, se eligiría un punto aparente para situar el ejército, y entender en ellos; que yo era el destinado para presidirlos. Costóme contenerme para no reirme al ver semejante san-

déz, tanto porque la naturaleza de la campaña no podía dejarnos tiempo de estacionarnos, cuanto porque los vicios orgánicos de aquel cuerpo no permitian reformas. Mi contestación fué decirle, que lo que él había hecho merecía hasta mi admiración; que el ejército tenía soldados muy valientes, pero que querer enmendar su organización actual, era perderlo todo; que á mi juicio, era preciso que así siguiese, llenase ó no su misión.

Y era sincero en cuanto decía, como vá á verse por el bosquejo que voy á hacer de ese ejército mónstruo, no por sus dimensiones, sinó por los defectos internos de su conformación.

El ejército, después de las pérdidas sufridas en el Sauce Grande, tendría tres mil hombres, entre los que se contaba un piquete de artillería, un batallón de infantería, y el resto, caballería. Esta última estaba distribuida en cuatro divisiones, que mandaban los coroneles Vega, Torres, Vilela, y la últimamente venida de Corrientes, á cargo del general Ramirez; cada división constaba de tres ó cuatro escuadrones, y además, había el escuadrón Mayo, y una que otra partida suelta. Lo que se decía Estado Mayor, era desempeñado por un comandante Arrascaeta, cuya imbecilidad era proverbial, y cuyas funciones eran absolutamente ningunas.

El general Lavalle, era generalmente querido de la tropa, y tenía una gran influencia en el soldado; nadie ignora que poseía ciertos dotes especiales que lo hacian amar, á la par del efecto que causaba su varoníl presencia; poseía buenos talentos, tenía rasgos de genio y concepciones felices, que emanaban de aquellas primeras cualidades; hubiera sido de desear más perseverancia para seguir un plán que había adoptado, y un poco de más paciencia, para desarrollar los pormenores de su ejecución. Estaba sujeto á impresiones fuertes pero transitorias, de lo que resultó que no se le vió

marchar por un sistema constante, sinó seguir rumbos contrarios, y con frecuencia tocando los extremos.

Educado en la escuela militar del general San Martín, se había nutrido con los principios de orden y de regularidad, que marcaron todas las operaciones de aquel General. Nadie ignora, y lo ha dicho muy bién un escritor argentino (el señor Sarmiento), que San Martín es un general á la europea, y mal podía su discípulo haber tomado las lecciones de Artigas. El general Lavalle, el año 1826 que lo conocí, profesaba una aversión marcada, no solo á los principios del caudillaje, sinó á los usos, costumbres, y hasta el vestido de los hombres de campo ó gauchos, que eran los partidarios de ese sistema: era un soldado en toda forma.

Imbuido en estas máximas, presidió la revolución de Diciembre del año 28, y tanto, que quizá fué vencido por haberlas llevado hasta la exageración. Despreciaba en grado superlativo las milicias (1) de nuestro país, y miraba con el más soberano desdén las puebladas. En su opinión, la fuerza estaba solo en las lanzas y los sables de nuestros soldados de línea, sin que todo lo demás valiese un ardite.

Cuando las montoneras de Lopez y Rosas lo hubieron aniquilado en Buenos Aires, abjuró sus antiguos principios, y se plegó á los contrarios, adoptándolos con la misma vehemencia con que los había combatido. Se hizo ene-

(1) Conversábamos un día en la Banda Oriental sobre este asunto, y me decía que valía tan poco el paisanaje de la provincia de Mendoza, que se atrevía á ir solo con su asistente, y hacer una revolución cuando quisiese. Del sur de Buenos Aires, me decía: *No conoce usted esa campaña, y por eso le dá alguna importancia. Con solo una mitad de caballería de línea* (veinte y seis hombres) *soy capáz de meter todo el sur de Buenos Aires en un cuerno y taparlo con otro.* Después de la revolución de Diciembre, me decía frecuentemente: *Quisiera que los caciques Rosas, Lopez, Quiroga, Bustos, Aldao, Ibarra y demás de la República, se reunieran en un cuerpo con sus numerosas hordas, para dar cuenta de ellos con quinientos coraceros.*

migo de la táctica, y fiaba todo al suceso de los combates, al entusiasmo y valor personal del soldado. Recuerdo que en Punta Gorda, hablando del entonces comandante Chenaut, le conté que había organizado en años anteriores y disciplinado hasta la perfección, un regimiento en la provincia de San Juan, pero que desgraciadamente este regimiento, por causas que no es del caso analizar, se condujo muy mal en la acción del Rodeo de Chacón. *Por eso mismo,* me contestó, *que se habian empeñado en darle mucha disciplina, es que se condujo cobardemente.* Hasta en su modo de vestir había una variación completa. Años antes lo había conocido haciendo alarde de su traje rigurosamente militar, y atravesándose el sombrero á lo Napoleón; en Punta Gorda y en toda la campaña, vestía un chaquetón si era invierno, y andaba en manga de camisa si era verano, pero sin dejar un hermoso par de pistolas con sus cordones pendientes del hombro. Llegó á decir que no volvería á ponerse corbata.

Esta vez quería el general Lavalle vencer á sus contrarios por los mismos medios con que había sido por ellos vencido, sin advertir que ni su educación, ni su genio, ni sus habitudes, podian dejarlo descender á ponerse al nivel de ellos. Al través del vestido y de los modales afectados del caudillo, se dejaban traslucir los hábitos militares del soldado del ejército de la Independencia. ¡Cuanto mejor hubiera sido, que sin tocar los extremos hubiese tratado de conciliar ambos sistemas, tomando de la táctica lo que es adaptable á nuestro estado y costumbres, y conservando al mismo tiempo, el entusiasmo y decisión individual, tan convenientes para la victoria! Es natural, que una disciplina llevada á los extremos, acabe por hacer del soldado una máquina, un autómata, y que concluya con las disposiciones morales que tanto se necesitan; pero también es fuera de duda, que si todo se deja al entusiasmo desatendiendo

la disciplina, jamás podría tenerse ejército, própiamente dicho.

A propósito de *entusiasmo:* Se ha proclamado como muy eminente, el que manifestaban los enemigos políticos de Rosas en la época de que vamos hablando, y me ocurre una duda que quisiera resolver. No puede negarse que dicho entusiasmo era muy bullicioso y muy cacareado, pero para juzgar más favorablemente de sus quilates, hubiera querido que fuese más sostenido. El subía ó bajaba con una rapidéz asombrosa, según las buenas ó malas noticias de nuestros ejércitos, según las más ó menos probabilidades de vencer. Cuando he reconvenido á mis compañeros sobre los avisos exagerados de fuerza y poder que daban en sus cartas, me han contestado que esos avisos eran convenidos, y se puede decir comandados, *para no enfriar el entusiasmo de nuestros amigos* en Montevideo y otros pueblos. Ya veo que se me dirá, que exigir un grado mayor de abnegación, ni puede ser en este siglo de positivismo ni en nuestros tiempos modernos. Más, ¿era acaso del otro siglo el gran Napoleón, cuando en su Boletin veinte y nueve, más bién exageró que disminuyó los desastres del grande ejército, para excitar el patriotismo de los franceses? Seguramente que tenía otra opinión que nosotros, del entusiasmo y de los sentimientos de sus compatriotas. Pero volvamos al ejército Libertador.

La subordinación era poco menos que desconocida, ó al menos estaba basada de un modo particular y sobre muy débiles fundamentos. Todo se hacía consistir en las afecciones y en la influencia personal de los jefes, y muy principalmente, en la del General. Este me dijo un día, en Punta Gorda: *Aquí están tres mil hombres que solo me obedecen á mí, y que se entienden directamente conmigo.* Esto lo explica todo; toda autoridad, toda obediencia, todo, derivaba de la persona del General, y es seguro que si este

hubiese faltado, se hubiera desquiciado en un día el ejército Libertador. Más tarde, cuando los reveses del Quebracho y Famallá, hubieron puesto á prueba esa decantada decisión, no bastó la influencia personal del general Lavalle, y todo se disolvió.

En el ejército Libertador, en tiempo de la campaña de Entre Rios, y juzgo que lo mismo fué después, no se pasaba lista, no se hacía ejercicio periódicamente, no se daban revistas. Los soldados no necesitaban licencia para ausentarse por ocho ó por quince dias, y lo peor es que estas ausencias no eran inocentes, sinó que las hacian para ir á merodear y devastar el país. Eran unas verdaderas expediciones militares en pequeño, para las cuales los soldados nombraban oficiales que los mandasen de entre ellos mismos, cuya duración era la de la expedición. De aquí resultaba, que una cuarta parte del ejército estaba fuera de las filas, porque andaba á seis, doce, veinte ó más leguas (1); de modo que cuando se quería que estuviese reunido, era preciso ocurrir á arbitrios ingeniosos.

Una vez se consiguió, anunciando con anticipación, que se trataba de dar una buena cuenta en metálico; y otras, que se preparaba una batalla; lo que siempre surtió buén efecto, porque es evidente que aquellos soldados eran valientes y decididos. Todo esto me lo referian unánimemente los jefes y oficiales del ejército, añadiendo en tono de alabanza, que esas partidas merodeadoras con sus oficiales improvisados por ellas mismas, habian batido otras enemigas que les habian salido al encuentro. Esto se quería explicar atribuyéndolo á una muestra de exaltada bravura y patrio-

---

(1) Ya hice mención de lo que me dijo el señor Carríl en Punta Gorda, que nunca faltaban cién ó más hombres diarios, que venian del ejército á pasear. El paseo con ida y vuelta era de doce leguas buenas. Por lo menos costaba cién caballos cada día.

tismo; pero en realidad, era un efecto de la más terrible desmoralización, que había de despopularizar al fin, la causa y el ejército. Pienso que mucho había ya de esto en Entre Rios, y me lo persuade más, que los numerosos pasados que empezó á recibir el general Lavalle en los dias precedentes á la batalla de Sauce Grande, eran en su mayoría de la tropa de línea y forasteros, pero no entrerianos. Lo mismo sucedió después en otras provincias.

El propio general Lavalle sintió los efectos de esa imprudente licencia, pués recuerdo haber visto una orden general, dada en la campaña de Buenos Aires, que pinta al vivo los disgustos de su alma por los desórdenes que no podía remediar. Se proponía prohibir á la tropa que se separase á bolear caballos, ó hacer otras cosas peores, y no encontrando expresiones bastante fuertes en el diccionario militar, ni recursos en la disciplina que no existía, los apostrofaba, diciéndoles: *Son malditos de la patria, los que no cumplen mis órdenes*, etc. El mal no fué menos por eso, y el desorden siguió hasta el fin.

El mismo desgreño se observaba en la administración de los caudales públicos, pués aunque había intendente y comisario, pienso que estos funcionarios ni llenaron, ni pensaron jamás sériamente llenar sus funciones. Testigos presenciales me han asegurado, que cuando se dió la buena cuenta en metálico de que hablé poco antes, hubo jefe de división á quién se le entregaron los haberes de su cuerpo, diciéndole: *Lleve usted estas talegas de dinero; pague usted la tropa en los términos prevenidos, y vuelva usted lo que sobre.* Por lo demás, el general Lavalle distribuía por sus manos, dinero á los que juzgaba justo preferir (1) mientras otros nada recibian.

(1) Conversábamos con el general Lavalle el día antes de mi viaje á Corrientes, y llegó un soldado á pedirle cuatro duros; el General llamó á su

Los agraciados poco aprovechaban, porque el dinero que recibian iba por lo general á la carpeta: el juego era la diversión universal, y me han asegurado que se hizo distribución de naipes á los cuerpos. No se crea que el general Lavalle obraba sin objeto, pués lo tenía, y llegó á conseguir lo que se proponía, que era atraer á los correntinos, embriagándolos con una abundancia, con una licencia que no habian conocido, para hacerlos pasar el Paraná sin que se acordasen de su tierra. Al mismo tiempo, quería presentarse en las otras provincias como un caudillo popular y condescendiente, como un hombre en fin, que era todo lo contrario del Lavalle de los años 1828 y 29.

La distribución de armamento, vestuario, y raciones, no era menos irregular, y hablando del primero diré, que tuvo el ejército una abundancia nunca vista en los nuestros, tanto por el número de armas como por su superior calidad. Fuera de los suministros que hacía la Comisión Argentina de Montevideo, los franceses proveyeron con profusión. A nadie se hacía cargo por las armas que perdía, rompía ó tiraba; tal era la facilidad de conseguirlas. Esto no necesita pruebas, pués se deja entender por sí mismo.

La distribución de vestuarios, se hacía de dos modos: alguna vez se le daban al jefe de división, que los repartía bién ó mal, según se le antojaba, y otras muchas, venian los cuerpos formados al Cuartel General, donde el General en persona, iba dando á cada soldado, poncho, chaqueta, camisa, etc. He oido mil veces celebrar, como un acto de extraordinaria habilidad, el fraude que hacian algunos soldados, retirándose de la fila después que habian recibido

---

secretario Frias, y le dijo: *Dé usted á ese hombre una onza de oro.* Otro vino á pedirle un peso, y me preguntó si tenía dinero en la faltriquera; cuando se lo ofrecí, tomó dos que dió al soldado. No creo que esto fuese de todos los dias, y sí que quiso hacer ostentación de generosidad y abundancia, para que llevase esa impresión á Corrientes.

un vestuario, para formarse en otro lugar adonde no había llegado la distribución, para que se le diese otro; hubo alguno que obtuvo tres, cuatro ó más vestuarios, logrando además, los aplausos de sus jefes por este raro rasgo de ingenio.

Muchas veces se repartieron á la tropa efectos de ultramar, finos, y particularmente á las mujeres, á quienes se daba el gracioso nombre de *patricias*, y tuvieron su parte en ellos. Me han asegurado que se les distribuyeron pañuelos y medias de seda, y otras cosas de esa clase (1), con la misma irregularidad que se hacía todo lo demás. Las mujeres son el cancer de nuestros ejércitos, pero un cancer que es difícil cortar, principalmente en los compuestos de paisanaje, después de las tradiciones que nos han dejado los Artigas, los Ramirez y los Otorguéz, y que han continuado sus discípulos.

No eran así seguramente los ejércitos que mandaba el general Belgrano, y últimamente nos ha dado un ejemplo Urquiza, que hizo su invasión en 1846 á Corrientes, sin llevar en su ejército una sola mujer. Esto le daba una gran economía en caballos, víveres y vestuarios, al paso que facilitaba la movilidad, y el orden en todas sus operaciones. El haberlo conseguido, es una prueba de lo sólidamente que

(1) No se crea que reproche todo lo que voy notando, pués mal podría reprobar algo de lo que yo mismo he creido conveniente hacer. Por ejemplo: recuerdo que he mandado distribuir en Corrientes, una ó dos docenas de guitarras á los cuerpos, para que bailasen de noche, pero sin que esto les impidiese el hacer sus ejercicios militares. Otra vez he mandado en Entre Rios, como luego lo diré, distribuir á las mujeres un repuesto de zarazas y género blanco que había en comisaría, guardando todo el orden que era posible. Protesto que tuve que hacerme la mayor violencia, para esta singular distribución, lo que no será difícil comprender á quién conozca mis principios, pero esto se hallaba establecido, tenía la sanción de la costumbre, y no quería contrariarla. Lo que será digno de censura, es el abuso, el exceso, el despilfarro. Por lo demás, un general tiene que someterse á las circunstancias, y sobre todo, en casos excepcionales.

estaba establecida su autoridad, fundada en la costumbre de obedecerle por muchos años, y apoyada en el terror que ha inspirado con sus castigos crueles y atroces. Además, su campaña estaba calculada como de corta duración y no le fué difícil persuadir, que dejasen las mujeres en su campo del Arroyo Grande, adonde no habian de tardar mucho en volver.

El general Lavalle había hecho las campañas últimas de la Banda Oriental, con Rivera, y allí había visto el manejo de este caudillo, que él á su vez quería aplicar al ejército que mandaba. De aquí venía esa tolerancia y aún consideración con la clase más prostituta de la sociedad, lo que es más extraño para quién había conocido los principios severos del general Lavalle; de aquí, ese desgreño en las distribuciones; de aquí, ese despilfarro en la administración.

La distribución de raciones participaba del mismo desorden que todo lo demás; la yerba y el tabaco, se sacaban por tercios y sin cuenta ni razón. ¿Y la carneada? Se hacía á discreción; no hay idea de tal desperdicio, ni será facil imaginarse cuanto se perdía inútilmente. Baste decir, que donde campaba el ejército, desaparecian como por encanto, numerosos rebaños, y se consumian sin aprovecharse, rodeos enteros.

Fuera de los suministros de todo género que hizo la Comisión Argentina, del producto de gratuitas erogaciones, de valiosos empréstitos que contrajo, y fuera de lo que daban los franceses, el general Lavalle celebró contratos, y contrajo empeños que montaban á sumas considerables. No se detenía en ofrecer, y estoy persuadido que siguiendo el sistema de Rivera, se proponía ligar los hombres y hacerlos depender de él, por la esperanza de que los tuviese presentes para los pagos. De esos contratos resultaron esos cargamentos de efectos, poco adecuados para un ejército, que se distribuian á las chinas, y que acaso tenian otros

empleos aún menos justos, sin que el General se apercibiese. Asombra oir á las personas instruidas, de estos pormenores, que por mucho que digan, es de creer que no dirán todo.

En resumen; los costos que hizo el ejército Libertador fueron ingentes, y es indudable que con una mejor administración, hubieran podido sostenerse en la abundancia, cuatro ejércitos como él. Sin embargo, debe tenerse presente que las circunstancias que rodeaban al general Lavalle, eran extraordinarias, que todo era excepcional y salía de las reglas comunes. Sirva esto de descargo, añadiendo que su autoridad, al menos hasta que llegó á Corrientes, era revolucionaria; entonces la legalizó, pero no entraba en los cálculos de él ni en el partido que sostenía, el conservar esa dependencia que podía ser una traba.

Los que lo habian elevado hasta ponerlo al frente de la revolución, tenian un positivo interés en que su autoridad fuese anómala é irregular, para que después que hubiese servido á sus miras, pudiesen cuando les conviniese, derrocarla, y él, naturalmente, se creía más expedito no teniendo traba alguna que lo embarazase. Ha sido muy frecuente en nuestro país, emplear á los militares como mero instrumento, teniendo buén cuidado de hacer recaer sobre ellos todo lo odioso de las revoluciones, y de las medidas violentas (1) que ellas traen, y reservándose en cuanto pueden, los medios de romper, cuando les plazca, el instrumento de que se han servido.

Mucho se ha dicho de los provechos y sórdidas especu-

(1) El señor doctor don José Gregorio Baigorri, canónigo, y hombre conocido por sus talentos políticos en Córdoba, muy enlazado, además, con el partido unitario de Buenos Aires, me decía un día, hablando de la ejecución del señor Dorrego, que según la expresión del general Lavalle que la ordenó, se había hecho «por su orden»: *Ese ha sido un acto subtime, sublime; el más sublime que he visto*, y alzaba la voz progresivamente como para dar mayor fuerza á sus palabras. Quería el señor doctor, inducirme á que hiciese otro tanto.

laciones que hicieron algunos *exaltados patriotas* en Montevideo, tanto con los caudales que suministraron los franceses, como con el producto de las cuantiosas erogaciones y empréstitos que se contrajeron, y cuyas obligaciones pesan aún sobre nuestro país, ó al menos sobre nuestro honor. Se ha asegurado que el Almirante Dupotet lo creía y lo decía así, y como él, otros, bién que en la universal corrupción de Montevideo, esto no debiese causar gran escándalo. Lo admirable es que en este siglo de positivismo, cuando se han hecho sudar las prensas con asuntos insignificantes, nadie haya tocado este; antes por el contrario, se ha procurado echarle tierra. Aún hay más: jamás se ha tratado de exigir ni dar una cuenta, una razón, una satisfacción cualquiera, de la inversión de tan ingentes caudales. Entre nosotros han estado después los intendentes, los comisarios, los que intervinieron en todos esos gastos, y ni una palabra, ni una sola palabra que indicase la intención de satisfacer al público y á sus propias obligaciones. Ya es tiempo de que volvamos á las operaciones del ejército.

El 18, como indiqué antes, estuve á visitar al general Lavalle, que se conservaba á legua y media de Punta Gorda, sin que Echagüe hiciese el menor movimiento, que á ser así, hubiera precipitado el nuestro. Varios jefes me saludaron en el ejército, pero en todos advertí una política forzada, una muy estudiada reserva; al que más extrañé, fué al coronel Vilela á quién yo había apreciado más que por su mérito militar, por ser un buén sujeto. Se llegó á decir algo al general Lavalle, y como no se fijase en mí, le dijo este: *Coronel, salude usted al general Paz;* entonces me extendió una mano de hielo, haciendo con muy poca gracia, muchas inclinaciones de cabeza. La timidéz y el más marcado embarazo denotaba en sus acciones, lo que me probaba que temía disgustar á su Jefe, haciendo una demos-

tración más de la que este podía desear; estoy seguro de que su corazón no participaba de esta frialdad, porque era un buén sujeto, y solo tenía motivos de afección hacia mí.

No pasaré por alto lo que me dijo el General, luego que se retiró: *Este es, un excelente hombre; honrado, subordinado y sin pretensiones; cuando se suscita alguna disputa entre los jefes*, añadió en tono de risa, *siempre fallo contra él, aunque tenga la razón en su favor, porque sé que no ha de resentirse ni enojarse.*

El coronel Vega, que disfrutaba gran crédito dentro y fuera del ejército, había recibido una herida leve en el brazo, en la batalla que acababa de darse, y era objeto de particulares consideraciones. Al través de su genial moderación y cultura, se dejaba traslucir la convicción que tenía de su importancia: me habló con urbanidad. Me encontré después con un hermano del Coronel, á quién había conocido antes, de comerciante, y que tampoco ahora era militar, y me chocó el orgullo de que se hallaba poseido por el mérito de aquel, como si fuese suyo propio.

El coronel don Pedro José Diaz estuvo más amistoso, ó por lo menos, más comunicativo. Me dijo que habian deseado y celebraban mi venida, pero que puesto el general Lavalle al frente del ejército y de la revolución, eran obligados á sostenerlo; que estaban ligados, y que no podian menos de llenar su compromiso. *Yo he venido*, le contesté, *resuelto á obrar en el mismo sentido; pero desde que ha podido abrigarse una duda de que yo pudiese pensar de otro modo, no debo quedar en el ejército, y por tanto, pienso partir para Corrientes.* Quiso combatir esta idea, pero en vano, porque la había tomado irrevocablemente.

No quiero pasar en silencio un pequeño incidente, que contribuye á hacer formar juicio de las cosas y de los hombres que figuraban. El general Lavalle, que temía con justísima razón que le escaseasen los víveres en la navegación,

había prevenido del modo más urgente al señor Carríl, que no se distrajese ni una sola galleta del repuesto que había traido el doctor Agüero, y que se había depositado en la goleta «Unión», que nos servía de alojamiento. Un jefe, según la costumbre recibida, mandó un simple recado al señor Carríl para que le remitiese un saco de galleta, y este lo negó conforme con las órdenes que tenía. Aquel, ciego de cólera, prorumpió en expresiones las más insultantes, y hasta en amenazas de separarse del ejército; el doctor Agüero que lo supo, hizo que Balan, patrón de la goleta, le suministrase el saco de galleta pedido. Llegó esto á noticia de Carríl, que reconvino á Balan, quién, sin negar el hecho, dijo que esa galleta era de su propiedad, y que había querido hacer un regalo. El mal se remedió por el momento, dándose la enhorabuena interiormente el doctor Agüero; pero, ¿y la disciplina? ¡Ah! mucho más podría decir; más, ¿para qué? Ya es bastante.

El 19 estuvo el general Lavalle en Punta Gorda con todo el ejército, dejando solamente algunos puntos avanzados. Con este motivo, y los indicios que se tomaron de que el enemigo se preparaba á aprovecharse de sus ventajas, se apresuraron los preparativos, principalmente la pasada de ganado. Había mucho sobre la costa, pero era casi imposible hacerlo pasar á nado; se tomó el expediente de maniatar las reses y echarlas en los botes. Felizmente había muchos, pués fuera de los que pertenecian á los buques de guerra, servian los de los mercantes. Hubo en ese día largas conferencias con el comandante Penaud, de la estación francesa, y debo creer que se allanaron las dificultades para el paso del ejército. Yo no fuí llamado, ni quise por supuesto, hacerme el conocido; la fría reserva del general Lavalle no se desmintió en un punto.

Restaba otra dificultad, que era la repugnancia que podrian mostrar los correntinos, y como medio de evitarla, se

quiso separar al general Ramirez, que era el más caracterizado entre sus comprovincianos. Se ideó el medio de darle una comisión para Corrientes, haciéndole creer que el ejército se embarcaba, no para pasar á la margen derecha del Paraná, sinó para descender este río hasta la Victoria, en donde tomaría tierra, para continuar la guerra en Entre Rios. Que para esto se pedian nuevas fuerzas al gobierno de Corrientes, y que él era el encargado de conducirlas. En este sentido se redactó una comunicación, y se le dió un lanchón guarnecido de cuatro ó seis hombres, para que marchase cuanto antes, previniéndole que lo hiciese esa misma noche.

El viaje no era tan facil, por cuanto tenía que pasar por frente á la Bajada, y costear muchas leguas la ribera enemiga, contra su corriente, y sufriendo la contingencia de los vientos. Más, esto nada importaba, como el que Ramirez cayese ó no en poder de los federales; por cuanto lo único que se quería era deshacerse de él, para que no influyese en sus paisanos y los disuadiese de pasar el Paraná. Ramirez partió por la noche, pero con asombro de todos y gran disgusto del General, se presentó al otro día, diciendo, que no había marchado por falta de viento, y que había pasado la noche en una isla inmediata.

Se puso todo nuevamente en juego para persuadirlo, y se arregló el viaje para la noche próxima; más, veremos por qué Ramirez era un tan incomodado personaje. Ya se recordará que era el jefe de la división correntina que se reunió al ejército en Alcaraz, después de la batalla de Don Cristóbal, cuando el general Lavalle dejó atrincherada su infantería, para ir á recibirla. Traía órdenes reservadas de Ferré, para oponerse á que el ejército de Corrientes pasase el Paraná sin expreso consentimiento de su Gobierno, y por más que fuese el cuidado que él había tenido de ocultarlas, se habian traslucido, y se temía el efecto que

podian hacer en los demás correntinos. ¡Vano temor! El general Ramirez no lograba el menor crédito entre sus comprovincianos, y sí, un descrédito sumo, que se había procurado aumentar hasta el grado de un completo desprecio. Por otra parte, los correntinos estaban como embriagados con una abundancia que no habian conocido, con una licencia que los halagaba, y con una perspectiva de gran importancia futura. Estaban también bajo las impresiones que les había dejado la batalla que acababan de dar, y temiendo que el enemigo los arrinconase sobre el río respetable que tenian á su espalda, y los concluyese. El embarcarse, fuese para donde fuese, era su único medio de salvación, y no podian menos de adoptarlo.

Se ha dicho, sin fundamento, que el general Lavalle preparó premeditadamente estos sucesos, y hasta que se hizo batir, para obligar á los correntinos á que pasasen; pero no lo creo, porque es un absurdo exponerse á perderlo todo con la esperanza de lograr una parte de su plán, y porque el acto mismo tiene mucho de inmoral, para que se lo atribuyamos á un hombre, de los mejores principios. Que el general Lavalle hubiese alguna vez consentido en pasar el Paraná, burlando los deseos del gobernador Ferré, se comprende muy bién; pero que expusiese todo su ejército, hiciese correr sangre, sacrificase su reputación militar, es lo que no se puede concebir ni explicar. Mejor le era destruir á Echagüe, y aprovechando los momentos de embriaguez que siguen á la victoria, pasar el Paraná con su ejército triunfante. Es, pués, una vulgaridad, que no dejó de tener aceptación entre muchos, y en el ánimo de Ferré mismo, el decir que el general Lavalle cedió premeditadamente el laurel de la victoria; lo que hubo, fué que supo aprovecharse, y lo hizo con habilidad, para lograr su objeto favorito, de las circunstancias, que le ofreció su mismo revés. Como muestra de que esta fué la opinión recibida,

recuerdo que oí decir á personas instruidas, que el desaire que habian sufrido nuestras armas, era felíz, pués que proporcionaba la ocasión de llevar la guerra al teatro en donde verdaderamente debía decidirse la cuestión.

Más tarde, yo no pude pasar á los correntinos á la ribera derecha del Paraná, sin embargo de que había ganado una espléndida victoria; pero entonces todo había variado, como explicaré después.

El general Ramirez vino á hablarme en privado, para manifestarme bajo mil sacramentos, las órdenes que tenía de su Gobierno, y mis consejos no podian ser en el sentido de que causasen un escándalo. El señor Penaud quiso también saber lo que yo pensaba sobre la pasada del ejército, y tampoco dije cosa que pudiese entorpecerla. En el estado á que habian llegado las cosas, era lo mejor que podía hacerse, pero deseaba que se hubiese procedido con más franqueza, y diré también, con más lealtad, con el gobierno de Corrientes, que nada podía estorbar. Fué una especie de perfidia inutil; qué digo ¡inutil! perjudicialísima. A veces creo que se quiso satisfacer una pueril venganza, poniendo en ridículo al crédulo magistrado. Puede ser muy bién, que aunque hubiese vencido el general Lavalle, hubiese puesto, como lo hizo el año siguiente, 1842, obstáculos á que el ejército prosiguiese su victoriosa campaña; más, esto no disculpa actos irregulares y de una perfecta inutilidad.

Cuando Ramirez se presentó en la mañana del 20, se le reprochó su inobediencia y su corbadía, sin dejar el empeño de persuadirlo á que lo verificase en la noche inmediata; más, al día siguiente volvió á aparecerse bajo el pretexto ó la razón de que el buque francés, que estaba en frente á la Bajada, habiéndose retirado, su viaje era en extremo aventurado. Lo mismo sucedió las demás noches siguientes, en que salía, para volver á la mañana con una relación bién ó mal forjada. El hecho es que permaneció

hasta el 23, que marchó el convoy en que yo fuí, de modo que principiamos nuestro viaje juntos.

Yo llevaba otra comunicación del general Lavalle, en que se avisaba á Ferré de haber dejado el ejército la provincia de Entre Rios, y que yo iba á proveer á la defensa de la de Corrientes. Esto era falso, porque nadie me había destinado, pero al fin era hablar francamente sobre el nuevo destino del ejército, y prevenía al Gobierno que tomase medidas de defensa, á virtud de quedar completamente descubierta su provincia. Más, dado este paso, que era el que desde el principio debió haberse dado, ¿á qué dejar en poder de Ramirez el oficio embustero en que se decía que solo se pensaba en bajar el Paraná para desembarcar en el pueblo de la Victoria (1) y continuar la guerra en Entre Rios? ¿A qué fin pedirle nuevas tropas en la misma nota, sinó para que pareciese más patente el engaño? Lo natural era haber recogido la nota que se había entregado al general Ramirez, y atenerse á lo que decía en la segunda. Se hubiera evitado la terrible contradicción que revelaban ambas, y de que se dió por gravemente ofendido el gobierno de Corrientes. Después he juzgado que en esto no hubo deliberada intención, sinó olvido, descuido, abandono, de que no culpo al general Lavalle, á quién rodeaban inmensas atenciones de otro género, sinó á los que lo acompañaban. El olvido de que me ocupo, fué tan grosero, que en la segunda nota ni se hacía mérito de la primera.

Relativamente á la misión del general Ramirez, tuve una discusión con el señor Carríl, y como le merecía confianza, le hablé con mucha claridad. Se hacía ostentación, aún en los asuntos más serios, de un aire de pillería, el más chocante y el más mal colocado; el mismo general Lavalle, cuyo

---

(1) Pueblo del Entre Rios, algunas leguas abajo de Punta Gorda.

caracter leal y franco, debía alejarlo de un proceder tan impropio, se había dejado arrastrar de esa manía; si hablaba con una persona, por respetable que fuese, luego que daba la espalda, se hacía de ojo con alguno ó algunos de su confianza, como si temiese que ellos se alarmasen de los cumplidos que acababa de hacer; á su ejemplo, los otros llevaban la burla por su cuenta hasta donde podian ó querian. En el asunto Ramirez, fué tanto el ridículo de que se colmó á este, que le dije á Carríl. *¿Por qué no alejan á este hombre, sin añadir el insulto á la mentira? ¿Por qué obran ustedes de un modo tan indigno?* A la palabra indigno, se formalizó Carríl; quiso dar algunas explicaciones, y terminó la conversación muy friamente.

El 20 por la tarde ya se dejó sentir el enemigo, pero con una prudencia y lentitud admirables. Cuando le convenía precipitar su marcha y atacar bruscamente, aún cuando más no fuese, daba un paso y se paraba, de modo que tardó cinco dias cumplidos en andar seis leguas. Se pensó ya sériamente en trasportar el personal del ejército á la isla, pero era preciso aún contar para esto, con la circunspecta voluntad de Echagüe; él la tuvo, y dió el tiempo necesario. El general Lavalle me dijo, en un arrebato de satisfacción: *Es preciso que levantemos un monumento de oro al general enemigo, que tan generosamente contribuye á que nos salvemos.* No sé si alguna vez hizo Rosas cargos á Echagüe, que bién lo merecía. Sin su negativa cooperación, no hubiera sufrido Rosas la importuna visita que hizo el general Lavalle á la provincia de Buenos Aires.

Al anochecer empezaron á pasar los primeros cuerpos, empleándose para ello, todas las lanchas de los buques mercantes y de guerra. La operación era trabajosa, porque la rápida corriente del río llevaba muy abajo las embarcaciones, de modo que cuando habian llegado á la ribera opuesta, tenian que tomar mucha altura para volverlo á

atravesar. En la noche trabajaron los marinos con incansable tesón; vino la mañana del 22, y la operación no estaba concluida. Echagüe, que estaba campado á poco más de una legua, no se presentó en las alturas, sinó pasado medio día. Ya para él no era tiempo; todo lo nuestro estaba en salvo, á excepción de los que ocupaban la batería y algunos pocos más. Esta rompió sus fuegos y volvió á detener el movimiento ofensivo de Echagüe, dando tiempo á que pasasen los restos que quedaban. Cuando fué tiempo, se clavaron tres ó cuatro carronadas que la guarnecian, y se abandonó la batería. Todavía tardaron en ocuparla, pués no fué sinó con la mayor timidéz y precaución, que vimos llegar los primeros hombres del enemigo, al caer la tarde.

Lo único que hizo Echagüe, no para impedir, sinó para incomodar el embarque, fué situar dos cañones en una altura que dominaba el puerto, y quedaba sobre la costa, río abajo de la batería. Estos cañones rompieron sus fuegos, pero al momento se abocaron como veinte ó treinta de la artillería francesa, que tenian sus buques, y desmontaron un cañón, retirándose más que de prisa. Sin embargo, nos mataron un hombre, único que perdimos en la jornada, y fué el pobre Calixto, aquel oficial, de que hablé antes, del buque que condujo al doctor don Julián Segundo de Agüero.

La tropa de Echagüe no se atrevió á presentarse á cara descubierta, porque apenas aparecía en las quiebras del terreno una partida, ó un hombre solo que fuese, partian sobre él cuarenta ó cincuenta proyectiles, que lanzaban los buques de guerra. Era pintoresco el golpe de vista que presentaba el hermoso Paraná, que dividido en aquel punto por una gran isla, solo tiene de ancho el canal, como mil doscientas ó mil quinientas varas. En primera línea se presentaban seis buques de guerra que vomitaban fuego, y

trás de ellos, cerca de cincuenta buques mayores mercantes, que eran como los espectadores de aquel drama; entre tanto, multitud de embarcaciones menores surcaban rápidamente las aguas, moviendo sus remos con extraordinaria celeridad, ya para poner en salvo los hombres que traian, ya para volver á buscar otros. A las cinco de la tarde todo estaba concluido y silencioso; no se veía un enemigo en la costa que acabábamos de dejar, pero tampoco uno nuestro se atrevía á poner el pié en ella.

Luego que anocheció se notaron luces en la batería, y facilmente se comprendió que el enemigo la rehabilitaba para servirse de ella contra nosotros. Los buques de guerra se retiraron hasta salir de su alcance, y lo mismo hicieron los mercantes, subiendo unos, bajando otros el Paraná, pero quedando á la vista y con facil comunicación por la isla que teníamos muy inmediata.

El general Lavalle estuvo á bordo de la goleta «Unión» en la mañana del 21, y allí tuvimos ocasión de conversar un rato. El, que cuando le hablé de mi pensamiento de ir á Corrientes, lo desechó decididamente, lo propuso ese día, manifestando su aprobación: *He pensado,* me dijo, *en su ida á Corrientes y no me parece mal, además, de que algunos jefes correntinos me lo han pedido, para que usted trabaje en poner aquello en estado de defensa, por si Echagüe quiere invadir. Celebro mucho,* le contesté, *que estemos de acuerdo, y espero que seré más util que lo sería en el ejército.* Ignoro si me hablaba el General con sinceridad, y tengo motivo de dudarlo, porque después se contradijo. Además, pudo creer que mi propuesta de ir á Corrientes tampoco era sincera, y quiso prestarse aparentemente á ella, para probarme. Todo puede ser, porque á lo que sospecho, aquellos hombres creian sin duda, que yo había ido á mendigar una posición cualquiera, y no podian persuadirse que renunciase á la brillante perspectiva que se ofrecía á sus ojos, y al

altísimo honor de pertenecer al ejército Libertador, aún que fuese en una escala indigna de mis antecedentes.

El 22 era la isla un caos, un laberinto, una confusión completa. Conforme el día antes, llegaban las lanchas, desembarcaba la gente, y esta se acomodaba donde le placía; de consiguiente, no había divisiones, ni escuadrones, ni compañias. Cuando se trató de medio arreglar los cuerpos, se tocaron las dificultades que trae el desorden; no fué sinó con mucho trabajo que pudo conseguirse un semi-arreglo.

Ese día (el 22) volví á hablar al General de mi viaje á Corrientes, que él había aprobado expontáneamente el día antes, y con gran sorpresa mía lo hallé no solo de diferente opinión, sinó hasta resentido, porque quería dejar el ejército. *En Corrientes nada hay que hacer*, me dijo, *pués que Echagüe queda imposibilitado de mover su ejército por falta de caballos durante tres meses, y en este tiempo, ó he sucumbido ó he salido vencedor. Si lo primero, nada hará usted con el poder que pueda formar, porque será insuficiente, y todo estará perdido; si lo segundo, es decir, si triunfo, una simple carta de intimación bastará para arredrar á Echagüe. Lo más que puede hacer este*, continuó, *durante estos tres meses, es mandar á Cabral* (1) *con trescientos hombres que incomoden la frontera, y ya usted vé que esta es bién poca cosa. Amigo*, concluyó, *aquí está la patria, y usted se desentiende de lo principal para ocuparse de lo accesorio.* Tuve que volver á decirle que mis servicios no podian ser de utilidad en el ejército; que cualquier arreglo que se emprendiese, sería inoportuno y perjudicial en las circunstancias; que era preciso que las cosas siguiesen como habian empezado;

(1) Cabral era un jefe correntino al servicio de Echagüe, que tenía su nombradía como partidario, y á quién empleaba en la vanguardia, en sus invasiones á Corrientes.

que el ejército era valiente y decidido; que estaba entusiasmado y que podía esperarse mucho de estas disposiciones, pero que pensar en modificarlas de pronto, era exponerlo todo. Le repetí, que lo que él había hecho era mucho, y que merecía hasta mi admiración, pero que yo no podía servir con provecho en ese orden de cosas.

Y todo esto lo decía con sinceridad, porque el ejército era realmente valiente, decidido y entusiasta; porque el general Lavalle había hecho lo que yo no soy capáz de hacer, que es mandar tropas irregulares (1) y porque meterme á reformador, era tentar una empresa casi imposible en las circunstancias.

Al día siguiente daba la vela el convoy, y el tiempo urgía; tuve que volver á ver esa noche al General para decirle, que algunos jefes cuya falta no era sensible en el ejército, deseaban acompañarme á Corrientes. *Que se vayan los que quieran*, dijo, *pero sin mi licencia, porque no la daré. General,* repuse yo, *ni ellos se irán sin aquella, ni yo los aceptaré sin este requisito; más, no hay un motivo racional para que usted lo rehuse. Los jefes de que hablo, no mandan fuerza, si se exceptúa el comandante Chenaut, que manda el escuadrón Mayo: andan sueltos, sin destino, y sin prestar servicio alguno.* Luego que supo que los jefes en cuestión, eran, además del comandante Chenaut, los coroneles Ramayo, y Olleros, y el comandante Canedo, y que reflexionó sobre lo que acababa de decirle, se tranquilizó y consintió en

---

(1) Supe de muy buén origen, que cuando en el interior de la República, supo el general Lavalle que yo había organizado un ejército regular en Corrientes, un año después que nos hubimos separado, dijo: *Yo sé que el general Paz formará un ejército muy disciplinado, pero nunca será un caudillo como yo.* Si fué un desahogo, lo dispenso en obsequio de la verdad de estas expresiones. Jamás seré ni podré ser un caudillo. Como militar de orden, puedo servir de algo; como caudillo, nada.

su marcha, pero siempre inculcando en que se desatendía el objeto principal, y como reservándose hacerles á su tiempo, los debidos cargos.

A poco rato de haberme retirado, se presentó el comandante Chenaut á hacerle saber su resolución de ir á Corrientes, supuesto su beneplácito, según yo le acababa de asegurar. El General, que se hallaba conversando con el señor Carríl, lo recibió con un aire glacial, y lo despidió diciéndole, que no se oponía á su viaje; más, apenas volvió la espalda, se cambiaron con el señor Carríl gestos y señas tan despreciativos é irónicos, que no se ocultaron á los soldados de la guardia, que eran del escuadrón Mayo, y que rodeaban la tienda del General. Al momento fueron á referir á su comandante lo que habian visto, y este, después de diez años, conserva un amargo recuerdo de lance tan desagradable. No dejaré de decir, que hablando conmigo esa misma noche, y preguntando al General del mérito del coronel Olleros, tan tristemente célebre por su segunda defección en Montevideo, me dijo: *No conozco á fondo al coronel Olleros, pero puede juzgarse de su valor por lo que sucedió hace seis dias en la batalla del Sauce Grande: Se me presentó en el acto de ella á pedirme colocación en el escuadrón Mayo, que como usted no ignora, es un cuerpo de ostentación, cuando yo creía que quería batirse en las filas de la infantería, que es su arma.* Entonces fué que hizo aquella grave reflexión sobre el cuerpo que mandaba Chenaut, en la batalla del Rodeo de Chacón, de que hice antes referencia.

Como el general Lavalle me hubiese dicho que algunos jefes correntinos se interesaban en que yo fuese á su provincia, y me hubiese nombrado al comandante Abalos (hoy General), le pregunté á este los motivos que tenía para desear mi viaje á su país, y me contestó, *que era porque estaba enteramente indefenso y que yo podría utilizar el patriotismo y los pocos elementos que quedaban para resistir á Echagüe,*

si como era probable, se dirigía sobre ella. Como yo le referí lo que el general Lavalle me había dicho, de que durante tres meses, cuando más, el comandante Cabral podía presentarse en las fronteras, me contestó: *Pués, señor General, basta el comandante Cabral con doscientos ó trescientos hombres, para trastornar el orden existente en Corrientes, porque queda la provincia enteramente indefensa y abandonada.*

¿Me habló con sinceridad el general Lavalle, cuando me daba seguridades de que Echagüe no podía invadir en tres meses, durante los cuales, él habría decidido la cuestión en Buenos Aires, cuya decisión siendo felíz, bastaba una simple nota de intimación para concluir con el caudillo de Entre Rios? Pienso que sí, porque la exaltación de las ideas, explica estas aberraciones. En cuanto á la invasión de Echagüe, se falsificó completamente su cálculo, pués en los últimos dias de Agosto ya estuvo su vanguardia en el territorio de Corrientes, y muy luego Echagüe mismo, con el cuerpo principal de su ejército; y en cuanto á que triunfando en Buenos Aires, estaba todo concluido, ¿cómo olvidaba el general Lavalle la historia de nuestras guerras civiles, en que el Gobierno Nacional, contando con todos los recursos de la República, no pudo sojuzgar Entre Rios, ni aún la provincia de Santa Fé?

Nada debo decir en cuanto á la cacareada inutilidad de mi viaje á Corrientes: los hechos han hablado bien elocuentemente para que necesite añadir una palabra. Un presentimiento triste y profundo me advertía que la causa necesitaría de ambos esfuerzos, y que la provincia de Corrientes, debía aún hacer más sacrificios. ¡Ojalá que el general Lavalle se hubiese penetrado de esto, y ayudando francamente mis designios, me hubiese dejado llevar algunos jefes y oficiales más, y me hubiera auxiliado con algunas armas, municiones, y otros recursos que se mal-

barataban sin utilidad de la causa, y sin provecho de los consumidores! ¡Ojalá me hubiera suministrado algo de los desperdicios de sus soldados! Pero nada hizo, antes más bién, manifestó las disposiciones contrarias, y me dejó partir sin más repuesto que unos doscientos fusiles enteramente inútiles, amontonados materialmente en la bodega de un buque, y quince barrilitos de pólvora mojada, que no sirvió ni para ejercicios. Esto mismo estuvo fuera de la intención del General, pués el señor Carríl me dijo que era obra suya.

Para comprender bién el tamaño de este incalificable proceder, debe advertirse que el ejército Libertador tenía cuantiosos repuestos de armas de toda clase, de municiones, de vestuarios, de efectos de valor, de yerba, de tabaco, monturas, y que de todo abundaba hasta la superfluidad. Allí mismo, en la isla, presencié distribuciones las más irregulares, de que resultaba que simples soldados, tenian dos, tres ó cuatro ponchos de paño. En el convoy que iba á Corrientes, mandaban á sus familias gruesas encomiendas de lo que les sobraba; y solamente para los que me acompañaron se manifestó una mezquindad que rayaba en ridícula.

Respeto mucho al general Lavalle, y por nada de este mundo me permitiría ofender su memoria; pero me es forzoso decir, que esta vez se dejó sorprender de un sentimiento de emulación que no era natural á la elevación de su espíritu y al vigor de su caracter. Quizá sugestiones extrañas lo crearon y lo alimentaron, quedándome ahora la satisfacción de que después conoció su error, é hizo cumplida justicia á la pureza de mis intenciones (1).

---

(1) Me dió una prueba de esto, cuando catorce meses después que hubo sufrido los reveses del Quebracho y Famallá, y cuatro dias antes de su muerte, me escribió dos cartas, notable una de ellas por su exten-

El general Lavalle no podía ser enemigo mío, y al con trario, no tenía sinó motivos de amistad política y particular. Una queja infundada y ligera, que había alegado, sin duda para disculpar su cambio, no podía influir en lo sustancial de nuestras relaciones. Mis victorias en el interior, al mismo tiempo que él era desgraciado en Buenos Aires, podian haber excitado su emulación. Este sentimiento duraba aún, y sin desearme positivamente mal, no quería que yo figurase en una escala superior. Creo no equivocarme al decir, que ni el general Lavalle mismo, se comprendía en lo que sentía con respecto á mí. La amistad antigua que habíamos cultivado, estaba en lucha con sensaciones de otro género, de que por desgracia no está libre la triste humanidad. Ni él sabía distintamente lo que había de pensar y desear sobre mi separación del ejército, y viaje á Corrientes. Estoy tentado en creer, que quería que lo acompañase, pero desempeñando un rol imaginario. Conocía que podía ser de utilidad mi presencia en las provincias, y alguna vez en el ejército, pero luego venian otras consideraciones á debilitar esos deseos. Recuerdo que una vez me dijo, para disuadirme de mi viaje á Corrientes: *Cuando estemos en la campaña de Buenos Aires, yo tomaré una parte del ejército, usted tomará otra, y maniobraremos convenientemente.* ¡Vanas palabras! ¡Impresiones fugaces á que dí muy poco sentido!

En la mañana del 23, se me empezaron á presentar va-

---

sión, por sus detalles y por sus confianzas. Es un parte circunstanciado de las operaciones de la campaña. En esos momentos de desengaño, en que han desaparecido las ilusiones, se acordó del amigo, del hombre honrado, del patriota sincero, que había conocido, y quiso satisfacerlo, dándole una prueba que no dió á otro ninguno, porque de nadie más se acordó. Solo una carta vino, además, para su señora; y adviértase que yo no había escrito ninguna.

rios oficiales correntinos con pasaporte para Corrientes, lo que me sorprendió en extremo, porque no tenía antecedente de esta medida. Luego se ha hecho mérito de ella, para probar que se pensó efectivamente en la defensa de dicha provincia, pero nada es más falso. Bién sabido es, que los oficiales correntinos, con poquísimas excepciones, eran bisoños, y que si se les necesitaba, era para que con su influjo contuviesen la deserción de sus comprovincianos. Como la tropa había disminuido mucho, había oficiales demás, y ahora que estaba el Paraná de por medio, eran menos precisos. Algunos jefes representaron al General, que aquellos oficiales tan lejos de serles útiles, les eran perjudicialísimos por su ineptitud, y por cierto descontento que se les notaba; se agarró, pués, por los cabellos para descartarse de ellos, y se les dió pasaporte en número de cuarenta, más ó menos. Entre ellos ibau los comandantes Pucheta, Montenegro, y Sanchez, cuyos escuadrones se dieron á otros jefes, más afortunados ó más idóneos.

Por última vez ví al general Lavalle en la mañana de este día (23), y su descontento por mi viaje, rayaba en una especie de despecho. Le pedí unas pocas reses para esos mismos oficiales que él mandaba, porque los buques apenas llevaban los víveres precisos para las tripulaciones, y me contestó, *que no había carne sinó para los que quedaban á seguir la campaña*. Volvió otra vez á decir, *que la patria estaba en el ejército, y que yo la abandonaba*. ¿Para qué responder á esto? Me despedí, y me retiré mal contento.

Se habian logrado pasar á la isla como ochocientas cabezas de ganado vacuno y como trescientos caballos, casi todos de jefes y oficiales. El ganado no era mucho para surtir de víveres la expedición durante el tiempo que podía demorar en la navegación, principalmente si se atiende al desorden de las distribuciones; pero el de los caballos era insuficiente para expedicionar por tierra. Sin embargo, el

día antes se había montado la división del comandante Saavedra, y se le destinó á una operación sobre Coronda, cuyo resultado fué ninguno. Se pensó en otro golpe sobre el Rincón, de Santa Fé, en donde, según se aseguraba, había inteligencias, y tampoco tuvo efecto. No quedó más que hacer que embarcar dos dias después todo el ejército, y descender el Paraná.

CAPÍTULO XXVII

FORMACIÓN DEL EJÉRCITO DE CORRIENTES

La batalla del Sauce Grande.—Teatro de las operaciones.—Posición de los beligerantes.—Mala dirección de la caballería de Lavalle.—Pierde una tercera parte de su infantería. — El general Echagüe y su caballería huyen del campo de batalla.—Paralelo de los ejércitos contendientes.—Retirada de Lavalle.—Atraso y deficiencia de la caballería.—Conversación del general Paz con el doctor Carríl sobre la Constitución Nacional.—Atención del doctor Agüero.—Partida del general Paz de Punta Gorda.—Llega á Corrientes.—Estado indefenso de esta Provincia.—Dificultades para establecer la disciplina.—Proclama del gobernador de Corrientes contra el general Lavalle.—El general Paz trata de atenuar estos resentimientos.—Primeros amagos del enemigo.—Disposiciones del general Paz.—Plantél del ejército de reserva.—Dificultades para formarlo.—Caracter del señor Ferré.—La vanguardia de Echagüe.—Dispersión de la de Corrientes.—El pueblo de Goya.—Importancia de su desalojo.—Coincidencias y derrotas.—Retirada de Echagüe.—Ferré y Rivera.—Falsas promesas de este caudillo.

Antes de ocuparme de mi navegación á Corrientes, quiero decir alguna cosa de la batalla del Sauce Grande, que dió tanto que hablar entonces, y que hasta ahora no se concibe bién.

El Sauce Grande es un arroyo poco caudaloso, que corre por un terreno incidentado de lomas y bajios alternativamente. Como es consiguiente, á los costados del

arroyo, y de trecho en trecho, hay bajios y zanjas por donde vienen los aluviones, causados por las lluvias, á traer el tributo de sus aguas. Las lomas que quedan entre estos bajios, son llamadas *cuchillas*, y en una de ellas estaba situado Echagüe con su ejército, cuando tuvo lugar la acción que voy á describir. Adviértase que en verano, que es tiempo de seca, las zanjas están secas y se puede transitar libremente; pero en invierno, que vienen las lluvias, me han asegurado que se ponen fangosas, y hasta cierto punto intransitables.

Por la explicación que acabo de hacer, se advertirá que Echagüe tenía tres frentes de su campo defendidos por el arroyo y los bajios, pero que uno estaba descubierto completamente. Este no bajaría de seiscientas á ochocientas varas de extensión, con la particularidad que tomándolo como punto de ataque á la posición de Echagüe, no solo no hay obstáculos, sinó que lo favorece un declive descendiente muy suave.

La primera posición del general Lavalle, era oblícua respecto de la de Echagüe, habiendo colocado su ejército en las nacientes del bajío que cubría la izquierda de la de Echagüe; de allí fué, que avanzando un poco sus piezas de artillería, cañoneó la tarde antes al enemigo; más, fuese porque la distancia era mucha, sea por poca destreza de los artilleros, sea en fin, porque el enemigo se cubría en algunas quiebras del terreno, el efecto fué muy poco, y no tengo noticias de otra pérdida, que la de las narices del comandante de la artillería federal, que se las llevó una astilla de madera, arrancada por una bala unitaria.

En esa tarde (la del 15 de Julio de 1840), hizo el General una junta de guerra, á que asistieron sus principales comandantes, quienes unánimemente opinaron por la batalla. Creo que algo se habló del plán, que mereció entera aprobación. En esas circunstancias fué que se tuvo noticia

de mi llegada á Punta Gorda, que se consideró por tan inutil como innecesaria.

Sin duda el General pensaba haber atacado al enemigo á la madrugada, pero la densa niebla que cubría la atmósfera, le persuadió diferirlo hasta que aclarase. Esto sucedió cerca de medio día, hora en que principiaron los movimientos preparativos del combate. Estos consistieron en dos ataques, desligados enteramente uno de otro, y dirigidos oblícuamente sobre los flancos, ó mejor diremos, sobre los extremos de la posición enemiga.

El de la izquierda, que debía atacar la derecha de Echagüe, era compuesto de tres divisiones de caballería, que hacian los tres cuartos de esta arma, y que podian montar á dos mil hombres. Eran las divisiones Ramirez, Vega, y Torres; más, lo singular es que esta gruesa columna no llevaba jefe alguno, y que los de las divisiones, mandaban las suyas sin más dependencia que la del General en Jefe, que no estaba allí, ni podía ver el ataque, ni providenciar cosa alguna. Así sucedió, que los jefes divisionarios obraron á su arbitrio, y luego se descargaban los unos con los otros, sin que pudiese hacerse responsable á ninguno.

¿Por qué el general Lavalle no consintió que yo fuese? Quizá colocado al frente de esa importante columna, le hubiera dado mejor dirección, y hubiéramos triunfado. No necesito mucha jactancia para pensar así, pués que cualquier cosa, hasta la presencia de un poste, que se llamase jefe de la columna, y á quién obedeciesen los jefes de las divisiones, era menos malo que mandarlas independientes entre sí, ya que no quería dar el mando á uno de los jefes de ellas. Todos se resentian del plán sistemático que se había adoptado, de quitar las gerarquias militares, y dejar la influencia inmediata del General, en todas las clases.

Antes de medio día se separó esta columna, y haciendo

un gran rodeo para no ser notada del enemigo, como lo consiguió, fué á situarse sobre su derecha. Calculado que se hubo el tiempo de su arribo, se movió el otro ataque, que se componía del batallón de infantería correntina, aumentado con cién hombres reclutados en Montevideo; por todo cuatrocientos cincuenta ó quinientos hombres. Este se dirigió sobre la infantería enemiga, por una diagonal, pués estando á la izquierda de aquella, debió por consecuencia, llevar esa dirección. Parece que el fin del general Lavalle, fué llamar vigorosamente la atención del enemigo, por el frente, mientras la caballería lo envolvía por su derecha.

Nuestra infantería, que sería la mitad de la enemiga, á pesar de ser compuesta de reclutas, marchó valerosamente hasta aproximarse á medio tiro de fusíl de la contraria, de donde, acribillada por la metralla, tuvo que retroceder á su primera posición, habiendo perdido entre muertos y heridos, un tercio de su fuerza. Es admirable que el enemigo no la persiguiese, ni diese un paso adelante para aprovechar su ventaja; es fuera de duda que si lo hace, era concluido el ejército del general Lavalle.

La caballería cargó á su vez, y casi al mismo tiempo, á la derecha enemiga, que consistía en la división del general don Servando Gomez. Después de esfuerzos parciales y aislados, se retiró nuestra caballería en dispersión, sufriendo apenas una persecución insignificante. Lo célebre es, que la mayor parte de la caballería de Echagüe, se huyó del campo de batalla sin ser batida, al solo amago de nuestro ejército, lo que prueba la desmoralización de aquel; el mismo General huyó del campo, y fué á parar en la Bajada, no siendo sinó á la madrugada siguiente, que volvió á su campo.

Se me figura que eran dos enfermos que se debaten, cuyos esfuerzos son contrariados, por las distintas dolencias que

los aquejan. El uno, un ético cuya debilidad le permite apenas mover las manos y ponerse en pié; el otro, un febricitante cuya exaltación misma, traba y entorpece sus movimientos. El ejército de Echagüe se consumía de miseria y desaliento; el del general Lavalle no era más fuerte nadando en la abundancia y rebosando de bullicioso entusiasmo, porque el desorden lo enervaba, é inutilizaba aquellas ventajas. No hallo otro modo de explicar lo que me han dicho personas que estaban en el ejército de Echagüe, de que estuvo en el mayor peligro, y que si los ataques del nuestro, por lo menos el de la caballería, es mejor dirigido y más sostenido, estaba aquel concluido; y lo que todos saben del nuestro, que si Echagüe se mueve, si simplemente se mueve después de rechazada nuestra infantería, estaba sin remisión concluido el nuestro.

Nada de esto hubo, y el general Lavalle, luego que la infantería rechazada y en desorden volvió á su primera posición, la reorganizó, haciendo entre tanto, para distraer al enemigo, un amago por la retaguardia de su extrema izquierda con la división del coronel Vilela, que había conservado cerca de sí. Este movimiento fué util, porque sin duda contribuyó á mantener en respeto al enemigo, de modo que le dió tiempo de completar sus preparativos de retirada, que emprendió al anochecer.

No hay duda en que la posición de Echagüe era buena y apropiada para la defensiva, pero habiéndola oido exagerar hasta compararla á una fortaleza, tuve los mayores deseos de examinarla personalmente. Lo conseguí el año 1842, cuando ocupé la Bajada á consecuencia de la batalla de Caaguazú; de allí, he sacado los conocimientos que trasmito en esta memoria, sobre la posición. Entonces ví que el frente de ella no presentaba obstáculo alguno en la extensión de más de seiscientas varas. Por allí podía cargar con facilidad nuestra caballería, pero hubiera estado ex-

puesta al fuego de la infantería y artillería, lo que se quería evitar. Recuerdo que cuando visitaba el campo, me acompañaba el coronel don Juan Camelino, que se halló en la batalla, y cuando yo observaba que por alguna parte podía haber penetrado sin obstáculo nuestra caballería, me contestaba, *es que había infantería.* Lo decía esto con tanta seguridad, que probaba la convicción en que estaba de que la caballería jamás puede ni debe lidiar con la otra arma. El asunto no merecía tratarse sériamente, y me contenté con preguntarle si la caballería del ejército Libertador tenía á su favor alguna *Bula del Papa*, que la dispensase de cargar infantería, aunque el caso lo requiriese. El, y todos los circunstantes echaron á reir, y se acabó la discusión. Ella, sin embargo, prueba las ideas que se tienen generalmente y el atraso y deficiencia de esa caballería de poca disciplina, como la de milicia. Volviendo á la batalla del Sauce Grande, diré que me parece que el ataque de la infantería fué poco sostenido, y que un cuerpo de caballería pudo cooperar muy bién con ella, aprovechando el buén terreno que se dejó, para ir á buscar otro poco adecuado.

Las pérdidas de ambas partes fueron pocas, y esas, más bién en escaramuzas parciales que en cargas, própiamente dicho, excepto el ataque de la infantería. Toda nuestra caballería se quejaba de la mala calidad del terreno, de sus desigualdades, sus fangales, etc. Pero debieron advertir que esas desventajas eran recíprocas, pués que también se oponian á los progresos de la enemiga. Si esta era una razón para no haber triunfado completamente, nunca puede ser una disculpa para haberse dispersado y dejado en gran parte el campo de batalla.

Concluiré esta descripción, advirtiendo que la desventaja de los caballos, que tantas veces ha servido para disculpar reveses, y aún para paliar derrotas, estuvo esta vez en contra de los enemigos, cuyos caballos eran flacos y ruines.

Como que el general Lavalle era superior en caballería y batía la campaña, tenía los mejores, á pesar del terrible consumo que se hacía de ellos. Confirmaré esto, por lo que me dijo el general Lavalle, que Echagüe no podía moverse antes de tres ó más meses por falta de ellos.

Antes de dejar Punta Gorda, diré una palabra más de mi compañero de viaje, el doctor Agüero. No lo abandonó su exquisita reserva, y aún en el asunto de mi separación del ejército, é ida á Corrientes, no abrió los labios ni manifestó su opinión. No así el señor Carríl, que la combatió con todo el poder de su elocuencia, y pienso que con toda la sinceridad de su alma. Haré mención de una de sus reflexiones, y de las razones que con este motivo se cruzaron.

Cuando me alegaba la utilidad de mi presencia en el interior de la República, y le rebatía esta idea, le decía: *¿Qué voy á decir á esos pueblos? ¿Qué les vamos á llevar? Me dice usted mismo, que nada se piensa sobre constitución, orden, arreglos equitativos, y mejoras de abusos. ¿Qué, pués, es lo que vamos á ofrecer? Libertad, libertad, y más libertad,* me contestaba. Y cuando le observaba que esa palabra libertad, sin ir apoyada en esperanzas positivas de un orden constitucional, era una palabra vana y que nada significaba, porque los pueblos no eran tan necios que esperasen que podía haber libertad y orden sin instituciones, me decía: *Tiene usted razón; pués, no hay más que hacer que gritar libertad hasta destruir el tirano, y luego volveremos á las andadas* (1). *Yo,* añadió, *combato á Rosas*

---

(1) Tan no me engañaba en mi modo de pensar, que casi á ese mismo tiempo, los pueblos del interior y Corrientes, cambiaron el lema de *¡Viva la Federación!* de las notas oficiales; en el de *Patria, Libertad, Constitución*, la una; y *Dios y Constitución*, las otras. Más, los unitarios de Montevideo, se mostraban en la palabra *Constitución*, tan enemigos como el mismo Rosas. Ahora, á las cansadas, cuando quizá no es tiempo, empiezan á aclamar por *Organización Nacional.* ¡Ojalá les crean!

porque no me deja vivir en parte alguna. Salí de mi país huyendo de él; me establecí en la Banda Oriental, y allí me persigue; pués, le contesto á la guerra que me hace, haciéndosela yo.

Cuando le pedí explicaciones sobre la contradicción que notaba entre el empeño que tuvieron en llamarme al ejército, y la indiferencia después que llegué á él, me contestó: *Todos lo hemos deseado á usted sinceramente, y hasta el doctor Agüero me ha dicho que aún cuando su viaje no hubiera producido otra ventaja que la de traer á usted al ejército, lo dá por bién empleado.* Repuse que eso no explicaba el enigma, y concluyó con asegurarme que no sabía más que decirme. Sabía, sin duda, mucho más que decirme, pero no era tiempo de llevar á tanto la confianza.

No dejaré tampoco de decir una atención que merecí al doctor Agüero. El tedio me había dominado enteramente en Punta Gorda, y solo aspiraba á salir cuanto antes de allí; por esa razón, había retirádome de todo negocio que no fuese mi viaje, y aún había cerrado toda relación. Sabía que un buque de guerra francés, debía custodiar el convoy hasta Hernandarias, y podía hacer en él mi viaje hasta dicho punto, si lo solicitaba del jefe de la estación. No quise verlo, y me resolví á ir en un buque mercante, pero el doctor Agüero que lo supo, obtuvo oficiosamente este permiso del señor Penaud, y me trajo el aviso: se lo agradecí.

El 23 entre dos y tres de la tarde, dió la vela el convoy con buén viento, y nos separamos del ejército, alejándonos de nuestras familias y de nuestras relaciones. Habríamos andado un par de leguas, cuando vimos un escuadrón que desfilaba por entre el bosque de la isla, que llevábamos á nuestra izquierda. Era el del comandante Saavedra, que se retiraba muy silenciosamente de su expedición á Coronda, adonde ni se había acercado, por no sé que accidente.

A media noche pasamos por frente á la capital de la provincia de Entre Rios, la ciudad del Paraná, cuyas luces no pude ver, porque me dominaba un profundo sueño. Después de la agitación moral que había sufrido, esta fué una crisis favorable que me restituyó la salud, que empezaba á faltarme, y la tranquilidad del espíritu. Dí gracias á Dios de verme libre del torbellino de Punta Gorda. Pude afeitarme, porque en el ejército hubiera sido dar una muestra de poco patriotismo, y quizá de una fé política sospechosa, el hacerlo. Todos andaban de barba entera, y se exponía á un desaire, el que no hubiera seguido la moda. Tan inconsecuentes somos los hombres, que los mismos que hacian la guerra á Rosas, porque hacía cortar las barbas, estaban dispuestos á perseguir al que se las rapaba.

El 24 por la tarde nos faltó viento, y fondeamos, pero ya habíamos avanzado buenas leguas. Allí permanecimos cinco dias por falta de viento, hasta que sopló el sur, y levantamos el ancla para continuar, el 29. Llegamos á Hernandarias, y de allí debía regresar el bergantín goleta «San Martín», que era el buque de custodia; me trasladé al «Luís María», para continuar el viaje.

Se me pasaba una ocurrencia que tuvo no pequeña influencia en los acontecimientos que se subsiguieron :

A los dos dias de haber salido de Punta Gorda, cuando estábamos fondeados, teníamos una punta de tierra á nuestro frente, que era preciso doblar para continuar el viaje, pero que no permitía el viento hacerlo, por el dictamen de los prácticos. El general Ramirez, que iba en el bergantín «Cincinato», llegó en un bote al buque de guerra á solicitar permiso del comandante francés, para adelantarse. El Comandante me consultó á mí, y yo traté de disuadir al General; más, él insistió, y el oficial francés me dijo que nada se perdía con otorgarle el permiso, por cuanto no podría el «Cincinato» doblar la punta, y tendría

que esperar viento para hacerlo, cuando los demás hiciesen lo mismo. En esta seguridad dejé de oponerme, y el señor Ramirez tuvo el permiso que deseaba. El bergantín levantó la ancla y se puso á bordejear trabajosamente; después de muchas horas consiguió doblar la punta, pero el oficial francés insistió aún en que no adelantaría camino, porque tendría que volver á fondear luego.

Nosotros seguimos el viaje sin novedad y sin desperdiciar viento, pero el «Cincinato» nos aventajó de dos dias, pués que no llegamos á la Esquina sinó el 5 de Agosto, y aquel buque había arribado el 3. La Esquina, que es un pequeño lugarejo con el nombre de pueblo, está situado en la confluencia del río Corrientes con el Paraná, y desde allí hay setenta y cinco leguas á la capital de la provincia. Allí supe la llegada del general Ramirez dos dias antes, y que había pasado inmediatamente por tierra á verse con el Gobierno.

Después que puse el pié en la provincia que pensábamos defender, conocí que nada había preparado, y que estaba en estado de la más completa indefensión. El punto de la Esquina es fronterizo, y solo dista cinco leguas del arroyo Guayquiraró que divide la de Entre Rios; solo lo separaban cuarenta leguas ó poco más, del ejército de Echagüe, y no había cosa que se pareciese á fuerza armada, ni otros preparativos militares; por momentos se esperaba ver aparecer al comandante Cabral, precursor de la invasión enemiga, y nadie pensaba en otra cosa que en huir, sin tomar la menor medida para hostilizarlo, ni aún para descubrirlo. Cualquier asomo de gente sospechosa, cualquier rumor, iba á ser la señal de una disparada general, que iría progresivamente aumentando la alarma, y podía trastornar de un golpe, el orden existente, como sucedió después, cuando la pérdida del Arroyo Grande.

Traté de informarme de los otros puntos de la frontera,

y todos estaban en igual abandono. Comprendí entonces, que lo que el comandante Abalos me había dicho en Punta Gorda, de que bastaba Cabral con doscientos hombres para apoderarse de Corrientes, era de la más perfecta exactitud. Como pronta providencia, ordené que todos los jefes y oficiales correntinos, que habian llegado en el convoy con sus asistentes, tomasen caballos y formasen una partida de observación, mientras yo volaba á conferenciar con el Gobernador, y acordar la fuerza que los relevase. Fué un clamor general el de los oficiales, reclamando contra la ejecución de esta orden. Todos querian ir á sus casas, sin esperar cuatro ó cinco dias, que podía tardar el relevo, ó la providencia que dictase el Gobierno. Me sostuve en lo mandado, exponiéndome á una abierta desobediencia. Ella no tuvo lugar, por el momento, pero en cuanto yo me marché, ese mismo día, los demás hicieron lo mismo, bajo diversos pretextos; la frontera en aquel punto, quedó otra vez enteramente sola.

Esto me dió una muestra de lo que tendría que hacer para establecer la disciplina; una orden que me parecía tan sencilla, tan natural y tan necesaria, hallaba una resistencia tenáz, ¿qué no debía temer de otras que requería el orden militar que iba á establecer? El comandante de la Esquina era el señor don Manuel Fernandez, sujeto muy apreciable, pero que jamás había sido militar, ni tenía remota idea de la guerra. Sus buenos deseos, era lo que ofrecía, y no eran bastantes en una situación tan inminente.

Después de esta y algunas otras providencias, marché la misma tarde del 5, y llegué al paso del Platero, donde pasé el río de Corrientes. Al siguiente día estuve en Goya, donde fuí muy bién recibido de la población. Como mi objeto era verme cuanto antes con el gobernador Ferré, no me demoré, y el 7 me puse en marcha hasta Santa Lucía, donde pernocté.

Sería un poco más de la media noche, cuando fuí recordado por el comandante de Goya, don Manuel Diaz (el mismo que me había ido á buscar á la Colonia), que venía con comunicaciones para mí, del Gobernador, á quién, como es de suponer, había yo escrito desde la Esquina, avisándole mi arribo. El señor Diaz debía hospedarme en Goya, darme las explicaciones que desease y proporcionar los medios de trasladarme al pueblo de San Roque (punto central de la campaña), á reunirme con el Gobernador, que debía dirigirse allí.

La pretensión del señor Diaz para que regresase á Goya, que ya dejaba cinco leguas atrás, á recibir sus obsequios; la calma del Gobernador, que más se ocupaba de su resentimiento con el general Lavalle, que de los medios de salvarse; la apatía general de los habitantes, me revelaba que sin dejar de estar asustados, no concebian la inmediación del peligro que los amenazaba. El señor Diaz me entregó también la proclama del gobierno de Corrientes, que declaraba al general Lavalle *traidor y desertor*, y que fulminaba contra él, el más furibundo anatema. El señor Diaz venía provisto de una multitud de ejemplares impresos, de dicha proclama, y le exigí que no los distribuyese al público, á lo que accedió sin dificultad, mientras yo me puse á escribir al Gobernador, probándole la inoportunidad de semejante documento y la necesidad de suprimirlo ó recogerlo. Agoté mi pobre elocuencia en este sentido, y á la misma hora despaché un *expreso* que encontrase á S. E.

Al siguiente día 8, estuve en San Roque, lugar de la cita que me daba el Gobernador, y no encontré al señor Ferré, á quién tuve que esperar dos dias. A quién hallé, fué al señor don Baltasar Acosta, que marchaba en comisión cerca del general Rivera, con autorización bastante para renovar la alianza y celebrar otros pactos á voluntad de aquel. En suma, el gobierno de Corrientes se echaba en brazos del

presidente Oriental, y se entregaba á él sin reserva, tanto en odio al general Lavalle, cuanto para que lo ayudase en el conflicto en que lo dejaba la ausencia del ejército Libertador.

Acosta, lo mismo que Diaz, iba también provisto de un buén repuesto de ejemplares de la proclama, que iba distribuyendo, y que debía llevar á la Banda Oriental. Mi solicitud fué la misma para que suspendiese su distribución mientras resolvía el Gobierno, y además, obtuve de él que se detuviese hasta la llegada del Gobernador, para acordar mejor los términos de su misión. También en esto fuí complacido.

Hacian solo 24 horas que estaba en San Roque esperando al Gobernador, y ya se recibió la noticia de que había aparecido en la frontera, una fuerza cuyo número y calidad se ignoraba, siendo sin embargo, enemiga. Efectivamente, era Cabral con ciento cincuenta á doscientos hombres, que penetró en los límites de la frontera, pero que sabiendo nuestra llegada, no se atrevió á internarse, y se contentó con revoletear hasta la llegada de otra fuerza mayor.

Al solo anuncio de esta partida enemiga que había aparecido en la frontera, la que tenía de parte de Corrientes, un mayor Gomez, antiguo oficial de Artigas, que era una de las notabilidades militares de la provincia, se dispersó y ganó sus casas ó los bosques, y quedó todo en la más completa indefensión. Don Baltasar Acosta ocurrió á mí por providencias, y yo me excusé de darlas, diciendo que si hasta allí lo había hecho, era porque las circunstancias me autorizaban para hacerlo en la frontera, pero que en el centro de la provincia, casi á presencia de las primeras autoridades, no me consideraba facultado para expedirlas. No obstante, le dicté lo que me parecía conveniente providenciar, y él tomó sobre sí expedir las órdenes que

le había indicado. No eran otras que llamar al vecindario de la frontera á las armas; prevenir el retiro completo de las caballadas; ordenar la formación de partidas de guerrilla, nombrando los oficiales que parecian más idóneos, y mandar que se hostilizase al enemigo.

Otro motivo tenía yo para rehusar una parte activa en las deliberaciones militares, que era la resolución de retirarme, si no se deponía ese espíritu de difamación y persecusión al general Lavalle, que aunque hubiese dado justos motivos de queja al gobierno de Corrientes, estaba al frente del ejército que combatía por la causa, cuya pérdida necesariamente acarrearía la de todos. Sobre esto hablé mucho al señor Acosta, de modo que cuando llegó el Gobernador, debió luego ser informado de mis disposiciones.

Desde nuestra primera conferencia, hablé al señor Ferré en el mismo sentido, protestándole que no me haría cargo de la defensa del país, ni tomaría el mando del ejército que iba á formarse, si no se volvía á los sentimientos de moderación y templanza, de que no hubiera debido separarse. El Gobernador lo prometió, y en prueba de ello, dió la proclama del 10 de Agosto, que si no desmentía la del 4, mostraba que se abstendría de recriminaciones, y en una palabra, que variaba de política.

En cuanto á la misión del señor Acosta, logré que se redactaran sus instrucciones, llevando por base los intereses argentinos y la dignidad del Gobierno comitente, ofreciendo sin embargo, al general Rivera, la dirección de la guerra, y haciéndole todo el honor compatible con el nuestro propio.

En cuanto á la proclama del 4, ofreció el señor Ferré desentenderse de ella en todos sus actos posteriores, suprimir los ejemplares que aún no se habian distribuido, y hacer lo posible para que no circulasen los que se habian ya repartido. Como estos eran pocos, su circulación

fué muy limitada, y pronto cayó en olvido esa producción de la más imprudente ligereza.

La proclama del 10, la modificación que se hizo en la misión del señor Acosta, y el retroceso que se hizo en la política del gobierno de Corrientes, no dejó de atribuírmelo el señor Rivera, y como él mismo lo ha dicho, es uno de los más grandes cargos que pretende fulminar contra mí. Sin embargo, al principio disimuló y solo trató de arrancarme un pronunciamiento contra el general Lavalle, que hubiera publicado al momento. Cuando se desengañó de que no podía obtenerlo, es que se quitó la máscara y me declaró una guerra abierta. Mas tarde hablaremos de esto, cuyos comprobantes existen en la correspondencia que conservo.

El resentimiento del señor Ferré contra el general Lavalle, era tan fuerte como profundo; pretender atenuarlo, era difícil, y extinguirlo, imposible. Cuando yo le decía, que en las circunstancias en que se vió el General después de la batalla del Sauce Grande, no tenía otra cosa que hacer para salvar su ejército y llevar la causa adelante, él aglomeraba indicios y hasta pruebas, para probar que esas habian sido las intenciones del General desde que se movió de Corrientes, sin omitir la sospecha de que se había dejado voluntariamente rechazar por el ejército enemigo, para colocarse en esa posición, mediante la cual se quería disculparlo. Cuando me refería á la nota de que yo había sido conductor, para probar de que el General no se había olvidado de Corrientes, presentaba la que trajo Ramirez, como comprobante de la perfidia con que se le había tratado. Tenía habitualmente sobre su mesa un gran cuaderno en que estaban todas las comunicaciones del General, cosidas y encuadernadas, y á cada momento hojeaba el legajo, para hallar una contradicción, una inconsecuencia ó una mentida promesa. Estaba la herida muy fresca para que

pudiese cerrar; era preciso que cediese antes la inflamación.

Aún cuando acepté el mando, no fué sinó interinamente, dejándome una puerta para salir si se me engañaba, ó si se desviaba del camino que me había prometido seguir. Los señores Isasa y Leiva acompañaban al señor Ferré, siendo uno, ministro en los departamentos de Gobierno y Guerra, y el segundo, en la Hacienda y Relaciones Exteriores. El señor Leiva se condujo con moderación y patriotismo; el señor Isasa estaba completamente ganado por Rivera, cuyos intereses promovía á todo trance. El señor Ferré, sin dejarse arrastrar de sus opiniones, lo conservaba por consideraciones especiales.

Veinte reclutas que habian llegado de Caacatí para mandar al ejército Libertador, por pedidos que dias antes de la batalla del Sauce Grande, había hecho el general Lavalle, y una partida que servía de escolta al Gobernador, fué el plantél del ejército de reserva. Otras partidas que iban llegando, y que eran destinadas al mismo fin (1), fueron engrosando aquel plantél. Luego salí de San Roque á acamparme en Laguna Avalos, donde el Gobernador fué también. Después de cuatro ó seis dias se despidió de mí, para regresar á la capital.

Me dediqué con todas las fuerzas de mi alma, á la orga-

---

(1) El general Lavalle, cuando formó el ejército, no quería infantería; conoció luego la necesidad de esta arma, y la pidió á Montevideo y Corrientes. Ya dije, que de aquella ciudad le vinieron cién hombres, costosamente enganchados, y de Corrientes debian irle trescientos. Para completar este número, se había cotizado á los departamentos, y las partidas que mandaban estos, formaron los primeros dos escuadrones del cuerpo de ejército que triunfó en Caaguazú; la primera partida que llegó, fué la de Caacatí, que era de veinte hombres. Esta aversión del general Lavalle por la infantería, era sin duda, emanada, de la que siempre tuvo el general Rivera, el que atribuye sus desastres á la falta de esta arma, sin que por eso quiera tenerla en los cuerpos que manda. En Cagancha triunfó por la infantería, y no se ha enmendado, ni eso bastó para que mudase de inclinación.

nización de aquel cuerpo, que crecía todos los dias con los hombres que llegaban de los departamentos, pedidos ya exprofesamente para este destino: pronto tuvo quinientos, ochocientos, mil doscientos hombres. Ya entonces su instrucción y disciplina exigía esfuerzos superiores á mis medios. El comandante Chenaut, á quién encargué del Estado Mayor, me fué muy util, y Olleros me fué de provecho para medio dar forma de batallón á uno que improvisé, sin cabos, sargentos, ni oficiales. La artillería, que consistía en dos cañones de á ocho, y cuatro de á uno, se puso á cargo de un Martinez, que se decía comandante, hombre sumamente vicioso é incapáz en otras circunstancias, de mandar cuatro hombres. Al fin sabía que el cartucho y la bala se introducen por la boca del cañón, y esto lo hacía superior á todos los demás de que podía disponer.

En el plán que se formó de defensa, se acordó defender solo dos puntos, que eran el pueblo de Goya y la capital, haciendo para ello algunas obras de fortificación. Al primero, mandé al comandante Canedo para que lo pusiese en estado de defensa y disciplinase los cívicos, la milicia de caballería, é hiciese las obras necesarias. Este jefe, con las mejores intenciones del mundo, se equivocó hasta el punto de creer que Goya era inexpugnable, y que la fuerza que lo guarnecía era capáz de una vigorosa resistencia: felizmente no llegó el caso de hacer una prueba, cuyo resultado nos hubiera sido funesto, porque antes mandé desalojarlo, y reuní la guarnición, á lo que se decía ya ejército.

Varias fueron las dificultades con que tuve que luchar: Primera, la falta de jefes y oficiales inteligentes; Segunda, los malos hábitos y desmoralización, cuyas semillas había dejado el ejército Libertador (1); Tercera, la escaséz de re-

(1) Se me ha atribuido injusta y maliciósamente, ese espíritu de ene-

cursos de toda clase; Cuarta, las preocupaciones del señor Ferré, que le impedian determinarse por muchas providencias que era indispensable tomar.

Quién haya conocido la provincia de Corrientes, ó se haga cargo del rol pasivo que jugó en la revolución, conocerá la exactitud de la primera dificultad que he apuntado. La segunda, tampoco necesita demostración; como igualmente la tercera; diré solo cuatro palabras sobre la última.

Pienso que el señor Ferré es un hombre honrado, y de sincero patriotismo, de buena razón, y medianamente instruido, para nuestro país. Con solo su buén juicio, sus principios económicos, y su espíritu de orden, había hecho bienes en sus anteriores administraciones, y Corrientes le debía una gran parte de su importancia pólítica. Siguiendo la moda de nuestros gobernantes, que todos querian ser condecorados con grados militares, se había hecho dar los bordados de Brigadier, pero no tenía ni una tintura de lo que es milicia y mucho menos de lo que debía ser, conformándonos á los progresos que ha hecho entre nosotros el arte de la guerra.

El pensamiento de formar una pequeña maestranza en el ejército, para la compostura de los montajes de la artillería, y de fusiles y tercerolas, por lo menos en reparaciones leves, le parecía una profusión, un dispendio inutil,

---

mistad y malevolencia al ejército Libertador, porque alguna vez he deplorado sus desórdenes. De aquí han querido también deducir mis sentimientos hostiles al general Lavalle. Bastante he expresado en estas memorias, que ese desorden que nadie niega, ni puede negar, era sistemático, porque el general Lavalle creía triunfar por los mismos medios porque había sido vencido. Desde que es así, no se disputan ni sus aptitudes ni sus talentos, y cuando más, se dirá que fué un cálculo equivocado. Lo célebre es, que cuando se reunen tres ó cuatro jefes del ejército Libertador, y recuerdan sus campañas, censuran más que nadie sus desórdenes, pero se ofenden si otro los cita ó los critica. Si no se hubiera de hablar la verdad, más valdría tirar la pluma.

y me proponía muy sériamente, que mandase todo á la capital, donde eternizaban las obras más insignificantes. La distribución de sables á la tropa lo llenaba de terror, porque temía que los rompiesen ó desmejorasen, y quería que se los remitiese á los almacenes que él cuidaba con exquisito celo, prefiriendo que estuviesen encajonados para repartirlo la víspera de una batalla, si teníamos tiempo para ello. Cuando le dije que era preciso dar raciones de tabaco, yerba y jabón, distribuir de cuando en cuando una buena cuenta de dinero, y dulcificar la dura vida del soldado, con algunos goces de poco costo, me contestó que lo creía una innovación peligrosa, por cuanto jamás se habian acostumbrado en Corrientes esas liberalidades; pero sobre todo, lo que más lo escandalizó, fué que en un terrible aguacero en que el soldado no tenía una hilacha seca, sin dejar de hacer por eso la fatiga de su profesión, mandé dar una ración muy moderada de aguardiente. Ya creyó que todo el ejército se entregaba á los excesos de la embriaguez, y que todos sus amados correntinos tomaban inclinaciones invencibles á los licores fuertes. En vano fué decirle que en todas partes se hacian, y recuerdo que le presenté el diario de Rosas, en que describe su célebre campaña del sur, en que todas las mañanas después de la *diana* daba ración de aguardiente; en vano era decirle que era una medida higiénica para precaver enfermedades resultantes de las mojaduras, frios y vigilias; parecía de pronto convencerse y hasta ceder, más al otro día se promovía la misma cuestión con sus alegatos, réplicas, etc., (1). Tal era el caracter del señor Ferré.

---

(1) El doctor don Santiago Derqui, asesor de gobierno y amigo particular del señor Ferré, me refería lo siguiente: Este señor opinaba, que el tratado de amistad y comercio, celebrado con la Gran Bretaña, no obligaba á la provincia de Corrientes, por algunas razones que alegaba. Con

Todas estas controversias, que no pasaban de amistosas y moderadas, me quitaban el tiempo y gastaban mi paciencia. Cuando el señor Ferré se fué, yo respiré más libremente, pero muy luego fué preciso ocurrir á la pluma para combatir sus preocupaciones. Es increible lo que yo he escrito en ese período de mi vida pública, porque generalmente para una friolera, para un asunto trivial, tenía que aglomerar argumentos y demostraciones palpables. Por lo regular sus notas venian de la redacción de Isasa, y me quejé del estilo torpe y sin raciocinio de este hombre, y se le retiró mi correspondencia, pasándosela al señor Leiva, con quién nos entendimos mucho mejor.

Luego que se retiró el señor Ferré, levanté el campo y me dirigí sobre el río Corrientes, llevando ya una columna de más de ochocientos hombres. El día era caloroso, y llevábamos más de dos horas de marcha, sin que hubiésemos encontrado agua; repentinamente se rompe la formación, menos la del escuadrón que iba á la cabeza, porque estaba á mi inmediación, y se precipitan todos á un bañado ó laguna que estaba á dos cuadras de nuestro flanco, á satisfacer la sed que tenian. Mi disgusto fué sumo, mis reconvenciones fuertes, pero reprimí esa costumbre, y no volvió á repetirse. Cosas semejantes de otro género sucedian todos los dias, pero combatiéndolas con perseverancia y

---

este motivo, se entablaba todos los dias una acalorada discusión, en que el señor Derqui agotaba su lógica para probar que la de Corrientes, como provincia argentina, estaba obligada á lo que había pactado el gobierno que representaba la Nación. Después de un largo debate, parecía el señor Ferré como vencido bajo el peso de la verdad y el raciocinio, en términos, de tener el asunto por concluido y juzgado; más, al otro día se retractaba y volvía á la carga, reproduciendo las mismas razones, ú otras que había meditado en la noche. La discusión terminaba como el dia antes, para recomenzar al siguiente. Después de años, no estaban más adelantados.

energía, ganaba terreno en el sentido del orden y de la disciplina.

Pasé al sur del río Corrientes en demanda de pastos, porque nuestras caballadas, sobre ser escasas, estaban extenuadas, sea por la extracción de ellas que había hecho el ejército Libertador, sea por todo á un tiempo. Cuando había elegido un campo y me preparaba á ocuparlo en los últimos dias de Agosto, se recibió el parte de que un cuerpo enemigo de más de mil hombres, al mando del general Gomez, se había incorporado á Cabral, que como ya indiqué no había penetrado, y que se aproximaba al río Corrientes por la costa del Paraná. Yo me hallaba enfrente del Paso Nuevo, que dista treinta ó más leguas arriba; repasé inmediatamente el río para tomar una posición central y cubrir la capital, y dar la mano á Goya, que era el otro punto defendible. La escasez de pastos era extrema en el norte del río Corrientes, y el hallarlos y conservar los caballos, era asunto de vitál importancia. El general Gomez pasó el mismo río por el Platero, de modo que no tenía ya barrera alguna que le impidiese marchar.

Ignoro que es lo que imprimió tal caracter de circunspección en sus operaciones, que las limitó á correrias insignificantes, hasta que se situó en el lugar que le pareció oportuno para esperar el cuerpo principal al mando de Echagüe, de quién no era sinó la vanguardia. Pienso que su circunspección provino de las noticias que debió adquirir de que ya contaba yo con un cuerpo regular de tropas, y que tenía un batallón de infantería y algunos cañones, que á él le faltaban. Sin embargo, este hombre, que tenía soldados aguerridos, jefes y oficiales formados, debía saber que los mios nada entendian de armas ni de guerra, y que ignoraban hasta el modo de dispararlas. Con la pólvora mojada que traje del ejército Libertador, se hicieron los primeros cartuchos de fogueo, que frecuentemente se

salian después de inflamada la pólvora, por el oido, á la manera de la guía de un cohete, sin despedir el tiro que estaba dentro del fusíl. Si soy atacado de pronto, es muy dudoso que hubiera podido resistir, más cada día se adelantaba un poco y era más fuerte. Se aumentaba también el personal, porque no cesaban de llegar hombres de los departamentos que se agregaban á los escuadrones, ó formaban nuevos.

En estos movimientos se pasaron los primeros dias de Setiembre, que aproveché en formar algunas partidas de guerrilla, cuya guerra no pensaba desatender. Como en esto, lo principal es la elección de oficiales adecuados, los buscaba con la más exquisita diligencia; no me lisongeo de haber conseguido mucho, pero sí lo bastante para que esas partidas prestasen algún servicio. Establecí, además, una vanguardia á cargo del comandante don Manuel Diaz, que se situó convenientemente para observar los movimientos del General enemigo.

La confianza de Diaz en los goyeros y escuadrón de indios cristianos de Santa Lucía, que mandaba, era tan excesiva, que tuve más de una vez que contener su ardor. En la mañana del 8 de Setiembre, hacía un movimiento para observar mejor al enemigo, cuando en medio de su marcha fué sorprendido por una guerrilla que precedía á un cuerpo enemigo de más fuerza. No fué preciso que este llegase, porque á los primeros tiros huyó á escape toda mi vanguardia, sin hacer la menor resistencia. Lo más particular es que ni uno solo de los derrotados vino á darme noticia de lo sucedido, sinó que se pasaron por mi flanco derecho, y á buena distancia de él, que era el camino más corto para ir á sus departamentos, es decir, á sus casas (1).

---

(1) Tienen los correntinos una fuerte inclinación á dispersarse, y aún no deja de haber algunos, que desean una derrota, para entregarse á

El comandante Diaz tomó la misma dirección con el objeto, según me dijo, de reunir su gente; pero lo cierto es que no me mandó parte inmediatamente, y que solo supe el desastre, por un vecino que se comidió á comunicármelo.

La impresión que causó fué profunda, y tuve mucho que hacer para disiparla. Felizmente ese mismo día, dos partidas nuestras habian obtenido pequeñas ventajas sobre otros enemigos en distintas direcciones, y se balanceó nuestra pérdida.

Es inexplicable por qué el general Gomez no aprovechó mejor su buén suceso, porque es seguro que si marcha rápidamente, nos pone en el último conflicto. Volvió á su anterior posición, y experó pacientemente á que quisiese venir Echagüe, y á que yo me preparase mejor.

La situación del pueblo de Goya, llamaba sériamente mi atención, pués podía de un momento á otro ser atacado. Yo me conservaba á la misma altura, pronto á darle socorro y sacar la ventaja posible, del empeño que pusiese el enemigo en tomarlo, pero no me inspiraban confianza las

---

excesos, que en un orden regular no podian quedar impunes. Así fué, que el mismo día de la pérdida del Pago Largo, dos años antes, los mismos derrotados, los mismos correntinos, saquearon desapiadadamente el naciente pueblo de Churzucuatía, bajo el espacioso pretexto de quitar ese botín al enemigo; lo peor es, que de esas ideas participaban muchos oficiales y aún jefes, de modo que hallaban su provecho particular, en la victoria del enemigo. Combatiendo yo esa propensión, había dicho que borraba de nuestro diccionario militar las palabras *derrota* y *derrotados*, que no quería oirlas, y que les aseguraba que si se sujetaban á mi dirección, nunca se verificaría su fatal significado. Al día siguiente de este pequeño desastre, se me presentó un comandante Zamudio, hombre de edad, honrado, bueno y grave, á darme el parte de que se le había presentado un soldado *desatinado*. Creí que era algún demente, y le dije: *Pués haga usted que lo vea el médico. No, señor General, si es un hombre... pués... desatinado. Por lo mismo digo, que vaya al hospital. Si no está enfermo, señor. Pués, ¿y qué tiene entonces?* Después de varias explicaciones, llegué á comprender que era uno de los dispersos del dia antes, y que por cumplir con mi orden, no quería usar de la palabra *derrotado*, á la que había sostituido la de *desatinado*. Dió mucho que reir este *qui pro quod*, y se conservó la memoria por largo tiempo.

seguridades que me daba el comandante Canedo. Resolví, pués, hacer una inspección personal y rápida de los trabajos que se habian hecho, y de la guarnición que debía defenderlos; al efecto, me trasladé una noche y permanecí hasta el día siguiente para juzgar por mis ojos. Encontré que los trabajos del comandante Canedo poco valian, y que un esfuerzo cualquiera del enemigo, pondría la población y sus recursos en su poder. Resolví, pués, evacuarla, más no en aquel instante, contentándome por entonces con prevenir que las familias y los intereses trasportables se embarcasen, y quedasen solo las personas de armas llevar.

El jefe de vanguardia, que era entonces el general Ramirez, tuvo orden de comunicarse con el comandante Canedo, y este, la de abandonar Goya cuando aquel se lo previniese, reuniéndoseme con la guarnición. El jefe de vanguardia solo debía dar la señal cuando el enemigo se moviese ofensivamente. Sea que el general Ramirez se equivocó, sea que el enemigo hizo algún movimiento parcial, que él creyó que era marcha pronunciada, el hecho es, que lo previno al comandante de Goya, y este abandonó el pueblo, reuniéndoseme con su guarnición á dos leguas de distancia, que era el punto que yo ocupaba.

Con este motivo se perdieron unos cuantos tercios de yerba y unos pocos petacones de tabaco, que no pudieron retirar, lo que causó al señor Ferré una tal congoja, que me la manifestó del modo más patético. Si la ignorancia de lo más trivial que tiene la guerra, no explicase estas miserias, sería preciso suponer que una ilimitada mezquindad y pequeñez de espíritu, lo hacía detenerse en la consideración de tan menguadas pérdidas, que por otra parte, eran indispensables á presencia de la magnitud de los intereses materiales y políticos que acababan de salvarse, á fuerza de coraje, de abnegación y de personales sacrificios. He dicho

que acababan de salvarse, porque no fué sinó después que se retiró el enemigo, y que se le pasó el susto, que él levantó la voz para lamentar la pérdida de unos cuantos cientos de pesos. Este asunto motivó una nota oficial mía, concebida en términos muy categóricos, con lo que se dió por terminado.

El desalojo de Goya, me fué de inmensa utilidad, porque quitaba una atención más, aumentaba mi fuerza con su guarnición y tres cañones, uno de á doce y dos de á uno, y porque dejaba más libres mis movimientos. Lo que se supo después confirmó el acierto de esta medida. El enemigo tenía inteligencias en la plaza, y el comandante Canedo era vendido por unos cuantos vecinos que lo habian rodeado y ganado su confianza. En medio de su seguridad iba á ser víctima de la traición. Con esta ocasión se siguió una causa, hubo algunos presos, se sacaron de Goya algunos vecinos, y se fortificó el convencimiento de que la medida que había deplorado el señor Ferré, había desconcertado los planes del enemigo, y quizá salvado la provincia (1).

---

(1) " A su llegada á la Colonia el general Paz, después de su " fuga de Buenos Aires, supo los sucesos que habian tenido " lugar hasta entonces; el general Lavalle había batido una " fuerza de Rosas, en Corrientes, y establecido allí su campa- " mento, de donde partió bién pronto, para emprender la des- " graciada campaña que terminó con su vida, y las resistencias " armadas que siete provincias habian de nuevo opuesto á la " barbarie y al despotismo de Rosas.

" Era el general Lavalle el jefe militar de los emigrados ar- " gentinos en Montevideo. Su valor romanesco, sus antiguos " servicios, sus antecedentes como unitario, lo constituian fa- " talmente el centro de todo lo que contra Rosas se meditaba. " Todos los recursos habian sido puestos á su disposición; na- " da podía hacerse sin él y fuera de su predominio; el general " Paz marchó del Uruguay á Corrientes á incorporársele, ó " prestar sus servicios donde quiera que fueran útiles. Llegó

Definitivamente me entré en el Paso del Rubio, cinco leguas más arriba de Goya, en el camino de la capital, que queda aún á cuarenta y cinco leguas; había reunido todos mis medios, y me disponía á operaciones más serias, cuando en los primeros dias de Octubre recibí parte de que el enemigo retrocedía rápidamente. Hacía unos dias que Echagüe se había reunido á Gomez con un cuerpo de más de mil hombres, y que había pasado el Paraná, formando un todo de más de dos mil combatientes, disciplinados y aguerridos, y de consiguiente, bastantes para medirse con un poder doble que el mío, llevando buenas probabilidades de suceso. Tiempo sobrado tuvo, si lo hubiera querido, pero alguna causa desconocida paralizaba sus movimientos, sucediéndole lo mismo que á su comandante de avanzada, cincuenta dias antes, y á su general de vanguardia, durante la mayor parte de Setiembre.

Para no interrumpir la relación de mis movimientos, he dejado de mencionar un hecho curioso, de armas, que tuvo lugar en la costa del Uruguay. El coronel indio, al servi-

---

" en circunstancia que Lavalle pasaba el Paraná para efectuar " su desembarco, por lo que continuó hasta Corrientes, donde " encontró al gobierno de Ferré, ofendido de la conducta del " general Lavalle, que había pasado el río sin su consentimien- " to, y dispuesto para cubrir su frontera, á levantar un nuevo " ejército. El general Paz fué encargado de esta tarea, y con " los escasos recursos que Corrientes podía suministrar des- " pués de haber equipado cuatro mil hombres, empezó á reunir " los reclutas de que debía formarse el ejército de reserva. El " general Paz después de diez años de cautiverio, volvía á los " campamentos militares, á continuar la obra que un accidente " sin ejemplo en los anales de la guerra, habia interrumpido " en el momento mismo que se preparaba á terminarla. Sus " cualidades como militar, debian brillar esta vez, que todo " dependía de él, puesto que apenas tenía uno que otro oficial " antiguo que le ayudase.

cio de Echagüe, que mandaba los misioneros refugiados en Entre Rios, llamado Tacuavé, había penetrado en las Misiones, y adelantádose hasta el pueblo de la Cruz; el comandante don Francisco Solano Gigena, con el escuadrón *Lopez chico*, que había ido en su persecución, tuvo con él un encuentro que no fué desgraciado, y sin embargo, el escuadrón se dispersó, y vinieron *derrotados*. Este escuadrón fué privado por una orden general, del uso de sus banderolas, de modo que sus lanzas aparecian en las formaciones y demás actos del servicio, sin aquel adorno. Esta pena les fué muy sensible y provechosa, pués este escuadrón, á quién meses después fueron restituidas sus banderas, se condujo siempre bién.

El comandante Esteche, con alguna fuerza que reunió y un escuadrón reglado, á las órdenes del mayor don Benjamín Virasoro (1), dió un segundo golpe á Tacuavé y lo desalojó del territorio de Corrientes. Desde entonces ya se hicieron sentir, aunque en menos escala, las animosidades de las familias de Virasoro y Madariaga; ambas pertene-

(1) El Gobernador actual de Corrientes, perteneciente ahora al partido Federal.

" Paz se consagró desde entonces con asiduidad á disciplinar
" é instruir sus reclutas, apartándose en esto de las prácticas
" recibidas en la República Argentina, que del gaucho, hacen un
" soldado, conservándole su traje, sus hábitos desordenados y
" *montoneros*, y contentándose con enseñarle á manejar las ar-
" mas de fuego y mantenerle en línea y evolucionar con los
" movimientos rudimentales de la táctica. La guerra ardía en la
" otra banda del río Paraná; Lavalle derrotado en el Quebracho
" Herrado, se internaba en el interior de la República, hasta
" que su nombre llegó á los oidos de sus amigos políticos, con
" la noticia de su triste muerte. Los ejércitos de Rosas habian
" sometido una provincia en pós de otras, y echado á Chile y

cian entonces á una creencia política; más, ya era de temer que los odios personales se sobrepusiesen á sus más íntimas convicciones. La primera de estas familias, cuyos miembros son sin duda más capaces, pertenece al partido que antes combatió, habiendo para esto, adjurado sus principios.

La retirada precipitada de Echagüe, era un misterio, cuya explicación no podíamos darnos. Muy claro era que él había encontrado una resistencia que no esperaba, y parece que un presentimiento secreto le predecía las severas lecciones que más tarde debía darle el ejército de reserva. Sin embargo, no podía concebirse, que después de una invasión emprendida con arrogancia, se retirase sin empeñar un choque que motivase su retirada. Al emprenderla, hizo entender á cuantos veía, que la efectuaba, no por temor de medirse con nosotros, sinó por otro motivo poderoso que lo impelía. Este motivo era la aparición del general Lavalle en Santa Fé, después de su campaña de Buenos Aires. Bién creo que Echagüe se alarmase de la proximi-

---

" Bolivia los restos de los ejércitos vencidos en Mendoza y Tu-
" cumán; la cuchilla de la mazorca había pasado después sobre
" la garganta, de los pueblos, como el arado sobre los escombros
" de los edificios destruidos. El general Paz se hallaba, pués, en
" 1841, en la misma posición que en 1831, esto es, haciendo
" frente él solo a los enemigos, después que Lavalle había
" perdido los elementos principales de resistencia. Tan subal-
" terna era la posición de Paz, tan oscura su obra, que ape-
" nas se sabía su existencia, y todos creian pacifícada la Repú-
" blica el día que los ejércitos de Rosas habian tocado los
" confines occidentales del territorio argentino.

" El general Paz había aprovechado este tiempo para disci-
" plinar sus soldados, con una minuciosidad rigurosa aprove-
" chando las noches de luna para hacer el ejercicio, presidien-
" do diariamente las academias sucesivas de oficiales y sargen-
" tos, para enseñarles el arte militar, las reglas del servicio, y

dad del general Lavalle, pero nunca podía él pensar, que este General, rechazado de Buenos Aires, pudiese estar tan desocupado para emprender operaciones sobre Entre Rios; lo que realmente hubo, fué que aprovechó esa ocasión de cohonestar su retirada, evitando así un choque, que tuvo más que sobrado tiempo de haber buscado.

Desde los primeros amagos del enemigo, yo me había dirigido al general Rivera, pidiéndole su cooperación por medio de una división que pasase el Uruguay, y que obrase en la ribera derecha, territorio de Corrientes. La ofreció, y esta, como otras veces, faltó á su promesa, no siendo sinó muy tarde que el coronel don Bernardino Baez se aproximó al paso de Higos, sin permitir que pasase un hombre al teatro de las operaciones. Allí permaneció de mero espectador, sin que dejase este rol, cuando al año siguiente invadió Echagüe segunda vez. Tan solo se logró, que á virtud de las solicitudes de don Baltasar Acosta, mandase algunas armas y municiones, cuyo auxilio me fué de la mayor importancia.

Acosta había celebrado un nuevo tratado en que se le reconocía como *Director de la Guerra*, y se le investía del mando militar de las fuerzas correntinas. Don Gregorio Valdez, fué comisionado para cangear la ratificación de

---

" las obligaciones del soldado. Su espíritu conciliador y nego-
" ciador no se atenía á sus soldados para prepararse á la lucha
" que presagiaba había de reposar sobre sus hombros solos un
" día. Entró en comunicaciones con el Paraguay, cuya inde-
" pendencia no reconocía Rosas, y ya que no pudo arrastrarlo
" á la guerra, obtuvo algunos recursos para el completo equipo
" de sus tropas. Entró en comunicación con Lopez de Santa
" Fé, hermano del antiguo caudillo y Gobernador actual de
" aquella provincia, y lo decidió á pronunciarse contra Rosas.
" Esta alianza era vitál para el general Paz, puesto que le ase-

este tratado, y autorizado suficientemente, partió para Montevideo. Con intermedio de pocos dias marchó para el mismo destino el bién conocido naturalista don Amado Bompland, amigo particular del señor Ferré y hasta su íntimo confidente; iba también revestido de un caracter diplomático, si bién es que el gobierno de Montevideo no lo reconoció en él y solo lo admitió como enviado confidencial, alegando que era ciudadano francés, como lo es efectivamente.

Estas repetidas y misteriosas misiones que empleaba don Pedro Ferré, podian despertar sospechas de tenebrosas inteligencias con el caudillo oriental, pero como en las circunstancias era tan importante la amistad de Rivera, y además, se me decía que todo se reducía á recabar auxilios, me conformé plenamente con ellas. En efecto, Bompland llevó ese encargo y me pidió un presupuesto de lo que necesitaba el ejército; lo dí y á su vista prorumpió Rivera, en desahogos innobles, protestando que mis pedidos eran exorbitantes. La verdadera causa de su mal disimulado furor, era que no había podido arrancarme documentos injuriosos al general Lavalle, como lo revela la correspondencia que conservo. Cualquiera que fuesen mis sentimientos privados y los motivos de queja que yo tuviese, me

---

" guraba la posesión de un punto en la ribera del Paraná para " efectuar su pasaje, caso de necesidad.

" Negociaciones iguales fueron establecidas con el general " Urquiza, é igual resultado hubieran tenido, si la conducta " hostil del general Rivera, no hubiese inducido á Urquiza á " creerse engañado por el general Paz. DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO."

(*Nota del Editor*).

hubiera degradado á mis mismos ojos, sirviendo de instrumento á las miras interesadas del solapado caudillo.

Alegó también otro motivo de disgusto, y fué que mis comunicaciones eran muy extensas y exigentes; la correspondencia que conservo, prueba la injusticia de este reproche. El merece ser tratado más largamente y lo dejo para otra ocasión. Trataré también del caracter de este hombre singular, que importa conocer, y que tanto ha ocupado al público.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

ERRATAS

PÁJINA	LÍNEA	DONDE DICE	DEBE DECIR
110	13	que á otras	que otras
123	6	empeñasen	empuñasen
192	34	aceptada	aceptaba
249	30	imprudencia	prudencia
565	29	extensión	extinción
569	18	indemnizada	indemnizaba

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

PÁJINA


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C